ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

LAS FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1901

N. Cabra Herrera

LAS FLORES

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[Serafín y Joaquín Alvarez Quintero
LS
A 4738
1899
Teatro 2]

LAS FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 4 de Diciembre de 1901

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1901

827/47

A LA SEÑORA

D.ª Candelaria Quintero

de Alvarez Hazañas

Sus hijos

Serafín y Joaquín.

La poesía no tiene dentro ni fuera, fondo ni superficie; toda es transparencia, luz increada y que penetra al través de todo...

CLARÍN.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA JESÚS.....	Sra.	Rodríguez.
CONSUELO		Pino.
ROSA MARÍA.....	Srta.	Catalá.
ÁNGELES.....		Bremón.
CHARITO.....		Sampedro.
JULIANA.....	Sra.	García.
SALUD (niña)		Mariquita Santiago.
UNA CHIQUILLA..... ..	Srta.	Santiago (T.)
VICENTA.....		Muñoz.
BERNARDO.....	Sr.	Morano.
GABRIEL...		Tallaví.
EL ABUELO.....		Vallés.
JUAN ANTONIO.....		Mendiguchía.
BARRENA.....		Rubio.
ROMÁN.....		Mora.
ROMANCILLO.....		Mata
MANUEL (niño).....		Paquito Mora.
UN MOZO DEL HUERTO.		Mata.

ACTO PRIMERO

Huerto sevillano. A la derecha del actor el portalón de entrada, abierto en una tapia rematada por caprichosas almenillas. En ángulo recto con ella, la vivienda de la gente del huerto, que es de un solo piso, y á la cual cubre un tejadillo en declive hacia el centro de la escena. De esta vivienda se ven dos fachadas: una lateral, de frente al público, y otra principal, de frente á la izquierda del escenario, y que se prolonga hasta el tercer término. En la fachada de frente al público hay una puerta y una ventana con reja, y entre ambas un poyete. Orlando la puerta, una enredadera de campanillas blancas y azules. Sobre el poyete un grupo de macetas de geranios en flor. Las paredes todas, blancas como las campanillas, y todas con zócalo, azul como las campanillas también. En la fachada principal hay una puerta y dos ó tres ventanas sin reja, desiguales; y en los huecos, cubriendo materialmente la pared, las ramas de varios jazmines que se crían adheridos al muro. Delante de la puerta que da frente al público, un par de sillas bastas y muy viejas, y una mesa chica de pino.

Por la izquierda del actor y por el fondo extiende el huerto su lozana verdura, que cruzan y dividen caprichosas veredas. Algunos melocotoneros y perales se yerguen sobre todo; forma la parte más compacta y brillante del fondo un buen golpe de naranjos cuajados de azahar, y aquí y allí destácanse, cada cual con sus galas mejores, la magnolia, la celinda, el granado, la adelfa, los rosales y las malvalocas. Las lindes de algunas veredas las señalan y forman apretadas filas de macetas de reseda, geranios, verbenas, rosas y claveles

Cubriendo el huerto todo, el cielo alegre y limpio de la primavera.

Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

El ABUELO y un MOZO del huerto; después una CHIQUILLA

(El Abuelo sentado á la puerta del huerto, con sombrero ancho y en mangas de camisa. Es un viejo de ochenta años, muy colorado y con el pelo blanco como la nieve.)

MOZO (Cantando, dentro, hacia la izquierda.)

A la fló de la violeta
regüerta con er jazmín,
á eso me güele tu cuerpo
cuando te asercas á mí.

(Cruzando hacia la derecha del foro, por donde se va, con una regadera llena de agua.)

Tiene mi serrana
la cara como una rosa
cuando dispierta por la mañana.

CHIQ. (Sale por la puerta principal de la casa y se encamina á la del huerto. Lleva la trenza suelta, y viste trajecillo de percal rosa y mantón claro de espuma, puesto en forma de chal.) Hasta er domingo, y que no farte.

ABUELO (Deteniéndola, al tiempo de irse.) ¿Ande vas, chiquiya?

CHIQ. A mi casa.

ABUELO ¿Y de ande vienes?

CHIQ. De encargarle á su hija de usté dos ramos pa un bautiso.

ABUELO ¿Cómo le van á poné á la criatura?

CHIQ. Anita Troncoso y Oliva.

ABUELO ¿Te toca á tí argo?

CHIQ. Sí, señó; si no peleo con mi novio será mi cuñá.

ABUELO ¿Y tú cómo te yamas?

CHIQ ¿Yo? Isabé.

ABUELO ¿Cuántos años tienes?

CHIQ. Dose

ABUELO ¿Dose? Te fartan tres.

CHIQ. Por más que ya se pué desí que tengo trese. Los cumplo en Junio y estamos en Mayo...

ABUELO ¿Trese? Entonses no te fartan más que dos
CHIQ. Pero dos ¿pa qué?
ABUELO Pa tené quinse, tonta.
CHIQ. (Marchándose.) ¡Ay, er viejo!
ABUELO ¡Oye!
CHIQ. Estoy sorda. Pregunta usté más que la dortrina.
ABUELO (Viéndola ir.)

Capuyito, capuyito,
ya te vas gorviendo rosa;
ya te va yegando er tiempo
de desirte arguna cosa.

ESCENA II

El ABUELO y MARÍA JESÚS, luego JULIANA

ABUELO Flores... toas son flores... La que no es jazmín es clavé; la que no es clavé es asusena; la que no es asusena es rosa; la que no es rosa es campaniya... Toas son flores... de ahí no hay quien me saque.

(Sale María Jesús de la casa, por la puerta de frente al público, con una cazuela de berza que partir y arreglar, y se sienta á ello. Es mujer de unos cincuenta y tantos años. Viste un traje de faena remendado y pobre, pero limpio.)

M. JESÚS Diga usté, padre: ¿usté ha tomao un encargo que ha venio hase poco?
ABUELO Yo no: lo tomó Consuelo.
M. JESÚS ¿Pa dónde era?
ABUELO Me paese que era pa er convento de la Encarnasión... ó pa er convento der Socorro... ó pa er convento de... Güeno, pa un convento.
M. JESÚS Pa este de aquí abajo sería.
ABUELO Eso es, sí; pa este de aquí abajo.
M. JESÚS ¿Y no ha venío nadie más?
ABUELO Juaniyo er de la Plasa, por jazmines.
M. JESÚS Ya podía pagá lo que debe Juaniyo er de la Plasa. En comiendo eyos, que coma una ó no coma les tiene sin cuidao.

ABUELO No te quejes, mujé; que nunca se ha vendío en este güerto más que ahora.

M. JESÚS Señá de que lo hay.

ABUELO Como que cresen flores hasta en la arberca.

M. JESÚS Su trabajo les ha costao á mis hijas.

ABUELO Y á tí también, no ersageremos. Y no digo que á mí, porque no me gusta echarme piropos.

(Llega de la calle Juliana, comadre de María Jesús y mujer de sus años, en lo cual es en lo único que se parecen. Viste á lo popular, pero con cierto lujo y con mal gusto.)

M. JESÚS (Contrariada al verla.) (¡Vaya! Ahora vamos á tené visita diaria.)

JUL. Dios guarde á ustedes.

ABUELO Venga usté con Dios. (Pausa. Juliana se abanica.)

JUL. Media Seviya he correteao...

M. JESÚS (Pos no le digo que se siente.) (Nueva pausa.)

JUL. ¿Qué hay por aquí?

M. JESÚS Lo de tos los días: mucha tranquilidá, mucho trabajo... y mu pocas ganas de conversasión. (Y menos con lagartonas como tú.)

JUL. Yo voy á hablá mu poco.

M. JESÚS Yo no lo he dicho por usté.

JUL. ¿Y las niñas?

M. JESÚS Por ayá dentro andan.

JUL. Les quería enseñá un corte e blusa que le ha regalao su novio á mi Dolores...

ABUELO (Riéndose.) (¡Su novio! ¡Pf...!) ¿Es de raso?

JUL. Es de sea.

M. JESÚS Pos no lo deslíe usté, comadre. No nos vayamos á enamorá de la sea... Ya sabe usté que acá semos pobres, y no podemos vestirnos más que de percá.

JUL. Comadre, no se eche usté por tierra, que yo no vengo á pedirle á usté dinero.

M. JESÚS Ya me hago cargo. Usté tiene to lo que nesesita.

JUL. Grasias á Dios, hija de mi arma. Nos cayó la veta, comadre. En güena hora lo diga, pero ni á mis hijas ni á mí nos farta na.

ABUELO Eso cree usté, señora.

JUL. Miste qué peina. Tómela usté en peso.

M. JESÚS ¿Yo, pa qué?

JUL. ¿No le gustaría á usté vérsela puesta á su Consueliyo?

M. JESÚS Se engaña usté en más e la mitá, comadre.

JUL. ¿Es orguyo eso?

M. JESÚS Eso es comodidá. Como pesa tanto, la que se la clava en er moño tiene que bajá la cabesa pa er suelo, y á mi Consueliyo y á toas mis niñas siempre las verá usté con la frente mu arta.

ABUELO (¡Arsa con esa, repulía!)

JUL. (Abanicándose, hecha una pólvora.) ¿Sabe usté lo que le digo, comadre?

M. JESÚS Comadre, usté dirá

JUL. Que habla usté mucho de la frente e las niñas, y que de tanto mirá pa er sielo se van á queá siegas, y que tiene usté toavía cuatro mositas, y que en este mundo cae luego ensima to lo que se mormura, y que no es menesté fartarle á nadie pa sé ca una como Dios la haya hecho... y que en esta *pajolera* casa estoy yo cogiendo un mar de estómago.

M. JESÚS (Dejando la cazuela y levantándose, pero sin perder su tranquilidad y aplomo.) Escuche usté, comadre: de nueve hijos que he tenío, ocho han sío mujeres. Una se me murió de seis años—¡pobresita mía!—angelitos ar sielo; dos se me han casao, y no saben sus marios donde ponerlas, porque como son pobres no tienen en la casa oratorio; otra está en el Hospitá cuidando enfermos—le dió por ahí, Dios la bendiga; no es por farta e cara, que la tiene presiosa;—y tocante á las cuatro que me quean á la vera toavía, ni las malas lenguas der barrio—y no lo digo por usté—han podío desí de eyas ni esto. Miste que es poco... Pos ni esto. Pa que se me venga usté á mí con peiuas de való y con cortesitos e blusa.

JUL. Conosía la historia...

M. JESÚS Y me la sé ar dediyo, ¿no es verdá?

JUL. Solo que siempre se caya usté, no sé si por orvío ó por convenensia, á la viuda de su hijo Miguél, que me paese que también está en la familia.

M. JESÚS (Con sentimiento.) En la familia está... no pueo negarlo...

JUL. ¡Je!

M. JESÚS Pero no es de mi rama, no es de acá... no es der «Güerto e las Campaniyas.» Mi pobre hijo—que por no desmentí la casta era mu güeno y mu honrao, pa que usté lo sepa—la cogió e la caye compadesío de su desgrasia... y como había de salirle güena... le salió na más que regulá... Por eso se murió er pobresito... Y por eso mi Consueliyo, que es leche con asuca, quitó der lao e la mala madre á las tres criaturitas que nasieron. ¿Quié usté que le diga argo más? Porque acá tenemos contestasión pa to lo que usté nos pregunte. Acá no semos como otras que hay que tienen que tapá muchas picauras.

JUL. La encuentro á usté mu fantesiosa esta mañana.

M. JESÚS Pos estoy lo mismo que siempre.

ESCENA III

DICHOS, ANGELES y CHARITO, JUAN ANTONIO y VICENTA

(Ángeles y Charito salen por la puerta principal de la casa, en traje de calle. Ángeles viste hábito del Señor y mantón negro. Charito traje claro de percal y mantón blanco. Ambas lo llevan puesto á modo de chal.)

M. JESÚS ¿Ande vais?

ANG. Güenos días, Juliana.

CHAR. Güenos días.

JUL. Vengan ustés con Dios.

M. JESÚS ¿Ande vais, niñas?

CHAR. Yo á comprá un carrete y una jaula.

ANG. Y yo por una vela pa las tormentas.

M. JESÚS No tardarse, ¿eh?

ANG. Descuide usté que venimos pronto.

JUL. ¿Vais pa abajo?

M. JESÚS No; van pa arriba.

JUL. Le arvierto á usté que no me las voy á comé.

CHAR. No nos dejaríamos nosotras.

ANG. Caya tú... Hasta luego, madre.

CHAR. Hasta luego. (Al ir á salir, llegan Juan Antonio y Vicenta, y se detienen saludándolos. A Juan Antonio se le advierte que es sacristán á tiro de cañón. Vicenta es una criada de la iglesia en que Juan Antonio presta sus servicios. Trae una gran bandeja de mimbres para llevar flores.)

J. ANT. La paz de Dios sea en esta santa casa.

ANG. ¡Juan Antonio!

J. ANT. Hola, niñas. María Jesús... Abuelo... Juliana...

ABUELO Güenos días, amigo.

M. JESÚS Pensando en usté estaba yo hase poco.

J. ANT. Yo estoy pensando en ustedes á todas horas.

CHAR. Usté es mu fino.

J. ANT. Ya saltó la chica. ¿Adonde va por ahí esta parejita de lirios tempranos?... ¡Ah! (Dirigiéndose á Angeles, que lo turba visiblemente con sus ojos.) El padre Santiago está muy enfadado con usted... está muy enfadado con usted .. Y también está muy enfadado con usted el padre Santiago... ¡Oh! ¡qué cabeza! He querido decir... el padre Santiago...

(María Jesús recoge la caznela que antes sacó y se entra en la casa. A poco vuelve sin ella.)

CHAR. Pos no sale usté der padre Santiago en toa la mañana.

J. ANT. ¡Je! Qué mala es esta chica... (La mala es la otra, que me roba la voluntad.)

ANG. Dígale usté ar padre que ya iré yo por ayí... que ya verá como no me orvido... ¡Ah! Y muchísimas grasias por el agua bendita.

J. ANT. Calle usted, por Dios... el agua bendita... ¡eso no vale nada!

ANG. ¿Qué está usté disiendo?

J. ANT. ¡Je-ús! ¡qué animal! El Señor me perdone.. Quise decir que es el agua bendita la que debe estar agradecida... por cuanto que usted va á mojar en ella sus... sus... ¡Atiza! ¡qué profanación! No sé por dónde ando...

CHAR. Mira, vámonos ya, si no quieres que se condene Juan Antonio.

ANG. Es verdá; que está desatinao esta mañana.

J. ANT. *Desatinasdo...* Vaya, el Señor las *ascopañes...* (¡Adiós! ¡ya empezaron á bailarme las eses!...)

ANG. Hasta luego.

J. ANT. *Hatas luesgo...* (¡Jesús!)

CHAR. (Ar sacristán le gusta mi hermana más de la cuenta.)

J. ANT. (Si esa mujer se encierra en un claustro... yo me voy á un desierto.)

M. JESÚS (Viendo ir á sus hijas.) Místelas, comadre; da gloria verlas á las dos.

JUL. A toas las madres nos parese lo mismo.

J. ANT. ¿Están mis flores, María Jesús?

M. JESÚS ¿Se le ha fartao á usté acá arguna vez?

J. ANT. ¡Nunca! Si no es eso... sino que tengo alguna prisilla...

M. JESÚS Pos vamos pa ayá. (Encamínase con Juan Antonio y Vicenta hacia el segundo término de la izquierda, por donde se van.)

J. ANT. Ya sabe usted lo que sucede... Anda, Vicenta... Juan Antonio, la sacristía, Juan Antonio, el altar, Juan Antonio, las velas, Juan Antonio, los ramos, Juan Antonio, á tocar á misa... Y Juan Antonio no tiene más que un cuerpo. Pero los curas no se ponen en nada... Al fin curas... ¿Qué estoy diciendo, santo Dios? El Señor me perdone.

ESCENA IV

El ABUELO y JULIANA; después BARRENA

JUL. (Estallando. Si es muda, revienta.) ¡Pos no está mi comadre mu fastidiosa con sus niñas! ¡Jesús! ¡No paese sino que no hay más niñas güenas que las suyas! ¡Ave María!... ¡Este año, er premio á la virtú en los Juegos florales!...

ABUELO Y usté la reina de la fiesta.

JUL. Otras habrá peores.

ABUELO No digo que no; eso es cuestión de gusto... Usté toavía está en güena edá... y retocándose un poquiyo pué da er gorpe. ¿Por

qué no se tapa usté la meya con un grano de arró?

JUL. Porque así le hago más grasia á mi marío.

ABUELO Ah, pero ¿usté está en la equivocasión de que le hase grasia á su marío?

JUL. Tanta grasia como mi marío me hase á mí.

ABUELO Es que Barrena es mu grasioso.

JUL. ¿Sí, verdá? No sabe é la que le espera por la úrtima grasia.

ABUELO Se lo figurará. Tiene fantesía...

JUL. Dos días hase ya que no va por casa... ¡Er demonio er viejo!... Por supuesto, que no va á sé ferpa. Lo ví á poné hecho un higo... (Aparece Barrena, que viene de la calle con la pesadumbre pintada en el rostro. Al principio no ve á Juliana; pero no bien ha avanzado dos pasos huerto adentro, repara en ella, se le ponen los pelos de punta, y al oir sus cariñosas palabras echa á correr y no lo alcanza un galgo.) Er se cree que adelanta argo con retardá el encuentro... y lo que hase es dá lugá á que á mí me crezcan las uñas... (Viendo á su marido.) ¡Granuja, ven acá! ¡A tiempo yegas!

ABUELO ¡En seguía!

JUL. ¡Sidoro! ¿Ve usté como juye? Er que juye, delito tiene... Pero no le vale... (Echando á correr y yéndose detrás de Barrena.) ¡Sidoro! ¡Grandísimo perro!... ¡Sidoro!...

ABUELO Sí, sí... Ni con artomovi cogen á Sidoro.

ESCENA V

EL ABUELO, BERNARDO, CONSUELO, SALUD y MANUEL. MOZO del huerto, dentro.

MOZO (Cantando muy lejos.)

¡Qué grandes fatigas!
¡qué grande doló!
¡qué punsaítas más lentas
le dan á mi corasón!

BERN. (Viene de la calle. Viste traje negro de americana y sombrero flexible.) Buenos días, abuelo.

ABUELO (Levantándose.) ¡Don Bernardo!

BERN. No se mueva usted.

ABUELO Si yevo sentao toa la mañana... ¿Cómo van esas murrias?

BERN. Como siempre. ¿Y por aquí, qué tal?

ABUELO Tos güenos; muchas grasias.

BERN. A usted da gloria verlo. Me da usted envidia. Representa usted menos edad que yo.

ABUELO Pos véngase usté á viví ar güerto con nosotros, y yo me encargo de ponerlo á usté como nuevo. Esto es una bendisión, señorito. Miste, yo me levanto con er só; me asomo á la ventana e mi cuarto, hago asín... (Respirando fuerte.) y ya no me hase farta er desayuno. Los olores der güerto metiéndose tos juntos pecho alante, alimentan más que er pan de Arcalá.

BERN. (Riéndose.) Sí lo creo, sí... ¿Y María Jesús, por donde anda?

ABUELO En el *escritorio* la tiene usté.

BERN. ¿Cómo en el *escritorio?*

ABUELO Ahí en er cuartucho ese ande hasen los ramos. Le yamamos asín, porque un día Charito les dijo á unos ingleses que era el *escritorio*... ¡Je! Y el *escritorio* se le ha queao.

BERN. Pues voy al *escritorio.* (Encamínase hacia la izquierda, á tiempo que salen por la puerta principal de la casa Consuelo, Salud y Manuel, ante los cuales se detiene. Manuel y Salud son dos sobrinitos de Consuelo, de cinco y seis años respectivamente. Consuelo viste un trajecillo claro de percal, tan traído y llevado como limpio. Los niños salen dispuestos para ir á la academia.) ¡Consuelo!

CONS. ¡Don Bernardo! ¡Dichosos los ojos!

BERN. Calcula tú lo que dirán los míos.

CONS Los de usté ¿qué van á desí?

BERN. ¿No te digo á tí que lo calcules? Mira qué buenos colores tienes.

CONS. De trajiná con estos diabliyos.

BERN. (Tomándoles la cara á los niños.) ¿Son malos?

CONS. Regulariyos son... (Los besa.)

BERN. ¿Y la más pequeña?

CONS. ¿Luisita? En la cuna la tiene usté; ¿quié usté verla? No hase más que comé y dormí. Paese un gusano e sea.

BERN. Vamos á ver: ¿cuál de los dos es el que se va á venir conmigo á mi casa? (A la niña.) ¿Vas á ser tú?

SALUD No.

BERN. (Al niño.) ¿Y tú?

SALUD Tampoco.

BERN. Mujer, déjalo á él que conteste.

CONS. En seguía. Esta paese el eco: contesta siempre aunque no le pregunten.

BERN. ¿Cómo te llamas?

SALUD Salú.

BERN. ¿Salud qué?

SALUD Salú Campo y Romero.

CONS. ¿Qué más se dise? Para serví á Dios...

SALUD Para serví á Dios y á usté.

CONS. (Besándola.) ¡Qué monísima eres, chiquiya!

BERN. (Al niño.) ¿Y tú, cómo te llamas?

SALUD Manué.

BERN. Ya está el eco.

CONS. Déjalo tú que él lo diga, Salú.

BERN. ¿Qué edad tiene esta?

SALUD Seis años.

BERN. (Al niño.) ¿Y tú?

SALUD Sinco.

BERN. ¡Nada! ¡no hay manera! ¿Quieres un perro grande?

MAN. *Dámelo* usté.

BERN. (Riéndose.) ¡Toma, hombre, toma!

CONS. Ya habló, don Bernardo.

BERN. El amigo no quiere gastar saliva en balde. Tú serás un gran hombre.

SALUD *Dame* usté á mí otro.

BERN. Sí, mujer, ya lo creo.

CONS. Niños, ¿qué se dise?

SALUD } Muchas grasias.
MAN. }

CONS. ¿No es verdá que paresen otras las criaturitas?

BERN. Como que es otra la madre que tienen. (Las besa.) ¿Se sabe de la suya?

CONS. Más vale que no se sepa, don Bernardo. No hay quien la sujete: es una cabra.

ABUELO Conque, ¿nos vamos á la escuela ó no nos vamos?

CONS. Andá con agüelito. Dame un beso, Salú. Dame tú otro, Manué. Que seáis güenos.

ABUELO Vamos ayá.

CONS. (Volviendo á besarlos.) Cuidaito con echarse manchas. Hasta luego, gloria.

ABUELO ¡Déjalos ya, chiquiya!

CONS. A vé si no me compráis chucherías con ese dinero. Salusita, no le dejes á Manué que compre chochos; que luego le hasen daño. Y tú no le respondas á doña Ana. Ea, darme otro beso.

ABUELO ¡Mujé, que no se van á Filipinas! ¡A la escuela ahora mismo! (Se va con Salud de una mano y Manuel de la otra. Consuelo se asoma á la puerta á verlos ir. En seguida vuelve á entrarse en el huerto, é interroga á Bernardo que está pensativo.)

CONS. ¿En qué piensa usté, don Bernardo?

BERN. ¡Si vieras cuántas veces me contó mi madre esta escena!... (Consuelo hace un gesto de tristeza resignada.) Voy á ver á la tuya. (Entrase por el segundo término de la izquierda.)

CONS. ¡Pobre don Bernardo!

ESCENA VI

CONSUELO, ROMÁN y ROMANCILLO; luego MARÍA JESÚS, JUAN ANTONIO y VICENTA. ROSA MARÍA, dentro.

CONS. (Después de echarles un vistazo y cortarles unas ramitas á varias macetas que hay en primer término.) ¿Dónde estará mi hermana? (Llamándola.) ¡Rosa María!... ¡Rosa María!...

R. MARÍA (Dentro, muy hacia el fondo.) ¿Qué quieres?

CONS. ¿Pués vení?

R. MARÍA ¡Ahora voy!

CONS. ¿Qué hases?

R. MARÍA ¡Cortá las rosas pa Fransisco!

CONS. ¡Ah!

(Llegan de la calle Román y Romancillo, padre é hijo floreros de profesión. Usan sombrero ancho muy viejo y visten pobremente. El hijo trae dos macetas grandes de latanias, descansando sobre el hombro izquierdo la una y sujeta con el brazo derecho la otra.

El padre trae al brazo un canasto lleno de plantas pequeñas. Hablan los dos con calma desesperante, hija de una pereza enervadora. Apenas llegan sueltan la carga y cada uno se deja caer en una silla.)

ROMÁN Güenos días.

ROM. Güenos días.

CONS. Hola, güenos días... ¿Qué traemos?

ROMÁN Na, zino que pazábamos por aquí...

ROM. ¿Tiene usté una poquiya e agua?

CONS. Sí. Sentarse. (Vase al interior.)

ROM. ¡Lo que pezan estas *pajoleras!*...

ROMÁN Poz ¿y estas? Er brazo tengo yo molío. (Pausa. Sale Consuelo con una talla llena de agua, que se beben entre los dos.)

CONS. ¿Quién era er del agua?

ROM. Yo: traiga usté.

ROMÁN No te la bebas toa.

CONS. Iré por otra taya, si acaso.

ROM. No es menesté. Tome usté, padre.

CONS ¿Está fresca?

ROM. Está fresca.

ROMÁN Está fresca. Gracias.

CONS. No las merese. (Entra un momento en la casa á dejar la talla.)

ROMÁN Romanciyo.

ROM. Qué.

ROMÁN ¿Quiés hacé er favó de arrascarme en esta aleta?

ROM. ¿En cuá?

ROMÁN En esta de este lao.

ROM. Contra la ziya ze arrasca usté mejó.

ROMÁN ¡Qué flojo eres!...

(Romancillo está medio dormido y cabecea. El padre poco menos.)

CONS. ¿Paese que hay sueño?

ROMÁN Este haragán... (Sacudiéndolo perezosamente.) Romanciyo, aspabílate...

ROM. Estoy aspabilao...

CONS. ¿Se ha madrugao mucho, Romansiyo?

ROM. Desde las cuatro e la mañana estoy en pie. He tenío que dí ar río á cortá unos juncos... (El padre aprovecha la ocasión para descabezar un sueño.)

CONS. ¿Argún encargo e ramos?

ROM. Zí. Tres ocenas. Aluego pué que mande á mi hermaniya por zarapico.

CONS. Güeno. Ya lo piyó er padre.

ROM. Er pobre viejo... (Llamándolo.) Padre... padre.... aspabíleze usté, que nos vamos.

ROMÁN Zi no estoy dormío...

CONS. ¡Josú! ¿pero es que les han pegao á ustés una palisa?

ROMÁN (Levantándose con trabajo.) ¿Qué paliza, mujé? Que en caza zemos este y yo zolos pa to.

CONS. ¿Pos no tiene usté diez hijos?

ROMÁN Diez ó doce tengo, pero ninguno da un gorpe en na. Este ez el único que ze mueve argo... Y tampoco ez un tranvía elértrico, no crea usté. Místelo ya dormío.

CONS. ¿Vendió usté las begonias aqueyas, Román?

ROMÁN Las vendí. A eza zeñora de la caye la Laguna... Y á don Julio le cambié las petunias por unos claveles de arco iris.

(Salen por la izquierda y cruzan hacia la calle Juan Antonio y Vicenta. María Jesús los sigue. Vicenta lleva llena de flores la bandeja que traía.)

M. JESÚS Le da usté muchas memorias ar padre Justo.

J. ANT. Muchas gracias. Buenos días, Consuelito.

CONS. Güenos días, Juan Antonio.

ROMÁN Hola, María Jezús.

M. JESÚS Hola, Román.

J. ANT. Vamos, Vicenta, que se nos ha hecho tarde.

M. JESÚS (Acompañándolos á la puerta.) Y dígale usté ar padre Santiago que ya irá Angeles por ayí...

J. ANT. Sí, que vaya, que vaya... (Es mi alimento espiritual...) Hasta otro día. (Vase con Vicenta.)

M. JESÚS Con Dios, Juan Antonio. (Vuelve hacia la izquierda, por donde se va.)

ROMÁN ¿Mucho trajín, María Jezús?

M. JESÚS Grasias á Dios no farta. ¿Y ustedes?

ROMÁN Nos vamos defendiendo.

M. JESÚS Más vale así. (Vase.)

ROMAN (Sacudiendo á su hijo otra vez.) Romanciyo...

ROM. ¿Qué quié usté, padre?

ROMÁN Entra por ahí y coge una poquiya e biznaga.

(Consuelo oye el diálogo cruzada de brazos y muerta de risa.)

ROM. (Levantándose.) ¿Que coja una poquiya e biznaga? ¿Y pa qué quié usté la biznaga?

ROMÁN ¿Que pa qué quieo yo la biznaga? ¿Vas á hacé los ramos zin biznaga, guazón?

ROM. Pero ¿no hay en caza biznaga?

ROMAN ¿Que hay en caza biznaga?

ROM. A mí me dijo madre que había biznaga.

ROMÁN Miá no zean cozas e tu madre, que tiene una azaura que... Yo creo que no hay biznaga ..

ROM. Yo creo que zí. . Ámonos.

CONS. (Ay, grasias á Dios. ¡Qué apuro de hombres!)

ROM. (Volviendo á cargar con las macetas.) De jierro paecen las condenás.

ROMÁN (Cogiendo su canasto.) Quée usté con Dios, Conzuelo.

CONS. Vayan ustés con Dios; y que descansen.

ROMÁN Descanzo pie er cuepo, no ze figure usté. (A Romancillo, deteniéndolo un momento en la puerta.) ¿Estás tu zeguro de que en caza hay biznaga?

ROM. ¿Otra vé, padre? Un poné que no haya biznaga...

CONS. Viene Romansiyo por eya en un soplo, ¿no es verdá?

ROM. ¡Pos claro!

ROMÁN ¿Tú en un zoplo? ¿No estás viendo que ezo es *pitorreo?* ¡Ajolá haya biznaga!

ROM. ¡Hay biznaga, padre, hay biznaga!

ROMÁN Pa mí que no hay biznaga, Romanciyo.

ROM. Pa mí que zi hay biznaga, padre. (Esto último lo dicen ya fuera del huerto, y se supone que llegan á su casa hablando de lo mismo y con la misma variedad de razones.)

ESCENA VII

CONSUELO y ROSA MARÍA

CONS. Vaya un pá. Y eso que son los dos más vivos e la casa. Los otros disen que pa comé tienen que agarrá la cuchara con las dos manos...

(Aparece Rosa María en el fondo y baja hasta unirse á Consuelo, con el delantal lleno de rosas. Su vestido es análogo al de su hermana. Sobre la cabeza trae puesto un pañolillo suelto, muy echado á la frente.)

R. María (Sofocadísima.) ¡Jesús!...

Cons. Chiquiya, cómo vienes... ¿Pica er só?

R. María Achicharra. Paese que estamos en Agosto. Miá lo que me he hecho en esta mano.

Cons. Eso no es na. ¿Qué rosas has cogío?

R. María Pimpinelas y de te.

Cons. ¿Quiere muchas ese?

R. María Tres dosenas de ca una. ¿Ande está er canasto?

Cons Ahí dentro.

R. María Tráetelo.

Cons. Voy por é. (Éntrase en la casa por la puerta de frente al público. Rosa María vuelca en la mesilla las rosas que trae, y se pone sobre los hombros el pañuelo de la cabeza.)

ESCENA VIII

ROSA MARÍA y GABRIEL; luego CONSUELO; el ABUELO después; BERNARDO al final

Gab. (Es un mocito del pueblo, que se roza con el señorío. Viste pantalón claro, «guayabera» de seda cruda y sombrero de ala ancha gris. Usa espuelas y lleva siempre en la mano una varita. Sus primeras palabras las dice dirigiéndose á Rosa María desde la puerta del huerto.) (Más vale yegá á tiempo que rondá un año.) ¿Hay permiso?

R. María Pase usté.

Gab. ¿Y perro, hay?

R. María Está atao. (Este es er de ayer tarde.) ¿Qué se le ofrese á usté?

Gab. A este güerto le disen er «Güerto e las Campaniyas», ¿no es verdá?

R. María Sí, señó; pero eso ya me lo preguntó usté ayer tarde.

Gab. No me acordaba. ¿Ha visto usté qué mala memoria?

R. María ¿Ha visto usté? ¿Se pué sabé lo que usté quiere?

Gab. Ya lo creo. ¿Cómo les disen ustés á estas rositas blancas?

R. María Pimpinelas.

Gab. ¿Pimpi... qué?

R. María Aqueyo.

Gab. No se enfade usté conmigo, hija.

R. María ¿Quié usté acabá?

Gab. ¿Tengo yo la curpa de sé tan torpe?

R. María ¿Es usté mu torpe? ¡Qué lástima!

Gab. Como que hasta ahora no me he dao cuenta de lo bonita que es usté. Miste si hase farta sé arrimao á la cola.

R. María ¡Vaya!... (Tratando de irse.)

Gab. (Deteniéndola.) Oiga usté, ¿es que no quié usté despacharme?

R. María Ar contrario; lo que quiero es despacharlo á usté en seguía.

Gab. Pos vi á darle á usté gusto.

R. María Usté dirá.

Gab. Yo nesesito un ramo e flores.

R. María ¿De qué flores?

Gab. De toas. Ar capricho de usté lo dejo.

R. María ¿Grande ó chico?

Gab. Ar capricho de usté. Es pa un artá que tengo en mi casa...

R. María ¿Pa un artá?

Gab. Sí; me da por la Iglesia. Como no me quié nadie en este mundo...

R. María ¡Vaya por Dios! ¿Y pa cuando nesesita usté er ramo ese?

Gab. Yo me lo yevaría ahora mismo.

R. María Ahora mismo va á sé difisi.

Gab. ¿Por qué?

R. María Porque no tenemos flores cortás.

Gab. ¿Y esas?

R. María Esas están vendías.

Gab. Pos mande usté que corten más... y mientras las cortan charlamos usté y yo de lo que se tersie.

Cons. (Saliendo con un canasto por donde se fué, á tiempo de oir esta última frase.) ¿Qué? ¿qué es eso?

R. María Er señó...

GAB. Güenos días.
CONS. Güenos días.
R. MARIA Er señó que quié un ramito e flores á la carrera.
GAB. No ersagere usté tanto: á la carrera no hase farta... Con que esté dentro e poco... Digo, si pué sé...
CONS. Sí, señó; ya lo creo que pué sé... Si de eso vivimos... de las flores...
(Llega el Abuelo de la calle.)
GAB. ¿Está usté segura? ¿No serán las flores las que vivan de verlas á ustés?
CONS. ¿Pa qué nos vamos á meté en averiguarlo? Agüelo, vaya usté con er señó y córtele usté las flores que quiera pa hasé un ramito.
ABUELO Vamos ayá.
GAB. Yo tenía gusto en que las hubiera escogío aquí esta joven.
CONS. Esta joven no sabe de eso.
GAB. Porque lo dise usté lo creo, pero paese mentira.
CONS. Ahí tiene usté las cosas de este mundo.
ABUELO ¿Viene usté ó no viene?
GAB. Sí, señó; ahora mismo.
CONS. Usté sabrá que en este güerto las flores son caras...
GAB. Ar revés.
CONS. ¿Cómo?
GAB. Que las caras son flores.
CONS. Grasias; es favó.
GAB. Es la pura. (A Bernardo, con quien se cruza al irhuerto adentro.) Güenos dias, amigo.
BERN. Hola.
GAB. ¿Cómo estamos?
BERN. Bien ¿y usted?
GAB. Pa servirle.
BERN. ¿Por flores?
GAB. Por flores.
BERN. Hay donde escoger. Que usted siga bueno.
GAB. Vaya usté con Dios. (Internándose en el huerto con el Abuelo.) ¡Josú, qué güerto más bonito! ¡Si esto es la gloria!...

ESCENA IX

CONSUELO, ROSA MARÍA y BERNARDO

(Consuelo y Rosa María se sientan junto á la mesilla y principian á contar flores y á separar unas de otras. Bernardo se les acerca.)

CONS. ¿Quién es ese tipo, don Bernardo?

BERN. Ni él mismo sabe á punto fijo quién es.

R. MARIA ¡Ay, qué grasia!

CONS. ¿Y cómo pué sé eso? Porque yo sé quién soy.

BERN. Ahí verás tú. Es hombre que se mete hasta en los charcos.

CONS. Eso me ha querío paresé á mí.

R. MARIA Sí; no es corto e genio, no. Pero tiene ange.

BERN. Sí que lo tiene: es un tipo de gracia. Y suele caer bien en todos lados. Yo lo he visto siempre donde quiera que ha habido una diversión. En la feria de Córdoba, en la de Mairena, en el Rocío, en el encerradero del Empalme... Unas veces vende caballos, otras veces los compra... bulle en dos ó tres cofradías... tiene un puesto de pájaros, cría gallos ingleses, cambia alhajas, juega... ¡qué sé yo! En fin, un día que estaba conmigo en los Toros, se tiró al redondel y pidió permiso para dar el salto de la garrocha.

CONS. ¡Ay, qué mareo de hombre! Ahora me explico que ni ér mismo sepa lo que es. No tendrá cabesa pa acordarse.

R. MARIA Pos hija, asín me gusta á mí la gente. Esos hombres que no sirven más que pa una cosa son mu esaborios.

BERN. Tienes razón, chiquilla. Yo te buscaré en Madrid un novio á tu gusto.

CONS. Pero ¿por fin se va usté á Madrí?

BERN. Esta misma tarde.

CONS. ¿Tan pronto?

BERN. ¡Qué más da!

R. MARÍA ¿Y por mucho tiempo?

BERN. No lo sé...

R. María ¡Ay, Madrí!... ¡Quién se fuera!... ¿Se atreve usté á yevarme en er baú?

Bern. Y en el coche.

R. María ¡Ajolá!

Cons. Las ganas que tiene esta chiquiya de vé á Madrí. Yo no sé qué se le ha figurao.

Bern. ¿Y tú, no tienes ganas?

Cons. ¿Yo? ¿Pa qué? ¿Qué farta me hase á mí Madrí?

R. María Esta no tiene curiosidá por na.

Cons. Y tú por to: semos diferentes.

(Bernardo las oye encantado.)

R. María A mí lo que me pasa es que me gustaría salí arguna vé de estas cuatro paredes. Oye una hablá de muchos sitios y de muchas cosas de por ahí fuera, y como to lo ha hecho Dios.. le pica la curiosidá de verlo. Porque mi hermana ha yegao á creerse que en viendo er güerto ya no hay en er mundo más que vé.

Cons. Como que me sobra to lo demás. ¿Tú te crees que en Ingalaterra iba yo á está más á gusto que apartando estas flores?

R. María Mujé, también te has dío á acordá de una provinsia..

Cons. Con la que una tiene más rose, mujé.

R. María Pos ya ves tú; si los ingleses fueran tan metíos en sí como tú eres, ¿cuándo íbamos acá á vendé claveles á catorse reales?

Cons. Güeno, pos que vengan eyos, pero yo me estoy quieta. Y eyos vienen porque esto es mejó que lo suyo; que te coste á tí. Yo he oído desí que ayí no sale er só más que una vez al año, y que se va en seguía porque la gente se asusta dé.

R. María Escuche usté, don Bernardo: ¿usté ha estao en China?

Bern. Yo no, hija de mi alma. ¿Por qué me lo preguntas?

Cons. Vamos, tú, cáyate y no seas tonta.

R. María Porque Consuelo dise que es verdá que hay Fransia, y que hay Ingalaterra... y que hay París... pero que se resiste á creé que haya China.

(Bernardo suelta la carcajada.)

CONS. ¿Ves tú? Ya se está riendo. Pos me resisto á creerlo, don Bernardo; no lo pueo remediá. Se me ha metío en la idea que es una tierra inventá na más que pa los abanicos.

BERN. Te advierto que yo también tengo mis dudas.

CONS. Ya eso es *chufla* de usté.

BERN. Benditas sean ustedes que son capaces de distraerme y de alegrarme un rato.

CONS. Desimos tantas tonterías...

BERN. Claro; y yo, como soy tonto, me río con ellas...

CONS. ¿Tonto usté?...

BERN. Tonto y medio. ¿No te parece á tí?

CONS. ¿A mí qué va á pareserme, don Bernardo?

BERN. Esto me interesa. Vamos á ver: ¿qué opinas tú de mí, Consuelito?

CONS. ¿Yo?...

BERN. Sí, tú; dímelo.

CONS. ¿Y á usté qué farta le hase?...

BERN. Ahora me hace falta.

CONS. Pos no se lo digo á usté porque se va á poné mu ancho.

BERN. ¡Vaya! Veo que tienes de mí mejor idea que yo.

R. MARÍA Pero ¿usté no tiene güena idea de su persona?

BERN. Al contrario: muy mala.

CONS. ¿Por qué, don Bernardo?

BERN. ¿Por qué ha de ser? Porque no sirvo para nada, porque no hago cosa á derechas, porque no tengo arranque...

CONS. Usté lo que tiene es la manía de no vé malamente más que to lo suyo.

BERN. No es manía; es desgracia: es que me conozco. Créeme, Consuelito: me falta voluntad, me falta el entusiasmo que á mi edad se siente por las cosas.. Nada me atrae, nada despierta mi interés... Pico aquí, pico allá, de todo me canso á los dos días... Me vuela el espíritu dentro del cuerpo como una mariposa, y este constante aletear créete que me cansa... que me rinde...

R. MARIA ¡Vaya por Dios!

CONS. A mí me parese que no se conose usté tan bien como piensa. ¿Quié usté que yo le diga lo que tiene? Pos una pena que no lo deja respirá. Y yevándola ensima siempre y siempre á tos laos, ¿cómo quié usté que le yame la atensión na de este mundo?

BERN. Veo que discurres infinitamente mejor que mi médico.

CONS. ¿Por qué lo dise usté?

BERN. Porque mi médico, el muy simple, me aconseja que cambie de postura... que me distraiga... que viaje... Tanto machaca que me voy por no oirlo... Pero tú dices bien; llevando en el alma lo que llevo... ¿qué más da que recorra el mundo? Sobre que ahora mi único consuelo está cabalmente en recrearme á todas horas en mi dolor .. en vivir del recuerdo de mi madre... en visitar los sitios que más frecuentaba... en dar los pasos que ella hubiera dado... en venir á este huerto, donde no dejó de venir ni un solo día...

CONS. Ni uno solo, es verdá.

R. MARIA ¡Pobre doña Rosario! Nos quería mucho.

BERN. Las quería mucho á ustedes... y á las flores. Ya le he dicho á María Jesús que durante mi ausencia quiero que vaya una de ustedes todas las tardes á cuidar las que me ha dejado.

CONS. Yo iré.

R. MARIA Y yo.

CONS. Iremos un día una y otro día otra. ¿Usté gorverá pronto?

BERN. Creo que sí, que volveré en seguida, mal que pese á mi médico.

CONS. No, pos eso tampoco lo encuentro yo bien... Cuando don Juan lo manda...

BERN. ¿Y qué sabe don Juan?... Con que, niñas, hasta la vuelta

CONS. ¿Se va usté ya? (Las dos se levantan.)

BERN. Para no pasarme aquí todo el día.

CONS. No le doy á usté la mano porque la tengo mojá de las flores.

BERN. Pues te la secas.

CONS. Güeno... Ya está. Tome usté.
BERN. Así me gusta. Adiós, Rosa María.
R. MARIA Don Bernardo, vaya usté con Dios.
CONS. Que yeve usté felí viaje... y que se acuerde arguna vez de nosotras...
BERN. Eso no me lo tienes que encargar.
CONS. Por si acaso.
BERN. No olvidar las flores de mi madre, ¿eh?
CONS. Usté sí que no tiene que encargá eso.
BERN. Que haya salud.
R. MARIA Con Dios, señorito.
CONS. Con Dios, don Bernardo.
BERN. (Volviéndose un momento hacia ellas antes de irse.) Aquí empiezan... y aquí acaban mis despedidas... ¡Qué solo estoy!... ¡qué solo!

ESCENA X

CONSUELO y ROSA MARÍA

CONS. Pobresiyo don Bernardo... ¡Me da una pena dé! Miá que se ha quedao solo en er mundo...
R. MARIA Verdá que sí. (Se sientan. Pausa, durante la cual terminan su faena.)
CONS. Estas son tres dosenas cabales. Sobran estas pocas.
R. MARIA Pos aquí tengo yo otras tres.
CONS. Ar canasto las seis.
R. MARIA Ajajá.
(Quedan sobre la mesa varias flores.)
CONS. ¿Cuándo va á vení ese por eyas?
R. MARIA Dijo que ar medio día.
CONS. Entonses me las yevaré ayá dentro ar fresquito. (Encamínase hacia la puerta de frente al público y se detiene á la frase de Rosa María.)
R. MARIA ¿A que no sabes tú lo que le está hasiendo falta á don Bernardo?
CONS. ¿Er qué?
R. MARIA Casarse.
CONS. Hija, ave María; to lo arreglas tú con er casorio.

R. MARIA A mí me han dicho que le gusta la der que fué sosio de su padre.

CONS. ¿Milagritos?... Pos mira tú, no harían mala pareja. (Entrase en la casa.)

R. MARIA Ya se ve que no.

ESCENA XI

ROSA MARÍA, el ABUELO y GABRIEL

GAB. (Saliendo con el Abuelo por la izquierda. Trae en la mano un buen ramo de rosas y claveles.) Usté ya es amigo mío, y eso de la media caña va á sé al istante.

ABUELO Güeno, sí; aquí ar lao... Pero que no se enteren mis nietas.

GAB. No hay pa qué... Pasemos de largo... Güenos días, joven.

R. MARIA Güenos días.

ABUELO Güervo ahora mismo, ¿eh? (Mientras llegan á la puerta, Gabriel mira atentamente á Rosa María, la cual se hace la distraída fingiendo estar ocupada en algo.)

GAB. (Mas bonita es que la Virgen der Vaye.) (Se va con el Abuelo.)

R. MARIA ¡Qué descarao es! Por poquito suerto la risa.

GAB. (Volviendo á entrar en el huerto, con sorpresa de Rosa María, que instintivamente hace un movimiento como para marcharse.) No huya usté de mí, que no hago daño. Miste: tengo capiya, tengo artá, tengo flores; hasta velas tengo: no me farta más que la imagen...

R. MARIA Pos eso, un escurtó.

GAB. Si viviera er de la Virgen de la Esperansa y la copiara á usté...

R. MARIA No querría...

GAB. ¿Que no? ¿Pero usté se ha figurao que era siego?

R. MARIA (Interrumpiéndolo.) ¿Se quié usté cayá y no echarme más flores?

GAB. Como me yevo unas poquitas de usté...

R. MARIA Pos conténtese usté con otras poquitas, no sea usté tan rumboso.

GAB. No lo pueo remediá: tengo er rumbo en la sangre.

R. MARIA ¿Sí?

GAB. Sí. Pa que usté se convensa: por ca beso que usté me dé le doy yo seis ó siete.

R. MARIA ¡Ay qué grasioso!

GAB. (Tirándole de improviso á los pies el ramo de flores, que se deshace por completo.) ¡Grasiosa usté!

R. MARIA (Sobrecogida.) ¡Ay!

GAB. Pisa usté y nasen flores. ¡Lo que vale er «Güerto e las Campaniyas!»

R. MARIA ¡Lo que charla usté, hijo de mi arma!

GAB. ¡Lo que me gusta usté, reina e Mayo!

R. MARIA ¡Lo que pondera usté, rey de Abril!

GAB. Ponderasión de lo bonito, usté, Rosa.. María.

R. MARIA ¿Y quién le ha dicho á usté mi nombre?

GAB. Yo que lo he asertao. Tenía que sé ese: Rosa, usté, y María, que es er nombre e la Virgen.

R. MARIA ¿Y qué más?

GAB. Que á mí me pusieron Gabrié.

R. MARIA ¿Y á mí qué me importa?

GAB. Me importa á mí que usté lo sepa.

R. MARIA ¿Y qué más?

GAB. Aqueyo, como usté me dijo.

R. MARIA Pos aqueyo quié desí que se acabó er palique.

GAB. Pos se acabó. ¿Más obediente? Dios la bendiga á usté, morena.

R. MARIA Grasias.

GAB. No hay de qué. Güenos días.

R. MARIA Güenos días. (Tiene mucho ange.)

GAB. (Pan comío.) (Se va. Rosa María se interna en el huerto volviendo la cara.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MARÍA JESÚS, CONSUELO, ROSA MARÍA, ANGELES, CHARITO BERNARDO y el ABUELO

(Es día de fiesta. Los trajes de la familia del huerto dan de ello claro indicio. Madre é hijas, y el propio Abuelo, tienen puestos los trapitos de cristianar.—Aparecen sentados ante la puerta de frente al público, en compañía de Bernardo, el cual se ocupa en retratar á Charito en un pequeño album de dibujo. Rosa María, desviada un poco del grupo general, callada y cejijunta, manifiesta en su actitud que si algo le interesa en aquel momento no es precisamente la conversación de su familia. Charito está de pie.)

BERN. Charito, no te muevas. Estate quieta.
CHAR. ¿Más toavía?
ANG. Paese que tiene asogue este demonio.
CHAR. Ya sartó la beata.
M. JESÚS (Reprendiéndola.) ¡Schss! ¡Charito!
ANG. Si no le rieran tanto las grasias...
CHAR. Cáyate ya.
CONS. La que tiene que cayarse eres tú, que te vas gorviendo mu respondona.
R. MARÍA (Si ér supiera er daño que me hase, no tardaría.)

CHAR. Don Bernardo, ¿estoy bien?

BERN. Hablando estás, muchacha.

ABUELO Como que si estuviea cayá, no era eya.

CHAR. Miá er viejo también: no pué con los carsones y tiene gana e chirigotas...

M. JESÚS ¡Niña!

ANG. A esta mona va á habé que yevarla á confesá.

CHAR. ¿Con quién? ¿con er padre Justo? No, hija mía, que es mu preguntón... (Sueltan la risa todos.)

BERN. A ver qué te parece. (Le da el album, que va corriendo de mano en mano.)

CHAR. ¿Esta soy yo? Vamos, quítese usté de ahí.

CONS. Trae acá... ¡Ay, don Bernardo, no diga usté que esta es mi hermana!

ANG. ¿Sabes tú á quién se da un aire? A la demandadera der Socorro.

M. JESÚS Por Dios, don Bernardo, mi Charito es mucho mejó...

CHAR. ¿Tengo yo esa narí tan larga?

CONS. Ni esa narí ni na. Usté dispense, don Bernardo.

BERN. Que lo vea el abuelo, que es el que entiende aquí.

CHAR. Místelo, agüelo. Diga usté la verdá.

ABUELO La verdá es que te ha favoresío...

M. JESÚS ¡Al istante!

ABUELO ¡Que te ha favoresío mu poco!... ¡Je, je!

BERN. ¡Vaya! El fracaso ha sido completo. Yo que tenía mis ilusiones... Dame el album, Charito.

CHAR. Escuche usté: ¿y aqué libro de coplas que iba usté á traerme?

BERN. ¿Cuál?

CHAR. Digo, ya no se acuerda. Uno que me ofresió usté er mes pasao, antes de irse á Madrí...

BERN. ¡Ah, sí, es verdad! Perdóname. Sobre mi mesa está hace un siglo.

CHAR. ¡Pos ayí pué quearse!

BERN. Descuida, que mañana te lo traeré. Por cierto que me han dicho esta tarde una copla que no conoces tú.

M. JESÚS Difisiliyo es eso, don Bernardo.

CONS. Yo no comprendo cómo le caben tantas en esa cabesa tan chica.

ANG. Más valía que aprendiera otras cosas.

CHAR. Sí; orasiones pa no condenarme, ¿verdá? Dígame usté esa copla, don Bernardo.

BERN. A ver si la acabas.

Dices que no la quieres
ni vas á verla...

CHAR. *Pero la vereíta*
no cría yerba.

¡Vaya una vejé!

ABUELO ¡Pero, señó, si eso lo cantaba mi agüelo... y le desían ya que era antiguo!

BERN. ¿Sí? Pues á ver esta otra:

No quiero querer á nadie
ni que me quieran á mí...

CHAR. *Quiero andar entre las flores,*
hoy aquí, mañana ayí...

CONS. ¡También es nueva! Está usté mu atrasao de notisias, don Bernardo. ¿A que no rematas esta, Charito?

Tengo enfrente la fuente
de mi deseo,
tengo sé, veo el agua
y no la bebo...

CHAR. *Mira qué pena,*
tener sé, ver el agua
y no beberla.

M. JESÚS ¿Lo ve usté, don Bernardo?

R. MARÍA ¿Y ésta, Charito?

CHAR. ¿Resoyaste ya?

R. MARÍA Escucha:

¡Quién fuera y yegara ahora
donde tengo er pensamiento!

CHAR. *Er sitio no lo diré*
porque no lo sé de sierto.

BERN. ¡Qué bonita!

CHAR. Más bonita es esta. Escuche usté:

Esta serrana está loca,
loca que la van á atá...

ABUELO *Que lo que sueña de noche*
quiere que sarga verdá.

ANG. ¡Mía el agüelo también! ¿A que digo yo una que ninguno sabe?

CHAR. ¿A que no?
ANG. *Si fueres á confesá*
desamínate primero...
CHAR. *Que confesión sin desamen*
es leña para el infierno.
ABUELO ¡Ea! Apuesto cuarquier cosa á que ni Charito ni nadie me remata á mí esta:
Un cuerno en una caye...
CHAR. *Se hayó un usía...*
CONS. *Y se quedó pensando*
de quien sería...
BERN. *Y hecho una pieza...*
CHAR. *No quitaba las manos*
de su cabesa.
ABUELO Cayao pa toa la tarde. Veo que la saben tos.
BERN. No hay quien pueda con Charito.
M. JESÚS Como que si á mano viene las saca eya.
CHAR. Tengo tantas en er sentío...
ABUELO (En voz baja.) Oye, sácale una á Rosa María, que está mu cayá.
CHAR. (Después de pensar un momento)
Esperando á mi novio
las horas paso...
De tenerme la cara
me duele er braso.
(Todos se ríen.)
R. MARÍA Verás tú, Charito, verás tú. (Se levanta y se va al interior.)
CHAR. A la ventana va á esperarlo. Le ha entrao fuerte.
CONS. Don Bernardo, ¿usté no ha visto á Charito remedá á Juan Antonio?
BERN. ¿Al sacristán?
CONS. Verá usté qué bien lo remeda.
ANG. No, no, mujé, que pué enterarse el hombre.
M. JESÚS ¿Qué ha de enterarse, tonta?
BERN. Anda, Charito.
CHAR. (Yéndose á la puerta.) Su entrada es así: «*Buesna tarde...* (Todos se ríen, celebrando la fidelidad y la gracia de la copia.) María Jesús... Abuelo.. Consuelito... don Bernardo... Angeles... *¿Tosdo bueno* por aquí?... Yo *reventasdo*... Aquel cura es un animal... ¡Huy! ¿qué he dicho? ¡El Señor me perdone!»

M. Jesús Es que lo ha cogío to er demonio e la muchacha.

Cons. Es lo mejó que imita.

Abuelo Esta chiquiya va á sé cómica.

Bern. Tiene mucho salero.

Ang. No, pos no me gusta á mí que se burle de nadie.

ESCENA II

DICHOS y JUAN ANTONIO.

Abuelo En nombrando al ruín de Roma... Alí viene é.

Ang. Cayarse por Dios.

J. Ant. *Buesna tarde...* (La entrada, con la misma frase de Charito, es una explosión de risa que á duras penas logran contener. Durante todo el saludo de Juan Antonio sigue la misma disimulada diversión.)

Abuelo Hola, Juan Antonio.

J. Ant. María Jesús... Abuelo... Consuelito... Angeles.. Charito... don Bernardo... (Cada cual se escurre por donde puede, aguantando la risa.) ¿Por aquí *tosdo* bien?

Abuelo Nos vamos defendiendo. (Se va al interior de la casa. María Jesús se va á la calle con su silla.)

Ang. ¿Y usté, Juan Antonio?

J. Ant. *Reventasdo*, hija. Me ha salido un cura que es un melón... ¡Huy! ¿qué he dicho? El Señor me perdone. (Consuelito coge también su silla y se larga á la calle sin poder pronunciar palabra. Charito se va al interior de la vivienda, y Bernardo se mete huerto adentro. Juan Antonio los mira irse un tanto sorprendido.) ¿Qué pasa? ¿Qué dispersión es esta?

Ang. No sé... no sé... (Luego disen que yo me enfado...)

J. Ant. Vamos, que han comprendido que tenemos que hablar de nuestra capillita.

Ang. Será eso.

ESCENA III

ANGELES y JUAN ANTONIO

J. ANT. ¡Si viera usted qué monísimo está el Niño Jesús con el trajecito de majo!

ANG. ¿Lo ha visto doña Carmen?

J. ANT. ¡La primera! Y está encantada. Le llama el pastorcito. Al verlo se hizo lenguas de usted.

ANG. Una, en su pobresa... ¿Usté se cree que si yo fuera rica no iba á poné la capiya como un ascua e oro?

J. ANT. Ya lo está, ya lo está...

ANG. Grasias á doña Carmen, que es tan güena...

J. ANT. Y á sus manos de usted, que hacen primores...

ANG. ¿Le he dicho á usté que doña Carmen corre con mi dote?

J. ANT. (Con pena.) Sí.

ANG. Y con mi hábito...

J. ANT. (Suspirando.) ¡Ay! (Pausa. El Abuelo y Charito, pasan de la casa á la calle riéndose de Angeles y Juan Antonio.) Escuche usted, Angelitos: ¿ha meditado usted bastante el paso que va á dar?

ANG. Lo estoy pensando desde que nasí, con que ya usté ve...

J. ANT. ¡Ay!...

ANG. Mire usté; mientras mis otras hermaniyas jugaban cuando chicas á los novios, Carlota y yo jugábamos como unas tontas á los conventos.

J. ANT. ¿Cuál es Carlota?

ANG. La que está en el Hospitá e la Sangre.

J. ANT. Ah, sí.

ANG. A mí una vez—tendría yo hasta sinco años ó seis—se me aparesió la Virgen de la Esperansa... y no fué en sueños, no, que estaba yo despierta como ahora.

J. ANT. Es particular.

ANG. Pos güeno, verá usté. Con la Virgen de la Macarena iba er San Juan de San Lorenso, que fué lo que me yamó la atensión... Y la

Virgen me dijo, dise: «Tú has nasío pa monja; pa resá por la gente mala...» Y San Juan hiso que sí con la cabesa. Yo estaba como er marmo: aqueya noche no pegué los ojos de mieo... Me tuvo que yevá mi madre á su cama, se lo referí to, y desde entonse vengo reinando en lo der monjío...

J. ANT. ¡Ay!... (Pone una carita de tonta, que me pierde...)

ANG. Luego, ya usté sabe lo que á mí me gusta resá, y aprendé orasiones, y dí á las Iglesias, y vé las cofradías .. ¡Ay, las cofradías!... Las de madrugá, sobre to, me dan un respeto y una cosa... Vamos, yo creo que á nadie le pasa lo que á mí, cuando una mujé ó un chiquiyo se pone elante der Señó der Gran Podé á cantá una saeta... Es un frío tan espesiá er que me entra... y un silensio tan grande por dentro de mí... Yo no sé explicarlo .. digo la má de paparruchas ..

J. ANT. ¡Ay, Angeles! Tiene usted un alma sencilla y pura como el aroma de una flor... y tiene usted un cuerpo...

ANG. ¡Juan Antonio!

J. ANT. ¡Huy, qué *diparaste!* Perdón, *asmiga* mía... ¡Malo! ¡Ya empezaron las eses!) De lo que yo quiero convencer á usted es de que Dios está en todo... y lo mismo se le sirve entre *la cuastro parede fría* de un convento, que fregando *plasto* ó que cortando *flosres*... ¿Por qué ha de exigirle á una juventud de rosa fresca, que se marchite, que se aje, que se consuma... sin sol y sin luz?. . (¡Estoy hecho un papelucho republicano!)

ANG. ¡Juan Antonio! ¿qué dise usté? Un hombre consagrao á Dios y á la Iglesia...

J. ANT. Es cierto, sí; consagrado á Dios... Con poco sueldo, pero en fin, consagrado á Dios...

ANG. ¡Pues lo va usté enmendando!

J. ANT. No sé lo que me digo, Angeles...

ANG. (Acercándosele mucho con solicitud y cariño.) Pero ¿qué le susede á usté?

J. ANT. Nada... nada... el calor... los nervios... el calor sobre todo...

ANG. ¿Quiere usté refrescarse? Vámonos ayí junto á la noria...

J. ANT. Vamos donde usted quiera.

ANG. Y de paso cogeremos unas flores pa doña Carmen...

J. ANT. Bueno, sí... (Me siento pecador al lado suyo...) (Se encaminan los dos hacia el fondo y por allí se pierden.)

ANG. Otra cosa que á mí me encanta, Juan Antonio, es er sosiego que hay en los conventos... la tranquilidá... ¡Qué me gusta cuando yo entro en argunos y veo á las madres por entre las rejas aparesé delante del artá como sombras blancas... sin sentí sus pasos!... ¿No es verdá que es bonito?...

J. ANT. (Suspirando desesperado.) ¡Ay! (¡Pobre Juan Antonio!... ¡No es para tí esta mariposa!. .)

ESCENA IV

ROSA MARÍA, GABRIEL y CHARITO

R. MARIA (Saliendo de la casa por la puerta principal, antes que desaparezcan del todo Juan Antonio y Angeles.) Ya viene ahí. No me verá esta tarde la grasia. (Se sienta hacia la izquierda.)

GAB. (Llega de la calle canturriando distraido.)

Tus ojos y mis ojos
se han enredao...

CHAR. (Siguiéndolo.) Gabrié...

GAB. (Deteniéndose un instante.) Hola. ¿Qué quieres?

CHAR. ¿Le pido permiso á madre y nos vamos los tres á dá un paseo como el otro domingo?

GAB. Por mí, desde luego.

CHAR. Pos voy ayá. (Vuélvese á la calle.)

ESCENA V

ROSA MARÍA y GABRIEL

GAB. (Acercándose á Rosa María.) Dios te guarde, paloma.

R. MARÍA Dios te guarde á tí, gavilán.

GAB. ¿Corajito tenemos? ¿A tí te paese medio regulá resibí á un hombre en día de fiesta con esa cara?

R. MARIA Pos no tengo otra.

GAB. Ni farta que te hase: esa es otra cuestión. De más sabe la dueña de esa cara que pa Gabrié Moreno no hay ninguna más bonita en er mundo.

R. MARÍA Pos la dueña de esta cara es la que yeva dos horas esperándote.

GAB. ¿Dos horas? (Sacando su reloj y mirándolo.) ¡Mardita sea mi suerte! ¿Parao otra vé? (Lo tira contra una silla con rabia.)

R. MARÍA ¿Qué hases, hombre?

GAB. ¡Na; que mañana me compro uno de arena! (Lo recoge y lo mira de nuevo.) ¡Ole! ya está andando. (Se lo guarda.)

R. MARÍA (Riéndose, á pesar suyo.) ¡Eres una fiera, Gabrié!

GAB. (Acercándosele mucho.) Ten cuidao no te coma.

R. MARÍA (Deteniéndolo.) Estate quieto.

GAB. Pos déjame que me siente á la vera tuya. (Lo hace.)

R. MARÍA ¡No te debía ni hablá!

GAB. Cántame, si quieres.

R. MARÍA ¿Ande has estao? ¿De ande vienes ahora? ¿No ves lo que sufro esperándote, malas entrañas? ¡Ya lo creo que lo ves!... Lo que tiene que sabes cómo te quiero, y te gosas en haserme rabiá. Estás tan seguro de mi cariño...

GAB. Tan seguro como tú der mío.

R. MARÍA Una mijiya más, ¿no te parese?

GAB. (Fijándose en ella.) ¿Has yorao?

R. MARÍA Er caso no era pa reí.

GAB. ¡Benditos sean tus ojos, chiquiya!

R. MARÍA Te gusta que yore, ¿no es eso?

GAB. Eso es: ¿á qué ví á negarlo? Soy así: las flores, con rosío, y las mujeres, con lágrimas.

R. MARÍA ¡Gabrié!

GAB. ¿Y á tí, cómo te gustan los hombres?

R. MARÍA Más cabales que tú.

GAB ¿Pos qué me farta á mí, morena?

R. MARÍA Ese coraje que á mí me hase yorá cuando no te veo.

GAB. Estás hablando de memoria. ¿Qué sabes tú de las perreras que yo me tomo en casa?

R. MARÍA ¿Tú? Miente menos y quiere más.

GAB. Las dos cosas son imposibles.

R. MARÍA Toa la noche me la he yevao soñando contigo.

GAB. Y yo contigo. Es verdá que á mí no me hase farta que yegue la noche pa eso. ¿Qué has soñao tú?

R. MARÍA Que querías á otra.

GAB Las cosas e los sueños.

R MARÍA Y me entró una rabia, Gabrié, me entró un coraje y una pena, que rompí á yorá... y er fuego de las lágrimas en la cara me dispertó. (Dice esto clavándole inconscientemente á Gabriel las uñas en un brazo.)

GAB. Güeno, mujé, pero no aprietes tanto, que es mentira.

R. MARÍA Y tú ¿qué has soñao? ¿Pué saberse?

GAB. Que tú no querías á nadie más que á mí.

R. MARÍA Esa es la verdá: yo lo que te pregunto es lo que has soñao.

GAB. Pos eso: la verdá. Y luego, entre otras cosas, soñé también que perdí el espejo, y no podía afeitarme sin é; y tú me dijiste: «Pero, ven acá, pamplinoso: ¿tienes más que mirarte aquí?» Y me afeité mirándome en tus ojos.

R. MARÍA ¡Qué payaso eres!

GAB. ¿Crees tú que no pué sé? (Aproximando mucho su cara á la de ella.) Fíjate.

R. MARÍA Gabrié, no te aserques.

GAB. (Cogiéndola por las manos.) Si es pa probá: mírate tú en los míos.

R. MARÍA ¡Suerta!

GAB. ¡No quiero!

R. MARÍA ¡Que hasta las flores ven!

GAB. ¡Que vean! ¡Si no pueo remediarlo! ¡si me arrimo á tí porque tú tiras de mí sin darte cuenta!... Miá que hay aquí olores; miá que se esmaya uno respirándolos... Pos no son na pa mí: el olorsito de tu cuerpo es er que me emborracha, es er que manda en mis sentíos.

R María ¡Grasias á Dios que hoy me suena á verdá una cosa tuya! En pensá muchas veses que no eres mío, mío der to, como estas carnes que tan bien te güelen, me abraso de doló y de rabia, Gabrieliyo... Y cuando yegas tú y me dises lo que me has dicho ahora, y yo me lo creo, hago asín... (Aspirando con delicia.) y me ensancho toa con un gusto... no sé cómo explicarte... hago asín... amos, lo mismo que la tierra cuando ar medio día se suerta el agua e los canaliyos...

Gab. Y qué mala es la sé, ¿verdá, Rosa María?

R. María Mu mala, Gabrié, mu mala. ¿Por qué me lo preguntas?

Gab. (Abrazándola por la cintura.) Porque... (Sintiendo á Charito que en este momento llega de la calle y volviéndose á ella con naturalidad.) ¿Qué es eso, nos vamos por fin á dá un paseo?

ESCENA VI

DICHOS, CHARITO, MARÍA JESÚS y BARRENA

Char. Nos vamos. Madre me ha dicho que con tá que vengamos pronto...

R. María Pos arsa, yégate por los mantones.

Char. Ya estoy aquí. (Entrase corriendo en la casa.)

R. María ¿Ves tú? Por poquito nos coge...

Gab. Por poquito; pero no tengo yo la curpa.

M. Jesús (Con Barrena.) Entre usté, Sidoro.

Bar. Güenas tardes.

Gab. Güenas tardes, amigo.

M Jesús Cuidaito con apartarse der barrio, ¿eh? Y gorvé antes de que anochezca; no pase lo del otro día...

R. María Descuide usté, madre.

Char. (Saliendo con los mantones.) Toma, Rosa María.

R. María Trae acá.

Gab. Hasta luego.

M Jesús Vayan con Dios.

Gab. (A Rosa María.) Anda pa alante, clavé de tres beyotas .. (Se van los tres.)

ESCENA VII

MARÍA JESÚS, BARRENA y el ABUELO; á poco JUAN ANTONIO y ANGELES

M. JESÚS Siéntese usté, Sidoro.

BAR. Yame usté al agüelo también, que quieo que esté presente.

M. JESÚS ¿También el agüelo? ¡Josús y cuánta seremonia!

BAR. Es que er caso lo ersige, María Jesús.

M. JESÚS (Desde la puerta de la calle.) ¡Padre! venga usté, que Barrena quié hablarnos. (Se sientan los dos en primer término.)

ABUELO (Saliendo.) ¿Qué has dicho, hija?

M. JESÚS Que Barrena quié hablarnos.

BAR. Señó Fernando, siéntese usté á la vera mía.

ABUELO Con mucho gusto, amigo. (Lo hace.)

BAR. Vamos á liá un sigarro primero, que ar fin y ar cabo jumo es usté, y jumo soy yo... y jumo es to esto. (Le da su petaca al Abuelo.)

M. JESÚS ¿Y yo, no soy jumo?... ¡Lo que cavila usté, compadre!

BAR. Comadre, cavilasiones e la desgrasia. (Callan los tres, mientras él y el Abuelo lían y encienden un cigarrillo. Entre tanto, pasan por detrás de ellos hacia la calle Angeles y Juan Antonio Angeles va corrida y ruborosa, con los ojos bajos. Juan Antonio, más corrido y apesadumbrado que ella, la sigue maquinalmente á alguna distancia.)

ANG (Nunca lo esperé de Juan Antonio... ¡Vaya!... ¡Sabiendo la vocasión que yo tengo!...)

J. ANT. (¡Por brutol... ¡Por brutol... Sí, porque si el pellizco es en un brazo, no se enfada.)

ESCENA VIII

MARÍA JESÚS, el ABUELO y BARRENA

M. JESÚS Güeno, compadre, usté dirá; que se viene la noche ensima.

BAR. Comadre, es que tengo la boca seca... Miste: der dijusto no pueo escupí. (Intenta escupir inútilmente.) Na; que no pueo escupí.

ABUELO Pos fume usté na más, amigo Barrena.

BAR. Se me han venío ensima toas las desgrasias juntas, comadre. Hase farta er pecho de un Barrena pa no pegarse un tiro en la sien. Mi apeyío deshonrao; mis hijas... que ya no hay deos pa señalarlas; mi mujé más mala ca día y más fea ca minuto... ¿Quié usté más?

M. JESÚS A mí me sobra to.

ABUELO Y á mí lo mismo. Corte usté p'onde quiera.

BAR. Eya estuvo aquí anoche, ¿verdá?

ABUELO Aquí estuvo.

M. JESÚS Pero me da er corasón que no güerve.

BAR. ¿Puso mi apeyío en reículo?

M. JESÚS Y er suyo también.

ABUELO Lo que no es verdá es que Juliana esté ca día más fea, amigo Sidoro.

BAR. Agüelo, no se *pitorree* usté, que harta desgrasia tiene er que la ve á toas horas elante suya. ¡Mardita sea la hora en que nasíl... Pa tirarme ar río he estao esta tarde en er Puente e Hierro con una piedra en ca borsiyo. Mi mujé y mis hijas van á presipitarme...

M. JESÚS ¡Cuarquiea lo presipita á usté!

BAR. El apeyío Barrena siempre ha podío mirarse ar só, ustés lo saben. Güeno: pos yo soy Barrena. Mi mujé es Corrá... Corrá de los peores... Y mis niñas son Barrena y Corrá; pero desgrasiamente de Barrena tienen mu poco.

ABUELO En eso estamos tos.

M. JESÚS Alante.

BAR. Miste, comadre; miste, agüelo; la vergüensa no está en casa e Barrena cuando Barrena está en la caye. Y viseversa. Er dinero es mardito: un día yegó una perra mujé á la oreja e la mía, le sopló er sonío de sien duros... y no fué mesté más. Ayí empesó á perdé terreno la vergüensa en mi casa. A medía que se iba el honó, que es cosa morá, entraban por las puertas comodidaes físicas... Ar prinsipio—voy á desirlo to,—jasta er propio Barrena se hayaba á gusto, porque no se daba cabá cuenta de su desgrasia... Pero aluego vino la reflersión... y ahora, comadre e mi vía, ahora, agüelo e mi arma... (Enterneciéndose y lloriqueando.) er pan que como lo como mojao en lágrimas como los gorriones.

M. JESÚS (Levantándose decidida.) ¿Pos sabe usté lo que le digo?

BAR. Déjeme usté acabá. Mi casa está que no la conozco: ca día me jayo ar dispertarme un chisme nuevo... Mi mujé me trata á trompicones—es verdá que en eso no ha cambiao; —mis niñas me despresian y me pegan toas... hasta la más chica se atrevió ayé á levantarme la mano; la sea de que se visten me quema á mí las carnes na más e de verla; los alimentos que eyas toman se me jasen á mi un núo como una piedra en la garganta; er lujo e mi mesa me pone colorao... me ofende... ¡yo no he visto en mi vía tanto queso junto!... Siento una sé, comadre, que me ajoga...

ABUELO Es naturá; er queso píe mucha agua.

BAR. ¿Quié usté haserme er favó de no *chuflarse* ahora con las penas der prójimo? La sé que yo siento es de justisia, agüelo, de justisia... de pundonó... de limpiesa e sangre... ¡de to eso junto! ¿Me quién ustés desí qué es lo que jago yo pa apagarla?

M. JESÚS No pué sé más sensiyo, y á eso iba yo antes. Yo vivía en la creensia de que usté tenía tan poca *lacha* como toa su gente.

BAR. ¡Comadre!

ABUELO Le arvierto á usté que en esa creensia vive er barrio entero.

BAR. ¡Agüelo!

M. JESÚS Pero si es verdá que usté es un hombre honrao, dos caminos tiene usté pa elegí: ó echá á la caye á la arrastrá de su mujé y á las retunantas de sus niñas, ó dirse usté solo á comerse un cacho e pan duro aunque sea debajo de un paraguas. ¿Lo quié usté más claro? Pos agua e mi noria, que es la más limpia que conozco. Y quéese usté con Dios. (Vase á la calle. Barrena se queda unos momentos apabullado por el chaparrón. Apareee Bernardo por el fondo, copiando en su album de dibujo plantas y flores y variando con frecuencia de punto de vista.)

ESCENA IX

EL ABUELO, BARRENA y CONSUELO. BERNARDO.

BAR. ¿Ha visto usté qué rosiá?... Cuando uno viene buscando consuelo... ¡Na; que va á sé cosa de tirá piedras por la caye!

ABUELO No se esanime usté, que en este mundo to se arregla, Sidoro. ¿Quié usté tomarse conmigo dos medias cañas e vino duro... y usté verá como sale una solusión?

BAR. Lo que usté diga, agüelo, lo que usté diga...

ABUELO (Llegándose á la puerta del huerto, y llamando) ¡Consueliyo! ¡Escucha un momento!

CONS. ¿Qué hay?

ABUELO ¿Ande está er vino duro?

CONS. ¿Er vino duro? Vengan ustés conmigo. (Entrase en la casa por la puerta de frente al público.)

ABUELO Amos, Sidoro, lo tomaremos ayá dentro.

BAR. ¡Qué bien mandá!... ¡qué agrao er suyo!... Bendito sea Dios... ¡Se le quién paresé las mías!...

ABUELO Miste, amigo Barrena: esta, y la otra, y la de más ayá, y las de usté, y las der vesino, ¡toas son flores!

BAR. ¡Agüelo!

ABUELO ¡Flores, flores toas! La que no es jasinto es

alelí, la que no es alelí es geranio, la que no es geranio es mosqueta...

BAR. ¡Agüelo, por la Virgen der Carmen!

ABUELO Er toque está en er jardinero... en cuidá er güerto mucho.. en poné cristales en las tapias pa que no sarten los ladrones... en que haiga perro...

BAR. Perro hay en casa; por ahí no va usté malamente; pero ni con la Biblia en la mano me prueba usté á mí que mi señora es una fló.

ABUELO Arto er carro: yo, al hablá de mujeres, les yamo asín á las que están entre los quinse y los treinta años... Las demás, ya son otra cosa; á sabé: sorteronas, beatas, suegras, brujas...

BAR. ¿Y á qué edá prinsipian á sé brujas, señó Fernando?

ABUELO A la de su mujé de usté, ni año más ni año menos.

BAR. ¡Me caso con la Torre el Oro!... Me ha jecho usté reí... ¡Y miste que tengo yo unas tripitas ahora!...

ABUELO ¿Amos á remojarlas?

BAR. Amos... (Entran en la casa riéndose.)

ESCENA X

BERNARDO y CONSUELO.

(Bernardo se sienta de espaldas á la casa, y dibuja. Sale Consuelo por la puerta principal, y al ir hacia la calle, repara en él y se le acerca cautelosamente para ver lo que hace. Al cabo de un rato suelta una carcajada, que saca de su abstracción á Bernardo.)

BERN. ¡Hola! ¿Me estabas viendo? ¿De qué te ríes?

CONS. De lo en serio que ha tomao usté esto de la pintura.

BERN. ¿Te llama la atención?...

CONS. Pos ya se ve. Como que paese que va usté á seguí en eyo... y luego lo dejará usté á los ocho días. No va á sé la pintura más afortuná que otras cosas... Usté no se debe casá.

BERN. ¿Por qué?

CONS. Porque va usté á renegá de su señora á los tres meses e matrimonio.

BERN. Eso le pasa á medio mundo.

CONS. ¡Don Bernardo, por Dios! ..

BERN. Pero, en fin, no pienso guiarme de tu consejo, Consuelito... Me casaré... en cuanto tenga novia... y dinero.

CONS. En lo de la novia no entro ni sargo; pero en lo der dinero no yeva usté rasón ninguna.

BERN. No es que necesite pedir limosna, mujer; ¿pero adónde voy yo con una tienda medio arruinada y cuatro cuartos escasos que me dejó mi padre?

CONS. Si usté arrimase el hombro á la tienda...

BERN. Para arrimar el hombro tendría que arrimarme yo; y por no ver el mostrador ni los libros de caja la regalo con dinero encima.

CONS. A vé, don Bernardo, á vé esa hoja...

BERN. ¿Cuál?

CONS. Esa que ha pasao.

BERN. (Pasando varias.) ¿Esta de las violetas?

CONS. No, no; la de antes. Esa.

BERN. ¿Te gusta?

CONS. Mucho. Es er rosá de filo que hay junto á la tapia, ¿verdá usté?

BERN. El mismo.

CONS. Está mu bien sacao.

BERN. ¿Lo quieres?

CONS. ¿Yo? ¿Y pa qué, si tengo ayí er rosá?

BERN Me has convencido... y le has dado una puñalada á mi arte.

CONS. ¡Ay, Jesús!

BERN. Siéntate; verás lo que he hecho hoy.

CONS. (Obedeciéndolo.) Vamos á vé. (Se ríe.) La verdá es que yo entiendo mucho de estas cosas.

BERN. ¿Que si entiendes?... ¿Conoces esto?

CONS. Esto es un pedaso der jazmín reá. También está mu propio.

BERN. ¿Y esto, qué es?

CONS. La selinda. Y esto que está á la vera, er granao.

BERN. Oye: ¿cómo se llama un rosal blanco que hay junto á la celinda?

CONS. Rosá de virgen.
BERN. Ah, de virgen. ¿Y este?
CONS. Ese me quié paresé er de cobre.
BERN. Me asombra que los reconozcas aquí.
CONS. Tengo tanta costumbre de miralos...
BERN ¿Cuál de los dos te gusta más, este ó el de virgen?
CONS. Los dos lo mismo.
BERN. ¿Y de todas las flores, vamos á ver?
CONS. Ca una por su cosa me gustan toas iguales. Desde que nasí estoy entre eyas... usté carcule.. A toas las quiero Serrando los ojos, por el oló las conozco á toas... Yo creo que si me sacaran de aquí arguna vé, me moría.
BERN. ¿El huerto ya es propiedad de ustedes, no?
CONS. Sí, señó; ar morí er señorito, va ya pa sinco años, se lo dejó á mi padre en agradesimiento. Como mi padre fué moso e su casa toa la vía...
BERN. ¿Y les da á ustedes mucho que hacer?
CONS. Sabe usté que como se hase á gu-to, una no lo nota. Er trajín mayó lo tenemos por la mañana.
BERN. ¿Sí?
CONS. Sí. ¿No ve usté que casi tos los floreros vienen mu temprano? Los de la Encarnasión, sobre to, vienen ar sé de día; y ya nosotras les tenemos preparás las flores. Mi madre y y yo nos levantamos toavía con estreyas... y comensamos á cortá las blancas, que son las que mejó se ven á esas horas... Y luego, poco á poco, cuando va yegando la luz der día, se van distinguiendo los colores de las otras, y asín que las vemos las cortamos también. Es una faena mu bonita. Ar prinsipio mira una pa er sielo y no ve más que estreyas... y mira pa er güerto y casi no ve flores; pero apenas va viniendo la aurora, pasa ar revés: no quea ni una estreya ayá arriba y aparese cuajao de flores to esto...
BERN. Sí que será digno de verse.
CONS. A mí me pasó una mañana una cosa que me tuvo preccupá to er día... Figúrese usté que ca vez que cortaba yo una fló, se iba

una estreya... ¿No hay pa preocuparse, don Bernardo?

BERN. Me encanta oirte, Consuelito. Sigue, sigue diciendo cosas.

CONS. Eso es; pa luego divertirse usté conmigo.

BERN. Sea para lo que sea... Escucha: ¿á lo que le temerán ustedes más que á un dolor es á las tormentas?

CONS. Ay, no me hable usté de eso... Son una ruina pa nosotros... Yo me pongo más triste... En er mes de Mayo pasao, pocos días después de irse usté de viaje, hubo aquí una espantosa... Yo no sé por qué me acordé de usté mucho... Mi madre se yevó yorando toa la tarde; Angeles prinsipió á resá y á ensendé velas, y Charito metió la cabesa debajo de un corchón porque se asusta de los truenos. Rosa María no estaba en casa. Solo nos queamos viéndola el agüelo y yo, que somos más valientes. No sabe usté la pena y la angustia que á mí me daba vé á toas mis flores, que no hasen daño á nadie, acobardás con er viento que las sacudía y con el agua que caía mu incliná y mu fuerte... Paresía que les pegaban y las castigaban por argo malo que habían hecho. Los capuyitos se tronchaban enteros; las rosas grandes caían esbaratás; los claveles daban tos contra er suelo sin espegarse de las ramas; los jazmines se queaban sin una fló... ¡Jesús, no quieo acordarme!... Cuando pasó la yuvia y nos asomamos aquí fuera á vé er daño hecho, nos daba lástima pisá... Y luego, cuando salió er só, con er goteá de toas las hojas, me acuerdo yo que me paresió á mí como que er güerto entero estaba yorando.

BERN. Algo hubiera dado yo por haberlo visto.

CONS. No diga usté eso, que usté no tiene mala idea.

BERN. Y lo que es lo otro no me quedo sin verlo.

CONS. ¿Qué es lo otro?

BERN. La faena del amanecer. (Levantándose.) ¿Me dejas tú que venga mañana?

CONS. Don Bernardo, usté no está en sus cabales. (Se levanta también.)

BERN. ¿Me dejas tú?
CONS. ¿Y á usté qué farta le hase mi permiso? ¿No sabe usté que aquí pué vení cuando quiera?
BERN. Mira si lo sé, que estoy notando que no salgo del huerto en todo el día.
CONS. Ya se le pasará á usté el arrechucho.
BERN. ¿A que no se me pasa?
CONS. ¿A que sí?
BERN. Oye, Consuelito, un favor que quiero pedirte.
CONS Diga usté, que si está en mi mano...
BERN. En tu mano está. ¿Por qué no me tuteas?
CONS (Soltando la risa.) Cuando digo yo que usté está barrenao...
BERN. Pues á los locos seguirles la corriente. Tutéame.
CONS. Pero ¿qué más tiene el usté que er tú pa el apresio? Y que á mí me iba á dá mucha vergüensa...
BERN. Bueno, pues te hablo yo de usted desde ahora.
CONS. Eso sí que iba á está grasioso.
BERN. ¿Me tuteas ó no me tuteas?
CONS. Se va á enfadá mi novio.
BERN. ¿Lo tienes ya?
CONS. Ya tengo hecha mi elersión.
BERN. Por los clavos de Cristo, no vayas á cargar con un zopenco.
CONS. Duerma usté tranquilo, que no cargo.
BERN. Es verdad que tú eres persona de buen gusto.
CONS. ¡Digo!
BERN. Con que hasta mañana, que vendré á coger flores.
CONS. ¿De verdá?
BERN. De verdad. Y que vendré en carácter: pantalón y blusa de dril...
CONS. Ay, ay, ay...
BERN. Sombrero ancho...
CONS. ¡Josú! ¡Josú! Va usté á paresé uno de nosotros.
BERN. ¿Y qué cosa mejor? ¡Ah! Te advierto que llamaré con una piedra. ¡Pun! ¡pun!

CONS. No será menesté: yo estaré esperando.
BERN. Pues hasta mañana, con estrellas.
CONS. ¿Y si está nublao por casualidá?
BERN. Te miraré á la cara y será lo mismo. Adiós.
(Consuelo suelta la carcajada. Bernardo se va.)
CONS. Es mu güeno este don Bernardo... y mu simpático... La trata á una como si una fuera su iguá... Es mu güeno.. Lástima que tenga un venate. A mí, to lo que me dise, no es que me haga grasia, es que me da mucha alegría... (Yéndose huerto adentro y suspirando.) ¡Ay!... A esta media luz de la tarde sí que está esto bonito .. (Queda la escena sola. Pausa.)

ESCENA XI

JULIANA y MARÍA JESÚS

(Juliana llega de la calle hecha una furia. Viene agitadísima y abanicándose á más y mejor. Tan pronto se sienta como se levanta, dirigiendo cuantas frases dice hacia la calle, para meter en curiosidad á los que desde allí la escuchan.)

JUL. Aquí me cuelo... No quiero escándalos en la puerta... No quiero que luego digan que si fué, que si vino, que si una yeva y trae... ¡Anda! Ya estás aviá, fantesiosa... Me alegro, me alegro, me alegro, me alegro y me alegro... ¡Como me yamo Juliana que me alegro!... En los artares había que poné á las niñas... ¡Toma artares!... No; si era agua bendita la de la arberca... (Soltando una carcajada escandalosa.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué risa me ha entrao!... Este es er mundo, hija, este es er mundo... (Suspirando con las de Caín) ¡Ay! ¡to cae ensima, to cae ensima!...
M. JESÚS (Saliendo de pronto y encarándose con ella.) Pero, oiga usté, comadre: ¿con permiso de quién entra usté en mi güerto? ¿Cuantas veses va á habé que echarla a usté pa que no güerva más? ¿Quié usté desírmelo? ¿Quié usté también desirme qué baba es esa que está usté

sortando? ¿Quié usté reventá de una vez, comadre e mis curpas?

JUL. Sí, hija, sí; ¡pos no que no! Si vengo á tiro hecho... ¡Vaya!... ¿Conque las niñas en los artares?...

M. JESÚS Oiga usté...

JUL. ¿Conque con la frente pa er sielo?... ¡Ja, ja, ja!...

M. JESÚS Miste comadre; váyase usté de aquí ..

JUL. Me iré, me iré... cuando desembuche.

M. JESÚS Pos desembuche usté pronto—pa no verla más—y suerte usté to er veneno que traiga; pero mírese usté mucho antes e desí tanto asín de mis hijas. Mis hijas son sagrás pa usté y pa to er mundo.

JUL. ¡Ja, ja, ja! Me da usté lástima... ¡Ahora soy yo la que está ensima!...

M. JESÚS ¿Acaba usté?

JUL. Comadre de mi corasón y de mis entrañas: ¿sabe usté por casualidá en dónde está á estas horas Rosa María?

M. JESÚS Pos dando un paseo con Charito.

JUL. ¿Con Charito?

M. JESÚS Y con su novio. ¿Qué tiene usté que desí de eso?

JUL. De eso, na; pero se conose que ha habío una buya y han perdío de vista á Charito...

M. JESÚS ¿A Charito?

JUL. Sí; porque yo me los he encontrao mu juntos á los dos... solitos con sus pensamientos... y por una caye... ¡ay, qué caye!...

M. JESÚS ¡Mentira!

JUL. (Con fruición.) ¡Yo! ¡yo! ¡yo! ¡Yo los he visto! ¡yo! ¡Con estos ojos! ¡con estos ojos! ¡Yo! ¡yo! ¡yo!

M. JESÚS ¡Mardita sea tu arma! ¡Vete ya e mi güerto, si no quiés que te ajogue ahora mismo! ¡Quitate de mi vista pronto, mala mujé, mala fiera!... ¡Qué más quisieas tú, sino que fuera verdá lo que estás inventando!

JUL. ¡Inventando... sí!... ¡Ya estamos iguales, ya estamos iguales!...

M. JESÚS ¡Iguales! ¡Esa es tu pesaiya, condená! ¡esa es tu pesaiya!... Pero ¿sabes lo que te digo?

Que los peores pensamientos e mis hijas los quisiean las tuyas pa dí con eyos á la Iglesia! ¡Vete ya, bicho malo! ¡Fuera de aquí, que manchas! ¡Vete, que me paese que veo ar demonio cuando te veo! ¡A la caye, al arroyo, ande debes está, mardesía!...

(Al escándalo acuden Angeles de la calle, el Abuelo y Barrena de la casa y Consuelo del interior del huerto.)

ESCENA XII

DICHAS, ANGELES, CONSUELO, el ABUELO y BARRENA

ANG. ¡Madre! ¿qué es esto?

CONS. ¿Qué susede? ¡Juliana! ¡Madre!

M. JESÚS ¡Fuera, fuera de aquí!

ABUELO ¿Qué pasa, hija?

BAR. ¡Adiós! ¡Nos caímos!...

CONS. ¿Qué pasa, madre?

M. JESÚS ¡A la caye esa mujé! ¡A la caye esta gente mala!

ABUELO Pero ¿qué ha sío?

M. JESÚS ¡A la caye!

CONS. Madre, déjela usté, que bastante tiene...

JUL. ¡Bastante tengo, sí, bastante tengo!... ¡Ja, ja, ja!... Toas tenemos lo mismo, hija. (A Barrena, dándole pellizcos y empellones.) ¡Arsa tú pa casa, cobardón! Estas viendo que me insurtan y no me defiendes... ¡Asín te parta un rayo!...

BAR. Agüelo: ¡una camelia!

JUL. ¡Arsa pa alante!

BAR. Ya voy, mujé, ya voy... no arrempujes...

JUL. ¡Quearse con Dios, familia e santas!... ¡Ja, ja, ja!... (Vase babeando y riéndose con Barrena, á quien no deja de empujar.)

ESCENA XIII

MARÍA JESÚS, CONSUELO, ANGELES y el ABUELO, luego CHARITO

M. JESÚS ¡Víbora!...

CONS. Pero ¿qué fué, madre?

ANG. Madre, ¿qué ha susedío?...

M. JESÚS (Sin atenderlas, y mirando hacia la puerta del huerto, desahoga su ira contra Juliana.) ¡Más que víbora!... ¿Te escuese la honra ajena, verdá?

ABUELO Mujé, ¿quiés contarnos?...

M. JESÚS ¡Si no te dejo ni limpiá con la lengua er suelo que eya pisa! ..

ABUELO Pero ¿te ha fartao?

M. JESÚS ¡Iguales! ¡iguales!... ¡Eso quisieas tú, saco e veneno!...

CONS. Madre, tranquilísese usté...

ANG. ¡Por la virgen, madre!

M. JESÚS ¡Si el infierno lo han inventao pa tirarte á tí de cabesa! ..

ABUELO María Jesús, por Dios...

M. JESÚS ¡Malos lobos te coman! ¡Te farte la salú mientras vivas! ¡En sagrao no te entierren, por mala! (Volviéndose á los suyos y llorando.) ¿Habeis visto lo que dise esa infame mujé?

CONS. ¿Qué dise?

M. JESÚS ¡La mayó viyanía, hijas e mi sangre!

ANG. ¿Cuá?

(Llega en este momento Charito, demudada y trémula. Su presencia es una terrible revelación para María Jesús, la cual da un grito de dolor y de espanto al verla sola.)

ABUELO ¡Charito!

M. JESÚS ¡Charito! ¿Y tu hermana? ¿Y tu hermana, Charito?...

CHAR. Madre, me he perdío de eya...

M. JESÚS (Con angustia y profundo dolor.) ¡Ay!... ¡ay!...

CHAR. No he podío encontrarla...

M. JESÚS (Con arranque enérgico, yendo hacia la puerta.) ¡Yo la encontraré!... ¡Rosa María! ¡Rosa María!

ABUELO (Conteniéndola.) ¿Ande vas, loca?

CONS. (Lo mismo.) Madre, no es pa tanto...

M. JESÚS ¿Que no es pa tanto? ¿Qué saben ustedes? ¡Dejarme que la busque! ¡Dejarme, digo!... ¡Rosa María! ¡Rosa María! (Logra desasirse y se precipita hacia la calle llamando á su hija. Cae rápidamente el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La acción se desarrolla en el mismo lugar que los actos primero y segundo. Aunque desde entonces acá ha transcurrido más de un año, sólo se observan en el huerto variaciones leves. Es una noche de verano, clara y serena.

ESCENA PRIMERA

BERNARDO y el ABUELO. MARÍA JESÚS

(El Abuelo está sentado cerca de la puerta del huerto Bernardo llega de la calle.)

BERN. Abuelo, buenas noches.

ABUELO Dios te guarde, muchacho. ¿De ande vienes?

BERN. De dar una vuelta por ahí, buscando aire fresco.

ABUELO ¿Y lo has encontrao?

BERN. Ni en la misma orilla del río. Como aquí no lo haya...

ABUELO Siéntate.

BERN. ¿Y Consuelo?

ABUELO Contándole cuentos á la gente menúa.

BERN. ¿Está la otra con ella?

ABUELO Sí.

BERN. ¿Más tranquila yá?

ABUELO Argo, pero no mucho.

(Bernardo saca un cigarrillo, le da al Abuelo otro y am-

bos fuman. María Jesús pasa en silencio de la puerta de su casa que está frente al público, á la calle.)

BERN. ¡Pobre María Jesús! Es otra mujer. Mentira parece que en un año...

ABUELO En poco más de un año; cabá... Catorse meses hiso antié que levantó er güelo la paloma.

BERN. Y menos mal que ha vuelto al nido.

ABUELO Porque tú la trajiste...

BERN. No, no lo crea usted. Ella estaba dispuesta á venir. Si algo la detenía era el peso de la culpa, los remordimientos... Cuando yo la encontré la otra noche en la calle, la ví llena de vergüenza, temerosa... asustada... Quería entrar en el huerto y no se atrevía. Al llamarla yo por su nombre y conocer mi voz, se quedó blanca, yerta... ¡Pobre criatura!

ABUELO Pagando está de sobra su mala partía, no te pienses. Er día y la noche se los pasa yorando como una Mardalena: tiene las mejiyas escardás... Las mirás más inosentes de nosotros la hasen bajá la vista pa er suelo; los consuelos de sus hermanas le punsan como espinas á la pobre; una carisia que le haga su madre la deja helá, sin vía, sin respiro...

BERN. Es claro; en estos primeros momentos... Pero deje usted que el tiempo ande, que ella se convenza de que aquí no se le guarda rencor, de que hasta su madre la perdona, y entonces... Como yo creo que está sinceramente arrepentida... (El Abuelo hace un gesto.) ¿Usted no lo cree?

ABUELO Que esté arrepentía sí lo creo; pero eso vale poco, mientras viva ese piyo que la engañó... Ahí está er peligro.

BERN. Pues á mí me ha jurado que antes se sacará los ojos que volver á mirar á ese hombre.

ABUELO Eso es como si un girasó te jurara no mirá más que pa la tierra. Si está en su naturá seguí ar só por donde quiea que vaya, ¿qué vale er juramento?

BERN. Sin embargo...

ABUELO No seas inosente, chiquiyo. Mira: tú has visto acá día por día, durante un año entero,

er doló continc de esa madre; tú la has visto yorá y más yorá yamando á su hija, con una voz de pena honda que hasta á las flores les daban repelucos... tú lo has visto to y to lo sabes, porque tú con tu labia y con tu sentío eres el único que ha podío consolarla argunas veses... Pos güeno: Rosa María ha güerto y ha comprendío los sufrimientos e su madre; Rosa María la ha visto envejesía y esplomándose por curpa de eya; á Rosa María la han perdonao tos en esta casa, hasta *Lusero*, er perro, que la resibió con sartos de alegría y le lamió las manos... y sin embargo, yo te apuesto á tí lo que quieras á que esa golondrina da mu pronto otro voletío.

BERN. Más sabe usted que yo, pero estaba por apostarle lo contrario. ¿No es ella la primera que al encontrarse sola, rodando por ahí, ha visto como único refugio su huerto? Este ambiente de paz y de sosiego, esta atmósfera de honradez, ¿cree usted, abuelo, que no han de poder nada sobre su corazón?

ABUELO Sobre su corasón... y sobre su consiensia, que es lo malo. Créeme tú á mí, chiquiyo; lo que hay que pedirle á la Virgen es que er charrán que la perdió no se le presente.

BERN. ¿Sabe usted si anda por Sevilla?

ABUELO Por Seviya anda: la otra tarde lo ví en er Duque.

BERN. En ese caso... Hombre, ¿y si lo quitáramos de en medio de alguna manera?

ABUELO (Viendo á Charito, que sale por la izquierda del huerto.) Cáyate, que viene Charito.

ESCENA II

DICHOS y CHARITO; después ANGELES y JUAN ANTONIO. Al final, MARÍA JESÚS

BERN. Charito, buenas noches.

CHAR. (Con tristeza.) Güenas noches, Bernardo.

BERN. ¿Qué te pasa que traes esa carilla tan mustia?

CHAR. Que vengo de enterrá er jirguero.

BERN. ¿Cuál? ¿Periquito?

CHAR. Er pobre Periquito. Se me ha muerto esta tarde.

BERN. ¡Vaya por Dios! ¿Y de qué se te ha muerto?

CHAR. De está en la jaula, digo yo que habrá sío. Como era tan rabioso...

ABUELO Pos en dos días yevas tres entierros, mujé. (A Bernardo.) Er canario de la raya ar lao también *espichó*.

BERN. ¿También?

CHAR. Güeno, pero ese fué de anginas.

(Llegan de la calle Angeles y Juan Antonio, ella rozagante y alegre, él mustio y abatido. Cada uno trae en brazos una criaturita de pecho, exactamente iguales las dos. Huelgan en absoluto los comentarios.)

J. ANT. Santas y buenas noches... Abuelo... Bernardo... Charito...

BERN. Buenas noches.

ABUELO (Levantándose.) ¿Ustedes por aquí á estas horas?

CHAR. ¿Habéis visto á madre?

ANG. Ahí en la puerta la hemos visto, sí.

CHAR. Sentarse un poco.

ANG. Nos vamos á dí de seguía, sino que pasábamos por aquí y no quisimos pasá de largo.

ABUELO (A Juan Antonio, cogiéndole el chiquillo y besándolo.) Dame tú acá este moso güeno.

CHAR. (A Angeles, lo mismo.) Dame tú á mí este rey der mundo.

ANG. Cuidao con é.

BERN. ¿Qué hay, Juan Antonio? ¿Cómo va esa salud?

J. ANT. Medianamente. Diga mi mujer lo que quiera no estoy bueno. Se me va la cabeza... tengo el estómago perdido... las piernas me bailan... pero así, que me bailan...

BERN. ¿Qué haces tú que no lo cuidas, mujer? Porque él te tiene á tí de buen año. Mira qué colores: da gloria verte.

J. ANT. Es que esta por poquito yerra la vocación: le ha sentado el matrimonio bastante mejor que le hubieran sentado las tocas.

ANG. (En tono de cariñosa reconvención.) ¡Juan Antonio!

BERN. (Riéndose, y pasándole una mano por la espalda con familiaridad.) ¡Ja, ja, ja! ¡No le gusta que le diga usted eso!

J. ANT. (Dando un respingo.) ¡Por los clavos de Cristo, no me pase usted la mano por la espalda!.. —Y que ya ha empezado otra vez con los antojitos... ¿Se entera usted, abuelo?

ABUELO ¡Muchacha!

ANG. No le haga usté caso á este charlatán.

J. ANT. A mí se me han puesto los pelos de punta. Sí; porque si da en la flor de traérmelos por colleras, como los palomos .. ¡apaga y vámonos! (Todos se ríen de la ocurrencia.)

ANG. (Ruborosa.) Verás tú cuando yeguemos á casa, sinvergonsón. (A Charito.) Oye, ¿y Rosa María?

CHAR. Más sosegá está la pobresiya, ¿verdá, agüelo?

ABUELO Así, así anda...

J. ANT. ¡Lástima de criatura! No se me cae de la imaginación un momento.

BERN. ¿La llamo aquí, Angeles?

ANG. No; déjela usté. Yo vendré mañana de día más despasio. Tengo que echá con eya un párrafo mu serio.

J. ANT. Mira, mira, no vayas tú á tomar ese tono de abadesa que empleas conmigo... Bastante tiene la pobrecita con lo que tiene.

ANG. ¿Tú que sabes? Si eya es capaz de recogimiento y güena condurta, er Señó le perdonará su mala arsión. Dios es mu güeno, pero una debe poné de su parte to lo que puea.

J. ANT. Amén. (Se ríen todos.)

ANG. Vaya, esta noche te ha dao la ventolera por abochornarme. Vámonos ya pa casa Trae acá mi niño, Charito. (Besándolo con efusión.) ¡Santito e mi sangre!

J. ANT. Abuelo, deme usted á mí el mío. ¡Curita de mi corazón!

ANG. Escucha, Charito: ¿cuándo vas á dí por ayí?

CHAR. A vé si voy mañana.

ANG. Ya verás cómo he puesto la capiya.

J. ANT. Está preciosa.

ANG. ¡Y qué manto er que ha regalao doña Carmen!... Por supuesto, lo que yo he tenío que trajinà ayí, Dios me lo tome en cuenta. Los candelabros e plata de tos los artares, hasía más de un año que no veían la tisa; los doraos tos estaban cuajaitos de manchas e sera; á toas las imágenes las he tenío que lavá con claras e güevo... En fin, aqueyo ha sío no sosegá. Pos en la sacristía, tres cuartos e lo propio. Lo menos cuatro manos e cá he tenío que darles á las paredes... Había ayí unas pinturas medio borrás der tiempo, y no he parao hasta dejarlo to blanquito, blanquito, blanquito.

BERN. ¡Ave María Purísima! ¡Buena la has hecho!

ANG. ¿Que si la he hecho? ¡Superió! Vaya usté por ayí y se queará con la boca abierta. Y vámonos nosotros.

ABUELO Los acompaño á ustés hasta la esquina.

CHAR. Mañana iré yo á verte, ¿eh? (Besa á su hermana y á los chiquillos.)

ANG. Pos yévate unas flores pa ayá; no se te orvíe.

CHAR. Descuida.

J. ANT. Con Dios, Bernardo.

BERN. Vayan ustedes con Dios.

J. ANT. (Estremeciéndose.) ¡Cuidadito con tocarme en la espalda!

BERN. No tenga usted cuidado, hombre.

(Se van el Abuelo, Angeles y Juan Antonio.)

CHAR. Esta hermana mía, metía entre santos y entre curas no se cambia por nadie.

BERN. Y al otro ya no le bailan las eses. Ahora son las piernas las que le bailan.

CHAR. Vente tu conmigo pa ayá arriba, que tenemos que hablá los dos.

BERN. ¿Sí? ¿Cosa grave?

CHAR. No deja de tené gravedá, no te creas. (Se va con Bernardo por el fondo del huerto.)

BERN. Pues dí.

CHAR. Aguárdate á que nos sentemos junto á la arberca, que es un sitio mu propio.

(Queda la escena sola. Pasa María Jesús de la calle á la izquierda del huerto, sin decir palabra.)

ESCENA III

CONSUELO y ROSA MARÍA

(Salen las dos, abrazadas por la cintura, por la puerta de la casa que da frente al público.)

CONS. Anda, sarte aquí, que ahí dentro ahoga la caló.

R. MARÍA Me da lo mismo: estoy que ni siento ni paezco.

CONS. Pos eso no vale. Es menesté que te sosiegues y que te animes. Güerve á sé la que eras.

R. MARÍA ¡La que era!...

CONS. Siéntate.

R. MARÍA (Obedeciéndola maquinalmente.) No te vayas tú.

CONS. Tengo que acostá á aqueyos demonios.

R. MARÍA Déjalos un ratiyo más y quéate aquí conmigo. (Consuelo se sienta á su lado.) No sé por qué, me hayo á tu vera más á gusto que ar lao de nadie. Junto al agüelo, junto á Charito, junto á madre, estoy acorralá, temiendo argo que no sé lo que es... Junto á tí estoy tranquila.

CONS. Pos ya tú ves que acá tos semos lo mismo y tos te queremos iguá, Rosa María.

R. MARÍA ¡Qué se yo!... Me mira madre de una manera... Yo no sé cuándo me hase más daño: si cuando se aserca á mí y me da un beso, ó cuando la veo pasá por er güerto cayá como una sombra.

CONS. Pa la pobre ha sío un gorpe mortá; eso tú lo sabes... Pa tos nosotros ha sío una pena como ninguna; yo no te sé engañá... Pero eya y tos te hemos perdonao, y ahora lo que queremos es que sea verdá que estás arrepentía...

R. MARÍA ¡Qué güena eres!... ¡Si vieras cuánto me he acordao de tí!... Ca vez que ese mal hombre hasía conmigo una felonía, no sé por qué eras tú la única de acá que se me representaba

en er pensamiento. Un día yegó á pegarme; me amenasó con abandonarme pa siempre; huyó de la casa; me dejó sola... Y yo yoré y yoré, y mientras yoraba se me vino á la idea er despego con que tú lo resibiste la primera vez que entró en er güerto; y me acordé también de aqueya tarde e toros en que me dijiste al oído: «Rosa María, cuidao con ese hombre.» Paese que te estoy oyendo toavía: fueron tus palabras... Pero yo estaba siega, siega... no vía na.

CONS. Si no fuera por eso, no tendrías perdón de Dios ni de nosotros.

R MARÍA Créeme que estaba siega... La tarde e mi desgrasia fué lo mismo: hasta er pensamiento se me segó. Perdí er sentío y la memoria: ni me acordaba de tí, ni de madre, ni de ninguno... No vía más que á Gabrié; pa mí no había familia, ni mundo, ni na: Gabrié por dentro e mí; Gabrié por fuera; mi arma de Gabrié; de Gabrié mi cuerpo... Nunca he sabío lo que es no tené voluntá hasta aqueya tarde. Tú, como no has querío á ningún hombre, no pués comprendé esto.

CONS. Sí lo comprendo, sí; ¿no ves tú que yo estoy acostumbrá á quererlo to de esa manera? ¿En dónde hay na como fartarle á una misma tiempo pa quererse, por tené repartío er corasón ar reó suya?

R. MARÍA Lo malo es cuando se echa er cariño en tierra farsa, como á mí me ha pasao. ¡Miá que darle yo á ese lobo ladrón toa mi persona y tené való de abandonarme!.. ¡Quién me lo había e desí!... De aquí de Seviya nos fuimos á Málaga y ayí vivimos una temporá tranquilos y contentos.. Lo único que á mí me punsaba como una saeta de cuando en cuando, era la idea de acá... «¿Qué pensaría mi madre? ¿cómo estaría?» Esto cuando yo me queaba sola. En cuanto lo tenía delante se me borraba to: ni madre, ni güerto, ni flores, ni hermanas... Gabrié: su mirá, sus carisias, sus dichos grasiosos... ¡Mardito sea sien veses er nombre que yeva!

CONS. Vamos, mujé, no te atormentes más recordando cosas que ya no tienen remedio... Pasó, Dios sabrá por qué, y na vas á conseguí con repetírtelo...

R. MARÍA No me quites este consuelo, que en él está mi vía. Pensá en eyo, pensá, darle güertas en la cabesa, recordarlo siempre... Er viaje á Málaga; er sarto á Madrí; los primeros dijustos; la vez que me pegó—¡paese que es ahora, según me duele!—su abandono infame; mi vía de luego... ¡Qué vergüensa, Dios mío, qué vergüensa! Vete, Consuelo, vete; déjame, que mi rose mancha, y yo no quieo mancharte á tí... Tú eres pa mí como aquél rosá de virgen que yo cuidaba antes e mi caía...

CONS. ¿Te vas á gorvé loca, mujé?... ¡Er rosá de virgen!... Güerve á cuidarlo, rósate con é, que á é no se le ha de pegá na malo tuyo, y lo que á tí se te pegue de é tiene que sé güeno. (Levantándose.) Y basta e yantina, que vas á ponerte mala y te vas á morí, y no vas á tené tiempo pa gosá de haberte arrepentío.

R. MARÍA Mejó, si me muriera. Se acabó pa siempre la yerba mala: un año e luto... y er güerto como antes.

CONS. Mira, á vé si te cayas. Entrate por ahí, que esa vista y esos olores te harán mucho bien... Anda, vete. (Rosa María se levanta.) Yo vendré á buscartę otra vez en cuanto acueste á los chiquetiyos; que estarán las pobres criaturitas cayéndose de sueño. No lo pienses más. Anda...

R. MARIA Lo que tú quieras.

CONS. Dame un beso. Y te arvierto que esta conversasión se ha acabao. ¿Lo oyes?

R. MARIA Sí.

CONS. Se ha acabao. (Éntrase en la casa.)

ESCENA IV

ROSA MARIA

(Después de llorar un rato en silencio.) No pué sé; no pué sé... No pueo viví á la vera e mi gente. Seis días que yevo aquí me han paresío seis siglos... Este cariño con que me pagan er má que he hecho, viene como á agrandá mi curpa... No pué sé... no pué sé... ¡Me voy der «Güerto e las Campaniyas» pa siempre! Hasta los mismos árboles pienso que me señalan... y cuando er viento los sacude se me figura que hablan de mi caía... ¡Me voy, me voy! Mi puesto ya no está aquí: aquí estorbo, aquí daño, aquí soy una planta mardita... Roaré, si es que roá es mi suerte... (Llora)

ESCENA V

ROSA MARÍA y GABRIEL

(Gabriel, que viene de la calle, se acerca cauteloso á Rosa María y le habla con voz sorda. Rosa María, vencidos el espanto, la sorpresa y el arranque de odio que le produce la llegada de Gabriel, no escucha al fin sino la voz de su pasión primera, que surge viva al contemplarlo.)

GAB. Negra, ¿por qué yoras?
R. MARIA ¡Gabriél
GAB. ¡Negra mía!
R. MARIA ¡Vete! ¿No te habías muerto? ¿No te habían matao, asesino, ladrón? ¡Vete!
GAB. ¡Contigo!
R. MARIA ¡Conmigo! ¿Tienes való de hablarme?
GAB. Porque no tengo való pa morirme solo.

R. María Yegas tarde pa que te crea: me has engañao mucho, gitano. ¡Vete, vete! ¡Tú eres mi perdisión! ¡Vete!

Gab. Cuando tú me mires como antes.

R. María ¡Entonses nunca!

Gab. ¿Nunca? ¿Vas á sé tan crué?

R. María Esa palabra en tus labios es un insurto.

Gab. Pon tú la que quieras.

R. María ¡Traisionero! ¿Te gusta?

Gab. Me gusta porque viene de tí; porque sale de esa boca ensendía.

R. María ¡Mentiroso! ¡farso! ¡Quítate de mi vista! ¡Déjame!

Gab. ¿Y quién te va á mirá como yo te miro?

R. María Pa engañarme, na más que tú.

Gab. ¿Siempre ha de sé lo mismo? Prueba á verlo.

R. María Probé cuando hiso farta.

Gab. ¿Es que no sabes perdoná? Porque yo he aprendío á arrepentirme. (Cogiéndole una mano.) Ven acá, gitana...

R. María ¡Suértame!

Gab. No te empeñes: si ar fin ha de sé... ¡si hemos nasío pa achicharrarnos los dos juntos!

R. María ¡Suértame!

Gab. ¿Te lastima mi mano?

R. María Me lastimas tú... ¡Suértame, te digo!

Gab. (Obedeciéndola.) Suértame tú á mí el arma, que me la tienes presa.

R. María ¿Hasta ahora no lo ha estao?

Gab. ¡Hasta ahora no lo he visto! Negra de mi vía, mora de mi arma, ¡mírame como antes!

R. María (Resistiéndose sin resistirse.) ¡No quiero... no quiero!...

Gab. ¡Mírame!

R. María ¿Pa qué? ¿Pa que dentro e un año vengas á desirme lo mismo?

Gab. No; ahora no. He nesesitao separarme de tí pa vé lo que te quiero.

R. María Yo también he nesesitao que te separes, pa convenserme de que es mu poco.

Gab. Es más de lo que piensas: por eso vengo.

R María (Con dolor y esperanza: espontáneamente.) ¡Ay, si fuera verdá!...

GAB. Lo es: no lo dudes.
R. MARÍA ¿Cómo no ví á dudarlo?
GAB. Yo te juro que es tan verdá como tu cariño.
R. MARÍA ¿Qué sabes tú de eso?
GAB. Porque lo sé lo juro: tu cariño es lo más sierto que conozco. ¿Te atreves tú á jurarme que no me quieres? Responde, morena. (Viéndola convencida.) Pero no, ¿pa qué? no respondas.
R MARÍA (Rindiéndose al cabo.) ¡Gabrié! ..
GAB. ¡Rosa María!... ¡arma de mi arma!. . ¿Lo estás viendo?
R. MARÍA ¿Pa qué has venío?
GAB. Pa yevarte conmigo otra vez y no dejarte nunca.
R. MARÍA ¿Nunca, Gabrié?
GAB. ¡Nunca!
R. MARÍA Si es pa eso, ahora es cuando quiero que lo jures en cruz por mi cariño.
GAB. ¡Jurao está!
R MARÍA ¡Gabrié mío! ¡No me engañes, por Dios!
GAB. ¡Por Dios que no te engaño!
R. MARÍA ¡Si vas á dejarme otra vez, mátame primero!
GAB. ¡Como mis besos no te maten!...
R. MARÍA ¡Tus besos!... ¡Pensé que nunca más gorverían!
GAB. Vámonos.
R. MARÍA Vete tú.
GAB. Sin tí, no.
R. MARÍA Aguárdame serca: no sargamos juntos de aquí.
GAB. ¿Pero vendrás?
R. MARÍA Detrás e tí siempre: ¡si es mi sino!
GAB. ¿Y tu gusto?
R MARÍA ¡También!
GAB. En la puerta e la Iglesia estoy.
R MARÍA Ayá iré yo.
GAB. ¿Pronto?
R. MARÍA ¿Me esperas tú y me lo preguntas, ingrato?
GAB No tardes, paloma.
R MARÍA Descuida, gavilán. (Vase Gabriel rápidamente.) ¡Con é... con él... ¡A sufrí, á pená, á lo que sea... pero á la vera suya, á la vera suya! ¡Madre, perdóname! «¡Güerto e las Campa-

niyas,» adiós pa siempre!... Mi mantón, mi mantón, y fuera de aquí (Entrase corriendo en la casa.)

ESCENA VI

MARÍA JESÚS y ROSA MARÍA

(Aparece María Jesús por la izquierda del fondo y viene hacia la casa. Cuando va á entrar por la puerta de frente al público, sale Rosa María presurosa, acomodándose un mantoncillo negro sobre los hombros. La presencia de su madre la desconcierta y la detiene.)

M. JESÚS ¿Ande vas, hija?
R. MARÍA (¡Jesús!)
M. JESÚS ¿Ande vas ahora?
R. MARÍA A la caye.
M. JESÚS ¿A la caye, á qué?
R. MARÍA A buscá una cosa pa Consuelo. ¿Va usté á acostarse ya?
M. JESÚS Sí. Estoy rendía: no pueo con mi cuerpo.
R. MARÍA Pos hasta mañana.
M. JESÚS Si Dios quiere. (Se besan con calor intenso de pena y de cariño. Rosa María se va; María Jesús se queda parada viéndola irse.) ¡Qué pena de hija, Dios mío!... Rosa caía y manchá de barro, ya nadie pué quererla pa su casa. ¡Qué pena de hija!... ¡Adentro, María Jesús, á yorá por eya!... (Entrase en la casa. Queda la escena sola unos instantes.)

ESCENA VII

BERNARDO y CHARITO

(Salen por la derecha del fondo y vienen hacia la casa, ante cuya puerta principal se detienen.)

BERN. Ten mucho cuidado, Charito, que estas cosas que empiezan por un capricho son luego las más graves.

CHAR. No me dará tan fuerte: descuida.

BERN. Por si acaso, bueno es que recuerdes aquella copla que me enseñaste el otro día.

CHAR. Te he enseñao tantas...

BERN. *De cera son las puertas*
de los amores;
cuenta que á la salida
ya son de bronce.
Y que á la entrada
suelen estar abiertas;
después, cerradas.

CHAR. No se me orvidará la lersión. (Va á irse y Bernardo la detiene.)

BERN. Oye otra cosa.

CHAR. Déjame ya, que son las onse y me estará esperando. ¿Qué te parese? ¿le doy calabasas ó no?

BERN. Eso, tú allá; no quiero responsabilidades...

CHAR. Güeno, lo pensaré de aquí á la ventana.

BERN. Anda con Dios... Y á ver si creces, ahora que tienes novio.

CHAR. No, que le gusto así. Miá lo que me cantó la otra noche en una fiesta:

¡Várgame Dios, qué dicha
si yo la logro:
una mujé que apenas
me yega al hombro!

(Bernardo suelta la risa y ella se mete corriendo en la casa.)

ESCENA VIII

BERNARDO. CONSUELO, dentro.

BERN. También esta se va: ya está en camino... Se van todas... cada una á su lugar, á su sitio... como estas de aquí, las que da la tierra, pero todas á alegrar la vida... (Pausa. Se sienta.) ¡Qué hermosa noche, llena de misterio y de paz!... Calma profunda, hermana de la que voy sintiendo en mi espíritu; por eso

la comprendo tan bien... Todo reposa... todo duerme... El temblor de las estrellas es el único movimiento visible... (En voz baja.) Da miedo alzar la voz... De cuando en cuando, se levanta un airecillo tan leve que ni siquiera sacude una hoja, pero que trae á mis sentidos olores frescos de jazmines y nardos... Seguramente que Consuelito, en su pintoresco lenguaje, dirá de esos soplos que son suspiros de la tierra. Y puede que tenga razón, porque esa mujer habla siempre con la razón del sentimiento, que al fin y al cabo vale más que la otra. ¡Bendita sea mi madre, que frecuentaba este huerto en vida; que me dejó esta herencia de cariño! Acaso sabía el bien que había de hacerme. Los aromas de este huerto se han metido en mi corazón poco á poco... y me han dado la vida... (Pausa. Oyese dentro de la vivienda, no muy lejos, la voz de Consuelo que canta dulcemente la nana. Bernardo la escucha con deleite.)

CONS. *Esta niña chiquita*
no tiene madre;
la parió una gitana,
la echó á la caye.
La echó á la caye;
esta niña chiquita
no tiene madre.

BERN. Es ella, durmiendo á Luisilla: ¡Qué encanto de muchacha! Tiene llena toda su alma del sentimiento del hogar... (Nueva pausa.) Vuelve otra vez á suspirar la tierra... y ahora más fuerte. ¡Qué hermosura de brisa!...

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido...

(Sale Consuelo.)

ESCENA IX

CONSUELO y BERNARDO

BERN. Consuelito, ¿quieres dormirme á mí?
CONS. ¡Bernardo! ¿Pero estás ahí toavía?
BERN. Y no me voy.
CONS. ¿Qué hases tan solo?
BERN. Esperar á que tú me acompañes.
CONS. Pos ahora no pueo. Voy á buscá á mi hermana.
BERN. ¿A Rosa María? Déjala estar sola, mujer; lo mejor es eso. A ella le conviene la soledad, y á mí que tú te quedes. Siéntate.
CONS. Vaya que sea.
BERN. Pero aquí, á mi lado.
CONS. Ya eso es mucho ersigí. Pides más que un loro.
BERN. ¿Me das esa flor?
CONS. ¿No digo? ¿Pa qué la quieres?
BERN. Para tenerla.
CONS. Si no es más que pa eso, tómala. Yo la había reservao pa mi novio, pero en fin...
BERN. ¿Te ha salido ya novio?
CONS. Ni me sale. No tengo yo grasia.
BERN. ¿Qué flor es esta, tú?
CONS. Una diamela.
BERN. ¿Una diamela?
CONS. ¿Extrañas er coló? Es que se ha criao junto á un clavé granate, se ha enamorao de é... y por eso ha tomao ese tinte.
BERN. ¿También las flores se enamoran, ó son cosas tuyas?
CONS. Formá te lo digo. Solo que yo no quiero amores más que de personas, y me yevé er clavé al otro lao der güerto...
BERN. Eso es envidia, porque á tí no te ha salido novio.
CONS. Mejó. Hablemos de otro asunto. ¿En qué estabas pensando cuando yo salí?

BERN. En tu persona.
CONS ¡En mi persona tú!...
BERN. En tí pensaba, Consuelito. ¿Acaso tú no piensas nunca en mí si no estoy presente?
CONS. Ar contrario: más pienso en tí cuando no te veo. Porque cuando te veo, como te tengo elante, no tengo que pensá.
BERN. Y cuando no me ves, ¿qué piensas?
CONS. ¿Cómo voy yo á acordarme? De seguro que no es na malo.
BERN. ¿Tan bien me quieres?
CONS. Más malamente quiero á otras personas, mira tú. ¿Te pasa á tí lo mismo?
BERN. A mí lo que me pasa es que te quiero á tí como á ninguna.
CONS. ¿De verdá, Bernardo?
BERN. De verdad, Consuelo.
CONS ¿Tantos méritos tengo yo?
BERN. Para mí, muchos. (Pausa.) Y ahora ¿en qué piensas?
CONS. En lo que acabas e desirme.
BERN. ¿Te sorprende, quizás?
CONS. Me ha sobrecogío, no te lo niego Y eso que hay tantas maneras de queré...
BERN. De querer un hombre á una mujer no hay más que una sola.
CONS. Míralo bien, que hay muchas.
BERN. Según...
CONS. Pos según digo yo.
BERN. Si el cariño es de amor, no debe haber más que una sola. ¿Y ahora, me entiendes?
CONS. No me atrevo á entenderte, Bernardo...
BERN. Yo haré que te atrevas, Consuelo... Yo he venido á tu huerto día por día, hora por hora á veces, atraído no sólo por el recuerdo de mi madre y por el encanto de estas flores y de estos frutos, sino también por el cariño que he hallado en ustedes, especialmente en tí, y que ha sido un alivio de mi soledad y de mis tristezas... ¿Estás temblando? ¿Qué te pasa?
CONS. Na: sigue tú.
BERN. Poquito á poco, á medida que este ambiente se me ha ido pegando al espíritu, hasta

transformarlo, todos esos afectos los he fundido yo sin darme cuenta en uno solo: en el tuyo... Tú eres para mí la encarnación de todos ellos; tú eres el huerto mismo...

CONS. ¿Er güerto yo?

BERN. Sí: sus olores están en tu cuerpo, en tus ropas; sus flores en tu cara; su cielo y su luz en tus ojos; su poesía en tu alma, Consuelillo. Estoy enamorado de tí como el clavel de la diamela... Mi alma ha tomado ya el tinte de la tuya... ¿Me mandarás como al clavel á un rincón del huerto?

CONS. En eso estoy pensando.

BERN. Pero ¿me quieres?

CONS. ¿Nesesitas preguntármelo, torpe?

BERN. ¡Consuelo!

CONS. Yo sí que yegué á creerme que me habías arrinconao tú á mí como si fuea un capricho de tantos tuyos.

BERN. ¿Por qué?

CONS. Por lo que has tardao en desirme una cosa que yevo dentro e mí como un farolito desde er segundo día que nos hablamos.

BERN. ¡Y yo sin ver ese farolito! ¡Ciego!

CONS. Mi sueño has sío tú, Bernardo; pero estábamos tan lejos el uno del otro, que ocurtaba mi queré como un pecao pa que nadie me lo afeara. Ni mi madre, ni mis hermanas, ni mi agüelo han sabío adivinarlo en mis conversasiones: es la única cosa que ha vivío en mi corasón pa mí solita. «Si esto pudiera sé... si ér se fijara en mi persona...» pensaba yo casi toas las noches. Pero luego desía: «¡Como que va á está pa tí, so tonta!»

BERN. Pues ya ves: para la tonta estaba.

CONS. ¡Qué felisidá!

BERN. ¡Felicidad la mía! ¡Ya no estoy sólo: ya tengo compañera! ¿En dónde pondrás tú la mano, Consuelillo, que no sea para causar un bien?... Mi casa te está esperando sola y triste: ven allá: alégrala y llénala de vida.

CONS. Tráemela aquí, como tú has venío... Más fasi es que tu casa quepa en er güerto, que no er güerto en tu casa.

BERN. ¿Qué dices?

CONS. Ingrato, ¿ya quiés dejá to esto? ¿Estás tú seguro de que me querrías lo mismo si no me vieras á toas horas entre mis flores? Aquí he nasío y aquí he de viví: si me sacas de aquí, me muero. Ar lao de mi madre, envejesía y quebrantá; ar lao de mis hermanas, que nesesitan de mi sombra; ar lao de esas tres criaturitas que tengo á mi amparo... ¡Ajolá ar morirme me enterraran también aquí, en un rincón, junto á los pájaros de Charito!

BERN. ¡Bendita seas! No seré yo tan cruel que te arranque de lo que tanto quieres... y de lo que tanto quiero yo también. (Pausa.) ¿Me das un beso?

CONS. ¿Te corre mucha prisa?

BERN ¡Si supieras los que te he dado sin tocarte!

CONS. Pos vamos á seguí así otro poquiyo e tiempo.

BERN. ¿Mucho?

CONS. Hasta que yo quiera: ¿te parese?

BERN. Tú mandas.

ESCENA X

DICHOS y el ABUELO

(Llega de la calle el Abuelo, á tiempo de sorprender el íntimo coloquio.)

BERN. ¡Abuelo, deme usted un abrazo!

ABUELO (Obedeciéndolo.) Ya está... ¿Se te ofrese otro?

BERN. El otro déselo usted á Consuelillo.

ABUELO Mejó pa mí. ¿Queréis desirme ahora? ..

CONS. Pos blanco y migao...

ABUELO ¡Ah, granuja! ¿Te quiés yevá la fló más fina de la casa?

BERN. Abuelo, la flor aquí se queda; pero es mía.

ABUELO Y yo me alegro.

BERN. Y yo me voy, que son las tantas y es preciso dormir.

CONS. ¿Dormí esta noche?...
BERN. Para soñar contigo...
CONS. Si es pa eso...
ABUELO ¿Pos pa qué ha e sé, so tonta? Ví á dí serrando aquí.
BERN. Aguarde usted, no me coja dentro.
CONS. ¿Te vas?
BERN. Me voy, pero te llevo conmigo.
CONS. Y tú aquí te queas.
BERN. ¿Me querrás siempre, dí?
CONS. Cuando este güerto deje de dá flores, dejaré de quererte. ¿Y tú?
BERN. Lo que para tí son las flores de este huerto, serás tú para mí. Hasta mañana, Consuelo.
CONS. Bernardo, hasta mañana.
BERN. Abuelo, descansar.
ABUELO Anda con Dios, mosquita muerta...
BERN. Cierre usted en cuanto salga, porque si no me cuelo otra vez. (Los tres se ríen. Bernardo se va)

ESCENA ÚLTIMA

CONSUELO y el ABUELO

CONS. Agüelo, deme usté á mí otro abraso; yo no sé si echarme á reí ó si echarme á yorá... ¡Ay, qué contenta estoy!
ABUELO Er mosito vale er dinero, ¡pero güena alhaja se yeva! No es por alabarte.
CONS. ¿Oye usté?
ABUELO ¿Qué pasa?
CONS. Luisiya yorando...
ABUELO Pos corre á consolarla, no nos dé música.
CONS. Ayá voy. ¡Pobresitos míos, que ya tienen padre también! (Entrase en la casa corriendo.)
ABUELO (Después de cerrar el portalón.) Toas no habían de sé esgrasias y esaborisiones... Dios ha querío que lo mejó der güerto no se lo yeve una mala mano... Y ahora, á sortá er *Lusero*... y güenas noches. (Desaparece por la derecha del fon-

do. Queda la escena sola. Oyese á Consuelo, como antes, cantar la nana, mientras baja muy lentamente el telón.)

CONS. *A dormí va la rosa*
de los rosales;
á dormí va mi niña
porque ya es tarde.
Porque ya es tarde,
á dormí va la rosa
de los rosales.

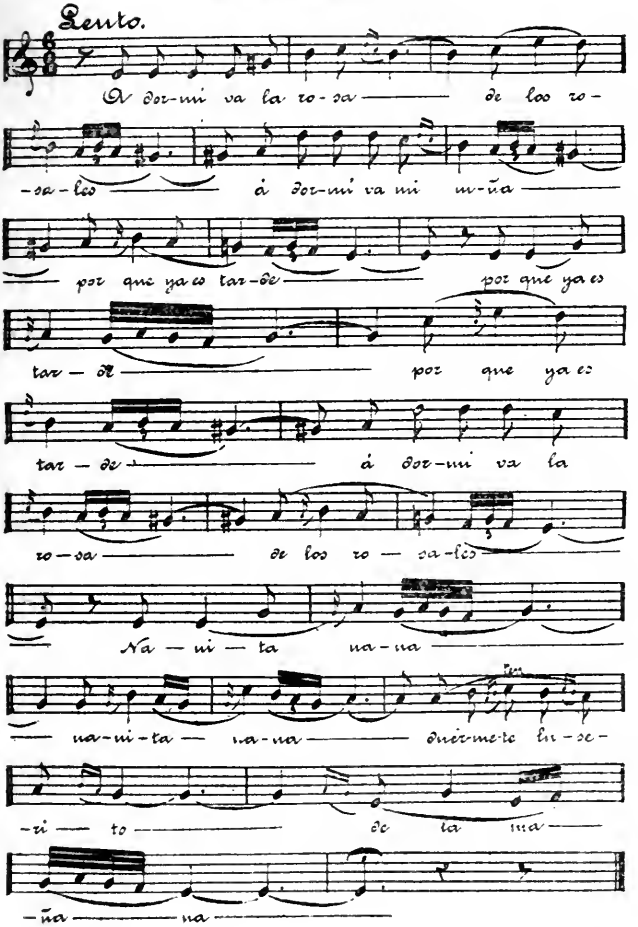
—

Nanita, nana,
duérmete, luserito
de la mañana.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto 1901.

Nana.


Lento.
A dor-mi va la ro-sa de los ro-
-sa-les á dor-mi va mi ni-ña
por que ya es tar-de por que ya es
tar-de por que ya es
tar-de á dor-mi va la
ro-sa de los ro-sa-les
Na-ni-ta na-na
na-ni-ta na-na duer-me-te lu-ce-
-ri-to de la ma-
-ña na

A propósito de "Las Flores,,[*]

Como no soy de los que al envejecer se aferran á la idea de que «cualquiera tiempo pasado fué mejor», lo cual si puede ser verdad para el individuo es mentira para la humanidad, me complazco viendo que tenemos hoy en España una brillante juventud literaria. Acaso falte homogeneidad á sus gustos, unidad de miras á sus tendencias; quizá no esté todo lo compacta que es preciso para luchar contra lo que debe ser reformado ó destruído; pero son muchos los jóvenes de gran cultura, de criterio independiente, de espíritu moderno y que escriben muy bien: por ejemplo, Martínez Ruiz, Maeztu, Baroja, Marquina, Bueno, Menéndez Pidal, Martínez Sierra, Palomero, Acebal, Carretero, Danvila, Bello y otros de que mi flaca memoria no se acuerda y para quienes el olvido no es ofensa; sin contar los de provincias que son muchos. Este elemento joven está representado en el teatro principalmente por Benavente y los Quintero, los cuales, aunque no alardeen de innovadores y revolucionarios, demuestran inspirarse en un sentido artístico que difiere notablemente del que hasta ahora ha dominado entre nosotros.

Casi toda nuestra tradición dramática está fundada en la acción, en el interés de lo que pasa en la escena, no en cómo y por qué suceden las cosas, ni en la índole de quién es actor de ellas, sino en los hechos mismos. De aquí nacen errores literarios de orientación y proce-

---

(*) Publicado en *Los Lunes de El Imparcial* del dia 9 de Diciembre de 1901, y reproducido aquí por considerarlo muy oportuno y en extremo honroso para ellos los autores de esta comedia.

dimiento que como por herencia se trasmiten; de aquí el desordenado amor de autores y público á lo violento, anormal y extraordinario; de aquí que todavía se toleren y aplaudan esperpentos como *La muerte civil* y *La Tosca*. Benavente y los Quintero en la comedia, terreno para esto más favorable que el drama, procuran y consiguen deleitar; no despertando aquel interés impaciente y nervioso, incapaz de razonar lo que ve, sino con la verdad misma reflejada por cada cual según su temperamento artístico: Benavente con la ironía, el sarcasmo y la sátira; los Quintero con la poesía, el ingenio y la gracia; los tres supeditando, esclavizando la fantasía y la inventiva á la expresión sintética de los caracteres, al retrato de los tipos, á la pintura de las costumbres y del medio; haciendo, en una palabra, que la loca de la casa no malgaste en delirios la potencia que ha menester para descubrir los elementos artísticos de que está llena la vida y que solo mediante la observación se aprovechan. Por dejar á la imaginación este papel secundario, se dice que lo que sucede en las obras de estos autores es poco ó casi nada; que allí no hay comedia: pero recordemos que también se llama comedia á lo que no es sincero, á lo que mañosamente se urde, á lo que fingidamente se maquina. Huyendo el exceso de artificio, lo que buscan Benavente y los Quintero es la estructura sencilla, los hechos explicados por los sentimientos, la educacion, el medio y las costumbres; ni más ni menos encanto poético del que ofrece y brinda la existencia; porque mermarlo es pesimismo malsano y pretender aumentarlo empeño inútil. Esquivan cuidadosamente eso que se llama el conflicto dramático, el enredo, la intriga, la situación culminante, el efecto escénico, los caracteres sostenidos (¡cuando en la realidad son tan complejos!); en suma, los elementos de sorpresa ó engaño y estímulos de la curiosidad que, á despecho de la verosimilitud, alcanzan su mayor grado de funesta perfección en Sardou. Combatir aquella tendencia á lo sencillo y natural, que se muestra en *La comida de las fieras*, *Lo cursi*, *Los Galeotes* y *Las flores*, es favorecer el predominio de la dramática vieja, que nada tiene que ver con lo genuinamente clásico ni con lo romántico, dignos de respeto, y en la cual está condenada á insufrible martirio la verdad. Rechazar comedias porque en ellas lo que sucede sabe á poco, aunque

esté bien, es contribuir á resucitar géneros que habrán producido ríos de oro, y volverán á producirlos, porque la credulidad humana es insaciable, pero que andan tan lejos del arte verdadero como las simplezas de Jorge Ohnet y las aventuras terroríficas de Ponson du Terraill lo están de las novelas de Balzac ó de Flaubert. No quiero, al citar censurando, traer á plaza nombres de autores españoles contemporáneos muertos ni vivos, para que no se me tache de irrespetuoso con los primeros ni de parcial contra los segundos; mas no huelga recordar que de cinco ó seis años á esta parte hemos asistido á las tentativas de resurrección de dramas y comedias pertenecientes al género aludido, que *alborotaron* en tiempo de nuestros padres y con los cuales ahora se duermen nuestros hijos. Al escucharlos sentimos pasar por la imaginación y la memoria una oleada de juventud y de recuerdos, pero nos persuadimos de que aquellos dramas y comedias han envejecido más que nosotros mismos: y en arte, lo que envejece no es bueno.

Confundiendo, en mi humilde juicio, el arte con el artificio, se dice que en *Las flores* no hay comedia, y que si la hay, es mala. Guardando respeto al parecer de los que así opinan, algunos amigos, á quienes considero y estimo, procuraré demostrar que hay comedia, y que es buena. Creo que para ello basta recordar á grandes rasgos el asunto, su desarrollo y sus formas de expresión. Ambiente, un huerto cuyos dueños, gente del pueblo, viven de la venta de ramos y plantas en Sevilla. (No creo que sea pecado literario colocar la acción en Andalucía, cuando hemos visto y aplaudido con justicia, *La Dolores*, en Aragón; *La càrra*, en Castilla, y *Tierra baja* en Cataluña.) Personas, una madre viuda con cuatro hijas: Charito, niña dicharachera y bulliciosa, hábilmente creada ó escogida para que con su alegría formen contraste los afectos más serios que embargan el ánimo de sus hermanas. Angeles, tipo dibujado en pocas escenas, pero más concluído, de muchacha que sinceramente ha creído tener vocación de monja: basta, sin embargo, oir el entusiasmo con que habla de vestir al Niño Jesús para comprender que el amor ha de hacerla pronto madre. Rosa María, la mujer apasionada y sensual, confiada y ligera, á quien la hermosura es funesta, y que por ley fatal ha de perderse. Consue-

lo, reflexiva, bien equilibrada y tranquila; la que cuida como á hijos niños que no son suyos, porque instintivamente desea como centro y trono de su existencia el hogar; la que va rindiendo el albedrío lentamente, casi sin advertirlo, pero segura de que quien la solicita la merece. A estas tres mujeres, descartada la niña, corresponden otros tantos hombres; triple y varia representación del impulso, que es árbitro incontrastable de la vida: en ellos está personificado el amor, que como un efluvio misterioso, trayendo dulcedumbre á unos y á otros amargura, pasa sobre el huerto sevillano. Juan Antonio, el sacristán, que aunque tonto, sabe cautivar á la devota. Gabriel, el Tenorio de bajo vuelo, á quien en su desvarío se entrega Rosa María, porque la pasión, como Dios, ciega á los que quiere perder. Bernardo, bueno por naturaleza, entristecido pasajeramente por un dolor intenso, soñador entre sentimental y alegre, espíritu gemelo, media naranja de Consuelo, que se enamora sin darse cuenta.

¿Qué acción enlaza estos personajes? Primero la conveniente y necesaria para expresar su índole y su vida: escenas de trabajo, apartando flores ó recibiendo encargos, en las cuales surgen y se muestran los temperamentos y los caracteres; luego la estrictamente precisa para que anide la pasión en las almas y se enseñoree de ellas; diálogos de amor, unos breves, sobrios, entre cándidos y picarescos, como los de Juan Antonio con Angeles; otros vehementes y ardorosos como los de Rosa María y Gabriel; otros reposados y castos, como los de Bernardo y Consuelo. La madre, admirablemente trazada, es enérgica y vigorosa, larga de lengua y casi de manos, mientras defiende el recato de sus hijas puesto en duda; después, cuando Rosa María se ha deshonrado, se la ve cruzar callada y abatida por los senderos del huerto, porque la que era su orgullo ha necesitado su perdón. Son figuras episódicas Barrena, el marido sufrido que en una sola escena se pinta de cuerpo entero, y su mujer Juliana, la comadre de malas hijas y peor sangre, que goza llevando al huerto la noticia de que Rosa María se ha escapado. Secundarios y creados sólo para dar idea del medio son también los dos vendedores ambulantes, padre é hijo, gandules y dormilones, que entran en el primer acto á buscar biznaga. Refiriéndose á cómo están trazados, en sólo un

diálogo, decía la noche del estreno mi respetado amigo y maestro don Federico Balart: «Estos Quintero escriben como pintaba Velázquez, á pincelada grande: los dos tíos que tienen tan cerca la biznaga y por no ir á cogerla se exponen á volver de lejos á buscarla, son toda una raza: esa es Andalucía.» Finalmente, el pensamiento de la obra está puesto en labios del abuelo que por sus años asiste plácido y tranquilo, sin esperanza ni temor, sin gozo ni pena, á cuanto sucede en torno suyo: «las mujeres—dice—son flores: el porvenir de cada una depende del jardinero, del hombre que la toca en suerte.»

Con toda sinceridad declaro que una obra dramática donde tres parejas de enamorados, por distintos caminos, y según la diferente índole de atracción que los ha unido, llegan unas á la dicha, otras á la desgracia, no me parece comedia exenta de acción. Lo que no hay en *Las flores* es intriga ni enredo: allí no surge calumnia, sustitución de persona, cambio de nombre, *quid pro quo*, ni aventura; nada de eso que exagera ó falsea la representación de la vida ó la imita en lo violento, anormal y extraordinario. Y si lo que en *Las flores* sucede y el modo de suceder me parece más que bastante para que pueda ser calificada de preciosa comedia, aun es mayor á mis ojos su mérito en lo que se refiere á la forma. Las conversaciones son tan naturales, la gracia y ternura desplegadas tan propias de las bocas donde brotan, las interrupciones tan espontáneas y justificadas, que hay no momentos, sino largos espacios en que la ficción y el escenario desaparecen y se borran ofuscados y vencidos por el soberano resplandor de la verdad. En los diálogos de amor, ya tiroteos de piropos y respuestas peculiares de aquella gente, ya rumor apagado de palabras que tienen miedo á enfriarse desde el labio al oído, cuando la pasión quiere abrir brecha en el alma, los personajes hablan ese lenguaje á la vez poético y bajo, natural y afectado, lleno de delicadezas instintivas, sembrado de hipérboles risibles, pero no ridículas, en que palpita y estalla el genio de aquella región, donde hombres, mujeres, frutos y flores, todo, parece producto del ardor fecundo con que besa el sol á la tierra. No es, pues, extraño que allí un modesto tendero como Bernardo, sienta la poesía de una noche estrellada, y como reflejo de su estado de

ánimo y de lo que le rodea, sienta venir á sus labios cuatro versos de Fray Luis de León. Menos poética es aquí la Naturaleza, y aquí han salido Hartzenbusch de un taller de ebanista y García Gutiérrez de un cuartel.

Me he permitido hablar de esta obra porque está inspirada en el criterio dramático, en la escuela de naturalidad y sencillez de que soy partidario y que veo en peligro; era para mí deber de conciencia; pero tiene defensor que hará por ella lo que yo no sé ni puedo hacer: el tiempo.

Jacinto Octavio Picón.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

LOS PIROPOS

ENTREMÉS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

LOS PIROPOS

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS PIROPOS

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Escrito exprofeso para **Don Julián Romea** y estrenado en el TEATRO LARA el 5 de Marzo de 1902

MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1902

A Manuel Díaz Martín

colector infatigable é ingenioso comentador de los piropos andaluces, sus buenos amigos y discípulos de "primeras letras"

Serafín y Joaquín

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA REPOSO	Srta. Alba.
UNA MORENA	Suárez.
JULIA	Domus.
LOLA	Ziur.
UNA MOCITA	Quijada.
UNA CHIQUILLA	Del Castillo.
UNA DE TANTAS	Rodríguez.
UNA NIÑERA	Romero.
MIGUEL	Sr. Romea.
ANTONIO	Rodríguez.
UN CHOCHERO	Santiago.
QUINITO	Barraycoa.
EL NIÑO DE LA TABERNA	Suárez.

Una rubia, un matrimonio, un niño y una niña que no hablan: Srtas. Boned y Blanco; Sr. Pacheco; niños Girón y López

LOS PIROPOS

Un rincón de Sevilla. A la derecha del actor una taberna llamada «Las Delicias viejas», cuya fachada principal da frente al público y hace esquina á otra calle que se prolonga en dirección oblícua hasta el foro. A la izquierda una casa con ventana baja.—Es de día.

Al levantarse el telón aparecen MIGUEL y ANTONIO sentados ante una mesilla á la puerta de la taberna, bebiéndose unas cañas de manzanilla con acompañamiento de gambas, bocas, boquerones o langostinos.

MIG. (A una MOCITA preciosa que sale por la izquierda y que se va por la derecha.) Niña, no le canto á usté una saeta... porque ya ha pasao Semana Santa.

MOC. Pos déjelo usté pa el año que viene.

MIG. Pos acuérdese usté de veni por aquí á estas horas.

MOC. (Yéndose.) Me echaré un núo.

MIG. (A Antonio.) ¿Lo ve usté? No hemos hecho más que sentarnos y ya ha empesao á pasá canela. Este rinconsito es una finca.

ANT. Me hase usté grasia, hombre. (Llamando.) ¡Niño!

MIG. Los domingos pasa por aquí toa Seviya: ni una mujé se escapa.

ANT. (Al NIÑO de la taberna, que sale.) Tráete media dosenita más... y viseversa.

NIÑO ¿Cómo ha dicho usté?

ANT. Que te yeves estas vasías.

MIG. Y que te den de camino unas rajitas de cuarquier cosa... To eso quié desí viseversa. (Vase el Niño, y vuelve á salir á poco con lo pedido. A la ventana de la izquierda se asoma una RUBIA, bonita si las hay.)

ANT. Está güena esta mansaniya.

MIG. Más güena está la ventana de ayí enfrente.

ANT. ¡Canasto! Es verdá.

MIG. ¿Ha visto usté qué rubia? (Se levanta atraído por ella y se aproxima un poco á la ventana.)

ANT. ¡Valiente pelo! Debe de sé carva de nasimiento la criatura.

MIG. (Cantando.)

¡Qué hermoso pelo tiene,
carabí!...

ANT. (Lo mismo.)

¿Quién se lo peinará?

LOS DOS *¡Carabí urí,*
urí urá!...

MIG. ¿Le sirvo á usté pa peine, serrana?

ANT. ¿Se junta usté pretóleo?

MIG. ¿Me da usté un puñaito de pelo pa er bigote?

ANT. Miste como se ríe...

MIG. Como que les gusta esto más... que er membriyo en la bersa. (Al ir á sentarse de nuevo, le sale al paso, por la derecha, una MORENA como un sol, vestida de rojo y con mantón negro, puesto en forma de chal. Casi casi tropieza con ella. Luego, andando hacia atrás, trata de impedirle que pase.)

ANT. ¡Eh! ¡cuidao! ¡Que va usté á pisá á esta amapola!

MIG. Perdóneme usté, reina mía. Pero ¿en dónde la iba á pisá, si no tiene más pie que er tacón? ¿Usté ha visto esto?

MOR. ¡Vamos!...

MIG. (Dejándola pasar.) ¿Quién la carsa á usté: un fabricante e dedales?

MOR. ¿Y á usté: un fabricante e baules?

MIG. Hija, no se burle usté de la desgrasia.

MOR. ¿No ví á burlarme, si yeva usté dos botas que paresen dos sacos e noche?

MIG. Pos toavía me están chicas.

MOR. Pos hágase usté otras más grandes... y vaya usté tocando un pito por las cayes estrechas. ¡Jesús con el hombre, que se pone cabesa pa abajo y está techao! (Vase por la izquierda)

ANT. ¡Ja, ja, ja! Se la ha ganao usté güena.

MIG. (Volviendo á sentarse á la mesa con Antonio.) No ha estao mal rosión. (Beben.)

ANT. ¿Pero qué será, que mientras más viejo va siendo uno, más le gustan?

MIG. Que tienen argo de rayo e só, y er só les gusta mucho á los viejos. ¿Usté no se ha fijao en los claveles, cuando se están secando, que paese como que se estiran en la mata pa arrimarse un poquiyo ar só que da serca? Pos iguá nos pasa á los hombres.

ANT. ¡Oiga usté; que yo no me estoy secando toavía!

MIG. Ni es usté un clavé, presisamente. (Se ríen los dos. Por la derecha del foro salen DOÑA REPOSO, JULIA, LOLA y QUINITO, y se detienen en el primer término de la izquierda, despidiéndose.)

D.ª REP. ¿Ustedes ze van por ahí, Quinito?

QUIN Sí, señora; por aquí nos vamos.

LOLA A casa ya. Mamá estará deshecha.

D.ª REP. Nozotras zeguimos para el centro.

MIG. ¿Ha visto usté aquel ramo?

ANT. Sí que es un ramo. Y er sietemesino es la caña.

MIG. (Tosiendo con guasa.) ¡Ejem! ¡Ejem!

ANT. (Lo mismo.) ¡Ejem! ¡Ejem!

QUIN. (Volado.) (Verá usté aqueyos dos...)

D.ª REP. Vámonos, niña, que están ayí dos tíos del pueblo y nos van á poné colorás.

LOLA Sí; que disen muchas barbaridades.

JULIA Ave María, qué suerte tienes tú; á mí nunca me disen barbaridades.

LOLA ¿Te parese chica la que te soltó la otra mañana aquel borracho?

JULIA ¡Ah! ¿pero aqueyo era una barbaridad?... (Se ríe, y con ella todos, de su candor.)

D.ª REP. ¡Jozú! ¡Jozú! Esta chiquiya es tonta de capirote.

QUIN. ¿Vamos, Lola?

LOLA Vamos cuando quieras.

QUIN. Doña Reposo, que usté siga bien.

D.ª REP. Con Dios, Quinito. (Se besan las muchachas.)

MIG. ¡Niñas, niñas, que eso es pan con pan!

QUIN. (Volviéndose airado.) Verá usté... verá usté...

D.ª REP. No ze comprometa usté, Quinito. Ya zabemos que zon mu grozeros.

LOLA Vente, vente y no hagas caso.

D.ª REP. Hasta luego, ¿eh? Muchas expreziones á todos... Mañana ó pazado iré yo por ayí con Julia... (Quinito y Lola se van por la izquierda. Doña Reposo desde la esquina los despide con el abanico. Julia, entre tanto, pasea distraída por delante de Miguel y de Antonio, con las de Caín.)

JULIA (A ver si me disen algo; porque los niños de nuestra clase son de lo más patoso...)

MIG. ¡Bendiga Dios la aristocrasia!

ANT. ¡Quién tuviera la sangre de otro coló!

MIG. Madamita, dígame usté: ¿pa qué se tapa usté la cara con un mosquitero: pa que no le crezcan más las pestañas?

ANT. Hombre, por Dios, si eso es un veliyo que se ponen por mó del aire.

MIG. Pos mañana le pongo yo veliyo á un jazmín que tengo en mi patio.

JULIA (¡Ya quisiera Quinito que se le ocurrieran estas cosas á él!)

D.ª REP. (Dando una vuelta, sin ver á su hija.) Niñá, ¿dónde estás?... ¡Anda adelante, zimple! ¡Jozús, qué muchacha! (Bajo.) (¡Buenas indecentas habrás escuchao de ezos tíos curdas!..)

MIG. (Levantándose y descubriéndose al paso de las dos.) Señora, ¿es usté la mamá de esta niña?

D.ª REP. (Con mal modo.) ¡Zí zeñó! ¿Por qué?

MIG. Porque se parese er capuyo á la rosa.

D.ª REP. (Cambiando de tono, esponjadísima.) ¡Ay, qué gracia de hombre! (La verdá es que á lo mejó tienen ocurrencias mu finas...) Buenas tardes... (Vase por la derecha con Julia, riéndose ambas.)

MIG. Vayan ustés con Dios.

ANT. Amigo, esta vez se le ha corrío á usté la garrocha.

M.G. Ya lo sé: pero ¿qué le iba á desí á esa señora: que paese un corchón liao pa la mudansa?

¡Me gano un enemigo! Mientras que así... pie ya por mi salú toas las noches.

ANT. ¡Eso es verdá.

MIG. Sobre que es mu cargante tomarla na más e por gusto con las mamás. Vamos á vé: si no fuera por las mamás, ¿de dónde iban á salí las niñas?

ANT. ¡Gachó, convense usté á un serrojo!

MIG. (Mirando de repente hacia la izquierda.) ¡Asúca! Hoy está la mañana, que se da un tiro er que no armuerse.

ANT. ¿Por qué?

MIG. Porque estas cosas debilitan y abren la gana. ¡Miste que niñera viene ahí!

ANT. ¡Sopla!

MIG. Eso hago yo; soplá. (Sale por la izquierda una NIÑERA con un NIÑO de tres ó cuatro años, al cual, desde la esquina, le echa á rodar una pelota hacia la derecha del foro. El Niño corre á cogerla y desaparece. Detrás de la Niñera vienen del brazo LOS PAPÁS del retoño, con cara de pocos amigos.)

NIÑ. Cógela, Restituto, cógela...

MIG. Oiga usté, arma mía: si mi niñera hubiera sío como usté, no sargo yo de la infansia ni á tres tirones.

ANT. (Bajo á Miguel.) (¡Caye usté, que se ha mosqueao er papá der niño!) (Se van tras el Niño, la Niñera y el Matrimonio.)

MIG. Le hará tilín también la muchacha.

ANT. ¿Cómo es posible, con la señora tan guapa que yeva ar braso? ¿No ha reparao usté?

MIG. Sí señó; y no es ningún canasto vasío; pero eso ni quita ni pone... ¿A usté no le gusta más que una mujé sola?

ANT. Hombre, una mujé sola... sí me gusta.

MIG. Que yo no digo sola con usté; sino sola na más. Porque á mí me susede que toas me yaman la atensión, pero por peasitos.

ANT. Explique usté eso de los peasitos.

MIG. Usté verá á lo que me refiero. A una le digo, es un suponé: ¡vayan con Dios los ojos asules, recortaos de ayá arriba! Porque los ojos son los que me siegan. A otra le digo: ¡ole las narises grasiosas! ¡Eso no es una nariz; eso

es un suspiro! Porque la nariz es la que me parte. A otra: esa boquita paese un beso cuajao. ¿Quié tené compañía ese beso? Porque la boca es la que me chifla. A otra: ¿pué saberse de qué tela es ese cachito de detrás de la oreja, serrana? Porque er condenao cachito es er que me hase porvo. Y de ésta me aturruya er deo meñique, y de aquéya el ange con que sarta los charcos, y de la otra la manera de andá, y de la otra la manera de estarse quieta... Pero toas así; por peasitos, por insinificansias, por cosas... ¡Señó, si yo he estao una vez pa tenderme en la vía cuando er tren yegaba, porque me despresió una sigarrera... que no era guapa, lo confieso, pero que tenía un diente de arriba sublevao, que era una perdisión!... Por mi salú que sí: soy capaz de jurarlo... ¡Místela!

ANT. (Después de reirse.) ¡Camará! Tiene usté más salías que un trole.

MIG. A propósito de salías ¿De dónde habrá salío aqueya criatura? (Se refiere á una CHIQUILLA de unos trece años, que aparece por la izquierda del foro.)

ANT. ¡También la infansia, hombre, también la infansia!...

MIG. ¡Pos ya lo creo!

ANT. ¿Y esa, por qué detaye le gusta á usté?

MIG. Esa por to: ¿no ve usté que eya entera es toavía un detaye? (Llamándola.) Ven acá, chiquiya, ven acá. (La Chiquilla lo mira con recelo.) Ven acá, no seas tonta... Si yo conozco mucho á tu padre: ¿no se yama Pepe?

CHIQ. Pepe se yama.

MIG. (Aserté por chiripa. Y es que medio mundo se yama Pepe.) Toma una boca.

ANT. ¿Le va usté á dá una boca con la que eya tiene tan bonita?

(La Chiquilla se acerca á ellos.)

MIG. ¿No es verdá que parese mentira que con tan poca edá le hayan cresío tanto los ojos?

ANT. Es que los ojos nasieron dos meses antes que eya: no tiene más remedio.

CHIQ. ¿Sí, eh? (Retirándose hacia la izquierda.) ¡Vaya!

MIG. Chiquiya, cuídate. Harme á mí caso y cuídate.

ANT. ¿Hasia donde caerá tu casa dentro e sinco años?

CHIQ. ¿Y pa qué lo quiere usté sabé, si se habrá muerto ya pa entonses? (Vase por la izquierda. Los dos se rien. Sale por el mismo lado, y se cruza con la Chiquilla, á quien le echa una flor, un CHOCHERO, que se cae de viejo materialmente. Un chochero es un vendedor de avellanas, cotufas y altramuces.)

CHO. ¡Vivan los caramelos de la confitería! ¿Te quiés veni en er canasto como un durse?

MIG. ¡Agüelo!

ANT. ¡Agüelo!

MIG. ¡Agüelo, que usté ya no está pa esas bromas!

CHO. (Yendo hacia la derecha, muy despacito.) ¿Ustés qué saben? Genio y figura...

MIG. (Riéndose.) ¡Ay, qué grasioso!

ANT. (Lo mismo.) ¡Dise que no sabemos!...

MIG. ¡Adiós, don Migué de Mañara!...

CHO. Reirse... reirse.. que si se pudiera averiguá cómo anda ca uno... En estos negosios en gaña mucho la fachá... Y á mí no me han dao toavía la arsoluta...

MIG. ¡Ole los hombres!

CHO. ¡Ole!... (Vase pregonando.) ¡Chochos! ¡Chochos salaos! ¡Er chochero! (Los otros se rien. Por la izquierda del foro ha aparecido mientras, de espaldas, una MUJER de buena figura (una de tantas), con pañuelo de talle y flores en el pelo. Mira hacia arriba, como si esperase a alguien que debiera asomarse á un balcón.)

MIG. (Fijándose en ella y levantándose.) ¡Chavó! ¡Repare usté qué cuerpo!

ANT. (Lo mismo.) ¡Ole! En cuanto pase por aquí, me descubro.

MIG. ¡Y que no sabe recogerse la farda!

ANT. ¿Con qué la yeva prendía, con un broche e briyantes?

MIG. Hombre, no; si es la mano... ¡Vaya una mujé!... ¡Miste que si eya fuese una parmera de la Plasa Nueva y yo otra!...

ANT. ¿Qué ocurría?

MIG. ¡Qué iba á tené que dormirse er guarda!

ANT. ¿Y á quién esperará? Porque se conose que espera á arguien.

MIG Vamos á meternos con eya. (Se acercan ambos

á la Mujer, la cual, á la primera frase que le dirigen, vuelve con mal modo la cara—que es de un feo de lo más subido,—hace un mohín de disgusto y se va presurosa por la derecha.)

ANT. Niña: usté no ha nasío pa esperá; sino pa que la esperen.

MIG. (Al verle la cara.) ¡Josú!

ANT. ¡Ave María Purísima!

ELLA ¡Mal angel

MIG. ¡Valiente castaña, camará! (Gritándole.) ¡Hija! ¡No se ponga usté nunca de frente dónde bien la quieran!

ANT. Compadre, yo no he visto na como eso.

MIG. Yo en Carnavá, sí.

ANT. Nos ha echao.

MIG. Sí, sí; vámonos á otra parte. (Toca las palmas y sale como por resorte el NIÑO de la taberna.) ¿Estabas ahí debajo, gachó? Toma.

NIÑO Grasias. (Se va.)

ANT. Tiraremos por ayí, no nos vayamos á encontrá á esa fea. (Furioso.) ¿Pa qué habrá feas?

MIG. ¿Ve usté? Ya eso no está bien dicho. Lo feo tiene que ersistí pa que lo bonito resarte. (De pronto, con explosión de júbilo y de entusiasmo, mirando á la izquierda.) ¡Ole! ¡Ahora sí que se acabó er carbón! ¡Viva lo bueno! ¡Quítese usté er sombrero y la chaqueta y hasta los pantalones, si no está resfriao!

ANT. ¿Pero ha perdío usté la cabesa, señó?

MIG. ¿Y se figura usté que no hay motivo? ¡Va usté á vé una cosa que no es de este mundo!

ANT. ¿En dónde?

MIG. (Cogiendo en brazos y besando á una NIÑA de cuatro ó cinco años que sale á tiempo por la izquierda, y que es una preciosidad efectivamente.) ¡Aquí, so guasón! ¡Diga usté que apondero! ¡Fíjese usté en eya.. y tire usté los ojos, que ya no van á servirle pa na!

ANT. Pero ¿es de usté?

MIG. Sí, señó. Mía y de mi señora. Ayí viene eya.

ANT. (Con gran asombro.) Pero ¿usté es casao?

MIG. ¡Sí señó! ¡Y hasta mi mujé me entusiasma!

ANT. ¡Y á mí!

MIG. ¿Cómo?
ANT. ¡Y á mí la mía!
MIG. (Lo mismo que Antonio.) ¡Ah! ¿de mo que usté también está en er gremio?
ANT. ¡También! ¡Y que tengo un pimpoyo de este arto, que lo echo á reñí con ese de usté en cuanto cumplan los quinse!
MIG. ¡Se aserta er desafío!
ANT. Pos que haya salú de aquí á entonses.
MIG. Y que nos coja á los dos... chispa más ó menos, como ahora.
(Al público.)

Yo no sé si aplaudirás,
pero si poco te cuesta...
que perdonen las demás,
y dale un aplauso á ésta,
que es la que me gusta más.

FIN

Madrid, Febrero 1902

Advertencia importante.—Las Empresas que pongan en escena este entremés pagarán por derechos de propiedad de cada representación, la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL FLECHAZO

ENTREMÉS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

N. Fabra Herrero

EL FLECHAZO

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL FLECHAZO

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO LARA el 12 de Marzo de 1902

MADRID

E. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1902

A Nieves Suárez

Te dió el Señor, lindísima criatura,
sin tasa, cortapisa ó regateo,
rostro y talle reñidos con lo feo,
talento, corazón, gracia y finura.

Brillas, á fuer de Nieves, en la altura,
de quien te escucha y ve para recreo,
y engendras, á medida del deseo,
la alegría, el dolor ó la ternura.

El drama, la comedia y el sainete
vencen cuando contigo van del brazo,
pues tu presencia al público somete.

Flechazo das á todos, y no hay lazo,
ni cepo, ni cadena que sujete
la ajena voluntad como un flechazo.

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MILAGRITOS.....	Srta. Suárez.
PEPE.....	Sr. Santiago.

EL FLECHAZO

Habitación de gente del pueblo bien acomodada, en Sevilla. Puerta á la izquierda del aetor. Balcón al foro, que se supone que da al patio de la casa. Es de día.

MILAGRITOS, después PEPE

MIL. (Saliendo.) ¡Jesús! ¡Qué mareo de boda!... Está la casa entera en revolusión... ¡Ay!... Aquí que no hay nadie, aquí me escondo. Yo ya no bailo más, aunque me den cuerda. (Se sienta fatigada.) ¡Lo que agradese er cuerpo una sentaíta después de tanto movimiento!... Si es no pará... Que beba usté esta caña, que tome usté este durse, que cante usté, que baile usté, que seguidiyas, que peteneras, que tango... ¡Jesús! No sé como tiene una cuerpo. Y luego sin conosé á la mitá e la gente que ha venío... Los hombres que hay son casi tos más gansos... ¡Cuidao que le han dicho ar novio unas cosas... que si una pudiera enterarse, se ponía colorá!... (Se levanta y se asoma al balcón.) ¡Digo! ¡cómo está er patio! Parese un hormiguero. ¡Qué jaleo! ¡qué buya!... Y hay quien se ha puesto ya de vino hasta los bujeritos de las orejas. Como le den un empujón, se sale.

PEPE (Llega á la habitación buseando refugio, como Milagritos. Al principio no la ve á ella, que sigue asomada al balcón.) ¡Compadre! ¡qué tabarra de boda!...

Está la casa que paese una fonda en día de feria. Aquí que no hay gente, aquí me cuelo. Yo ya no hago más na, como no me hinotisen y me lo manden. (Se sienta.) Estoy doblao. Señó, si es no pará... Que beba usté, que toque usté, que cante usté... ¡Compadre! Y luego sin conosé á la mitá e la gente que ha venío, que es lo más malo. Y miste que yo le doy conversasión á una puerta; pero, camará, hay en er patio diez ó dose niñas que se la dan de cúrsilès, que no pueo resistirlas más tiempo. ¡Bendito sea Dios! ¡qué barata está la asaura!... Digo, ¿eh? ¡Er jerviero que hay armao!... (Se levanta para ir al balcón y al ver á Milagritos se detiene.) ¡Hombre! ¿Qué es esto? No estaba yo solo. ¿Quién será esta mosita? La hermana der novio no es... Sea quien sea... está bien rematá, porque Dios quiere. ¡Cuidao si tiene un cuerpo bonito!... Como la cara haga juego con é, y hable... y no sea gangosa, ¡vaya canela!... (Vuélvese hacia dentro Milagritos. Pepe al verla de frente dice para sí:) (¡Pos la cara hase juego!) Güenas tardes.

MIL. Güenas tardes.

PEPE (¡Y no es gangosa, camará!)

MIL. (¿Es el hermano e la novia éste?... Me paese que no.) (Se sienta á la derecha. Pepe la mira encantado, sin hablar. Ella lo mira dos ó tres veces, sorprendida de que él se fije tanto. Pausa larga.) (Castelá no es tampoco.)

PEPE (¡Compadre, qué completa es! ¡No se queó un detaye en er tintero! Hasta esa mijiya e sombra en er labio de arriba entra en mis cárculos.) (Se va hacia el otro lado á mirarla y da una vuelta completa en torno suyo. Milagritos no le quita ojo.)

MIL. (¿Será retratista este hombre? (Nueva pausa.) Na: no chista. ¿A que no sabe desí más que «güenas tardes?»)

PEPE (Por las cuatro caras... *¡plus urtra!)* ¿Estorbo, morena?...

MIL. Atolondrá me tiene usté con la conversasión.

PEPE Hija mía, es que delante de usté se le corta el habla á un fonógrafo.

MIL. ¿Asusto, quisás?

PEPE Como asusta la Girarda á los ingleses: ¡por presiosa!

MIL. (Señalándose picarescamente el ojo derecho con el dedo índice de la misma mano.) ¡Mírame este ojo!

PEPE ¿Qué ha dicho usté?

MIL. ¿También tardo de oído? ¡Pos vaya una ganga pa una vieja!

PEPE ¿Eso es lo que me destina usté á mí? ¿Una vieja?

MIL. Hombre, es usté mudo, es usté sordo... ¿Qué va usté á hasé con una mosita?

PEPE ¿Usté no sabe que los sordo-mudos hablamos con las manos? ¡Pos con las manos nos entenderiamos la mosita y yo!

MIL. Miá qué pícaro.

PEPE (¡Vaya si tiene labia la chiquiya!) (Refiriéndose á una silla que hay cerca de la que ocupa Milagritos.) Diga usté, joven: ¿esta siya está arqui á, como la de *Don Juan Tinorio?*

MIL. No señó.

PEPE ¿Pueo sentarme?

MIL. Eso, usté lo sabrá.

PEPE (Sentándose.) Pos miste si lo sé. Y que me voy a yevá aquí hasta que anochezca, mirándola á usté fijo sin pestañeá.

MIL. Se le van á sartá á usté las lágrimas.

PEPE Como no se me sarte er chaleco, de los latíos...

MIL. ¡Jesús! ¿pero qué yeva usté ahí? ¿Un aurtomóvi?

PEPE Un corasón que está deseando queré á arguien... y que arguien lo quiera.

MIL. ¿Tan solito está usté en er mundo?

PEPE Más solo estoy... y más aburrío que un termómetro de barcón.

MIL. Pos consuélese usté conmigo.

PEPE ¿Usté no tiene padre, mi arma?

MIL. No señó.

PEPE ¿Ni madre?

MIL. Ni madre tampoco.

PEPE ¿Ni...?

MIL. No señó.

PEPE (Creyendo que no lo ha entendido.) ¿Ni...?

MIL. *Ni, ni...* ¿Cómo se van á desí las cosas? (Es simpático.)

PEPE (Es simpática.) ¿Y no le da á usté mieo de viví tan sola?

MIL. Desde los sinco años vivo así... con que ya he tenío tiempo de acostumbrarme. ¿Y usté?

PEPE Poco más ó menos, iguá. A los siete años no me queaba más familia que un hermaniyo chico.

MIL. Una hermaniya chica tengo yo también... Miste por dónde nos paresemos.

PEPE ¿Usté es sigarrera?

MIL. No señó. Sigarrera fué mi madre.

PEPE ¡Y la mía!

MIL. Otra considensia. ¿Y usté, qué es?

PEPE Tonelero. ¿Y usté?

MIL Yo estoy en la Cartuja.

PEPE ¿Sí? ¡En cartujo vi yo á pará como usté no me quiera!

MIL. ¡Mírame este ojo!

PEPE ¿Sabe usté que tiene guasa ese timito? ¡Mirame este ojo! Está bien. (Milagritos se ríe.) ¿Cómo se yama usté, morena?

MIL. Milagros.

PEPE ¡Huy, Milagros! Milagros hará usté con la cara. Yo me yamo Pepe.

MIL. Cara de Pepe tiene usté.

PEPE ¿Y sabe usté, Milagros, que por to esto que estamos disiendo, se me figura que de usté á mí se ha establesío ya ese cordelito doble que ponen los chiquiyos de barcón á barcón pa mandarse cosas?

MIL. ¡Ave María, qué pronto! Yo no tengo na que mandarle á usté.

PEPE Será porque quiera usté á otro afortunao.

MIL. (Con viveza.) Eso si que no.

PEPE O porque lo recuerde toavía.

MIL. Menos. En cambio usté... sabe Dios las novias...

PEPE Se equivoca usté, Milagritos: formá de veras.

MIL. ¿No ha querío usté á ninguna mujé?

PEPE A ninguna. (Se miran fijamente en silencio. El, de pronto, encaminándose hacia la puerta, dice:) Aguarde usté, que creo que reparan en nosotros.

MIL. Sí, que hay gente pa to.

(Pepe se acerca á la puerta y mira al interior. Milagros se vuelve de espaldas á él. Simultáneamente, él se quita y se guarda con disimulo un dije con un retrato que lleva en la cadena del reló, y ella un imperdible con otro retrato, que lleva en el pecho.)

PEPE (Volviendo junto á Milagritos, con naturalidad.) Pos ya le digo á usté: á ninguna.

MIL. Y yo á ninguno: ya le digo á usté.

PEPE ¿Y no cree usté que era cosa de variá de vía?

MIL. ¿Y quién se fía de ningún hombre?

PEPE Hija, no tos los hombres son iguales; y á mí, aunque esté mar que yo lo diga, me han hecho de la masa de las frituras de papas, que ya sabe usté que se comen con asúca y están mu güenas.

MIL Sí; pero, ¿y la asúca?

PEPE ¡La asúca es usté, corasón!

MIL. ¡Mírame este ojo!

PEPE ¡Y dale! Lo que yo le miro á usté es toa la cara, que si la ve Moriyo antes de morirse... lo deja pa otro día. ¡Bendita sea la hora en que me entré por esa puerta, serrana; porque esta tarde sale de aquí una de esas cosas que luego dan envidia á to er mundo, y que agradese Dios!

MIL. (No es guapo, pero es limpio. Y, sobre to: me jase *tipitín.*)

PEPE Contésteme usté argo: dígame usté siquiera, por su salú, que no le parezco yo ningún bicho.

MIL. Hombre, si me paresiera usté un bicho, ya lo habría matao con er pie...

PEPE Entiéndame usté bien, y no me venga con salías. ¿Le importo yo á usté arguna cosa?

MIL. Pero, hijo mío, ¿cómo va usté á importarme ni tanto así, si no hase diez minutos...? (Cortando de improviso la frase, y cogiendo por los extremos un pelo largo que lleva Pepe en una manga.) ¿De quién es este pelo?

PEPE ¿Cuá pelo?

MIL. Este.

PEPE ¡Camará! ¡qué vista tiene usté, Milagritos!...

MIL. Y usté ¡qué cara pone!

PEPE Porque me extraña que sea rubio pintao. No sé de quién es.

MIL. Así andan ustés siempre... Pa que una les haga caso y se meta en quererlos...

PEPE ¡Yo le juro á usté que ese pelo no tiene na que vé con mi corasón ni con er cordelito de los barcones! ¡Que me parta un rayo si he querío nunca á ninguna mujé como á usté la quiero! Diez minutos hase na más que tuve la suerte de encontrarla, y me pase ya que nos conosemos desde chicos.

MIL. ¡Olé! Eso ha salío de adentro.

PEPE ¡Como to lo que le estoy disiendo á usté, gloria mía! Pa que usté se convensa de la verdá: miste mi cartera. Un retrato de mujé yevo: er de mi madre.

MIL. Sí, ¿eh? ¿A que no me deja usté que yo la registre?

PEPE (Dándosela) ¿A que sí?

MIL. (Arrepentida de la proposición al ver tan decidido á Pepe.) Ya no la registro.

PEPE Ahora soy yo er que quiere, ¡ea!

MIL. (Riéndose.) Pos miste, vamos á entretenernos. Y cuidao que yo no soy curiosa. (Se sientan. Milagritos principia á registrar la cartera de Pepe y va sacando de ella todo lo que se nombra en el diálogo.) ¿Qué es esto?

PEPE ¿No lo ve usté? Un biyete e toros. De una corría en que estuvo er *Bombita chico* pa comérselo. Lo ví á poné en un marco.

MIL. ¿Se dejará é?

PEPE Si es ar biyete, niña.

MIL. Esto es un désimo. ¿De cuándo?

PEPE De la que se juega mañana.

MIL. Pos que haya suerte.

PEPE Dele usté un beso y toca.

MIL (Besando el décimo.) Ya está.

PEPE En la luna de mié nos gastamos er premio.

MIL. ¡Ay, qué grasia! En la luna de mié...—¿Yeva usté aquí er siete de oros?

PEPE Ya lo creo. Me lo encontré en la caye. Y eso da güena sombra. Creo que esta tarde no me pueo quejá de la mía. (De repente, con temor y vergüenza.) ¡Deme usté ese papé!

MIL. ¿Qué tiene?

PEPE Que no quieo yo que usté lo mire.

MIL. ¡Vaya una confiansa!...

PEPE Le arvierto á usté que no es na malo. (¡Mardita sea!)

MIL. Pos yo quiero verlo.

PEPE ¡No!

MIL. (Devolviéndoselo todo.) Ah, güeno, hijo: no se enfade usté. Tome usté toas sus cosas.

PEPE (Sin tomar nada.) A ese presio... mire usté er papelito sien veses.

MIL. ¿Sí ó no?

PEPE ¡Que sí; que sí!

MIL. (Desdobla el papel y lee.) «La confiansa mutua. Préstamos »

PEPE La capa.

MIL. (Riéndose.) ¡Vaya por Dios, y qué vergüensa le he hecho á usté pasá!

PEPE Como estamos en verano... y es güena prenda... y yo no tengo ropero en condisiones... y ayí me la cuidan con mucho arcanfó... ¿sabe usté? Por eso. Luego la saco er primer día de frío... y no se me aserca un perro que no estornude.

MIL. (Dándole la cartera y riéndose.) Tome usté, que pa broma ya basta.

(Se levantan los dos.)

PEPE ¿Está usté convensia de que yo no miento?

MIL. Un poquiyo.

PEPE ¿Y no me dise usté na?

MIL. Na.

PEPE ¿Pero na, na?

MIL. Na, na.

PEPE ¿Na, na, na? (Milagritos suelta la risa. Pepe le dice remedándola y aprovechándose de la ocasión.) ¡Mírame este ojo! (Se ríen ambos y se miran riéndose, sin poder reprimirse, con esa risa propia de los momentos de profunda alegría, algo infantil y candorosa.) Parecemos tontos.

MIL. Pos usté no lo es. (Sigue la risa.) Pero ¿de qué nos reímos?

PEPE ¿De qué va á sé? ¡De que nos queremos!
MIL. ¿De que nos queremos?
PEPE ¡Naturarmente! ¿No me quieres tú á mí?
MIL. ¡Así; viva la franquesa: tú por tú!
PEPE ¡No, que te voy á hablá de usté! ¿No me quieres tú á mí? Porque lo que es yo á ti, te quiero más que á nadie. ¡Ea! ¡Se acabó! ¡Vaya la úrtima prueba! (Le enseña el dije que se quitó de la cadena.) Mira.
MIL. (Con gran curiosidad.) ¿Quién es esta?
PEPE Una novia que he tenío hasta esta tarde á las tres y cuarto.
MIL. Es feíta, oye. Te lo digo porque ya pasó.
PEPE ¿La has visto abajo tú?
MIL. Sí: ¿no es una mu rubia mu rubia?...
PEPE Con er pelo mu risao mu risao...
MIL. La misma. Quiera Dios que no se me presente nunca á la hora de comé. Y ayá va, confiansa por confiansa. (Le enseña el imperdible.)
PEPE ¿Quién es este tío?
MIL. Un novio que va á yevá la boleta á las ocho en punto.
PEPE ¿Por mí?
MIL. ¡Por tí!
PEPE ¡Ole! Yo estaba ya de mi novia hasta la coroniya.
MIL. Y yo de éste hasta er moño.
PEPE Hate cargo que entré en relasiones con eya como cuando voy á pelarme: á la fuersa... y después de pensarlo mucho.
MIL. Pos iguá me pasó á mí con é. Se empeñó en quererme, y le dije que sí, como quien dise: ¡Vaya! Está yoviendo. No hay más remedio que quedarse en casa.
PEPE Me paese que anda por abajo, como la otra.
MIL. Por abajo anda. Por eso ando yo por aquí arriba.
PEPE ¿Es uno también mu rubito... verdá?
MIL. Mu rubito también; y con er pelo risao risao; de un risao mu menúo... como esos arbolitos de madera de los juguetes.
PEPE (Riéndose.) ¿Pos sabes una cosa? Que yo le ví á desí á mi novia que peleo con eya porque tengo selos de ese hombre.

MIL. Superió. Y yo á mi novio que lo dejo porque tengo selos de esa mujé.

PEPE ¡A vé si se arreglan los dos!

MIL. ¡Y vaya una pareja rubia... y risá! Si tienen niños van á sé virutas.

PEPE ¡Y nosotros á querernos!

MIL. ¡A querernos! Esto ha sío un flechaso.

PEPE Y con flechaso es como salen bien las cosas der cariño. (Se acerca á ella como para besarla.) ¿No es verdá?

MIL. Quietesito, tú.

PEPE Mujé, no hay trato formá que no se seye.

MIL. Es que aquí no hay seyo.

PEPE (Señalándose los labios.) Lo pongo yo.

MIL. (Señalándose los suyos.) Güeno, pero yo no doy er lacre.

PEPE Eso es hoy: ya hablaremos mañana.

MIL. ¿Mañana?... ¡Mírame este ojo!
(Al público.)

Muchachitas casaderas:
á los hombres no hagais caso
si andan con dudas y esperas...
que pa que vengan de veras
s'ha menester el flechaso.

FIN

Madrid, Marzo 1902.

Advertencia importante.—Las Empresas que pongan en escena este entremés pagarán por derechos de propiedad de cada representación, la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL AMOR EN EL TEATRO

CAPRICHO LITERARIO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

N. Fabra Herrero

EL AMOR EN EL TEATRO

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL AMOR EN EL TEATRO

CAPRICHO LITERARIO

EN CINCO CUADROS, PRÓLOGO Y EPÍLOGO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona
el 25 de Junio de 1902

MADRID
G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRÓLOGO Y EPÍLOGO	
EL AUTOR	Sr. Vallés.
CUADRO PRIMERO	
DOÑA VIOLANTE	Sra. Pino.
INÉS	Srta. Colorado.
DON GARCÍA	Sr. Morano.
CARACOL	Mendiguchía.
CUADRO SEGUNDO	
LEOCADIA	Sra. Rodríguez.
PABLO	Sr. Tallaví.
CUADRO TERCERO	
REYES	Sra. Pino.
CARLOS	Sr. Morano.
DON LINO	Rubio.
MANUEL	López Alonso
CUADRO CUARTO	
ROSA	Srta. Catalá.
EL PECAS	Sr. Mora.
CINTURITA CHICO	Mata.
EL PULMONES	Sepúlveda.
TABERNERO	Gonzalvez.
CUADRO QUINTO	
FILADELFA	Srta. Bremón.
BASILIA	Sra. García.
DON PANTALEÓN	Sr. Rubio.
AMANDINO	Mendiguchía.
EL DOCTOR	López Alonso.

EL AMOR EN EL TEATRO

PRÓLOGO

EL AUTOR

Inmediatamente detrás del telón aparece la embocadura de un teatro, con lujosa cortina abierta por la mitad, que se pliega á los lados En la parte superior de la embocadura hay un gran letrero que dice: «Teatro nacional».

(Sale por la derecha el AUTOR, de americana y gabán de entretiempo, se dirige al público y le dice de buenas á primeras lo que sigue:)

Dueño y señor de ingenios y de actores:
perdona si á tu vista me presento
á implorar tu indulgencia y tus favores
con todo el natural comedimiento.
Es vieja tradición de los autores
solicitarlos al final del cuento;
pero yo, salvo error y salvo ripio,
hallo mejor pedirlos al principio.

—

No quieras ver en esta mi salida,
que acaso te parezca extravagancia,
ni ciega vanidad mal contenida,
ni menos altivez ó petulancia.
Soy humilde, como alma bien nacida,
sé que ante tí se postra la arrogancia,
y si tengo este arranque extraordinario,
es porque se me antoja necesario.

—

Voy un momento á departir contigo
como Autor de la obrilla que se estrena,
y en la que sólo á reflejar me obligo
las fases del amor en nuestra escena.
Tú me dirás de cómo lo consigo;
yo te diré que mi intención es buena,
y que no hay en los cuadros del conjunto
más enlace que el fondo del asunto.

—

En la comedia clásica, legado
de Lope y Calderón, Tirso y Moreto,
pinto el amor galante y exaltado,
hondo al sentir y en el decir discreto.
Y después que esa gloria del pasado
evoco por deber y con respeto,
al drama, á la comedia y al sainete
salto sin más, y acabo en el juguete.

—

Y en el drama, brutal hasta el espanto
pinto el amor; frenético y salvaje;
incapaz de flaquezas ante el llanto,
incapaz de perdón ante el ultraje;
en la comedia, con el dulce encanto
de lo alegre y lo tierno en maridaje;
en el sainete, cómico y chulesco,
y en el juguete, cándido y grotesco.

—

Cinco invenciones de mi pobre vena,
que pretende rendirle en su locura
pleito homenaje á la española escena,
en que el amor es principal figura.
Vuelvo á decir que mi intención es buena;
que acato tu sentencia, blanda ó dura;
óyeme bien, puesto que á tí me entrego...
y ya vendré por la respuesta luego.
(Vase el hombre por la izquierda más muerto que vivo.)

CUADRO PRIMERO

Teatro clásico. — *Amor tirano*

El letrero de la embocadura se trueca por arte de magia ó de birlibirloque, por el del título de este cuadro. La misma variación se verificará en los sucesivos.

Descórrese la cortina. El escenario representa una calle de Madrid en el siglo XVII.—Telón corto.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON GARCÍA y CARACOL

(Salen por la izquierda.)

CAR. ¿Qué te acontece, señor,
que en toda ocasión te hallo,
sin que yo sepa evitallo,
tan triste y de tal humor?
¿Dióte acaso algún dolor
que así envenena tus horas?
¿Huyó la dama que adoras?
¿Te hirió de nuevo Cupido?
Dímelo, que estoy transido
de no saber por qué lloras

D. GAR Caracol, á preguntar
me vienes el mal que paso,
cuando ya repleto el vaso
íbatelo yo á contar.

CAR. ¿Pues á qué ha sido el callar
hasta aquí?

D. GAR. Porque pensaba
que mientras mi mal callaba
pudiera ser ilusión;
y haciendo de él confesión
por cierto lo confirmaba.
Pero ya que sé que es cierto,
porque vivir no me deja,

escucha lo que me aqueja
y tuve tan encubierto.
No he comenzado, y ya advierto
que anduve torpe en callar,
que quien tiene algún pesar
halla su alivio en contallo;
pues yo sólo de intentallo
ya me comienzo á aliviar.

CAR. Háblame, pues.

D. GAR. Quiso el cielo,
que entre claros arreboles,
un día el sol de los soles
en gloria trocara el suelo.

CAR. ¿Es doña Sol tu desvelo?

D. GAR. No, sino su hermana bella.

CAR. ¿Doña Estrella?

D. GAR. ¿Quién á ella
se compara, Caracol?
Agora Estrella es el sol,
y Sol es no más que estrella.
Sol en cuya luz aleve
abrásame el niño ciego;
sol de apariencias de fuego
pero de entrañas de nieve.
Sol que hará mi vida breve,
sol que en sombras me ha sumido,
funesto sol, que ha traído
á mi pecho el desencanto,
á mis pupilas el llanto,
la locura á mi sentido.
No vive en él otra idea
que cortejalla y servilla,
interesalla y rendilla
á este amor que la desea.
También don Félix se emplea
en conquistar sus anhelos;
y esto aumenta mis desvelos
y mi mal hace mayor,
pues cuando muero de amor
resucítanme los celos.
En vano de sus rigores
vencer quiero la porfía:
á mi fuego es nieve fría,
roca dura á mis clamores,

desdeñosa á mis favores,
á mi constancia, inconstante,
á mi humildad, arrogante,
á mis finezas, esquiva,
á mis súplicas, altiva,
y á mi ternura, diamante.

CAR. ¿Amores y de los finos
otra vez? Mira, señor,
que no hay locura peor
que andar por tales caminos.
¿No ves que son desatinos?
Si agora ese sol te daña,
¿qué fué de Circe la huraña?
¿qué de la rubia Azucena?
¿qué de Leonor la morena?
¿qué de Filis la castaña?

D. GAR. ¡Ay, Caracol! Este daño
vence á todos ..

CAR ¿No es chistosa
condición? ¿No es brava cosa
que estés así todo el año?
Recuerda lances de antaño...

D.ª VIOL. (Dando voces dentro.)
¡Favor! ¡Acudid! ..

D. GAR. ¿Quién llama?

D.ª VIOL. ¡Valedme!

CAR. Voz es de dama.

D. GAR. Pues mete mano al acero
y vamos ya.

CAR. Tú primero.
(¡Quién estuviera en la cama!)

(Sacan las espadas y desaparecen por la derecha del actor. Oyese dentro poco después chocar de aceros en viva lucha.)

ESCENA II

DOÑA VIOLANTE, INÉS, DON GARCÍA y CARACOL

(Salen por la derecha. Doña Violante é Inés con mantos.)

D.ª VIOL. Inés, muerta voy.

D. GAR. Señora,
id tranquila.

CAR. Les hicimos
correr.
D.ª VIOL. ¡Por Dios que salimos
de nuestra casa en mal hora!
D. GAR. No diré yo que salí
en mal hora de la mía,
puesto que amparar debía
vuestra desventura aquí.
D.ª VIOL. Noble sois.
CAR. ¡Lo menos diez
conté yo!
D. GAR. Cállate, necio.
D.ª VIOL. Herida con mi desprecio
de un amante la altivez,
por la fuerza y sin razón
intentó ganar osado
lo que sabe que de grado
no le da mi corazón.
(Inés y Caracol hablan aparte.)
D. GAR. Señora, aquese lamento
de tal modo me interesa,
que ya tengo el alma presa
por vuestro divino acento.
Que puesto que solo es tal
que me cautiva, parece
que contando cuitas crece
su dulzura natural.
Y así, excusad que atrevido
viendo sin ver os alabe:
porque si tal canta el ave,
¿cómo no ha de ser el nido?
D.ª VIOL. ¿Quién no excusa que se atreva
á alabar un caballero,
que sello con el acero
y con el discurso prueba?
D. GAR Pues si me habéis excusado
mi hablar de imaginación,
¿por qué no dais ocasión
á que enmudezca admirado?
Hermosa en mi mente os veo:
pruébeme la realidad
que aventaja la verdad
á lo que finge el deseo.
D.ª VIOL. Vida me dió vuestra espada;

mi pecho os muestra interés...
¿Qué más pretendéis?... ¿Inés?

CAR. (No es de mármol la criada.)

D. GAR (Deteniendo á doña Violante.)
Tened, oculta homicida:
si vida mi espada os dió,
¿qué mucho que hablándoos yo
esté viviendo sin vida?
Que me dejáis, reparad,
el alma desesperada;
y lo que os dí con mi espada
con vuestros ojos me dad.

D.ª VIOL. Ved que ocurriros pudiera
que soñárais de tal suerte
que el verme os diera la muerte
antes que la vida os diera.
Porque no hay cosa ignorada
que en ilusión no miremos;
y antes de vella, la vemos
más perfeta y acabada.

D. GAR. Realidades hay señora,
que nunca el hombre imagina:
¿quién, sin mirallo, adivina
el cielo que os cubre agora? (Señalando al cielo.)
Vuestras razones mi fuego
avivan más, y me abraso.
Decidme: ¿no fuera caso
digno de asombro, que un ciego
que soñara con mirar
del sol el claro arrebol,
no quisiera ver el sol
por no dejar de soñar?
Pues así la suerte mía
me pone ante vos, y os ruego
que ya que veis que soy ciego
me mostréis la luz del día.

D.ª VIOL. Digo que obligada estoy
á súplica tan cortés... (Se descubre.)

CAR. Imita el ejemplo, Inés,
que yo de palo no soy. (Inés obedece.)

D. GAR ¡Cielos! ¡qué he visto!

CAR. ¡Por Dios!
¡qué ven mis ojos!

D. GAR Señora,
es vuestro rostro la aurora.

CAR. ¡Tu cara parecen dos!
D. GAR. Aurora brillante y pura
que excediendo á mis anhelos,
viene á disipar los velos
de mi triste noche oscura.
D.ª VIOL. ¿Lloráis amores?
D. GAR. En pos
de ellos iba.
D.ª VIOL. ¿Adónde?
D. GAR Aquí.
D.ª VIOL. ¿Y hallásteis alivio?
D. GAR. Sí.
D.ª VIOL. ¿Y quién os lo ha dado?
D. GAR Vos.
D.ª VIOL. Franco sois.
D. GAR. Amor me obliga.
D.ª VIOL. Sois voluble.
D. GAR. Amor lo quiere.
D.ª VIOL. Y atrevido.
D. GAR Amor me hiere.
D.ª VIOL. Y tenaz.
D. GAR. Amor me hostiga.
D.ª VIOL. ¿Y á amor tan voluble y franco
y tan tenaz y atrevido,
quién le dice que no ha ido
la flecha al aire y no al blanco?
D. GAR La ilusión que vos amais
le dice á mi corazón,
que pues vos á mi ilusión
en belleza aventajais,
si respondéis á mi empeño
estimando mis amores,
vencerán vuestros favores
á los favores que sueño.
(Proseguir no es discreción:
Caracol sabrá quién es.)
D.ª VIOL. (Ya tendrá noticia Inés
de su clase y condición.)
Vuestras finezas no olvido.
D. GAR. Sin vos no vivo, señora.
D.ª VIOL. ¿Inés?
D. GAR. ¿Caracol?
CAR. Agora.
(A ver cómo me despido.)

Caracol de los más tiernos
que hay entre los caracoles,
júrote que con tus soles
pronto asomarán mis cuernos.
(Únese Inés á doña Violante y Caracol á don García, y hablan aparte, bajo.)

D.ª VIOL. ¿Viste nunca rostro y talle
más hechiceros, Inés?

D. GAR. Caracol, loco; ¿no ves
que anda el Abril por la calle?

D.ª VIOL. (A don García.)
Quedad con Dios, si os quedáis.

D. GAR. Si os vais, señora, id con Dios,
mas no olvidéis que con vos
mi alma y mi vida os llevais.

D.ª VIOL. ¿Y me dejais ir sin miedo
vuestra alma y vida llevando?

D. GAR. Sí, porque vivo soñando
que con las vuestras me quedo.

D.ª VIOL. Vano sois.

D. GAR Vos me obligais.

D.ª VIOL. Y hablador.

D. GAR. Vos lo queréis.

D.ª VIOL. Y agudo.

D. GAR. Vos lo podéis.

D.ª VIOL. Y galán.

D. GAR Vos me enseñais.

D.ª VIOL. Ven, Inés.

D. GAR Caracol, vamos.

INÉS (A doña Violante.)
(¡Loca estás!)

D.ª VIOL. (A Inés.) (¡Locura es poco!)
(Se van hacia la izquierda.)

D. GAR. ¡Loco estoy! (Embózase y vase por la derecha.)

CAR. (Imitando cómicamente á su señor y yéndose tras él.)
¡Sí que estás loco!
¿A que no nos acostamos?

—

D.ª VIOL. (Al público.)
Si lo que acabas de ver
ha llevado á tu memoria
el recuerdo de una gloria
de nuestras glorias de ayer,

quien lo supo componer
para ofrecértelo aquí,
ahora te pide por mí
entre gozoso y turbado,
honor para lo copiado
é indulgencia para sí.

CUADRO SEGUNDO

El drama. — *Amor que mata*

Habitación humilde en casa de Pablo, en la época presente. Ventana de antepecho á la derecha del actor. Puerta al foro. Chimenea de campana á la izquierda. Muebles pobres. Al lado de la puerta del foro una mesa de pino, y sobre ella un velón encendido que alumbra débilmente la escena.

ESCENA PRIMERA

LEOCADIA

(Aparece sentada junto á la chimenea, inquieta y pensativa. De pronto presta oído hacia la ventana.) ¿A ver?... Me pareció que venía... Pero, no; siempre me anuncia su llegada cantando. Aún no tarda... Quiero verlo entrar... y lo temo, porque esta será la última noche. No puedo más... Estoy resuelta. (Pausa.) ¡Hace frío! .. Esta leña no arde, no da calor... Tal vez sea que yo no puedo sentirlo, porque el frío de la conciencia no me deja. ¡Qué mala soy!... Pronto pasará el tren por ahí abajo, por el valle... En él irá mi pobre Pablo, encerrado en aquel infierno de máquina, guiando la fiera, como él dice, y con el pensamiento puesto en mí... ¡Qué mala soy!... ¡Ah, no! Esta será la última. Me pesa ya mucho la traición, y no quiero echar sobre ella más días de crimen. La última, la última.. ¿A ver?... Volvió á parecerme que cantaba .. No... Es el viento. (Quédase pensativa.)

ESCENA II

LEOCADIA y PABLO

(Sale Pablo por la puerta del foro, sonriente y ufano. Detiénese contemplando á Leocadia.)

PABLO (En todo pensará, menos en que tiene tan cerca á su Pablo.)

LEOC (¡Qué horror! ¡qué villanía!... Mi Pablo no merece esto...)

PABLO (¿Pensará en mí?... ¡Quién lo pudiera adivinar!... ¿Por qué no sonará el pensamiento de las mujeres?) (Se acerca á ella cautelosamente y la abraza.)

LEOC. (Con sorpresa y terror) ¡Pablo! ¿tú?

PABLO ¡Yo, alma mía, yo!

LEOC. ¡Jesús!

PABLO Tu Pablo, tu amo, tu rey... tu esclavo; el que sueña á todas horas contigo, el que no sabe estar sin tí... Pero ¿qué te pasa? ¿qué tienes?... Ah, vamos, el susto natural, la sorpresa de verme cuando me creerías en mi infierno... y á tantas leguas. .

LEOC. Claro; eso es...

PABLO Un susto de alegría...

LEOC. Compréndelo... á estas horas... verte á estas horas... (¡Dios mío! ¡haz que el otro no llegue!)

PABLO Yo te explicaré... Pero no quiero que me riñas...

LEOC. ¿Qué dices?

PABLO Has de perdonarme de antemano... ¿Me perdonas?

LEOC ¿Yo... á tí? ¿Perdonarte... yo á tí?

PABLO Sí; por el crimen de quererte mucho. Oye.

LEOC. ¿Qué has hecho?

PABLO Lo que me bullía en la cabeza y en el corazón hace tanto tiempo; lo que era mi pesadilla continua: dejar la odiosa plataforma del tren, á la que mi destino parecía querer esclavizarme.

LEOC ¿Eh?

PABLO Sí; lo he hecho: por fin lo he hecho y hecho está.

LEOC ¿Te has vuelto loco, Pablo?

PABLO Porque no he querido volverme loco lo he hecho. ¿Pero estás intranquila aún?

LEOC No... no...

PABLO Figúrate: por la tortura de tu corazón juzga de la del mío... ¿Qué sentías tú, tú que tanto me quieres, sin verme casi nunca, cuando el viento del valle te traía por esa ventana el silbido que daba mi máquina al pasar por aquí, como un lamento, como un quejido mío?... ¿Qué sentías al mirar que mi tren se alejaba indiferente á todo, bramando y rugiendo, por ese árido camino que parece que no tiene fin?.. ¿No se te iba el alma con él? ¿No hubieras querido tener alas para seguir su paso y hacerme compañía? Pues imagina mis sentimientos y mis ideas... Yo, que sin tí no vivo, encerrado en aquel horno á todas horas, tostándome el sol, abrasándome el aire, quemándome el fuego; y andar, y andar, y andar, y pasar por esa hondonada como un relámpago, y ver aquí arriba mi casa, mi cariño, y dejarlos antes con la vista que con el pensamiento; y andar, y más andar, ensordecido por el estrépito de la marcha, solo, siempre solo, sin más esperanza que la de llegar á una estación para no verte, y salir de aquella para llegar á otra y no verte tampoco... ¿Crees tú que esto era vida?

LEOC. Creo que eso es así como lo dices, pero ¿qué remedio? Ese era tu oficio. . es tu oficio..

PABLO Pues no lo quiero á tanta costa. Y el remedio yo se lo pondré. Soy joven, soy fuerte; en el pueblo hay fábricas: trabajaré, pero trabajaré contigo... Esa distancia entre nosotros, esa separación forzosa de la vida del tren, no puedo soportarla más tiempo. ¿Tú no ves que cada minuto de carrera parece que me aparta un siglo de tí?

LEOC. Lo veo, sí, lo veo todo... Si yo también deseo tenerte siempre al lado mío... ¡Ojalá no nos hubiéramos separado nunca!

PABLO ¡Cuánto me encanta oirte!... (La coge por la cintura y la lleva junto á la chimenea, ante la cual se sientan.) Ven aca... siéntate conmigo á la lumbre. Esto es calor... y no aquel fuego de la máquina. ¿Por qué no te alegras?

LEOC. ¡Estoy esta noche tan triste!... No sé por qué, pero estoy muy triste.

PABLO ¿Teniéndome á tu lado, Leocadia? .. Juntos tú y yo, ¿cabe entre nosotros algún motivo de tristeza? Te juro que no sé cómo he tardado tanto en decidirme. ¡Cuántas veces me he dicho, llorando y sollozando solo: Dios mío, ¿para qué llevo yo esta vida de esclavo, esta negra vida, si allá, en aquella altura, tengo lo que tienen muy pocos hombres: amor, y pan, y luz?... (Reparando en Leocadia, que en vano trata de contener el llanto que se agolpa á sus ojos.) Pero, qué, ¿lloras? Alma de mi alma, ¿por qué lloras? (Oyese dentro, lejos, la siguiente copla, que canta un hombre que se va acercando á la casa.)

Una moza que me quiere
me quiere más que á su vida,
y yo que también la quiero
la quiero más que á la mía.

LEOC. (Dando un grito, apenas empieza la copla.) ¡Ah!

PABLO (Sobresaltado.) ¡Qué!

LEOC. Nada... (¡Viene ahí!...)

PABLO ¿Qué tienes, mujer? ¿Por qué te asustas?.. (Prestando atención al canto, y con extrañeza.) ¿Quién anda por estos sitios á estas horas?...

LEOC Qué sé yo. ¿Como quieres que sepa yo?...

PABLO ¿Pero tiemblas?... ¿pero no me miras?...

LEOC ¡Pablo!

PABLO (Sacudiéndola.) ¡Leocadia! ¡Leocadia! ¿Qué es esto?... ¿Acaso tú?... Hacia aquí se acerca quien sea... ¿Qué es esto? ¡Habla! ¡habla!

LEOC. Te digo que no sé... que no sé..

PABLO ¿No sabes? ¿Y sabes por qué tiemblas?

LEOC Iré á ver... Déjame...

PABLO ¡No! ¡Quieta aquí! ¡Si va á entrar el que cantaba, que entre!

LEOC ¡Pablo de mi alma!

PABLO (Receloso, sin dejar de mirar á la puerta.) Quieta aquí, quieta aquí... ¿Qué temes tú? ¿qué temes?

LEOC. ¡Perdón, Pablo! ¡Perdón!... (Desmáyase.)

PABLO (Apartándose de ella anonadado.) ¿Perdón?... ¿Me ha pedido perdón?... ¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Pero, no, no es verdad, si no puede ser, si no puedo creerlo... (Acercándosele.) ¡Dime que no es verdad, Leocadia! ¡Dime que estoy soñando! (Principia á oirse algo más cerca la copla de antes. Pablo al escucharla se estremece.) ¡Ah!... No, no es sueño .. ¡Miserables!... (Va á lanzarse sobre Leocadia para ahogarla, y se contiene.) No, ahora no; luego, luego, cuando pueda darse cuenta de que la mato. (Desde este momento, sugestionado y atraído por la voz que avanza cantando hacia la casa, se encamina maquinalmente en dirección de la puerta del foro.) ¡Qué ufano viene y qué tranquilo!... (Buscándose inutilmente un arma en la ropa.) No traigo armas... ¿Para qué había de traerlas, si yo no venía aquí á matar á nadie? (Llora y se rehace súbitamente.) ¡Miserable yo, más miserable que ellos, que estoy llorando!... (Pausa. Vuelve á oirse la copla, muy cerca ya. Apenas comenzada, vase Pablo arrebatado y resuelto por la puerta del foro. Poco después córtase el canto bruscamente en el tercer verso de la copla. Nueva pausa. Se oye lejos el silbido de una locomotora. Más tarde se supone que pasa por delante de la casa de Pablo, aunque á gran distancia. Al fin se pierde todo rumor en la lejanía. Cuando apenas se percibe ruido alguno, vuelve Pablo en ademán descompuesto y feroz. Llégase a Leocadia, y sacudiéndola brutalmente le grita:) ¡Leocadia! ¡Leocadia! ¡Despierta!

LEOC (Volviendo en sí.) ¿Qué?... ¿qué?... ¿Qué es esto?

PABLO Soy yo, yo... ¿No me ves? Yo; Pablo, tu Pablo, como tú decías. (Respondiendo á una mirada de Leocadia.) No, no; al otro no lo busques; al otro no lo verás más: no lo busques.

LEOC ¿Qué has hecho?

PABLO Lo que había que hacer: matarlo.

LEOC. ¿Matarlo?

PABLO Matarlo, sí. ¿Qué menos? Salí loco, tem-

blando de dolor y de rabia. Lo encontré en lo alto ya... Caí sobre él como un tigre, me agarré á su cuello y le ahogué la infame copla en la garganta... Se defendió de mi brutal acometida, se rehizo; era fuerte... Luchamos... Lucha desigual: yo llevaba conmigo la razón, la venganza justa; él no llevaba más que el azoramiento de la sorpresa y del crimen... Por eso le he vencido. De pronto silbó el tren allá lejos... En sus ojos ví una idea espantosa, terrible .. El me la dió: la idea fué suya... Lo arrastré con esfuerzo supremo hasta el borde mismo de la montaña, y lo hice rodar por la pendiente.. Cayó al camino en el momento en que llegaba el tren... el tren mío... y allí se quedó el miserable.

LEOC. ¡Qué horror!

PABLO ¿Horror dices? ¿Y yo, qué diré?...

LEOC. ¡Pablo!

PABLO Nada temas tú: á tí no te mato. Tú aquí, aquí: sola, siempre sola: á llorar lágrimas que te abrasen los ojos y el alma, y que no te consuelen... Y yo abajo, otra vez al tren, al leal amigo á quien dejaba y que me ha sabido vengar; á la plataforma de hierro, á pasar muchas veces, rugiendo con él, respirando fuego, blasfemando, por encima de la mancha negra que deje la sangre de ese ladrón de mi ventura. Adiós, Leocadia.

LEOC. ¡Perdóname!

PABLO ¡Nunca: este amor mío, ó muere ó mata; pero no olvida ni perdona! ¡Adiós! (Vase. Leocadia déjase caer en una silla sollozando.)

CUADRO TERCERO

La comedia. — *Amor poético*

Jardín frondoso en casa de Reyes, en Granada, limitado al foro por una tapia con verja en el centro. Hacia la izquierda del actor grande espesura. Sillas y bancos rústicos.—Es de noche.—Epoca presente.

ESCENA PRIMERA

MANUEL y DON LINO

MAN. (Yendo á la verja y llamando con cierto misterio.) ¡Don Lino! ¡Don Lino!... ¡Venga usté!

D. LINO (Saliendo por la verja con gran lujo de precauciones.) ¿Estás solo?

MAN. Más solo que un faró.

D. LINO Entonces paso sin cuidado. ¿Y la viudita, tu señora?

MAN. Muy pronto bajará al jardín.

D. LINO Pues no perdamos tiempo. Oye.

MAN. Usté dirá.

D. LINO Ya tú sabes que yo la enamoro hace dos meses, desde que riñó con el militar, y que, por fortuna para mí, he sabido encontrarle las cosquillas.

MAN ¿Ahí andamos?

D. LINO Las cosquillas morales, se entiende. Favores de otra índole, sólo puedo enorgullecerme de uno.

MAN. ¿Sí?

D LINO Sí. Una tarde estival, en el patio, le besé una mano...

MAN. ¿Y qué dijo eya?

D. LINO Nada; porque estaba durmiendo la siesta...

MAN. ¡Tunante!

D LINO Verás; verás qué plan he discurrido para rendirla esta misma noche. Ella es un espíritu delicado... poético... dulce... Yo la he visto mil veces arrobada con el píar de las

golondrinas y el trinar de los ruiseñores ocultos en las frondas... Pues bien: escucha. (Saca un flautín y toca.) ¿Qué es esto?

MAN. ¿Eso?... ¿Es la marcha reá?

D. LINO ¡Hombre! ¡por Dios! Si te pregunto qué canto remeda...

MAN ¡Ah!

D. LINO Es un ruiseñor... ¿no lo oyes? (Toca otra vez.)

MAN. ¡Si que es un ruiseñó! (Lo mismo pué sé un ruiseñó que un perro pisao.)

D. LINO Bueno, pues verás. Yo voy á internarme en la espesura, y cuando ella salga aquí, y se extasíe en la contemplación del cielo estrellado, empezaré á tocar mi pitito... lejos primero, y acercándome poco á poco después, como si viniera de rama en rama...

MAN Eso va á está presioso.

D. LINO ¡Ya lo creo! La música predispone su espíritu al amor... ¡qué duda cabe! Y ese es el momento.

MAN. ¿Er momento pa qué?

D. LINO Para que tú desde la azotea, arrojes á sus pies esta carta... como si cayera del cielo. (Le da una carta.)

MAN. ¿Y cuándo tengo yo que tirarla?

D. LINO En cuanto deje yo de tocar el pito. ¡No interrumpas al ruiseñor por nada del mundo!

MAN. Descuide usté. La señorita yega.

D. LINO Pues voy á esconderme allá lejos... (Entrase por la izquierda hacia el fondo.)

MAN. Vaya usté con Dios...—¿Estará loco er tío?... Pero, en fin, mientras pague, ahí me las den toas.

ESCENA II

MANUEL y REYES.

(Sale Reyes por la derecha.)

MAN. (Contemplándola.) (¡Miste que quererse yevá á esta mujé esa carcomanía!...)

REYES Manuel.

MAN. Señorita Reyes.

REYES ¿Qué iba yo á preguntarte?

MAN. Si se va er regimiento mañana, ¿no?

REYES No: no era eso.

MAN. Pos se va, señorita.

REYES Vaya con Dios (Se sienta. Pausa.)

MAN (Acercándose á ella con misterio.) Anoche pasó por aquí.

REYES ¿El regimiento?

MAN. Lo mejó der regimiento: er señorito Carlos.

REYES ¿Y á mí qué...?

MAN No; na... (Hace que se va. Reyes lo llama.)

REYES Oye: ¿á qué hora pasó?

MAN. A estas horas, sería...

REYES Ya ves tú á mí qué... (Deteniendo á Manuel que se va de nuevo.) Escucha: ¿dices que á estas horas?

MAN. (Aproximándose mucho á ella.) Sí, señorita. Sobre poco más ó menos, á estas horas. Pasó dos veses: una pa arriba y otra pa abajo: las dos veses se asomó por la verja La última creí que quería grabarse los yerros en la cara. Después le dió á la casa seis güertas lo menos; y después, se conose que cansao de darle güertas al asunto, tiró caye arriba con una cara... ¡con una cara!... que á mí me dió mucha lástima del asistente.

REYES (Rompiendo nerviosamente su abanico.) Bueno, sí, vete ya, majadero...

MAN. (¡Destrosó el abanico!... ¡Está de un humó... como pa escuchá ruiseñores!...) (Vase por la derecha.)

ESCENA III

REYES; después CARLOS

REYES ¡Dios mío! ¿pasara esta noche también?... ¿Se irá sin verme?... ¡Qué dos meses de separación más horribles! ¿Para qué reñiríamos, queriéndonos? ¿Para qué tendrá orgullo el amor?... Si yo pudiera buscarlo como él buscarme, creo que no hubiera esperado tan-

to tiempo... (Aparece Carlos en el foro, y mira cauteloso hacia el interior del jardín.) ¿Qué? Alguien se ha detenido en la verja... ¿Será...? Tiemblo toda... No me atrevo á volver la cara... El corazón me está gritando que es él...

CARL. (Abriendo la verja y penetrando en el jardín.) ¿Reyes?

REYES ¡Carlos! (Pausa. Se miran emocionados sin hablar.)

CARL. ¿Me esperabas?

REYES Sí.

CARL. Lo sabía.

REYES ¿Por qué?

CARL. Por lo mismo que tú me esperabas.

REYES Me parecía imposible que te fueras sin verme.

CARL. Y á mí que tú no quisieras verme antes de partir.

REYES Vendrá... vendrá... pensaba yo constantemente

CARL. Iré... iré... pensaba yo.

REYES ¿Por qué no me habrá escrito?... me decía.

CARL. ¿Por qué no me escribirá?... me preguntaba.

REYES ¿Qué ha pasado entre nosotros para este alejamiento?

CARL. ¿Qué disgusto hemos tenido para estar así?

REYES ¿No es una locura separarnos cuando con la imaginación estamos juntos?

CARL. ¿No es una puerilidad alejarnos cuando hay una fuerza que nos une?

REYES Si no ocurrió nada serio...

CARL. Si no sucedió nada grave...

REYES Tonterías de enamorados...

CARL. Niñerías del cariño...

REYES Y pasaba un día... y: «¡No viene!»

CARL. Y pasaba una noche... y: «¡No me llama!»

REYES Y á todas horas: «¡Que venga! ¡que venga!»

CARL. Y á cada instante: «¡Allá voy! ¡allá voy!»

REYES Y viniste al fin.

CARL. Y al fin he venido.

REYES Y aquí estás ya.

CARL. Y aquí me tienes.

REYES ¡Carlos mío!

CARL. ¡Vida de mi alma!

(Al empezar este diálogo, Carlos y Reyes se hablarán á alguna distancia. Poco á poco é instintivamente irán aproximándose, y al decir las dos frases últimas se estrecharán las manos con efusión.)

REYES (Suspirando.) ¡Ay! ¡Qué tranquilidad... y qué alegría!

CARL. Es tan grande la que yo siento, que estoy por bendecir la hora en que reñimos.

REYES Bueno; pero que no vuelva á ocurrir.

CARL. Nunca más. Siéntate aquí, á mi lado. (Se sientan.)

REYES ¡Ay! ¡Qué poco se parece esta paz á la inquietud de antes!... Oye: ¿se va tu regimiento mañana?

CARL. Sí; y yo con él.

REYES ¡Carlos! ¡No me lo digas!

CARL. No te apures; volveré muy pronto á Granada. Mi tío Sebastián me ha prometido arreglarlo así.

REYES ¡Qué simpático es tu tío Sebastián!

(Don Lino cree llegado el momento de lanzarse, y principia á tocar su flautín allá lejos.)

CARL. ¿A ver? ¿No oyes?

REYES ¿Qué?

CARL. Escucha.

REYES Parece un ruiseñor.

CARL. Un ruiseñor es.

REYES Cantará celebrando nuestras paces. Hasta ese pájaro se alegra de ellas. (Hablan en voz baja. El canto del ruiseñor se oye mas cerca á cada instante, y á poco aparece don Lino por la espesura de la izquierda, radiante de dicha y tocando el flautín.)

ESCENA IV

DICHOS y DON LINO

D. LINO ¿Estará por aquí? ¿Por qué no habrá llegado esta noche al cenador?... (Sigue tocando.)

REYES El ruiseñor se acerca...

D. LINO (¡Ahí está!... ¡Y habla sola!... ¡Es un espíritu poético!... La luna... el follaje... el beso del aura...) (Vuelve á tocar.)

CARL. ¿Quieres que coja ese pájaro para tí?

D. LINO (¡Corcho!) (Se queda de una pieza y suspende el toque.)

REYES No; déjalo gozar de su libertad...

CARL. ¿Te basta con tenerme á mí preso?

REYES Me basta.

CARL. ¡Bendita seas! (Le besa una mano.)

D. LINO (Tragando saliva.) (Ese no es el beso del aura, ¡porra!)

CARL. ¡Qué contento va á ponerse mi tío Sebastián cuando sepa estas paces!

REYES Como que por él te conocí...

D. LINO (¡Mal tiro le den al tío Sebastián!... (De repente, aterrado.) ¡Corcho! ¡que si no sigo tocando va á echar ese la carta!..) (La emprende con el flautín, y ya no deja de tocar sino para decir aprisa las frases que siguen.)

REYES Mira, mira cómo se anima el ruiseñor...

CARL. ¡Está tan contento como nosotros.

D. LINO (¡Más! ¡más contento! .. (Pausa. Toca que toca.) ¿Pero es que me voy á pasar así la noche entera?)

REYES Te lo perdono todo, todo; hasta que tuvieras celos de aquel imbécil ..

D. LINO (¿A que están hablando de mí?)

CARL. Eso no me lo perdono ni yo. ¡Mira que celos de don Lino!...

D. LINO (¿No lo dije? ¿Cómo le avisaría yo á Manuel?)

REYES ¡El pobre! Con aquellas patas, que parecen los picos de rosca...

D. LINO (Gozando.) (¡Ajajay! ¡qué golpes tienen estas andaluzas!)

CARL. Y aquella calva de zapatero, verdaderamente ignominiosa y ruin...

D. LINO (¡Adiós, Adonis! ¡Nunca ha estado un pájaro más en ridículo!)

REYES Y luego, es una fatiga; porque yo no sé á lo que huele, pero no huele bien.

D. LINO (Olfateándose.) (¿Que no huelo bien?...)

CARL. Huele á automóvil. (Se ríen.)

D. LINO (Sudando á chorros.) (¡Virgen de las Angustias! ¡Estoy sudando calamares! ¡Yo ya no puedo soplar más!...) (Suspende el toque.)

REYES ¿Quieres que demos una vuelta por el jardín?

CARL. ¿Lo quieres tú? ¡Pues no me lo preguntes!

D. LINO (¡Mira qué ternura!...)

(Se levantan los dos y pasean, haciendo huir á don Lino constantemente.)

REYES ¿Y de veras crees que tu tío Sebastián logrará trasladarte aquí?

CARL. Sí, tonta. ¿Qué no conseguirá mi tío Sebastián?

D. LINO (¡Caray con el tío Sebastián!)

REYES ¿Y te vas sin duda mañana mismo?

CARL. Mañana muy temprano. Estaré esta noche contigo como Romeo con Julieta: hasta que al canto del ruiseñor suceda el de la alondra...

D. LINO (¡Pues la alondra la va á hacer tu tío Sebastián!) (Reyes y Carlos se internan en el jardín por la izquierda, muy amartelados. Don Lino sale al primer término.) ¡Maldita sea mi suerte! (Se acerca á la derecha y llama.) ¡Manuel! .. ¡Manuel! ..

ESCENA ÚLTIMA

DON LINO y MANUEL

MAN. (Saliendo por la derecha.) ¡Por vía e Dios, don Lino de mis curpas! No me diga usté na, que to lo he visto...

D. LINO ¡Trae acá mi carta!

MAN. (Devolviéndosela.) Tome usté.

D. LINO Y quédate con Dios. (Hace que se va y vuelve.)

MAN. ¡Señorito!

D. LINO Perdona, hombre; me iba sin darte nada... Ahí tienes un duro.

MAN. (Cogiéndolo y mirándolo.) Este es farso, don Lino.

D. LINO Ya lo sé; pero tú lo puedes pasar mejor que yo. ¡Y comprenderás que después del rato que he llevado no es cosa de darte un duro bueno!

MAN. ¡Ay, qué grasia!

(Se oyen dentro carcajadas de Reyes y Carlos.)

D. LINO ¡Abur! Aquellos se están riendo otra vez, probablemente de mi calva.

MAN. Como que paese que se le ha subío á usté la barriga á la cabesa. (Se ríe también.)

D. LINO ¿Ah, sí? (Amenazándolo con el pito.) ¡Verás tú si te salto un ojo con el ruiseñor! ¡Pues hombre!... (Continúa la risa de los otros dentro y del criado fuera, y en medio de ella exclama don Lino avergonzado.) ¡Vaya una aventurita para contarla en el Casino!

(Al público.)

Ya que tan mal me trata
la suerte dura,
no le contéis á nadie
mi desventura.
Y por vuestra reserva
vaya un consejo:
no se meta en amores
quien se halle viejo;
déjese de conquistas
y no presuma
quien el asma comparta
con el reúma.
Porque es amor un fruto
sabroso y tierno,
mas en la primavera,
no en el invierno.
Cuando hay salud y vida,
sueños y flores,
es cuando cantan siempre
los ruiseñores.

(Toca el pitito y vase.)

CUADRO CUARTO

El sainete. — *Amor gracioso*

Telón corto de calle en los barrios bajos de Madrid. A la derecha del actor una taberna. A la izquierda la casa de Rosa, con ventana baja, en cuya vidriera hay un letrero que dice: «Peinadora.»—Es de noche.—Epoca presente.

ESCENA PRIMERA

ROSA, el PECAS y el TABERNERO

(El Tabernero está á la puerta de su tienda; Rosa sale por la izquierda y entra en su casa, y el Pecas, que la sigue, trata de detenerla.)

ROSA ¡Jesús, hijo! ¡Ave María!... ¡Es usté más pesao que un kilo de churros!

PECAS Pero escuche usté, prenda...

ROSA ¡No me da la gana!

PECAS ¡Maldita sea!... ¡Es cosa de morderse la nuez con las muelas del juicio!

ESCENA II

EL PECAS y el TABERNERO

TABER. Hombre, Pecas, no te desesperes... y escúchame

PECAS (Acercándosele.) ¿Que no me desespere? No quisiera más sino que tú, en lugar de tienda de vinos, tuvieas botica; que ya me estabas dando un papeliyo de ácido de Prusia.

TAB. ¿Ves tú? Te ocecas y no recapacitas. Esa mujer no le hace cara á nadie, y ha despreciao al hijo de la tendera, que es una proporción, y á Blas el de la huevería, que es otra proporción, y á un señorito que está

por eya que hace números, y al Cinturita Chico, que eso tú lo sabes, y á tí, y á to Dios; pero no es porque se le haya subío el humo á la cabeza, sino porque tiene un hombre.

PECAS ¡Qué va á tener un hombre! Me molestan las personas que razocinian con las patas de atrás, y tú eres una. Ven acá, galápago: si la Rosa tuviera un hombre, ¿no lo conoceríamos alguno en los dos meses que eya vive ahí?

TAB. ¡No, señor, tarugo de la caye del Barquiyo! Porque ese gachó, que es uno á quien le dicen el Pulmones, yeva ya tres meses largos con la erisipela.

PECAS ¿Quién es la *Erisipela*?

TAB. ¡Viva la Asamblea de enseñanza! ¡Eres un baldosín iznorando! La erisipela no es ninguna artista del *Japonés*, como tú te figuras sino un padecimiento de la sangre, de que Dios nos libre.

PECAS Pero bueno, volviendo á la Rosa: ¿á tí quién te ha contao tos esos infundios?

TAB. ¡Pos eya misma! ¡Miá éste! ..

PECAS ¿Cuándo?

TAB. Ayer. Y te azvierto que está por ese hombre pero que loca de la cabeza. (Hacia el interior de la taberna.) ¡Va!... De modo que mira bien lo que haces y donde te metes. (Entrase en la tienda.)

ESCENA III

EL PECAS y ROSA

PECAS ¡Que mire bien!... ¡que mire bien!... Como si el amor no fuera ciego...

ROSA (Asomándose impaciente á su ventana.) Y ese maldito sin venir, Dios mío... ¿Estará con la Pepa? ¡No quiero pensarlo!

PECAS (Acercándose á hablarle.) ¿Se puede?

ROSA ¿Otra vez?

PECAS Dígame usté, madre: ¿peina usté al seso masculino, ó al femenino nada más?

ROSA Dígame usté, padre: ¿usté cree que estas manos se han hecho pa peinar cerdas?

PECAS Gracias por la flor. Lo preguntaba, al respetive de que si usté quisiea peinarme á mí, yo me ofrecía á peinarla á usté con la mar de gusto

ROSA ¿De veras? No iba usté á dar con mi peinao.

PECAS ¿Que no, verdá? ¿Quié usté hacer la prueba? ¿Quié usté ver cómo la abro yo la raya en medio á lo Merode, que la agrada á usté?

ROSA ¿Quié usté ver cómo le abro yo la cabeza con un tiesto?

PECAS ¿Pero es que usté y yo no vamos á querernos nunca?

ROSA Sí; nos quedremos... cuando se le quiten á usté las pecas de la cara; que la tiene usté que paece un mitin de lentejas.

PECAS (Riéndose sin abrir la boca.) ¡Ay, un mitin!... Ha estao usté mu güena; de verdá .. No suelto la risa, porque tengo el defezto de que se me sale la encía de arriba, y pué á usté no gustarle.

ROSA Lo que no me gusta es tener centinelas en mi ventana; que no es garita. (¡Miá que si viene el otro y lo ve!...) Conque ahueque, ahueque...

PECAS ¿Sabe usté que me está usté resultando con más orguyo que la horca de Don Rodrigo?

ROSA ¡Jesús qué chinche!

PECAS ¿Sabe usté que su despego de usté va á matar al Pecas?

ROSA ¡Me alegraré! ¡Por mosca! (Retírase de la ventana, cerrando las vidrieras violentamente.)

PECAS ¡Adiós, papel insecticida!... ¡Mecachis en nueve!... Me tié más aburrío... más aburrío... Vamos, ¡si hay pa hacer un *rombo*, y mandarlo al *Heraldo*!... (Se encamina hacia la taberna, á tiempo que sale de ella Cinturita chico.)

ESCENA IV

EL PECAS y CINTURITA CHICO

CINT. ¿Qué te sucede, Pecas?

PECAS Lo de siempre Cintura: la Rosa, que se ha propuesto enterrarme vivo.

CINT. ¿La Rosa, eh? (Con jactancia.) Te compadezgo. Sí, porque con esas obleas que tienes en la cara, y esa encía de arriba que se te sale cuando te ríes, que paece que te descompones por piezas... vas mal.

PECAS (Metiéndose en la taberna, mosqueado.) ¡Adiós, tú!... ¡Y vete al Museo de Reproduciones!... ¡Nos ha fastidiao ese!...

ESCENA V

CINTURITA CHICO y ROSA

CINT. ¡Pobreciyo! Es de los que creen que las prendas físicas pintan poco... Y hay que convenir en que si el moral es la salsa, el físico es la tajá, bien comparao.

ROSA (Saliendo de su casa, y encaminándose hacia la izquierda llena de inquietud.) ¿Pero es que me va á dar plantón ese hombre?... No... por aquí no viene... (Corre hacia la derecha.) Y lo se lo paso menos que me engañe con otra... Ni por aquí tampoco... ¡Yo me voy á morir de pena y de coraje!...

CINT. (Interpelándola, como hombre seguro de su físico y de su moral, y ofreciéndole un caramelo.) ¿La gustan á usté los caramelos de menta, joven?

ROSA ¡No, señor! ¿Y á usté?

CINT. ¿A mí? ¿Cómo va á gustarme á mí lo que á usté no la gusta? Los yevo pa osequiar.

ROSA ¡Pos osequie usté á su señora agüela!

CINT. Niña, niña; ¿qué es eso? ¿Usté ha reparao con quién habla?

ROSA ¡Digo! ¡Con un lapiz-tinta! ..

CINT. ¿Por qué dice usté eso?

ROSA Porque no pinta usté na, y se figura usté que pinta mucho.

CINT. Che, che, che. .

ROSA ¡Che, che, che! ¡Que me deje usté en paz!

CINT. Pero, joven irreflesiva...

ROSA ¡Ay, qué Dios! ¡Que no quiero murga!

CINT. (¡Gachó qué humos! ¡Me río yo de Huelva!) ¿Es que por casolidá esiste en el mundo un hombre afortunao que tiene el yavín de ese corazoncito?

ROSA ¿Pa qué quié usté saberlo?

CINT. Pa mandarle decir por una tarjeta postal modernista que se ponga bien con el Hacedor.

ROSA ¡Ay, qué gracia! ¡Eso sería un pueblo! Pos que le coste á usté que sí, que quiero á un hombre. Y le azvierto á usté que va á yegar de un momento á otro. .

CINT. (Volviendo la cara hacia la taberna.) ¡Voy!... ¡Que no paran de yamarme de ahí dentro!... Cuando se persone ese afortunao, deme usté una voz.

ROSA ¿Pa qué? ¿Pa que se esconda usté en la cueva?

CINT. ¡En la cueva!... ¡en la cueva!... (Las mujeres tien esto: la he cogío en un mal cuarto de hora. Y ponga usté, además, que no he traido el pantalón tornasolao, que las ofusca.) (Entrase en la taberna.)

ESCENA VI

ROSA y EL PULMONES

ROSA ¡Le paece á usté, lo que son los hombres!... Vamos, si á la mujer que se mete en el querer como yo me he metío, la debían estreyar contra una esquina... (De repente, loca de júbilo.) ¡Ay! ¡ayí viene ya Paco! ¡Gracias, virgen de la Paloma!... Mala cara trae... Si me habrá visto hablar con ese... No lo quiera Dios.

(Llega por la izquierda el Pulmones, que hay que verlo. Es más feo que correr con capa, y á fuer de cojo, lleva en el diestro pie una bota de ocho dedos de suela.)

PUL. (Dándole galantemente un empujón á Rosa, que se ha vuelto de espaldas á él, un si es no es atemorizada.) ¿Qué haces tú en la puerta e la caye?

ROSA Te esperaba ..

PUL. ¿Sí, eh? Como yo te vuelva á pescar hablando con un hombre, vi á meterte dos codazos en los vacíos, que adiós el flato. (Pausa. Pasea con aire olímpico.) Escucha. ¿Tú quiés ir á la Verbena?

ROSA Yo no.

PUL. Pos vamos. Ya pués entrar por el mantón.

ROSA Voy. (¡Mentira me parece que lo tengo al lao!) (Entrase en la casa.)

PUL. (Gritando.) ¡A ver lo que tardas, tú!...

ESCENA VII

EL PULMONES, el PECAS y CINTURITA CHICO. Después ROSA

(El Pulmones saca y enciende un puro de á cuarta.)

PECAS (Saliendo de la taberna con Cinturita chico.) Te digo que tú y yo tenemos que resolver algo.

CINT. Y pase lo que pase.

PECAS (Reparando en el Pulmones, que está á la puerta de la casa de Rosa, y hablando bajo con Cinturita.) ¡Gacholi! ¿Te has fijao en aquél?

CINT. No lo había oservao. ¿Qué hará ayí? ¡Miá que tié unas bromas el Creador!..

PECAS Caya, hombre: «Niños y militares, quince céntimos.»

CINT. Si me lo encuentro el Domingo antes de la corría, voy al hule.

PECAS Y se viene con bota de aguas...

ROSA (Saliendo, con mantón de Manila.) Cuando quieras.

PULM. Agárrate á mi brazo.

PECAS (Asombrado y sin poder contenerse.) ¡Mecachis!

CINT. (Lo mismo). ¡Anda la osa!
PULM. (Volviéndose hacia ellos con calma.) ¿Pasa algo?
PECAS Pasaban unas vistas, ¿sabe usté?
PULM. ¿Eso de las vistas, va conmigo?
ROSA Paco, no te comprometas.
PULM. ¡Quítate, ó te espampano!
CINT. (Es amable.)
PECAS Le diré á usté, amigo... (Acercándose al Pulmones.) Pero tenga usté cuidao no me pise...
ROSA (¡Ay Dios!)
PULM. ¿Va usté á hacer *cachota* de un defezto de nacimiento? Porque lo que es del Pulmones no se pitorrea ningún hijo e Madrí; y menos usté, que paece que le ha salpicao un coche la cara.
PECAS (Yo busco pendencia con este tío.)
ROSA Paco...
PULM. ¡Que te cayes!
CINT. (Estos se agarran.)
PECAS Defezto por defezto, mejor quiero el mío que no yevar una bota que paece la plancha de un sastre.
PULM. (Avanzando hacia él mientras razona.) Estoy suscrito á las novelas de Ortega y Frías; he leído la Historia de España de Lafuente, y me bebo la seción de sucesos de los periódicos. Pos en ninguna de esas tres partes hay noticias de un estacazo como el que le voy á sacudir á usté ahora mismo.
PECAS ¿A mí?
PULM. ¡A usté! (Levanta el garrote, el Pecas saca una navaja, Rosa sujeta á uno y Cinturita al otro, y al tumulto sale el Tabernero.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y el TABERNERO

ROSA ¡Paco, por Dios!
CINT. ¡No te pierdas, Pecas!
PECAS ¿Quiés dejarme?
PULM. ¿Quiés soltarme tú?

ROSA ¡Paco!

CINT. ¡Pecas!

PULM. ¡Le disuelvo la masa encefálica!

TAB. Pero, ¿qué va á ser esto? ¡Pecas, echa tú pa un lao! ¡Rosa, yévate tú á ese hombre!

PULM. ¡Siempre ha de salir gente!

PECAS ¡Maldita sea!

ROSA Vamos, tú; ¿quiés venirte?

PULM. Vamos, sí; me cargan los testigos oculares.

PECAS (Aparte, con el Tabernero y Cinturita.) He visto cosas asurdas en el mundo; pero, ¡miá que esa gachí queriendo á ese fenómeno!...

TAB. ¿No te lo dije yo? ¡La mujer es el caos! (Entrase en la taberna como si no hubiera dicho nada.)

CINT. Yo lo que te aseguro á tí es que con los desaires me grezgo.

PULM. (Al Pecas.) ¡Ya le diré yo á usté al oído quince palabras justas!

PECAS ¡Pos prepare usté una peseta cinco, que cuesta un telegrama! Vente, Cinturita. (Se van por la derecha los dos.)

PULM. Echa tú pa alante, Rosa.

ROSA Dame tú el brazo, mi alma.

PULM. (Cadavérica la han puesto
esta fecha y esta facha.)
(Al público.)
Y aquí termina el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

CUADRO QUINTO

El juguete cómico.—*Amor inocente*

Dormitorio en casa de don Pantaleón, en Madrid y en nuestros días. Una puerta al foro y otra á la izquierda del actor. Balcón á la derecha. A la izquierda de la puerta del foro una cama. A la derecha un baul mundo. Lavabo, mesa de noche, sillas, etc., etc. Todo ello modesto. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON PANTALEÓN, FILADELFA y BASILIA

D. Pan. (En traje de calle.) Voy á salir otra vez, niña. Basilia, voy a salir otra vez. (Encamínase al foro.) ¡Mucho ojo con lo que se hace!

Bas. Descuide usted, señor.

Fil. Descuida, papá.

D. Pan. (Volviéndose desde la puerta.) ¡Ah! Si mientras estoy en la calle viene alguien preguntando por mí, á quien sea le dicen ustedes que no estoy en casa. ¡Todo hay que prevenirlo! (Se va por el foro.)

Fil. ¡Mira que entra y sale papá!

Bas. Parece un termómetro de esos del fraile.

ESCENA II

FILADELFA, BASILIA y AMANDINO

Bas. (Conteniendo á Filadelfa, que de repente se va para el baul como una bala.) Espere usted un momento, señorita.

Fil. (Observando desde la puerta del foro.) Ya se ha ido. (Corren las dos al baul mundo y lo abren. Sale Amandino arrugado como un acordeón, y va desarrugándose poco á poco.)

BAS Salga usted, señorito.

FIL. Sal sin temor, Amandino de mi alma.

AMAN. ¡Ay!... ¡ay!... Creí que me moría dentro del baul... Y, la verdad, morir junto á una cosa que he visto ahí, no me hubiera hecho gracia...

BAS. Peor hubiera sido morir á manos del señor: porque si el señor lo pesca á usted, lo deja en el sitio.

AMAN. Tu papá es muy bruto.

FIL. ¡Amandino, que es mi papá!

BAS ¡Toma! ¡si no fuera su papá de usted sería más bruto!

AMAN. Y yo no se lo diría tan claro... ¡Ay!... ¡ay!...

FIL. ¿Te sientes mal?

AMAN. Muy mal...

FIL. (Con mimo.) ¿Quieres que te haga algo?

AMAN. Gracias, amor mío. Lo que quiero es que Basilia me cosa el chaqué, que se me ha roto en el baul con un clavo.

BAS. Démelo usted acá.

AMAN. (Quitándoselo.) Me vas á ver en mangas de camisa... ¡Qué vergüenza para los dos!... Tome usted, Basilia.

(Suena la campanilla de la puerta dentro, y no cesa hasta que Basilia se va por el foro.)

FIL. ¡Ay, Dios mío! ¡Ese es papá!

BAS ¡Ese es el señor!

AMAN. ¿Dónde me meto?

FIL. ¡En el baul!

AMAN. No, no, no; en el baul de ninguna manera.

BAS. ¡Ah, qué idea! ¡En la cama bien tapadito no lo ve!

FIL. ¡Es verdad!

AMAN. ¡Pues á la cama!

FIL. ¡A la cama!

BAS. Boca abajo es mejor.

AMAN. Boca abajo.

BAS (Tapándolo bien.) ¡Al pelo! (A Filadelfa.) Guarde usted el chaque, que yo voy á abrir. (Vase por el foro. Filadelfa esconde el chaque en el baul mundo.)

FIL. ¡La Virgen esté con nosotros!

ESCENA III

DICHOS y DON PANTALEÓN

D. PAN. (Por el foro. Basilia lo sigue.) ¿En dónde se habían metido ustedes? ¡He echado abajo la campanilla!

FIL. ¿Qué traes, papá?

D. PAN. ¡Que por poco me muero en la escalera! ¡Acabo de tener un gran disgusto con Almagrete!... ¡Desagradecido!... ¡Un hombre que me debe mil atenciones!...

BAS. Y mil pesetas.

D. PAN. ¡Y mil pesetas! ¡Un hombre á quien yo he visto nacer dos veces!

FIL. Papá, ¿qué estás diciendo?

D. PAN. ¡Sí, señor, dos veces: una, cuando nació, y otra hoy, que por poco lo mato! ¡Brrrrr! ¡Me va á dar una apoplegía fulminante!... ¡Basilia, suba usted ahora mismo y avísele al médico que vive en el cuarto!

BAS. Voy, voy, señor. (No doy dos reales por el novio de la señorita.) (Vase por el foro.)

ESCENA IV

DON PANTALEÓN y FILADELFA. AMANDINO oculto

D. PAN. ¡Hiervo! ¡hiervo! ¡hiervo materialmente!

FIL. ¡Jesús, papá!

D. PAN. ¡Estoy congestionado! (Da un palo en la cama.)

FIL. ¡Ay!

D. PAN. ¿Qué es eso?

FIL. Nada, papá.

D. PAN. Pues si no es nada, ¿por qué gritas? (Da otro palo en la cama. Amandino gime debajo.)

FIL. ¡Ay!

D. PAN. ¿Otra vez? ¡Brrrrr! ¡Prepárame dos sinapismos!

FIL. Bueno, papá. (Pone sobre la mesa de noche dos sinapismos y dos vendas que saca del cajón.)

D. PAN. (Disponiéndose á hacer lo que dice.) ¡Jesús! ¡qué mal estoy!... Voy á echarme un poco en la cama..

FIL (¡Dios mío! ¡Lo prensa como un puro!)

D. FAN. Pero mejor es que antes le ponga dos letras á nuestro doctor, porque este jovenzuelo de aquí arriba será probablemente un idiota. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

FILADELFA y AMANDINO, BASILIA y el DOCTOR

FIL (Destapando un poco á su novio.) Amandino mío...

AMAN. (Incorporándose.) ¡Ay, qué dos palos me ha dado tu papá!... Es aún más bruto de lo que yo creía.

FIL ¡Por Dios, vete á la calle!

AMAN. No necesito que me lo supliques.

DOCTOR (Saliendo por el foro con Basilia.) A ver, á ver; ¿dónde está el paciente? Buenas tardes.

FIL. (¡Cielos!)

AMAN. (¡Santo Dios!)

DOCTOR (Encarándose con Amandino, que aún sigue en la cama.) ¿Qué es eso, hombre, qué es eso? ¿Qué le pasa á usted?

BAS (¡Anda!)

AMAN No... si yo... si yo...

FIL (Amandino, no me descubras. Piensa en mi honor.)

AMAN Yo... yo... yo. .

DOCTOR (A Filadelfa.) (Balbucea: ¡no me gusta nada!)

FIL (¡Con tal de que me guste á mí!...)

BAS. (Vigilaré, no salga el señor y acabe con todos.)

DOCTOR Vamos por partes: confiésese usted conmigo. ¿Qué siente usted?

AMAN. Haber venido á esta casa hoy.

DOCTOR ¿Eh? (Delira. ¡No me gusta! ¡no me gusta!...) Veamos el pulso. Hay algo de molimiento de huesos, ¿verdad? Como si le hubieran pegado á usted dos palos.

AMAN. ¡Lo mismo, sí señor! (¡Qué ojo tiene este hombre!)
BAS. (Dando un grito.) ¡Ay!
TODOS ¿Qué? ¿qué? ¿qué ocurre?
BAS. Nada, nada; creí que era otra cosa.
FIL. Hija, por Dios...
DOCTOR (A Amandino, con solemnidad.) (¿Sabe usted que no me gusta la criada?)
AMAN (¡No; ni á mí tampoco!)
DOCTOR Bueno. Sentimos dolor de cabeza, ¿verdad?
AMAN. Sí, señor. (¡Que acabe y se vaya!) Sentimos dolor de cabeza.
DOCTOR ¡Perfectamente!... Aquí, por fortuna, tenemos el remedio más eficaz. (Coge los dos sinapismos de marras y los moja en el lavabo.)
AMAN. ¿Qué va usted á hacer?
DOCTOR Ponerle á usted dos sinapismitos; sencillamente. ¿Eh? ¿Qué le parece á usted?
FIL (Amandino, sacrifícate por mi honor.)
AMAN. Bien... me parece bien...
DOCTOR Descubra usted las piernas.
AMAN. (Obedeciéndolo.) Ahí las tiene usted.
DOCTOR ¡Ole! Calzoncillos cortos. ¡Admirable!
BAS. Yo le ayudaré á usted, señor Doctor. (¡Pobre señorito!)
FIL (Entusiasmada.) (¡Ay, Basilia, qué piernas!)
BAS. (Sí: ¡parecen banderillas!)
AMAN (Este ladrón de médico me las paga á mí.)
DOCTOR ¡Ajajá! Abajito los pantalones ahorita, dé usted un paseito por la alcobita... y resístalos usted... su media horita.
AMAN. (¡Está usted fresquito!)
DOCTOR Si persiste el dolor de cabeza, que no persistirá, que le plantifiquen á usted otros dos en los brazos.
AMAN. No persistirá.
DOCTOR Y hasta luego, ¿eh? (Vase por el foro.)
FIL. Vaya usted con Dios.
BAS. Adiós, señor Doctor.

ESCENA VI

FILADELFA, AMANDINO, BASILIA y DON PANTALEÓN

AMAN. ¡Ea! ¡pronto! ¡pronto! ¡Mi chaqué, mi sombrero, y á la calle!
FIL. ¡Quítate los sinapismos primero!
AMAN. ¡Fuera de aquí me los quitaré!
BAS. ¡Nos hemos salvado en una tabla!
FIL. (Ayudándole á Amandino á ponerse el chaqué, mientras Basilia saca el sombrero de la parte baja de la mesa de noche.) Toma, toma... Anda, monín...
AMAN. ¡El sombrero! ¡el sombrero!
FIL. ¿Dónde está el sombrero?
BAS El sombrero, señorito.
D. PAN (Saliendo por la izquierda.) ¿Qué pasa aquí?
AMAN.
FIL. (¡Maldición!)
BAS
D. PAN. Buenas tardes. ¿Es usted el médico, por ventura?
FIL Sí... sí... es el médico... el médico es...
BAS El médico, sí señor, el médico...
AMAN. El médico... el médico... (¡Qué voy á hacerle! ¡Se ha propuesto la Providencia darme el día!)
D. PAN Siéntese usted. (Se sientan ambos. Detrás quedan Basilia y Filadelfa consternadas.)
AMAN. (¡Vaya! ¡Me pondré en carácter!) ¿Qué tenemos, señor? ¿Sentimos dolor de cabeza? (¡Huy! ¡ya empiezan á picarme éstos!)
D. PAN. Le diré á usted: la cosa es larga de contar..
AMAN. (¡Pues me he lucido!... ¡Huy!...) (La inquietud que le producen los sinapismos aumenta por segundos, hasta que parece que va montado en bicicleta, según juega las pantorrillas.)
D. PAN. Ayer me encontraba yo perfectamente...
AMAN. Y yo... (¡Huy!)
D PAN. Pero hoy...
AMAN. ¡Hoy!...
D. PAN. Sí, señor, hoy, noté al levantarme como que no tenía sueño... y es claro, dejé la cama.

AMAN. (¡Ay! ¡ay!...)
FIL. (¡Pobrecito mío!)
D. PANT. ¿Qué hace usted?
AMAN. Que soy muy nervioso... no se ocupe... (¡Huy!)
D. PANT. Poner pie en tierra y sentir deseos de almorzar todo fué uno.
AMAN. (¡Lo ha tomado desde sus orígenes...! ¡Huy!... ¿A que los voy á aguantar la media horita que quería el otro?)
D. PANT. Almorcé como un bárbaro; usted me dispense...
AMAN. Está usted en su casa... (¡Ay!..)
D. PANT. Me cayó pesadillo el almuerzo, y salí á la calle con ganas de pegarle á alguno. (¿Qué hace este hombre?)
AMAN. (¡Ay!)
D. PANT. Volví á casa; torné á salir... y en esto, ¡zas! Almagrete. Me trabo de palabras con él, que tú, que yo... ¡pin! ¡pan! ¡pun!... Un disgustazo. Se me carga la cabeza de resultas, y le pido á mi hija para ponérmelos dos sinapismillos que tengo allí..
AMAN. (¡Ya no están allí!)
D. PANT. Pero al fin y al cabo no me los puse...
AMAN. Lo siento en el alma... (¡Huy! ¡huy! ¡huy!...)
D. PANT. Porque son muy malos ¿entiende usted? y ni siquiera pican.
AMAN. ¿Que no pican? ¡Dígamelo usted á mí, que los estoy aguantando hace diez minutos!
D. PANT. ¿Cómo?
AMAN. ¡No puedo más! (Arrodillándose.) Perdón, caballero.
FIL. (Arrodillándose también.) Perdón, papaíto.
BAS. (Lo mismo.) Perdónelos usted: se quieren con locura.
D. PANT. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué burla es esta?
AMAN. (¡Pin, pan, pun, tenemos!)
D. PANT. ¡Lo mato! ¡lo mato!
AMAN. Caballero, óigame usted: me llamo Amandino,y tengo veinticinco mil duros de capital.
D. PAN. ¡Hombre! ¡Levántese usted en seguida! ¿Quiére usted tomar algo? (Se levantan todos.)
FIL. ¿Nos perdonas, papá?

D. Pan. ¡Ya lo creo, hija mía! ¿Cómo he de contrariar yo una pasión honrada?

Aman. Es usted un santo. Con esa noticia me ha desaparecido el picor de los sinapismos.

D. Pan. Y á mí con la sorpresa el malestar.

Fil. Y á mí con la alegría el miedo.

Bas (Y á mí con todo las propinas.)

Aman. (Al público.)

Público amable y señor:
si el juguete te ha gustado,
daré por bien empleado
el ratito de picor.

EPÍLOGO

EL AUTOR otra vez

(A la terminación del cuadro anterior se corre la cortina de la embocadura y en el sitio de los letreros vuelve á aparecer el de «Teatro nacional». Sale nuevamente el Autor y se dirige al público como al principio.)

Aquí de nuevo me tienes:
te agrade la obrilla ó no
debo declararte ahora
que yo no soy el autor.
En nombre de los autores
verdaderos, que son dos,
mentí al principio y expuse
por mi boca su intención.
Perdónanos el engaño
y otórganos tu favor:
para mí, lo piden ellos;
para ellos, lo pido yo.

FIN

Madrid, Marzo 1902.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

ABANICOS Y PANDERETAS

ó

¡Á SEVILLA EN EL BOTIJO!

HUMORADA SATÍRICA EN TRES CUADROS

con música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

N. Fabra Herrero

ABANICOS Y PANDERETAS

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ABANICOS Y PANDERETAS

Ó

¡Á SEVILLA EN EL BOTIJO!

HUMORADA SATÍRICA EN TRES CUADROS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

con música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el 10 de Julio de 1902

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES

CUADRO PRIMERO

LOLA	Srta. Pino.
PEPA	García.
SEÑÁ BLASA	Sra. Rodríguez.
MATRUQUI	Sr. Carreras.
GAMERO	Simó-Raso.
CORRUCO	Srta. Taberner.
MANOLO	Sr. Ruesga.
MOZO 1.º	Ruiz de Arana.
IDEM 2.º	Soriano.
UN ZAGALÓN	Picó.
UN ESTUDIANTE	De Francisco.
EL OJALES	Máiquez.

CUADRO SEGUNDO

LOLA	Srta. Pino.
MANUELA	Sra. Torres.
MATRUQUI	Sr. Carreras.
CORRUCO	Srta. Taberner.
CAIRELES	Brú.
DON RAMÓN	Sr. Soler.
BARTOLO	Fernández.
TÍO PINGANDÍ	Simó-Raso.
UN INGLÉS	Carrión.
DON CRISANTO	Ramiro.

Majas, majos y toreros

CUADRO TERCERO

LOLA	Srta. Pino.
MATRUQUI	Sr. Carreras.
SEÑÓ JUAN	Mesejo.
ANTONIO	Fernández.

CUADRO PRIMERO

Sala de equipajes en la estación de un pueblo de la línea andaluza, cercano á Madrid. A la derecha del actor una puerta que comunica con el andén. En el foro otra que da entrada al pueblo, por la que se ve el campo. A la derecha de ella una mesa cubierta con un paño blanco, donde vende una vieja vinos, agua, aguardiente, rosquillas, pan, tabaco, etc., etc. En la pared de la izquierda, cerca del foro, la ventanilla del despacho de billetes. Paralelo á esta pared un mostrador corto. Adosados al muro, en todos los huecos de la sala, bancos de madera. En las paredes carteles de anuncios de trenes y fiestas.—Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

MATRUQUI, CORRUCO y la SEÑÁ BLASA

(Matruquí, sentado á la derecha; Corruco, paseando; la señá Blasa, sentada en una silla tras de la mesa en que vende sus mercanelas. Sobre el mostrador un maletín y dos ó tres lios, de Matruquí.)

SEÑÁ B. Ya han dao la salida del otro pueblo: ya no tarda en venir. A lo más diez minutos.

MAT. Diez ó veinte. El botijo se recrea mucho en el paisaje.

COR. ¿Va usté á Seviya?

MAT. Sí, señor: á pasar la feria. Me han ponderado tanto aquéllo que ya no puedo resistir la tentación.

COR. Aquéyo tiene ange. ¿Usté es er médico de aquí?

MAT. No, señor; el secretario del Ayuntamiento. ¿Y usted va también á Sevilla?

COR. Yo yegué anoche de Madri. Yo mato aquí en las fiestas.

MAT. Ah, vamos. Segun eso es usted...

COR. Juan Osuna, *Corruco*; pa servirle. Estoy esperando al otro matáo, Manuer Díaz, *El Ojales*, que debe veni en er botijo.

SEÑÁ B. ¡Pues también son ganas de pagar el billete hasta Sevilla para quedarse aquí!

COR. ¡Qué ha de pagá, señora! Vendrá de incórnito.

MAT. ¿Cómo de incógnito?

COR. Debajo de un asiento; como vine yo.

MAT. ¡Hombre! ¿Y que tal se viaja?

COR. ¡Ar pelo! ¡Si eso del *eslipin* es una tontería!... Y que de aquí á Madrí hay mu poco trecho. Yo vine en la gloria. Carcule usté que ar salí de Madrí, un vinatero que iba en er coche metió su merienda debajo del asiento donde yo estaba. ¡No le digo á usté más!

MAT. Ya me hago cargo. Vagón restaurant inclusive.

COR. Eso.

MAT. Pues, hombre, yo creía que el toreo daba para algo más.

COR. Como no dé... Ar prinsipio na más e dijustos. To se lo comen los matacres de carté. ¡Y cuidao que hase uno *bonituras* por estos pueblos! Si lo vieran los revisteros de Madrí...

MAT. Oiga usted: ¿y la cuadrilla viene también ahora *de incógnito*?

COR. ¡Qué cosas tiene usté! ¿La cuadriya va á viajá como er matáo?... La cuadriya vendrá mañana en los topes.

MAT. ¡Pues son ustedes una ganga para la Compañía!

COR. ¿Y qué se le va á hasé? Ya se gorverá la tortiya y nos impondremos á las empresas.

MAT. Yo me alegraré mucho.

SEÑÁ B. (A Matruqui.) ¿No esperaba usté al médico? Ahí llega á caballo.

MAT. (Levantándose.) Sí; me dijo que vendría á despedirme.

COR. ¿Es ese? ¡Lo que me hubiera á mí gustao irme de este pueblo sin conosé ar médico!...

ESCENA II

DICHOS y GAMERO

GAM. (Por el foro, hablando hacia dentro. En la mano trae un paquete de confitería.) Ten cuidao con la jaca, niño.

MAT. ¡Amigo Gamero! ¿Para qué se ha molestado usted?

GAM. ¿Quié usté cayarse, hombre? ¿De manera que lo meto á usté po er paso pa que vaya á mi tierra, y no ví á salí á despedirlo? Tiene usté cosas e forastero. (Este señor doctor es un ejemplar completísimo de los andaluces de frases hechas que, nada más que por ser andaluces, se conceptúan jacarandosos, graciosos y simpáticos á más no poder y molestan al resto de la humanidad que no tiene tanto salero como ellos. Cuenta, además, entre las muchas suyas, la gracia de moler á golpecitos á su interlocutor.) ¡Ah! El encarguito der señor cura. (Le entrega el paquete que trae.)

MAT. Hombre, es verdad. Me lo anunció anoche y ya me sorprendía que no hubiese venido. Son rosquetes elaborados por él que les manda á unas monjas. (Deja el paquete encima del mostrador.)

GAM. Estoy en el ajo.—Denos usté una copita, señá Blasa.

SEÑÁ B. ¿De aguardiente, don Julio?

GAM. ¿Pos de qué va á sé, de agua de Melisa?

SEÑÁ B. ¿Fuerte ó flojo?

MAT. A mí, flojo.

GAM. (Imponiéndose.) Ar señó, triple, y á mí, cuádruple. ¡Miste que dí á Seviya y pedí aguardientito flojo!...

MAT. Yo creo que no tiene nada que ver una cosa con otra. (Disponiéndose á beber.) En fin, sea lo que Dios quiera.

GAM. (A Corruco) ¿Usté gusta, amigo?

COR. Grasias, señó dortó. (Apoyado en el mostrador presta oído al diálogo de Gamero y Matruqui.)

MAT. (Dejando media copa.) ¡Bah!... ¡Esto abrasa!

GAM. Hombre, no sea usté damisela. Si es lamedó. (Se echa al cuerpo su copa de un trago, y se le saltan las lágrimas y le entra hipo, á pesar de su andalucismo recalcitrante.)

MAT. ¿Lamedor, eh? ¿Quiere usted un poquito de agua?

GAM. (Tomándolo á broma.) ¡Guasonsíbilis! ¿Usté se cree que he pasao un susto? Eche usté otras dos copas, señá Blasa.

MAT. Para mí no.

GAM. (Despreciándolo.) Eche usté otras dos copas.— ¡Cómo lo envidio á usté, camaraíta! ¡Cómo lo envidio á usté!

MAT. Pues ¡hala! Véngase usted conmigo.

GAM ¡Ojalá! Pero no pué sé: tenemos corrías e toros estos días, y siempre hase uno farta.

COR. (Echándole á Gamero una mirada que es un poema.) (¡Miá qué grasioso!)

MAT. Pues lo siento, hombre, porque así como así á mí no me agrada viajar solo.

GAM. ¿Por qué, comparito?

MAT. Por la broma del sonambulismo, que usted me conoce.

GAM. Es verdá.

MAT. Le aseguro á usted que en las fondas vivo en un ¡ay! Más de una vez me he levantado de la cama dormido como un tronco á matar al fondista. Me da por los fondistas.

GAM. ¿Y se quié usté yevá á un amigo pa quitarle er gorpe ar fondista, guasón? ¡Eso sí que está güeno!

MAT. ¡Ja, ja, ja! (Beben.)

GAM. Va usté á vé una tierra: ¡va usté á vé una tierra! ¡Le digo yo á usté que va usté á vé una tierra!

MAT. Si ya lo he oído.

GAM. ¡Seviyiya e mi arma!... ¡Qué sielo!... Usté no ha visto sielo toavía.

MAT. Sí, señor; si he visto.

GAM. ¡Usté no ha visto sielo! ¡Y qué mujeres, camará! Er chaleco se le va á caé á usté. Usté no ha visto mujeres.

MAT. ¡Dale!

GAM. ¡Hasta pa la nariz usan pañuelos e Manila!

Y luego ¡eche usté flores! Una maseta aquí, y otra maseta aquí, y otra maseta aquí... (Señalándose la cabeza, el cuello y el pecho.) Y ca peina de este tamaño.

MAT. ¡Irán bien!

GAM. ¿Bien? ¡La americana va á usté á caérsele!

MAT. Ya se me ha caído el chaleco.

GAM. ¡Y sin grasia! Arrobas e sá, camaraita. En fin, usté ha e desírmelo.

MAT. Ya lo creo. Y me beberé una caña á la salud de usted

GAM. ¿Una caña? ¡Ni que fuera usté á pescá, arma mía! Ayí las cañas se toman por sientos. ¡Las *jumeras* que he cogío yo en aqueya Eritaña!... ¡Josú!... Usté no ha bebío vino.

MAT. En las comidas, sí.

GAM. ¡Usté no ha bebío vino! Y menos er vino e mi tierra, que es er que toma Dios con las tasas e cardo.

MAT. Mete usted en ganas á cualquiera, doctor.

GAM. ¡Ay, cómo estará aqueyo, Dios mío! ¡Cómo estará aqueyo! ¡Cuánto asahá!... Ayí á ca paso se encuentra usté un naranjo.

MAT. Como si fueran transeuntes, ¿eh?

GAM. En serio: yo no he visto en ninguna parte más naranjas que hay en Seviya.

COR. (Este no ha toreao en Valensia.)

GAM. Hay tar savia por debajo e la tierra, que las fuentes e las cayes no echan agua clara.

MAT. Echarán agua de azahar.

GAM. Chachipé. ¡Y qué ambiente! ¡qué ambiente! ¡qué oló!... Hase usté asi... (Respirando fuerte.) y se cae usté de espardas e gusto. Porque usté no ha respirao toavía.

MAT. Mire usted que tengo treinta y tres años.

GAM. ¡Usté no ha respirao toavía! Va usté á gorverse loco. Y no le digo á usté na, cuando pase por la caye las Sierpes. ¡Josú!... ¡La caye las Sierpes!... ¡En la caye las Sierpes se le caen á usté los pantalones!

MAT. Preferiría que me ocurriera en otro sitio menos céntrico.

GAM. Y quien dise la caye las Sierpes, dise toas las cayes. Porque mi tierra es un encanto

por donde quiera que se la mire. ¡Qué familiaridá!... ¡Qué rumbo!... ¡Ayí está to pagao!

MAT. Eso lo celebro en el alma.

GAM. Ayí tiene usté amigos antes e yegá. ¡Y qué costumbres! ¡A mí no se me orvía una noche que fuimos ar *Burrero* Monpansié, señó Manuer Dominguez y yo, y nos encontramos un pá de canónigos con sombrero ancho!... Esta es la tierra; esta es la cosa. ¡Qué *Burrero* aquél ¡Miste que es bonito poné en las mesas castañuelas pa yamá á los mosos! ¿Eh?

COR. (Este gachó está soñando por vía.)

MAT. Es bonito y alegre... y muy nuevo. Lo que no me explico es que siendo usted natural de aquella Jauja, se haya trasladado á este modestísimo pueblo de Madrid.

GAM. Por la caló, camaraíta. No pueo con la caló e mi tierra. Argo había e tené.

MAT. Sí que creo que aprieta de firme.

GAM. ¿Que si aprieta? Usté...

MAT. Sí; yo no he sudado todavía. Adelante.

GAM. Baste desirle á usté que el úrtimo verano que yo estuve ayí, que por eso me vine, se le acabaron los grados ar termómetro.

MAT. ¡Qué barbaridad!

COR. Haberlo emparmao.

GAM. No es ponderasión: ayí, en Agosto, hasta er Guadarquiví pasa hirviendo. Se mete usté diez minutos en el agua der río...

MAT. ¡Y salgo duro!

GAM. No lo tome usté á broma.

MAT. Afortunadamente, yo voy en primavera. ¡Qué ganas tengo de llegar!

GAM. Ya me pondrá usté una postalita con sus impresiones.

MAT. Cuente usted con ella.

(Óyese dentro la bocina del guarda aguja.)

COR. Ahí me paese que viene er tren.

MAT. ¿Sí? Pues cojamos el equipaje. ¡Gracias á Dios que llega!

(Corruco se sale al andén, y Matruqui va á recoger su maletín y sus líos, olvidándose del paquete del cura. Por la puerta del foro llega un Zagalón en busca de Gamero.)

ESCENA III

DICHOS, menos CORRUCO; un ZAGALÓN

(Óyese lejos el silbido del tren. Poco después vuelve á sonar mas cerca, y á la terminación del diálogo entre Matruqui y la señá Blasa, se supone que llega á la estación y para en ella.)

ZAG. ¡Don Julio! ¡Don Julio!

GAM. ¿Qué hay?

ZAG. De parte de la señora boticaria que vaya usté en seguida, que el señor boticario está con jaqueca.

GAM. Dile que voy á escape. (Vase el Zagalón.)

MAT. ¿Qué es eso? ¿ocurre algo?

GAM. Er boticario con una apoplegía.

MAT. ¡Atiza! Pobre señor.

GAM. Acaba de avisarme la mujé pa que vaya á echarle un capote.

MAT. ¿Así lo ha dicho ella?

GAM. Hombre, no.

MAT. Pues no se detenga por mí. Ande, ande.

GAM. (Despidiéndose.) Hasta pronto, querido Matruqui. Feliz viaje... divertirse mucho... cuidao con mis paisanas... ya usté me entiende... y no se orvíe usté de la postalita.

MAT. Antes me olvido de mi nombre. ¿Qué me manda usted para allá?

GAM. (Desde la puerta del foro, volviéndose.) Que le dé usté un peyizco á la Girarda... un beso al Ayuntamiento .. y un abraso á la Plasa Nueva.

MAT. ¡Eso es imposible!

GAM. Pos no me contento con menos. ¡Cómo lo envidio á usté, camaraíta! ¡Cómo lo envidio á usté! ¡Seviyiya e mi arma, quién te viera!... ¡Josú! ¡Josú!... (Hacia dentro.) ¡Niño! ¡trae la jaca! (Desaparece, afortunadamente para todos.)

MAT. Vamos fuera, que ya viene ahí el monstruo.

SEÑÁ B. (Deteniendo en su carrera á Matruqui.) ¡Eh! ¡eh!

MAT. ¿Es á mí?

SEÑÁ B. Sí, señor.

MAT. ¿Qué pasa?

SEÑÁ B. Que aquí no ocurre como en Sevilla: que aquí no hay na pagao

MAT. Ah, vamos, las copas. Yo creí... Usted me perdone. ¿Cuánto es?

SEÑÁ B. Una peseta.

MAT. ¡Comadre! Pocos peces asoman la cabeza, pero el que la asoma... Ahí tiene usted.

SEÑÁ B. Gracias. Buen viaje.

MAT. ¡Hasta la vuelta! (Echa á andar hacia el foro.) ¡Diablos, que me iba al pueblo! Con la emoción no sé lo que hago... (Retrocede y vase cantando por la puerta del andén.)

Sevilla de mi alma
lo que te adoro...

(Pausa. Algazara y bullicio en el andén.)

ESCENA IV

SEÑÁ BLASA, un ESTUDIANTE, dos MOZOS del pueblo, LOLA, PEPA y MANOLO, luego MATRUQUI, al final CORRUCO y EL OJALES. Gran rapidez en toda esta escena.

EST. (Por la puerta del andén, muy aprisa. A la Señá Blasa.) ¿Tiene usted tabaco?

SEÑÁ B. ¿Qué se ofrece?

EST. Una de treinta.

SEÑÁ B. Vaya.

EST. (Pagando) Tome usted. (Vase.)

MOZO 1.º (Saliendo con el Mozo 2.º y llegándose también á la mesilla.) A vé: denos usté dos copas de aguardiente.

SEÑÁ B. ¿Fuerte ó flojo?

MOZO 1.º Barato. (A su compañero, mientras les sirven.) ¡Chavó, qué dos mujeres yevamos en er coche!

MOZO 2.º Ahí vienen.

MOZO 1.º Es verdá. A vé si se quean en tierra. (Beben.)

MOZO 2.º Señora, ¿qué nos ha dao usté aquí, bensina?

MOZO 1.º Esto es pórvora, camará. (Presentándole una mano con la palma hacia arriba, después de llevársela

á la boca.) Miste la campaniya: me la ha arrancao.

MOZO 2.º (Pagando.) Tenga usté los perros. (Se asoman por la puerta del foro al campo. Llegan Lola, Pepa y Manolo.)

PEPA Aprisita, que er tren no espera.

LOLA Por Dios, no se nos vaya á dí.

MAN. Nos sobra tiempo; no asustarse. (A la Señá Blasa.) Eche usted dos vasitos de agua.

PEPA ¡Ay, yo voy seca! ¡Miste que romperse er piporro!...

LOLA ¡Pero, hija, si mi tío se sentó ensima de é!

COR. (Pasando con El Ojales, que viene en estado lastimoso, desde la puerta del andén á la del campo, por donde se van.) Er ganao es grande, pero más grande es la jambre que tenemos.

OJALES Hay que gorvé á Madrí con tres ó cuatro orejas.

MAT. (Azorado, con su maletín y sus líos.) ¡Santo Dios! ¡He perdido los rosquetes del cura! .. (Da media vuelta por la sala, y se dirige á la Señá Blasa.) Señora, ¿ha visto usted...?

MAN. ¡Matruqui!

MAT. ¡Manolo!

MAN. ¿Vas á Sevilla en el botijo?

MAT. Sí. ¿Y tú?

MAN. También Estas amigas y yo vamos juntos. Vente á nuestro coche.

MAT. Con el alma y la vida. ¿Habrá sitio?

LOLA Y si no se hase un sitio pa usté.

MAT. Muchas gracias. (¡Qué guapa es esta joven!)

LOLA En exprimiendo á un gordo que va ayí, cabemos ar pelo.

MAT. ¡Qué ocurrencia! Quiere exprimir á un gordo...

MOZO 1.º (Al pasar hacia el andén, á Lola y Pepa.) Andá pa ayá, que aquí para mu poco tiempo.

MOZO 2.º No dormirse.

MAT. ¿También van en el coche esos mozos?

LOLA También. Y que cantan los dos que da gusto.

MAN. Quién habla de cantá y es un canario. (A la Señá Blasa.) ¿Qué le debo, señora?

SEÑÁ B. Dos reales.

LOLA ¿Dos reales dos vasos de agua?

PEPA ¡Ave María Purísima!

LOLA Le arvierto á usté que los vasos los dejamos aquí.

MAN. Vaya, vaya, no es ocasión de discusiones. ¡Al tren!

PEPA Andando.

LOLA Andando.

MAT. ¡Qué mujeres, Dios mío! ¡A Sevilla! ¡á Sevilla, que allí está *to pagao!* (Se van. Suena dentro una campana y una voz que grita:) «¡Señores viajeros, al tren!»

SEÑÁ B. Este debe de llevar más gente que el de Semana Santa (Se asoma á la puerta del andén y desaparece.) ¡Jesús, cuánta criatura!... Van como borregos.

(Silba la máquina. Gran algazara dentro. Óyense con claridad varias voces, cada una de las cuales grita una de las frases que siguen:—¡A ver si arrancamos, que hay prisa!—¡Chiquiyo, corre!—¿Será presiso arrempujá?—¿Vamos cuesta arriba?—¡Pepe! ¡Pepe! ¡cuidao!—¡Señó Jefe, toque usté er pito!—¿Ande va ese ahora?—¡Que baile er Jefe!—(Varios á compás:) ¡Vámonos! ¡vámonos! ¡vámonos!...)

MAT. (Con la lengua fuera, sin maletín ni nada, despavorido.) ¡Los rosquetes del cura! ¿Dónde los he dejado yo? (Viendo el paquete.) ¡Ay, allí están! ¡Demonio de rosquetes! (Suena la campanilla precursora de la marcha del tren. Matruqui se estremece. Corre, tropieza y se le desparraman los rosquetes por el suelo. Su consternación sube de punto. Los recoge el hombre más que aprisa, guardándoselos en el sombrero y en los bolsillos, mientras sigue dentro la gritería y el silbar del tren, y vase escapado temiendo perderlo para siempre.) ¿A que me quedo en tierra? ¡Espera un poco!... ¡Maldita sea mi estampa! ¡Se va!... ¡se va!... ¡Aguarda, maquinista!... ¡Se va! ¡Me quedo en tierra!... ¡me quedo en tierra!... (El tren arranca. Óyese la bocina del guarda-aguja.) ¡Voy!... ¡voy!... ¡Me quedo en tierra! (Al salir al andén á galope, se gana una silba de los compañeros de botijo.—Cae el telón.)

Intermedio musical

(El tren en marcha. Se supone que en el coche del botijo en que va Matruqui, hombres y mujeres cantan diversos aires nacionales. Todas las coplas son acogidas con gritos de alegría y de entusiasmo.)

—¡Vamos, Loliya, que ya ha cantao hasta er fogonero!
—¡Que se está aburriendo la guitarra!
—¡Otra coplita!
—¡Cayarse!

—Una mariposa blanca
por mi barcón se ha metío:
güenas notisias me aguardan.

—¡Me alegro por usté!

—Una mariposa negra
por mi ventana se ha entrao:
malas notisias me esperan.

— ¡Vaya por Dios!
—Ole, ole!
—¡Viva Seviya!

—La rubita que adoro
siempre me dise
que aunque me sargan canas
no me las pinte.

—¡Cáyate tú, asaura!
—¡Que cante eya!
—¡Ja, ja, ja!

—Suspirito de tu boca,
chiquiya, quisiera ser,
para salir de tu pecho
sabiendo lo que hay en él.

—¡Ole, ole!
—¡Ay, quien fuera suspiro!

—Me paso la vida hasiendo
castiyitos en el aire,
y hay una manita ocurta
que viene y me los deshase.

—¡Déjate de penas, guasón!
—¡A vé si cantamos una cosita alegre; que éste nos ha puesto mu tristes!
—¡Y no esconder el vino!

—La confitera
señá Frasquita
vende suspiros
de su boquita,
y son tan buenos
que el que los prueba le encarga
una librita lo menos.
—¡Venga un trago! ¡Venga un trago!
—Pero, ¿ande está la bota?
—¡La he escondido yo, porque llega un túnel!
—¡Ja, ja, ja!
—¡Que cante ese del túnel!
—¡No me da la gana!
—¡Ja, ja, ja!
—Tengo novia *matraca*,
soy de Seviya;
eya me baila jota,
yo seguidiyas.
—¡Bien por los cruces!
—¡Viva España!
—¡Vivan las mujeres!
—¡Viva Lolilla! ¡En el tren se me van á caer los pantalones!
—A tu cuerpo y á tu rostro
felicito con el alma,
á tu rostro por tu cuerpo
y á tu cuerpo por tu cara.
—¡Ole!
—¡Ole!
—¡Las criaturas completas!
—¡Bendito sea Dios, que inventó el botijo!
—A la orilla del Ebro
te vi una tarde,
y me díjo la Virgen
que te mirase.
—¡Ole, Aragón!
—¡Hasta er botijo se anima!
—¡Si paese el exprés!
—¡Jota! ¡jota! ¡jota!
—Estudiantes que estudiais
todo lo que el mundo encierra,
decidme si hay en el mundo
tierra como nuestra tierra.

—¡Ole!
—¡Viva el tren botijo!
—¡Viva España!
—¡Espelú... y, veinte minutos!...

CUADRO SEGUNDO

Alcoba de la casa de huéspedes de don Ramón, en Sevilla. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda. En cada rincón una mesa de noche. Junto á cada mesa de noche una cama. En la pared de la derecha dos jaulas forradas y un zurrón. Apoyada en la mesa de noche una escopeta.

ESCENA PRIMERA

DON CRISANTO, MATRUQUI y BARTOLO, luego MANUELA, después DON RAMÓN

(La habitación á oscuras. Don Crisanto durmiendo como un bendito en la cama de la izquierda del actor, ajeno á todo lo que se le viene encima. Matruqui sale por la puerta de la derecha, seguido de Bartolo. Llega contento de la vida y con más manzanilla en el cuerpo de la que conviene á la seriedad del individuo. En su rostro y persona se advierten las huellas indelebles de veintitantas horas en tren botijo. A la mano trae, aunque parezca mentira, los mismos bultos con que salió de la estación del pueblo.)

MAT. (Canturreando.)
No estuvo pesá tu madre...
BART. (Imponiéndole silencio.) Schssss..
MAT. (Sin hacerle caso.)
No estuvo pesá tu madre...
BART. Schsss...
MAT. ¿Qué pasa, hombre?
BART. Que se caye usté; que hay uno durmiendo.
(Antes de seguir adelante, conviene advertir que este

(Bartolo habla tan aprisa, tan borrosamente y con voz tan hueca, que no se le entiende ni una palabra de lo que dice, Es lo que se suele llamar un andaluz «cerrado».)

MAT. ¿Cómo?

BART. Que hay uno durmiendo.

MAT. ¿Eh?

(Don Crisanto ronca como un ángel.)

BART. Schssss....

MAT. Ah, vamos; tengo compañero de habitación... Y, dígame usted; ¿no podría yo acomodarme solo? Porque soy sonámbulo...

BART. No hay más cuarto que este: zon días de mucha buya en la caza.

MAT. ¿Qué dice usted?

BART. Que no hay más cuarto que éste.

MAT. Pues, señor, no me entero de una palabra de lo que usted me dice.

BART. Pos hablo en españó.

MAT. ¿Qué?

BART. Que hablo en españó. En Zeviya me entienden. Yo no tengo la curpa de que los de Madrí no me entiendan.

MAT. Ni agua, hijo. ¿Aquí en Sevilla todo el mundo habla así?

BART. Zí, zeñó.

MAT. ¿Que sí? Pues si lo sé me traigo un intérprete.

BART. Este tío tiene gana e guaza. Vi á yamá á Manuela.

MAT. ¿Eh?

BART. (Desde la puerta de la derecha) ¡Manuela! ¡Manuela!

MAT. Hola: llama usted al intérprete. Me alegro mucho... (Reflexionando.) Pesa... pesa el viaje... Estoy hecho polvo.

MAN. (Por la derecha, con cara muy risueña siempre.) ¿Me has yamao?

MAT. (Al verla.) ¡Ole! ¡Viva Sevilla!... Qué mala sombra tengo...

MAN. ¡Ay, qué grasia!

BART. Entiéndete con er zeñó, que viene de broma.

MAN. ¿Qué se le ofrese á usté?

MAT. Escúcheme usted, prenda: ¿no habría una alcoba sola para mí?

MAN. ¡Ay, qué cosa más grasiosa!

MAT. Porque soy sonámbulo..

MAN. ¡Ay, qué grasia!

MAT. ¿De veras? ¿Eso tiene gracia en Sevilla? ¡Pues estoy en el mejor de los mundos posibles!

BART. (Incomodado) Vamos, zeñó; ¿quié usté acabá ya?

MAT. ¿Qué ha dicho ese?

MAN. ¡Ay, qué cosa más grasiosa! ¡Me pregunta qué ha dicho!...

MAT. ¡Como que no lo entiendo!

BART. Mira: yama al amo.

MAT. ¿Que?

BART. Lo que á usté no le importa.

MAN. ¿Yamo al amo?

MAT. Sí, mujer, sí; llama al amo. Es una idea feliz. ¿Se le ha ocurrido á ese? Pues parece mentira.

MAN. ¡Ay, qué cosa más grasiosa! (Se asoma á la puerta de la izquierda y llama.) ¡Don Ramón! ¡Haga usté er favó de ení!

MAT. A ver si quiere Dios que nos entendamos. Así como así estoy deseando acostarme. El vinito claro empieza á dejarse sentir. (Volviendo al canticio primero.)

No estuvo pesá tu madre...

BART. Schsss...

D. RAM. (Sale por la puerta de la izquierda. El buen señor tiene la desgracia de ser muy gangoso. Por su pelaje se adivina que su casa de huéspedes no es la Fonda de Madrid, ni mucho menos.) ¿Qué ocurre? Buenos días.

MAT. Buenos días. ¿Es usted el dueño de este castillo?

D. RAM. Soy el amo de esta fonda, para servir á usted.

MAT. (¡Caramba! Parece que lo pisan al hablar.) (Se ríe.)

D. RAM. ¿De qué se ríe usted, caballero?

MAT. De que esa no es su voz de usted: de que usted está de broma, por fuerza.

D. RAM. ¡Oiga usted!

MAT. ¡Si sabré yo lo que es Sevilla! Todo el mundo siempre de buen humor..

D. RAM. El que por lo visto lo trae demasiado bueno es usted. Dígame ya lo que desea, porque aquí no estamos para perder el tiempo.

MAT. (Imitándolo sin darse cuenta.) Perfectamente. (Excusándose.) Usted perdone: ha sido sin querer. Mi deseo es el de tener una habitación sin compañía.

D. RAM. Pues me es imposible complacerlo. Y aun esta cama la tiene usted gracias á la recomendación que me trae y á la feliz casualidad de hallarse fuera el huesped que la ocupa de ordinario. Actualmente en Sevilla no hay sitio para nadie.

MAT. (Eso no es una nariz: es el tubo de un órgano.) Conforme. Ante razón tan poderosa, me callo como un muerto. Váyanse ustedes y me acostaré. También hubiera deseado un balcón á la calle, pero ¡qué diantre! me resigno.

BART. ¡Pos no es usté mu ganguero!

MAT. Con usted no hablo. ¿Qué ha dicho?

D. RAM. Que es usted muy ganguero.

MAT. Y usted muy gangoso.

MAN. ¡Ay, qué grasia!

D. RAM. (A los criados.) Vámonos, vámonos, que este señor viene alumbradillo.

MAT. ¿Cómo?

D. RAM. Que usted descanse.

MAT. (Reparando en la escopeta.) ¡Ah! ¡Oiga usted!

D. RAM. Usted dirá.

MAT. Que se lleven aquella escopeta.

D. RAM. La ha dejado ahí su dueño y no tengo para qué tocarla.

MAT. Pues peor para usted; porque ha de saber que yo soy sonámbulo y me da por matar fondistas precisamente.

D. RAM. (Cuadrándosele y gritando.) ¡Caballero: aunque humilde y pobre, no consiento que nadie se burle de mí! ¡Y debiera usted guardarle más consideración á la persona que á mí lo recomienda!

D. CRIS. (Despertando, furioso, á los gritos.) ¿Les parece á ustedes que es esta la mejor hora de discutir? ¡Estamos aviados!

MAT. (Después de silbar.) (Este es el único que habla claro en la casa.)

D. RAM. Don Crisanto, perdone usted.

D. CRIS. ¡No hay perdón ni perdón! ¡Hay que no se puede pegar un ojo!

D. RAM. Vaya, vaya, cada mochuelo á su olivo. Descansar, caballero.

MAT. Gracias. Y dentro de un par de horas que me llamen.

D. RAM. Está muy bien. (Se va por la izquierda.)

MAN. ¡Ay, qué cosa más grasiosa!

BART. A tí to te hace gracia; pa tí to es mu graciozo. Zi yo fuea el amo, ¡en zeguía ze iba á *pitorreá* de mí ningún viajero! (Se van por la derecha los dos.)

ESCENA II

MATRUQUI y DON CRISANTO

(Matruqui, apenas se queda solo, suelta la risa.)

MAT. Me río de la casa en que he venido á parar, que es una grillera... Y cuidado que no sé cómo me quedan ganas ni de reirme, porque entre el cansancio y el vinillo, estoy que no valgo dos reales... Vamos á tumbarnos un rato. (Mientras se quita la americana, el chaleco y los pantalones monologuea á sus anchas.) De Córdoba aquí lo hemos pasado bien... ¡Qué Lolilla, Dios mío!... Eso es gracia, y no la de Gamero... No, si todas las sevillanas son como Lolilla, lo de la gracia de la tierra es un hecho indudable... ¡Qué hermosa debe de ser Sevilla!... ¡Qué ganas tengo de dar una vueltecita por ahí!... La Giralda... el Puente... la Macarena... las mujeres... una maceta aquí, otra maceta aquí.. naranjos hasta en la mesa de noche... ¡Ole, Sevilla!... Usted no ha respirado, Matruqui. (Riéndose.) ¡Qué gracioso es Gamero! (Se sienta en la cama y principia á quitarse las botas.)

No estuvo pesá tu madre..

Hombre, ¿cómo era aquella salidita de Lola?... ¡Qué bien la cogí!... Pero se me ha olvidado... (Canturrea, tratando de recordar lo que dice.)

Yo me encomendé...

¡Ca! No era esto...

Yo me encomendé...

¡Ca! ¡Maldito sea mi oido!... (Métese en la cama y permaneee sentado en ella.)

Yo me encomendé...

¡Ca! «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto...»

Yo me encomendé...

Ahora.

Yo me encomendé...

Por ahí, por ahí va. ¡Con qué gracia lo canta Lola! La caidita, la caidita sobre todo...

Yo me encomendé,
con las grandes fatiguitas de la muerte,
ar Señó der Gran Podé...

¡Ole! ¡ole! Así era, así era. (Entusiasmado con el triunfo, repite el estribillo en voz muy alta.)

Yo me encomendé,
con las grandes fatiguitas de la muerte,
ar Señó der Gran Podé...

D. Cris. (Saltando, colérico.) ¡Caramba! Pero ¿estamos aquí ó en el café de Novedades?... ¡Caramba! (Matruqui, sin contestar ni jota, se hace un ovillo y se tapa hasta la cabeza.)

Mat. (Incorporándose y mirando á don Crisanto después de una pausa, é imitando á Manuela.) ¡Ay, qué cosa más graciosa! (Vuelve á taparse y á poco dice.) Me da el corazón que mi compañero de alcoba no participa del buen humor proverbial de la raza andaluza. (Nueva pausa. El hombre se va rindiendo al sueño.) Los patios... los patios... los toreros de fiesta... las majas... la navaja en la liga... (Cantando otra vez, inconscientemente.)

Yo me encomendé...

¡Demonio! Se me viene á la boca... Schsss... ¡Lolilla! ¡Lolilla! Me alegraría soñar contigo... ¡Ay! ¡Si me quisiera esa mujer!... (Quédase dormido. Don Crisanto, por no ser menos, duérmese también. Roncan á duo, alternativamente, por espa-

cio de unos instantes. De pronto cesan los ronquidos y principia el sueño de Matruqui. Música en la orquesta para contribuir á la ilusión. En la pared del foro ábrese un gran círculo luminoso, donde surge como por encanto una calle sevillana compuesta de retazos de aquí y de allá que quieren ser artísticos y que no lo son, y en la que hay una reja que se viene abajo de flores.)

ESCENA III

MATRUQUI y DON CRISANTO en sus respectivas camas, dormidos. En el fondo CAIRELES, luego LOLA.

(Sale Caireles por la derecha, vestido de majo en día de gala: sombrero calañés, chaquetilla de terciopelo con alamares, pantalón corto bota abierta y manta jerezana al hombro. En la mano trae una guitarra adornada con cintas de colores. Pasea la mirada por la escena, con cierto aire de perdonavidas, y al fin se detiene ante la reja de las flores, adopta la postura más artística que se le ocurre y principia á rasguear por lo fino para cantarse algo sin pérdida de tiempo.)

MAT. (Soñando, lo mismo ahora que en lo sucesivo.) ¡Hombre! ¡qué calle más bonita!... La clásica reja... Gamero tiene pintada una calle así en el país de un abanico. ¿Y quién será ese majo tan peripuesto? ¡Qué encanto de costumbres! ¡Mira que si están durmiendo en la casa!...

CAIR. (Arrancándose á cantar, sin saber si lo oyen ó no.)

Serrana de mis sueños,
gitana mía,
por quien vivo penando
de noche y día;
luserito der sielo
de la mañana,
asoma entre las flores
de esa ventana;
que quiero verte
aunque en tus ojos negros
venga mi muerte.

—

Me encuentra la mañana
siempre *orobiando*
por mi tesoro:
mi manta jeresana
se está espintando
con lo que yoro.

—

Y de oí la triste queja
con que lanso á tos los vientos mis cantares,
mis pesares,
mis *hachares*,
van secándose en tu reja
campaniyas, jazmineros y asahares.

—

Serrana de mis sueños,
gitana mía,
estreyita der sielo
de Andalusía,
yo quiero verte
aunque en tus negros ojos
venga mi muerte.

—

MAT. No has estado mal, mozo *crúo*. ¡Qué florido es el lenguaje de este pueblo! ¿Y quién será la gitana que lo trae tan á mal traer? (Asómase Lola á la reja con mantón de Manila, cosa indicadísima para salir á la reja, y con un diluvio de peinas en la cabeza, y de flores en la cabeza y en el pecho.) ¡Corcho! ¡Lolilla! ¿Quién te conoce con esos arreos? ¡Ay, qué vuelco me ha dado el corazón!... ¿Será novia de ese pinturitas de la manta?... No lo puedo creer... Estoy con el alma en un hilo ..

LOLA (A Caireles, cantando, por supuesto.)
¿A qué vienes,
si conoses mis desdenes?

MAT. ¡Ole tu madre! Ya lo sabía yo eso.

LOLA No me yores,
que no quiero tus amores.

MAT. ¡Como que está por mí!

—

CAIR. Por la grasia de tu cara retrechera,
por er garbo de tu cuerpo sandunguero,
flamenquiya traisionera,
yo te pío que me escuches ó me muero.
MAT. Vas á perder el tiempo: tú verás.
LOLA Te he jurao, trianero,
por la Virgen que en mi barrio se venera,
que hay un hombre á quien yo quiero,
que es un sueño que tú sueñes que te quiera.
MAT. ¿No te lo dije, tonto? ¿Crees tú que todo se arregla con la manta y los alamares?

—

CAIR. Me has herío er *garlochí*,
que de *ducas* está yeno;
yo me muero *sarmoñí*;
tus palabras son veneno.
MAT. ¿Qué ha dicho? ¿Que se muere *sarmoñí?* Ese ya ha perdido la cabeza.
LOLA Remediarlo no está en mí:
no te canses, que yo vivo
pa un mosito *cayoquí*
que en mi amor está cautivo.
MAT. ¿Cómo *cayoquí*? ¡A ver; explica eso!
CAIR. ¡Ay, qué *ducas* paso!
¡ay, qué *ducas* siento!
¡ay, qué fatiguitas más negras
me angustian er pecho!
¡Qué doló más jondo!
¡qué doló más grande!
Virgen de los Reyes,
¿pa qué me la has puesto delante?
LOLA (Al mismo tiempo que Caireles canta lo anterior.)
Vete y no me mires,
vete, moso güeno,
que tú encontrarás quien te quiera
más que yo te quiero.
Vete y no me yores,
vete y no me cantes...
Virgen de los Reyes,
¿pa qué me lo has puesto delante?

—

(Cesa la música.)

MAT. ¡Cuidado que está terco y cargante ese niño!
CAIR. ¿Que yo me vaya? ¿que yo te deje?
¿que no te yore? ¿que no te mire?
¿que no te busque? ¿que no me queje?
¿que no te cante? ¿que no suspire?
MAT. ¡Sí, hombre, sí! ¡que te largues ya de una vez!
CAIR. Píeme antes, flamenca mía,
que yo te traiga pa tu cabeyo,
pa tus jardines, pa tus artares,
toitas las flores de Andalusía,
y pa tus brasos y pa tu cueyo
toitas las perlas que hay en los mares.
Píeme antes que pa tu frente
te dé un lusero, lusero mío;
pieme antes que junda er puente,
que pare er viento, que seque er río...
Mas no me pías, rosa temprana,
gota e rosío de la mañana,
que yo me vaya, que yo te deje,
que no te yore, que no te mire,
que no te busque, que no me queje,
que no te cante, que no suspire...
MAT. (Imitando un cohete.) Sssschssss... ¡pun! Fuegos artificiales. No me la das, mocito.
LOLA Voy á desirte por vez postrera
que cambie er rumbo de tus quereres,
que yo aquí tengo quien bien me quiera
y no es mi curpa si tú te mueres.
MAT. ¡Ole! ¡muy bien dicho!
LOLA Tengo quien traiga pa mi cabeyo,
pa mis jardines, pa mis artares,
toitas las flores de Andalusía,
y pa mis brasos y pa mi cueyo
toitas las perlas que hay en los mares.
¡Déjame sola: vete y orvía!
MAT. Lolilla, ¡qué cursi te has puesto! ¡Tú no hablabas así en el tren!
CAIR. (Como loco ya y echando el resto.)
Pues oye, gala de los verjeles,
gloria y orguyo de la majesa,
la que hase encaje con sus *pinreles*,
por la que er barrio se jinca y resa
en cuanto suenan los cascabeles

de la jaquiya de su calesa;
yo aquí te juro por los claveles
que son corona de tu cabesa,
que ó deja *menda* de ser Caireles,
ó como pronto no me *cameles*
la faca mía su historia empiesa.

MAT. ¡Menos!

LOLA Mira, mosito, rey de Triana:
jarta me tienes con tu porfía:
es tu *gajesa* pura *jonjana*,
como es *jonjana* tu valentía.
Y aunque no fueran cosa tan vana,
yo siempre de eyas me burlaría,
porque me sobra, por sevivana,
quien me defienda de noche y día.

MAT. (Alarmado.) ¡Verá usted si voy yo á tener un disgusto!

CAIR. Lo dicho, dicho: luego, á la tarde,
veré á ese bravo. (Matruqui silba.)

LOLA Tranquila espero,
que sé que er moso no es un cobarde.

CAIR. ¡Tendrá memoria der trianero!

LOLA Que Dios te alumbre. (Retírase de la reja.)

CAIR. Que Dios te guarde.

(Vase por la derecha con andar de hombre que cree que se come los niños crudos.)

MAT. ¡Ea! Mire usted por donde me la puedo yo ganar, por tunante. ¿A que me abre ese bruto una raja, y vuelvo á mi pueblo hecho un buzón?... ¡Hola! Aquí parece que hay una juerguecita típica. Aquí me cuelo.

(Desaparece repentinamente la calle y surge un paraje ideal, mitad patio, mitad azotea, todo lo caprichoso y falso que al pintor se le ocurra, teniendo en cuenta para componerlo la balumba de panderetas y abanicos que andan por esos mundos con semejante decoración y las demás mentiras que á propósito de Sevilla han escrito plumas y han pintado pinceles. Como elementos indispensables citaremos aquí el eterno emparrado, los azulejos árabes donde quiera y la Giralda al fondo, venga ó no venga á cuento.)

ESCENA IV

LOLA, CORRUCO, TÍO PINGANDÍ y un INGLÉS. MAJAS, MAJOS y TOREROS

(Todos de fiesta: ellas, vestidas con faldas de volantes, unas con pañolones de Manila, y otras con mantillas blancas y de madroños; ellos, los majos, con trajes análogos al de Caireles y los toreros con trajes de luces: no vendría mal un picador. El Inglés de chaqué largo, botines, patillas rubias y monoelo. El Tío Pingandí de chaquetilla corta, pantalón de campana y sombrero de catite.—Sin orden ni concierto, sobre mesas y sillas, pañuelos de Manila, capotes de toreros, guitarras con moñas enormes, castañuelas con cintas de colores, navajas, panderetas, cañeros, botellas de vino, etc., etc.)

MAT. ¡Esto es un paraíso encantado!... Sevilla, Sevilla neta: un cuadro así tiene en una pandereta Gamero... ¡Qué hermosa está mi Lola! Como baile le tiro un ojo.

COR. Pero, señores, ¿se ha concluío la animasión? ¡Ni que esto fuera un velatorio!

MAT. ¡Anda! ¡si es Corruco!

INGLÉS Mí querer oir cantar muy hondo al toreador. (Risas.)

MAT. ¡Ole! ¡un inglés! ¡Pero qué típico es todo esto!

TÍO PING. Cabayeros, *soniche*, y que haiga una mijiya e *lacha*.

MAT. ¡Muy típico! ¡muy típico!

TÍO PING. ¿No les paese á sus mersedes que pa darle gusto aquí ar mirlo, Corruco debía cantarse arguna cosa antes e dirse á la corría?

MAT. ¡Es la ocasión más á propósito!

TÍO PING. Porque yo sé que aquí el inglés es un *aquirindoy* de lo güeno, y que Corruco *chanela* de copliyas como de *mulabá bureles*.

MAT. ¿En qué habla este hombre?

LOLA ¡Sí, sí, que cante Corruco!

VARIOS ¡Mu bien! ¡mu bien! ¡Que cante! ¡qué cante!

COR. Pero ¿qué quién ustés que yo cante?

TÍO PING. Arráncate por seguiriyas, *aratoso*. Mía una copla con *ducas:*

Menda camelara
tue dicar, gachí,
arjulipando sata as julistrabas
pre tun bachurrí.

MAT. ¡Qué bonita es!

COR. Eso es mu triste, tío Pingandí. Coja usté la guitarra y acompáñeme usté un tanguito.

TÍO PING. Mu á gusto. Y á vé si me siguen unas parmitas sordas.

INGLÉS ¡Ole! ¡ole! ¡ole! (Ellos y ellas tocan las palmas, el tío Pingandi rasguea con pretensiones y el Inglés enloquece.)

COR. (Cantando.)

No me yores tú, mi gitana,
no me yores tú, mi tesoro,
que á la Plasa me voy tranquilo
por que á mí no me coge er toro.
Me verás gorvé mu contento
á contarte á tí la corría;
no me yores más, compañera,
no me yores más, gloria mía.

—

CORO No le yores más, compañera,
MAT. no le yores más por tu vía;
lo verás gorvé mu contento
á contarte á tí la corría.

—

COR. Torerito vine ar mundo,
torerito moriré,
torerito ha de quererme
quien me tenga de queré.

—

CORO Torerito vino ar mundo,
torerito habrá de sé,
torerito ha de quererlo
quien lo tenga de queré.

—

COR. Yo nasí en un tendío
de la Plasa de Utrera,
y á los dos ó tres meses
me dejé la coleta.

Me pegaba mi pare
porque no iba á la escuela,
pero yo me escapaba
á herraeros y tientas.

—

Torerito vine ar mundo,
torerito moriré,
torerito ha de quererme
quien me tenga de queré.

—

CORO MAT. Torerito vino ar mundo,
torerito habrá de sé,
torerito ha de quererlo
quien lo tenga de queré.

—

CORO (Chocando cañas de manzanilla.)
Choque usté, choque usté,
choque usté, choque usté...
(Corruco, mientras todos chocan las cañas, baila el hombre loco de alegría, sin duda olvidándose de los toros que tiene que matar. A la conclusión del baileeito prorrumpen los presentes en oles y gritos de entusiasmo.)

CORO ¡Eso es tené coraje
y eso es cantá;
ole la valentía
y ole la sá!
¡Un poquito de baile
no viene má:
con que mosas y mosos
vamos ayá!
(Se destacan dos ó tres parejas dispuestas á todo.)

LOLA ¡Ole ¡ole!

MAT. ¡Ahora baile! ¡Pues lo estoy pasando divinamente! (Las parejas bailan. Al final hay palmas, vivas y oles, que cesan al presentarse Caireles en el fondo.)

ESCENA V

DICHOS y CAIRELES

CAIR. ¡Salú!

VARIOS ¡Caireles!

MAT. ¡Adiós mi dinero! Este viene por mí. Pues todo será que se me ahume el pescado...

CAIR. ¡Bien te diviertes, Lola!

LOLA ¿Traes ganas de pendensia, Caireles?

CAIR. Traigo ganas de conosé á ese guapo.

MAT. Gracias; favor que usted me hace.

CAIR. ¿Es acaso este torerito?

LOLA Caireles, no me comprometas.

COR. Este torerito, no es guapo...

MAT. ¡Mira que no va contigo, tonto!

COR. Pero si tú vienes á darle tormento á esta mujé, que á mí no me quiere, ni á tí tampoco, por lo visto, tienes que habértelas con mi persona.

MAT. Corruco, no te conozco.

CAIR. ¡Sea con quien sea! ¡Si lo que yo nesesito es beberme la sangre de uno!

COR. (Cogiendo una navaja de las que hay por allí.) ¡Pos á vé si es la mía!

CAIR. (Abriendo su navaja.) ¡A verlo! (Alarma general: gritos de las mujeres y de los majos que separan á los contendientes. El Inglés se mete debajo de una mesa y el tío Pingandí debajo de otra. Es lo característico en casos tales. Lola se pone entre Caireles y Corruco para impedir una desgracia.)

MAT. (Durante la pendencia.) ¡Muy típico! ¡muy típico! ¡Yo no he visto nada más típico!

LOLA ¿Quiés no tené mala sangre, Caireles? ¿Y tú, Corruco, quiés no sé loco? Esto se ha acabao. Aquí tos somos amigos. A seguí la fiesta.
(Salen de debajo de las mesas el Inglés y el tío Pingandí.)

CAIR. No te empeñes, Lola: la fiesta no sigue, porque yo no quiero. ¡Te lo juro por tus *sacais!*

MAT. (Indignado.) ¡O sí sigue, ea!

CAIR. ¿Quién lo ha dicho?

MAT. (Incorporándose, aunque siempre dormido. Todos mi

ran con curiosidad hacia él.) ¡Yo! ¿Qué tres rábanos es usted para impedir que aquí nos divirtamos?

LOLA ¡Matruqui, no te comprometas!

MAT. (Fuera de sí.) ¡Déjame, que me lo voy á comer con manta y todo!

CAIR. ¿Es á mí?

MAT. ¡A usted, mozo *crúo!* ¡Me está usted molestando ya con tanta *jonjana*, y tanto *pinrel*, y tanto *camelar* y tanto *sacais!* ¿De dónde *sacais* todo eso, hombre?

CAIR. ¿Es ese, Lola?

LOLA ¡Ese es!

CAIR. ¡Pos ya está aquí mi perdisión! (Tira de la navaja y avanza un poco hacia Matruqui. Gritos generales, que duran hasta que Matruqui despierta. Lola y Corruco detienen á Caireles, que forcejea con ellos.)

MAT. ¡Y la mía! ¡A ver: la escopeta!

CAIR. ¡Sortarme! ¡sortarme!

MAT. (Cogiendo la escopeta de marras y apuntándole á Caireles.) ¡Soltarlo! ¡Ahora verás! (Dispara la escopeta. A la detonación rómpese el encanto del sueño y desaparece el cuadro del foro, quedando la habitación como al principio. Matruqui despierta alarmadísimo sin soltar la escopeta; don Crisanto se pone de pie en la cama con los pelos de punta; por la puerta de la izquierda llega despavorido don Ramón y por la de la derecha Manuela y Bartolo.)

ESCENA VI

MATRUQUI, DON CRISANTO, DON RAMÓN, MANUELA y BARTOLO

MAT. ¡Qué! ¡qué! ¿Qué he hecho? ¿qué he hecho?

D. CRIS. ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho usted, hombre?

MAT. ¡Soy sonámbulo! ¡Ha sido soñando!

D. RAM. ¿Quién se ha suicidado en mi casa?

BART. ¿Qué ha pazao? ¿qué ha pazao? ¿qué ha pazao?

MAN. ¿Quién ha tirao er tiro?

MAT. ¡No asustarse! ¡ha sido soñando!

D. Cris. ¡Me han metido en la alcoba un loco!
D. Ram. ¡Cálmese! ¡cálmese!
Mat. ¡Ha sido soñando! ¡ha sido soñando!
Bart. ¡Pero er zusto nos lo hemos yevao!
D. Ram. ¡Ahora mismo se va usted á la calle!
Mat. ¡Soy sonámbulo! ¡Ha sido soñando!
Man. ¡Ay, qué cosa más grasiosa!
Mat. ¡Soy sonámbulo! ¡Ha sido soñando! (Estas frases casi simultáneas. Cae rápidamente el telón.)

Intermedio musical

(Apenas comenzado vuelve á levantarse el telón, para dejar al descubierto otro que representa una tarjeta postal con una vista de Sevilla, en la que hay escrito lo siguiente:)

Simpático doctor: desde Sevilla,
el país de lo alegre y de lo bello,
entre un ¡viva! y un ¡ole! á voz en cuello
le escribo esta postal con manzanilla.
Y si he de darle mi impresión sencilla,
le juro á usted, aunque se asombre de ello,
que de cuanto me habló, de todo aquello,
nada ví que no fuera en pesadilla.
No sabe usted ni el punto de una jota
de lo que vale su Sevilla neta,
tan lejos de la falsa que se explota...
Conclusión de soneto y de tarjeta:
que es usted andaluz de chirigota
y que miente usted más que la *Gaceta*.

Matruqui.

Sevilla, Abril 1902.

CUADRO TERCERO

Habitación humilde en casa de Lola, en Sevilla. Las paredes blancas. A la derecha del actor una puerta. A la izquierda otra. Al foro una ventana sin reja, que da á un patinillo. En la ventana algunas macetas con flores. Colocados con arreglo á las conveniencias escénicas, una máquina de coser, un tablero de modista, un costurero, una canastilla de labor, un maniquí con una blusa puesta y varias sillas. Sobre la cómoda un fanal con una imagen de la Virgen y cuadritos con fotografías.

En las paredes láminas de periódicos taurinos y carteles de corridas de toros. En un rincón una maceta de claveles y un canasto cubierto con un lienzo cosido, y en el rincón opuesto un bastón.

Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO y MATRUQUI

ANT. (Aparece frente á la ventana en actitud de brindar un toro. Terminado el brindis, se encamina hacia la puerta de la izquierda como si fuera hacia el animal, sin omitir detalle. Una vez cerca de la puerta, y colocado de espaldas á la otra, hace como que despliega el trapo, y allí se despacha á su gusto toreando de muleta. Faena mejor no se ha visto nunca. Las palabras que siguen son para intercaladas en la faena.) ¡Ole! ¡Vaya un pase!... ¡Ju!... ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!

MAT. (Llega triste y cejijunto por la puerta de la derecha, con el maletín de viaje y dos ó tres lios. Se detiene saludando en la misma puerta, y al reparar sorprendido en Antonio, lo deja hacer y lo observa lleno de admiración.) Buenas tardes.

ANT. ¡Ole!

MAT. Buenas tardes, amigo.

ANT. ¡Ole!

MAT. ¿Qué hace?
ANT. ¡Déjalo!
MAT. Ah, vamos; está matando un toro.
ANT ¿Quiés dejarlo, guasón?
MAT. Pero ¿quién le toca?
ANT. ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole! ¡Dale una güerta! (Figura dár sela él mismo.) ¡Güeno está! (Principia como á igualarle la cabeza al bicho para entrar á matar.)
MAT. Ahora va á ser ella.
ANT. (Imitando al público, mientras se perfila.) ¡No! ¡no! ¡no! ¡que está abierto!
MAT. Ah, ¿también hace de público? ¡Pues se va á ganar una ovación!
ANT. (Después de un par de pases más.) ¡Ole! ¡Ahora! (Se perfila otra vez.)
MAT. Estoy emocionado. ¿A que lo coge? ¡Y no es nadie perfilándose!... Va á echarse abajo la nariz, como el *Cohibido*.
ANT. (Tirándose á matar.) ¡Ajuuu!..
MAT. (Metido en situación.) ¡Juuu!...
ANT. ¡No le toques!... ¡Déjalo! ¡Está muerto; no le toques! Sin puntiya.
MAT. ¡Claro! Hubiera sido una tontería no acabar con él.
ANT. (Hace como que saca la espada y se la da á un peón, y empieza á cosechar aplausos, á devolver sombreros y á dar gracias al público corriendo por la escena.) Toma.
MAT. Está más loco que una yegua. A ver si así me ve. ¡Ole! (Le tira el sombrero, que le da en los pies y lo asusta, volviéndolo á la realidad.)
ANT. ¿Qué es esto?
MAT. No es el toro; soy yo.
ANT. ¡Ah! Güenas tardes. Estaba distraío.
MAT. Ya, ya; si es que me ha entusiasmado la faena.
ANT. Muchas grasias. Tenga usté su sombrero.
MAT. Diga usted: ¿vive aquí una muchacha costurera que se llama Lola?
ANT. Sí, señó. Y ya sé yo quién es usté.
MAT. ¡Hombre!
ANT. Usté es Matruqui.
MAT. (¡Así, con confianza!) Matruqui soy; no lo puedo negar.

ANT. Pos si Lola se yeva to er día con Matruqui pa arriba, Matruqui pa abajo...

MAT. (Con el semblante iluminado por la esperanza.) ¿Sí?

ANT. Dise que es usté un tío de grasia.

MAT. ¿Un tío de gracia? ¡Ja, ja! ¿Usted es hermano de ella?

ANT. Sí, señó.

MAT. Por muchos años.

ANT. Por tres años na más.

MAT. Ah ¿nada más? ¿Dentro de tres años ya no es usted hermano suyo?

ANT. No, señó; quiero desí que le yevo tres años.

MAT. Eso es otra cosa. ¿Y será usted tan amable que la avise de que estoy aquí?

ANT. Sí, señó; á eya y á mi tío.

MAT. A los dos. Vengo de despedida.

ANT. (Con desilusión.) (¡Vamos, hombre! Tanto hablá de Matruqui, Matruqui y Matruqui, y ahora resurta que á Matruqui paese que lo han comprao de lanse.) (Vase por la puerta de la izquierda corriendo á lo torero. Este tipo habla y obra siempre toreando, y al remate de cada suerte saluda como los toreros al público.)

ESCENA II

MATRUQUI; después LOLA

MAT. (Soltando un suspiro profundo.) ¡Ay! ¡Me ausento de Sevilla!... ¡Qué tres días he pasado!... ¡Qué feria! ¡qué sueño! ¡qué paraíso!... ¡Y qué embusterísimo es Gamero! Por supuesto, que yo, en cuanto entré en Sevilla y ví que no estaba bailando el jefe de estación, dije para mí: «Aquel charlatán de Gamero me ha engañado.» ¡Y hay tantos Gameros!... Como que aquí viene uno creyendo que los curas, en los entierros, cantan:

El que muere y confiesa,
cariño,
no va al infierno.

(Se ríe.) Es lo mismo que lo de la navaja en

la liga. Yo en los tres días que he pasado aquí no he visto ninguna mujer con la navaja en la liga... Y luego dale conque «allí tratará usté mozos *crúos*... allí encontrará usté gente *crúa*...» Pero, ¿es que en alguna parte del mundo guisan á la gente?... Desprecio á Gamero.

LOLA (Asomándose por la ventana.) ¡Matruqui!

MAT. (Dando una vuelta, emocionado.) ¿Eh? ¡Lola!

LOLA Voy en seguida. Estoy tendiendo una poquiya e ropa y acabo al istante.

MAT. Tardecillo es; pero yo por usted soy capaz de perder la vuelta del botijo.

LOLA Descuide usté que no la perderá. No merezco yo tanto. Hasta ahora.

MAT. Que no merece... que no merece... ¡Ay, Dios mío de mi alma! Esa mujer me... me... Tiene una cosa que me... Vamos, que la veo... y se me caen los líos. (Deja caer todos los que trae.) En el tren me volvió tarumba... y ayer, en la feria, cuando la encontré, me turbó el sentido su *presensia*...¡Caramba! ya digo yo *presensia*... ¡Como se me pega el *asento*!

ESCENA III

MATRUQUI, LOLA, SEÑÓ JUAN y ANTONIO

LOLA (Por la puerta de la izquierda.) Grasias á Dios que viene usté á favoresé mi casa, señó Matruqui.

MAT. El favor es para mí, Lolita. (Pero esta mujer y el alcalde de mi pueblo, ¿son de la misma especie?)

LOLA Lo malo es que viene usté de entra y sá, porque viene de despedía.

MAT. No estoy conforme. Vendré de entra, pero de *sá*... Aquí la *sá* la tiene usted toda.

LOLA ¡Ay, Jesús, qué gorpe! Siéntese usté, porque un gorpe así no pué resistirse á pie firme. (Mirándolo muy cerca.)

MAT. No puede resistirse, no... (Matruqui, Matru-

qui, que te vas á quedar en Sevilla.) (Dejándose caer mientras habla, sin darse cuenta de lo que hace, en una silla sobre la que está la canastilla de labor de Lola.) ¡Ay!...

LOLA ¿Qué es eso? ¿un suspiro?

MAT. No, señora: una aguja.

LOLA (Soltando la risa.) ¡Vaya por Dios, qué mala suerte! Pero ¿dónde tiene usté los ojos, Matruqui? ¡Vaya por Dios! (Pone la canastilla sobre la cómoda.)

SEÑÓ J. (Dentro.) ¿Se pué pasá?

LOLA Pase usté.

SEÑÓ J. Pero ¿se pué pasá?

LOLA Que sí, tito, que pase usté; no sea usté chinche.

SEÑÓ J. (Saliendo por la puerta de la izquierda, un poquito alumbrado, en mangas de camisa y con un pantalón viejo lleno de cal y atado á la cintura con una cuerda. En la mano trae una escobilla de encalar sujeta al extremo de una caña larga que deja apoyada en la pared cuando sale.) Güenas tardes.

MAT. Buenas tardes.

LOLA ¡Jesús, qué facha, tito! ¿Tiene usté való de presentarse así delante e la gente?

SEÑÓ J. Ya he preguntao dos veses si podía pasá. (A Matruqui.) Miste: yo soy un hombre que ar vino le dise vino, y ar pan le dise vino también. ¡Y está to hablao entre nosotros!

MAT. (Como que ya traes tu poquito de pan en el cuerpo.)

(Sale Antonio con una botella de manzanilla y cuatro cañas, que pone sobre el costurero con el mismo movimiento que si cambiara un par de banderillas. En seguida se dedica al toreo, abstraído completamente.)

SEÑÓ J. ¿Usté viene de despedía, no es verdá?

MAT. Desgraciadamente, sí, señor.

LOLA Miá qué cara tan mustia ha puesto. Paese que le ha yovío.

MAT. (Riéndose.) Esta mujer...

SEÑÓ J. Pos como no es cosa de despedirnos gimiendo y yorando, á mí se me ha ocurrío orsequíarlo á usté con unas cañitas. (Le da una llena.)

MAT. Muchas gracias.

SEÑÓ J. Porque dise er refrán: Cuando te vayas de Seviya, bebe vino y no descarrilas.
MAT. No lo había oído nunca.
SEÑÓ J ¡Ni yo! (A Antonio.) Tú, Cayetano San, toma una caña. Loliya, toma tú.
MAT. ¡Por Sevilla, señores!
LOLA
SEÑÓ J. ¡Por Seviya!
ANT.
LOLA ¡No se vaya usté esta tarde, Matruqui!
MAT. No me lo diga usted, por Dios. ¡Qué tierra tienen ustedes! ¡Qué hermosura! ¡No se cansa uno de ver cosas bonitas!
LOLA ¿Ha subío usté á la Girarda?
MAT. ¡En cuanto descansé del viaje!
LOLA ¿Ha visto usté la Fábrica e Tabacos?
MAT. ¡Ya lo creo! ¿Sabe usted lo que me dijo una cigarrera? «¡Ay, er señorito, que paese una vela pa las tormentas!»
LOLA ¡Qué güeno! ¿Y el Arcasa, lo ha visto usté?
MAT. ¡Digo!
LOLA ¿Y la Catedrá?
MAT. ¡Vaya!
ANT. ¿Y la Plasa e Toros?
MAT. ¡También!
SEÑÓ J. (Fuera de tono.) ¿Y ha tomao usté la mansaniya de casa e la Viuda?
MAT. No, señor; eso no.
SEÑÓ J. ¿Que no? ¿Y se va usté de Seviya tan fresco?
MAT. ¡Por lo mismo!
LOLA ¿Y la Cartuja? ¿Ha estao usté en la Cartuja?
MAT. No.
ANT. ¿Y en Tablá?
MAT. Tampoco.
ANT. ¿No ha estao usté en Tablá?
LOLA ¿Y ha visto usté er Museo?
ANT. ¿Y er Sírculo taurino?
LOLA ¿Y nuestro Señó der Gran Podé?
ANT. ¿Y el ensierro?
LOLA ¿Y er corrá der Conde? ¿Y er güerto e Capuchinos?
ANT. ¿Y la freiduría der *Minuto?*
SEÑÓ J. ¿Y er *chatito* der barrilón de Eritaña?

MAT. De todo he visto un poco... pero aprisa... Llevo en la cabeza un revoltijo de torres, de patios, de corrales, de caras bonitas, de dichos graciosos, de pregones, de azoteas, de toros, de cañas, de iglesias, de huertos, de flores, de azulejos, de moros, de cristianos... ¡qué sé yo! ¡Vamos á bebernos otra caña! La última y me voy.

SEÑÓ J. La úrtima no, pero vamos á eya. ¡Una caña no se despresia nunca! Porque dise er refrán: Más vale caña en mano que bodega en fotografía.

MAT. ¡Muy bien hablado, amigo!

SEÑÓ J. ¡Choque usté! ¡Y er que no se quiea morí... que no nazca! (Beben.)

MAT. ¡Me parece muy razonable!

LOLA Usté no lo querrá creé, pero lo veo á usté dí con mucha pena.

MAT. (¡Dios mío! ¿Se habrá enamorado esta sevillana de Matruqui?)

LOLA Y usté nos va á dispensá, pero acá, aunque semos pobres, semos agradesíos, y queremos que se yeve usté un recuerdito de nosotros...

SEÑÓ J. ¡Hombre, es verdá!

LOLA (Presentándole la maceta de claveles y el canasto.) Mire usté: esta es la maseta que echa los claveles aqueyos que yo yevaba ayé; y estas son unas tortitas mu ricas de mi hermana la monja...

MAT. ¿Cómo expresar lo que agradezco?...

SEÑÓ J. (Ofreciéndole el bastón.) Pos yo, más humirde que nadie, también soy mu gustoso de orsequiarlo. Este es un bastón que no tiene más mérito que er puño, costruído por mí. Y ha de tené usté en cuenta que yo no soy artífise: soy un pobre regente de imprenta despedío por curpa e las erratas. Prinsipié labrando la cara der *Bombita chico* y me ha salío Romero Robledo. Otra errata. A usté le será iguá.

MAT. No, señor; pero lo agradezco infinito. Lo que siento es que ustedes... Créanme: estoy conmovido... estoy nervioso... Me quedaría entre ustedes unos días más.

SEÑÓ J. ¿Pos tiene usté más que quearse?

LOLA ¡Quédese usté!

MAT. No, no; no puedo... si es que no puedo...

LOLA Lo que no se puede es lo que no se quiere...

ANT. Por la güerta der tren no lo haga usté, porque yo se la vendo.

SEÑÓ J. ¡Se quea, hombre, se quea!

MAT. No... no...

SEÑÓ J. ¡Y esta misma tarde va usté á probá er mejó vino de Seviya!

LOLA ¡Digo! ¡Y mañana va usté á dí ar bautiso de un sobriniyo mío!

ANT. ¡Es verdá! ¡Y que es padrino er *Guasa viva chico!*

LOLA ¡Ayí verá usté una fiesta con ange!

MAT. Ay... ay... me van ustedes á perder...

SEÑÓ J. ¡Ya está entregao! ¡ya está entregao!

ANT. ¡Si se quea usté lo presento á Reverte!

MAT. Lola... (Una pregunta intencionadísima.) ¿Me quedo. . ó no me quedo?

LOLA ¡Quédese usté, hombre, quédese usté!

MAT. ¡Señores! ¡me quedo! (Algazara general. Le quitan de las manos lo que le han dado.)

LOLA ¡Ole! ¡ole! ¡Viva Matruquil

SEÑÓ J. ¡Ya sabía yo que usté era un barbián!

ANT. ¡Deme usté la güerta y la vendo ahora mismo!

MAT. Vaya. ¡Quemé mis naves!

ANT. Voy por mi gorra. (Vase por la puerta de la izquierda. El señó Juan prepara otras cañitas para celebrar el fausto suceso.)

MAT. (He hecho una locura: no me queda un céntimo... Voy á tener que empeñar el diente orificado...)

SEÑÓ J. (Dándole su caña á cada cual.) Lo dise er refrán: Si desistes de un viaje, bebe vino y... Güeno, bebe vino. (Se oye dentro un silbido fuerte y prolongado.)

LOLA A vé... Cayarse...

MAT. ¿Qué pasa?

SEÑÓ J. ¿Qué es eso?

LOLA Cayarse... (Vuelve á oirse el silbido.) ¡El es! ¡Manoliyo, tito! ¡Manoliyo que ha güerto! (Vase corriendo loca de alegría por la puerta de la izquierda.)

MAT. ¿Cómo?

SEÑÓ J. ¡Cosas e mujeres! ¡Er novio que estaba fuera, y ha venío!

MAT. (Palideciendo.) ¿El novio de quién?

SEÑÓ J. ¡Er novio e Lola! (A Matruqui se le cae la caña.) Si están las cosas mu adelantás... Se casarán este verano.

MAT. (Sujetando por la americana á Antonio, que sale por la izquierda como una exhalación, decidido á vender la vuelta.) ¡Eh! ¡Ven acá!

ANT. ¿Qué quié usté?

MAT. ¡La vuelta!

ANT. ¡La güerta está vendía!

MAT. ¿Ya?

ANT. ¡En cuanto yegue á la estasión y la ofrezca!

MAT. Ah, no; no llegues: me tengo que ir. Dámela, dámela.

SEÑÓ J. ¿Cómo es eso? ¿Se arrepiente usté?

MAT. (Recogiendo maquinalmente su maletín y sus líos, la maceta, el canasto y el bastón y aun algo que no le pertenece.) Sí, señor: lo siento en el alma. Me he acordado de que no tengo dinero... y como resulta que aquí no está *to pagao*, como yo creía...

SEÑÓ J. ¡Por dinero no lo haga usté! Tú, yama á Lola. ¡Lola!

ANT. ¡Lola!

MAT. Nada, nada... Me voy... no la llamen ustedes...

SEÑÓ J. Amigo, me ha dejao usté como cuajao. Paese que no he bebío más que agua. ¡Lola!

LOLA (Saliendo.) ¿Qué hay?

SEÑÓ J. Ya lo ves: que se va este hombre.

LOLA ¿Pos no estaba usté en quearse, Matruqui?

MAT. Donde estaba era en Babia.

LOLA ¡Ay, cuánto lo siento!

MAT. Nos veremos muy pronto, Lola. Vendré á bautizarle á usted el primer retoño...

LOLA Se aserta.

MAT. Y procuraré quedar como padrino á la altura del *Guasa viva chico*.

ANT. ¡Ca!

SEÑÓ J. (Levantando una caña.) Pos ahora me acuerdo de un refrán que dise: Si arguien se va de regreso...

MAT. Toma vino y tente tieso.
SEÑÓ J. Usté lo ha rematao.
MAT. (Al público.)

En la mano el equipaje,
de Sevilla el alma llena,
trocada por una buena
la mala impresión que traje,
aunque con pena y coraje
por culpa de una morena,
dejo aquí coraje y pena
si me dices: ¡Buen viaje!

FIN

Madrid, Junio, 1902.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La dicha ajena

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

LA DICHA AJENA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

LA DICHA AJENA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 4 de Noviembre de 1902

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1907

Á LA MEMORIA

DEL INSIGNE CRÍTICO

Leopoldo Alas (Clarín)

QUE MURIÓ LUCHANDO POR LA BELLEZA,

LA VERDAD Y LA JUSTICIA

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GRACIA LATORRE.....	Sra. Pino.
MANOLITA.....	Rodríguez.
SALVADORA.....	Domínguez.
JULIA.....	Srta. Mántilla.
CARMEN.....	Santiago.
PAULA.....	Sánchez.
GONZALO VEGA.....	Sr. Morano.
JOSÉ RAMÓN.....	Tallaví.
DON FAUSTINO.....	Vallés.
SOLANO.....	Rubio.
BERRUGUETE.....	Mendiguchía.
COLMILLO.....	Mata.
POZO.....	López Alonso.
DON MELCHOR.....	Mora.
LOBO.....	Rubio.
SARMIENTO.....	
BAUTISTA.....	Sepúlveda.
MOLERO.....	Sala.
JUAN.....	Mora.
DOMÍNGUEZ.....	Huertas.
GORDILLO.....	Cayuela
DANIEL.....	Castro.

PRÓLOGO

Cuarto de estudio de Gonzalo Vega en su casa de Guadalema. Puerta al foro y otra á la derecha del actor. Una mesa á la izquierda, varios estantes y muchos libros. Nada de bustos ni de estatuas simbólicas.

Es de noche. Sobre la mesa un quinqué encendido y un libro abierto.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ RAMÓN y PAULA

J. RAM. Sale por la puerta del foro, echa un vistazo al cuarto, y al ver que está solo asómase á la misma puerta y habla hacia dentro. Oye, tú, muchacha; que aquí no hay nadie.

PAULA Dentro. ¿No está el señorito? Sale. Pues estaba hace dos segundos. Ya ve usted: la luz encendida y el libro abierto.

J. RAM. Sí, sí. Avísale.

PAULA ¿Y quién le digo que quiere verle?

J. RAM. Dile que yo.

PAULA Pero ¿quién es usted?

J. RAM. Un amigo suyo. El que menos espera. Díselo tú así.

PAULA Bueno. Vase por la puerta de la derecha.

ESCENA II

JOSÉ RAMÓN y GONZALO

J. RAM. Es hombre de unos treinta y tres años, de mirada al suelo, cabello oscuro y abundante, y bigote rojizo. En el pelo de encima de la frente tiene un mechón blanco. Viste con cierto desaliño de buen gusto. Mientras Gonzalo viene, se dedica á observar el cuarto, que por cierto tiene bien poco que observar. Hojeando el libro abierto que hay sobre la mesa, dice: Este todavia estudia... ¡Pobrecillo! Siempre tuvo la cabeza llena de muñecos.

GONZ. Saliendo por la puerta de la derecha. ¿Quién es?

J. RAM. Yo mismo.

GONZ. Alegremente sorprendido. ¡Muchacho! ¿Tú por estas tierras?

J. RAM. Así parece. Se abrazan.

GONZ. Tenía razón mi criada: el que menos podía yo esperar. ¿Sabes que te encuentro muy cambiado?

J. RAM. Como que lo estoy: por dentro y por fuera. Tú también has cambiado mucho.

GONZ. Por fuera nada más. Va para cinco años que no nos vemos, Joselillo. Siéntate. ¡Caray qué sorpresa más grata!

Se sientan los dos. Gonzalo es un mozo de pocos menos años que José Ramón, de fisonomía inteligente y vigorosa, expresión franca y finos ademanes. En su manera de vestir, modesta y sencilla, revela ingénita distinción.

J. RAM. ¿Y tus padres, Gonzalo?

GONZ. Más buenos que nunca. En la casa de junto están. ¿Y tú? ¿tienes familia? ¿qué te has hecho? ¿á qué vienes á Guadalema? ¡Tenemos conversación para dos horas! ¿Ejerces?

J. RAM. ¡No que no! De chupatintas, que es el paradero de todos nosotros.

GONZ. ¿Cómo de chupatintas?

J. RAM. Lo que oyes. Vengo á Guadalema, á esta insigne capital de provincia, en clase de rueda de la administración. Soy funcionario público.

GONZ. ¿Ah, sí? Pues ¿y la carrera? ¿Qué se hizo de aquel busto de Hipócrates?

J. RAM. Lo tiré por el balcón una mañana, en lugar de tirarme yo, que hubiera sido lo derecho.

GONZ. ¡Pero, hombre!

J. RAM. Me costó mucho convencerme de mi inutilidad, pero al fin y al cabo me convencí de que no sirvo para nada. Por eso pedí un destino del Gobierno.

GONZ. ¡Caramba! ¡qué pronto te has rendido!

J. RAM. ¿Pronto dices? ¿No oyes que me costó mucho trabajo adquirir la conciencia de mi desgracia?... Sí, hijo sí; tarde ya, llegué á persuadirme de que no tenía vocación de médico, ni aptitudes, ni entusiasmo por la carrera, ni afición a curar á nadie, sino mas bien á todo lo contrario.

GONZ. ¡Muchacho! ¡Eres otro!

J. RAM. Como ser, soy el mismo; sino que un vendabal me ha vuelto del revés.

GONZ. Pero ¿qué cosas te han pasado? Cuenta.

J. RAM. Mira; en Madrid... Bueno, te advierto que a tí te hablo como á nadie; te enseño mi alma, que no está para enseñársela á todo el mundo. ¡Y á fe que necesitaba de este desahogo! En Madrid, cuando terminamos la carrera y tú te viniste con tus padres, me dió la ventolera por establecerme en un barrio para probar fortuna.

GONZ. Sí; recuerdo que me lo decías en la única carta que me has escrito.

J. RAM. Pues toma nota: á medida que yo ejercía la sagrada ciencia se iba el barrio quedando solo. Habla con amargura, y como recreándose irónicamente en ridiculizar su historia desgraciada.

GONZ. ¡Bah! No te creo.

J. RAM. Es el evangelio lo que digo. Tengo sobre mi alma la desaparición violenta de unos cuantos prójimos, entre ellos un cuñado mío. Bueno, ese bien muerto está. Si no lo mato yo, me mata él á mí á desazones, conque ¡bendita sea la ciencia! Excuso decirte que con tales triunfos acabaron por no llamarme ni en Carnaval á título de broma.

GONZ. ¡Qué cosas tienes!

J. RAM. Salté á otro barrio, como á Francia don Luis Mejía; corrí la misma suerte... y á la desesperada ya, por no pegarme un tiro, me agarré á la titular de Terriza del Campo.

GONZ. No conozco ese pueblo.

J. RAM. Pues es cosa fantástica. El alcalde vende uvas por la calle y el juez tiras bordadas y botones. Al maestro de escuela lo colgaron de un árbol por inútil, y al cura lo colgarán en breve. Y así todo. El que está en la gloria es el médico.

GONZ. ¿Sí, eh?

J. RAM. Mil realitos de titular y poco más ó menos de igualas. Bien es verdad que casi siempre le pagan á uno en cebollas...

GONZ. ¿En cebollas, chico?

J. RAM. Es la riqueza del país.

GONZ. ¿Durarías muy poco en esa Jauja?

J. RAM. Naturalmente. Entre otras razones, porque me era imposible la competencia con un saludador á quien le llamaban el tío Pelusa. Desesperado me volví á Madrid y mandé la carrera á los demonios. Busqué trabajo, no lo encontré en seis meses, sufrí mucho... y en resolución dí con mis huesos en el escritorio lóbrego y antipático de una gran casa de comercio. Yo nunca he sido muy alegre, pero allí acabó de ponérseme el alma color de ceniza. Una mañana me levanté con la bilis más revuelta que de ordinario y en un altercado le dije á mi jefe que era un tiralíneas. Lo tomó á mal y me echó á la calle. No lo sentí. A los pocos días, un diputado amigo mío, en pago de cierto favor que le hice en mis buenos tiempos de doctor—le maté á un prestamista,—me empleó con seis mil reales en Hacienda. Dos años después me ascendió... y aquí me tienes.

GONZ. Cierto que es bien amarga tu vida. ¡Y cuánto deben de doler esos desengaños!...

J. RAM. Duelen, duelen; y dejan mala levadura.

GONZ. Oye, me has hablado de un cuñado tuyo, ¿verdad?

J. Ram. Sí.

Gonz. ¿Te casaste, pues?

J. Ram. Y ya estoy viudo.

Gonz. ¿Viudo ya?

J. Ram. Una nueva razón para hacerme adorar la vida. Si no fuera por... Extendiendo una mano en ademán de señalar la estatura de un niño.

Gonz. ¿Qué?

J. Ram. Insistiendo en el mismo ademán. Por...

Gonz. ¿Tienes hijos?

J. Ram. Una niña. Preciosa. Ya vendrás á verla una tarde. La llamo Nela. A su madre la llamaba lo mismo. Es... Vamos, es preciosa. Vale la pena de vivir por tenerla al lado.

Gonz. Alguna luz había de quedarte, hombre.

J. Ram. Es el único pedazo de cielo que veo desde mi calabozo. Silencio. ¿En qué piensas?

Gonz. En lo doloroso de tu historia.

J. Ram. ¿Se parece á la tuya?

Gonz. En nada; pero temo que algún día pueda parecérsele.

J. Ram. ¿Qué te haces ahora?

Gonz. Estudiar mucho... y soñar más.

J. Ram. Ya ves en lo que paran los sueños.

Gonz. No siempre, no siempre... Sin embargo...

J. Ram. Me ha costado trabajo dar contigo: en Guadalema no te conoce nadie. ¿Cómo es eso, Gonzalo?

Gonz. ¿A quién has preguntado por mí?

J. Ram. En el Casino pedí noticias á unos pocos.

Gonz. Yo no voy al Casino. Apenas salgo de estas cuatro paredes.

J. Ram. Entonces me explico que no te conozcan. ¿No tienes aquí amigo ninguno?

Gonz. Casi ninguno. Ninguno, mejor dicho. ¡Bien venido seas tú!

J. Ram. Pero, hombre, es extraño...

Gonz. Es lo más natural; y cuenta que yo también te hablo á tí como á nadie. Mi padre, tú lo sabes, ha sido herrero en Guadalema. Cometió ese tremendo delito: ¡ser herrero, ya ves! Dale que le das al yunque y al martillo, en este caso sin metáfora, consiguió reunir unos cuartejos, dejó su negocio, y soñó que su

hijo fuese señorito de carrera. Como no conocía más trabajos ni más sudores que los de su herrería, de esos quiso librarme, y supo hacerlo. Yo no sé si Dios se lo pagará; creo que sí; pero por si Dios no se lo paga, yo, su hijo, se lo pienso pagar. ¿Qué dices?

J. RAM. Nada. Tú siempre en las estrellas.

GONZ. A ver si me va mejor á mí en las estrellas que á tí en el mundo.

J. RAM. A ver.

GONZ. En el hierro que batió mi padre y en la ropa que yo visto ahora tienes la explicación de mi falta de amigos. Los muchachos con quienes jugué y entre quienes crecí, todos están en talleres y fábricas: no han cambiado de medio ambiente. A mí me llaman entre burlas y veras «el señorito». Sus costumbres, sus gustos, por ley natural, distan mucho de ser los míos: no puedo reunirme con ellos. Los otros, los que se parecen á mí en la ropa, esos me llaman, como para que no me acerque á saludarlos, «el hijo de Vega el herrero».

J. RAM. Es verdad; así te nombró en el Casino quien me dijo donde vivías.

GONZ. Ya lo ves. Así me llaman todos, y así quiero yo que me llamen siempre. Pero también aspiro á que cuando pase por la calle Vega el herrero se diga alguna vez: «ese es el padre de Gonzalo».

J. RAM. Con esfuerzo, con voz apagada, como si temiese recibir una respuesta afirmativa. Según eso, ¿trabajas de firme?

GONZ. Lo mismo que si estuviera en la herrería.

J. RAM. ¿En la carrera, por supuesto?

GONZ. Por supuesto.

J. RAM. ¿Y consigues algo?

GONZ. Hombre, hasta ahora... No te creas, ya empiezo, ya empiezo... Y no me falta la fortuna. El otro día, por casualidad, dí en casa de un obrero que tenía una chiquilla muy grave, casi desahuciada, y ¡qué demonio! tuve la suerte de sacarla á flote.

J. RAM. Sí que fué suerte.

GONZ. ¿No te digo? Pues ha corrido la especie por la vecindad, y me he creado ciertas simpatías... Poquito á poco...

J. RAM. ¿Sigue dándote el naipe por los chiquillos?

GONZ. ¡Ah, sí! Por esa vereda tan bonita van mis ideales. Encuentro yo que la misión del médico, que siempre se me figura grande y noble, cuando se trata de chiquillos lleva además consigo un perfume de poesía, una aureola de delicadeza y de cariño, que advierto que tienen correspondencia y eco dentro de mi alma. Es la vocación; no me cabe duda... Los hombres, las mujeres, te hablan de sus padecimientos, de sus heridas, de sus males: en los niños tienes que adivinarlos... Y esta condición de adivino del dolor infantil, me parece cosa tan sublime, tan alta, que creo que es un beso que da Dios en la frente de algunos hombres. ¡Si fuera yo uno de ellos!...

J. RAM. Inquieto y nervioso, pero esforzándose en aparecer tranquilo. Te remontas, tú; veo que te remontas.

GONZ. ¿Y quién no, hablando de esto? Hay que comprender todo lo que significan los niños, cuánto vale el germen que en sí llevan, para apreciar su vida justamente. Al fin y al cabo, cuando muere un hombre, joven ó viejo, realidad ó esperanza, alguna huella queda de su paso: se sabe lo que ha sido; se vislumbra lo que pudo ser... Pero ¿quién sabe lo que muere cuando muere un niño?... En fin, muchacho, veo que te estoy martirizando con mis ilusiones y mi charla... Lo comprendo: tú vienes ya de vuelta, como Don Quijote cuando se retiraba á hacer vida de pastor en su aldea, rendidos el cuerpo y el alma, y yo estoy ahora ensillando á Rocinante, probando la celada de encaje, preparando la lanza y la rodela, y soñando con Dulcinea del Toboso y el gigante Caraculiambro. ¿Qué te parece?

J. RAM. Que dices bien. Se levanta.

GONZ. ¿Te vas?

J. RAM. Sí; me he detenido mucho. Me esperan.
GONZ. Pero ¿nos hemos de reunir?
J. RAM. ¡Ya lo creo!
GONZ. ¡Mira que te he visto entrar con mucha alegría!
J. RAM. Pues cuando yo he venido á buscarte...
GONZ. Seremos los amigos de Madrid.
J. RAM. Que se han juntado en Guadalema. Se abrazan. Adiós.
GONZ. ¿Vendrás mañana? ¿Dónde vives tú?
J. RAM. Aún no tengo paradero fijo. Yo vendré. Además, quiero conocer á tus padres.
GONZ. Y yo á tu chiquilla.
J. RAM. ¡Ah; ya verás!... Adiós. No te muevas.
GONZ. ¡Pero, hombre!
J. RAM. No quiero que te muevas.
GONZ. Si vas á enfadarte...
J. RAM. Me enfado, sí.
GONZ. Pues adiós. ¿Hasta mañana?
J. RAM. Hasta mañana. Encaminándose hacia el foro. (¡Iluso! ¡Lo que te va á doler la caida!)
GONZ. Encaminándose hacia la puerta de la derecha. (¡Ya tengo un amigo en Guadalema!)
J. RAM. Volviéndose desde la puerta. Adiós.
GONZ. Lo mismo. Adiós.

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Sala de tertulia en la planta baja del Casino de Guadalema, con balaustrada al foro que da á una plaza de la ciudad. A la derecha del actor la puerta de entrada á la sala. A la izquierda una puerta de arco que conduce al interior del Casino. En las paredes «panneaux» al óleo que representan diferentes vistas de España. Convenientemente colocados, sillones, butacas y mecedoras. En torno de la sala divanes adosados á la pared Aquí y allá veladorcitos y mesas volantes. En el exterior, delante de la balaustrada del foro, sillas y veladores de hierro, protegidos por un toldo grande. Es de día y en el mes de Mayo.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ RAMÓN, COLMILLO y MOLERO; luego BAUTISTA, que entra y sale durante todo el acto.

José Ramón, sentado á la izquierda del foro, ante una mesita. A su lado en una silla tiene un periódico. Colmillo lee «El Alambique» sentado á la izquierda, en primer término, y Molero le hace compañía mientras limpia una boquilla de ámbar con paternal cariño. Cuando concluye de limpiarla saca otra de espuma de mar, y así sucesivamente. No hace otra cosa el hombre.—Colmillo es un ente vulgar, con cara de bilis, bigote mordido, ojeras profundas y traje de un bazar de ropas hechas. Alguna que otra vez se le ven las cintas de los calzoncillos. Tiene el feo vicio de morderse las uñas, sobre todo cuando le desagrada lo que oye, que es, por lo menos, siempre que

se habla bien de alguien.—Molero es un señorito rico de provincia, vago como él solo y un tanto cursi, á pesar de sus pujos de figurín.

MOL. Está bueno el día: corre un fresco muy agradable.

COLM. No está malo, no.

MOL. Son cerca de las tres. ¿Vámonos dando un paseo hasta los Alamillos?

COLM. ¡Ojalá pudiera!

MOL. ¿Tiene usted que volver al Instituto?

COLM. No; pero tengo que ir á casa de Marenco, á repasarle la asignatura al niño mayor, que es bastante arrimado á la cola. Bien es verdad que allá se le van todos los de la clase. Porque yo no he visto tarugos como los estudiantes de Guadalema. Usted dispense.

MOL. No hay de qué: yo no estudio nada.

COLM. El otro día se descolgó uno de ellos diciéndome que la vía láctea está en Galicia; porque él había leído en el texto que es el camino de Santiago.

MOL. ¿Y está en Galicia, efectivamente?

COLM. Después de mirarlo con indignación. Sí. ¡Nicolás Copérnico!

MOL. ¿Cómo?

COLM. Nada: leía...

Sale Bautista por la derecha arrastrando los pies, con un servicio de te para José Ramón.—Bautista es un mozo viejo del Casino que apenas puede con la librea. Habla con vocecita atiplada y suave.

J. RAM. ¿Viene ya hecho, Bautista?

BAUT. Sí, señor; he estado esperando, por lo mismo. Le sirve el te. ¿Quiere usted unas gotitas de anisado?

J. RAM. No; no quiero nada.

BAUT. Pues hace buen estómago con el te.

J. RAM. Sí; pero á mí no me gusta.

BAUT. Entonces... El gusto es lo primero. Hace como que se va y no se va: el hombre quiere pegar la hebra y no sabe por donde tomar la embocadura. Vamos... que no lo puede usted negar, señorito...

J. RAM. ¿Qué?

BAUT. La satisfacción... la alegría que por dentro le anda...

J. RAM. ¿A mí?

BAUT. Es claro; como usted ha sido su amigo inseparable... y le quiere tan bien...

J. RAM. ¿Qué dice usted, hombre?

BAUT. De don Gonzalo hablo.

J. RAM. Ah, vamos. Lo de todos los días. Lo escucha conteniendo su mal humor.

BAUT. ¡Mire usted que ha sido subir como la espuma!.. En dos años, una eminencia, como dicen...

J. RAM. Sí, sí...

BAUT. Yo lo quiero... lo mismo que si fuera mi hijo... ¿No ve usted que el padre y yo fuimos uña y carne?... Peleamos juntos cuando la República... Pero mire usted lo que tienen las cosas: el señorito me da mucho respeto... más que si fuera otro... Algunas veces, cuando lo veo, me acuerdo de su padre y se me saltan las lágrimas... La vejez, ¿no es verdad? ¿Quiere usted más azúcar?

J. RAM. No; tengo bastante.

BAUT. ¿Y el anisado, no se decide usted? Unas gotitas...

J. RAM. No, señor, no.

BAUT. Antes, así que él empezó á curar y á hacerse famoso, aquí en el Casino era la comidilla de todo el mundo... «¡El hijo de Vega el herrero! ¿Ha visto usted? Dicen que vale tanto... Que si ha salvado al niño de Tal, y al niño de Cual... Suerte, suerte...» En un principio no querían creer que valía ni á tres tirones... Esto ha sido la bola de nieve... Poquito á poco... poquito á poco... Pero lo que yo pienso para mí...

J. RAM. Y para mí también.

BAUT. Cuando tanto dicen y hablan de él, será que lo vale, ¿no es verdad?... ¿no es verdad que sí?...

J. RAM. ¡Ah, es claro!

BAUT. ¿A que de mí no dicen nada, ni de usted tampoco?

J. RAM. ¿Eh?

BAUT. La bomba gorda fueron los discursos que echó este invierno pasado en Madrid. ¡Ma-

drid! ¡Madrid! Eso suena. ¡Y qué disputas aquí, madre santa! ¡qué peloteras! Hasta palos ha habido.. Bien que no le cuento á usted nada nuevo... «Que si presumido, que si tonto, que si más le valiera seguir en la herrería...» Ya ve usted qué pasión de hombres... El señor Solano le defiende mucho al señorito... ¿verdad? Es buena persona... A mí me gusta ver cómo acorrala las más veces á los murmuradores... ¡Qué frescas les dice!... Usted también gozará mucho en oirle, ¿no? Como usted es el único amigo que don Gonzalo tiene... Amigo, amigo, lo que se dice amigo, ¿usted me comprende?

J. RAM. De sobra, hombre.

BAUT. Qué, ¿le molesto quizás con mi charla? Usted perdone, señorito. ¿Es que le duele la cabeza? Si tomara café en lugar de te... ¿Y las gotas, las gotas...?

J. RAM. Ya le he dicho que no me gustan.

BAUT. Hace poco pasó por ahí... Sigue hablándole bajo.

ESCENA II

DICHOS y DON MELCHOR

Este don Melchor es un señor gordo que tiene algo de urraca. Sale por la izquierda, momentos antes de concluir la escena anterior, con cuatro ó seis periódicos en la mano y dos ó tres debajo del brazo. Va de aquí para allá recogiendo codiciosamente los que encuentra en mesas y butacas, sin atreverse con el que ve junto á José Ramón, y al fin se sienta sobre todos en una mecedora de la derecha, y se dispone á leer uno de ellos. Apenas se ha sentado llama á Bautista.

D. MEL. Bautista, haga el favor. Bautista, embebido en su charla, no se entera. ¡Bautista!

J. RAM. ¿No oye usted que le llaman?

BAUT. Ah; no había oído. A don Melchor. Mándeme usted.

J. RAM. (¡Gracias á Dios!... ¡Qué monserga de viejo!)

D. MEL. ¡A ver si ese de arriba ha terminado ya con el *Blanco y Negro* y *La Ilustración!*

BAUT. Voy. Me dejan solo; estoy yo para todo...

D. MEL. Sí, sí.

BAUT. El uno á almorzar, el otro á ver á la novia...

D. MEL. Ya, ya lo sé.

BAUT. Y el pobre Bautista... Retírase por la izquierda hablando entre dientes.

D. MEL. Hojeando una revista ilustrada. *El Mundo en los dedos...* «Ventajas del frío sobre el calor...» «¿Conviene dormir siesta?...» «Receta contra el hipo...» «Los mosquitos ¿sudan?...» «¿Quién fué un rey que entró á caballo un martes á las tres y veinte en una ciudad española, fumando en pipa?...» «El adulterio en las pulgas...» «La nieta del lodo: continuación.» Hoy viene para relamerse de gusto. Se dispone á saborearlo todo gota á gota.

COLM. Soltando la carcajada. ¡Qué barbaridad! ¡Este Pozo es mefistofélico!

D. MEL. Pero ¿usted lee todavía *El Alambique?*

COLM. Sí, señor; y me divierto en grande. Molero, oiga usted. Oigan ustedes esto. Lee «Se dice que la señora de Rufete...» Rufete es el Delegado de Hacienda.

D. MEL. El Delegado de Hacienda se llama Rufo.

COLM. Ya lo sé; pero Pozo le pone Rufete para embozar la pulla. Volviendo á leer. «Se dice que la señora de Rufete tiene cara de pocos amigos. ¿De pocos amigos? ¡Como que no tiene más que uno!» Suelta otra vez la carcajada. Molero le secunda.

D. MEL. Indignado. ¡Hombre! ¡hombre! ¡eso no debe tolerarse!

COLM. ¡El Delegado tolera lo otro!...

D. MEL. ¡Y vaya una manera de embozar la alusión, amigo!... ¡Si la llega á dejar á cuerpo!... Yo no sé cómo en Guadalema se consiente...

COLM. ¡Es que donde más y donde menos hay ropa sucia!

D. MEL. ¡Alto allá! ¡que ese trasto de Pozo la ha tomado con mi notaría, y en mi notaría nos vestimos á diario de limpio!

COLM. Don Melchor, que yo no lo he dicho por tanto.

D. MEL. Ítem: en todos los números de su papel se

dedica á poner en solfa la oda que me premiaron en los Juegos florales; y ya quisiera él saber saludar un endecasílabo mío. Item: en el número del martes último, tuvo la avilantez de decirme con todas sus letras que *como pienso.*

MOL. ¿Que cómo piensa usted?

D. MEL. No, señor; ¡que *como pienso!* Colmillo y Molero ríen á carcajadas. ¡Ríanse, ríanse ustedes!... Cuando diga que el auxiliar de la cátedra de Geografía de nuestro Instituto acepta habanos, y aves de corral, y hasta dinero para aprobar á los alumnos...

COLM. ¡Oiga usted! ¡oiga usted! ¡es que eso no es verdad!

D. MEL. Ah, pero ¿usted cree que es verdad que yo *como pienso?*

COLM. ¡Tampoco!

MOL. Don Melchor, esas cosas le ocurren á usted por ser excesivamente puritano. Mire usted: á papá le ha llamado Pozo en *El Alambique*, ilustre moralista, gran patricio, glóbulo rojo de la sociedad de Guadalema... ¡eche usted flores!

D. MEL. ¡También le costó lo que usted no querrá decirnos!

MOL. ¿Dinero? ¡Ca! ¡Un poco de embuchado de Salamanca, y un chaqué de trencillas que á mí se me había quedado estrecho!

Colmillo se ríe.

D. MEL. ¿Le parece á usted?... ¡Vamos, si dan ganas...! ¿Y han de estar las reputaciones...? Viendo un rayo de luz y viniéndose á las buenas de pronto. Escuche usted, Molero: ¿usted cree que con una docena de calcetines que yo no uso porque me están cortos, me dejaría en paz la oda?

MOL. Qué sé yo... qué sé yo... La oda es muy larga...

D. MEL. Ah, no; pues los calcetines son cortos.

MOL. Pruebe usted, á ver.

BAUT. A don Melchor, dándole los periódicos que nombra. *La Ilustración* y el *Blanco y Negro.*

D. MEL. Gracias, Bautista. Alza una pierna y los coloca sobre los otros.

BAUT. No las merece. ¿Ha terminado usted ya con el *Heraldo de Madrid*?

D. MEL. ¿Quién lo pide?

BAUT. El señor Manteca.

D. MEL. ¡El señor Manteca! ¿Para qué querrá el *Heraldo* el señor Manteca? Dígale usted que no trae nada de lo suyo.

BAUT. Como me lo ha pedido...

D. MEL. ¡Qué pesados se ponen algunos! Creen que los periódicos vienen aquí para ellos nada más... Alza otra vez la pierna, cuenta cuatro periódicos sin mirarlos, y saca el que hace cinco, que es el «Heraldo» precisamente. Tome usted.

MOL. Bautista.

BAUT. Señor.

MOL. Tráeme una cajetilla. De los míos, ¿eh?

BAUT. En seguida voy. Me dejan solo; estoy yo para todo...

MOL. Ya, ya...

BAUT. El uno que la novia, el otro que el almuerzo... Y el pobre Bautista es el burro de carga... Vase refunfuñando por la puerta de la izquierda.

ESCENA III

DICHOS y BERRUGUETE

BER. Asomándose desde el exterior á la balaustrada del foro. Señores, muy buenas tardes.

D. MEL. Buenas tardes.

BER. ¿Está Gonzalo Vega?

COLM. No, señor; ni falta.

BER. ¿No está, eh?... Bueno, pues... En ese caso... ¿Pero no saben ustedes la novedad?

COLM. Ni ganas; no, señor.

BER. Ah, ¿ni ganas?... Pues por mí... Desahogando su contrariedad. ¡Ningún trabajo cuesta ser amable! ¡Digo yo!... Vaya, abur. Vase hacia la derecha. Este Berruguete es un buenazo, con un corazón como una sandía y una cabeza como una aceituna. Viste modestísimamente, y es de los que se dejan la barba, que no tienen, por ahorrarse el dinero del afeitado.

ESCENA IV

DICHOS menos BERRUGUETE; al final SOLANO, dentro

COLM. Me carga ese hortera.

MOL. No es hortera. Está empleado en el escritorio de los sobrinos de Carranza.

COLM. Tanto monta. Es un tío dulzón, lame lame, antipático... adulando siempre al tal Gonzalo Vega... También á ese le echa *El Alambique* una flor.

MOL. Ese sí que me carga á mí.

COLM. Ese nos carga á todos.

José Ramón, apenas oye lo de «El Alambique», se levanta haciéndose el distraído y va poco á poco acercándose á Colmillo y Molero hasta que coge «El Alambique» y lee lo que le interesa. Sale Bautista por la izquierda y se va á la calle. Óyese dentro el cascabeleo de un coche que pasa á distancia. Molero se asoma á la balaustrada y mira hacia la izquierda como para verlo.

MOL. Hombre, el coche de la Fonda Nueva.

COLM. ¿Viene alguien?

MOL. Sí; un par de señoras.

COLM. Gente del teatro, será.

MOL. No; si la compañía del Principal empezó anoche.

COLM. ¿Estuvo usted?

MOL. Un ratillo. No me gustó la obra. Como no había gente...

COLM. Ah, ¿no había gente? ¡Me alegro! Y es que el público está encanallado, envilecido; todo el mundo se va al asqueroso barracón zarzuelero.

MOL. ¿Y usted por qué no fué al Principal?

COLM. Porque me distraigo más en ese inmundo barracón. Allí paso la noche.

MOL. A José Ramón. ¿Qué hay, amigo?

J. RAM. Muchas cosas: cansancio, mal humor, pereza... muchas cosas.

COLM. Tiene usted mala cara.

J. RAM. Pues hoy es lo mejor que tengo. Se aparta y pasea.

COLM. En voz baja, á Molero. Me revienta este tío, con esa eterna *pose* de hombre desengañado del mundo.

MOL. Debe de estar enfermo, ¿no cree usted?

Don Melchor repara en José Ramón, que pasea; mira hacia el sitio donde antes estaba, ve el periódico que dejó, y en el acto se levanta, va por él, lo dobla y lo prensa con los demás.

SOL. Gritando dentro. ¡Después de todo, á mí me tocas tú las narices, y me las toca este, y me las toca el cabildo, y el ayuntamiento, y Guadalema entera! ¡Se acabó!

D. MEL. ¿Qué es eso?

J. RAM. El cojo, que se conoce que ha perdido.

MOL. Pues habrá que oirle.

J. RAM. Cuando pierde es gracioso de veras.

COLM. Sí; pero se pone muy pesado.

ESCENA V

DICHOS y SOLANO; después DOMÍNGUEZ y GORDILLO

SOL. Sale por la puerta de la izquierda y se sienta en una de las butacas del primer término, ante un velador, enfrente de Molero y Colmillo. Es cojo de la pierna derecha y hombre de unos cincuenta años de edad, de frente ancha y noble, abundante cabello, barba revuelta, ojos cargados de carne y cara encendida. Anda con ayuda de una muleta que se coloca debajo del brazo. Viste con mucho desaliño, pero con limpieza. Si no se metiera uno á discutir con mulos de noria... Buenas tardes, señores.

J. RAM. Parece que ha fermentado el mosto, amigo Solano...

SOL. Hombre, estoy rabiando por oirte decir algo con sentido común. No se te ocurren más que sandeces.

Todos se ríen.

J. RAM. Y qué, ¿se han dado ases?

SOL. ¡Se han dado jorobas!

J. RAM. Yo en cuanto ví subir al tío de las patillas negras dije para mí: Solano pierde hoy.

SOL. Calla, hombre; ¡si le voy á cortar el pescuezo! Os advierto que iba como los ángeles.

Dos golpes más, y desbanco. Pero ¡joroba! desde que entró ese licenciado de presidio, me vino la negra. ¡Un día lo mato! En serio. ¡Bautista!

COLM. Si se hubiera usted quedado aquí con nosotros...

SOL. ¿Para qué; para oirte despellejar á medio mundo, sin gracia ninguna, y ver á ese otro limpia que limpia pipas?

MOL. ¡Como que mis pipas no valen nada!... Quítese usted el polvo de los ojos y mire esta.

Se levanta y le da la que está limpiando.

Domínguez y Gordillo salen por la izquierda y se sientan á charlar ante uno de los veladores de la plaza. Domínguez es grueso y Gordillo flaco.

SOL. Pues no me llama la atención... ¡Bautista!

MOL. Atisbe usted por ese cristalito verde.

SOL. Ah, vamos... Mirando por el cristalito. ¿Hola? Este es otro cantar. Donde hay mérito yo lo reconozco. ¡Qué poca vergüenza debe de tener esta ninfa!

La boquilla va pasando de mano en mano.

J. RAM. A ver... No es mala persona, caballeros.

COLM. ¿Me hace usted el favor?

MOL. Cuidado, no se caiga.

J. RAM. Esa debe usted llevarla mañana al Instituto para enseñársela á los niños.

COLM. Los niños saben más que yo.

SOL. No es difícil.

COLM. ¿Y para mí que estas pornografías no tienen gracia?

D. MEL. ¿Me permite usted?

MOL. Sí, señor.

D. MEL. ¡Hombre! ¡hombre! ¡hombre! ¡Qué posturita!... Se da cierto aire... (¡Que vas á venderte, Melchor!)

DOM. Desde el fondo. ¿Se puede ver, señores?

MOL. Con mucho gusto.

GOR. ¡Venga! ¡venga!

COLM. Mientras Molero les enseña la boquilla á los otros. Es imbécil este Molero.

Sale por la derecha Bautista, y le entrega á Molero el tabaco que trae para él.

SOL. Bautista, ven acá.

BAUT. En seguida, señor Solano. Aquí tiene usted, señor Molero.

MOL. Quédate con la vuelta.

BAUT. Gracias, señor Molero. A Solano. Usted dirá, señor Solano. Me dejan solo; estoy yo para todo... ¿Una copita?

SOL. Vas á traerme de ese alto licor celestial que tomo yo los días que pierdo.

BAUT. Je, je... Se conoce que pierde usted todos los días... Je, je, je. . Vase por la derecha.

COLM. Me molesta que los criados se tomen confianzas; pero tiene razón. No sé cómo ni para qué bebe usted tanto.

J. RAM. Hace bien; ojalá pudiera yo imitarle. Beber es olvidar lo malo.

SOL. Beber es recordar lo bueno. Pero yo, si bebo, no es por eso tampoco; es por amor á la humanidad. ¡Que conste!

COLM. ¡No entiendo esa fanfarronada!

SOL. ¡Porque has nacido con una quesera sobre los hombros!

COLM. Un poco picado. Tampoco entiendo por qué me habla usted siempre de tú.

SOL. ¡Toma! ¡Porque le hablo de tú á todo el mundo! Cogiendo una botella de cognac que le trae Bautista, el cual, después de servirle una copa, se detiene como embelesado oyéndolo hablar. Escucha: para que te expliques lo generoso de mi bebida: entre el racimo de uva cuajado ya, y la llegada de esta botella al Casino, hay el trabajo de miles y miles de hombres. En el campo, los vendimiadores que cortan el racimo de la vid; en el lagar, la gente que pisa la uva y todo el personal de bodegas; eso, por dentro. Por fuera, obreros de las fábricas de cristal, de papel, de alambre, de lacre y de corcho... En la etiqueta nada más tienes que trabajan dibujantes, litógrafos é impresores... Cada industria general arrastra consigo un ejército de industrias auxiliares, ¿comprendes? Para tirar esta etiqueta en la imprenta hacen falta cajetines de madera, letras de plomo, máquinas de acero, tintas de colores... Las tintas vienen de París ó de

Roma; las letras y las máquinas de Berlín ó de Londres... Barcos y trenes en movimiento que cruzan los mares y las tierras... fogoneros y maquinistas que trabajan... marinos que viven... casas de comercio en trajín incesante... cartas que van y vienen... el telégrafo vibrando á todas horas... ¡Qué sé yo á la gente que le doy de comer con cada copita que me bebo!... Se bebe una.

Todos se ríen. Domínguez y Gordillo se levantan y se van hacia la derecha como para entrar en el Casino.

J. RAM. ¿Y hoy se siente usted muy filántropo?

SOL. Como nunca. Bautista, despídete de la botella, que he perdido mucho.

BAUT. Yéndose por la derecha riéndose. Está bien, está bien.

COLM. ¿De manera que vamos á tener discurso á todo chorro?

SOL. Mientras hablo yo callas tú, y eso van ganando los señores.

DOM. Saliendo con Gordillo por la puerta de la derecha, y pasando hacia la de la izquierda, muy abstraídos ambos en su conversación. No, no, no; por tres tablas no hay carambola. Fíjese usted, ¿eh? Pico alto; mucho efecto, ¿eh? cojo media bolita nada más, tomo el recodo, ¿eh? evito el retruque, ¿eh? ¿eh? y carambola segura y no me vendo, ¿eh? ¿eh? ¿eh? ¿eh? Desaparecen por la indicada puerta, decididos á comprobar la verdad práctica de tan admirable teoría.

D. MEL. Reparando en una margen del «Blanco y Negro» (¡Oiga! ¿qué han puesto aquí?) Lee. «Ya se sabe quien se lleva el *Blanco y Negro*.» Hace un gesto de alarma y dice. ¿Por dónde me habrán visto? ¡Por el agujero del llavín es imposible!...)

ESCENA VI

DICHOS y BERRUGUETE

BER. Asomándose por el foro otra vez. ¿No ha venido Gonzalo todavía?

COLM. ¡Y dale!

MOL. No; no ha venido.
BER. ¡Pero, hombre!... ¿El tiene costumbre de pasar por aquí á estas horas, verdad?
J. RAM. Sí; generalmente viene y se queda un rato.
BER. ¡Caramba!... Bueno, pues... hasta luego.
SOL. Adiós.
COLM. ¡Y que lo encuentres, hijo mío! ¡Está sin sombra!

ESCENA VII

DICHOS, menos BERRUGUETE; luego POZO

Pasa Bautista de derecha á izquierda con un juego de bolas para Domínguez y Gordillo. Poco después óyese de vez en cuando el chocar de las bolas con fuerza.—Bautista vuélvese á la portería.

J. RAM. Puede que tenga algún chiquillo malo.
COLM. ¡Eso es; y aquí ya no se llama para curar á nadie más que al niño bonito, al joven de moda! ¡Y á don Alejo, que es una lumbrera de la medicina, así, una lumbrera, se le limpia el pesebre!
D. MEL. ¿El pesebre y es una lumbrera, señor Colmillo?
POZO Presentándose oportunamente para atizar el fuego comenzado. Caballeros, desde la calle se oyen las voces: ¿de quién se saca leña?
COLM. Hola, Pozo.
SOL. Hola, Pocilga. ¿Qué tal va ese *Alambique?* ¿Cuando te ahorcan?
POZO ¿A mí? Eso quisieran muchos. Don Melchor, no me mire usted con esos ojos: ya sabe usted que se le aprecia, aunque otra cosa escriba en *El Alambique.* ¡El pícaro garbanzo obliga!
D. MEL. Con risa de conejo. ¡Je! Fijándose en los bajos de Pozo. (Tiene más pie que yo.)
Caracterizan al tal Pozo unos lentes rotos que con frecuencia se asegura, bigotillo de pelusa de pichón, pintas rojas en las narices y dos ó tres calvitas en la cabeza. Se ríe y no se le ve nada blanco. En el cogote, entran-

do, á la derecha, lleva un parche negro. Viste con cada prenda de un terno distinto.

POZO — Frotándose las manos con satisfacción y sentándose en una mecedora al lado de Colmillo y Molero. Con que á ver, á ver: ¿qué cristiano estaba en el circo?

SOL. — ¡Y que no ha entrado mala fiera!

COLM. — ¿Cuál había de ser, hombre? ¡El de siempre! ¡El fenómeno de Guadalema!

MOL. — ¡Espantárame yo! Pero, señores, antes se hablaba aquí de toros, de mujeres, de juego, de líos, de política .. ¡Ahora no se habla más que del pollo ese!

COLM. — ¡Tiene usted más razón que el Papa!

MOL. — Siguen las firmas.

J. RAM. — Con oculto deseo de que se enrede la discusión sobre Gonzalo. Pues, hombre, usted ha empezado, Colmillo. Se conoce que le preocupa á usted más que á nadie.

COLM. — ¿A mí? ¡Me hace usted gracia! ¿Soy yo matasanos por ventura?

SOL. — Eso no. ¿Qué tiene que ver que no lo seas? Aquí está Pozo, que á esa tiple del barracón le envidia el sueldo y las cenas que le da el empresario. ¡Y me parece que Pozo no es tiple! Para vosotros la cuestión es envidiar algo.

COLM. — Díjolo Blas.

SOL. — Lo digo yo, que soy pariente suyo. Sigue bebiendo y caldeándose el cuerpo y el espíritu.

MOL. — Pues yo no me meto en averiguar si el tal Gonzalo Vega tiene ó no tiene pesquis: papá dice que sí. Lo que sostengo es que es un cursi. No hay más que ver cómo se pone las corbatas.

POZO — ¡Está soplado!

COLM. — ¡Es un globo de vanidad!

D. MEL. — ¡Duro, duro!

POZO — Luego, va á la peluquería, y él sus tijeras, él sus peines... ¡Señor, que no tenemos tiña!

MOL. — ¡Es una damisela!

COLM. — ¡Es un Don Nadie! Encarándose con él, como si estuviera presente. ¡Pero venga usted acá: si yo no he perdido la memoria! ¡si todavía

existen en mi casa unas tenazas de cocina que su padre de usted me ha compuesto á mí por cuatro perras!

POZO ¡Ni más ni menos! Saca una cajita de píldoras y se traga una, bebiendo agua después.

SOL. ¡Joroba! ¿Vais á hacer astillas también de lo que más honra al muchacho? ¿No piensas tú lo mismo, José Ramón?

J. RAM. Claro que sí. Estoy callado por prudencia.

SOL. ¡Pretendiendo afear su origen ponderais más su mérito! ¡Le veis subir, y queréis derribarlo echándole encima todo el hierro que moldeó su padre! ¡Joroba! ¡qué buen alma tenéis!

COLM. ¡Poco á poco, que aquí no nos ofusca usted con su palabrería! ¿Qué ha hecho ese mozo de particular? ¡Porque parece que se trata de un *superhombre*, según usted se expresa!

POZO O de un hombre *super*, como digo yo en *El Alambique* con mucha gracia.

J. RAM. Terciando en la disputa con fingida imparcialidad para concluir por echar leña al fuego. Vaya, vaya, se apasionan ustedes... Yo soy mas imparcial... la amistad que me une á Gonzalo no me ciega... Reconozcamos que no será un ser del otro mundo, pero que vale... vale... ¿O es que vamos todos á pensar como esos que dicen que sus consultas en Madrid son cosa fantástica... viajes de ida y vuelta que él hace para alucinarnos?

COLM. Rabioso. ¡Y lo son!

POZO ¡Lo que es á casa del Duque de Peñafiel, no ha ido! ¡Me consta!

SOL. Y este se cartea con la Duquesa; conque no hables más.

J. RAM. ¿Vamos á dar crédito también á quienes afirman que sus artículos y sus folletos los copia de revistas inglesas?

COLM. ¡Y los copia!

SOL. Con la agravante de que tú no sabes inglés.

POZO ¡Pero si ya no hay nada de eso! ¡Lo que hay es un tío suyo, por parte de madre, que le escribe todo lo que publica!

COLM. ¡Lo mismo me da!

SOL. ¿Y quién le cura los chicos, joroba? ¿Algún tío por parte de padre?

POZO ¡Los chicos que no se le mueren, que son los menos, se curan solos! ¿Dónde se ha visto que las naturalezas vírgenes necesiten de meringotes?

COLM. ¡Es poco chistosa la pretensión de declararse médico de la infancia!

SOL. ¡Joroba!

COLM. ¡Claro está! ¡Porque un día le sacó una espina del gañote al hijo más bruto del animal del cacique ¡cataplúm! médico de niños! ¡Si me saca la espina á mí ¡zas! médico de catedráticos! ¡Vaya usted á hacer gárgaras, hombre!

SOL. Si te hubiera sacado la espina á ti no sería médico precisamente.

COLM. ¿Cómo?

SOL. ¡Joroba, qué trabajo os cuesta reconocer el mérito ajeno, sobre todo si es planta que arraiga y crece á vuestro alrededor! Ya sé yo, ya sé yo que no es plato de gusto ir por la carretera pasito á paso con las alforjas á la espalda, y ver que al lado nuestro pasa el ferrocarril como una centella, tragándose kilómetros... Escuece, molesta, hace malas tripas, lo sé. Pero por mucho que escueza y que moleste, ¿hemos de comenzar á tirarle piedras como cafres?...

Pozo mete mano á una cajita de pastillas, se echa una á la boca y chupa y rechupa mientras habla.

J. RAM. Lo encuentro á usted hoy más orador que nunca.

POZO Es que el cognac inspira mucho.

SOL. No lo dudes. A mí también me envidias eso: que puedo beber y tú no. Como estás podrido, tienes que contentarte con tomar á pasto menjurjes y potingues. ¡Y pensar que la salud es lo mejor que tienes!... ¡Mira, mira si me inspira el cognac!

Lo aplauden todos entre bromas y veras.

J. RAM. ¡Bravo!

D. MEL. ¡Admirable!

MOL. ¡Magnífico!

POZO ¡Aplauso de uñas!

COLM. ¡Otros con menos motivo están en jaula!

Cae en medio de la escena una bola de billar, que se supone que ha saltado de la mesa en que juegan Domínguez y Gordillo.

ESCENA VIII

DICHOS y DOMÍNGUEZ

POZO ¡Hombre! ¡hombre!

COLM. ¡Canario!

SOL. ¿Estamos seguros?

DOM. saliendo en mangas de camisa por la bola. ¡Ha sido! ¡ha sido!—Ustedes dispensen, caballeros.—¡Ha sido! ¡ha sido! Vase «piropeado» por la reunión.

POZO ¡Para otra vez más temple!

ESCENA IX

DICHOS, menos DOMÍNGUEZ; GONZALO, luego BERRUGUETE

GONZ. Por la puerta de la derecha. Señores, buenas tardes.

D. MEL. Buenas tardes.

J. RAM. Hola.

MOL. Felices.

Pozo y Colmillo gruñen á manera de saludo.

SOL. Celebro que vengas, porque nos entreteníamos en hablar mal de tí.

GONZ. Eso es bueno. Que dure mucho. ¿Pero ya está usted entregado al cognac?

SOL. ¿Tú crees que á esta gente se la puede soportar con agua sola?

GONZ. ¿Tienes que hacer, José Ramón?

J. RAM. Nada.

GONZ. ¿Quieres que charlemos un rato por ahí?

J. RAM. Vamos á donde digas. ¿Hay algo de particular?

GONZ. Un asunto de que quiero enterarte.

BER. Asomándose otra vez por la balaustrada, loco de júbilo al ver á su amigo. ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Adiós, Evaristo!

BER. No, no; si voy á entrar. Sin saber lo que hace intenta saltar por la balaustrada para llegar más pronto. Espera; espera. Desaparece, y á poco sale por la puerta de la derecha.

J. RAM. ¿Qué le ocurre á ese chico?

GONZ. ¡Qué sé yo!

COLM. ¡Es la tercera vez que le da el mismo ataque!

Pozo saca una cajita de farmacia con papelillos, echa el contenido de uno de ellos en un vaso de agua y lo deja sobre una mesita esperando que se disuelva.

BER. Abalanzándose á Gonzalo y abrazándolo con efusión. ¡Ven acá! ¡Ven acá, grande hombre! digan lo que quieran... ¡Ven acá! ¡Sublime, sublime, sublime!

GONZ. Suéltame... no seas niño.

BER Lo sé todo: me lo ha dicho tu madre. ¡Es tu coronamiento, Gonzalo! ¡Tu coronamiento!

GONZ. Vamos, déjame.

POZO ¿Le ha tocado á usted la lotería?

COLM. ¿Pues no está llorando ese tonto?

BER. Me afecto, me afecto...

SOL. ¡A ver, á ver; que se aclare la incógnita; que se explique!...

D. MEL. ¡Que se rompa el misterio, Gonzalo!

GONZ. Ni misterio ni incógnita, señores. A José Ramón. Es lo que yo iba á referirte, ¿sabes?

SOL. ¡Pues yo también me quiero enterar!

D. MEL. ¡Y yo! ¿Qué es ello?

GONZ. Se lo diré á ustedes. Después de todo, mañana ha de hacerse público en *El Defensor*...

J. RAM. Por lo visto es cosa muy buena para tí.

GONZ. Sentándose. Se trata de la realización de un proyecto mío, de que ya he hablado en otras ocasiones y en varias partes.

SOL. ¿La fundación del Asilo, quizás?

GONZ. Cabalmente. Unos sentados y otros de pie, le oyen todos con interés muy vivo, que en cada cual reconoce una causa distinta. Berruguete sigue con los suyos el movimiento de los labios de Gonzalo. Este habla con entusiasmo grande, pero con mucha sencillez y modes-

tia. Es un dolor lo que está pasando en Guadalema; y puesto que lo veo y sé que no es imposible remediarlo, mi deber es señalar el mal y ayudar con todas mis fuerzas, si no á cortarlo de raíz, á aliviarlo un poco. Bien miradas las cosas, de ninguna manera mejor puedo yo pagarle á Guadalema lo que ya le debo.

COLM. A Pozo, en voz baja. Exordio.

GONZ. Ustedes saben que en Guadalema, el pueblo vive del trabajo fuera de casa. Hombres y mujeres se van al ser de día á las fábricas de los arrabales y no vuelven á la ciudad hasta anochecido. Las pobres obreras tienen que dejar á sus hijos, ó solos en sus casas, que por desdicha no son palacios, ó en medio del arroyo, que no suele ser escuela de buenas costumbres. Llevarlos consigo es mucho peor todavía: el aire impuro de los talleres, la atmósfera malsana que se respira en casi todos ellos, aniquila y mata á infinidad de hombres, cuanto y más a los niños. Pues ahí está la razón del Asilo que quiero fundar en Guadalema, á imitación de tantos otros como hay, más que en España, fuera de ella. Esto es: un refugio donde puedan las madres dejar á sus hijos al marchar al trabajo y recogerlos al volver.

BER. Secándose los ojos. Me afecto, me afecto...

J. RAM. Como el que fundó la reina Victoria en Madrid, para las lavanderas.

GONZ. Justo. Y á semejanza de muchos que existen en el extranjero, donde los Gobiernos y las gentes se preocupan de la protección de la infancia pobre bastante más que aquí. Dígalo si no la ley Roussel de los franceses, documento admirable y hermoso que debiéramos imitar los españoles, si aquí se imitara de Francia algo más que los figurines y los vicios. Y cuenta que no soy sospechoso hablando mal de mi país.

COLM. A Pozo, bajo. Pedante.

GONZ. Ese que he indicado es el objeto fundamental del Asilo; pero además ha de tener otro

que no le cede en importancia. Como queda en Guadalema tanto chiquillo huérfano, ó con padres inútiles, que es igual, en el Asilo encontrarán abrigo y amparo, y allí se les criará y educará, enseñándoles un oficio ó un arte, hasta que puedan por sí solos ganarse la vida ó atender á la de los suyos. Claro es que este Asilo, una vez fundado, lo costearán por de pronto las familias ricas de Guadalema; pero después, en los mismos trabajos que en él se hagan para aprendizaje de la gente menuda, podrá buscarse la base de su sostenimiento. ¿Qué les parece á ustedes?

MOL. Cogiéndole á Gonzalo la boquilla en que fuma, y que le ha traído preocupadísimo desde que la vió. ¿Es de espuma de mar?

GONZ. ¿Cómo?... ¡Qué sé yo, hombre!—¿Qué dices tú del proyecto, José Ramón?

J. RAM. Que es una hermosa idea.

GONZ. ¿Y usted, Solano? ¿Y ustedes, señores?

SOL. ¿Qué hemos de decir? No hay más respuesta que darte un abrazo muy fuerte. ¡Ven acá, que soy cojo!

D. MEL. Es usted todo un hombre.

COLM. Pero, bueno; y á mí se me ocurre preguntar, amigo Vega...

POZO Con seguridad lo mismo que á mí

COLM. ¿Quién levanta ese Asilo? Porque no se trata de ningún castillo de naipes...

POZO Ahí va, ahí va... Las teorías son todas sublimes; pero yo repito lo que Colmillo: ¿quién levanta eso?

GONZ. Guadalema entera: á lo menos tal es mi aspiración. A mí me gustaría que fuese obra del esfuerzo de todos; del sentimiento colectivo de la caridad: que no quedara un vecino en Guadalema, por pobre que fuese, que no tuviera en el Asilo su puñado de tierra.

BER. ¡Muy bien dicho! Como que este se iba á callar.

GONZ. Excuso advertir que para estimular ese sentimiento se organizarán fiestas de todas clases: funciones de teatro, carreras de cintas, corridas de toros...

MOL. Ese detalle me parece muy bien.

GONZ Rifas benéficas, un Album de dibujos, otro de poesías...

D. MEL. ¡Mucho! ¡mucho! Yo tengo un soneto á la Caridad, que ofrezco desde ahora.

GONZ. En fin, mañana verán ustedes el plan completo que publico en *El Defensor*. Segarra me ha ofrecido su periódico lleno de entusiasmo. A todos pido ayuda; de todos la espero. Yo no quiero ser más que uno de tantos.

COLM. (¡Lo que eres!)

POZO Con las de Caín. Esa modestia le honra á usted.

GONZ. Gracias. Mi afán no es otro que echar alguna luz sobre la vida de los niños pobres; no sólo por un impulso de mi corazón, sino por un deber de patriotismo. Cuidar de los niños es fortalecer la esperanza de nuestro pueblo.

J. RAM. Es cierto, Gonzalo: aquí me tienes para todo. Quiero yo ser quien tome la mayor parte en tu victoria. Se abrazan y continúan hablando bajo.

BER. Me afecto, me afecto... Se afecta y se echa al cuerpo, creyendo que es agua pura, la mitad de la medicina de Pozo.

SOL. Levantando una copa. ¡Señores, vaya por el Asilo! ¡A ver si entre todos los guadalenses cuajamos una generación libre de Colmillos y Pozos!

Risas generales, sin exclusión de los interesados.

BER. Paladeando, con cara de susto. ¿Qué demonches tiene este agua?

POZO Pero ¿se la ha bebido usted? ¡Si es una medicina mía!

BER. ¡Habérmelo advertido, hombre! Nuevas risas. Continúa paladeando lleno de aprensión.—Oyese en el billar un tacazo muy fuerte, y por la misma puerta que antes salen dos bolas: una que rueda veloz hacia la puerta de la derecha, como si fuera perseguida, y se supone que llega hasta la calle, y otra que cae enmedio de la escena. Domínguez corre detrás de la primera con la emoción de una buena jugada, y Gordillo coge la segunda entre la algazara general.

ESCENA X

DICHOS, DOMÍNGUEZ y GORDILLO

SOL. ¡Joroba! ¿otra vez?
COLM. ¡Esos van á matar á uno!
DOM. ¡Ha sido! ¡ha sido!... ¡Es imposible tirar fuerte! ¡Yo no he visto bandas peores! Desaparece detrás de la bola y se le ve salir á la plaza por ella.
GOR. Dispensar, caballeros.
POZO ¡No ganamos para sustos, compadre!
COLM. ¿Por qué no se llevan ustedes la mesa en medio de la plaza?
GOR. Dispensar... Ese Domínguez es tan bruto... Dispensar... Vase.
DOM. Volviendo con la bola y entrándose en el billar á seguir sus triunfos. ¡Oiga usted! ¡que sigo yo tirando! ¡que ha sido!...

ESCENA XI

DICHOS menos DOMÍNGUEZ y GORDILLO; GRACIA LATORRE y JULIA, que pasan por la plaza

MOL. Mirando hacia la derecha del fondo y acercándose á la balaustrada. ¡Caballeros, allí sí que viene una moza.. á la que yo le levantaba un Asilo!
D. MEL. ¿Quién es?
COLM. ¿Quién es?
Todos miran hacia el mismo sitio y algunos se acercan también á la balaustrada.
MOL. Gracia Latorre.
Gonzalo se estremece.
BER. Como que es lo más selecto que hay en Guadalema.
D. MEL. Viéndola venir. ¡Qué desenvuelta es y qué graciosa!

COLM. Claro: con quince millones, todo es gracia y desenvoltura. Pero eso se llama de otra manera en castellano.

GONZ. A José Ramón. Vámonos, tú.

J. RAM. ¿Qué te ocurre? Siguen hablando bajo: Gonzalo cada vez más nervioso.

POZO Lo que es yo, á la tal Gracia Latorre la tengo aquí. Señalándose la nuez.

SOL. ¡Pues ya está aviada!

Gracia Latorre, acompañada de su doncella Julia, pasa de derecha á izquierda por la plaza. Al saludo olímpico de Molero, que todos secundan, cada cual á su estilo, contesta ella saludando con la mano familiarmente.

ESCENA XII

DICHOS, menos GRACIA LATORRE y JULIA

MOL. No me digan ustedes que no: ¡es una mujer de un pedazo!

BER. ¡Un cromo inglés!

D. MEL. ¡Lástima que tenga esas genialidades!

SOL. Ello es que en Guadalema es la que preocupa.

POZO ¡Y sin ínfulas que me gasta la niña!

COLM. ¡Le da calabazas al obispo!

SOL. ¿Por qué no te diriges tú á ella, á ver?

COLM. ¡Apañado va el que la tome en serio y se ayunte!

Pozo tararea el toque de clarín de la Plaza de Toros.

BER. ¡Hombre! ¡hombre! No sea usted atroz. Repare usted que es una dama.

COLM. ¡Vuelta la burra al trigo! ¡Y dale con la dama! ¡y torna á la dama! ¡y joroba, como dice ese, con la dama! ¡Es una dama porque tiene quince millones; pero no hace nada por parecerlo! ¡A mí me indignan ciertas hipocresías imbéciles! ¡Ni esa niña se trata con la moral, ni es más que una histérica ridícula que acabará por escaparse con un cualquiera!

GONZ. Estallando al fin, alteradísimo. ¿No conoce usted otro lenguaje para hablar de una señorita?

COLM. Sorprendido y turbado. No, señor.

GONZ. Pues de hoy más, mientras no lo aprenda, cuando pase esa que ha pasado se calla usted en presencia mía.

COLM. ¿Eh?

GONZ. Si la quiere usted ofender sin que yo lo sepa, le basta solo con mirarla. A José Ramón. Vente. José Ramón lo sigue.

COLM. Con la píldora atragantada Pero, oiga, oiga: ¿es usted su novio, su padre, su hermano, su abuelo?...

GONZ. Soy un caballero, y eso basta. Busque usted la palabra en el Diccionario. Vámonos, tú.

COLM. ¡Eh! ¡eh! ¡Poco á poco!

GONZ. Lo dicho. Anda, José Ramón.

J. RAM. Señores, buenas tardes. A Gonzalo, marchándose con él. Chico, pero yo no sabía...

ESCENA XIII

DICHOS, menos GONZALO y JOSÉ RAMÓN; después DOMÍNGUEZ, GORDILLO y BAUTISTA

COLM. Desahogando su cólera. ¡Vaya! ¡Ahora resulta ese de los de rocín antiguo, adarga flaca y galgo en el corredor! ¡Le habrá puesto los puntos á los millones de la prójima!...

MOL. ¡Pues lo que es esa jugada no le sale!

POZO ¡Ni la majadería del Asilo tampoco! ¡Asilitos á mí!... ¡Sí!... ¡Esfuerzos colectivos!... ¡Sí!... ¡Suscrición popular!... ¡Sí!... Ya voy. ¡Yo te lo contaré en *El Alambique!* ¡Todavía nos acordamos acá de las últimas inundaciones, señor redentor!... ¡Echó gabán de pieles la comisión en masa!

COLM. ¡Pues está claro! ¡Si en el fondo de tanta lágrima sensible y de tanto discurso necio no hay más que un chanchullo indecente!

BER. ¡Eh, eh, eh! ¡Por esa no paso!

SOL ¡Ni yo tampoco, rejoroba! ¡Os he dejado hablar hasta aquí, porque esperaba ese desahogo! ¡Pero ya basta, joroba, ya basta! ¡Me voy, me voy por no romperos el alma con la muleta! A los gritos que da, hablando más fuerte y más descompuesto a cada paso, acuden y se paran á oirlo Domínguez y Gordillo por la izquierda, con sendos tacos, y Bautista por la derecha. ¡Es natural que así penséis! Encarándose con Colmillo. ¡Tú, como has conseguido tu puesto porque tienes una tía muy guapa que se tiñe el pelo de rubio...!

COLM. ¡Oiga usted!

SOL. ¡Sí, hombre, sí; si lo sabemos todos: si yo mismo voy á publicar un folleto sobre la influencia de las tías en la enseñanza!... ¡Está muy bien que así discurras: en cualquier acto humano ves siempre un negocio, un engaño, alguna miseria! A Pozo. ¡Tú, como piensas con trabuco y escribes con ganzúa... Pozo se ríe. no puedes ver más que la lucha ruin y grosera por un cacho de pan y otro de chorizo!... ¡La culpa la tiene ¡joroba! quien os habla a vosotros de caridad, de abnegación, de desinterés, de amor á los niños, de cualquier causa grande y generosa!... ¡Vosotros, detrás de cada sueño, no veis más que un cochino duro en calderilla! ¡Pues mira tú ¡joroba! que si todos los hombres ¡joroba! fuesen de vuestra altura ¡joroba! entonces sí que estábamos todos jorobados! ¡Y me voy, me voy ya, joroba! ¡No quiero malgastar mi saliva, que vale más que todos vosotros!... Encamínase á trancos hacia la puerta de la derecha, por donde se va gritando lo que sigue. Luego se le ve pasar hacia la izquierda por la plaza, gesticulando como un insensato. ¡Con esta gente pierde uno la calma, y la educación, y la paciencia, y la salud, y el decoro, y la dignidad, y el estómago, y el dinero, y hasta la idea de la especie humana!... ¡Joroba! ¡joroba! ¡joroba!...

Mientras desaparece diciendo esto último, con las palmas y las cucharillas los unos y con los tacos los del billar, le hacen una ovación entre risas y gritos.

BER. ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Yo estoy con usted, señor Solano!

COLM. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Al Congreso con ese hombre!

POZO ¡A la casa de fieras!

MOL. ¡Hoy la ha pillado mayor que nunca!

D. MEL ¡Es mucho Solano!

DOM. ¡Bravo! ¡bravísimo!

GORD. ¡Muy bien! ¡muy bien!

COLM. ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo!

Bautista, que no toma parte en la algazara, recoge el servicio de cognac y contempla filosóficamente el bajón que ha dado la botella.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de planta baja en el caserón de los Latorres, en Guadalema. Puertas grandes á derecha é izquierda. Galería de cristales al foro, que comunica con el jardín. Muebles de mimbre.

Es por la mañana y en el mes de Setiembre.

ESCENA PRIMERA

MANOLITA, DON FAUSTINO, SALVADORA y JUAN

Manolita y don Faustino sentados en el primer término de la izquierda, y Salvadora y Juan en el último de la derecha.—Manolita es una señora muy guapa, casada y con prole, pero que se conserva como una rosa. Aunque tiene muy buenos ojos, ve poco y los entorna con cierta gracia al mirar. En extremo expresiva y nerviosa, su cara es una sucesión de gestos, y con las manos va pintando á lo vivo todo cuanto dice. Persuadida de que lo hace muy bien, tiene la monomanía de imitar á las personas de quienes habla. Viste con elegancia que alarma á su marido.

Don Faustino es un señor de presencia noble y simpática: barba y cabellos blancos y abundantes, primorosamente cuidados; cejas pobladas; mirada entre grave y socarrona; manos muy finas. Su hablar es reposado y zumbón. No sale de su casa y viste prendas amplias y cómodas, de telas ricas y elegantes. No fuma.

Salvadora y Juan son dos servidores antiguos de la casa, jubilados ya. Están de visita y visten el traje propio de la gente del pueblo en casos tales.

MAN. Don Faustino, yo me voy á marchar. Estoy volada.

D. FAUS. Señora, no sea usted cruel: ¿va usted á privarme tan pronto de la contemplación de sus hechizos?

MAN. En el pecado llevo la penitencia: me privo yo de la contemplación de los de usted...

D. FAUS. No esperaba esa flor. Me ha sacado usted los colores...

MAN. Bueno, pues le dice usted á Gracia que yo volveré luego. Tengo muchísimo que hacer. Ella estará con sus pobres, ¿verdad? Sí, porque es sábado... ¡Ay!... El Asilo y las fiestas del Asilo me van á sacar el sol de la cabeza.

D. FAUS. Y á mi hija también, por las trazas.

MAN. Y á todo el que tenga sangre en las venas. Usted, como es un comodón redomado y ni á tres tirones sale de su concha...

D. FAUS. Ni á tres tirones: como que en mi concha no veo más que aquello que me agrada—por ejemplo, usted—y en la calle puedo ver mucho que me moleste.

MAN. Ya, ya.

D. FAUS. *Un ángulo me basta entre mis lares,*
un libro y una amiga...

MAN. Un amigo, me parece que dice el verso.

D. FAUS. Sí, pero yo prefiero una amiga; y que perdone el clásico. Además, y no es esto pesimismo imprudente, creo que en esa cuestión del Asilo van ustedes todos á salir con las manos en la cabeza.

MAN. No se lo diga usted á nadie: yo voy pensando igual que usted. Y me voy cansando de tanto ir y venir pidiendo limosnas y favores, y de tantas malas caras como veo, y de tantas groserías como escucho. ¡Jesús!

D. FAUS. Es muy triste; pero ya verá usted el desenlace.

MAN. El propio Gonzalo, cuya epidermis es muy fina, está ya amargadísimo, y lleno de asco, y tentado de echarlo todo á rodar.

D. FAUS. A propósito: una pregunta que quiero hacerle á usted hace tiempo.

MAN. De prisita, de prisita...

D. Faus. ¿Usted cree que el entusiasmo de mi hija Gracia por la fundación de ese Asilo es pura y exclusivamente fruto natural de sus sentimientos generosos?

Man. Pues ¿qué otra cosa puede ser?

D. Faus. ¡Manolita, por Dios! Es la primera vez en su vida que ha estado usted torpe.

Man. Es que estoy hablando con un hombre muy listo.

D. Faus. También es verdad. Vamos á ver si me comprende usted ahora. Suponiendo que el iniciador de ese proyecto, en vez de ser Gonzalo Vega fuese... ¿quién le diré yo á usted?... fuese Berruguete, ¿usted cree que mi hija?...

Man. Ni una palabra más: es cierto. Me había marchado á las Batuecas. ¿Y le pesa á usted tanto entusiasmo, don Faustino?

D. Faus. ¿A mí? Le aseguro á usted que no puedo verlo con más simpatía.

Man. Ni yo. Estamos de acuerdo.

D. Faus. Usted y yo siempre.

Man. Siempre: es verdad.

D. Faus. Sólo hay una cosa en que diferimos bastante.

Man. ¿Cuál es, que no caigo?

D. Faus. Que usted adora á su marido y yo lo odio á muerte.

Man. ¡Jesús! ¡Pobre Sarmiento! En fin, me voy. No lo digo más. Poniéndose de pie y dejando sobre cualquier mueble un envoltorio que tiene en la mano. Ahí queda esa cinta de la de Luque. La dejo aquí para que no la curioseen *Doña Deficencia* y su hija.

D. Faus. ¿Va usted ahora allá?

Man. Los malos tragos pasarlos pronto. ¡Ay! Le temo á esa señora más que á un retrato al óleo, que salga bien ó salga mal hay que colocarlo en la sala. La estoy viendo: me recibirá calándose los impertinentes... Ahora usa impertinentes. «¿Usted en mi casa?.. ¡Tanto bueno! Siéntese usted en el *pun*, que estará más cómoda...» Porque dice el *pun*. Y en seguida saldrá la niña, con aquella cara

de ciruela mondada y aquella voz de gárgaras de malvavisco: «Hola, Manolita, ¿cómo está usted?...»

JUAN Soltando la risa desentonadamente, sin poder reprimirse. ¡Ja, ja, ja!

SALV. Calla, hombre.

D. FAUS. Aquellos se ríen.

MAN. La galería siempre está de mi parte.

D. FAUS. Y las butacas y los palcos, señora. ¡Mal fin tenga Sarmiento!

MAN. Vamos, hombre, deje usted á Sarmiento. Y no me acompañe usted, que sé el camino y no me llevo nada.

D. FAUS. Señora, ¡por los clavos de Cristo! ¡Si lo que siento yo es que no suenen aquí para despedirla á usted á gusto mío,

las cajas y las trompetas,
los pájaros y las fuentes!...

Se van riéndose por la puerta de la derecha. A su paso, Salvadora y Juan se levantan, y vuelven á sentarse cuando se quedan solos.

ESCENA II

SALVADORA y JUAN; luego DON FAUSTINO

JUAN Soltando la risa, como antes. ¡Ja, ja, ja!

SALV. ¡Pero, Juan!

JUAN ¡Na me digas, mujer! Es lo grande, que mientras más en vesita se está, más risa dan las cosas. ¡Ja, ja, ja! Ríe largo rato.

SALV. ¡Calla; no seas pollino!

JUAN ¡Mia que remeda bien á to el mundo la señorita! Y á mí el que me hace gracia es el señor: tan respetoso y tan fino él, y se divierte con su sombra. Cuanto más viejo, más burlón.

SALV. Calla, hombre.

JUAN Mujer, paeces boba: ¿qué vamos á hacer aquí los dos callaos?

D. FAUS. Volviendo por donde se marchó. Salvadora y Juan se levantan al verlo. Quietecitos, quietecitos... Soy

yo solo. Viendo que no se sientan. Vamos, no estéis de pie.

JUAN Con permiso del señor. Se sientan de nuevo. Pausa. Don Faustino pasea.

D. FAUS. ¿Y no sabéis para qué os ha llamado mi hija?

JUAN Levantándose otra vez, como Salvadora. Na nos ha dicho; pero es la que yo pienso: por fuerza tiene que ser pa alguna cosa.

D. FAUS. Pues has puesto el dedo en la llaga. Pero no os levantéis. Torna á sentarse el matrimonio. ¿Habéis entrado por el jardín?

SALV. Con permiso del señor; sí, señor.

JUAN La señorita nos mandó pasar. No puede continuar hablando sentado y se levanta. Salvadora le imita, como siempre. Ella estaba allí con sus pobres; como tos los sábados... ¡Me acordé más de la señora!

SALV. ¡Pobrecita! ¡Lo mismo los trataba!

JUAN Es toa ella, toa ella... Me dió gusto mirarla ahora, á la entrá del jardín... Conforme le daba el sol, ella tan guapa y tan lucía en medio e tanto pobre, paecía un cuadro.

SALV. Como la señora: igual que la señora, que en gloria esté. Si este me dijo, dice...

JUAN Le dije, digo: se me ha figurao que ahora es antes, y que voy yo pa la cochera á enganchar el tiro de mulas... ¿Se acuerda el señorito de la *Pinturera* y la *Mañosa?*

D. FAUS. ¡Ya lo creo!

JUAN Pues ha caído agua desde entonces.

D. FAUS. Y nieve. Mira como estamos tú y yo.

SALV. Bajo á su marido. Cállate, Juan, que se ha afetao. Se callan y tornan á sentarse. Don Faustino pasea. Pausa.

D. FAUS. Viendo venir á Gracia por el jardín. Ahí tenéis ya á mi hija.

Salvadora y Juan se levantan.

ESCENA III

DICHOS y GRACIA

Llega del jardín, por el foro. Es de belleza fresca y juvenil. Su atractivo mayor es la lozanía. Su cara es una rosa de te, que mantiene y lleva dignamente su cuerpo, flexible y lleno de salud. De mirada inquieta, dulce casi siempre, á ratos imperiosa, brilla en ella la espontaneidad de los sentimientos. Sus ademanes son muy desenvueltos y graciosos, pero muy femeninos. Viste un traje ligero de mañana, y trae un bolso en el que suenan algunas monedas, y una sombrilla roja que cierra al llegar.

GRACIA Hola. ¿Qué es eso? ¿se ha ido Manolita?

D. FAUS. Sí. Gracia muestra contrariedad golpeando el suelo con el pieceeito. Pero no te alteres; me ha dicho que volverá muy pronto. Ahí ha dejado eso.

GRACIA Alguna cinta para las carreras.

D. FAUS. Justo.

GRACIA Abriendo el envoltorio y viendo la cinta. Pues es muy mona. Mira, papá, mira qué primor: de Mariquita Luque.

D. FAUS. ¡Qué bien pinta el profesor de esta muchacha!...

GRACIA De todo has de reirte. Mientras envuelve la cinta de nuevo, dirigiéndose á los criados con familiaridad. ¿Qué hay, abuelos, qué hay? ¿Por qué estáis de pie?

D. FAUS. Porque no pueden hablar sentados. Ya lo verás.

JUAN ¡El señor!...

GRACIA Tú les causas mucho respeto. Vaya, acercaos á mí, que tenemos que tratar de cosa muy grave. Sentados, por supuesto.

Juan y Salvadora obedecen.

JUAN Con su permiso, señorita...

Forman los tres un grupo á la izquierda. Don Faustino los mira desde la derecha.

GRACIA A Juan y Salvadora. Vamos á ver; yo tengo un capricho.

D. Faus. ¿Tú un capricho, hija mía? ¡Qué cosa más extraordinaria!

Gracia Papá, no empieces. Sé que desde anteanoche sois abuelos...

Juan Desde anteanoche á las diez y cinco.

D. Faus. ¿Sí? ¿Qué novedad es esa? No sabía una palabra. ¿Y es niño ó niña lo que ha venido al mundo?

Juan Niño; con permiso del señor.

D. Faus. No, no; yo no entro ni salgo.

Gracia ¿Y la madre está bien?

Salv. A Dios gracias. Y la criatura como un ángel.

Juan Mujer, no te ciegues.

Salv. ¡Vaya! A este le ha dao por decir que es feo.

Juan ¡Y lo es! ¡Pué que se arregle en el desarrollo, como yo, pero trabajillo va á costarle!

Gracia Bueno, y ¿cuándo pensáis bautizarlo? Porque ahí entro yo.

Juan ¿Que entra usté?

Gracia Sí: quiero ser la madrina.

Salvadora y Juan se miran asombrados y ruborosos, y se ponen inconscientemente de pie.

Juan ¿La madrina?...

Salv. ¿Usté la madrina?...

Juan ¿Tú oyes esto?...

Gracia Pero no os levantéis, que no hace falta.

Juan De rodillas debíamos ponernos, señorita. Se sientan.

Salv. ¡Talmente su madre!...

Juan ¡Mia el arrastrao del chico, tan feo y to, la suerte que tiene!

Salv. Pues el padrino iba á ser este, pero ya...

Gracia Ninguno mejor: no hay que pensar en otro.

Juan Riéndose mucho. ¡Ja, ja, ja!

Gracia ¿De qué se ríe?

Juan ¡Ja, ja, ja!

Salv. ¿De qué te ríes, hombre?

Juan De que voy á necesitar un castorín.

Se ríen todos.

Salv. Sí que tendrás que ponerte majo.

Gracia No; despilfarros no. No te comores nada.

D. Faus. Pues á mí lo del castorín me parece preciso: indiscutible.

JUAN ¡El señor!...

GRACIA Mira, con que vaya yo de mantón, estamos al cabo de la calle. Es una idea. ¿Verdad, papá, que es una idea?

D. FAUS. ¡Hija de mi alma! ¿Tú quieres salir en pliegos de aleluyas?

SALV. ¡La señorita de mantón!... ¡Ah!...

GRACIA Nada, nada: cosa resuelta. Soy madrina de vuestro nieto y voy al bautizo de mantón. ¡Y que tengo yo uno de espuma que es un andrajo! Acercándose á don Faustino. Sí, papá, sí; aunque tú no quieras, que sí quieres. En Guadalema la gente se aburre mucho y hay que procurar entretenerla dándole que decir.

D. FAUS. Si lo haces con ese fin alto y caritativo, estamos de acuerdo.

SALV. ¡Ah! ¡Cómo se va á poner aquella hija cuando lo sepa!...

GRACIA Ea, pues andad á decírselo. Ahora viene bien el levantarse.

JUAN Si es que estamos los dos como embalsamaos... Anda, Salvadora. Se levantan.

SALV. Lloriqueando. Lo que menos podíamos esperar era este alegrón...

JUAN Lo mismo. Esta, como es mujer, se afeta.

GRACIA Vaya, vaya, que no quiero lloros.

JUAN Señorito, con Dios. Con Dios, señorita.

D. FAUS. Id con Dios.

JUAN Encaminándose con Salvadora hacia el foro, por donde se van, echando bendiciones y diciendo las últimas frases. Que el Señor le pague á usté esta buena obra, señorita.

SALV. Y que la Virgen le dé mucha salú, pa bien de los pobres, señorita.

JUAN Y que vea usté á su papá con mil años, hecho una momia... y usté lo saque al sol, señorita.

SALV. Y que aquí no haiga penas nunca.

JUAN Y que si ha de haberlas, Dios me las mande á mí.

GRACIA ¡Pobre gente! Lo que agradecen ellos...

D. FAUS. Como locos van. Pero ¿por qué no me habías dicho..?

GRACIA ¡Si se me ha ocurrido esta noche, papá! No he podido pegar los ojos á cuenta de la idea. Mirando hacia la puerta de la derecha. Ah, Gonzalo. Dile que me espere; que no se vaya sin hablarme. Vuelvo en seguida. Coge su bolso y su sombrilla y se va por la puerta de la izquierda.

D. FAUS. Se me figura que no tendré yo que decirle nada.

ESCENA IV

DON FAUSTINO y GONZALO

GONZ. Saliendo. Don Faustino, muy buenos días.

D. FAUS. Hola, doctorcillo. ¿Qué tal?

GONZ. Viviendo. ¿Y Gracia?

D. FAUS. Conmigo estaba aquí. Al sentirlo á usted, me encargó que no se marchara sin hablarle. Y se marchó ella.

GONZ. ¿Y usted, está más fuerte?

D. FAUS. Sí, señor; muchísimo más fuerte. Esos sellos que me ha recetado usted son maravillosos.

GONZ. ¿Lo ve usted, incrédulo?

D. FAUS. En fin, no le digo á usted más: yo no he tomado todavía ninguno, y solamente de enviar por ellos á la botica, me siento mejor. ¡Si serán eficaces!

GONZ. ¡Vamos!

D. FAUS. ¿Qué le sucede á usted? Esa cara no está normal. A cuenta del Asilo, como si lo viera. Se sientan los dos.

GONZ. A cuenta del Asilo, es cierto. Hace poco más de tres meses que se hizo pública la idea, y ya me pesa á mí como si hiciera un año. No me agradezca usted la visita. Vengo aquí, porque no siendo en mi casa, con mis padres, en ninguna más que en la de usted puedo hablar francamente. La confianza con que aquí se me recibe, el apoyo que ustedes me prestan, son un descanso, un alivio de mis mortificaciones de estos días.

D. Faus. ¡Ay, amigo mío! Es que usted ha peleado mucho con los libros, y muy poquito con los hombres. Y si á los libros se les vence gozando, á los hombres no se les vence sino sufriendo. Empieza usted ahora. Usted ha subido mucho y muy aprisa, y eso, que es un mérito en cualquier parte, en Guadalema es un delito. Además, hay otra circunstancia... Verá usted: un ejemplo: á un escultor, mientras no hace más que amontonar barro sobre barro y arañar en él con los palillos, persiguiendo la forma bella, se le deja hacer, acaso se le admira, pero no se le envidia aún. No se le envidia hasta que debajo de aquella corteza tosca descubre la estatua, que luego cuaja el bronce perpetuamente. Pues mírese usted en ese espejo. Su carrera rápida y gloriosa, sus libros, sus triunfos de Madrid, todo lo que usted es y vale quedará como consolidado en ese edificio que pretende usted levantar con el auxilio de sus paisanos... Y eso, amigo mío, es mandar la estatua de barro á la fundición en hombros de todos: y créalo usted: se resistirán á llevarla, y si la llevan, procurarán tirarla al suelo en el camino. Conque paciencia... valor... y adelante. Dios dirá.

Gonz. Valor no me falta, ya lo sabe usted; pero temo mucho á la asfixia.

D. Faus ¿Tan pesada va siendo ya la atmósfera?

Gonz. Dos días más, y me dará vergüenza salir á la calle.

D. Faus. ¡Hombre, por Dios! Tampoco sea usted visionario.

Gonz. Le juro á usted que á ninguna parte voy ya tranquilo: sin que nada me digan, todo lo escucho; sin que nada me enseñen, todo lo veo. En unos, hostilidad inexplicable; indiferencia en otros; en algunos torpes ideas dignas del presidio. De esto no me he dado cuenta hasta hoy: hay quien se figura que el plan del Asilo es una inspiración egoista. Más claro: que en el fondo de mi proyecto generoso lo que late es un negocio vulgar.

D. Faus. Mire usted, Gonzalo: en la vida de todo hombre que va á ser algo en este mundo, hay un momento decisivo, solemne: aquel en que se siente fortificado por la conciencia clara de su propio valer, y seguro y satisfecho de sí mismo, trueca la mortificación en lástima, y en vez de odiar, compadece. Usted ya no cumple con su deber si deja que la envidia le robe un solo minuto de labor.

Gonz. Pero ¿cómo puede ser envidia esto que me rodea? ¡Es inconcebible! ¡es absurdo! Envidia ¿de qué? Envidia ¿por qué? Antes yo, como todos los hombres, trabajé para mí, para los míos: en lo que quiero hacer ahora trabajo sólo para los demás, para los que no conozco, para los que nacieron más pobres, más débiles que yo. ¿Qué me envidian aquí?

D. Faus. ¿Le parece á usted poco todo eso? ¿ser capaz de pensar y de hacer todo eso?

Gonz. Muy poco me parece: casi nada.

D. Faus. Sobre que ya le he dicho á usted lo que eso significa. Y es que la envidia, que sin duda es pasión universal, aquí, en España, es además un juego entretenido. ¡Y qué noble juego!... ¿Quién no lo sabe? Gustamos mucho de elevar á un hombre con gran algazara, para luego tirarle de los pies y que caiga de golpe y se estrelle. Claro está que en muchos casos el hombre no cae. Quiebras del juego.

Gonz. No soy tan pesimista como usted. A veces lo ruin, lo villano, parece mucho porque mucho alborota.

D. Faus. ¿Ah, sí? ¡Pues aplíquese usted el cuento, amigo! Se levanta.

Gonz. No; si ahora hablaba en términos generales...

D. Faus. En términos generales acaso tenga usted razón. Si bien se mira, de nada debe juzgarse de una manera absoluta y sin distingos. ¿Sabe usted lo que decía un amigo mío—ya se ha muerto el pobre—á quien mortificaba atrozmente la frase de Ayala calificando la envidia de vicio nacional?

Gonz. No, señor. ¿Qué decía? Se levanta también.

D. Faus. Decía—tal vez con fundamento—que en la propia bandera se encuentra la verdad del caso. Una franja amarilla y dos encarnadas: envidia y vergüenza. Esto es: que por muchos que sean los envidiosos, son el doble de ellos los que se ponen colorados de pensar que una cosa tan fea puede ser al mismo tiempo tan española.

Gonz. Su amigo de usted estaba en lo firme. Así pienso yo, y así he pensado siempre. Pero ¡ay! no puedo menos de llorar que aquella aspiración en que puse lo mejor de mi alma, me haga ver tantísima miseria y me cueste la primer arruga de la frente.

D. Faus. Es muy deplorable. Y nos estamos poniendo demasiado serios, y esto no va conmigo. Crea usted, y doblemos la hoja, que si no hubiera algo cierto y positivo detrás de esa arruga, no se le habría formado á usted. Es más: se pasaría usted la vida con la frente tirante y hueca como un tambor. Conque usted dirá qué es lo que prefiere. Y por si no teníamos bastante Asilo ya, ahí viene Gracia, que nos va á colmar las medidas.

Gonz. Sí que lo ha tomado con un calor... Dios se lo pague.

D. Faus. Cuéntemelo usted á mí. La otra noche, al salir del teatro, vió á un chiquitín acurrucado en el hueco de una puerta: ese golfillo a quien le dicen Pilili... Bueno, pues le dió muchísima lástima, lo cogió, lo lió en su capa, lo metió en el coche y aquí durmió. Por la mañana levantó el vuelo con la primera luz, y hasta otra. ¿Qué le parece á usted?

Gonz. Que oyendo eso se olvida uno de lo demás.

ESCENA V

DICHOS y GRACIA; luego JULIA

Gracia Saliendo por la puerta de la izquierda. Usted va á tener la culpa de que yo pierda el poco seso que Dios me ha dado. Buenos días.

GONZ. Buenos días. ¿Por qué dice usted eso, Gracia?

GRACIA Demasiado lo sabe usted.

D. FAUS. Ahí lo tienes: vencido en la batalla.

GONZ. Vencido, no.

D. FAUS. Herido y maltrecho: es igual.

GRACIA ¡Usted también!... ¡Vaya unos hombres! Esta mañana estuvo aquí Berruguete, desalentado ya... y no hace veinte días que hemos puesto manos a la obra. José Ramón, su amigo de usted, me escribe también lleno de dudas, de desconfianza, que quiere verme, que quiere que hablemos... ¡él, que parecía que iba á levantar en peso á Guadalema!... Y á última hora se nos presenta el héroe todo mustio y llorón... Mire usted qué cara.. Le dan ustedes demasiada importancia á la gente.

GONZ. ¡Pero si en este caso dependemos de ella!

GRACIA A pesar de eso: usted no oiga ni vea más que lo que convenga á su propósito, que es bueno. Lo demas que se lo lleve el aire.

GONZ. ¡Ojala pudiera yo taparme los oídos y cerrar los ojos!...

JULIA Asomandose á la puerta de la derecha. Señor.

D. FAUS. ¿Qué hay?

JULIA El señor Lobo pregunta por usted.

D. FAUS. ¿Lobo?

GONZ. ¡Cristo! ¡El Director de la compañía del Principal! Me voy por el jardín á toda prisa.

D. FAUS. ¿Pero es una fiera, en efecto?

GONZ. ¡Es pesadísimo! Me trae frito á consultas.

D. FAUS. ¿Está malo?

GONZ. ¡Qué ha de estar malo! No sabe qué comedia poner la noche de la función benéfica, y donde me ve me atrapa y me dobla.

GRACIA Pues que pase y lo resolvemos entre todos. Mire usted que el apuro...

D. FAUS. Sí, sí, que pase. Su deber de usted es oirlo. A Julia. Que pase ese señor.

GONZ. ¡Ya verán ustedes qué mosca!

GRACIA Pues como actor no trabaja mal. Anoche lo aplaudían mucho siempre que se iba.

ESCENA VI

GRACIA, DON FAUSTINO, GONZALO y LOBO. Al final JULIA y BERRUGUETE

LOBO Desde la puerta de la derecha. ¿Hay permiso?

D. FAUS. Adelante, caballero.

LOBO Muy buenos días. ¿Tengo el gusto de hablar con el señor... Se le olvida el apellido de pronto, y quiere ayudar á la memoria tocando las castañuelas con los dedos. con el señor...?

D. FAUS. Salvándolo con una palabra. ¿Latorre?

LOBO Latorre; justamente... Y no traía otra cosa en la cabeza.

D. FAUS. Servidor de usted.

LOBO Obligadísimo. Yo soy...

D. FAUS. Ya lo sé. Presentando. Mi hija Gracia.

LOBO Señorita...

D. FAUS. Don Gonzalo Vega, autor del proyecto de Asilo...

LOBO El señor y ya nos conocíamos yo. (¡Huy!...) Se dan la mano.

D. FAUS. ¿Ah, sí? No sabía... Siéntese usted, señor de Lobo.

LOBO Muchas gracias.

D. FAUS. Siéntese, haga el favor.

LOBO Si estoy cansado de estar de pie...

D. FAUS. Pues por eso mismo.

LOBO Je...

Se sientan todos. La preocupación de Lobo durante la visita es demostrar soltura y distinción, cosa que dificulta más de lo que parece el traje de chaqué que se ha puesto. Un tiempo fué elegante, pero las modas cambian mucho.

D. FAUS. Viendo que no habla nadie. Señor de Lobo...

LOBO Mándeme usted.

D. FAUS. Considero muy honrada mi casa con la visita de tan ilustre actor, y sólo espero saber en qué puedo servirle.

LOBO Creyendo que don Faustino le habla en serio. Gracias por la lisonja... qué más quisiera yo que ser ilustre...

GRACIA ¿Es cierto que han surgido dificultades para elegir la obra que ha de ponerse en la función de caridad?

LOBO Muy cierto, señorita. Y á fin de orillarlas de la mejor manera posible, me envía aquí el señor don José Ramón... Vuelta á las castañuelas Don José Ramón...

GRACIA Carrasco.

LOBO Carrasco. No traía otra cosa en la cabeza. Mi deseo excuso decir que es complacer á todo el mundo. Cabalmente me *jato* de tener una gran compañía, con un repertorio, aunque me esté mal el decirlo, *impepinable*.

D. FAUS. ¡Hombre! Y con repertorio de tan hermosa condición, ¿qué género de obstáculos se presenta?

LOBO Señor, yo me debo al público... yo me debo al abono... ¡yo no puedo hablar!

GONZ. Entonces ¿á qué ha venido usted?

D. FAUS Le advierto á usted que aquí se puede expresar con toda llaneza. Por fortuna nos hallamos libres de preocupaciones de cierta clase, de hipocresías...

LOBO Ahí le duele, ahí le duele.

D. FAUS. Se lo digo así para que se haga cargo de la casa en que está.

LOBO Entendido. Hablaré con sinceridad absoluta. Yo vivo del público, pero esto no quita que *azvierta* sus errores y sus *dibilidades*. La sociedad de Guadalema, mejor dicho, el abono, es de una mogigatería irritante, ridícula. Apenas ve un dejo de *moutarde* en la frase, ya está pun, pun, con los bastones. El viernes último *menearon* á mi señora.

GONZ. Es muy de sentir; pero no es de eso de lo que aquí se trata, señor Lobo.

GRACIA ¿Por qué motivo se desistió de representar *El ángel de la guarda*, quiere usted decirme?

LOBO Se la tildó de antirreligiosa. Como sale un curita joven que torea en una becerrada...

GRACIA ¿Y *Las niñas del día*, esa comedia tan agradable?

LOBO ¡Arrea, manco! Dicen de ella que es verde. Y es una obra que pueden ver los ciegos. A

su solo anuncio me escribió una carta cierta señora que se *jata* de muy *finolis*—y cuidado que yo sé de ella más de cuatro cositas fuertes—advirtiéndome que si no la retiraba del cartel saldría de Guadalema excomulgado.

GRACIA ¡Qué ridiculez!

D. FAUS. ¿Quién es ella, puede saberse?

LOBO Perdone usted, señor...

D. FAUS. Con toda libertad: si no ha de salir de nosotros.

LOBO Pues es una dama... Bajando de repente la voz y con gran misterio. que hace tiempo vendía bacalao, y ahora arrastra coche.

D. FAUS. A Gonzalo. ¡Ah, sí! Su tía de usted.

LOBO Poniéndose de pie y con el corazón en la boca. ¿Cómo?

GONZ. Riéndose. No, señor; no es mi tía. Se refiere á doña Blasa Rute, don Faustino.

LOBO Como después de representar seis actos de tragedia. Sí; á doña Blasa me refiero.

D. FAUS. Perdone usted. Me he trascordado yo.

GRACIA Papá, qué cosas tienes. Siéntese usted, señor de Lobo.

LOBO Gracias...

GRACIA Siéntese usted.

LOBO Muchas gracias... si estoy mejor sentado...

D. FAUS. Razón de más..

GRACIA Pues mire usted, se me ocurre una cosa: puesto que tan bien conoce usted el espíritu de la sociedad de Guadalema...

LOBO Es favor.

GRACIA Nadie más indicado que usted para elegir la obra que haya de representarse esa noche. Si acierta con el gusto de todos, mejor para todos; si tiene la desgracia de no acertar, peor para los que no vayan al teatro. Como usted comprende, aquí no se trata de mendigar una limosna, sino simplemente de estimular la caridad.

LOBO Señorita... yo agradezco ese honor con toda mi alma... Procuraré corresponder á él... cosa que no es tan fácil, porque las señoras de Guadalema no se asustan de nada en el

barraconcito por secciones y se asustan de todo en el Principal. Pero, en fin, cada uno tiene su alma en su *armario*. Despues de todo yo no debía meterme... Me debo al abono... me debo á la masa... me debo á los críticos... me debo al gobernador... me debo al alcalde... me debo al clero...

D. FAUS. ¡Basta, basta; que me abruma esa falta de independencia!

LOBO Levantándose. Bien; ya me marcho.

D. FAUS. No es eso.

LOBO Comprendido. Posdata. El señor don José Ramón... Castañuelas otra vez. Don José Ramón...

GRACIA Carrasco.

LOBO Carrasco. Me encargó manifestar á ustedes que hay devuelta mucha localidad; que á quien se le manda palco pide butacas, y *vice*. Creo que son innumerables los descontentos. Además, parece que el impresor ha tirado ya dos programas *de gratis*, y dice el hombre que no tira ninguno más mientras no se le jure que no ha de variarse el espectáculo. Tiene razón de sobra, ¿eh? esto es aparte. Yo también me debo al impresor. Y si ustedes no me mandan nada...

D. FAUS. Mil gracias: usted es quien ha de mandar, señor de... Imita á Lobo tocando las castañuelas con los dedos, como si se hubiera olvidado del apellido ó como si quisiera ver si el propio Lobo recuerda el suyo.

LOBO Lobo.

D. FAUS. Lobo. Y no tenía otra cosa en la cabeza. Yo me complazco sobremanera en haberle conocido personalmente. Esta es su casa, y estas que estrecha usted unas manos que nunca se cansarán de aplaudirle. Toca un timbre, y á poco aparece Julia por la puerta de la derecha.

LOBO Reconocidísimo, señor. Señorita...

GRACIA Adiós.

LOBO Señor don Gonzalo, beso á usted la suya.

GONZ. Adiós, amigo.

D. FAUS. A Julia. Acompaña á este caballero. Fijáu-

dose en Lobo, que busca algo con la vista junto á la puerta. ¿Qué busca usted?

LOBO Volviendo en sí. ¡Ah, caramba! Buscaba *le chapeau* y lo tengo en la mano. Como en las comedias lo dejamos siempre en una silla que hay para eso en la puerta del foro... Servidor. A Berruguete, que llega cuando él va á marcharse. Usted.

BER. Dentro. Usted.

LOBO Usted.

BER. Saliendo. Gracias.

LOBO Buenas noches.

Se saludan doblando el cuerpo con mucha seriedad y se va Lobo para siempre. Gracia y su padre sueltan la carcajada.

ESCENA VII

GRACIA, DON FAUSTINO, GONZALO y BERRUGUETE

BER. Buenos días.

D. FAUS. ¡Es ideal ese señor de Lobo!

GRACIA ¡Qué elegante y qué suelto! ¿eh?

D. FAUS. ¡Y qué memoria para los apellidos!

GONZ. Nervioso é irritado. ¿Pero tienen ustedes humor de bromas todavía?

BER. Viendo que nadie le hace caso. ¿Se puede hablar?

GONZ. ¡Si ha de ser de las fiestas, no!

GRACIA ¿Hay algo, Berruguete?

BER. ¿Que si hay? Indignadísimo. ¡Hay para irse, no ya de Guadalema, sino del globo! Oigan ustedes: oye tú. Por supuesto, á estas fechas me he pegado con dos: uno en el café y otro en el Casino. Y á la salida me aguarda el tercero.

GONZ ¡Acaba!

BER. Gordas y frescas. Vengo del teatro. Primero: hay devuelto un carro de localidades. Los que han recibido palcos quieren butacas, los que butacas palcos...

GONZ. ¡Eso ya lo sabemos de memoria!

D. FAUS. Nos lo ha contado Talma.

BER. ¿Talma? ¿Talma? No conozco á Talma. Segundo. También es muy gracioso, y esto no lo saben ustedes. El impresor, como ya ha tirado dos prospectos...

D. FAUS. Dejadlo que siga, y que termine.

GONZ. No, señor; que no siga. Lo sabemos también.

BER. Ah, ¿lo saben ustedes? Bueno, pues, tercero. Va á romper á hablar y se para. ¿Lo saben ustedes?

D. FAUS. Hasta ahora, no.

BER. Don Claudio ha recibido un anónimo.

GRACIA ¿Un anónimo?

D. FAUS. ¿Quién es don Claudio?

BER. Pérez Villamil. El que daba el solar para el edificio. Es el único rasgo de desprendimiento que ha tenido desde que nació. Y cuenta que daba el solar porque no iba á servirle para nada. Pero, amigo, llega el anónimo—el anónimo lo han visto estos, —se le dice que una compañía inglesa trata de comprárselo para montar allí no sé qué diantres, y el hombre, como es tan cicatero, en la duda, se abstiene. ¡Y no hay solar! Ya creo que empieza con que si fué, que si vino, que si patatín, que si patatán, que si esto, que si lo otro.

GRACIA ¿Les parece á ustedes? Pero ¿de qué cabeza habrá salido esa picardía?

GONZ. ¡Esa infamia!

BER. Infamia: tú le has dado el nombre. Conociendo á don Claudio...

GRACIA Será preciso convencerle...

GONZ. ¡De nada! El que quiera estar á nuestro lado, que venga solo. ¡A nadie debemos obligar!

D. FAUS. Opino enteramente como usted.

GONZ. ¡Me repugna quien da la limosna renegando del pobre que la pide!

BER. ¡Medrados quedamos!

ESCENA VIII

DICHOS y MANOLITA

MAN. Llegando repentinamente por el jardín, sofocada y nerviosa. Aquí estoy yo otra vez. La comisión en masa. Me alegro.

GRACIA Sólo faltabas tú, hija mía.

MAN. Bueno, pues si le pego á alguno que me dispense, porque traigo los nervios de punta.

GONZ ¿Sí? Hasta luego. ¡Yo no puedo más!

MAN. No, no, no, no, Gonzalo: á usted lo necesito. Inquieta y hecha un torbellino se levanta y se sienta según le conviene. ¡La que hay armada, Virgen mía! Si en lugar de un Asilo se le ocurre á usted levantar un reñidero de gallos ó una plaza de toros, nos hubiéramos evitado tanto berrenchín. Por supuesto, que aquí hay alguien que mete cizaña. No me cabe duda. Si, porque en un principio todo el mundo estaba conforme, todo el mundo encantado, Gonzalo por aquí, Gonzalo por allá, que si la caridad, que si la desgracia, que si la miseria, que si el abandono... y ahora todas son dificultades y retraimientos y caras largas... Con que áteme usted ese mosquito por los bigotes.

D. FAUS. ¿Vió usted á Lolita y á su madre?

MAN. A Lolita, no: á su madre, sí. «La niña estaba con anginas.» A ver si le cambia la voz. *Doña Deficencia* salió á recibirme con un *matiné* cerveza clara y una falda gaseosa de limón, que yo dije: «¡Ay, qué ponche! ¡qué ponche! Me bebo á esta señora.» Pues bueno, hubo que oirla: «Manolita, por Dios; usted me pide un *imposíbile*. ¿Cómo voy yo á consentir que mi hija quede para plato de segunda mesa?» «Pero, señora, ¿qué plato, ni qué mesa, ni qué...?» «Ah, sí, sí; sé que se ha contado primero que con Lola con la señorita de Latorre.» Esto con mucho retintín, ¿sabes? porque, hija de mi alma,

la niña y la mamá te tienen una envidia atroz. Yo no sé por qué. Digo, sí lo sé; pero bueno... Salgo de allí como una pólvora, y al subirme en la berlina, ¡zas! Pepito Cueto, á caballo y con impermeable. Te prevengo que no hay una nube. Lo sacará para que no se le pique. Me puso la cabeza así. «Usted comprenderá que si mi novia no preside yo ni mato el becerro ni corro cintas... Usted comprenderá que á mí el Asilo me tiene sin cuidado... Usted comprenderá...» Yo no comprendí nada: me metí en el coche de repente y le dije á Ramón: «¡Atropéllalo!» Y si no se le asusta la jaca lo coge por la nuez, que es lo más saliente que tiene. ¡Hala! De allí á casa de Juste. La señora no estaba. Lo sentí, porque llevaba hipo. Me recibió el esposo. No lo puedo aguantar: las personas que me hablan sin mirarme me sacan de quicio. «Yo siento en el alma que se haya usted molestado... pero estoy resuelto á no contribuir... Se ha impreso un programa de las fiestas...se han dado nombres propios... y han puesto á mi señora debajo de la de Orejón... y mi señora no puede estar debajo de la de Orejón...» Y á todo esto con los ojos en el techo y en las paredes. Me dieron unas ganas de cogerle la cabeza y decirle: Haciéndolo con Berruguete. «¡Hombre, míreme usted! ¡míreme usted!» Ay, usted perdone, Evaristo.

BER. No hay de qué, señora.

MAN. Por si no tenía bastante con el yerno salió á plaza la suegra: la andaluza. Mamarracho igual no conozco. Está más calva cada día. Ya no le quedan más que cuatro pelos muy tirantes y una maraña arriba que parece un nido. En seguida se fué de la lengua: «Mala cauza defiende usté, Manolita: en ezo del Azilo eze, ni hay formaliá, ni hay ganas de complacé á las familias, ni ze zaben hacé las cozas con finura. ¡Ay, mi Chipiona de mi arma!» Y por ahí adelante empezó la buena señora á despotricar, y me dijo algu-

nas cosas tan inconvenientes y de tan mal gusto, que si no llego á mirar que estaba en su casa le arranco el nido de un tirón.

GONZ. Fuera de sí. ¿Qué dijo?

MAN. Lo que á usted no le importa: ya le contesté yo cuatro frescas.

GRACIA ¡Gente más ruin!

MAN. Bueno, pues en casa de Rubio, tres cuartos de lo propio; y Polita Velasco se larga el viernes á Madrid y escurre la persona; y acabo de descararme con Adulfo Tello, que me soltó una grosería creyéndose que hablaba con su mujer... Y qué sé yo, qué sé yo, porque todo se vuelven chismes, y disgustos, y enredos, y excusas, y embustes, y piques, y enfados, y hágame usted el favor, y no me da la gana... ¡Un horror, hija mía! ¡Media Guadalema, si no toda, que se nos pone enfrente, como si quisiéramos prender fuego á la iglesia ó volar la plaza de toros!

GONZ. ¡Basta ya! ¡basta ya, Manolita! Le suplico á usted que se calle.

GRACIA ¡Por Dios, Gonzalo!

D. FAUS. ¿A qué viene exaltarse de esa manera?

GONZ. Dispensen ustedes: no sé reprimir mis arrebatos. Cuando oigo ciertas cosas me dan ganas de hacer un hoyo en la tierra, meterme en él y no volver á salir en la vida.

BER. ¡Como que te iba yo á dejar!

D. FAUS. Usted creyó que todo marcharía lo mismo que una seda, y se encuentra con una soga burda y áspera que destroza las manos.

GONZ. Yo lo que digo es que seda ó soga ó diablos encendidos—vuelvo á rogar que me perdonen—se acabó todo ya.

GRACIA No, Gonzalo.

GONZ. Sí, Gracia.

GRACIA ¡Qué poco vale usted!

GONZ. Muy poco, es cierto. Por encima de esas miserias con que quieren ahogar una buena obra, debiera yo poner la alegría de los pobres en cuyo beneficio quise hacerla. ¡Infelices, que acortan su vida por nosotros! Pero

no sé, no puedo; no respondo de mí si sigue esta lucha. Pretendí que el esfuerzo de todos realizara lo que estimo un bien para los pobres, y en lugar del auxilio generoso encuentro la vanidad más hueca, la envidia más baja, la frivolidad más desesperante... y las suposiciones que más pueden herirme.

D. Faus. Está usted excitadísimo, Gonzalo. Cambiemos la tocata.

Gracia Sí, sí.

Gonz. No; á costa de este sueño mío, que me ha hecho llorar creyéndolo cercano, no quiero yo que nadie se luzca. No nació en mí para ser estímulo de la vanidad de los necios. Quien se quiera lucir á la vista de todos, que alce en la Plaza una cucaña y que trepe hasta arriba lleno de cintajos de colores.

Man. Algo daría yo por ver subir a la suegra de Juste.

Berruguete y don Faustino se ríen. Gracia se aparta y se abstrae.

D. Faus. Ha estado usted muy oportuna, Manolita. Gonzalo, venga usted conmigo. Yo me llevo á este loco á darle cuatro palos en mi sala de armas, para volverlo á la realidad. Ya que hoy ha recibido algunos por dentro, que los reciba también por fuera. Ande usted.

Gonz. Vamos donde usted guste.

Ber. ¡Corcho!

D. Faus. ¿Qué pasa?

Ber. ¡Las doce ya! ¡A mí me van á echar á la calle! ¡Todavía no he parecido por mi oficina!

Man. Ni yo por mi casa. Y Sarmiento me dijo que no almorzaba hasta que fuese yo. ¡Y tenemos arroz á la valenciana y estará pasado!... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Cualquiera lo oye! Hasta luego, ¿eh?

Ber. Hasta luego.

D. Faus. Vayan con Dios.

Gonz. Adiós, Manolita. Adiós, Evaristo.

Manolita va á irse por la puerta de la derecha y Berruguete por el foro. A mitad de camino cambian de parecer y ella se marcha por el jardín y por la derecha Berruguete.

MAN. Por aquí me coge más cerca.

BER. Y á mí por aquí.

MAN. Rigodón, rigodón...

D. FAUS. Ande usted: vamos allá dentro.

GONZ. Yéndose por la puerta de la izquierda con dou Faustino, después de mirar atentamente á Gracia, que sigue abstraída. ¿Qué piensa?

GRACIA Como resumiendo sus reflexiones y con los ojos fijos en el suelo. ¿Cuál es vuestra fuerza, insensatos, si no podéis secarle ni la inteligencia ni el corazón?... Pausa.

ESCENA IX

GRACIA y JOSÉ RAMÓN

GRACIA Andando maquinalmente por la escena. Es incomprensible lo que sucede... incomprensible... Cada día nuevas dificultades... ridículas todas... ¡Lo que debe de sufrir Gonzalo!... La gente es mala, sin saberlo...

J. RAM. Llega por el jardín. Se dirige á Gracia, que no le ve llegar. Gracia.

GRACIA ¡Ah! José Ramón. Se dan la mano.

J. RAM. ¿Recibió usted la carta mía?

GRACIA La recibí. Siéntese usted.

J. RAM. ¿Está usted mala?

GRACIA No. Inquieta, nerviosa... Allá dentro está Gonzalo: ¿quiere usted que lo llame?

J. RAM. Prefiero hablar con usted primeramente.

GRACIA ¿Alguna buena novedad? José Ramón la mira como sorprendido de la pregunta y luego niega con la cabeza. ¿Ninguna?

J. RAM. Ninguna.

GRACIA Hable usted, entonces.

J. RAM. Como sé lo que en esta casa se estima y se protege á Gonzalo, venía á ver á usted y á su padre para que cambiásemos impresiones... sobre algo muy triste... muy amargo... pero, á mi modo de ver, inevitable ya.

GRACIA Avisaré á mi padre ahora mismo.

J. RAM. Déjelo usted. Así como así, no me pesa hallarla á usted sola. Acaso sea mejor para todos.

GRACIA Me pone usted en cuidado, José Ramón.

J. RAM. Pues nada le voy á decir que usted no sepa.

GRACIA ¿Y es ello? ¿Querrá usted creer que estoy temblando?

J. RAM. Yo también: pero yo de lo que tiemblo es de ira. Vamos á ver, Gracia; con ruda franqueza, como á mí me gusta hablar siempre: ¿cree usted que los que de veras queremos á Gonzalo debemos permitir que siga adelante en esta aventura desdichada?

GRACIA ¿Por qué no? ¿Tanto le asustan á usted los obstáculos?

J. RAM. Los obstáculos, no: lo que significan. Veo á la gente en una actitud, que hace muy poco airosa la de Gonzalo.

GRACIA ¿Qué?

J. RAM. Sí. La humillación para quien pide es indudable si ha de ser regateada la limosna.

GRACIA ¿Y no será honrosa esa humillación, ya que usted le ha dado ese nombre, si el fin se realiza?

J. RAM. Es que dudo... no dudo, digo mal; es que creo que no se realiza. Siempre me pareció locura, muy propia de Gonzalo, que ve la vida color de oro, querer hacer una obra buena contando con la gente.

GRACIA ¿Tan mal concepto tiene usted de ella?

J. RAM. El peor. ¿Hay nada más indiferente, más egoista... ó más malo? La conozco bien. Como vivo desde niño en una soledad dolorosa, y he necesitado tanto de la gente para vivir, sé muy bien de lo que es capaz. Donde haya gente, lance usted una mala idea, una calumnia, verá qué pronto agarra. Yo respondo de ello.

GRACIA ¿Es que quizás se dice de Gonzalo?...

J. RAM. Lo que se dice, no quiera usted saberlo. Lo que se hace, usted lo ve...

GRACIA Entonces, José Ramón—y ahora invoco yo aquella franqueza de que usted hablaba,—si usted fuera el autor de los proyectos de Gonzalo, ¿qué haría?

J. RAM. Haría... lo que quiero que Gonzalo haga. Pero antes de aconsejárselo á él, deseaba yo

saber si usted creía prudente y atinado mi consejo.

GRACIA Sí lo creo... pero es tan triste desistir...

J. RAM. ¿Y qué hemos de hacerle nosotros?

GRACIA Si hubiera una solución decorosa .. un medio de continuar dignamente...

J. RAM. ¿Cuál, Gracia? Eso es imposible...

GRACIA Imposible... imposible...

J. RAM. Digo, á mí se me figura que dignamente...

GRACIA Dignamente... claro...

Pausa. José Ramón observa á Gracia, cuyo rostro se ilumina y alegra de improviso. Desde ahora sigue hablando con él estimulada por una idea fija que se graba en su mente.

J. RAM. ¿Qué piensa usted?

GRACIA Que sí... que dignamente no es posible... ¿verdad?

J. RAM. Ese es mi tema.

GRACIA Sí, sí, que desista... El estaba ya en ello.

J. RAM. ¿El?

GRACIA Sí, sí... Se conoce que también ha advertido...

J. RAM. ¿Le ha dicho á usted algo?

GRACIA Lo mismo, lo mismo que usted...

J. RAM. ¿Lo mismo que yo?

GRACIA No en balde son ustedes tan amigos... Yo no le hice caso... creí que serían sus vehemencias... Pero es lo mejor, no cabe duda...

J. RAM. ¿Lo cree usted sinceramente?

GRACIA No lo diría, si no. Nada, nada, es cosa resuelta. Del Asilo no se hable más.

J. RAM. Pero ¿se alegra usted?

GRACIA Cuando se toma el mejor partido en las cosas, siempre hay motivo de alegría.

J. RAM. Gonzalo va ganando con ello.

GRACIA Va ganando, sí... Ha tenido usted una inspiración.

J. RAM. Como conozco el mundo...

GRACIA Claro.

J. RAM. Seguir adelante sería prolongar el suplicio.

GRACIA ¿Qué habla usted de seguir adelante? Ya no, ya no... ¿Usted también se ríe?

J. RAM. Me alegra que esté usted tan convencida.

GRACIA Y á mí me alegra estarlo. ¡Qué locura! Pero ¿cómo no había visto yo...?

J. Ram. ¿Qué?

Gracia Esto; lo que la gente es... lo que usted me dice... José Ramón, usted es un gran amigo de Gonzalo. ¡Cuánto me complace que haya usted venido! De veras, de veras.

J. Ram. (¿Se burla esta mujer de mí?)

ESCENA X

DICHOS y GONZALO

Gonz. Saliendo por la puerta de la izquierda, para despedirse. Gracia... Hola, José Ramón: ¿tú aquí?

J. Ram. Hola, Gonzalo: aquí me tienes.

Gracia Por poco sorprende usted nuestra conspiración.

Gonz. Pero ¿conspiraban ustedes?

J. Ram. Y en favor tuyo.

Gonz. A ver, á ver...

Gracia Sencillamente, que hemos resuelto que desista usted de sus quimeras humanitarias.

Gonz. ¿Por fin me da usted la razón?

Gracia Por fin. He necesitado que venga su amigo de usted para convencerme.

Gonz. ¡Cuánto me alegro yo de las dos cosas!

J. Ram. Con todo, si quieres que por algún otro camino intentemos...

Gonz. Después de mirarlo muy fijamente, de un modo extraño. No.

J. Ram. Como tú quieras.

Gracia No.

J. Ram. Ya sabe usted lo que le he dicho. Ese es mi criterio. Vente, Gonzalo, y charlaremos hasta apurar el tema.

Gracia Permita usted que se quede aquí unos minutos. Tengo que hablarle yo.

J. Ram. Ah, bueno

Gonz ¿Usted, Gracia?

Gracia Sí.

J. Ram. Despidiéndose. Pues, amiga mía...

Gracia Mire usted que no es puñalada de pícaro...

J. Ram. No importa. Luego nos veremos. Yo, de todas maneras, iba á marcharme ya.

GRACIA Adiós, entonces. No quiero detenerlo. Y crea usted que si hay oportunidades en la vida, ninguna tan feliz como su visita de hoy. Me alegro de ella como de pocas cosas.

J. RAM. Sin entenderla. Por Dios... Hasta luego, muchacho. Nada te digo, ¿eh? Ya sabes quien soy yo.

GONZ. Mirándolo como antes. Sí: ya lo sé.

J. RAM. Adiós, Gracia. A su padre de usted mis respetos. Vase por el foro descompuesto por la insistente mirada de Gonzalo.

ESCENA XI

GRACIA y GONZALO

GONZ. Como desechando una mala idea. No puede ser, no puede ser...

GRACIA ¿Qué, Gonzalo?

GONZ. Tanta miseria me ha hecho pensar el mayor disparate del mundo. ¿Quién lo evita?

GRACIA Déjese usted de pensar disparates, y óigame á mí.

GONZ. Impaciente me tiene la curiosidad.

GRACIA Ello es una cosa que ha de saber usted primero que nadie...

GONZ. ¿Sí?

GRACIA Tal como ha nacido en mi pensamiento quiero yo que pase al de usted: sin que nadie la modifique ni aun para mejorarla. Es idea mía, completamente mía: se me ha ocurrido hace un momento y estoy rabiando por decírsela á usted.

GONZ. Y yo porque usted me la diga.

GRACIA Bueno, pues... No; vamos por partes. ¡Ay, qué angustia, tener que empezar siempre por el principio! Contésteme usted á esto.

GONZ. Hable usted, Gracia.

GRACIA Supongo que da usted por definitivamente fracasado...

GONZ. Ah, pero ¿es sobre lo mismo?

GRACIA Conteste usted.

GONZ. ¡Y qué remedio queda! No quiere esto decir que yo desista en absoluto de mi empeño: ¡eso no! ¡Ya lo realizaré algún día!.. ¡Lo que rechazo desde luego, es el auxilio que me regatean los que no son capaces de entenderme! Esta misma tarde pienso decirlo á quien me quiera oir. Aquí fué Troya... Los amigos que estaban á mi lado, muchos ó pocos, lo sentirán conmigo, con ustedes; los que me ayudaban por compromiso respirarán á gusto, como quien se libra de una carga enojosa; los indiferentes se encogerán de hombros, y los que se alegren del fracaso... esos... bastante tienen con su alegría.

GRACIA Muy bien, Gonzalo. Me encanta que hable usted de ese modo. Y ahora me toca á mí. No se entristezca usted mucho todavía, ni llore por imposible y desbaratado su intento... Los niños pobres de Guadalema, de quienes nadie se ha preocupado aquí hasta que ha habido un Gonzalo Vega que piense en ellos, tendrán amparo y protección.

GONZ. ¿Qué dice usted?

GRACIA Esta idea, que no lleva en mi pensamiento más que unos minutos de vida, se conoce que es antigua en mí, por las raíces con que ahora la noto y por el tesón con que estoy decidida á defenderla. El Asilo se levantará, y si me apuran mucho, dará en el cielo con la cruz de su torre.

GONZ. ¿Cómo? ¿Usted?...

GRACIA Mi fortuna es grande; si no tanto como quiere la leyenda, todo lo que á mí me conviene ahora. ¿Cree usted que estará mal empleada una parte de ella en costear las obras del Asilo?

GONZ. Por Dios, Gracia, eso es un sueño de usted... Hermoso, pero sueño... No se puede pensar sólo con el corazón. ¿Imagina usted que yo debo aceptar...? Piense usted en la gente que nos rodea...

GRACIA Pero si lo hago para no pensar en la gente...

GONZ. ¿No le asusta á usted lo que dirían?

GRACIA A otra mujer, tal vez. A mí no. Estoy acos-

tumbrada á hacer mi voluntad, despreciando el parecer ajeno. Usted lo sabe.

GONZ. Me aturde usted, Gracia. Admiro esa grandeza de que no soy capaz. A mí una sola mirada del prójimo me hiere en lo mas vivo. Pero aunque así no fuera, yo no debo consentir que arrostre usted el despecho de todos.

GRACIA Si usted no tiene nada que consentir, criatura. Si es que yo, que voy á edificar una casita, lo llamo y le digo: usted que entiende de esto, Gonzalo: ¿me quiere ayudar?

GONZ. ¿Y con su padre, ha consultado usted?

GRACIA ¿Cuándo? ¿No oye usted que esto es una improvisación? Además, á mi padre jamás le consulto yo para nada bueno; y como, que yo sepa, no hago nada malo... pues, ahí verá usted, no le consulto para nada.

GONZ. Es usted singular... Conmueve usted, con lo que dice, los que yo consideraba sólidos cimientos de mi carácter. Fuera, fuera temores pueriles, aprensiones de niño mimado... Venza lo que debe vencer. Aquí está mi pecho, dispuesto á recibir todas las heridas, pero abierto á la compasión y á la gratitud... Gracia, amiga ideal, haga usted lo que quiera: ¿quién soy yo para torcer su albedrío si me hallo desconcertado y confuso ante usted, y lo que débilmente rechaza mi pensamiento estremece mi corazón hasta hacerme llorar?...

GRACIA Usted siempre agrandando las cosas...

GONZ. No, Gracia: perdóneme usted este arranque de sinceridad y de noble egoismo, ya que estamos hablando íntimamente. Usted no sabe lo que pasa por mí, y nadie con más derecho que usted á saberlo Soy un niño: las lágrimas no me dejan hablar... Yo no vivo con mi presente sólo: á la realidad de mi presente llevo siempre ligada como una reliquia la idea de mi pasado. Y créame usted: en este momento, mi orgullo se estremece al ver que el hijo de Vega el herrero, cuya ambición es insensata, llega adonde

quiere conducido por la mano de una mujer ilustre, noble, buena... y hermosa.

GRACIA Calle usted, calle usted...

GONZ No puedo. Me parece que me hallaba en una caverna oscura, tenebrosa, buscando en vano la salida, un resquicio de luz para orientarme, y de pronto, allá lejos, en una revuelta ignorada, he descubierto un punto luminoso; he corrido hacia él frenético de alegría, le he visto agrandarse, agrandarse... y al fin he salido al campo libre, á los montes, al cielo, al sol, y he respirado con avaricia el aire puro...

GRACIA ¡Gonzalo!

GONZ El empleo de mi vida ha sido soñar. entre las páginas de mis libros están mis sueños de gloria y de amor, como si fueran flores disecadas... Pero, con soñar tanto, nunca imaginé que los obreros de mañana, los artífices, los hijos del trabajo, los niños de hoy, pudieran bendecir nuestros nombres juntos...

GRACIA Nuestros nombres juntos...

GONZ. Sí ¿Llora usted, Gracia?

GRACIA ¿No lo ve usted?

GONZ. Esas lágrimas son para mí un premio inestimable.

GRACIA No son más que el rocío de las flores de sus libros de usted...

GONZ Gracia, ¿qué quiere usted decirme?

GRACIA Déjeme usted, Gonzalo...

GONZ. ¿Por qué tiembla usted?... ¿Por qué tiemblo yo?...

GRACIA Los dos temblamos por lo mismo.

GONZ ¿Serás tú verdad también, delirio de mi vida?... Gracia asiente delicadamente con la cabeza. Con ansia amorosa ¿Sí?

GRACIA Casi sin voz y sin palabra. Sí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la tarde y en el mes de Octubre.

ESCENA PRIMERA

DON FAUSTINO y BERRUGUETE

Don Faustino sentado, con un periódico en la mano. Berruguete sale por la puerta de la derecha, sin sombrero, pero con una preocupación en la cabeza.

D. FAUS. ¿Quién era?

BER. Nadie. Efectivamente, no habían llamado.

D. FAUS. ¿Lo ve usted?

BER. Es que hoy tengo yo motivos para creer que llaman á todas horas.

D. FAUS. Claro: como no ha ido usted á la fiesta...

BER. No es eso, no...

D. FAUS. ¿Por qué se ha quedado usted, cuando han ido todos?

BER. Porque para algo me ha hecho usted secretario suyo, dispensándome un altísimo honor.

D FAUS. El honor es para mí, señor de Berruguete. Además, si le quitaron á usted su empleo por faltas de que tenía la culpa mi hija más que usted, lo menos que yo podía hacer es lo que he hecho.

BER. Pues ya se ha comentado por ahí de muy mala manera... y ya hay quien dice que saqué mi tajada... y ya... En fin, quede esto aquí. A su tiempo se sabrán las cosas.

D. FAUS. No haga usted caso de chismes ni de habladillas. Usted es un hombre superior.

BER. ¿Y usted, por qué no ha ido?

D. FAUS. Por varias razones... Como nunca salgo de mi casa, al hacer una excepción el día de hoy, hubiera parecido que me movía la vanidad ó que quería compartir con mi hija lo que, en rigor, corresponde á ella sola. Además, la calle me aturde; la mucha gente me marea..

BER. Ya: eso sí. ¿Va usted á acabar de leer el artículo ese?

D. FAUS. Sí; ya queda poco.

BER Pero es lo más bonito. El señor Segarra pone la pluma que da gusto.

D. FAUS. Leyendo. «Volvemos á decirlo otra vez: solemne es el día de hoy en la historia de Guadalema, y habrá repique general de alegría en los corazones de todos los buenos.

Cuando una idea generosa, de ida á un hijo ilustre de esta ciudad, fracasaba por motivos tan complejos como poco simpáticos, una voluntad de acero, puesta al servicio de un corazón de oro, ha sabido y podido realizar por sí sola lo que entre todos no logró realizarse.

La señorita de Latorre, Gracia Latorre, como familiarmente la llamamos en Guadalema, al colocar hoy la primera piedra de ese Asilo para los niños pobres, al echar los cimientos de obra tan admirable, con liberalidad y largueza que la enaltecen, ha pensado sin duda con el poeta:

Dios, que da su follaje al bosque umbrío
y al alba su arrebol,
para templarnos el calor y el frío
no cuenta, no, las gotas del rocío
ni los rayos del sol.»

BER. Me afecto, me afecto...

D. FAUS. «Orgullosa debe estar de su arranque subli-

me: tiene el premio más alto en su propia acción. Cuando ese Asilo, que hoy principia á ser una realidad, lo sea completamente, las madres de Guadalema á cuyos hijos sirva de refugio y amparo, bendecirán á Gracia Latorre; y cuando, rendidas por el sueño, caigan bajo el peso del trabajo del día, el postrer pensamiento de todas será para ella, bien así como el último rayo del sol á la tarde es para la cumbre más elevada y hermosa. ¿Qué mejor premio?»

BER. ¡Anda! ¡que les va á sentar bien á Lolita Sanjuán y á su madre!

D. FAUS. Amigo Berruguete: no se alegre usted nunca del bien de nadie porque haga rabiar al vecino.

BER Pero ¿usted sabe cómo está esa familia, señor?... Digo, esa familia y muchas. Crea usted que la noticia del rasgo de Gracia cayó como una bomba. Ha sido un mes de no descansar las tijeras. ¡Que se fastidien!

Don Faustino pasea. Berruguete, de pronto, principia á dar al aire cortes y reveses, como si se estuviera batiendo á sable.

D. FAUS. Advirtiéndolo. ¿Qué hace usted?

BER. Nada, no... nada... ¡Pícaros nervios!... ¿De manera que le ha gustado á usted el artículo de *El Defensor?*

D. FAUS. Sí; mucho.

BER. Ese Segarra vale, ¿verdad?

D. FAUS. Yo le tengo en gran estimación. Empobrecido en su periódico, defendiendo sus ideas siempre con el mismo entusiasmo, y eso que ya, por viejo, sabe que no ha de verlas realizadas, ni un solo momento ha perdido ni su fe, ni su dignidad.

BER. De esos cocos, pocos.

D. FAUS. No tan pocos, ilustre Berruguete. Hay muchos hombres de valer, modestos y oscuros, como cohibidos y asustados ante el triunfar escandaloso de los enanos que chillan para que se les vea.

Pausa. Don Faustino continúa paseando. Berruguete

lucha entre su impulso de dar tajos y mandobles y la presencia de don Faustino.

BER. Tardan, tardan los de la fiesta...

D. FAUS. Esas ceremonias son siempre largas. Empiezan los discursos... quieren hablar todos...

BER. Ah, lo que es yo, si llego á ir, hablo. Y hablo para hacer sangre. Se tira á fondo sin poder contenerse.

D. FAUS. Criatura, ¿está usted loco?

BER. Perdóneme usted... Es que me sucede una cosa... Ya saldrá, ya saldrá... Mira su reloj. (¡Huy!) Con su permiso me voy a llegar en un soplo á la Cervecería... Cosa de dos segundos...

D. FAUS. Lo que usted quiera: yo no le necesito.

BER. Gracias. Vengo al instante... Vase por la puerta de la derecha, dando sablazos.

D. FAUS. Sí que debe de ocurrirle algo anormal... Oyendo charloteo por el jardín. Ya está aquí mi gente. El charloteo no deja de oirse hasta la aparición de Gracia y Manolita, las cuales se supone que están despidiendo a otras señoras.

ESCENA II

DON FAUSTINO, JULIA, CARMEN y DANIEL

Carmen y Daniel son, como Julia, criados de la casa. Vienen por el jardín, de la fiesta, con los trapitos de cristianar.

D. FAUS. ¡Hola! ¡hola! Pensé que no volvía ninguno.

JULIA ¡Ay, señorito!

D. FAUS. ¿Qué tal ha estado aquello?

JULIA ¡Ay, señorito!

CAR. ¡Lo que nos hemos acordado de usted!

DAN. Ha habido tres discursos.

JULIA ¡Y qué apreturas! ¿Verdad, tú?

CAR. ¡Ah, qué apreturas!

DAN. ¡Qué gentío! Gente pobre, la mayor parte.

JULIA Y señorío también.

CAR. ¡Y qué de palmas! ¡y qué de vivas!

DAN. Tres discursos he contado yo.

D. FAUS. ¿Y la señorita, está ahí?

JULIA Ahí está despidiéndose de unas señoras.
D. FAUS. ¿Y Diego y Roque?
DAN. Detrás de nosotros venían
D. FAUS. Bueno, bueno; pues andad á vuestros quehaceres.
JULIA Vamos, tú.
CAR. Vamos. Se van las dos por la puerta de la izquierda.
DAN. Habrá que leer los papeles mañana. El cojo ha estado bueno de verdad. Se va por la puerta de la derecha.

ESCENA III

DON FAUSTINO, SALVADORA y JUAN, luego SARMIENTO, después GRACIA y MANOLITA

Todos por el jardín, como los criados.

JUAN Tenga usted muy buenas tardes, don Faustino.
D. FAUS. ¿Qué es eso? ¿También vosotros venís de allá?
JUAN ¡No que no!
SALV. Nosotros los primeros.
JUAN Que sea para bien, señorito, como tiene que ser. ¡Qué cosa más manífica!
SALV. De eso se ve mu poco.
JUAN A esta creí que tenía que llevármela. Se le encogió el corazón cuando principiaron las mujeres á darle vivas á la señorita, y en na estuvo que se me privase.
SALV. Me entró un ahogo...
JUAN ¡Qué cosa más manífica, señor!...
SAR. Emocionadísimo y atolondrado. ¡Solemne! ¡solemne! Esta es la palabra. ¡Deme usted un abrazo!
D. FAUS. ¡Querido Sarmiento!
SAR. ¡Solemne! ¡solemne! ¡Una honra para todos! Tiene usted una hija que yo quisiera que fuese mía.
D. FAUS. Muchas gracias. Digo lo mismo de su señora de usted.

SAR ¡No, no! ¡Manolita ha ayudado; pero no, no!... ¡Qué acto! ¡qué fiesta! ¡Solemne! ¡solemne!

Este señor parece que tiene la cabeza de papel, según lo poco que le pesa y lo que la mueve. Hablando jadea frecuentemente como perro cansado. Viene de levita y con botón en la solapa.

D. FAUS. Aquí está mi heroína.

GRACIA ¡Ay, gracias á Dios! ¡Papá! Se abrazan.

MAN. ¡Se ha perdido usted, por comodón, la alegría más grande de su vida!

D. FAUS. La más grande la tengo ahora.

GRACIA Has debido ir, papá. Te hubiera gustado.

D. FAUS. Ya sabes que prefiero las cosas contadas por tu boca á vistas por mis ojos.

MAN. ¡Qué fiesta, don Faustino! ¡qué espectáculo!

SAR. ¡Verdaderamente solemne!

GRACIA Separándose de su padre. Abuelos, me han dicho que traéis una comisión.

JUAN Sí, señorita...

GRACIA ¿Qué es ello? Veamos.

JUAN Que esta noche en los barrios hay hogueras... y pólvora... y baile... y jaleo... y como saben tos que yo tengo aquí algún metimiento, y esta también, nos dijeron, dicen: «¡A ver si la señorita Gracia quiere ir... aunque no sea más que á pasar por la calles! ¡que nos daría mucha satisfación de verla!...»

GRACIA Iré.

MAN. Iremos.

SAR. Iremos, iremos.

JUAN Dios se lo premie á usté, señorita. Anda, tú, vamos á decirlo nosotros.

SALV. ¡Lo contentos que van tos á ponerse!

JUAN De aquí á la noche hago yo un arco á la puerta e casa pa que pase la señorita por debajo.

SALV. ¡Ah!

JUAN ¡Y en lo alto le voy á poner la estampa e la República!

Se ríen todos. Salvadora y Juan se retiran, riéndose también.

ESCENA IV

GRACIA, MANOLITA, DON FAUSTINO y SARMIENTO

GRACIA No tienes idea de lo contentísima que vengo, papá.

SAR. Con razón, don Faustino; porque ha sido una cosa... ¡solemne!

D. FAUS. Pero bien, bien; necesito detalles, pormenores... Se sienta. Explíquenme ustedes en qué ha consistido esa solemnidad de que habla Sarmiento.

MAN. Yo tengo una excitación, una alegría...

GRACIA Mira, papá: estaba el campo que daba gloria verlo. El día, hermoso: por todas partes no había más que sol. Mucha gente, ¿sabes? muchísima gente. Sobre todo mujeres del pueblo. De seguro que en Guadalema no se ha quedado una sin ir. Y, qué sé yo, á mí me parecía que todas llevaban niños en los brazos. Cuando llegué en el coche me recibieron con palmas y vivas, abriéndome paso. No se me olvidará ese momento. Al bajar, algunas me besaron el vestido. Los hombres tiraban las gorras por el aire... Yo quería hablar y no podía; quería sonreir y se me saltaban las lágrimas... Como ahora, lo mismo que ahora... Oye: un muchacho obrero me dijo: «Señorita, con seis como usted... se acababan los mitins.» Siéntase junto á don Faustino.

MAN. El elemento oficial no ha faltado, ¿eh? No podemos quejarnos de las autoridades... Hemos tenido música del Ayuntamiento, cohetes, discurso del Gobernador...

SAR. ¿Ha hablado el Gobernador?

MAN. Sí, hombre: ¿no lo oiste? Pero más valía que se hubiera callado. ¡Qué premiosito y qué torpe estuvo! Imitándolo. «Verdaderamente, señores... hem... verdaderamente... hem... hem... verdaderamente...» Verdaderamente no daba pie con bola. Y á todo esto con los

pies así: lo mismo que la sota de oros. Se sienta también.

GRACIA El que dijo poco, pero bueno, fué Segarra, tu amigo.

D. FAUS. Ese tiene mucho talento.

SAR. ¡Oh! ¡Ese estuvo... estuvo solemne! ¿Cuál es Segarra?

MAN. El de *El Defensor*; el viejecito aquel del cabello blanco... ¿no lo conoces?

SAR. Ah, sí. No me acuerdo, pero ya sé quién es.

GRACIA Habló seguido, seguro, sin equivocarse, como si en vez de hablar leyera lo que iba diciendo en el horizonte. Sin un grito, sin un desplante, sereno... importándole poco que lo aplaudieran. Al final, dijo... «Estos niños de hoy, para quienes en breve se alzará en este sitio un techo y un hogar, á cuyo fuego debemos echar todos algún tronco de leña, serán mañana los hombres que muevan nuestros talleres, los que levanten nuestras casas, los que cultiven nuestros campos, los que formen y mueran en el montón anónimo del ejército... Y á trueque de tanto como ellos van á darnos, ¿qué mucho que nosotros les regalemos con un poco de salud, que es paz y alegría?» El lo dijo mucho mejor y con más palabras; pero fué una cosa así, ¿verdad, Manolita?

D. FAUS. ¿Y Gonzalo, no habló?

SAR. ¡Sí, hombre, sí!

MAN. ¡No, hombre, no! ¿Cuándo habló Gonzalo?

SAR. Será que me distraje yo.

GRACIA El muy tonto no quiso: ¡me dió una rabia! Y cuidado que se lo pidieron. Pero si parecía que iban á ajusticiarlo...

MAN. Otro que también estuvo muy oportuno fué el último orador...

GRACIA Ah, sí...

MAN. Calla: no digas quién es. A ver si tu padre lo conoce.

D. FAUS. Con seguridad.

MAN. Imitando á Solano. «¡Joroba!...»

D. FAUS. Basta: no siga usted adelante.

MAN. «¡Joroba! ¡Aquí no se trata como á niños

más que á los hijos de los grandes, de los que pueden; á los que vemos en los paseos, limpitos y adornados, corriendo detrás de las mariposas con los buclecitos rubios sueltos al aire! ¡Niños son esos, ya lo sé! ¡Pero ¡joroba! también son niños los que venden papeles y décimos de la lotería; los que se ponen delante de la tropa con palos y cañas; los que nos piden limosnas por las calles y á quienes apartamos á empellones como bichos molestos; los que nacen enclenques, raquíticos, deformes; los que viven explotados por padres postizos; los que no tienen pan que llevarse á la boca; los que mueren sin madres que los cuiden y les den calor!.. ¡Esos también son niños, joroba! ¡Y mientras sean niños hay que cuidarlos y atenderlos igual que á los de bucles rubios que corren detrás de las mariposas de colores, que tiempo habrá, cuando lleguen á hombres, de que andemos todos á la greña! ¡Mil... y no sé cuántas jorobas!... »

D. Faus. Lo aplaudirían á rabiar.

Gracia Una locura.

Sar. Pues yo no me enteré bien, porque estaba un poco distraído, pero en un acto tan solemne como el de hoy, sobraban las jorobas.

Man. Si es que iba el pobre un poquillo bebido.

D. Faus. Ah, pero ¿bebe Solano?

Man. ¡No!

ESCENA V

DICHOS y BERRUGUETE

Ber. Por la puerta de la derecha, con el sombrero puesto, excitadísimo y lleno de alegría ¡Toda júbilo es hoy la gran Toledo! ¡Deme un abrazo cada uno!

Gracia ¿Qué ocurre?

Man. ¿Que hay?

Ber. ¡Acta! ¡acta!

D. Faus. ¿Cómo acta?

BER. Sacando un pliego escrito del bolsillo. Aquí está. Por poco tengo un duelo.

GRACIA ¿Un duelo?

MAN. ¿Usted?

SAR. ¿Usted?

D. FAUS. Me lo había figurado.

BER. Sí, señores, yo: yo mismo. Evaristo Berruguete y Diz.

GRACIA ¡Pero, Evaristo!...

BER. Anoche, anoche fué la cosa... Entre paréntesis: acabo de encontrar á Gonzalo: ya sé que la fiesta ha sido conmovedora, lucidísima...

SAR. ¡Solemne!

BER. Lo que yo me alegro no hay para qué decirlo: soy de los leales. Bueno, pues á lo que iba: mi cuestión, como digo, fué anoche. Con Colmillo, el del Instituto. Se discutía si el Casino debía colgarse ó no con motivo de la fiesta de hoy. Nos trabamos de palabras, nos insultamos... ¡pin! ¡pan! dos puñetazos... padrinos en seguida. Los míos, Gordillo y Suarez; los suyos, Molero y Domínguez. Aquí está el acta. ¡Honrosísima para mí! Oigan ustedes. Principia á leer y á cada paso murmura ó gruñe las palabras escritas que él no considera del todo interesantes. Los murmullos y gruñidos se indican con puntos suspensivos. «En la ciudad de Guadalema, á 4 de Octubre..... reunidos los señores don Francisco..... y don Gaspar..... en representación de don Evaristo..... y don Andrés.. .. y don Antonio..... en representación de don Arturo.. .. para tratar de una cuestión habida entre sus representados en la noche..... después de discutir largamente, ambas representaciones no tuvieron reparo en convenir que.. .. en un momento de arrebato, y habiendo sido la acción simultánea..... un puñetazo por cabeza..... dan por satisfactoriamente zanjada la cuestión, y se complacen en declarar..... perfectos caballeros. Y para que conste, extienden la presente en el día de la fecha. Las cuatro firmas.....»

D. FAUS. ¡Honrosísima! Venga usted á mis brazos. Tengo un secretario que no me lo merezco.

BER. Gracias, don Faustino.
MAN. Enhorabuena.
GRACIA Muy bien, Evaristo: pero no ha debido usted meterse...
BER. ¡Era mi deber! Para las ocasiones son los amigos. Todas las grandes obras de la humanidad han costado sangre de inocentes.
D. FAUS. Todas, menos esta.
SAR. ¿Y ha sido á sable?
BER. ¿Cómo á sable?
MAN. Pero, Sarmiento, ¿no te enteras de que no se ha batido?
SAR. Perdona, mujer; me distraje un poco.
BER. Pues ahora, don Faustino, quisiera yo obtener de usted una nueva gracia.
D. FAUS. Concedida: á un hombre tan digno no puedo yo negarle un favor.
BER. Se trata de celebrar el lance con una comida en *La Bomba*.
D. FAUS. Ni una sílaba más: corra usted, que ya tarda.
BER. Muchísimas gracias, señor mío.
SAR. Nos iremos juntos. Lo llevo á usted en coche y todo.
BER. Yo voy al Casino primero.
SAR. Adonde sea.
GRACIA ¿Pero luego vendrá usted á comer?
SAR. ¿Pero no hemos comido ya?
MAN. ¡Por Dios, Sarmiento, tienes la cabeza á las once!
SAR. Dices bien, hija... Hasta luego; no me despido. ¿Vamos?
BER. Vamos. Se encaminan hacia el foro.
SAR. Retrocediendo. ¡Ah!
MAN. ¿Qué quieres?
SAR. No; nada... Luego lo diré. ¿Vamos?
BER. Vamos. Vuelven a encaminarse hacia el foro. ¡Ah!
GRACIA ¿Qué?
BER. Si acaso vinieran... Por más que no... Bueno, yo se lo prevendré al portero. ¿Vamos?
SAR. Vamos.
BER. Yendo hacia la derecha. Por aquí llegamos más pronto.
SAR. Pues vamos por aquí.

MAN. ¡Pero si el coche está en la verja, Sarmiento!
SAR. ¡También es verdad! Por aquí.
BER. Por aquí. Se marchan por el foro.
SAR. A Berruguete, mientras se alejan. ¡Ya le digo á usted; ha sido una fiesta solemne!
MAN. ¡Jesús, qué hombre! Me ataca los nervios ¡Nunca se da cuenta de lo que hace! Y en todo es así.
GRACIA ¡Pobrecillo Evaristo! No dejo de pensar en su aventura...
D. FAUS. ¡A qué extremos lo lleva la amistad!... Porque si no lo arreglan se rompe la crisma con el otro.
GRACIA ¡Vaya!
MAN. Después de mirar hacia la derecha, bajo á Gracia. Ahí tienes á Gonzalo.—Don Faustino, ¿usted será tan amable que me acompañe á dar una vueltecita por el jardín? Tenemos que hablar.
D. FAUS. Con mil amores, señora mía. Ya sabe usted quién es mi flaco en este mundo.
MAN. ¡Guasón!
D. FAUS ¿Vienes tú, Gracia?
MAN. No; Gracia no quiero yo que se entere de eso.
D. FAUS. Perfectamente. Ya sé yo entonces de lo que vamos á tratar.
MAN. Puede que se equivoque usted.
D. FAUS. Veremos. Mi brazo, Manolita.
MAN. Don Faustino, mi brazo.
D. FAUS. Yendo hacia el jardín, por donde se retiran. Cada día lamento más no haber nacido medio siglo después.

ESCENA VI

GRACIA y GONZALO

GRACIA A Gonzalo, que sale por la derecha. ¡Gonzalo! Ya era hora.
GONZ. ¡Gracia! Perdóname.
GRACIA ¿Estás contento?
GONZ. Te ofendería si no lo estuviera.

GRACIA ¿Y tus padres?

GONZ. No los hay más felices. Otra razón para que yo esté contento. ¿Y el tuyo?

GRACIA Me adora, y basta. Al jardín se lo ha llevado Manolita. Nuestra amiga le estará contando... lo que él sabe de más... Se sientan.

GONZ. ¿Crees tú?... ¿Y á mí que me gustaba este misterio de nuestro cariño?.. Me asusta pensar lo que dirán de mí cuando se sepa.

GRACIA ¡Vuelta á los temores de la opinión! Aprende á despreciarla, tonto. Lo que pienses tú de tí mismo, eso es lo que debe importarte.

GONZ. Ahora sólo me importa lo que pienses tú. A tu lado no soy el que soy. El mundo de todos se acaba para mí cuando te hablo, cuando te veo, porque tú eres mi mundo, mi sueño, mi musa, mi ideal, mi reina protectora...

GRACIA Y sin embargo, digas lo que digas, te acuerdas del mundo de los demás y tienes penas esta tarde. ¿Es cierto?

GONZ. Sí. Pero tus ojos las disipan.

GRACIA Pero las tienes. ¿Cuáles son? ¿Qué puede amargar tu alegría?

GONZ. La tristeza que engendra, Gracia.

GRACIA ¿A quién?

GONZ. A muchos.

GRACIA A los que nacieron ruines y miserables.

GONZ. Es que ellos no hubieran querido nacer así.

GRACIA ¿Los disculpas?

GONZ. Los disculpo... y los compadezco. Pero me nublan la alegría. Siento á veces tener satisfacciones y glorias, porqué sé que para muchos son rabia y dolor.

GRACIA Pues, hijo, yo no voy tan allá: acepto las cosas como las hallo. Los que rabien y se duelan de lo de esta tarde, no son dignos de lástima.

GONZ. Hay en ello un hecho, Gracia de mi vida, que me tiene fuera de mí. ¿Viste á José Ramón?

GRACIA No lo ví: no estaba.

GONZ. Pudo estar y no verlo tú.

GRACIA No estaba.

GONZ. ¡Hombre más extraño!... Yo no quiero que sea verdad esta sospecha que me está quemando el corazón como un hierro encendido...

GRACIA ¿Dudas de su lealtad?

GONZ. A pesar mío, dudo.

GRACIA ¿Hace mucho que no hablas con él?

GONZ. Desde que le salvé á Nela.

GRACIA ¿A su hija?

GONZ. Sí. ¿No te he dicho?... Con tanto hablar de tantas cosas... Estuvo muy grave. Sin saber yo por qué, llamó para que la viera á don Alejo... Y la niña se moría, se moría.. y hasta entonces no acudió á mí.

GRACIA ¡Cosa más singular!

GONZ. Es misterioso y raro como ello solo. Desalado corrí á la casa... Figúrate: yo sabía que Nelita era su único cariño. Le reñí duramente. El no supo excusarse: parecía idiota: no me decía más que: «¡Sálvala!... ¡sálvala!...» Fué preciso operar como único remedio: la niña se ahogaba... se ahogaba por instantes... Se llevaba las manecitas crispadas al cuello, como si quisiera arrancarse el dogal angustioso que la oprimía... Practiqué la operación felizmente... A todo me ayudó José Ramón con frialdad y firmeza de estatua... Pero cuando vió que el aire entraba al fin en los pulmones de su Nela, que su carita se animaba, que su color violáceo se extinguía, que abría los divinos ojos y lo miraba con ansia de vivir, José Ramón rompió á llorar como un loco y se puso á besarme las manos, manchadas aún con sangre de su hija.

GRACIA ¡Qué dolor!

GONZ. Seguí yendo á la casa hasta que dejé á la niña fuera de peligro. El me recibía siempre tembloroso, febril... casi mudo. Después de esto, ni él me ha buscado como de costumbre, ni yo lo he visto por ninguna parte.

GRACIA Es increible.

GONZ. Unicamente lo explica mi sospecha... y por eso me duele tanto.

GRACIA Pensativa. Es verdad.

ESCENA VII

DICHOS y DANIEL

DAN. Por la puerta de la derecha. Señorito.
GONZ. ¿Qué hay?
DAN. El señorito José Ramón pregunta por usted.
GONZ. Con gran sorpresa, levantándose. ¿Eh? ¿Pero está ahí?
DAN. Sí, señor.
GONZ. ¿Está usted seguro de que es él?
DAN. ¡Seguro! Me ha dicho que haga usted el favor de salir, que tiene que hablarle.
GONZ. ¡Casualidad mayor!
GRACIA ¿Qué te querrá? Lo mejor es que entre.
GONZ. Sí, sí.. Dígale usted que entre.
Vase Daniel.
GRACIA Te dejo con él.
GONZ. Sí... Me ha sobrecogido... Sea para lo que sea, me alegro de que me busque esta tarde.
GRACIA Allá veremos para lo que es. Hasta luego.
GONZ. Hasta luego.
Vase Gracia por la puerta de la izquierda, mirando á Gonzalo.

ESCENA VIII

GONZALO y JOSÉ RAMÓN

Gonzalo mira hacia la puerta por donde José Ramón ha de salir. Este tarda un poco.

J. RAM. Gonzalo, Dios te guarde.
GONZ. Bien venido seas, José Ramón. Hubiese yo sentido que no me vieras en el día de hoy.
J. RAM. Yo no habría podido pasar sin verte. Vengo de tu casa: me dijo tu madre que aquí te encontraría... Tengo que hablar contigo.
GONZ. Háblame.
J. RAM Aquí no. Vámonos al campo: los dos solos...
GONZ. Ahora es imposible. Más tarde... á la noche...

J. Ram. No: ahora. ¡No espero ni un segundo más!

Gonz. Pues habla: ¿para qué hemos de movernos de aquí? E-tamos solos.

J. Ram ¿No me oirá nadie?

Gonz. Descuida.

J. Ram Pues bien: oye tú. Decidido estaba á escaparme de Guadalema como un ladrón; á esconder mi vergüenza y mi desgracia en el último rincón del mundo. Pero ni escaparme he podido: hay una fuerza superior á las mías que aquí me ata, que me acerca á tí, que me impide ser dueño de mi voluntad...

Gonz. No te entiendo, José Ramón... ¿Qué dices? ¿Qué quieres?

J. Ram Confesar.

Gonz. ¿Confesar... qué?

J. Ram Lo que soy... lo que he hecho contigo.

Gonz. ¿Tú?...

J. Ram. No puedo más; tenme lástima. Desde que cayó enfermita mi Nela sostengo una batalla interior que me destroza... Nunca creí que resistiese tanto un cuerpo miserable... A un movimiento de Gonzalo. Oyeme: no me digas nada hasta oirme... Habla con anhelo, entre febril y avergonzado, con ansia de librarse pronto del peso que le oprime. Gonzalo, tú no sabes qué cosa es la envidia ni á qué extremos lleva. Corazón en que arraiga, corazón podrido... Tan ambiciosa es que no quiere que ningún otro sentimiento la estorbe... A mí me los aniquiló todos, menos el amor á mi hija, por ser ajeno á ella... No presumía que alguna vez este amor pudiera convertirse en su enemigo y la venciera y la delatara... Yo he sido, yo, tu amigo, tu hermano, quien te hizo tropezar y caer en el camino de tu empresa noble y grande... Yo he sido, sólo yo: no los culpes á todos; no culpes á ninguno... Cúlpalos por indiferentes, por frívolos, por necios, pero por enemigos no. He sido yo, yo sólo, quien socavó los cimientos del edificio que ya empezaba á levantarse para gloria tuya. Removí las pasioncillas ruines, las mi-

serias, el fango, poco ó mucho, que llevamos dentro... ¿Quién no tiene una llaga de la que salta sangre con sólo un soplo?... Logré mi empeño destruí tu obra: triunfé; vencí... ¡Imbécil! ¡Triunfo ridículo; victoria necia!... ¡La envidia no destruye nada más que el cuerpo ruin que la lleva dentro!... Tu fracaso... óyeme, Gonzalo, óyeme bien... tu fracaso me produjo una alegría insensata... feroz...

GONZ. Calla: no sigas.

J. RAM. Déjame hablar, que cada palabra es una saeta que tengo clavada en el pecho, y me las voy sacando una a una. Tu fracaso me llenó de júbilo: era la primera vez en la vida que dominaba yo, que imponía mi voluntad, que vencía. Trabajo me costó no salir por las calles riendo á carcajadas. ¿Has visto alguna vez alegría más triste? Con ironía. Pero como en el mundo no hay dicha completa, sin duda para que no la saboreara a gusto, mi Nelilla enfermó. No quieras pensar el espanto que se apoderó de mi alma: te juro que después de aquello no hay en lo humano nada que me estremezca. Llamarte era imposible, y sin embargo yo sentía que tú podías salvar á mi tesoro... ¡Tremenda pelea entre mi conciencia y mi corazón!... Tremenda... pero breve. La niña enferma... moribunda... venció al padre cuando se creía más fuerte y poderoso... ¡Pobre José Ramón!...

GONZ. Basta ya, basta ya.

J. RAM. No basta: me quedan saetas todavía. El talento y la ciencia que yo te envidiaba, aquello que me hizo atentar contra tí... aquello que yo hubiera querido arrebatarte, me devolvió lo único que sentiría que me quitaran: mi Nela. ¿Imaginas castigo mayor? No sabes tú, no sabe nadie lo que es mi Nela para mí. La de sus ojos es la única luz que entra en mi alma, que alumbra mi casa y mi vida; su infantil charloteo, la única música que halaga mis oídos; sus mentiras, sus cuentos, sus historias, lo único que en el

mundo me interesa; las de sus manitas suaves las únicas caricias que tengo... Ella me riñe, me canta, me pega, me divierte, me arrulla... Por las noches no duerme si yo no voy á asustarle el miedo: por las mañanas va á besarme á la cama y me despierta como un rayo de sol... Mira todo lo que me has devuelto tú en pago de lo que yo te hice. Perdóname.

Silencio.

GONZ. Quien así siente... y sufre... y confiesa, bien merece que se olvide su culpa y se le perdone... Hacer bien acaso sea más fácil que hacer mal, arrepentirse y confesarlo.

J. RAM. Dios te lo pague. ¡Quién pudiera borrar los hechos!...

GONZ. Abrazándolo. No hay manera de borrarlos más que así.

J. RAM. Ni aun así se borran. Ese Asilo de niños, cuya primera piedra se ha puesto hoy, será para mí perpetuamente una acusación y una burla.

GONZ. Pero será también un consuelo.

J. RAM. Verdad. Callan un instante. ¿Y Gracia?

GONZ. Conmigo hablaba cuando llegaste tú.

J. RAM. Dime: ¿es cierto lo que se murmura por Guadalema?

GONZ. ¿Qué se murmura?

J. RAM. Que la quieres.

GONZ. Es cierto.

J. RAM. ¡Qué hermosa es tu vida!... ¡qué envidiable! ¡Cuántas veces me acuerdo, pensando en ella, de la primera conversación que tuvimos cuando yo vine á Guadalema! ¿Te acuerdas tú?

GONZ. Mucho.

J. RAM. «¡El hijo de Vega el herrero!» ¡Ya le llaman á tu padre «el padre de Gonzalo!» ¡Qué orgullo para tí!... ¿Por qué no he tenido yo nunca nada de esto? ¿Tú sabes responderme?

GONZ. Yo no.

Sale Gracia por la puerta de la izquierda.

ESCENA IX

DICHOS y GRACIA

J. RAM. ¡Gracia!

GRACIA Dichosos los ojos...

GONZ. Ya pareció.

GRACIA Aquí habíamos hecho comidilla de usted.

GONZ. Tiene disculpa. Perdónalo tú como yo, porque tiene disculpa.

J. RAM. Mi Nela... mi niña. . ¿sabe usted?... ha estado enfermita... muy grave... Gracias á este...

GONZ. Y atendiéndola con mil cuidados primero... y distrayéndola después... no ha podido ..

GRACIA Nada mas natural.

GONZ. Casi casi es la niña quien le ha hecho venir á buscarme.

J. RAM. Cierto, cierto... Con emoción vivísima. Gonzalo sabe ya lo que mi Nela puede conmigo... El me ha perdonado... ¿Usted también me perdona, Gracia?

GRACIA También: es claro... Una niña, una hija, manda imperiosamente.

GONZ. Los niños nos gobiernan ahora: á nosotros, á tí...

J. RAM. ¡Y cuánto mejor gobiernan que los hombres!

GRACIA Como que los hombres mejores son los que tienen algo de niños.

J. RAM. Verdad, Gracia, verdad. Siempre que vengo aquí, me voy contento. ¡Pero qué diferentes alegrías, aquélla... y la de hoy!. . Adiós, Gracia: adiós, Gonzalo.

GRACIA ¿Se va usted?

GONZ. ¿Te vas?

J. RAM. A buscar á mi Nela: mi dicha. Los dejo á ustedes con la suya.

GONZ. } Adiós.
GRACIA }

J. RAM. Adiós. (¡Lejos de aquí: muy lejos!...) Vase por la puerta de la derecha, taciturno y sombrío.

ESCENA ULTIMA

GRACIA y GONZALO, MANOLITA y DON FAUSTINO

GRACIA Con amargura. ¿Acertaste?

GONZ. Por desdicha, acerté. Yo no he sentido nunca tristeza más grande... Sólo me alivia de ella la confesión de mi pobre amigo: esta conquista hecha por la fuerza del dolor y del bien. Quizás no era malo, y su vida lo arrastró á serlo La de su hija creo que lo salvará...

GRACIA No lo dudes: la Nela te devuelve á tu amigo.

GONZ. Siempre salen de tu boca palabras de consuelo para mí. Olvidemos estas batallas pasajeras y hablemos de nosotros. Mírame, que quiero olvidar...

GRACIA Todo me lleva á ser feliz esta tarde.

GONZ. Ocultemos nuestro cariño, Gracia; escondámoslo en nuestros corazones; que nadie lo vea, que nadie lo conozca, para que nadie lo pueda manchar.

GRACIA No temas, Gonzalo: contra este castillo ideal que hemos levantado para vivir nosotros, nada valen los hombres.

GONZ. Pero lo envidiarán también.

GRACIA ¿Y qué importa? El que sepa envidiar esta ventura, la merece.

D. FAUS. Saliendo del jardín con Manolita, muy graves los dos. Amigo don Gonzalo.

GONZ. ¿Don Faustino?

D. FAUS. Acabo de saber por esta señora una cosa que ciertamente no esperaba, y que, á decir toda la verdad... Viendo la turbación de Gonzalo corta la broma y se echa á reir. ¡Vamos, hombre, no ponga usted esa cara tan seria! ¡Es la primera broma de suegro! ¡Abráceme usted! Manolita y Gracia se rien.

GONZ Abrazando á don Faustino, pero protestando contra la broma. ¡Don Faustino, por Dios, que me ha dejado usted sin gota de sangre!

GRACIA Papá, parece que tienes quince años.

D. Faus. ¿Pero para qué se callaban ustedes esto, que ya sabíamos de memoria Manolita y yo?

Man. El desenlace de la comedia acaso se les antoje á ustedes vulgar y sencillo; pero no hay que darle vueltas: no tiene otro.

Gracia Es absolutamente de nuestro gusto. ¿Verdad, Gonzalo?

Gonz. Verdad.

D. Faus. Yo le encuentro un solo defecto: que se veía venir.

Gonz. Pues no será porque haya faltado quien quisiera torcer el curso de la corriente que á él nos llevaba. Pero sin duda lo que debe ser, es, más tarde ó más temprano. A Gracia. Alegrémonos con nuestra dicha, que ha nacido... de querer hacer la de los demás.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Setiembre, 1902.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, jugueto cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.

El genio alegre, comedia en tres actos.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Pepita Reyes

COMEDIA EN DOS ACTOS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

PEPITA REYES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PEPITA REYES

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LARA el 30 de Enero de 1903

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551
—
1906

Dedicatoria

La noche del estreno de Pepita Reyes *fué aniversario de otro estreno, inolvidable para nosotros; el de* Esgrima y Amor, *nuestro primer ensayo dramático. Quince años hizo el 30 de Enero. La chiquillería del Instituto de Sevilla fué casi todo nuestro público; el éxito de la obra caluroso, franco, grande, indiscutible. Aquellos muchachos que hicieron punto de honrilla estudiantil que triunfase nuestra primera tentativa escénica, son ya hombres que desparramó la fortuna por el mundo entero... Donde quiera que se hallen, ricos ó pobres, dichosos ó desgraciados, alegres ó tristes, vaya hasta ellos nuestro saludo cariñoso; y á los que cayeron ya heridos por la muerte, quizás por ser los que más valían, consagremos en esta página un recuerdo, como homenaje de nuestro corazón á tanto noble anhelo desvanecido y á tanta esperanza malograda...*

De ninguna manera mejor que así podemos celebrar el éxito de esta comedia.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEPITA REYES	Srta. Domus.
MORRITOS	Sra. Ruiz.
SEBASTIANA	Valverde.
GREGORIA	Srta. Alba.
CLARITA	Rodríguez (M.)
PETRA	Castillo.
NICASIO	Sr. Rodriguez.
VICTOR	Calle.
DON LOLO	Romea.
PEDROSA	Santiago.
EL MARQUÉS	Montenegro.
TELERITA	Santiago.
EL CALLAO	Pérez.
JULITO	Barraycoa.
MESA	Pacheco.
PEREGRÍN	Cantalapiedra.
UN MOZO DE CAFÉ	Zorrilla.
UN JOVENZUELO	Mani.
UN SEÑORITO	Barbero.
UN VECINO	Alemán.

Una tiple, su criada y varios cómicos

ACTO PRIMERO

Interior de una portería, en Madrid. Al fondo, la puerta que comunica con la escalera. A la derecha del actor otra, tapada con una cortina, que conduce á las habitaciones de la portería. A uno y otro lado de la puerta del foro una cómoda y una máquina de coser; casi en el centro de la escena una camilla, y colocados sin orden alguno un maniquí de mujer con una blusa puesta, un costurero y varias sillas desiguales. Todo ello modesto, tirando á pobre. Sobre la cómoda, amén de algunos platos y cubiertos, varios cachivaches de adorno, uno ó dos cepillos, y un fanal que resguarda del polvo cierto trabajo artístico hecho con almejas y caracoles. En las paredes un hormiguero de cuadros pequeñitos, con fotografías de toda la parentela y marcos de caña ó de junco. De ninguna manera debe faltar el retrato de un Guardia civil. Estera de pleita.

Es por la mañana y en el mes de Octubre.

ESCENA PRIMERA

MORRITOS y un JOVENZUELO

Morritos, sentada junto á la camilla, monda patatas y lee el folletín de un periódico. Es una chiquilla como de quince años, y de clase tan pobre que sirve de criada á los porteros. Su expresión es de susto constante: las palizas diarias de su madre y su afición voraz á los folletines han grabado en su rostro el espanto y la alarma. Tiene siempre muy abiertos los ojos, como en expectativa de algún suceso desagradable. Habla con la pronunciación fuerte y recortada de algunas hijas de Madrid.

MOR. Leyendo con cierta dificultad el folletín. «Reinó luego en toda la estancia un silencio pro-

fundo. Sólo se oía el chisporroteo de la leña en la chimenea, el tic-tac acompasado del reloj y el ruido de algún vehículo que pasaba por los balcones. Dourpin paseaba meditabundo con los brazos cruzados y las manos metidas en los bolsillos » ¡Qué bonito es este folletín! «Esperaba que hablase la Marquesa, que parecía sumida en gran abatimiento. En el fondo de la pieza, Rodin acariciaba el puño del revólver. Algo trágico iba á pasar allí.» Oye pasos dentro y suspende la lectura inmediatamente, consagrándose por entero á las patatas.

JOV. Asomándose por la puerta del foro, un si es no es turbado. Buenos días.

MOR. Buenos días.

JOV. Diga usted: ¿vive aquí una tal doña Irene ..?

MOR. Segundo derecha; sí, señor.

JOV. Gracias. Vase.

MOR. No hay de qué darlas. ¡Jesús qué susto! Creí que era el señor Nicasio. ¡Temprano empiezan hoy las visitas de doña Irene! Pasce un médico. Enfrascándose de nuevo en la lectura.

«—Y bien, Dourpin—dijo al cabo la Marquesa de Roquefoul:—¿jurais no realizar vuestro propósito?

—¡Ah, señora Marquesa! Eso es imposible—contestó Dourpin dando vueltas alrededor de las paredes.

—¡Sois un miserable aventurero!—replicó la Marquesa.—Ya veo que no amáis á la señorita Guillaume.

Dourpin se llevó una mano á la frente, se apretó el corazón con la otra y con la otra señaló al cielo. Después se puso lívido.

Rodin, á cuyos labios asomaba la sonrisa de la cólera, seguía acariciando el puño del revólver. ¿Cuáles serían los propósitos de aquel hombre infame?... De repente, en la pieza inmediata...» ¡Andá! Siempre se acaba á lo mejor. Se queda una con la curiosidá... ¡Este tío Rodin es mu perro! Veremos mañana la que hace. ¡Qué malitas tripas que tiene!

ESCENA II

MORRITOS y PEPITA; al final NICASIO

Pepita viene de la calle, con un lío de costura que deja al llegar. Viste humildemente, y trae puestas capa larga y toquilla. Es madrileña, de tipo fino. Con sombrero parecería una señorita; con mantón, una chula. Se queda en modista y no vamos perdiendo nada.

PEP. A un movimiento de Morritos. Soy yo.

MOR. Hola. ¿Ya estás de vuelta? ¿Qué te pasa que vienes tan acelerá?

PEP. Que esto no es vida. Se sienta con cansancio y tristeza. ¿Y mi padre?

MOR. Pués calculálo: ahí enfrente tomando unas tintas. Tienes un padre que es el rey de las tintas.

PEP. ¿Y los chicos?

MOR. También te lo pués calcular: jugando en el arroyo, como siempre. Salen pa la escuela, pero no van nunca.

PEP. ¿Y mi tío don Lolo?

MOR. Ese anda de paseo, por variar. No quié más que sol: paece un gato.

PEP. ¡Vaya una familia, Morritos! Sacrifíquese usté y mátese usté á trabajar, descuidando lo suyo...

MOR. La tonta eres tú...

PEP. Pero ¿qué quieres que le haga? Si no miro yo por mi gente, si me echo el alma á la espalda, como todos, ¡á ver! Mis hermanos son chicos para el trabajo; mi padre .. es mi padre... ¿Cómo voy yo á decirle ni esto? Mi tío don Lolo, no hay que contar con él: en su vida ha hecho más que lo que hace ahora... Ponte tú en mi caso, y dime si no arrimarías el hombro como yo

MOR. ¿Te pagó la blusa la Indalecia?

PEP. Ni me la paga. Esa es otra: para cobrar, algunas veces, es menester el juez de guardia. Por supuesto, que no me he venido sin plantarla dos frescas. Yo tengo mucho aguante,

pero cuando me llega la hora... Lo mejor que la he dicho es que el día que le disequen á su marido la cabeza, me pase recao, para ir á verlo.

MOR. ¡Andá!

PEP. ¡Pues claro está! Si no puede, que no presuma. Y si quiere presumir, que pague. Hecha un pingo voy yo, y valgo como siete millones más que ella.

MOR. Y lo que tiés que valer toavía. Deja tú que entres en el teatro.

PEP. ¡El teatro... el teatro!... Si no fuera por esa ilusión... Pero ¡ay! Morritos, cada vez se la van llevando más lejos ..

MOR. Eso lo dices hoy, porque estás de mal temple. Tú veras cómo llega el día. ¿No llegó pa mí el de salir afuera de mi casa? Y aquello sí que era un presidio, Pepita; más que lo es el tuyo. Mi padre... bueno, el marido de mi madre—no el de ahora; el del año pasao—borracho siempre, siempre regañando, la pegaba ca paliza á mi madre, que... Mi madre, pa desahogar la furia, me agarraba á mí y me pegaba ca paliza, que... Y yo, pobre de mí, cogía al gato y le pegaba ca paliza, que... Un folletín. Y así to el santo día. Y á la noche, las paces, que era lo que me daba más rabia. En fin, tú lo ves: yo me acuerdo que cuando mi madre me trajo aquí pa que aprendiera —no hace un año toavía—pesaba yo catorce kilos y una llave: y ahora, mírame, hasta colores voy echando.

PEP. Animándose y animando á Morritos. Pues deja tú que vayas al teatro á llevarme la ropa. ¿Eh, Morritos?

MOR. ¡Ah!... ¡Mira que eso!...

PEP. Estaré yo en mi cuarto, ¿sabes? como una reina... En un cuarto con mucha luz y muchos espejos... Así he visto yo á más de cuatro... Y vengan autores, y venga el empresario, y vengan periodistas, y todos pendientes de tí, y todos á decirte cosas... Y yo, en esto, que te mando al escenario y te digo: Morritos, *ves* á ver en qué escena están. Y

tú que vas y que lo ves, y yo que me despido deprisa, y que salgo á cantar, y me aplauden, y me regalan ramos de los proscenios, y me suben el sueldo tos los meses... y á retratarme tos los dias.

MOR. No me lo digas, que me vuelvo loca. Y yo te ayudaré á vestir.

PEP. ¡Claro! Y me hablarás de usté delante de la gente.

MOR. ¿De usté, verdá? ¿Y te echaré tos los olores?

PEP. ¿Qué olores?

MOR. ¡Andá! ¡Pues así que no huelen bien las del teatro!

PEP. ¿Tú has ido al escenario alguna vez?

MOR. Una tarde—¿no te lo he dicho nunca?—fuí con una vecina, lavandera también como mi madre, que tenía dos hijas en el coro. ¡Lo que yo me pude reir! Juntas en un cuarto había lo menos seis mujeres. Llegaron de pronto, toas acelerás, y de moros que estaban vestías, se disfrazaron de niñeras y se fueron corriendo, que no se las veían los pies. Fué un paso de risa.

PEP. ¡Ay! Si Dios quisiera, Morritos, si Dios quisiera...

MOR. Dios quedrá; no seas tonta. ¿Tu maestro no está en llevarte?

PEP. Sueña con eso; me aprecia mucho. Pero no hace más que decirme que tenga calma; que todo se andará... Y la calma que él tiene me consume á mí.

MOR. Eso es que quiere darte una sorpresa.

PEP. ¡Ojalá fuera hoy! Yo no he nacido para portera, Morritos; ni para coser la ropa de nadie. Se me vienen encima estas cuatro paredes. Me tira el teatro de una forma, que sueño con él... de noche... de día... ¡Mira tú que pasar de aquí al escenario! ¡Vamos!... ¡qué disloque!... Allí no hay más que alegría, y lujo, y flores, y dinero, y aplausos... y mimos... cosas que te ayudan á vivir á gusto; mientras que aquí... aquí ya ves tú lo que hay...

MOR. Bacalao con patatas tos los días.

PEP. Cuando pienso en esto, Morritos, no me da más pena que una

MOR ¿Cuála?

PEP. Que sé que me va á costar un disgusto.

MOR. ¿Cuálo?

PEP. El de Víctor; mi novio.

MOR. ¿Porque te lleva la contraria?

PEP. Por eso: porque no quiere que sea del teatro. Cada vez que hablamos del particular se pone por las nubes. Así es que he determinao de no tocar la cuestión hasta que no haya más remedio. Ya cambiará de parecer. Esto del teatro es como el jugar á la lotería, que lo critica mucha gente. Pero luego, si te toca el gordo: «chica, has estao buena.»

MOR Y es la verdá.

PEP. Víctor es muy celoso. No sé qué se le figura á él de que salga yo á que todos me vean.

MOR. Pues le plantas, y en paz, en último caso.

PEP. ¡Plantarle! Eso se dice así muy fácil. Me quiere con ceguera. Si llega el día, yo le convenceré.

MOR. Y si no se convence, no seas tonta; le plantas.

PEP. Sí se convence, sí... Me costará llorarle y que me llore, pero como media el cariño... En mediando el cariño, échate tú á pedir imposibles.

MOR. Eso paece de un drama.

PEP. Pues ya tú ves que no es mentira. Luego diran...

MOR. ¿A tí no te gustan los dramas?

PEP. A mí no.

MOR. A mí sí. Como recordando escenas que ella ha presenciado. «¡Ah! ¡tú! ¡Madre mía! ¡Hijo mío! ¡Traidor!» Da una cuchillada en la cazuela y clava una patata. Está una con el alma en la boca toa la noche

PEP Mira qué gusto.

MOR. El *Don Juan Tenorio* no le pierdo yo ningún año. Y después sueño siempre con las estatuas... ¡Qué cosa!

Nuestros padres de «consumos»
nuestras bodas acordaron

porque los cielos «ajuntaron»
los destinos de los dos...

Llega Nicasio por el foro, á tiempo de oir los cuatro versos.

NIC. Morritos, que te la vas á ganar: que en mi casa no quiero yo novelerías.

ESCENA III

DICHOS; después GREGORIA

MOR. Hablaba con la Pepita, señor Nicasio.

NIC. Con la Pepita ó sin la Pepita, la cuestión es hablar.

PEP. Tampoco va á reventar la chica, padre...

Siéntase á coser á la máquina. Morritos le hace gestos y le saca la lengua á Nicasio cuando este no la ve.

NIC. Pué que reviente yo antes que ella. ¡Maldita sea la!... Tengo una pata al mús... No vuelvo á coger las cartas en la mano.

Este señor Nicasio, aunque indigno, es padre de Pepita Verlo á él, y pensar que á quien sale Pepita es á su madre, todo es uno. Viste pantalón de pana y chaquetón, pañuelo de seda al cuello, y gorra.

PEP. Hasta mañana si Dios quiere.

NIC. Bueno: ese particular no es de tu distrito A Morritos. ¿Ha venido alguien?

MOR. Un joven na más, preguntando por doña Irene.

NIC. ¿Otro? ¡Mecachis en la doña Irene! Hoy es el segundo que pregunta. ¡Qué escándalo! Voy á quejarme al azministrador, pa que la eche á la calle. Paco el sereno me ha dicho que por la noche es una romería. ¡Y esta es una casa decente, hombre!

Dentro, hacia la izquierda, óyese á Gregoria gritar disputando con otra mujer. Morritos se estremece.

MOR. ¡Andá! ¡Mi madre! Finge que trabaja con mucha actividad, muerta de miedo.

GREG. Mientras Nicasio y Pepita dicen lo que sigue. ¡So borracha! ¡So ladrona! ¡Yo no la he dao á usté pie pa que se tome esas confianzas! ¿En qué

asqueroso bodegón hemos comido juntas? ¡Quítese usté de delante, que la escupo! ¡Si no tiene usté una mala morrá, tía sinvergüenza!

NIC. También tu madre se trai un dicionario por las mañanas...

PEP. Mándala callar.

NIC. Desde la puerta del foro. ¡Eh! ¡Señá Gregoria! ¡que no hay pa qué escandalizar de esa manera! ¡A ver si nos echamos un punto en la boca!

GREG. Dentro todavía, pero avanzando hacia la puerta del foro. ¡La muy marrana!.. ¡la muy tía!... ¡la muy!... Asomándose á la puerta, con dos talegos grandes de ropa. Hola, Nicasio.

NIC. ¿Sabe usté que gasta usté un lenguaje como pa impresionar un cilindro?

GREG. ¡Mientras que no la arranque el moño á la tía tarasca!... ¡Siempre me ha de poner el cesto de los pimientos pa que tropiece!— ¿Y esa, cómo se porta?

Morritos tiembla, con los ojos más espantados que de costumbre.

NIC. Así, por lo mediano.

GREG. ¿Sí, eh? ¡Deje usté que la mate!

NIC. Deteniéndola. Ni que lo sueñe usté: lo uno es lo uno, y lo otro es lo otro.

PEP. Como que no se porta mal la chica. Tú también...

GREG. ¡No la tenga usté lástima, Nicasio; que es mu perra; que es mu atravesá; que es mu judía!.. ¡Miá si te agarrara ahora mismo!...

A Morritos, de miedo, se le caen unas cuantas patatas, que recoge aterrada.

NIC. Usté á su avío, señá Gregoria; que la chica corre de mi cuenta.

GREG. ¡A ver si me la esbarata usté de un golpe! ¡Maldita sea la hora que vine al mundo!... ¡Entre tos van á acabar conmigo!... Sigue su camino hacia la derecha, gruñendo siempre, hasta que á poco se la oye gritar otra vez en la escalera de la casa.

PEP. ¡Ave María, qué fiera de mujer!

NIC. Vaya unos concetos pa una madre.

MOR. ¡Andá! Pues aquí hace visitas de cumplido. En casa es donde se expresa sin arrodeos.

NIC. ¿Qué es eso? ¿Vuelta al escándalo? Desde la puerta, como antes. ¡Pero, Gregoria!...

MOR. Marchándose por la puerta de la derecha con sus patatas y su folletín. Se mete la mañana en agua. Y to esto va á parar en que se sube el vino. Manifestando su temor de zurra probable.

PEP. Déjala, padre; ya se callará. Lo peor algunas veces es decirla nada...

NIC. Mujer, es que esta es una casa decente.

ESCENA IV

PEPITA, NICASIO y un SEÑORITO

PÉP. Cantando á media voz mientras cose.

Si las mujeres mandasen
en vez de mandar los hombres...

NIC. ¿De dónde es eso, tú?

PEP. De *Gigantes y Cabezudos*.

NIC. Ah, sí; es verdá. Aquella que vimos con el vale que nos mandó don Ramiro, tu maestro.

PEP. La misma; sí, señor.

SEÑ. Asomándose á la puerta del foro. Buenos días.

NIC. Buenos días.

SEÑ. Diga usted: ¿una tal doña Irene...?

NIC. ¡El tercero!

SEÑ Gracias.

NIC. ¡Oiga!

SEÑ ¿Qué hay?

NIC. Que el tercero es usté: que ella vive segundo derecha.

SEÑ ¡Ah! Vase.

NIC. ¡Te digo que me quejo! De hoy no pasa que le hable á don Lucas. Porque esta es una casa decente, y no está bien... Y que luego el carbonero, que es un *sátiro*, se me viene á mí con *epígramas*...

PEP. Rematando la copla empezada, mientras habla su padre.

...Serían balsas de aceite
los pueblos y las naciones...

NIC. Para sí. Digo, si afina... El día que esta chica debute...

ESCENA V

PEPITA, NICASIO y PEDROSA.

PEDRO. Por el foro. Felices.
NIC. Dios guarde á usté.
PEDRO. ¿Vive aquí...?
NIC. Sin dejarlo acabar. Segundo derecha.
PEDRO. ¿Cómo? Si me han dicho que es en la portería...
PEP. ¿Por quién pregunta usté?
PEDRO. Por la señorita... Leyendo en un volante que trae en la mano. Pepita Reyes.
NIC. Servidora. Esta es.
PEP. Para lo que usté guste mandar.
PEDRO. Gracias: por muchos años.
NIC. Pase usté.
PEDRO. Gracias... gracias... Pasa el hombre, que es el avisador de un teatro y que se cae de viejo. Trae puesto un hongo que no ha sido suyo hasta ahora, y una capa que es suya hace cuarenta años. Vengo con este volante del Teatro Nuevo...
PEP. ¿Del Teatro Nuevo?
PEDRO. Y de parte del maestro Benítez.
PEP. ¿De don Ramiro? ¿Me hace usté el favor? Coge el volante y lee. A las tres, libro y música de *Los fuegos artificiales*. Loca de alegría. Papá, ¿tú oyes?
NIC. Leyendo también el volante. No comprendo. ¿Qué es?
PEP. ¡Pues que me llaman á ensayar! Digo yo.
NIC. Pero, ¿á ensayar qué, chica?
PEP. ¡Lo que sea! ¿A mí qué más me da? Al avisador. ¿No es verdá usté que es eso?

PEDRO. Cabalito: eso es.

PEP. ¿Lo ves tú, padre? ¡Dame un abrazo!

NIC. ¡Toma los que quieras, hija mía! Se abrazan rebosando júbilo, Usté; siéntese usté, si gusta.

PEDRO. Obedeciendo, y como si la satisfacción de hija y padre fuera cosa propia. Vaya si gusto... Y yo les explicaré á ustedes lo que hay.

NIC. Sí, hombre, sí: *despoje* usté la incónita.

PEP. ¡Ay, yo estoy que salto! A su padre. ¿Querrás creer que la Moritos y yo hablamos antes de una sorpresa así?

PEDRO. Pues verán ustedes: en esta zarzuela de *Los fuegos artificiales*—que será un alboroto ó he perdido yo los papeles, y le advierto á usted que á mí me han salido los dientes en el teatro,—en esta zarzuela, como digo... Saca una cajita de rapé y toma un polvo. Espera el estornudo haciendo gestos, y no viene. Vaya; no quiere romper. Vuelta á los gestos naturales. Nada, que tengo que mirar al sol; porque si se me queda dentro me duele la cabeza Asómase á la puerta del foro, mira hacia la izquierda y estornuda dos veces, causando el asombro mudo de Nicasio y Pepita. En seguida vuelve á sentarse.

PEP. ¡Jesús!

NIC. De salú sirva.

PEDRO. Gracias.—Pues en *Los fuegos artificiales* hay un terceto de *Luces de bengala*, precioso: se repetirá la noche del estreno: lo verán ustedes. Iban á cantarlo la Sorianito, la Rabadilla y Mariquita Conde; pero Mariquita Conde se va á provincias—ahora sale con esas: le va á pesar: no es que yo me alegre, pero le va á pesar.—Que quién la sustituye, que á quién le echamos mano... que dónde hay una niña bonita... que el maestro Benítez pensó en usted. Esta es la historia; ni más ni menos.

PEP. ¡Ay, qué gusto! ¿Y usté sabe cómo me tengo que vestir?

NIC. De luz de bengala, ¿no has oído?

PEP. Ya, ya: pero ¿cómo es el traje?

PEDRO. Hágase usted cargo: una luz... mientras menos sombras, mejor. ¡Je, je, je!

PEP. Eso sí que lo siento.

NIC. ¿Ahora te vas á andar con tiquis-miquis?

PEDRO. Mire usted, joven: en el teatro, como en todas partes, la que tiene vergüenza, tiene vergüenza. Créame usted á mí, que he echado los dientes viendo representar comedias.

NIC. Pero que ni má ni menos.

PEDRO. Además, de las mujeres del teatro se habla mucho y se murmura mucho... y no hay de qué. De más de un señorito sé yo que se las echa de sultán y no cata ni esto. ¿Ve usted lo que se dice de la Rabadilla... que si fué... que si vino?... ¡Pues no es verdad! Pongo la cabeza. Es una muchacha modelo. A costa suya vive un familión. ¿Ve usted lo que se dice de la Castrito... que si tiene ó no tiene que ver con ese matador que está de moda, y que si patatín, que si patatán?... ¡Pues no es verdad tampoco! ¡Qué más quisiera ella!

PEP. Pero si no necesita usté convencerme de eso: ¿á mí qué me importa lo que el día de mañana puedan decir de mí, con tal que yo tenga mi conciencia lo mismito que ahora?

PEDRO. Ese es el toque.

PEP. Nadie está libre de una mala lengua; ya lo sé.

PEDRO. Pero bueno es que vaya usted prevenida. A mí me saca de tino esta cuestión: no puedo remediarlo. Calculen ustedes que todas las mujeres de mi familia han comido y comen del teatro.

NIC. Si pa mí que es el coro lo que más malea.

PEDRO. ¡Otro error! Las pobres coristas son unas infelices casi todas... Hay mucho Tenorio de boquilla... ¿A cuántos no se les dice algunas veces: Hola, hola, ¿conque Fulanita y usted?... y ellos sonríen con cierta malicia, como si fuera cosa de clavo pasado?... ¡Pues ni agua, señor! A mí mismo, ¿no me dan bromas con la Martínez? ¡Pues tampoco hay nada! ¡Lo puedo jurar por lo más sagrado!... Conozco bien el terreno que piso. ¿No ve usted que á mí se me han picado los dientes entre bastidores? Sin ir más lejos, y por

lo que hablábamos del coro de señoras: tres nietas coristas tengo yo: bueno, pues dos de ellas, solteras del todo las tiene usted; y la mayor, Felisa, que está en estado interesante, ¡lo está por la iglesia! ¡Pues no faltaba más! Se miente mucho, se miente mucho... Claro que algo hay... Como digo una cosa digo otra... Lo que cuentan de Antoñita Gomez, por ejemplo: ¡es verdad! Yo no los he visto, pero es verdad. Lo mismo de la Julia Rivas, que ya se ha hecho público: ¡también es verdad! ¡Y el marido lo sabe! ¡No, si le digo á usted que yo no tengo pelos en la lengua! Pero no me toque usted á la Costa, ni me toque usted á la Martínez, ni me toque usted á la Castrito, ni me toque usted á la Rabadilla.

NIC. No, no; ya entendemos. Y le azvierto á usté que yo por mi chica no paso susto. La sale mu de adentro el ser honrá.

PEDRO. Lo celebro en el alma. Levantándose. ¿De manera que les he traído á ustedes una buena noticia?

PEP. La mejor que podía usté traernos.

NIC. ¡Ah, pa esta! .. Es una afición que se la come. No sé cómo no se ha puesto a bailar.

PEDRO. Pues, hija, yo allí soy el último mono: el avisador, y está dicho en una palabra. . Pero si para algo me necesita... Ya ve usted: á lo menos sabré aconsejarla... A mi se me han caido los dientes en el escenario... Conque hasta luego, ¿eh? Servidor de ustedes. Hasta luego. Toma otro polvito, vuelve luego á los visajes de antes y se va estornudando.

NIC. Vaya usté con Dios.

PEP. Y muchísimas gracias

PEDRO. No las merece. Es mi obligación... Que sea para bien me alegraré. que sí será, porque tiene usted muy bonita figura... Ya la estoy viendo en el cartel del estreno: «Bengala 1.ª, Señorita Reyes.» Je, je, je... Vaya, vaya, celebraré que la aplaudan mucho... Retírase.

PEP. Desde la puerta. ¡Muchas gracias!

NIC. ¡Y mande usté lo que se le ocurra!

PEP. ¡Hasta luego!
NIC. ¡Y ya sabe usté dónde tiene una portería!
PEP. ¡Y unos amigos!
NIC. ¿Te parece bien que lo llame y le dé este puro?
PEP. Ya no; después en el teatro. Se apartan de la puerta.

ESCENA VI

PEPITA y NICASIO; luego MORRITOS

NIC. Abrazando á Pepita, con toda la emoción de que es capaz. ¡Pues ven acá tú, hija de mi alma; que le proporcionas á tu padre la satisfación más grande que ha tenido desde que tu madre se murió!
PEP. ¡Ay, padre! ¿Se acabará esta vida?
NIC. ¡Pues qué duda coge! ¡Miá esta!... ¡Y á ver! ¡á ver qué dice ahora el tarugo de tu novio!
PEP. Eso sí que no es de tu distrito.
NIC. Sí que lo es; aunque tú no lo creas. Porque á mí me costa la oposición que te hace... y en cuanto á eso...
PEP. En cuanto á eso, déjame tú á mí que lo arregle, y no me dés el día. ¡Más contenta estoy! ¡más contenta!... ¡Ahora mismo se lo voy á decir á la Morritos, y á la tía Sebastiana, y á la señá Gertrudis, y á todo el mundo!
NIC. Calma, calma, calma: no nos atorrullemos.
PEP. ¡Morritos!
NIC. Tú no pués ir al teatro de esa forma.
PEP. Es verdad.
NIC. Ni yo de la manera que estoy. ¡Morritos!
MOR. Saliendo alarmadísima, con un soplillo chamuscado en la mano y con cada ojo como una onza. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo?
NIC. No, mujer. Esta, con los folletines y la madre, siempre está asustá.
PEP. ¡La gran noticia, chica!
MOR. ¿Sí?
NIC. Ahí la tienes, de tiple.
MOR. ¿Sí?

PEP. Voy al teatro esta tarde: me llaman para un papel en una obra nueva.

MOR. ¿Sí? ¿Ves tú lo que habiábamos? ¿No te dije yo que iba á salir pronto? Señor Nicasio, ¿me deja usté que la acompañe yo?

NIC. ¿Y quién se queda en la portería?

MOR. Se queda usté.

NIC ¿Yo? ¿El padre de la eminencia? ¡Estaría bonito!

MOR. ¡Mecachis! Pero miá tú como to lo que se piensa resulta después. A mí me pasa mucho. El otro día pensé yo que si salía me iba á coger un elétrico...

PEP. Chica, ¿y te cogió?

MOR. No; porque no salí... Pero si llego á salir, qué sé yo lo que hubiera pasao.

Se ríen los tres. Morritos se abraza á Pepita llena de alegría, tira el soplillo por alto y rompe á bailar. Pepita canta.

PEP. *Me dijiste que era fea,*
me pusiste una corona...

NIC. Che, che, che: que vamos á perder la sesera. Formalidaz. Y no contradecirme. Morritos.

MOR. Mande usté.

NIC. Toma mi reló: te vas y lo empeñas. ¿Sabes ir?

PEP. ¿A la casa de préstamos? ¡Dormida!

MOR. ¡Andá! Me pone usté en la puerta e la calle, me asopla usté... y como si llevara trole.

NIC. Bueno, pues me sacas á mí el pantalón rayao; ese que hace aguas... Y á esta la sacas... ¿Qué te saca á tí?

PEP. A mí me sacas la blusa grana y la falda bajera. ¿Darán bastante por el reló?

MOR. Y sobra. Dan seis duros, por ser pa mí.

NIC. Pues entonces te trais una docena de pasteles. Y to sobre la marcha. Yo voy á afeitarme, á tomar un vermú y á refregarle la noticia por los morros al señor Vitoriano. Hasta ahora. Vase.

ESCENA VII

PEPITA, MORRITOS y GREGORIA

MOR. Dame las papeletas, tú.

PEP. Mientras busca las papeletas en la cómoda. Chica, estoy que no veo. Sacando un puñado de papeletas y repasándolas. ¿Le parece á usté? ¡Esto es mudarse á la casa de préstamos!...

MOR. ¡Andá! Como que hasta el gato disecao le tenemos allí.

PEP. Colcha... Sábanas... Tenedor... Cuchara... Traje de niño... Gabán saco... ¿Qué gabán es este?

MOR. Uno de don Lolo.

PEP. ¿Cuál?

MOR. Uno amarillo al sol y verde á la sombra ¿No te acuerdas? Está en tres reales.

PEP. Pues no será prenda de vestir.

Dentro, hacia la derecha, óyese como antes pelear á Gregoria, que se va acercando

MOR. ¡Mi madre que baja! ¡Dame las papeletas pronto!

PEP. Pantalón... Esta es una.

MOR. ¡Anda á prisa, mujer!

PEP. Si no doy con ellas... Gemelos.. Cuchara... Falda de seda... Blusa... Estas son las otras. Ahí tienes.

MOR. Trai acá. Va á salir, á tiempo que se presenta Gregoria en la puerta del foro. ¡Mecachis!

GREG. Dejando en el suelo un talego de ropa que trae, y que luego al marcharse recoge. ¿Adonde vas tú?

MOR. A un recao de la Pepita. Me manda la Pepita.

GREG. Cogiéndola por un brazo, sacudiéndola y dándole golpes y pellizcos. ¡Te manda la Pepita!... ¡te manda la Pepita!...

PEP. Sí, sí, Gregoria, yo la mando. Déjela usté.

MOR. ¡Ay!

GREG. ¡Que la deje!... ¡que la deje!.. ¡Si la voy á matar de un golpe! ¡Si ya sé yo que te tira la calle! ¡Si no has salío mu callejera!...

MOR. ¡Ay! ¡ay!

PEP. ¿La quiere usté soltar?

GREG. ¡No quiero! ¡no me da la gana! ¡Pa eso es mi hija!... Morritos se escapa: su madre corre tras ella por la escena. ¡Anda pa alante, golfa! ¡anda pa alante! ¡Si no paro hasta hacerte peazos!

PEP. ¡Pero Gregoria!

GREG. Yéndose detrás de Morritos, que va aterrada, sin dejar de pegarle. ¡Si te tengo de madurar como una breva! ¡Anda pa alante! ¡No te me escapas, grandísima arrastrá! ¡no te me escapas!

PEP. Mirándolas ir desde la puerta del foro. Digo, ¿eh? ¿Y no hay justicia que la dé garrote á esa madre? De repente, muy sorprendida. ¡Calla! ¿Es Víctor aquel? ¡Sí que es Víctor! ¿A qué vendrá á estas horas? ¡Yo que no lo esperaba hasta la noche!... ¿Le digo lo del teatro ó no se lo digo?... Se lo debo decir... ¿Si habrá sabido algo y viene por eso?

Llega Víctor, contento como unas castañuelas. Viste con modestia y sin aliño alguno. Pertenece á esa clase social que es como el puente entre la clase media y el pueblo.

ESCENA VIII

PEPITA y VÍCTOR

VÍCTOR ¿No me esperabas, eh?

PEP. ¿Qué visita es esta?

VÍCTOR Pues que me dijo don Joaquín: ¿quiere usté venir conmigo á ver la nueva casa? Y fuí con él. Y así que la vimos, le dije yo: ¿usté no tiene más que ver, es verdad? Pues yo tengo que ver otra cosa que está aquí muy cerca. Con permiso.

PEP. Bueno, hombre, bueno. Cómo te gusta sorprenderme. Siéntate.

VÍCTOR No quiero. ¿Ya me estás mandando?

PEP. ¡Toma! ¿Quién te va á mandar á tí sino yo?

VÍCTOR En eso dices bien.

PEP. Oyeme, Víctor: ¿y qué tal es la casa nueva?

VÍCTOR Un palacio, chica, un palacio. No hay en España litografía con mejores talleres. Pero no sabes lo más bueno.

PEP. Tú dirás.

VÍCTOR Que don Joaquín está conmigo á qué quieres boca, y que pa mí que esta Navidad me sube el sueldo. Y como me suba el sueldo don Joaquín...

PEP. ¿Vas á echar coche?

VÍCTOR Coche, no. Pero tú y yo el año que viene somos tres.

PEP. Siempre se exagera.

VÍCTOR Al tiempo.

PEP. Nadie se alegrará más que yo.

VÍCTOR Este cura.

PEP. ¡Vamos! ¡Ni que lo pienses! Tú no me quieres á mí lo que yo te quiero. Eso que te coste.

VÍCTOR Te quiero más... y lo digo menos que tú.

PEP. Yo lo digo cuando hace falta.

VÍCTOR ¿Y hace falta ahora?

PEP. No te creas que está mal traído. ¿Ves lo pacíficos que hablamos? Pues quizás que dentro de cinco minutos haya cambiao el aire.

VÍCTOR ¿A que no? Aunque me llames Rocambole. Fijándose en el volante del teatro, que está sobre la camilla, y cogiéndolo con naturalidad. ¿Qué es esto?

PEP. Si antes lo digo antes lo reparas. Por ahí va el agua al molino.

VÍCTOR Leyendo. «Teatro Nuevo... Ensayos...» A ver, á ver, explica, tú; que con estas cosas no se juega. Volviendo á leer. «Señorita Pepita Reyes...» ¿Quieres hablar?

PEP. Ya te has puesto serio. ¿Qué te dije?

VÍCTOR Vamos, habla.

PEP. Pues eso: que tenía que llegar algún día, y ya llegó.

VÍCTOR ¿Cómo?

PEP. Ni más ni menos: que á las tres y media me llaman al ensayo esta tarde. Ahí verás.

VÍCTOR ¿Tú quieres que riñamos?

PEP. Yo no. ¿Y tú?

VÍCTOR ¿Pero es que te entra por un oído y te sale por el otro lo que te he predicao tantas veces?

PEP. Ponte en la razón, y comprende que mi porvenir está en el teatro.

VÍCTOR Tu porvenir está en mi casa.

PEP. En tu casa y en el teatro. ¿Por qué no ha de ser en las dos partes?

VÍCTOR Porque yo no quiero.

PEP. ¿Ves como íbamos á reñir? Y eso que no te he llamao Rocambole.

VÍCTOR No lo eches á broma, que es peor.

PEP. ¿Se te figura á tí que lo echo á broma?

VÍCTOR ¡Cuidao que estás ciega con el teatro! ¿De cuándo acá vienes preparándome este golpe, niña?

PEP. Ha sido una casualidad.

VÍCTOR ¡Sí!

PEP. Por la gloria de mi madre, que no lo esperaba. ¡Pero lo estaba deseando! De antiguo lo sabes.

VÍCTOR Y tú también que no me gusta.

PEP. Un capricho tuyo.

VÍCTOR Capricho ó razón, no vas al ensayo esta tarde.

PEP. Sí voy, sí. No des vueltas á eso.

VÍCTOR ¿Que vas?

PEP. Y debuto muy pronto.

VÍCTOR ¿Tan poco valgo para tí?

PEP. Lo que vales, si no lo sabes, tú lo verás.

VÍCTOR No será mucho cuando me contrarías.

PEP. Puede que en eso esté la gracia. ¡Mira que sería chusco que yo tirase por la ventana tu porvenir y el mío, y mi afición de toda la vida, y la tranquilidad de mi gente, porque á tí se te haya puesto entre ceja y ceja!

VÍCTOR ¡Tu gente!... ¡tu gente!... Ahí está el daño. ¡Que no sean gandules! ¡que trabajen! ¡que no quieran vivir á la sopa boba, á costa de la niña!

PEP. Esa es mi cuenta, ¿sabes?

VÍCTOR Y como tú eres mía, es mi cuenta también.

PEP. Pero, Víctor, siempre has de ver las cosas por lo más malo.

VÍCTOR No las veo más que como son.

PEP. Sólo que al revés que todo el mundo. Claro: como en las piedras de la litografía dibujas al revés...

VÍCTOR Dibujo al revés, precisamente pa que salga al derecho.

PEP. Es que no me convences. Echa aparte la ojeriza que tú le tengas á mi gente, y dime qué mal hay en que yo siga mi inclinación y me haga del teatro. ¡Si me tira desde así!

VÍCTOR Desde así te tiro yo también, y á mí no me da la gana de que tú diviertas á nadie. ¡Se acabó! ¿Lo quieres más claro?

PEP. ¡Bueno, pues se acabó! ¿Lo quieres más claro tú también?

VÍCTOR Mira que ahora me voy, y si sé que vas al ensayo esta tarde, no vuelvo.

PEP. Ni que vuelvas ni que no vuelvas, yo voy al ensayo.

VÍCTOR ¿Te pones así?

PEP. Como no atiendes á razones...

VÍCTOR Mira que no vuelvo.

PEP. Allá tú.

VÍCTOR Adiós, Pepa.

PEP. Adiós, Víctor.

VÍCTOR Yéndose. (No va; pero como vaya, no vuelvo.)

PEP. Con seguridad. Vuelve.

ESCENA IX

PEPITA y DON LOLO; al final NICASIO

PEP. Esta tormenta sabía yo que tenía que descargar. Ya pasará la nube; ya se convencerá de que está alucinao cuando me vea subir y subir... Porque yo subo... Se convencerá; y si no se convence... Sí; sí se convencerá... Pausa. Suspira, y como para distraer sus pensamientos, recoge y ordena la costura con cierto desdén, y pone después la mesa para el almuerzo. Por el foro aparece el ya citado don Lolo, que requiere punto y aparte.

Es bastante viejo, pero retocado y con pretensiones. Viste de americana y hongo, y usa piel al cuello y puños de goma. La ropa la lleva transparente de puro raída y cepillada. El hongo es prehistórico. Las botas muy viejas, pero brillantes como espejos. Al brazo trae

un gabán de entretiempo, mostrando la única parte del forro que no está rota. Viene haciendo molinetes con el bastón, y cantando un trozo de una zarzuela de su tiempo.

D. LOLO *Tranquila está la venta,*
no se oye ni un mosquito...

PEP. Eso es lo que tiene la venta; lo tranquila que está...

D. LOLO Hola, pitusa. ¡Qué día, chica, qué día!... Este otoño de Madrid es una primavera andaluza. Bueno; hoy se conoce que allá arriba están de gaudeamus y el sol ha tomado unas copas; sí, porque nunca lo he visto más alegre. Quítase el hongo, la piel y los puños de goma, y los cuelga de distintos clavos que hay en la pared. Luego se dedica á cepillarse de arriba abajo mientras habla con Pepita, que recoge la costura y pone la mesa. ¡Qué falta me está haciendo un sombrerol... Este pobre ya no puede con más café.

PEP. Anoche viniste cuando clareaba, don Lolo.

D. LOLO No tanto, sobrina: me recogí tarde, pero no tanto. Estuve en el Real, viendo salir al público. Era función de gala, y yo no podía perder eso. ¡Chica, qué mujeres! ¡qué lujo! Me transporté á mis buenos tiempos. Saludé á la Infanta; pero me parece que no me vió.

PEP. Don Lolo, tú siempre estás hablando de tus buenos tiempos, y á mí me da el corazón que son las ganas. Mientes lo que puedes.

D. LOLO ¿Por lo de la Infanta lo dices? Pues no eches en saco roto que me estima y que me ha concedido varias audiencias. Pronto serán sus días, y no seré yo quien deje de firmar en el Album.

PEP. Sí; porque si nota la falta se va á picar. ¿Echaste al correo la carta que te dí?

D. LOLO No, chica; no he estado de humor. Y he pasado por veintitrés estancos lo menos. Pero basta que lleven en sí las cosas sombra de obligación, para que mi libre voluntad las rechace. Soy el soberano de mí mismo.

PEP. Lo que eres un soberano vago. En tu vida has hecho más que pasearte, Don Lolo. Mi tía Remedios siempre lo decía: ese no morirá de la cabeza.

D. LOLO Es que mi mujer era muy guasona, como buena andaluza. Pero ya trabajo, ya. ¿Se te figura poco trabajo el de vivir? Pues añade á ese, el de vivir sin dos pesetas.

PEP. ¿Adónde has ido esta mañana?

D. LOLO ¡Uh!... No me he dado punto de reposo. He visto la parada en Palacio, que me gusta mucho; he oido media misa en San Francisco el Grande y en Las Calatravas el resto; he visto entarugar la calle del Barquillo—¡qué mal lo hacen!—he visto regar la del Sauco, hoy Prim—por cierto que lo encharcan todo y voy á tener que comprarme unos chanclos de goma;—he mediado en Recoletos en una disputa entre un golfo y un guardia—tenía razón el golfo;—he visto pasar por el Prado el batallón de Cazadores de Madrid... Tararea marchando con cierta marcialidad cualquier paso doble. Ta ta chin, ta ta ta chin na... Y por último, he visto una boda de esas de café popular, en la que la novia era más fea que el novio; como siempre... ¡Con que si te parece que he perdido la mañana!... Cantando.

¡Qué hermosa es la vida
que el cielo nos dió!...

PEP. Don Lolo, estás más loco que un cohete.

D. LOLO ¡Ah! Otra cosa que he visto: me dejaba en el tintero lo principal. He visto á tu novio calle arriba, corriendo como perseguido y con cara *feroche*.

PEP. Salía de aquí.

D. LOLO ¿Hola? ¿Es que ha habido borrasca?

PEP. Un poco. Para no aburrirnos.

D. LOLO No hagas caso. Es ley del amor. El sol se pone, para volver con cara risueña al otro día... Te advierto que el sol y yo nos tuteamos.

PEP. No; si lo de Víctor de hoy no tiene fundamento...

D. LOLO ¡Es que aunque lo tuviera! ¿Quién se apura por un amor á tu edad y con ese palmito? Cantando otra vez.

Tan, tan, niña, á tu puerta
llamando amor está. .

PEP. Y que es una sinrazón lo que le ha puesto así. Estoy aquí como una boba y todavía no te lo he dicho.

D. LOLO ¿Qué es ello?

PEP. ¡Poca cosa! Que he tenido un aviso del teatro, y que esta tarde ensayo por primera vez.

D. LOLO ¡Chica! ¡chica! ¡Has debido recibirme con esa nueva! ¡Déjame que te estruje! La abraza. ¿En dónde está el sinvergüenza de tu padre?

NIC. Presentándose oportunamente, con una botella de anis escarchado en la mano. ¿Ha venido ya el sinvergüenza de don Lolo?

ESCENA X

DICHOS; luego MORRITOS

D. LOLO ¡Ven acá, chico, ven acá! ¡Acaba esta de darme la gran noticia! Se abrazan.

NIC. ¿Y qué dices tú?

D. LOLO ¡Que estamos de buenas!

NIC. Pues lo mejor de to es lo sin pensar de la cosa.

D. LOLO ¿Qué traes ahí?

NIC. Anís escarchao. Un osequio de mi compadre Orosio El hombre se ha alegrao de corazón.

D. LOLO Recreándose en la botella. ¡Es bueno! ¡es bueno!

NIC. ¿Orosio? Un alma e Dios.

D. LOLO Digo el anís.

NIC. El anís es mejor que Orosio. Siguen hablando bajo.

MOR. Por el foro, con dos ó tres líos y una bandejita de

cartón con pasteles envuelta en un papel. Aquí estoy ya.

PEP. ¿Lo traes todo?

MOR. Todo. Verás la cuenta: á real por duro. E' pantalón estaba en Febrero. Febrero uno Marzo dos...

PEP. Ven, ven allá dentro, que habrá que poner al aire las tres cosas. ¿Esto qué es?

MOR. Los pasteles.

PEP. ¿Una docena?

MOR. Relamiéndose todavía. Vienen once na más... porque se me ha perdido uno en la calle.

PEP. ¿Y te relames, eh?

MOR. Como es un pastel lo que se me ha perdido .. ca vez que me acuerdo...

PEP. Buena pieza estás tú. Anda, anda...

NIC. Pero ¿se almuerza ó qué?

PEP. Ahora mismo. Podeis sentaros. Entrase por la puerta de la derecha. Morritos va á seguirla y se detiene un instante.

MOR. Señor Nicasio... así que se concluya el anís, me da usté la botella con el azúcar, ¿sabe usté? porque yo la echo agua... y sale otra botella... Más flojo, pero otra botella.

NIC. Está bien, mujer, está bien...

D. LOLO ¿Y cuando se acabe la segunda?

MOR. Se tira el casco; porque entonces ya no queda más que el arbolito.

PEP. ¡Morritos! ¿vienes?

MOR. ¡Voy! Entrase por la misma puerta que Pepita.

ESCENA XI

NICASIO, DON LOLO y PETRA

D. LOLO Chico, ¿sabes que si la Pepita pega es un golpe de suerte?

NIC. ¿La Pepita? La Pepita es una mina. Si á mí me lo ha dicho el maestro: la Pepita á la vuelta e dos años, es tiple de dié duros. El maestro, de tí para mí, pué que venga buscando otra cosa... ¿tú me comprendes?...

D. LOLO Lo eterno; sí... La bestia humana.

NIC. La bestia; eso es. Pero lo que yo le digo á la chica: déjate tú querer, que aquí estoy yo con el ojo abierto y la estaca en la mano.

D. LOLO ¡Admirable! Es todo un programa. Descorcha el anís.

NIC. Toma un puro pa luego.

D. LOLO Dios te dé muchos.

NIC. No, si yo no fumo más que papel.

D. LOLO ¡Pues por eso! Verás tú este... Saca del bolsillo un fagín de un cigarro habano y se lo pone al que Nicasio le acaba de dar, mientras este destapa la botella. ¿Eh? ¡Cualquiera dice que es el mismo! De ilusiones vive el hombre...

PETRA Asomándose á la puerta del foro. Es la criada más bonita del barrio ¿Me hace usté el favor de mi llave, señor Nicasio?

NIC. ¿Dónde la ha puesto la Pepita, sabes tú?

PETRA Entrando, y cogiéndola de la pared, donde está colgada de un clavo. Esta es.

D. LOLO Galante. ¿La cambia usted por la de mi corazón, ilustre fregona?

PETRA La de su corazón de usté no le sirve á mi puerta.

D. LOLO ¿Quién se lo ha dicho á usted?

PETRA Porque es de otro sistema más antiguo.

D. LOLO Antiguo y todo, la llevo a usted á cenar á la Bombilla cuando se la antoje.

PETRA ¿Sí, eh? Pos esta tarde. Las cosas en caliente.

D. LOLO Convenido. A las tres y media tiene usted á la puerta un carruaje con dos caballos. Elija usted pelo.

PETRA Prefiero un automóvil. Anda más y mete más ruido. Abur, señor Nicasio. Cuide usté á su cuñao, que no está bueno. Vase.

NIC. Adiós, chica.

D. LOLO Gritándole desde la puerta. ¡¡Su novio de usted va á vivir muy poco!

PETRA Gritando también, dentro. ¡Ya irá al entierro de usté, ya!

NIC ¡Pero cuidao, don Lolo, que eres fantasmón!

D. LOLO Genio y figura... El sol y las mujeres, chico... No hay más. Digo, sí: el anís. Echame una copita. Beben ambos, á tiempo que llega Sebastiana.

ESCENA XII

NICASIO, DON LOLO y SEBASTIANA

SEB. Por el foro, loca de alegría. ¿Ande está? ¿ande está eza muchacha, que le ví á dá un bezo? ¡Ya quizo Dios! ¡ya quizo Dios!

Esta Sebastiana es una andaluza que tuvo buen Abril, pero que está en Noviembre. Viste con pobreza; trae una toquilla nada flamante y un mantón de estos que llaman las chulas «alfombraos».

NIC. ¡Hola, Bastiana!

D. LOLO Dios te guarde.

SEB. A Nicasio. Por zupuesto, eres er bigardón de de más zuerte que he conozío... ¿Ande está mi zobrina?

NIC. ¿Pero te han dicho la novedaz que hay?

SEB. Orozio er de la tienda. Vengo loca, loca... No bebérzelo to: darme una copita. Se la dan y bebe mientras sigue el diálogo. ¿Tú zabes lo que es conzeguí en un Madrí debutá en un teatro? ¿Tú zabes laz ardabas que zon precizas? —Es bueno este aguardiente, oye.

NIC. ¿Quieres agua?

SEB. No: no me gusta mezclá.—Pos zí, hijo, zí: me ha fartao poco pa echarme á yorá de alegría... Porque Pepita va ayí, y azí que la vean, y azí que la oigan, con eza voz tan reprecioza que tiene, ¡cinco duros e zuerdo, hombre! ¡Me corto la cabeza zi no ze los dan! ¡Ay, Jezús, Jezús! ¡qué farta nos estaba haciendo á tos un gorpecito e fortuna como este!... Porque mia que yevamos una crujía...

D. LOLO ¿Y tu chico?

SEB. No me hables, don Lolo: fritito está el hijo e mi zangre; dezesperao. Aqueyo no es caza. Bardomero y zu mujé, como nos tienen recogíos poco menos que de limosna, abuzan, ¿zabes? Y to ze güerven indirertas... y mo-

tes... y puyas... y molé... y molé... y molé... y ni mi niño ni yo zomos café en grano.

D. LOLO Con aplomo que indigna. ¿Y por qué no trabaja tu niño? Vamos á ver.

SEB. Digo, Nicazio; ¿te paece? Miá er que habla; y trabaja menos que un cuadro. Ze le va á dormí to er cuerpo de no hacé na.

NIC. ¡Pero qué desahogo tienes, don Lolo! Eres el primer *cívico*.

D. LOLO Ah, pero ¿es que vosotros creeis que yo no hago nada?

SEB. No haces más que burto.—Lo que le paza á mi pobrecito Jozé es que ez un chiquiyo, y está en la edá de divertirze. Zeñó, zi tiene veinticinco años, ¿qué le vamos á pedí á la criatura? ¿No digo bien? ¿No es razonable lo que digo? Pos véle tú con esto á Bardomero. El otro día ze liaron de palabras y en na estuvo que acabaran á gorpes. ¿Y to por qué? Porque ar pobrecito e mi vía le gusta recogerze por las mañanas cazi toas las noches. Zeñó, ¡zi está en la edá!... Zi no la corre ahora, ¿cuándo la va á corré? Pero eze Bardomero ez atroz. Ze le ha cuadrao, y le ha dicho: En mi caza, er que no haya venío á la una, ze quea en la caye. Y en la caye ze quea toas las noches el hijo e mi arma. Ya ves tú qué dijusto pa una madre. Y zin capa, porque la empeñó el otro día.

NIC. Baldomero ha sido siempre un reaccionario.

SEB. Verás, verás tú... Zi esto es comenzá y no acabá...—Dame otra copita, que no me ha zentao malamente.

NIC. Sirviéndola. ¿l'aece que te aplicas?

SEB. No, pos no me entuziasma tan durce. Me gusta más er de Chinchón.

D. LOLO ¡El de Chinchón! ¡el de Chinchón! ¡El que se presente!

SEB. Déjame zeguí. Er domingo... er domingo hubo toros... Bueno, lo que hizo mi Jozé no estuvo bien hecho: á mí la pazión de madre no me ciega. Er pobrecito ecgió una cuchara y la vendió, pa dí á la corría... Zeñó, ¡zi tiene veinticinco años! Excuzo referirte la

que ze armó á cuenta e la cuchara... La gente no ze pone en las cozas, ¿zabes? Como er tema que traen los dos, la mujé y er marío, porque ar chiquiyo le hace gracia la cocinera, y á la cocinera—no es pazión de madre —le hace gracia er chiquiyo... ¿Qué mal hay en esto, vamos á vé? Pos antinoche me puzieron la cabeza azí á cuenta de que dicen que lo cogieron dándole un abrazo. Zeñó, ¡zi está en la edá! Pero, na; ze empeñan en no verlo. Yo quiziera que Dios les diera estas luces que á mí me ha dao, pa mirá las cozas como zon y no apazionarze. ¿No es verdá, Nicazio? ¿Don Lolo, no es verdá?

NIC. Ni que decir tiene. Te sobra la razón por la raya del pelo. Pero, déjate estar, que el mundo da muchas vueltas, y basta que tú seas la única hermana que vive de mi pobrecita mujer que esté en gloria y de la de este, pa que yo, si prospero con esto de la chica, te dé un repaso.

SEB. ¡Ay, Nicazio, hijo, qué bueno has zío ziempre pa mí!

NIC. Te vendrás á vivir á casa, y serás quien la lleve al teatro, y quien la acompañe á toas horas. Porque pa eso sois que ni pintás las mujeres.

SEB. Y á vé zi conzeguimos que mi pobrecito Jozé meta la cabeza en arguna parte.

NIC. En la taquilla.

D. LOLO Yo puede que me asigne un cargo honorífico: vigilar el coro.

NIC. Don Lolo siempre matándose á trabajar.

D. LOLO Adiós, tú. Este no se ve la joroba.

SEB. No me hables de jorobas por tu zalú, que un jorobao quié empapelá ahora á mi pobrecito Jozé. Le firmó un documento por zacarle unas pezetiyas pa zus gastos, y no ha podío devorverle na; y er tío mal arma, que con zombrero y to paece una rinconera, lo ha amenazao con meterlo prezo. ¿Te paece á tí, qué trago pa una madre?

D. LOLO ¡Déjalo que lo prendan, mujer!

SEB. ¡Don Lolo!

D. Lolo ¡Si está en la edad!

Pep. Cantando, dentro.

Yo no tengo ofisio;
naide me enseñó...

Nic. ¡Callar! ¡La Pepita cantando!...

Seb. Ez una alondra.

D. Lolo ¿De dónde es eso?

Nic. Calla.

La oyen en silencio, y como siguiendo el canto con gestos y ademanes.

Pep. *..Vivo cantando como golondrina,*
como ruiseñó...
Darme un ochavito,
tengan cariá,
que hoy no he probao ni gotita e agua
ni cachito e pan...

Casi con la última frase del canto sale Pepita.

ESCENA XIII

DICHOS, PEPITA; luego MORRITOS y un VECINO

Nic. ¡Una mina! ¡una mina!

Seb. ¡Hija de mi zangre! ¡ven acá! ¡que te coma á bezos!

Pep. ¡Hola, tía!

Seb ¡Hija de mi corazón, qué garganta tienes! ¡Dios te bendiga! Afligiéndose y contagiándolos á todos. ¡Ay, lo que disfrutaría contigo mi pobrecita hermana! ¡No lo quiero penzá... no lo quiero penzá! Tenía delirio por zu hija... —Nicazio, échame ahí un deíto... Nicasio obedece. ¡Ay, Jezús! ¡qué roñozo! Me haz echao er meñique.

Nic. ¡Como no es de Chinchón, que es el que te agrada!...

Mor. Saliendo con una cazuela humeante llena de patatas con bacalao, que pone en medio de la mesa. El almuerzo.

NIC. Ea, pues á almorzar, á almorzar, que hoy es día de satisfaciones pa tos.

PEP. ¿Usté ha almorzado, tía?

SEB. Zí, hija, zí; muchas gracias.

Se sientan en torno de la camilla Pepita, Morritos, Nicasio y Don Lolo. Sebastiana se sienta aparte.

NIC. ¿Hay café?

PEP. Anoche sobró.

MOR. Sí, pero lo ha gastao don Lolo esta mañana en darle á su sombrero, que va á coger una enritación.

Todos se rien.

PEP. Como que el sombrero es lo único de sus tiempos que le queda á don Lolo.

Vuelven á reirse. Sebastiana se levanta celebrándole la gracia á Pepita, y la achucha y la besa.

SEB. ¡Hija de mi vía, qué gracia tiene! ¡Es mu chula, mu chula!—Don Lolo, porme ahí unas gotiyas pa enjuagá la copa.

D. LOLO Obedeciéndola y cantando.

Mirad cómo chispea
la espuma del licor...

PEP. Eso también es del tiempo del hongo.

Nuevas risas de todos los presentes, que en tal momento no se cambian por nadie.

VEC. Pasando por el foro, de derecha á izquierda. Buenas tardes.

NIC. ¡Buenas tardes! Gritando. ¿Usté gusta, amigo?

VEC. Desde dentro, gritando también. ¡Gracias; que aproveche!

NIC. ¿Trajiste los pasteles, Morritos?

MOR. Relamiéndose de nuevo. Diez he traído, sí, señor.

NIC. Pues á almorzar ahora en santa paz... que un día es un día... y hoy hay que estar contentos... y luego al teatro... y Dios dirá... y viva la Pepa... y vamos alante... y alegrémonos de haber nacido... porque á eso estamos... y detrás del domingo sigue el lunes... y el que venga detrás que arree... y así es el mundo... y no hemos de perfecionarlo nosotros... y

no digo más... que bastante he dicho... y vamos viviendo... y ole, morena...

Comen todos. Sebastiana se relame y pide otra copa. Durante las elocuentísimas palabras de Nicasio va cayendo muy lentamente el telón, de suerte que pronuncie las últimas á telón corrido.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior del cuarto de Pepita Reyes en un teatro de Madrid. Al foro, la puerta de entrada. A la izquierda del actor una puerta pequeña que conduce al cuartito ropero. Ambas tienen cortinas. A la derecha un tocador grande, con espejo. A uno y otro lado del tocador esterillas con retratos de autores, actores y actrices. Las paredes y el techo cubiertos de tela plegada. Sillas, butacas y un sofá de tapicería. Un par de sillitas volantes. Alfombra. En el techo un globo de luz.

Es de noche y en el mes de Noviembre.

ESCENA PRIMERA

PEPITA, SEBASTIANA, NICASIO, MESA y un MOZO de café.

Pepita oculta en el cuarto ropero, vistiéndose; Sebastiana dormita sentada en un rincón, a la izquierda, y Nicasio, también sentado, toma café de un servicio que tiene ante sí en una silla.

Ha pasado un año del acto primero al segundo. Nicasio y Sebastiana se han elegantizado, en lo que cabe. Nicasio usa hongo, que no se quita ni para dormir, y se riza el bigote.

MESA Gritando dentro, lejos. ¡Se ha empezado!

NIC. ¿Sabes que está mu bien el artículo este?

Alude á un semanario ilustrado que lee.

PEP. Dentro. ¿Sí?

NIC. Hace toa la historia de tu carrera. Lo llama «Un año de trunfos.»

MESA Volviendo á gritar, algo más cerca que antes. ¡Se ha empezado!

NIC. ¿Q ieres que te lo lea?

PEP. Bueno.

MESA En la puerta del cuarto de Pepita. Pepita, que ha empezado.

NIC. Ya está, hombre, ya está. ¿Qué prisa tiene esta?

PEP. Oye una cosa.

MESA ¿Es á mí?

PEP. Asomando la cara por entre las cortinas del ropero. ¿Se repite el dúo?

MESA Y el coro de la jota del segundo cuadro. Te sobra tiempo para todo.

PEP. ¡Digo! Hasta el tercero... Retírase.

NIC. A Mesa, que va á irse. ¿Quieres café?

MESA Lo que quiero es el puro que me debes.

NIC. Vendrá, vendrá; no llores por tan poca cosa.

MESA En tono confidencial. ¿Te has enterao? La Rivera y Jacinto de monos.

NIC. ¿Lo estás viendo? ¿Qué te dije yo? ¡Si tengo una vista!.. Vase Mesa, riéndose. Bastiana, ¿te apetece café?

SEB. Abriendo un ojo. ¿Hay gotas?

NIC. Sí.

SEB. Pues dame las gotas.

NIC. Obedeciéndola. Mira que esto es petróleo Gal.

SEB. Zi es pa las muelas, hombre. Se bebe las gotas de un trago y vuelve á dormitar.

PEP. ¿Lees eso ó no lo lees?

NIC. Ahora voy. Escucha. Disponiéndose á leer en el semanario ilustrado. Tu retrato no ha salido bien: tiene aquí una motita en un muslo que no me agrada.

PEP. Eso es del grabao.

NIC. Ya lo sé. Atiende, tú. Leyendo. «Un año de trunfos.» Este es el rétulo. «Pocas artistas en España han hecho una carrera tan rápida y brillante como la de nuestra simpática paisana Pepita Reyes. Y es que ninguna como ella reune á los atrativos de una figura gentil y bonita, y de un rostro picaresco y lindo, una flesibilidá de talento nada común y una voz que la envidiarían los ruiseñores.» Da las

gracias. «Entre la hechicera *Bengala* del tango de *Los fuegos artificiales*, y la gitanilla del reciente estreno de *Mala puñalá te den*, hay una no interrumpida serie de vitorias. Todavía recordamos los *ama*.. los *ama*...—aquí hay una palabra con otra letra que no sé lo que es—los *amateurs*—cuando cambian así de letra me echo á temblar—la creación azmirable de este verano, y cómo dijo aquella célebre frase de *La Mari-Rosa*...» Al Mozo de café, que asoma en la puerta del cuarto y que se va en seguida. Vuelvete luego por el servicio, que no he terminao.

PEP. ¿Cómo?

NIC. No es á tí. Oye.

MOZO Volviendo á asomarse. ¿Quiere usté algo?

NIC. No es á tí.

PEP. ¿Qué dices?

NIC. ¡Dale! ¡que no es á tí! Escucha.

MOZO Mándeme usté.

NIC. Pero ¿no te enteras que no es á tí?

MOZO Ah, bueno; creía... Se va.

PEP. Asomando la cara otra vez. Papá, ¿qué sucede?

NIC. El mozo que se pensó que lo llamaba. Un *qui por quo*.

PEP. Sigue leyendo eso. Se retira.

ESCENA II

PEPITA, SEBASTIANA y NICASIO

NIC. Leyendo. «...Y cómo dijo aquella célebre frase de *La Mari-Rosa*:—¡Ay, José de mi arma! Ar presiyo que vayas, ar presiyo te seguiré.» Pepita suelta una carcajada. ¿De qué te ríes? No me llama Dios por este camino, ¿verdá? «Nosotros, desde las colunas de nuestro semanario, tenemos la satisfación de enviarle á la bellísima atriz, á la adorable Pepita, nuestro aplauso incondicional y caluroso y nuestra enhorabuena más entusiasta.» Creo

que no pués quejarte. Es un bombo disparatao.

PEP. Es muy fino ese chico, Y estoy quedando mal con él. Ahora mismo le voy á dedicar el retrato que me ha pedido, y á escribir las declaraciones íntimas para el periódico.

NIC. No está mal pensao; por si viene esta noche. Yo no he querido tampoco que se lo firmaras hasta ver si él soltaba prenda. Hay que tener malicia Pausa.

PEP. Oye, papá: ¿tú has cogido una carta que había en Contaduría para mí?

NIC. Turbado. ¿Cuándo? ¿Quién te lo ha dicho?

PEP. El avisador.

NIC. (Voy á tener que romperle una pata.)

PEP. Me dijo hasta que venía de Zaragoza.

NIC. ¡Ah, vamos! Esas son bromas de la Pérez. Como se ha sabido en el teatro que tuviste un novio... y que regañásteis .. y que él se fué á Zaragoza. . y to el escándalo que se armó... Ni má ni menos.

PEP. No deja de chocarme; porque ya son dos veces...

NIC. Hasta que tenga que cuadrarme yo. Le hace gestos de inteligencia á Sebastiana, que por un milagro no está dormida.

PEP. Cierra la puerta.

NIC. Obedeciéndola. Ya está.

PEP. Saliendo en justillo y enaguas, y con un mantón de lana celeste puesto en forma de chal. En la mano trae un retrato suyo, tintero, pluma y carpeta, y un par de números de un periódico ilustrado. Deja el tintero sobre el tocador, se sienta, y apoyándose la carpeta en las rodillas se dispone á escribir. Si en este rato no hago esto, nunca lo voy á hacer.

NIC. Miá no te costipes.

PEP. No.

SEB. ¿Por qué no te vistes der to?

PEP. Espero á la Morritos, que se dejó los zapatos en casa.

SEB. ¡También Morritos!... Vuelve á dormitar.

NIC. ¿Qué le vas á poner á ese en el retrato?

PEP. Cállate ahora. ¡Maldita seal... Ya me cayó un borrón.

NIC. No te apures: tráilo. Esto se quita así. Coge el retrato, lame el borrón y se lo devuelve á su hija. Ahí lo tienes.

PEP. Papá, ¿qué has hecho?

NIC. ¿Se conoce algo? ¡Pues entonces!

PEP. Después de escribir en la fotografía. Mira lo que le digo: «Al distinguido escritor don Manuel Liaño: recuerdo de su agradecida amiga Pepita Reyes.»

NIC. Está bien.

PEP. Esto de las declaraciones íntimas sí que es *azarante*.

NIC. Yo te ditaré: tú verás qué pronto se despacha.

PEP. De uno de los números del periódico ilustrado saca una hoja con varias preguntas impresas al margen, cuyas respuestas va escribiendo ella. «Flor que prefiero.»

NIC. Eso, allá tú.

PEP. El clavel.

NIC. A mí me gusta más el nardo.

PEP. A mí no. «Animal que prefiero.»

NIC. Se me está ocurriendo un *epígrama*.

PEP. Dímelo.

NIC. Es sólo pa hombres.

PEP. ¡Bah! Escribiendo. El perro chiquitín. «Color que prefiero.» El celeste.

NIC. ¡El rosa!

PEP. ¡Papá, si prefiero el celeste! «Manjar que más me agrada.»

NIC. ¿Manjar, tú?

PEP. Manjar es algo de comer.

NIC. Entonces bacalao á la vizcaina.

PEP. ¡No!...

SEB. Entre sueños. Pon bizcochos borrachos.

PEP. Eso no está mal. «Mi poeta predilecto.»

NIC. Espronceda; no tiene duda. «La desesperación» y «El arrepentimiento» por una perra grande.

PEP. Tomándolo de una hoja igual, pero llena ya, que viene en el otro número del periódico. Zorrilla.

NIC. Bueno; allá tú.

PEP. «Mi pintor predilecto.»

NIC. Allá tú, allá tú.

PEP. Murillo.
NIC. Allá tú.
PEP. Lo estoy copiando de la hoja de la Felisa, que se la habrá puesto el Marqués.
NIC. ¡Ah, vamos!
PEP. «Hecho histórico que más admiro.»
NIC. Daoiz y Velarde.
PEP. Eso es, Daoiz y Velarde. «Personaje histórico que más admiro.»
NIC. Daoiz y Velarde.
PEP. ¿También, papá?
NIC. Y si no pon al Teniente Ruiz.
PEP. Ese pone Felisa.
NIC. ¿Estás viendo?
PEP. «País en que desearía vivir.»
SEB. ¡En Chinchón!
PEP. En Madrid, tía. En Madrid. «Lo que constituiría mi desgracia.»
NIC. Suspendiendo un trago de café para contestar en el acto. ¡Que se me muriera mi papá!
PEP. ¿Lo pongo?
NIC. ¡Pues claro! ¡Me parece que mayor desgracia!...
PEP. «Cómo quisiera morirme.»
NIC. Suspendiendo otro trago. ¡Y dale con la muerte! Dí que de ninguna de las maneras.
PEP. De ninguna de las maneras. Y San Se-acabó. Ahora la firma... y listo.

ESCENA III

DICHOS y MORRITOS

MOR. Viene jadeante. Se ha adecentado mucho en su nuevo cargo de doncella de Pepita, y ha crecido cosa de un par de dedos. En la mano trae unos zapatitos de raso. ¡Ya estoy aquí!
NIC. ¿Y qué horas son estas?
MOR. Señor Nicasio, es que ví á mi madre por la acera de enfrente, y escapé á correr, y he tenido que dar un arrodeo á toa la Plaza de la Cebada. Pero en la Puerta del Sol no son más que las once.

NIC. Bueno, bueno. A vestir á esta antes que sea más tarde. Me voy al ecenario un poco. Vase.

PEP. Saca el vestido, anda. ¿Sabes cuál es?

MOR. ¡Pues tendría que ver que no lo supiera! Entra en el cuartito ropero y sale á poco con el traje de Pepita y una mantilla blanca. El traje es de maja de principios del siglo pasado.

PEP. Trae también la mantilla de blondas.

MOR. Dentro ¿Y la peineta?

PEP. La peineta está aquí.

MOR. Oye.

PEP. ¿Qué?

MOR. Saliendo. En el cuarto de la Ramos hay dulces y fiesta.

PEP. Pues ¿qué pasa?

MOR. Que son hoy sus días. A mí me han dao una yema y una copa de anís. ¡Más rico!...

SEB. Como movida por resorte.-No me he acordao yo de felicitarla. Voy á yegarme en un momento. Zí; porque es de lo más decentito que hay en er teatro... Zi ocurre argo ya zabes dónde estoy. Se va.

ESCENA IV

PEPITA y MORRITOS; al final NICASIO

Apenas desaparece Sebastiana cierra Morritos la puerta del cuarto y principia á hablar sin ton ni son, y como con prisa de soltar todo lo que le bulle en e cuerpo.

MOR. He dicho eso del anís pa que se fuera. ¡La noticia que te traigo, chica!...

PEP. ¿A mí? ¿De qué?

MOR. Te vas á quedar con tanta boca abierta. Víctor está en Madrid.

PEP. ¿Víctor?

MOR. Como lo oyes. Me le he encontrao... he hablao con él... me ha dicho que te ha escrito tres cartas desde Zaragoza...

PEP. ¿Tres cartas?

MOR. Que ya no sufre más... que lleva un año de martirio... que quiere verte... que viene á ha-

cer las paces... que se tiene que casar contigo por encima del señor Nicasio, de tu tía Sebastiana, de don Lolo y de todo el mundo... Está más guapo... le ha crecío el bigote... yo le encuentro más hombre que se fué... Se hartó de hacerme preguntas... por eso he tardao... Me metió en un café de la calle de Toledo... y allí venga hablar... y qué vas á tomar, Morritos... y que tú no te acuerdas de él, lo cual que yo le dije que se equivocaba... y que ha pasao mu malitas noches por tí, lo cual que debe de ser verdá, porque trai ojeras... y que no le has contestao á sus cartas, lo cual que yo le juré que tú no las has recebío... y que le han contao que tienes novio, lo cual que yo volví á jurarle que es mentira... Y aluego salimos... porque se hacía mu tarde... y en na estuvo que me pillara un elétrico, lo cual que me asustó... y él no me hizo caso... y vuelta á lo mismo... y dale con su tema... y que te quiere... y llegamos á la Puerta del Sol... y por poco me pilla otro elétrico... y que lo has olvidao... y que te quiere... y que eres una mala mujer... y que te quiere... y que va á matar á tu padre... y que te quiere... y que ha visto á don Lolo en automóvil... y que se ha indinao... y que va á matálo también... y que te quiere... y que te quiere... y que te quiere... Y sobre to... me encargó mucho... que no te dijera una palabra de na de esto...

PEP. ¡Ay Morritos! Mira, mira cómo me he quedao.

MOR. Chica, estás yerta y toa temblando e frío. ¿Quiés que te vista?

PEP. ¿Dices que me ha escrito tres cartas?

MOR. Tres. Desde Zaragoza. ¿Quiés que te vista?

PEP. ¡Las mismas que ha cogido mi padre!... Seguro.

MOR. ¿Quiés que te vista?

PEP. Seguro. Pero ¿por qué harán esas cosas conmigo? Va á venir á verme, ¿es verdad?

MOR. Anda, que estás como la nieve.

PEP. ¿Verdad que va á venir?

MOR. De ese particular no hemos hablao.

PEP Morritos, no me engañes.

MOR. Pero tú calcula: te escribe tres cartas y aluego se planta en Madrí pa hacer las paces... ¡conque no vendra á ver á la Cibeles!

PEP. Suspirando y dejándose caer en el sofá. ¡Ay!... ¡gracias á Dios! Déjame que me desahogue, Morritos.

MOR. ¿Vas á llorar ahora?

PEP. Llorando de alegria. Si las lágrimas se me salen, ¿qué le voy á hacer? Te advierto que desde esta mañana estoy en que me tiene que pasar algo muy bueno...

MOR. ¿Por qué?

PEP. ¡Qué sé yo! ¿Quién explica esas cosas? Pero ¿ves tú? Ya empieza. Hay días que se le vanta una como si llevara cascabeles por dentro... ¿Con que ahora dice que me quiere?.. ¡Vaya una novedad!... ¿Con que con el cariño lejos se pasan malas noches?... ¡Y á quién se lo cuenta!... ¿Con que por fin he podido yo más que su orgullito?... ¡Anda! ¡y decía que no! Si yo lo sabía de memoria; si no es ningún asombro lo que ocurre; si las mujeres, en esto de esperar, tenemos mucho más aguante que los hombres... Míralo... ¿no lo ves? Yo aquí quieta, callada, en mi sitio, en mi puesto, pensando en él por la mañana, por la noche, pero sin darle cuenta á nadie; todo en mi interior. ¿Que hay fuego por dentro? ¡Pues á cerrar puertas y ventanas y á achicharrarse una solita! ¿Quién me lo ha conocido?... El, en cambio, se encastilló en su tema; peleamos por él; por él nos separamos; se marchó á Zaragoza... y en Zaragoza habrá hecho locuras, se habrá arrancao los pelos, habrá tirao piedras por la calle antes que ceder... ¡Si le conozco bien á ese! ¡Pero no le ha valido! Ya se lo diré yo: para acabar así, como tenía que ser, ¡bien hemos podido ahorrarnos un año de penas!

MOR. Chica, estoy congelá. Tiés más razón que la dotrina. Pero no es hora de ponerse triste.

PEP. ¿Triste yo? ¡Ha sío un desahogo! ¡Pues si

estoy más contental... ¡más contenta, Morritos!... ¿Por quién crees tú que yo me cambiaría?

MOR. ¡Toma! Hasta ver en qué para to, por nadie.

PEP. En lo que para yo lo sé... Oyeme una cosa.

MOR. No te oigo na si no te vistes.

PEP. ¡Y es verdad, chica! Ya no me acordaba. Anda, pronto; date prisa; no se haga tarde... Coge la falda. Morritos la auxilia. Pensando las dos más en lo que hablan que en lo que hacen, pónese Pepita el vestido de maja y los zapatos en lo que resta de la escena. Y escúchame lo que iba á decirte.

MOR. ¿Qué?

PEP. Te metió en un café para hablar de mí, ¿no es verdad? porque en la calle se le hacía que tú no te enterabas.

MOR. Sí.

PEP. ¿Y qué más?

MOR. Pues que él tomó cerveza, lo cual que me chocó, porque estamos en el ivierno.

PEP. ¿Y qué fué lo primero que te dijo?...

MOR. Ya no me acuerdo yo.

PEP. Atiende á otra cosa.

MOR. Mujer, que así no hay forma de vestirte.

PEP. ¿Estará esta noche en el teatro?

MOR. Pué ser.

PEP. No me lo digas. Mira que como yo salga y él esté, no veo más cara que la suya.

MOR. Mejor pa tí. ¿Qué tenemos con eso?

PEP. Que á ver si me aturrullo.

MOR. ¿Y qué si te atorrullas?

PEP. ¡Que me la gano!

MOR. ¿Que te la ganas tú? ¡Con las simpatías que tienes en el público!... Vamos, ¿te quiés callar?

PEP. Eso de las simpatías ha de agradarle á él, por más que diga..

MOR. ¡Se le cairá la baba!

PEP. ¡Ojalá que me aplaudan mucho!

MOR. *¡Ves* y díselo al de la *clá!*

PEP. Ya se lo habrá dicho mi padre. Y lo que es como Víctor esté, las sevillanas del final se las dedico. Rompe á bailar, tarareando unas seguidillas.

MOR. ¡Chica, te aseguro que así!... Pepita se ríe. Siéntate y te ponoré los zapatos; á ver si paras.

PEP. Pero, ¿tú sabes? ¡Si estoy bailando por fuera y por dentro!... Continúa tarareando las seguidillas y moviendo los pies.

MOR. ¿Quiés estarte quieta?

PEP. No. A ver qué haces tú.

MOR. Callarme y seguir. ¡La pacencia que es menester para ser doncella de una tiple! Se ríen las dos.

NIC. Presentándose de improviso y cerrando misteriosamente la puerta. Con gozo satánico y en voz baja. La están arrimando un *zumbi* á la Pérez, que me río yo. ¡Toma eminencias! ¡Esas son las tiples de dié duros! Voy á ver si la meten dentro. Retírase presuroso y ufano.

MOR. Me alegro; por fantesiosa.

PEP. La peineta y la mantilla me las pongo yo.

ESCENA V

PEPITA, MORRITOS, CLARITA y DON LOLO; al final el MARQUÉS

D. LOLO Retocado y hasta elegante, y con el bigote y el pelo teñidos de azul, aunque él se figura que de negro. Chica, un favor tengo que pedirte. No me lo niegues, porque es cuestión de faldas. Entra, Clarita.

CLAR. Saliendo vestida de charra. Adiós, tú: buenas noches.

PEP. Hola: ¿qué hay?

D. LOLO Esta verterá perlas por mí.

CLAR. Cállate, cursi. Verás tú, mujer. Tenemos todas el primer disgusto.

PEP. ¿Y eso?

CLAR. Figúrate que han despedido á la Julia.

PEP. ¿A la Julia? ¿Por qué?

CLAR. Dicen que por fea. Ya ves tú: con seis chicos que tiene... y el marido que no hace na.

D. LOLO ¡Lo eterno! ¡Las abejas y el zángano! ¡Lo eterno! *¡Nihil novum sub sole!*...

CLAR. ¿Te quiés callar, golfo?

D. LOLO ¿Así me tratas, reina?

PEP. Bueno: ¿y tú qué querías?

CLAR. Pues que le hablaras á la Empresa. Ya sabes que pidiéndoselo tú, lo hace de coronilla.

PEP. Pues sí que le hablaré. ¡Vaya! ¡Pobre Julia! Como si al nacer eligiéramos cara.

CLAR. Es lo que digo yo. Y como si en el coro no hubiera más que Venus. Sacándome á mí, sacando á mi hermana, y sacando á mi prima... ¡á ver lo que queda! ¡Fenómenos!

MOR. (La procesión de los jorobaos sale de noche.)

PEP. Dí á la Julia que eso está arreglao: que corre de mi cuenta.

CLAR. Chica, muchas gracias. ¡El alegrón que la voy á dar!

D. LOLO Sobrina, hago mías esas nuevas perlas. Y cuidado que yo intervengo en este asunto por mi Dios y mi dama: no por convicción. Yo siempre he pensado que lo feo no debe vivir.

MOR. ¿Y qué hace usté que no se muere? Se ríen todos.

PEP. Ahora has estao bien.

D. LOLO ¡Morritos! ¡Morritos!

CLAR. La verdá es que tienes poco que agradecerle á Dios. Me voy, chica, no me echen multa. Y gracias ¿eh? muchísimas gracias. (¡Cómo se está estropeando la Pepita!) Vase.

Don Lolo va á marcharse tras ella, pero se detiene saludando al Marqués, que llega á tiempo. Ambos extreman la amabilidad.

D. LOLO ¡Mi querido Marqués!

MARQ. ¿Cómo va, Don Lolo?

D. LOLO ¡Muy bien: para servirle!

MARQ. ¡Lo celebro mucho!... ¡Jeeeeee!...

D. LOLO ¡Jeeeeee! (¡A mí no me ganas tú á sonrisa!) ¡Hasta luego!

MARQ. ¡Adiós!

D. LOLO Alejándose, cantando.

Yo soy en la corte de España
el caballero.
más pendenciero
y enredador...

ESCENA VI

PEPITA, MORRITOS y el MARQUÉS; luego TELERITA, PEREGRÍN y el CALLAO; después JULITO y NICASIO, al final MESA.—El MOZO del café, que sale un momento y se va.

El Marqués es uno de estos señores guapos que les gustan á algunas mujeres y les molestan á todos los hombres. Lleva impresa en el rostro una sonrisa empalagosa y exagerada, que él tiene por el colmo del encanto y la cortesía y que no es sino el sello de su imbecilidad Se rasca sin reparo alguno, cruza las piernas según le conviene, se coge los pies á cada paso y se tumba donde quiera á su antojo, todo ello con extraordinaria elegancia. El Telerita es un novillero de moda, sin más luces que las de los brillantes que lleva. Peregrín un señorito hueco que lo acompaña siempre. El Callao un picador de la cuadrilla de Telerita que se pasa la vida justificando el mote que le han puesto. Julito, por último, un gomosín de diez y seis años, harto ya de la miserable existencia.

MARQ. Contemplando á Pepita, que aún se acicala ante el tocador. ¡Encantadora! ¡sugestiva! ¡monísima!

PEP. Mirándolo por el espejo. Usté siempre tan fino y tan amable, señor Marqués.

MOR. (Lo que es que paece que se va á rajar cuando se ríe.)

PEP. Un millón de gracias por las violetas.

MARQ. ¿Quiere usted callar, ó reñimos? Eso no vale nada...

PEP. Para mí, mucho.

MARQ. Me han dicho que hace usted el papelito de la Corales en esta obra.

PEP. Sí, señor. Como se ha puesto mala...

MARQ. ¿Qué tiene?

PEP. El marido. ¿Le parece á usté poco?

MARQ. ¡Hola! ¡hola! Trancazo, como si dijéramos. ¡Bien, hombre, bien! ¡Mire usted si es un peligro el casarse!

PEP. No crea usté, que él tampoco va mal servido.

MARQ. ¡Pepita!

PEP. Donde las dan las toman.

MARQ. En efecto: dice usted bien. Yo, en realidad,

siempre he creído que el hombre lleva las de perder en el matrimonio. ¡Por eso no me caso!

PEP. No se casa usté, porque no ha encontrado todavía quien le haga tilín.

MARQ. ¡Tilín!... ¡tilín!... ¡No tendría que salir de este cuarto!

PEP. ¿De veras?

MARQ. Pero crea usted que lo malo no es el tilín... tilín... sino el tolón... tolón... ¿Usted me comprende?

PEP Riéndose. ¡De sobra!

MARQ. ¿Se ríe usted? A todas las mujeres les cae muy en gracia ese chiste. Lo he observado.

PEP. Pues, sin embargo, y diga usté lo que quiera, la que pierde cuando se casa es una.

MARQ. No, querida Pepita, no... A ustedes les va siempre mejor que á nosotros... La prueba está en las estadísticas... ¡Se casan muchas más mujeres que hombres!...

PEP. ¿Sí? Suelta la carcajada. ¡Todos los días aprende una algo!

MOZO Buenas noches.

PEP. Buenas noches.

MOZO Con permiso. Coge el servicio de café y se lo lleva.

PEP. Adiós.

MARQ. ¡Vaya, vaya, vaya con Pepita!

MOR. Reparando en el Marqués, que se coge una bota con las dos manos. (¡Andá! ¡Quié meterse los pies en los bolsillos!)

TEL. Á la puerta del cuarto. Le acompañan Peregrín y el Callao. ¿Ze pué pazá?

PEP. ¡Adelante, Manolo!

TEL ¿Zigue usté bien, Pepita?

PEP. Bien, ¿y usté?

PERE. ¿Qué tal, Pepita?

PEP. Perfectamente: muchas gracias.

CALLAO Dios guarde á usté, Pepita. Este Callao estrecha la mano de los demás como si estuviera apretando la garrocha. Todo personaje á quien salude debe hacerlo notar.

TEL. Zeñó Marqués..

MARQ. ¿Cómo va?...

PERE. Señor Marqués...

MARQ. ¿Cómo va?
CALLAO Zeñó Marqués...
MARQ. ¿Cómo va?
MOR. (Les hace á tos lo mismo.) Vase.
PEP. Siéntense ustedes. Se sientan todos. Pausa.
TEL. Güeno; zi es que estaban ustedes hablando de argo rezervao, zigan ustedes.
PEP. Sí que hablábamos en secreto, ¿verdad, Marqués?
MARQ. ¡Mucho!
PEP. Tratábamos de un particular que les va á hacer á ustedes la mar de gracia.
PERE. ¡Je!
TEL Venga, venga...
PEP. Sepan ustedes que me caso.
TEL. No zerá ezo verdá.
PERE. ¡Je!
MARQ. ¡Sí señor; se casa conmigo!
CALLAO Riéndose groseramente. ¡Ju, ju, ju!
MARQ. ¿Qué?
CALLAO Me ha jecho usté gracia.
TEL ¿Te quiés cayá, Cayao? Este bárbaro no zabe más que picá toros.—¿Conque cazarze?... Güeno está, hombre, güeno está...
MARQ. ¡Para mí no puede estar mas bueno!
TEL. ¡Cazarze Pepita!... ¡cazarze Pepita!...
PEP. ¡Sí, señor! ¿Qué hay?
TEL. ¡Miste que cuando le diga á usté er cura: espozo te doy, y no ziervo!... Risas generales.
MARQ. ¡Hombre! ¡hombre! ¡no! ¡Es precisamente al revés!
TEL. Güeno; ¿qué más tiene? Ziervo te doy, y no espozo...
MARQ. ¡Magnífico! ¡magnífico!
CALLAO ¡Ju, ju, ju! Me ha jecho gracia este.
JULITO Con Nicasio. Buenas noches. Saludando á todos, Pepita... Manolo... Peregrín... Francisco... Marqués...
MARQ. ¿Cómo va?
NIC. ¡Hola, señor Marqués!
MARQ. ¿Cómo va?
NIC. A los demás, ya los he visto á todos. Quédase á la puerta del cuarto.
MARQ. ¿De dónde se viene, pollito?

JULITO Del Real.

MARQ. ¿Qué dan hoy?

JULITO *Walkyria.* Una lata. Esta música alemana será sublime, portentosa; pero es una lata.

MARQ. ¿Sabe usted lo que darán mañana, para el segundo turno?

JULITO *Lohengrin.* Otra lata.

TEL. A propózito de latas, zeñó Marqués... Que zea enboragüena.

MARQ. ¿A propósito de latas?

PEP. Ah, sí; es verdad; que ayer en el Congreso batio usté el cobre.

TEL. Como que le dieron la oreja.

PERE. ¡Je!

NIC. Sí que estuvo usté la mar de oportuno.

MARQ. No... no... lo de ayer no vale la pena... Fué una escaramuza... no dije más que cuatro tonterías..

PEP. ¿Nada más?

MARQ. Nada más... Cuatro ganzadas... cuatro vaciedades... poca cosa...

PEP. Ya sería algo más; sino que usté es muy modesto.

TEL. Diga usté que zí; yo he leído que er ministro ze jartó de pinchá en güezo y que tuvieron que zacarle los manzos.

JULITO ¡Ese ministro es un latero!

CALLAO ¡Ju, ju, ju!

TEL ¡Cayao!

CALLAO Me ha jecho gracia er niño este.

PERE. ¡Je!

Por el foro pasan una Tiple y su Criada. La Tiple viste un traje andaluz y va cubierta con un chal de estambre.

NIC. A Pepita, al verlas. Oye, tú: ya acabó el segundo cuadro. Ahí va la Gómez.

PEP. ¿Sí? Con permiso de ustedes. Se levanta y va ante el tocador á darse las últimas pinceladas. Llega Morritos.

JULITO ¿Sustituye Pepita á la Corales?

NIC. Sí, señor. Y con tres ensayos, que eso no lo hace aquí más que esta.

JULITO ¡Qué lata es la obra! Estoy deseando que la quiten.

MARQ. Pollo, pues yo encuentro que en este género de revistas, es de lo más agradable que se ha escrito. No tiene sentido común, pero eso para mí es lo de menos...

NIC. ¡El coro de las cuarenta y nueve provincias es precioso!

PEP. Y este personaje que hago yo, que representa á España, dice unos versos muy bonitos.

JULITO ¡Calle usted, por Dios!

MARQ. Y usted los recitará á maravilla. Claro está que no se trata de *La vida es sueño*, señor; ¡pero Lope de Vega no ha habido más que uno!..

NIC. Uno na más.

TEL. A Pepita, que se da brillo en los labios con un lápiz rojo. Oiga usté, Pepita: ¿me deja usté que me junte con ezo en los labios?

PEP. ¿Y si se me pega la manera de hablar que usté tiene?

TEL. ¿Es fea, quizá?

PEP. Imitándolo. A mí no me dijusta, ¿zabe usté? pero no me zirve pa la ecena. (Risas.)

TEL. ¡Jozú!

PEP. ¡Jozú! Suelta la carcajada.

TEL. ¿Cuándo ze va usté á cauzá de zé gracioza?

MARQ. A Pepita le ocurre algo satisfactorio; no me cabe duda.

PEP. ¿Por qué?

MARQ. Porque la encuentro á usté esta noche más jovial y expansiva que de ordinario.

MOR. Remedándolo exageradamente. (¡Caramba, hombre!)

PEP. Sí que es verdad: estoy contenta, y como no tengo por qué hacer disimulo... Además, la compañía de ustedes...

MARQ. ¡Huy! ¡huy ¡huy! ¡huy! Eso llega un poco tarde, Pepita. Nicasio arrea de pronto, mirando hacia la pared de la derecha. ¿Qué pasa?

NIC. Aquí al lao, hombre; que se gastan unas conversaciones que no puén ser... Se asoma á la puerta y grita. ¡Higinio! ¡Dile á tu mujer que baje la voz; que aquí hay señoras!

MARQ. ¡Que le diga que hay caballeros también,

porque del vocabulario de la Gómez podemos asustarnos todos!

NIC. Adulando. ¡Señor Marqués, eso ya... eso ya me resulta *sanguinolento!*

MARQ. A Pepita. Pídale usted á la Empresa que la cambie de cuarto

PEP. Si este es el mejor. Y de vecindad allá se van todos.

CALLAO Como siempre. ¡Ju, ju, ju!

TEL. ¿De qué te ríes?

CALLAO Me ha jecho gracia Peregrín, que no ha abierto el pico en toa la noche. Risas generales.

PERE Azorado. ¡Je!

MESA Asomándose á la puerta del cuarto. A escena, Pepita.

PEP. Vaya, con permiso.

MARQ. Este Mesa es un criminal: se la lleva á usted siempre.

PEP. Ustedes se quedan en su cuarto, señores.

MARQ. ¡Oh, no, no, no! ¡Vamos á batir palmas! ¡Esta noche es casi un debut!

TEL. Zí, zí; vámonos ar público.

CALLAO Vámonos.

TEL. Luego volveremos tos á decirle á usté ¡ole!

MARQ. ¡Ole! ¡ole! ¡Me adhiero al ole!

JULITO Hasta después, Pepita.

PEP. Adiós á todos. Morritos, andá.

MOR. Vamos. Vase con Pepita, llevándose su mantón de estambre.

MARQ. Hasta ahora, Nicasio.

NIC. Adiós, señor Marqués: adiós, señores.

CALLAO Dándole á Peregrín un golpe en la espalda. ¡Arza pa alante, zozo!

PERE ¡Je!

MARQ. A Julito, al marcharse. (Me molesta este ganso de Telerita.)

JULITO Al Marqués. (Es un latero.)

TEL. Al Callao, al irse también. (Me jace er Marqués la misma gracia que er zegundo avizo.)

ESCENA VII

NICASIO, DON LOLO y SEBASTIANA

NIC. El Marqués y Telerita se las train... Pero aquí estoy yo con el ojo abierto. Me voy al ecenario.

D. LOLO Deteniéndolo, en la misma puerta. Quieto aquí.

NIC. Pues, ¿qué pasa?

D. LOLO Quieto aquí. Ya le he dicho á Sebastiana que venga también.

NIC. ¿Ocurre algún aquel?

D. LOLO Espera.

NIC. Me pones en cuidao, don Lolo.

SEB. Llegando. Aquí me tienes. ¿Qué querías?

D. LOLO Después de cerrar la puerta del cuarto. Sentaos, que hay tela cortada.

SEB. ¿No zerá una mojiganga tuya, Don Lolo?

D. LOLO Sentaos, digo. ¿Me vísteis alguna vez mojiganguero?

SEB. Vaya que zea. Se sientan los tres.

D. LOLO Cuando sepais la novedad, os vais á levantar de un salto.

NIC. ¿Entonces pa qué has querío que nos sentemos?

SEB. Me da er corazón, don Lolo, que tú haz estao en er cuarto de la Ramos y haz empinao un poquito.

D. LOLO Quien ha estado en el cuarto de la Ramos, y ha empinado más de la cuenta, has sido tú. Lo que yo tengo que deciros es más serio que todo eso.

NIC. ¡Pues acaba ya!

D. LOLO *Rotrón falta sólo:*
Rotrón está aquí.

NIC. Tratando de irse. ¿Pero se te figura á tí que estoy yo pa romances?

D. LOLO Oye. ¿Tú no sabes quién es Rotrón en el caso presente? Pues es Víctor.

NIC. ¿Víctor?

SEB. ¿Víctor?

D. LOLO Víctor. Está en Madrid: le han visto esta mañana y me lo han dicho á mí esta noche. Sensación.

NIC. Don Lolo, ni que me hubieras dao un pastel de hojaldre, me sienta peor.

SEB. Eze no viene más que á enredá la guita.

NIC. Ni má ni menos. Y si no, ya habeis leído las cartas suyas que yo he intercetao. Toas con el mismo cuento: que la chica se retire del teatro y que se quié casar con ella. ¡Que se quié casar!... ¡Como no se case con la maja e Goya que está frente á la Casa e fieras!... Pasea como loco.

SEB. Dices mu bien, Nicazio. Primero es la obligación que la devoción.

NIC. ¡Vamos, quita! ¡Si na más pensarlo me da náuseas!

SEB. ¡Miá tú dejá er teatro! ¡con la fortuna que eya principia zu carrera!... ¡con er delirio que tiene er público por la muchacha, que zale y ze la quién comé!... ¿No zería un doló? ¿Qué dices tú, don Lolo?

D. LOLO ¿Qué he de decir? Que debemos oponernos á que una vida que pertenece al Arte... ¡al Arte!... ¡como quien no dice nada! se sacrifique y se encierre en el prosaico hogar. Prosaico, sí: hay que tener el valor de confesarlo.

NIC. Choca ahí, don Lolo. Esa es la fija.

D. LOLO Cantando.

Esa es la fija;
bebamos más...

NIC. ¡Calla ahora!

SEB. Y luego, Nicazio, que aquí es precizo hablarlo to... La pobrecita e mi arma—que azí Dios la bendiga como yo lo dezeo—es la Providencia e la familia.

NIC. ¡Pues ahí está, hombre, ahí está! ¿Vamos á volver tos á la vida de antes porque á ese estúpido de Víctor se le antoje? ¿Qué iba á ser de mí... que ya no tengo costumbre de trabajar? ¿Qué iba á ser de los dos inocentes

chicos, que empiezan á vivir ahora? ¿Que iba á ser de Baldomero y de su gente, que están á expensas nuestras desde la desgracia que les pasó?

SEB. ¿Qué iba á zé de esta pobre vieja y de mi pobrecito Jozé, que no zabe ganarlo? ¡Hijo de mi arma! ¡Tres días hace que no lo veo! Como ahora tiene más dineriyo...

D. LOLO Bien, bien, bien: todo eso es muy humano, muy cierto y muy triste. Pero no vale lo que vale en el aire una pelusilla, ante una figura que se le arranca al Arte. ¡Señores, es que hay que ver despacio lo que es el Arte!

NIC. ¡Que sí, hombre, que sí! Y además, y esta es otra cuestión: á la vuelta de un año que hace que riñeron, ¿sabe ese presumido si se acuerda mi hija del santo de su nombre?

SEB. ¡Qué ze ha de acordá! Engolozinà eya con zu teatro, no pienza más que en las parmas der público, y en ponerze bonita, y en que le echen muchos gemelos. ¡Zi yo también he tenío veinte años!

NIC. ¡Na, hombre, na: que como vuelva Víctor á las andadas y me hurgue mucho á mí, de un estacazo le abro la sesera! ¡Y se ha terminao! Volviendo á pasearse agitadísimo. ¡Pues no faltaba más! ¡Maldito sea el mundo! ¡Si ya me estaba yo temiendo alguna de estas!

SEB. Hombre, Nicazio, tampoco te pongas tú azí; que paeces un perro que ha visto á un lacero.

D. LOLO La Luz, hija del Sol, es lo primero que hace falta en todas las cuestiones.

NIC. La luz, hija del sol, y una estaca, hija de una bastonería. Y *nosce te ipsum*.

ESCENA VIII

DICHOS y MORRITOS

MOR. Con cara de espanto, al ver á la familia allí. ¿Pero qué hacen ustés aquí los tres?

NIC. ¿Pues qué sucede?

SEB. ¿Qué hay?

MOR. ¡Que están aplaudiendo á la Pepita que es una ovación! ¡que es un delirio!

NIC. Digo, ¿eh?

SEB. ¡Como que ze las come á toas!

D. LOLO ¡No tenemos vergüenza! ¡Vamos á presenciar su triunfo!

MOR. Ella no hace más que mirar pa las cajas... buscándolos á ustedes... To el mundo está asombrao... el autor está loco... el impresario la ha dao un beso...

NIC. ¿Ves tú?

SEB. ¿Ves tú?

D. LOLO ¿Ves tú?

NIC Corriendo al escenario. ¡La voy á estrujar de un abrazo!

SEB. Lo mismo. ¡Zobriniya de mi arma!

D. LOLO Lo mismo. Lo que yo digo: ¡el Arte; el Arte!..

Se van los tres hacia la izquierda.

ESCENA IX

MORRITOS y VÍCTOR; luego PEPITA

MOR. ¡Jesús! ¡Virgen de la Paloma! ¡Me quedé sin sangre en las venas cuando los vide aquí reunío! Asómase á la puerta del cuarto, mira primero hacia la izquierda; poco después mira hacia la derecha y llama con la mano. Quiera Dios que no tarde la Pepita.

VÍCTOR Penetrando en el cuarto con misterio. Trae capa. Morritos, ¿estás sola?

MOR. Sola, con un miedo que no es pa muchas veces.

VÍCTOR No te apures, que nada te pasará. ¿Y Pepita?

MOR. Va á salir de ecena mu pronto.

VÍCTOR ¿Y vendrá en seguida?

MOR. Yo la he dicho que tengo una carta tuya que darla: que busque algún pretexto pa venir sola.

VÍCTOR Dios te lo pague. Antes de verme cara á cara con cualquiera de su familia, quiero hablar

con ella diez minutos. Oye una cosa. ¿Tú la has dicho que me has encontrao?

Mor. Se me salió: no pude contenerme.

Víctor Ya me lo figuraba.

Mor. Lo que no la he dicho es que ibas á venir esta noche, pa sorprendéla. Pero me voy á ganar el primer regaño.

Víctor No, no; descuida.

Mor. Tú verás como sí. Por supuesto, que si me regaña...

Víctor Dime, dime: ¿y es verdá que está contenta en el teatro?

Mor. ¿No lo tiene que estar? Tú figúrate: son tos á mirála; tos á regalála; tos á ponderála.. El impresario, los autores, los abonaos... Tiene los pretendientes así... Pero ella, ¡que si quieres! Hay noche que se pone este cuarto, que me tengo yo que salir pa que no rebose. Y gente de posibles, no creas tú. Aquí viene un Marqués, que no hace más que entrar y ya está tendío, porque es mu elegante, que bebe los vientos por ella. La manda flores tos los días... Aquí viene un torero, que trai brillantes hasta en el cielo de la boca—no es ponderación—y que la ha regalao un traje de luces y un capote... Esta el tío chiflao... Aquí viene un viejo mu rico, calvo desde mitá e la espalda, que la ha dicho que quiere casarse con ella... ¡Y qué sé yo cuántos más, porque no acabaría de contarte!... Es claro que tos de mírame y no me toques, ¿eh? Ella no consiente ni esto... A uno de los autores de más cartel, que se le escurrió una noche la mano, fueron pocas las que le dijo. Yo me alegré la mar. Porque te azvierto que es el primer desahogao pa pellizcála á una... Un tío que cierra los ojos, y conoce al tazto á toas las coristas...

Víctor No sé, no entiendo cómo ha podido acostumbrarse...

Mor. Hombre, lo que se llama tener, también tiene sus murrias. Algunos días me dice mu alegre: ¡Morritos, vamos al ensayo! Pero

otros días me dice mu triste: ¡Morritos, vamos al ensayo! El teatro es así. Que la reparten un papel bonito: ¡aquella noche no cena, de contenta que está! Que la reparten uno feo: ¡no quieas oíla de incomodá que se te pone!... ¡Ahí me paece que viene ya!

VÍCTOR ¿Sí?

MOR. Vitor, por Dios; miá que si me regaña...

VÍCTOR No te regaña, tonta.

MOR. Bueno, pero defiéndeme tú.

VÍCTOR No pases cuidao.

Llega Pepita presurosa. Al entrar en el cuarto no ve á Víctor, que está á la izquierda del foro. Sólo ve á Morritos, que está á la derecha, hacia el primer término, y que se le hinca de rodillas con las manos cruzadas.

PEP. ¡Morritos! ¿Qué haces? ¿Qué haces, chiquilla?

MOR. Tú mira pa atrás.

PEP. Obedeciéndola. ¿Qué? ¡Víctor!

VÍCTOR ¡Pepa! Se abrazan emocionadísimos y silenciosos. Morritos se levanta, da en torno de ellos una vuelta mirándolos sin pestañear, y se va con paso trágico por el foro, cerrando la puerta tras de sí.

ESCENA X

PEPITA y VÍCTOR

PEP. Dejándose caer en el sofá. Habla tú... si puedes... que yo no puedo hablar en un rato.

VÍCTOR Sentándose junto á Pepita. ¡Qué cosas! Un año separao de tí... en Zaragoza ayer... y hoy abrazándote... ¡Qué cosas!... ¡Y cómo te abrazo! Vestida como nunca te ví... como no hubiera querido verte... ¡Desagradecida!

PEP. ¿Y me lo dices tú, que te fuiste?

VÍCTOR Yo, que vuelvo. ¿Te alegras de mi vuelta?

PEP. Si es la alegría la que no me dejaba hablar.

VÍCTOR ¡Mentirosa!

PEP. Ya sabes tú que no.

VÍCTOR Oye.

PEP. Qué.

VÍCTOR ¿Mis cartas no han llegao á tí?

PEP. Ni falta que llegaran tampoco. ¿Has recibido tú cartas mías?

VÍCTOR ¿Pero las has escrito?

PEP. No. Por eso lo digo: ¡á ver qué falta han hecho! Cuando una persona vive en el ánimo de otra, que se quite la escritura, que está de más.

VÍCTOR Me da gusto oirte .. y me da rabia.

PEP. ¿Rabia... por qué?

VÍCTOR Porque me hace daño este cuarto... esta ropa... ¡La destrozaría de mejor gana que lo digo!

PEP. Vamos, hombre, suéltame; que aún tengo que volver á escena.

VÍCTOR ¡A escena! ¡á escena! ¡Maldita sea!... ¡Qué poquito va á durar eso! Se levanta.

PEP. Con sorpresa, que procura disimular ¿Cómo?

VÍCTOR Ya que lograste tu capricho, que á estas horas se ha convertido en obligación, ¿no razonas de otra manera? ¿No te da pena de tí misma, al salir ahí fuera á divertir á la gente? ¿Te puede á tí gustar este oficio?

PEP. Levantándose también. Pero, escucha: ¿vuelves á esto? ¿Sigues con tu ceguera, Víctor? ¿Crees tú que yo cambio mi vivir de ahora por mi vivir de antes? Ni que lo pienses un minuto. Antes, de todo carecía, menos de tí: ahora, todo lo tengo: me faltabas tú, y aquí estás ya... ¿Qué más puedo querer?

VÍCTOR ¿Pero tú crees que vas á ser mía y á seguir trabajando en la escena?

PEP. ¿Pero tú te figuras que en esta vida no hay decoro? Víctor calla. Entonces, ¿para qué has venido?

VÍCTOR ¡Pepa! ¿qué dices?

PEP. Que para qué has venido, sin haber mudao de parecer.

VÍCTOR Yo pensé que tú mudarías.

PEP. Si el que se equivoca eres tú, que discurres como los chicos de la escuela. ¿Iba yo á dejar un cariño como el tuyo por una aventura de un año? No me hagas tan loca. Estaba muy honda en mí la afición á esta vida; era muy grande la necesidad que yo tenía de

ella, por todos estilos, para esperar que algún día pudiera arrepentirme. ¿Lo oyes, Víctor? Por todos estilos. Tú eres para mí lo primero del mundo—ni que lo creas ni que no;—pero por desgracia, no eres lo único á que yo tengo que atender. Detrás de mi trabajo hay mucha gente: mis hermanos, mi padre .. mucha gente.

VÍCTOR Eso: mucha gente... que encontró ya la manera agradable de vivir; la postura cómoda para tumbarse al sol. Y todo ello á costa de tu salud y de tu vida. ¿Cómo quieres que consienta yo esto? ¿Cómo no he de tratar de sacarte de aquí, obligándote con todo el peso de mi cariño, mientras me lo tengas?

PEP. Suspirando y sentándose de nuevo. ¡Qué triste es volver á empezar!

VÍCTOR No seas niña: vente conmigo. Deja el teatro; deja esta vida, que me repugna á mí... y por algo es...

PEP. Después de un silencio, con resolución. Mira, Víctor: ¿á qué cansarnos? Mala ó buena, te repugne ó no, en ella tengo que seguir.

VÍCTOR ¿Por qué?

PEP. No me hagas repetirlo: debo seguir en ella, y nada más.

VÍCTOR Molesto. Cuidado no engrías á tu gusto poniéndole esa pantalla del deber.

PEP. ¡Vaya, hombre! Eso es nuevo. Has venido también á ofenderme.

VÍCTOR No llores. Perdona.

PEP. ¿Pero por qué me pides á mí el sacrificio de mi gente y de todo lo mío, y no sacrificas tu preocupación, que vale mucho menos? Me harás pensar que ese cariño que me tienes no es tan grande como yo creía.

VÍCTOR ¡Qué pronto me has devuelto la ofensa!

PEP. Perdona tú también.

VÍCTOR Ello es que mientras más hablamos, peor. Tú le llamas preocupación á lo que yo le llamo dignidad, y yo le llamo capricho á lo que tú le llamas deber. Ahí lo tienes todo: no hay para qué darle más vueltas. La consecuencia, es clara...

PEP. ¿Y cuál es?
VÍCTOR Que yo me voy ahora como hace un año... y que no vuelvo más.
PEP. ¡Eso no!
VÍCTOR Eso sí.
PEP. ¡No digas eso, Víctor!
VÍCTOR ¿Qué importa que lo diga, si vamos á tenerlo que hacer?

ESCENA XI

DICHOS y MESA

MESA Despavorido. ¡Pepita! ¡á escena! ¡Que pensé que estabas allí! ¡que estás haciendo falta!
PEP. Asustadísima. ¡Es verdad!
MESA ¡Pronto!
PEP. A Víctor. Espérame aquí.
VÍCTOR ¿Para qué?
PEP. Espérame.
VÍCTOR No.
PEP. ¡Pues no salgo á escena!
MESA ¡Pepita, que me comprometes!
PEP. Espérame, Víctor.
VÍCTOR Te digo que no; que me voy.
PEP. ¡Pues no salgo!
MESA ¡Por Dios, Pepita!
PEP. ¿Me esperas ó no?
VÍCTOR Vete; sí... te espero.
MESA ¡Vamos ya!
PEP. ¡Vamos!
MESA ¡A escape! Se van los dos corriendo.

ESCENA XII

VÍCTOR y NICASIO

VÍCTOR Tomando su sombrero y su capa, dispuesto á marcharse. Es la primera vez que la engaño: ¿para qué esperarla? Sería inútil.
NIC. Irritado y descompuesto. ¿Quién era? ¿quién?... ¡Ah, eres tú!

VÍCTOR Yo soy: ¿no lo ve usté?

NIC. Es que me lo había figurao. ¿A qué has venido aquí?

VÍCTOR A todo, menos á verle á usté.

NIC. Pues mira tú como es verdá que el hombre propone y Dios dispone. Víctor...

VÍCTOR Señor Nicasio...

NIC. Hombre... eso de señor Nicasio no me suena. Eso era de antes. El señor Nicasio ha fallecido.

VÍCTOR No será verdá.

NIC. El padre de la Pepita Reyes se llama de otro modo.

VÍCTOR Ah.. ¿Don Nicasio?

NIC. Por *áhi*.

VÍCTOR Pues oiga usté, don Nicasio... ó don Rábano—que le sienta á usté el Don como á un santo Cristo dos pistolas:—por Pepita he venido... y me voy sin ella.

NIC. ¡Toma! ¡qué remedio!

VÍCTOR No quiero turbarle á usté las digestiones.

NIC. Gracias, chico. Ya te consolarás.

VÍCTOR Mucho antes que usté si me la llevara. Y no por el cariño que usté la tenga, sino por lo que le conviene.

NIC. Ese es meterte en mi moral, y no te dejo.

VÍCTOR ¡Su moral de usté! Explotar á la chica: no hay otra.

NIC. ¡A ver si callas, Víctor!

VÍCTOR ¡No me sale de adentro el callar!

NIC. ¿Vas á darme un escándalo en el teatro?

VÍCTOR Si á usté le escuecen las verdades y se alborota, sí, señor. ¡El don Nicasio de chanfainas este!

NIC Mira, Víctor: esto te lo digo yo á tí de hombre á hombre: si me quiés buscar, búscame en otro lao.

VÍCTOR ¿Y para qué tengo yo que buscarlo á usté en parte ninguna? Por desgracia le he visto aquí.

NIC. Ea, pues vete ya, si tanto te pesa.

VÍCTOR Sí, señor: ya me voy. Quede usté con Dios... ¡A engordar, á vivir, á pasarlo á gusto, que para eso tiene usté una hija que se lo gane!

NIC. ¡Ele! Pa eso na más. Hasta ahora no lo has dicho. Y si te pica, ráscate.

VÍCTOR No me pica, no; me duele, me hace daño, que en vez de llevármela yo, que quería trabajar para ella, se quede ella aquí, á trabajar para usté y para su tropa.

NIC. Vuelvo á decirte que pa eso es mi hija.

VÍCTOR Ni para eso es su hija de usté, ni usté es su padre para eso. ¡Abur! Y el día que se le ocurra á usté reventar, póngame dos letras, que me dará la satisfacción más grande del mundo. ¡Abur! Vase de estampia por la derecha.

NIC. Cuando ya se ha ido Víctor, y como reprimiendo el coraje. ¡Ay... si no hubiera fallecido el señor Nicasio!... ¡Le vale que soy el padre de la Pepita Reyes... y que estoy en su *camarino*!

ESCENA ÚLTIMA

NICASIO, DON LOLO y SEBASTIANA; luego PEPITA; después el MARQUÉS, TELERITA, el CALLAO, JULITO y PEREGRÍN. Al final MORRITOS

D. LOLO Chico, ¿qué ha sido eso?

NIC. Nada; niñerías.

D. LOLO ¿Pasó?

NIC. A Dios gracias.

D. LOLO ¡Pues entonces! .. Te advierto que la Pepita ha dado esta noche un paso de gigante. ¡Qué ovación chico!

NIC. ¿Digo, eh? ¡Pa que venga ese cursi!.. ¡Vamos!

D. LOLO El padre de la Corales tiene una cara así; media vara justa. Está el tío que echa café.

NIC. ¡Me alegro!

SEB. Llegando, loca de alegría. ¡Tres veces ze ha levantao ya er telón ar finá de la obra! ¡Ze la están comiendo loz abonaos! ¡ze la están comiendo!

D. LOLO ¡Es que ha hecho la última escena de un modo, que ha habido que verla despacio!

NIC. ¡Como que la chica tié madera, hombre; y quitarla de esto es un crimen!

SEB. Un crimen, zí, zeñó.

NIC. ¡Aunque le digan á uno lo que le digan!

SEB. Aquí viene, aquí viene ya...

NIC. ¡Hija de mi alma!

Antes de aparecer Pepita, óyese dentro rumor de felicitaciones. Por el pasillo pasan varias figuras de cómicos y cómicas vestidos con diversos trajes de carácter regional. Todos van comentando el triunfo de Pepita.

SEB. En la misma puerta del cuarto, besando á su sobrina y achuchándola. ¡Hija de mis zueños, ven acá! ¡Ven acá tú, pimpoyo! ¡alegría de la caza! ¡gloria!

PEP. Jesús... por Dios... se han vuelto locos todos...

NIC. ¡Déjamela á mí, mujer, que tengo más derecho que tú! ¡Aquí están los brazos de tu padre!

PEP. Entra al fin en el cuarto, y al ir á abrazar á su padre se detiene notando la falta de Víctor. ¿Y Víctor?

NIC. ¿Víctor?

PEP. Víctor, sí.

NIC. Se fué.

PEP. ¿Se fué? ¿Pero no vuelve?

NIC. No.

PEP. ¿Le has obligado tú?

NIC. No. El estaba ya en irse. Y yo, viéndole así... le abrí el camino. Esto se ha terminao, ¿lo oyes? Buena cara á to el mundo, toas las monerías que tú quieras, pero aquí novios no, porque tiras el porvenir por la ventana. Y no hablemos más. Pepita va á romper á llorar. Su padre la ataja reconviniéndola, al oir que se acerca gente hacia el cuarto. ¡Eso es: ponte á llorar ahora que vienen los amigos!

D. LOLO Cantando.

¡Adelante, caballeros,
entren todos de rondón!...

En este momento aparece en la puerta del cuarto el Marqués. Pepita, al oir su enhorabuena, convierte de improviso de triste en alegre la expresión de su rostro, y se esfuerza en atender con sonrisas afectuosas á todos los que van llegando.

MARQ. ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo! ¡Admirable, Pepita! ¡Un encanto!

PEP. Muchas gracias, Marqués... muchísimas gracias...

SEB. Ha estao pa chiyarla, ¿verdá?

TEL ¡Venga usté acá, paloma! ¡Jozú! ¡qué disloque! ¡La he aplaudío á usté hasta jacé espuma con las manos! Risas generales.

PEP. Gracias... gracias...

MARQ. ¡Espuma con las manos! ¡Qué atrocidad!

TEL Lo que usté quiziera ez un gorpe azí pa er Congrezo una tarde. Nuevas risas.

CALLAO ¡Choque usté: en to lo arto!

PEP. Muchísimas gracias. .

PERE. Muy bien, Pepita.

PEP. Gracias, muchas gracias...

JULITO Te has metido en el bolsillo á la Corales.

PEP. Calla, por Dios. ..

MARQ. ¡Ha estado portentosa! ¡exquisita!

TEL. ¿Que zi ha estao? ¡Jozú!

PERE. Ha estado inimitable.

JULITO Ha estado monísima.

CALLAO Ha estao güena, ha estao güena.

MARQ. Ha puesto el mingo como vulgarmente se dice.

PEP. Por Dios... por Dios... no exageren ustedes... Y lo que siento es que tengo que vestirme para la última...

MARQ. Ya nos echa la ingrata...

TEL. ¿Quiere usté que yo me quede y le ayudo?

PEP. Muchas gracias, se ofendería la Morritos.

TEL. Ya le daría yo una propiniya...

PEP. No... no... muchas gracias... Señores. . lo siento en el alma...

MARQ. Nada, nada; nos vamos ya...

TEL. Vámonos, vámonos.

NIC. Sí, que se le hace tarde.. Pero vuelvan luego. Bastiana, llégate por la Morritos.

SEB. ¿Ande estará eza loca? Vase.

MARQ. Despidiéndose. Adiós... Repito mis plácemes. Le auguro á usted muchas noches como esta en el teatro...

PEP. Muchas como esta... Gracias... gracias...

MARQ. ¡Está emocionadilla!

TEL. Hasta luego, y que zea enhoragüena.
PEP. Gracias...
CALLAO Que zea enhoragüena.
PEP. Gracias...
PERE. Que conste que me alegro mucho.
PEP. Gracias... gracias...
JULITO. Siguen las firmas...
PEP. Muchas gracias...
NIC. Hasta luego.
D. LOLO Hasta luego.

Se van todos comentando el triunfo animadamente. El Marqués, desde la misma puerta del cuarto, se vuelve hacia Pepita, y la aplaude una vez más dándose golpecitos con los guantes en una mano y dirigiéndole la más expresiva de sus sonrisas.

PEP. Casi sin voz, por la emoción que siente. Gracias... muchas gracias... Al quedarse sola, estalla el llanto contenido, y llorando se deja caer en una butaca. Pausa. Llega presurosamente Morritos, con la cara alegre y satisfecha. Al ver á Pepita llorando se sobrecoge y cambia de expresión, y abre los ojos más que nunca.

MOR. En voz baja ¡Ah!... Está llorando... ¡Ah!... Acercándose á ella con solicitud y cariño, y abrazándola luego. Pepita... Pepita... Cae rápidamente el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Diciembre, 1902.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el hotijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchiorotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro Serrano.
El niño prodigio, comedia en dos actos.

LOS MERITORIOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS MERITORIOS

PASILLO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Escrito exprofeso para **María Guerrero** y **Fernando Díaz de Mendoza,** y estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 2 de Abril de 1903

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANGELITA	Sra.	Guerrero.
DOÑA JUSTA	Srta.	Cancio.
LA DAMA		Colorado.
RIBETE	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
DON CARLOS		Carsí.
EL GALÁN		Perrín (A.)
EL TRAIDOR		Díaz de Mendoza (M.)
EL TRASPUNTE		Guerrero.
EL AVISADOR		Gil.

Actrices y actores

LOS MERITORIOS

Escenario de un teatro durante las horas de los ensayos

ESCENA PRIMERA

TODOS LOS PERSONAJES

Al levantarse el telón está acabando el ensayo de un drama terrible. Don Carlos, el director de escena, aparece en primer término, de espaldas al público. El Traidor yace tendido en el suelo cuan largo es. El galán sostiene á la Dama en sus brazos, no se sabe si muerta ó desmayada. Dos Actrices y dos Actores, que intervienen también en la obra, contemplan la escena horrorizados. Los demás personajes formau varios grupos sentados hacia el fondo

GALÁN (A grito herido, como para advertir al jefe de la «claque» que ha llegado su hora.) «¡Julia! ¡Julia mía! »¡Mi bien perdido! ¡Despierta y míralo con »espantados ojos! ¡Ahí lo tienes!» (Señalando al Traidor, que no pía.) «¡Ya sus brazos de serpien»te no se enroscarán á tu cuello de cisne; ya »su voz de fiera envenenada, no mentirá en »tu oído promesas de criminal amor!» (Dirigiéndose al cadáver, que es claro que no está para voces.) «¡Tú!... ¡miserable! ¿No la querías? ¡Pues »ven por ella!» (A la Dama.) «¡Tú!... ¡adorable perjura! ¿No lo amabas? ¡Pues vé á buscarlo!»

(Arrepintiéndose en seguida) «¡Pero no, no, no, »no; no vayas, que hasta de la misma muerte »siento celos!» (Encarándose con los que le quedan.) «¡Y vosotros, venenosos reptiles, cana»lla asalariada, mirad vuestra obra, contem»plad vuestro crimen, y ved si podéis, con »el fango de vuestros corazones infames, »ahogar la voz de vuestras podridas con»ciencias!»

D. CAR. Cuadro. ¡Muy bien!

GALÁN ¿Es eso?

D. CAR. ¡Muy bien! ¡muy bien!

DAMA (Volviendo en sí.) ¡Ay, Jesús! Me cansa esta obra.

TRAI. (Incorporándose primero y levantándose después.) ¿Vamos á repetirlo?

D. CAR No. Hoy ha salido mejor que nunca.

TRAI. ¡Como que no ha venido el autor!

GALÁN A mí el autor me desconcierta.

DAMA Es tan nervioso... Yo en cuanto le veo arrancar las pajas de la silla, y comérselas, ya no doy pie con bola.

TRASP ¿Se ensaya más, don Carlos?

D. CAR No; esta tarde no. Pueden marcharse todos.

TRASP. (A los del fondo.) Señores, no se ensaya más.

UNO Vaya, buenas tardes.

VARIOS Buenas tardes.

D. CAR. Adiós.

VARIOS Hasta mañana.

OTROS Hasta luego. (Poco á poco se van retirando ellos y y ellas, á excepción de Angelita, Doña Justa y Ribete.)

GALÁN ¿Quiere usted algo, don Carlos?

D. CAR. Nada; muchas gracias.

DAMA Hasta la noche, don Carlos.

D. CAR. Adiós; hasta la noche.

TRAI. Buenas tardes.

TRASP. Don Carlos, oiga usted.

D. CAR. ¿Qué hay?

TRASP Los meritorios nuevos ¿se esperan?

D. CAR. ¡Caramba! es verdad. Que se esperen, sí; que hagan el favor. (Al apuntador) Quédate tú un instante, y ahora pasaremos la escenita. Voy á contaduría, que me llama el pintor por teléfono. (Se va.)

TRASP. (A Ribete.) El señor director, que ahora viene. (A Angelita, que está con doña Justa.) El señor director, que tengan ustedes la bondad de esperarse. (Se va también.)

ESCENA II

ANGELITA, DOÑA JUSTA y RIBETE

Doña Justa y Angelita visten disimulando su pobreza. Ribete, á pesar suyo, no la puede disimular. No obstante, se pasea con cierta arrogancia. Angelita, por el contrario, muéstrase apocada y humilde. Su hablar es candoroso y tímido. Se sienta de nuevo con doña Justa en el primer término de la izquierda. Pausa. Angelita observa á Ribete y Ribete á Angelita

RIB. (Rompiendo el silencio, deseoso de entrar en palique.) ¡Pues señor, bien! Más pasó Jesucristo por nosotros.

ANG. (Bajo á doña Justa.) Mamá, ese caballero quiere entablar conversación.

D.ª JUS. (Lo mismo á Angelita.) Bueno, hija; pues que la entable.

ANG. No se atreve... A ver si á tí se te ocurre el modo...

D.ª JUS ¡Ya lo creo! Verás tú. (Alto á Ribete.) Diga usted, joven, ¿le parece á usted que hablemos de otra cosa?

ANG. ¡Mamá, por Dios! ¡Qué ocurrencias tienes! No le haga usted caso á mi mamá, caballero...

RIB. Ah, ¿esta señora es su mamá?

D.ª JUS. Servidora de usted.

RIB. Por muchos años. ¿Y su papá, está bueno?

D.ª JUS. No tiene papá la pobrecita. Mi marido murió el noventa.

RIB. Por muchos años.

ANG Usted calcule...

RIB ¿Es usted actriz?

ANG Tras de eso voy. ¿Y usted, es actor?

RIB. Más que muchos que cobran ocho duros. No se lo diga usted á nadie.

ANG Pierda usted cuidado.

D.ª Jus. Esta tiene una afición horrible.

Rib. ¿Horrible, señora?

Ang. (Expresándose con mucha calma.) Puede usted creerlo, sí, señor. A mí que no me hablen de diversiones, ni de novios, ni de trajes, ¿sabe usted? no se me importa nada... pero lo que es el teatro... el teatro me vuelve loca, es una cosa que me vuelve loca...

Rib. Igual me pasa á mí, señorita. Yo podría vivir sin comer, sin fumar, sin dormir... sin rascarme; pero sin representar comedias, ¡de ningún modo!

Ang. Lo peor del caso, ¿sabe usted? es que aquí todo se logra por influencias, por recomendaciones... y yo, desgraciadamente, no tengo quien me empuje.

Rib. Ni yo tampoco. Veo que nuestra situación es muy parecida. Por algo me ha sido usted tan simpática y tan agradable.

Ang. (Ruborosa.) ¿Sí?... (Va á hablar y no le sale. En vista de ello le pide auxilio á doña Justa.) (Mamá, contéstale tú, que á mí no se me ocurre nada.)

D.ª Jus. (A Angelita.) (Pues hija, hace falta que te vayas soltando.)

Rib. Es horrible, señorita, es horrible. Nuestro camino está lleno de zarzas. Doce años llevo de meritorio ¿Querrá usted creer que no he hecho más que anunciar la sopa?

Ang. ¿Le parece á usted? ¡Hasta dónde estará usted de sopa!

Rib. ¡Hasta aquí! Por eso me he salido del otro corral: á ver si en éste me luce más el pelo.

Ang. Luego quieren que descuellen los meritorios... Con papeles así...

Rib. Es lo que yo digo, señorita. No hay ocasión de lucirse; no hay *carne*... no se puede hacer detalle ninguno... no hay dónde *pellizcar*, en una palabra. ¡Porque no se va á echar mano de un gesto trágico para anunciar la sopa!

Ang. A no ser que la sopa esté envenenada.

Rib. ¿Usted también lleva mucho tiempo...?

Ang. Mucho, sí señor, mucho. Pero nunca he trabajado más que en casa.

Rib. Ya.

ANG. Así... en un teatro formal, como éste, voy á salir ahora por primera vez. Es decir, si sirvo...

RIB. ¿Según eso, toma usted parte en la obra nueva?

ANG. Si sirvo, sí señor.

RIB ¡Ah, caramba! Pues creo que vamos á hacer algo juntos.

ANG. Me alegraré.. Si sirvo...

RIB. A mí me parece que sí. No lo tome usted á lisonja... Su figura de usted es elegante, esbelta... distinguida...

ANG. ¡Por Dios!...

RIB. Su rostro es hermoso... expresivo... Tiene usted dos ojos como dos cajas de betún, hablando mal y pronto...

ANG. Calle usted... calle usted...

RIB. Su voz es dulce... poética... suave... No parece que habla usted, sino que gorjea, señorita...

ANG. (Muy turbada y sin saber por dónde salir apela á doña Justa, como antes) ¡Mamá, mamá! (Viendo que doña Justa duerme al parecer.) ¡Ay, mamá se ha dormido!...

D a JUS (¡Claro!)

RIB. (Contemplando con cierto embeleso á Angelita, un poco lejos de ella.) (¡Sí que es interesante la meritoria!)

ANG. (Me subyuga este joven... ¡Le cosería el botón aquel que se le está cayendo!)

ESCENA III

DICHOS y DON CARLOS

D. CAR. (Saliendo.) ¡Esta flor le faltaba al ramo!

RIB. ¿Ocurre algo, señor Director?

D. CAR. Un trastorno grandísimo: el decorado no está listo mañana, y no podemos estrenar hasta el sábado. A la Empresa le va á sentar muy bien la noticia.

ANG. ¿Sí, verdad?

D. CAR. No tiene usted idea.

RIB *Pues de estas cosas veréis*
si en esta casa os quedais
lo menos seis por semana.

D. CAR. Sí, señor, sí. Habla usted como un libro. ¿Conque usted, señorita, es la meritoria que me recomienda Pacheco, y usted, joven, el meritorio que me recomienda Campillo?

ANG. (Levantándose) Servidora de usted.

RIB. Lo mismo digo, hidalgo.

D. CAR. Mil gracias.

ANG. Y esta señora que está aquí dormida es mi mamá.

D. CAR. Tanto gusto. (Doña Justa ronca.) Pues verán ustedes lo que tienen que hacer. Es muy poquita cosa.

RIB. Le advierto á usted, señor Director, que á mí el señor traspunte me entregó el papel que se me ha repartido... y ya me lo sé de memoria. (Dice esto mostrando el papel.)

D. CAR. ¡Admirable!

ANG. Pues en el mismo caso me encuentro yo. (Mostrando el suyo.) Me lo dió el traspunte al llegar, y también me lo sé ya como el Padre nuestro.

D. CAR. Mejor que mejor. Habrán visto ustedes que no tiene la cosa dificultad ninguna. (Al apuntador.) Dame el segundo acto. (El apuntador obedece y él hojea el manuscrito buscando la escena de los meritorios.) Pues sin embargo de ser tan fácil, ayer me hicieron perder la educación dos parejas de meritorios, que no podían con ello.

RIB. ¡Claro! Se meten aquí sin afición, sin condiciones...

D. CAR Les explicaré á ustedes la situación en que toman parte. Háganse cargo. La escena pasa en un salón aristocrático de Madrid. Parejas de damas y galanes van de aquí para allá, en animada charla, y ustedes, que representan una de las parejas, se quedan un momento solos, completamente solos, y lo aprovechan para darse un abrazo y para insinuarse el amor de que están poseídos.

RIB. Me gusta la cosa.

ANG. Y á mí.

D. CAR Esa es la situación. Oigan ustedes cómo quisiera yo que se dijese la escenita. (Lee señalando á Ribete y á Angelita simultáneamente, para indicar el personaje que habla.)—«¡Solos!—¿Estamos solos? ¡Ah! (A ella se le cae el abanico. El se agacha á cogerlo, se lo entrega y le oprime una mano.)—¡El abanico!—¡Por Dios, que pueden vernos!—¿Y qué importa? Entre usted y yo late ya una corriente misteriosa de simpatía, que nos acerca, que nos une... (La abraza)—¿Qué hace usted?—¡Perdón!—¡Ah!—¡Silencio!» Y aquí termina el diálogo. Vuelven á salir las otras parejas y ellos vuelven á pasear entre todos como si tal cosa.

RIB. Entendido.

ANG. Me agrada mucho mi papel... Yo nunca pensé que me dieran uno tan largo...

RIB. Ni yo tampoco: lo confieso. Hay *carne*, hay cosas... hay donde *pellizcar*.

D. CAR (Devolviéndole el ejemplar al apuntador.) Pues vamos á pasarlo. Ten ahí. (Se sienta de espaldas al público.) Da la palabra. (A Ribete.) Usted. «¡Solos!»

RIB. (Como si fuera á matar á Angelita.) «¡Solos!»

D. CAR. No; permítame usted: más dulzura. ¿No se ha enterado usted de la situación?

RIB. Perfectísimamente.

D. CAR. ¡Pues entonces!... Debe usted expresar la alegría de verse solo con ella.

RIB. Entendido. (Frotándose las manos de júbilo y dando un gallo.) «¡Solos!» ¿Es así?

D. CAR. (Comprendiendo que no se las ve con Zacconi.) Adelante. (A Angelita.) Usted: «¿Estamos solos?»

ANG. (Con voz imperceptible y sin expresión.) «¿Estamos solos?»

D. CAR. Más altito: un poco más altito.

ANG. (Más bajo y muy turbada.) «¿Estamos solos?»

D. CAR Perdone usted: he dicho que más alto.

ANG. (Más bajo aún y á punto de echarse á llorar.) «¿Estamos solos?»

D. CAR No se corte usted: si para esto se ensaya. Grite usted sin ningun reparo.

ANG. (Gritando mucho.) «¿Estamos solos?»
D. CAR ¡Así va á venir gente!
RIB. Claro es. No se ha entonado todavía.
D. CAR. Bueno; sigamos. Ya se entonará. (Son listos los dos, á Dios gracias) Y deja usted caer el abanico.
ANG. (Echándolo por alto.) «¡Ah!»
D. CAR. No, hija mía: dejarlo caer; no tirarlo como una pelota.
RIB. (Cogiendo el abanico y dándoselo.) Tome usted.
ANG. Gracias.
D. CAR. Vamos á hacerlo. Con naturalidad; como si le pasara á usted en la calle.
ANG. (Soltando el abanico lo mismo que se suelta un pájaro) «¡Ah!»
D. CAR. (Amoscándose por segundos.) ¡Bueno! ¡Adelante!
RIB. (Con entonación ridículamente dramática.) «¡El abanico!»
D. CAR ¿Qué es eso, hombre de Dios?
RIB. ¿No estamos en un drama?
D. CAR. ¡Y qué tiene que ver!
RIB. (A Angelita.) (Este director está anticuado.)
D. CAR Dígalo usted sin darle importancia... con absoluta sencillez... un poco emocionado, á lo sumo.
RIB. (Frío como la nieve.) «El abanico.»
D CAR. (Más quemado que las ánimas.) Muy bien; muy bien. Ahí va usted á sacar un aplauso.
RIB. Ya, ya lo he visto yo.
D. CAR. (Pues Dios te conserve la vista.) Le oprime usted una mano al darle el abanico, y ella exclama: «¡Por Dios! ¡que pueden vernos!»
ANG. (Repitiendo la frase con voz tan apagada que no se la oye) «¡Por Dios! ¡que pueden vernos!»
D. CAR Dígalo usted.
ANG. Ya lo he dicho.
D. CAR Hija, pues no nos hemos enterado.
ANG. Es que me corto... ¿sabe usted?... me corto.
RIB. Sí, sí; se corta. No tiene costumbre, como yo. (A Angelita.) (Es un carcamal. Está anticuado.)
D. CAR Pues hay que soltarse un poquito.
ANG. Eso me dice mi mamá.
D. CAR Vamos á terminar la escena. Usted: «¿Y qué importa...?»

RIB. (Declamando á la altura de su reputación, mientras don Carlos se muerde un puño.) «¿Y qué importa? Entre usted y yo late ya una corriente misteriosa de simpatía, que nos acerca, que nos une...» (Toma carrera y le da un achuchón tremendo en lugar de un abrazo. Don Carlos protesta; pero ellos continúan abrazados hasta que termina la discusión.)

D. CAR. ¡No! ¡no! ¡no! ¡No puedo pasar por ese abrazo! ¡No se trata de estrujarla, señor! Más cortesía... más delicadeza... ¡Así no se abraza á ninguna señorita!

ANG. (Sí que está anticuado.)

RIB. Le diré á usted: esto del abrazo tengo yo que estudiarlo en casa... Lo ensayaré con la patrona. Me gusta el momento: hay *carne*, hay *carne*... me parece que hay donde *pellizcar*...

ANG. Yo creo que sí; que hay donde *pellizcar*.

D. CAR Acabemos. Usted, señorita: «¿Qué hace usted?»

(Ella muy bajo y él muy alto)

ANG. «¿Qué hace usted?»

RIB. «¡Perdón!»

ANG. «¡Ah!»

RIB. «¡Silencio!» (Cogiendo á Angelita del brazo.) Y ahora el paseíto entre las parejas.

D. CAR. ¡Imposible! ¡imposible! Procuren ustedes entrar en la situación, sentir un poco, ver el valor de cada frase... Eso de gritar: «¡Silencio!» como quien grita: «¡Fuego!» es un absurdo.

RIB. (Animal.)

D. CAR. Lo pasaremos otra vez. A ver si se enteran ustedes.

ESCENA IV

DICHOS y EL AVISADOR

AVIS. Señor don Carlos.

D. CAR. ¿Qué hay?

AVIS. De parte de la Empresa, que suba usted á la Dirección.

D. CAR. ¡Adiós mi dinero! Ya empezó Cristo á padecer. Dí que voy en seguida.

AVIS. Está bien. (Vase.)

D. CAR. Aguarden ustedes un minuto. Por más que mejor será dejarlo... Pero no, no, no; repetiremos la escenita... ¡Qué se le va á hacer! Paciencia. Yo vuelvo á escape. (Yéndose tras el Avisador) (¡Pues señor, vaya dos alhajas! ¡Tenemos aquí á la Guerrero y á Mendoza! ¿Y que esta gente se dedique al teatro?)

ESCENA V

ANGELITA, RIBETE y DOÑA JUSTA, después DON CARLOS

RIB. (Desahogando su cólera.) ¿Qué le parece á usted ese avefría?

ANG. (Afligida.) A mí me parece que yo no sirvo.

RIB. ¡El que no sirve es él!

ANG. Ni yo tampoco: yo no sirvo...

RIB. Pero ¿va usted á hacerle caso á un señor que pide, en el primer ensayo de una escena, cuando aún no se domina la frase, que se matice ya?

ANG. Yo no sirvo... no sirvo... ¡Mamá, yo no sirvo! (Doña Justa ronca otra vez.)

RIB. Por Dios, señorita, no llore usted... y cuenta que se pone usted preciosa llorando...

ANG. Gracias... usted es muy bueno conmigo, señor de...

RIB. Ribete.

ANG. Señor de Ribete, usted es muy bueno... pero yo no sirvo... El Director me ha arrancado las ilusiones. ¡Y qué triste es esto!... ¡Desistir de la vida del arte! ¡No escuchar nunca la música divina de los aplausos!...

RIB ¡Calle usted por Dios... señorita!

ANG. Angelita es mi nombre.

RIB. ¡Angelita! ¡No mentiría si le dijera á usted que lo había adivinado! Calle usted; no se aflija, no llore... Ese Director es un zopenco.

ANG. No, no, no le dé usted vueltas... yo no sirvo... yo tengo que renunciar á los aplausos... ¡Y

si viera usted cuántos me han sonado en el alma, sin haber oido ninguno de nadie! ¿Le han aplaudido á usted alguna vez... amigo Ribete?

RIB. Angelita... en honor de la verdad, porque yo á usted no puedo mentirle, le diré que sólo una vez me han aplaudido.

ANG. ¿En qué obra?

RIB. En *El Trovador*.

ANG. ¿En *El Trovador*?

RIB. Salí á decir que por indisposición del señor Gutiérrez se encargaba de su papel el señor Martínez. El público odiaba á Gutiérrez, y me aplaudió á rabiar.

ANG Ya, vamos... *El Trovador* es un drama que me seduce.... ¡Es tan delicado... tan lindo! ..

Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumentéis mi padecer...
¡sois por mi mal tan hermosas!

Es particular... Ahora recito... y no me corto.

RIB. Angelita, amiga... improvisada, usted siente el arte... y yo también.

ANG. Yo lo que siento es que no sirvo.

RIB. ¡Error de errores!... ¡Si acaba usted de decir una redondilla que ha cruzado el aire como una pompa de jabón! Convénzase usted: nos hallamos atraídos y ligados el uno al otro por el propio dolor, por el mismo deseo... Estoy elocuente... Aunque somos hogueras distintas, acaso las llamas de estas hogueras alguna vez se junten en el aire... ¿Qué le ha parecido á usted la metáfora?

ANG. Ay, muy linda; muy linda...

RIB. Bueno, pues no es mía. Es de un drama que se estrenó anoche... A usted no le puedo mentir. (Le coge una mano.)

ANG. ¿Qué hace usted, Ribete?

RIB. No tema usted nada. Su mamá duerme como un sereno: el apuntador se ha contagiado y duerme también. Estamos completamente solos...

ANG. ¿Sí?

(En este momento aparece por el fondo don Carlos, el

cual, figurándose que ensayan la escena de antes, avanza hasta ellos sin que le sientan ni le vean, y haciendo gestos de aprobación y de sorpresa)

RIB. «¡Solos!

ANG. »¿Estamos solos? (Se le cae el abanico.) ¡Ah!

RIB. »El abanico. (Lo coge, y al devolvérselo le estrecha una mano.)

ANG. »¡Por Dios! ¡que pueden vernos!

RIB. »¿Y qué importa? Entre usted y yo late ya »una corriente misteriosa de simpatía, que »nos acerca, que nos une... (La abraza.)

ANG. »¿Qué hace usted?

RIB. »¡Perdón!

ANG. »¡Ah!

RIB. »¡Silencio!»

D. CAR. (Entusiasmado) ¡Así, así justamente! ¡Esa es la verdad! ¡Ese es el arte! ¡Esa es la escena! ¡Muy bien, muy bien, muy bien! ¡Gracias á Dios que hay dos meritorios que saben hacer las cosas!

(Angelita y Ribete se quedan atónitos.)

RIB. (A Angelita) (¡Se ha creído que ensayábamos!)

ANG. (A Ribete.) (¡Y era la representación!)

D. CAR. ¿Vamos á fijarla? ¿Quieren ustedes?

ANG. Sí, señor; sí, señor .. ¡Pues no faltaba más!

RIB. Lo que usted mande, señor Director.

ANG. (Batiendo palmas.) ¡Ay, qué alegría! Resulta que sirvo. . que sirvo...

D. CAR. (Al apuntador.) ¡Tú! ¿Qué haces, hombre? Da la palabra de esta escena. Vamos á ver.

(Ribete y Angelita la ensayan peor que nunca, enteramente desconcertados y sin tino alguno. Don Carlos manifiesta creciente asombro y trata de interrumpirlos á cada palabra, pero ellos no le atienden.)

RIB. «¡Solos!»

D. CAR. ¿Eh?

ANG. «¿Estamos solos? ¡Ah!» (Tira el abanico.)

RIB. «El abanico.» (Lo coge y se lo da.)

D. CAR. ¡Pero oiga!

ANG. «¡Por Dios, que pueden vernos!»

RIB. «¿Y qué importa?...»

D. CAR. ¡Ay, ay, ay!

RIB. «Entre usted y yo late ya una corriente misteriosa de simpatía...»

D. CAR. ¡Ay, ay, ay!

RIB. «Que nos acerca, que nos une...» (La abraza.)

ANG. «¿Qué hace usted?»

RIB. «¡Perdón!»

D. CAR. ¡Por María Santísima!

ANG. «¡Ah!»

RIB. «¡Silencio!» Y ahora el paseíto.

D. CAR ¡Basta, basta ya! ¡No es posible seguir adelante! ¡O ustedes pretenden burlarse de mis canas ó yo no me explico este cambio!

RIB. ¿Burlarnos dice usted?

D.ª JUS. (Despertándose.) ¿Qué ocurre?

D. CAR. Y si lo otro fué una chiripa, y no saben ustedes representar más que así, ya puede usted, joven, dedicarse á pegar carteles, y usted, señorita, á las labores propias de su sexo! (Empieza á ponerse el gabán que tiene en una silla inmediata. El apuntador sale de la concha y se va.)

RIB. ¡Eh, eh, señor mío!

D.ª JUS. ¡Oiga usted, caballero! ¡A mi niña no se la trata así!

D. CAR. (Cogiendo su sombrero y su bastón, dispuesto á marcharse.) Como señorita merece todos mis respetos y estoy á sus pies; pero como actriz es de lo peorcito que he visto en mi vida. ¡Abur!

RIB. ¡Vaya usted enhoramala!

D.ª JUS. (Yéndose detrás de don Carlos en son de guerra.) ¡Oiga usted, oiga usted!

D. CAR. ¡No tengo nada que oir, señora!

ANG. ¡Mamá! ¡mamá!

D.ª JUS. ¡Le dará usted explicaciones de esas insolencias á un cuñado mío que está en consumos y á un primo que tengo en la escolta real! (Desaparece siguiendo á don Carlos.)

ESCENA ULTIMA

ANGELITA y RIBETE

ANG. ¡Mamá, por Dios!...

RIB. Déjela usted, Angelita... Bien está que se desahogue... Es una madre herida en lo que más quiere.

ANG. Ay, Ribete; no sirvo... no sirvo...

RIB. Eso el público es quien lo ha de decir. A mí se me está ocurriendo una idea tan grande, que me parece como que miro el mar. Esto también es del drama de anoche.

ANG. ¿Y cuál es esa idea?

RIB. Volar con nuestro propio impulso; desafiar al sol, como las águilas...

ANG. ¿Eso será del drama también?

RIB. También. Probar nuestro arranque, medir las fuerzas que tenemos... En una palabra: formar.

ANG. ¿Formar qué?

RIB. Compañía.

ANG. ¿Usted y yo?

RIB. Sí, señora. ¿Cómo es su apellido?

ANG. Recuelo.

RIB. Precioso. Compañía Recuelo-Ribete. Jugamos bien. Lista por órden alfabético, para no herir susceptibilidades. Carteles en todas las esquinas donde se prohiba fijar carteles...

ANG. ¡Usted sueña!

RIB. ¿Y qué importa, Angelita? Soñar es vivir. ¡Soñemos! ¿No quiere usted soñar conmigo?

ANG. No sé si podré.

RIB. Me refiero al sueño del arte; al sueño de la gloria... Mire usted, Angelita: estamos en la noche de nuestro debut.

ANG. ¿Ya?

RIB. Ya. El teatro está lleno de bote en bote. Nos aplauden con verdadero frenesí... Somos los reyes: el escenario es nuestro. Acabamos de *bordar* una escena que ha estremecido el corazón del público. Usted se ha vuelto loca...

ANG. El que se ha vuelto loco es usted.

RIB. Pinto la situación, Angelita... Sígame usted á donde la lleve. Soñemos. Usted se ha vuelto loca y hace *mutis*. Un *mutis* de aplauso seguro. Lanza usted una carcajada histérica, se suelta el pelo... y se va riéndose. Váyase usted.

ANG. (Indicando torpemente el «mutis») ¡Ja, ja, ja! ¿Así?

RIB. Más loca.

ANG. ¡Ja, ja, ja!

RIB. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Sublime! ¡Todas las manos se juntan para aplaudir! Es una ovación delirante. Yo, que estoy en escena moribundo, me levanto y voy por usted. (Angelita sugestionada por Ribete y Ribete en alas de su calurosa fantasía, ejecutan cómicamente cuanto él va diciendo) Y saludamos con sonrisa respetuosa...

ANG. ¿Así?

RIB Así.

RIB. Yo la señalo á usted y usted á mí, con la modestia de quien nunca cree que se merece los aplausos.

ANG. ¿Así?

RIB. Así. Y usted se retira. Intento yo seguir hablando y no me dejan: quieren más saludos, más gloria... La noche para nosotros es inolvidable... La saco á usted de nuevo, la adelanto hasta la misma batería... y yo me repliego humildemente... La ovación entonces es ensordecedora... Saludamos los dos como abrumados por tanta dicha... Usted tira besitos á los palcos... Y á las butacas... Y á la galería, que eso siempre es simpático... Y á los señores del sexteto, que aplauden mucho... ¡Bravo, Angelita, bravo! ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡El porvenir es nuestro! ¡Sabemos saludar admirablemente!

ANG. ¿Y cree usted que hallaremos ocasión para demostrarlo?

RIB. ¿Quién lo duda? Nuestro encuentro tiene que ser fecundo. Con la compañía Recuelo-Ribete les ha salido un grano á muchas compañías. Formémosla, pues.

ANG. Bueno, bueno... Me es usted tan simpático

que no acierto á negarle nada. Cuente usted conmigo... y encárguese de formar lo que quiera.

(Al público.)

Ya has visto los comienzos de nuestra historia:
perdón si nuestros planes son irrisorios...
Mas para de este ensayo guardar memoria,
en pago de sus puros sueños de gloria,
que escuchen tus aplausos los meritorios...
Es gracia que te pide la meritoria.

FIN

Madrid, Marzo 1903.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

LA ZAHORÍ

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA ZAHORÍ

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO ODEÓN de Buenos Aires el 5 de Setiembre de 1903

MADRID

A. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1903

A NUESTROS QUERIDOS AMIGOS

Matilde Rodríguez

y José Rubio

en testimonio de admiración y simpatía.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MICAELA.....	Sra. Rodríguez.
JUANICO.....	Sr. Rubio.

Varios mozos

LA ZAHORÍ

Covacha en donde vive Micaela. A la derecha del actor una puertecilla, cerrada con cerrojo y tranca, á pesar de ser el único hueco por donde entran el aire y la luz A la izquierda del foro un agujero grande que comunica con otra habitación de la covacha. No hay más muebles que una mesa pequeña y dos ó tres sillas, muy viejas. Colgadas junto á la puerta dos herraduras rotas. En la pared una ristra de ajos. Es de noche.

(Al levantarse el telón está la escena sola. Un momento después se oyen dos golpes fuertes en la puerta. A poco se repiten, y entonces sale por el agujero del foro Micaela, con un candil en la mano Es una gitana como de unos cincuenta años de edad, desgreñada y rota.)

MICAELA ¿Quién será que tanta priesa trae? (Llégase á la puerta y pregunta.) ¿Quién es?

JUANICO (Dentro, gritando, muy á lo paleto.) ¡A la paz e Dios!

MICAELA ¡Bendito sea, y no nos esampare nunca! ¿Quién es?

JUANICO Gente e paz.

MICAELA ¿Qué gente?

JUANICO Un hombre.

MICAELA ¿Na más?

JUANICO ¿Le paece á usté poco?

MICAELA S'ha menesté dá más señales pa entrá en mi cueva.

JUANICO ¿No basta zé perzona e bien?

MICAELA No basta. ¿Esa persona viene sola?

JUANICO Con una pezaumbre.

MICAELA ¿Y qué quiere?

JUANICO Remedio pa eya.

MICAELA ¿Y quién la guía á este sitio?

JUANICO El anzia de zortarla pronto.

MICAELA (Va á abrir y se detiene) ¿Traes dineros?

JUANICO No zoy la Caza e la Monea, pero argunos traigo.

MICAELA (Franqueándole la puerta á Juanico.) Pasa.

JUANICO Dios guarde á usté.

MICAELA (Cerrando la puerta.) Er te guíe.

(Juanico es un mozo trabajador del campo andaluz. Viene de sombrero ancho, zamarra al hombro, faja y zahones. Su hablar es torpe, oscuro y despacioso.)

JUANICO Comadre, ¿zabe usté que pregunta usté más que er padrón de los perros?

MICAELA ¿Eres perrero tú?

JUANICO No; pero esta tarde ze lo he visto yená á mi zeñorito.

MICAELA ¿Quién es tu señorito?

JUANICO Don Pedro Molina. El amo de Mazarquiví, er cortijo más zonao der pueblo.

MICAELA ¡Ah, ya... Molina! De los Molinas de Morón. ¡Ese sí que tiene *parné!*... ¡Mardesío! En su casa se esayunan con onsas e oro...

JUANICO ¿Quién le ha dicho á usté ezo?

MICAELA ¡Yo que lo sé!... ¡Condenao! Unos tanto y otros tan poco... Mía tú yo, que pa que se junten en mi oya más e tres garbansos... tengo que tocá un pito... Y si echo carne arguna vé, se asusta la oya...

JUANICO Azina ez este mundo. Lo mesmo paza con los pezares. Hay quien vive riyéndoze desde que dispierta... y hay quien no ze ríe ni aunque ze vaya á retratá.

MICAELA Jerío vienes.

JUANICO Jerío.

MICAELA ¿De qué?

JUANICO De mar de amores.

MICAELA ¿Qué eres tú?

JUANICO Yegüerizo de Mazarquiví. Usté pué que conociera á mi padre. Zeñó Cristóba er de la Fuente.

MICAELA Sí que lo conosí; bien dises... Dios lo tenga en su gloria. ¡Qué hombre aquél tan cabá y

tan esente! De güeno que era, en er pueblo le yamaban *Asuca*.

JUANICO *Azuca*... ezo es...

MICAELA Ea, pos siéntate ya, *Terrón*.

JUANICO (Dejándose caer con abatimiento en una silla, y suspirando.) ¡Ay!

MICAELA No suspires; que ninguna mujé vale er suspiro de un hombre honrao. Te lo digo yo... que he sío mujé ya jase tiempo. Dame la mano.

JUANICO ¿La mano?

MICAELA Sí. Pero esa no; la otra.

JUANICO ¿Tiene que zé la izquierda?

MICAELA La izquierda. (Toma la mano de Juanico y la contempla atentamente por la palma. Juanico muestra asombro y miedo.) ¡Ay, creatura!... ¡Qué de cosas te van á pasá en este mundo .. si no te mueres antes!

JUANICO ¿Malas ó güenas?

MICAELA Hay de to. Déjame que te mire á los ojos.

JUANICO ¿A loz ojos? ¿Pa qué?

MICAELA Eso es cuenta mía.

JUANICO Yeva usté razón.

MICAELA (¡Probesito! Es más infelí que una estera.) Ea, anda ya; esahoga tu pecho tribulao. Hate cuenta que estás elante er cura.

JUANICO Mejó zerá que me jaga otra cuenta; porque ar cura, zi á mano viene... ya ze zabe que lo tiene uno que engañá... Argunas cozas no ze les puen decí á los curas...

MICAELA ¿Por qué?

JUANICO ¡Porque no zaben de ezo!

MICAELA ¿No, verdá? Pos descansa en mí; que yo sé de eso. De eso y de to, pero de eso mi sensia es un poso. Echa fuera to lo que te jiere, que no te fartará la melesina. Toito er que viene aquí se va consolao... Jasta condeses y marqueses han pasao esa puerta... Y una señora mu señora estuvo anoche, enselá der mario, y yo lo jise vé en un vaso de agua que er señorito no estaba donde eya se creia, sino en otro sitio peó.

JUANICO ¿Peó pa eya?

MICAELA Peó pa é. Estaba en er Casino, ¿sabes? (Imi-

tando la acción de jugar al monte.) Pero como la señora no traía más aquél que la mordeura de los selos, se fué esponjá de orgujo.

JUANICO Escuche usté, gitana...

MICAELA Micaela me yamo. La Sajorí por otro nombre.

JUANICO Poz escuche usté, Zajorí; yo quieo vé lo que está jaciendo á estaz horas mi Mercedes.

MICAELA (Muy asombrada.) ¡Chiquiyo!

JUANICO ¿Qué?

MICAELA (Con malicia.) ¿Tú sabes lo que píes?..

JUANICO Yo...

MICAELA Vamos á vé, ¿quién es tu Mersedes?

JUANICO La que me ha puesto azina; que me ví á gorvé *tábiro*.

MICAELA Es verdá; que tienes coló de serote. Si te ve un sapatero, te roba.

JUANICO Como que no zoy conocío. Ar pilón der cortijo me miré la cara esta mañana, y penzé que era otro. Gracias á que pazó el aperaó y me dijo: «Juanico, güenos días», me dí cuenta de que era yo er que pintaba el agua. (Afligiéndose y haciendo pucheros.) Yo he perdío la alegría de mi genio; yo no como bocao á gusto; yo er vino no lo cato; yo no jago na de lo que jacen tos loz hombres; jasta er tabaco me zabe malamente...

MICAELA ¿Pero qué es eso? ¿Vas á yorá como una creatura? Jate fuerte, hombre, que to se arregla en esta vía. Echa tabaco.

JUANICO No tengo ganas e fumá.

MICAELA Si es pa mí.

JUANICO Ezo ez otra coza. Tome usté. (Le da una petaca que lleva en la faja. Micaela hace un cigarrillo á estilo campesino, lo enciende en el candil y fuma, oprimiéndolo y arqueándolo mucho.)

MICAELA Cuéntame; esa mujé, ¿es bonita?

JUANICO Bonita no es na; pintores no la pintaran... ¿Ha visto usté arguna vé la primera amapola que zale entre er trigo? Poz eza. (Señalando con el dedo pulgar de la mano la yema del índice.) La carita ez azina... la cintura ez azina... las manos zon azina... azina zon los piés...

MICAELA ¡Ay, várgame Dios!... Te has enamorao de una cuña.

JUANICO ¿Una cuña? Pos zeiz arrobas peza; pa que ze vaya usté enterando.

MICAELA ¿Quién habia e desirlo?... ¡Miá la gachí!... Ya sé yo dónde yeva las carnes.

JUANICO (Metiendo mano a un bolsillo de la zamarra.) Aguarde usté: va usté á verla ahora mesmo.

MICAELA ¿La traes ahí?

JUANICO Traigo una pintura que me ha jecho er chiquichanca der cortijo, que tiene mucha idea. (Saca del bolsillo un papelito doblado en cuatro partes y se lo enseña á Micaela.) Místela

MICAELA (Cogiendo el papel y mirándolo.) ¡Ay, qué presiosa! .. ¡Qué presiosa!...

JUANICO Zi la está usté viendo ar revés...

MICAELA Es verdá, hijo mio... (Después de volver el papel.) ¡Ay, qué presiosísima!

JUANICO (Señalando un punto en el dibujo.) Este ez el ojo.

MICAELA (¡No va pa Moriyo er chiquichanca; már tiro le den!) Ten ahí. (Le devuelve el papel.) Bien merese la niña que penes por eya.

JUANICO Y bien que peno...

MICAELA Ya lo sé... ¿qué vas á contarme? ya lo sé... ¡Como que quiere á otro!

JUANICO A otro quiere. ¿A usté quién ze lo ha dicho?

MICAELA Naide. Yo sé toas las cosas, por sajorí que soy. Y miá tú que pa fijarse en quien se ha fijao, no valia la pena de jaserte á tí esta esaborisión.

JUANICO Ezo es lo que yo digo... Toavía zi me dejara por un mozo cabá... ¡pero miste que dejarme por *Patas cortas!* ¡Un hombre que zentao tiene más estatura que de pie!...

MICAELA A naide curpes más que á tí. Castigo der sielo es to lo que te pasa. ¿Por qué plantaste tú á la otra, jaspa e molino?

JUANICO (Lleno de perplejidad.) ¿A quién? ¿A María Pepa?

MICAELA A María Pepa, sí...

JUANICO Pero, ¿también lo zabe usté?

MICAELA ¿Por qué la plantaste, velioso?

JUANICO Pa er queré no hay leyes... Viene y ze va zin pedí permizo... como er zó...

MICAELA Si hubieras acudío á mí desde er prensipio,

yo te hubiera ajcrrao pesaumbres. Pero es tiempo toavía... siempre que jagas to lo que yo te mande.

JUANICO To lo jaré. ¿Me quedrá Mercedes?

MICAELA Te quedrá.

JUANICO ¿Pero dejará á *Patas cortas?*

MICAELA Y á *Patas largas.*

JUANICO (Con explosión de alegría infantil.) ¡Ay, Jozú! ¡Jozú! ¿qué me está usté diciendo? ¡Zi no ha de zalí, vale más que me ezengañe usté de un gorpe!

MICAELA En tu sino está escrito: te quedrá Mersedes; piedras ha de tirá por tí; sus casaréis un domingo e Mayo, y tendréis dos hijos, después de esperarlos seis años y tres días: el uno te jará felí cantando misa; el otro te acarreará muchos sinsabores porque quedrá meterse á verdugo.

JUANICO (Con espanto.) ¡Zeñora!

MICAELA ¡A verdugo! Yo no invento na. A *Patas cortas*, er día de tu casamiento lo cogerá er carro e la carne por las roiyas...

JUANICO (Riéndose brutalmente.) ¡Ju, ju, ju!

MICAELA Y las manchas e sangre se quearán en las piedras, sin que na baste pa borrarlas, jasta que nazca er primero de tus *chorreles.*

JUANICO (Asombrado.) ¿Zí?

MICAELA Como lo oyes.

JUANICO Me deja usté parao.

MICAELA Dame una peseta.

JUANICO ¿Una pezeta? Tome usté.

MICAELA Te pío dinero tuyo, porque er mío no vale. Con esta monea ví yo á comprá ungüento de firmesa, porvos de ensueño, fló de ternura y simiente de güena dicha; con to rebujao y jervío en un dedá de agua salobre, vi á jasé un caramelo; te lo ví á dá á tí, y er día que tú consigas que eya na más se lo yeve á los labios, por la noche bajará á la ventana.

JUANICO ¿Zí?

MICAELA Sí. Pero tú has de jurarme pasá de largo sin mirarla siquiera.

JUANICO ¿Por qué?

MICAELA Porque si la miras, ya pués contá que la has perdio pa siempre.

JUANICO (Aterrado.) ¡Jozú!

MICAELA Escucha otra cosa.

JUANICO Usté dirá.

MICAELA (Dándole un clavo que saca del cajón de la mesa.) Toma este clavo. Esta noche, ar tiempo de acostarte, jases una cruz con é á la cabesera e tu cama; lo clavas en medio e la cruz, y das tres martiyasos seguíos, disiendo: ¡Mersedes!... ¡Mersedes!... ¡Mersedes!... A la tersera vé, er clavo te responderá mu lastimero: «¿Qué te he jecho yo pa que asín me martrates?...» Entonses tú te acuestas sin cuidao, y te duermes tranquilo.

JUANICO ¡En zeguía! ¡Como diga ezo er clavo, no pego yo un ojo en toa la noche!

MICAELA Aguarda, y déjame acabá. Si er clavo no contesta....

JUANICO ¿Le cuergo er zombrero?...

MICAELA ¡No! Te sales á la caye...

JUANICO ¡Ah!...

MICAELA Te vas á casa de Mersedes...

JUANICO ¡Ah!...

MICAELA Y en er mismo poyete de su puerta, jases otra cruz con saliva.

JUANICO ¿Otra cruz?

MICAELA Sí.

JUANICO ¿Y me va usté á dá también otro clavo?

MICAELA Sí.

JUANICO ¿Pa que lo clave en er poyete?

MICAELA Sí.

JUANICO (Cambiando repentinamente de voz, de acento, de pronunciación y de ademanes.) Pero, vamos á vé, señora: ¿tengo yo cara de sé tan bruto?

MICAELA (Desconcertada.) ¿Eh?

(Oyense dentro, hacia la puerta, risas escandalosas de varios mozos que se supone que acompañaban á Juanico.)

JUANICO Que si tengo yo cara de sé tan bruto.

MICAELA ¡Ah, ladrón! Te has estao burlando de esta probe mujé, ¿no es verdá? ¿Y vienes con pandiya, cacho e valiente? (Nuevas risas dentro.) ¡Mía como se ríen de la grasia!

JUANICO ¡Señora, como que trae usté infernao á to er pueblo con sus embustes, y ha güerto usté tonto ar chiquiyo del aperaó! ¡No hay un vesino que no ande ya jasiendo cruses por toas partes!

MICAELA ¡Asín te jagan una en la barriga con una navaja de afeitá, condenao! ¡Vete ya e mi casa, malas ideas!

JUANICO ¡Si venimos á corgarla á usté! (Abre la puerta y aparecen algunos mozos, riéndose. Uno de ellos, el mozo 1.°, encanijado y chiquitín.)

MICAELA ¿A mí?

MOZO 1.° ¡Por bruja!

MICAELA ¡Mía el otro, que paese que lo han echao ar mundo por compromiso! (Se ríen todos.) ¡Largarse ya, cuadriya e bandoleros, si no queréis que sus jaga yo mar de ojo!

JUANICO ¿Sí, eh? ¡Pos degüérvame usté mi peseta!

MICAELA ¡No te jará daño, creminá! ¡Antes me sacas la edá que tengo! (Nuevas risas.)

JUANICO Pero, infelí, ¿te iba yo á dá una peseta güena? ¡Si esa no la toman ni con un duro ensima!

MICAELA ¡Ah, *pajclero!* ¿Con que es farsa?

MOZO 1.° ¡Más que tú!

MICAELA ¡Cáyate ya, pitraco; que un gato que te vee te va á tomá por revortiyo! ¡Cáyate y no hables más! ¡Fuera, fuera e mi casa tos, que la eshonráis!

JUANICO ¡Anda y que te afusilen, y aprende otra vez á tené más vista!

MICAELA ¡Grandísimo Júas, si eres un cómico; si se la das á tu misma mare!

JUANICO ¡Vámonos! ¡vámonos! (Se marchan todos y se alejan riéndose á más y mejor de la gitana.)

MICAELA ¡Ca uno se gana la vía como puede! ¿Cómo se la ganaba tu padre, cacho e ladrón, que farsificaba hasta el agua?

JUANICO (Desde dentro ya.) ¡Pero si tampoco soy yo hijo der señó Cristóba!

MICAELA ¡Ni de naide! ¡Si tú eres del Hespisio, arrastrao! ¡Vete ya, cunero!... ¡Viruelas te sargan jasta en er blanco de los ojos! ¡Vete ya!... ¡armenaque antiguo!... ¡coliya e probe!...

tacón sin bota!... ¡En manos e la justisia te veas... y te toque un fiscá ponderativo!..

(Cierra la puerta y se dirige al público.)

Yo he nasío sajorí,
y calo en er pensamiento
y leo en lo porvení,
y tengo er presentimiento
de que me vais á aplaudí.

FIN

Madrid. Marzo, 1903.

Advertencia importante. Las empresas que pongan en escena este diálogo, pagarán por derechos de propiedad de cada representación la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.

LA REINA MORA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA REINA MORA

SAINETE EN TRES CUADROS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 11 de Diciembre de 1903

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 bis, 2.º

Teléfono número 551

1903

A Sinesio Delgado

á quien los autores españoles debemos eterna gratitud, sus buenos amigos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CORAL	Srta. Piñó.
MERCEDES	García Senra
DOÑA JUANA LA LOCA	Sra. Vidal.
LAURA	Srta. Amorós.
ISABELITA	Gálvez (B.)
COTUFA	Sr. Pinedo.
DON NUEZ	Orejón.
ESTEBAN	Reforzo.
MIGUEL ANGEL	Mesejo.
EL NIÑO DE LOS PÁJAROS	Srta. Mesa.
UN EMPLEADO DE LA CARCEL	Sr. Alvarez.
UN SERENO	Suárez.
UN GUITARRISTA	Sánchez.

Oficialas de Mercedes, carceleros, presos y amigos de Don Nuez

Esta obra ha sido puesta en escena bajo la acertadísima inteligente dirección de Don Miguel Soler.

LA REINA MORA

CUADRO PRIMERO

Sosegado rincón en un barrio antiguo de Sevilla. A la derecha del actor, cerrando la escena, una tapia almenada, por detrás de la cual asoman los árboles de un jardín. En ángulo recto con ella, de frente al público, ventana enrejada de la casa de Coral, con celosía. Al pie de ella un poyete. A la izquierda, en el mismo término, también de frente al público, otra ventana mucho mayor, que corresponde al taller de costura de Mercedes. Entre ambas ventanas un pasadizo techado, tortuoso y sombrío, con salida á otras calles por el fondo del escenario. La primera puerta á la derecha de este pasadizo es de la casa de Coral, y á la izquierda de la de Mercedes. Junto á ella está la de Miguel Angel. Cerca de la casa de Coral un retablo, ante el cual pende una lamparilla.

Es una mañana de invierno, templada y alegre. El sol da en la calle de plano.

ESCENA PRIMERA

MERCEDES, ISABELITA, LAURA, MIGUEL ANGEL y varias COSTURERAS; CORAL, dentro; después DOÑA JUANA LA LOCA

(La ventana del taller de Mercedes aparece abierta. En él se ve á varias oficialas cosiendo. Mercedes, sentada en el alfeizar, cose también.

Miguel Angel, sentado asimismo, en una silla sin respaldo, junto al poyete de la derecha, enjalbega, pinta y recompone imagenes. Vis-

te blusa de dril, manchada de escayola y pintura, y sobre ella americana vieja de invierno. Usa también babuchas de orillo, gorro de estambre, pipa y gafas. Bajo el asiento tiene un frasco de vivificante «Cazalla», tapado con una copita.)

Música

CORAL (Cantando, dentro.)
Compañero del arma y la vía,
sin tí no vivo;
por er día y la noche, gitano,
sueño contigo.

—

M ANG. ¡Qué caprichos tengo yo!
¡Preferí las medias blancas
y las ligas de coló!

—

CORAL Quiero verte á mi vera pa siempre,
los dos juntitos...
Le hase farta á mi cuerpo tu sombra,
serrano mío.

—

¡Qué poquito er tiempo corre;
que no da la hora que espero
la campana de la torre!
Dala, campanita,
campanita, dala;
dala, que con eya
me darás el arma.

—

MERC. (Cantando mientras cose.)
Seviyanito de mala sangre,
tienes muñecos en la cabesa,
y vale mucho mi personita
pa que se siegue con tu fachenda.

—

M. ANG. Amariyo sí,
amariyo no...

—

RA (Lo mismo que Mercedes.)
Gitano,
de mi casa me he perdío,
yévame tú de la mano.

—

C. Mi hermana
se va á escapá con su novio
mañana por la mañana.

—

(Se levanta Miguel Angel y entra en su casa.)

AL Si tus ojos queriendo mirarme
miran pa er sielo,
se hayarán á mis ojos buscando
sus compañeros.

—

C. Er que yo quiera queré
ha de tené la cabesa
muy distante de los pies.

—

AL Por er día y la noche, gitano,
contigo sueño...
Le hase farta á mi cuerpo una sombra:
la de tu cuerpo...

—

(Sale Miguel Angel de su casa con un frasquito de barniz, y se sienta á continuar su labor.)

¡Qué poquito er tiempo corre;
que no da la hora que espero
la campana de la torre!
Dala, campanita,
campanita, dala;
dala, que con eya
me darás el arma. (Cesa la música.)

(Doña Juana la Loca sale por el fondo antes de terminar la música, y al oir cantar á Coral se detiene á escucharla pegando la oreja á su puerta.

Es una vieja de ahora, pero que parece del siglo XVII.

Viste de velo y mantón negros. En las sienes lleva dos parches, negros también. Viene como de misa, con catrecillo al brazo, rosario y libro de oraciones.)

ESCENA II

DICHOS y DOÑA JUANA

D.ª JUA. Mora, ó cristiana, ó bruja, ó lo que sea, canta que da gusto de oirla.—Dios guarde á usté, señó Miguel Ange.

M. ANG. Venga usté con Dios, señora doña Juana. ¿De misa?

D.ª JUA. De misa. Y de confesá, como todos los días.

M. ANG. Pero ¿tanto peca usté, señora?

D.ª JUA. No es que peque; sino que me gusta descargá la consiensia á diario.

M. ANG. Pos si yo fuera er cura, le daba á usté un *vale* pa to er mes.

D.ª JUA. (Refunfuñando) No me gaste usté siertas bromas. ¿Le parese á usté regulá que un hombre que se gana la vida restaurando imágenes, eche á juego las cosas santas?

M. ANG. Con ningún santo me he metío yo, doña Juana. Entre tos me yenan la oyæ, y son pa mí como de la familia. ¡No fartaba más! Miste qué San Antonio estoy retocando: tiene cara de húsa.

D.ª JUA. ¿Digo, eh?

M. ANG. Arrepare usté en la malisia que le he puesto en los ojos Como es un santo ar que no le pien más que novios las devotas, el artista tiene que darle su intensión.

D.ª JUA. Ya, ya... Bueno está usté.

M. ANG. Pos fíjese usté en este San Roque. Me lo trajeron ayé sin cabesa, y místelo ya.

D.ª JUA. ¿Qué ha hecho usté con él?

M. ANG. Sacarle farsiones á la calabasa, y ponérsela en er pescueso. El artista no se apura nunca.

D.ª JUA. Más valía que le diera usté grasias á Dios,

que hasta en invierno le calienta á usté este rinconsito pa que se venga á trabajá.

M. ANG. Es que Alá es grande, señora mía, y se acuerda de los pobres más que de los ricos.

D.ª JUA. (Refunfuñando nuevamente, como siempre que le desagrada mucho alguna cosa.) ¡Alá!.. ¡Alá!... ¡Herejote!... Va usté á parar en el Infierno.

M. ANG. ¡Toma! Ya lo sé. Y que según me estoy preparando er cuerpo, voy á ardé en dos minutos. (Sacando de debajo de la silla el frasco del aguardiente.) ¿Quié usté un trago?

D.ª JUA. (Después de mirar con recelo á la ventana de Mercedes.) Luego murmuran...

M. ANG. Ahora no nos ve nadie. Siéntese usté aquí en er rincón.

D.ª JUA. Es usté el demonio... (Se sienta en el poyete, y se bebe una copita de anís que le da Miguel Angel.)

M. ANG. Verá usté gloria.

D.ª JUA. Muy rico, muy rico... (Un poco arrepentida.) No siento más sino que tendré que confesarlo mañana.

M. ANG. Más lo siento yo entonses.

D.ª JUA. ¿Por qué?

M. ANG. (Apurando una copa y relamiéndose.) ¡Porque pasao mañana está aquí er cura!

D.ª JUA. Vamos, cáyese usté ó reñimos. (Con misterio.) Y diga usté, diga usté, señó Miguel Ange: ¿qué hay de la reina mora, como usté la yama?

M. ANG. Lo mismo e siempre: no se descubre tanto así. A esta casa le desían antes en Seviya la casa er duende; pero hasta ahora sí que no ha estao ese nombre bien puesto. Ni puerta ni ventana se abren pa na. Y como er barrio es tan cayao y tan solo, to paese aquí cosa e leyenda. Dos meses hase que vive en la casa esa mujé, y nadie la ha visto más que de refilón, ó argún que otro momento que se asoma pa echá una limosna. Ocurta está como un tesoro; quien la guarda, la guarda bien. Por eso, y por los ojos que tiene, que son dos carbones, le puse yo la reina mora. Y er mote ha hecho fortuna. Así la yaman ya en to er barrio.

D.ª JUA. ¿Y es tan hermosa como cuentan?

M. ANG. Es pa dejá de sé cristiano, si eya fuese mora de verdá.

D.ª JUA. ¡Jesús, María!

M. ANG. *Por un beso de su boca*
diera á Granada Boadí..

Eso, Boadí; que yo con tá que me mirara, me queaba sin un santo de éstos.

D.ª JUA. ¡Mira el viejo también! ¿Y es verdá que hay un hombre que manda en eya?

M. ANG. Sí, señora. Es la única arma viviente que ha entrao por esa puerta. ¿Su marío? No sé. ¿Su novio? No sé. ¿Su amante? No sé. Misterio y más misterio, doña Juana.

D.ª JUA. ¿Será un real moso?

M. ANG. ¿El? ¡Si eso es lo que más indirna, señora! Tiene coló e maseta, ca ojo de un tamaño... y por la narí le ve usté hasta er forro e la coroniya. ¡Un fenómeno! Yo, como soy escurtó, sufro una atrosidá cuando lo miro.

D.ª JUA. ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Qué cosas suseden! (Se levanta.)

M. ANG. ¿Se va usté ya?

D.ª JUA. Sí, señó. Hasta mañana. A vé si mañana sabemos algo más... porque así no es posible...

M. ANG. ¿Quié usté otra copita?

D.ª JUA. No, señó; que luego me da tos, y no gano pa pagá al burrero.

M. ANG. Pos que Mahoma la proteja.

D.ª JUA. ¡Y dale con Mahoma! (Al pasar por la ventana de las costureras la detiene Mercedes.)

MERC. Vaya usté con Dios, doña Juana.

D.ª JUA. Hola, mosita.

MERC. ¿Viene usté de confesá?

D.ª JUA. De confesá.

MERC. ¿Le ha dicho usté ar cura lo de *Seboya?*

D.ª JUA. ¿Y qué es lo de *Seboya?*

MERC. Ese majito que la ronda á usté.

D.ª JUA. (Yéndose de estampía por la izquierda.) ¡Vaya, vaya! ¡Se conose que hay buen humor! (Las muchachas se ríen. Miguel Angel se levanta y se acerca á la ventana de Mercedes.)

ESCENA III

DICHOS, menos DOÑA JUANA; al final DON NUEZ

M. ANG. Esa pobre doña Juana la Loca está ya de remate.

MERC. ¡Claro! Se junta con usté...

M. ANG. ¡Como que éste es er barrio e los chiflaos! Tú misma no estás güena de la cabesa...

MERC. ¿No, verdá? Pos me farta mucho pa tirá piedras por la caye.

M. ANG. Ya las tirarás con er tiempo.

MERC. ¿A dónde? ¿A la cabesa de arguno?

M. ANG. O de arguna; vaya usté á sabé. Oye.

MERC. Oigo.

M. ANG. ¿Te arreglas con don Nuez ó no te arreglas?

MERC. ¿Yo con don Nuez? No me gusta ese postre.

M. ANG. Pos mira, es un mosito mu jacarandoso.

MERC. Sí, señó; y hasta guapo, si no fuera por la nuez que tiene.

M. ANG. Es verdá que la nuez lo afea.

MERC. Como que cuando bebe agua paese que va á poné un güevo por la boca.

M. ANG. ¡Je!

MERC. Sobre que ahora no piensa en mirarme. Ni é, ni ninguno der barrio. Aquí ya no hay más mujé que la reina mora.

M. ANG. ¿Paese que te pica?

MERC. ¿A mí? Está por nasé la que me quite er sueño.

M. ANG. ¡Ole! Así me gustan á mí las personas: que les sarga el orguyo hasta por los bujëriyos de las orejas.

MERC. Pos así me parió mi madre. Si se quitara usté noventa años, mi marío.

M. ANG. Grasiosa... ¿Quiés vé á don Nuez?

MERC. Ni en fotografía iluminá.

M. ANG. Pos sierra los ojos.

MERC. ¿Viene ahí?

M. ANG. Comiéndose la caye. (Vuelve á su rincón y continúa trabajando.)

MERC. ¿Sí, verdá? Prevenirse, niñas.
(Sale por la izquierda don Nuez. Las muchachas lo reciben y lo saludan con toses burlonas.)

D. NUEZ (Amoscado y deteniéndose en medio de la calle.) ¡Chavó qué tozes! ¿No pazan por aquí las burras? (Se ríen todas. A Miguel Angel.) ¿Ve usté? Ya está. Tenían laz uñas fuera... zorté un gorpe... y toaz en er borziyo.

M. ANG. ¿Pero por qué tosían?

D. NUEZ Por na... Zon jóvenes... y como están ar zó...

M. ANG. ¿Has visto á Mersedes?

D. NUEZ La he visto zin mirarla. Que zufra. Tiene mucho humo en er pizo arto, y zi me arrimo me va á *culotá*.

M. ANG Destemplaiya está esta mañana.

D. NUEZ Más lo estoy yo, que me han zartao jasta los bordones. Zolo que lo mismo ze me da de Mercedes que de una papeleta cumplía.

M. ANG. ¿Entonses qué te ocurre?

D. NUEZ Lo que usté zabe de memoria... ¡Mardito zea er quezo! ¿Ha zalío eza mujé á la ventana? (Señalando á la de Coral.)

M. ANG. Ni pa sacudí los sapatos.

D. NUEZ Me tiene zin zentío, zeñó Miguel Ange. De tanto penzá en eya me están zaliendo cayos en la frente.

M. ANG. Siéntate aquí un poco, y esahoga.

D NUEZ (Obedeciéndolo.) Desde que la ví, ya pa mí no hay mujeres bonitas. Me ha cegao. Y mi berrinche está en que no le pueo decí dos palabras, ni cantarle dos coplas, ni ziquiera mirarla con idea, porque nunca ze deja vé. ¡Mardito zea er quezo! Zi anduviera por er mundo como toas las mujeres, ¿usté ze cree que á estaz horas no había yo jecho con lapi un palito más en la paré e mi cuarto?

M. ANG. ¿Es que apuntas las *víctimas* con palitos?

D. NUEZ Ezo. Y está la paré que paece una vaya... Y me ví á tené que mudá á otro cuarto más grande.

M. ANG. ¡Echa!

D. NUEZ ¿Y er novio, no ha venío?

M. ANG. Que yo sepa; no.

D. NUEZ Azí ze me regüerven á mí las tripas, de penza que eze hombre, que á reá la entrá ze ganaba la vía, manda en eza marnolia y la tiene ahí encerrá como zi fuea una esclava.

M. Ang. Pos pa estos casos son las agayas de los hombres.

D Nuez (Levantándose.) Déjeze usté dí... y dele usté tregua ar tiempo: que por pazárzela á aqueya por los moños y porque me trae como no me ha traío ninguna, no va á tardá mucho la noche en que zuene un bezo mío en esta ventana.

M. Ang. ¿En un visiyo?

D. Nuez (Quemado.) ¡Ó en una boca de clavé! ¡Ze yame Zulaminda, como usté le ha puesto, ó ze yame María Azunción!... Zi ze yama María Azunción, azín estoy propio; pero zi ze yama Zulaminda, me compro un turbante y unas babuchas...

M. Ang. Y te pones á vendé dátiles, ¿no?

D. Nuez ¿Dátiles? Ar tiempo; que ví á gastá un lapi entero en jacé er palito.

M Ang. Te encuentro mu quemao.

D. Nuez Es que las mujeres zon candela. (Mirando hacia el foro y golpeando el suelo con el pie.) ¡Mardito zea er quezo!

M Ang. ¿Qué hay?

D. Nuez ¡Que viene ahí eze *arangután*! Me güervo espardas pa no tené pendencia.

ESCENA IV

DICHOS y COTUFA

(Aparece en el fondo del pasadizo, y avanza lentamente por él. Es feo como un tiro, pero simpático, gracioso. Viene de capa, embozado con presunción y contoneándose mucho. A la salida del pasadizo se detiene y mira con descaro al grupo que forman Don Nuez y Miguel Angel. Vuelve luego la espalda y se encamina hacia la izquierda, por donde al fin se va, no sin parar se otra vez á contemplar á las costureras. Durante su paso, ninguno de los presentes le quita ojo. Las muchachas primero contienen la risa y luego se agolpan á la ventana para verlo marchar.)

ESCENA V

DICHOS menos COTUFA

D. NUEZ (Con desdén olímpico.) Don Arvaro, ó er zino de las criaturas.

ISAB. ¡Jesús, qué hombre! ¡Paese un corcho quemao!

LAURA ¡Ay, qué meneo yeva!

MERC. Como no tenga arguna habilidá secreta, no me explico er partío.

ISAB. (Llamando, en son de burla.) ¡Sssss! ¡ssss!... ¡Er de la capa! (Huye hacia dentro y todas con ella, como si hubiera vuelto la cara Cotufa. Risas generales.)

MERC. Mujé, por Dios; ¡qué cosas tienes! (Vuelven á su labor.)

D. NUEZ Jasta en carzonciyos ze da tono eze tío.

M. ANG. Pos venía á hablá con eya, y no le ha hecho grasia verte aquí.

D. NUEZ Ya ze acostumbrará, zi quiere.
(Óyese cantar dentro, hacia el foro, al Niño de los pájaros.)

M. ANG. ¡Er Niño e los pájaros! ¡Yámalo en seguía, Don Nuez!

D. NUEZ ¿Y qué farta nos jace?

M. ANG. ¡Yámalo y no seas tonto! Verás tú cómo sale la paloma.

D. NUEZ ¿Zí? No es menesté más: por laz orejas viene. (Corriendo hacia el foro y llamando.) ¡Niño! ¡Niño e los pájaros! ¡Ven acá! (Volviendo junto á Miguel Angel, mientras el Niño llega.) ¿Y qué hace er niño pa que zarga?

M. ANG. Na más sino que el otro día cantó aquí su pregón, le sacó dos coplas á eya, y eya se asomó á la ventana pa darle una limosna. Es la única vez que yo la he visto.

D NUEZ ¡Pos aquí va á está cantando er niño jasta que zarga! Y en cuanto zarga, le zuerto yo un manojo e flores como quien fuma, la atonto... y me va á zuplicá que no me vaya. (Llamando.) ¡Niño!

ESCENA VI

DICHOS, EL NIÑO DE LOS PÁJAROS; luego CORAL

NIÑO — Aquí estoy. ¿Quién quié pájaros? (Trae una jaula de caña, medio tapada con un trapo viejo. Es un golfillo vivaracho y simpático.)

D. NUEZ — Naide. Ten ahí. (Le da una moneda.)

NIÑO — ¡Ole! Usté es mi padre.

D. NUEZ — Güeno, pos ya estás zortando un pregón.

NIÑO — Ahora mismo. (Pone la jaula en el suelo, se echa el sombrerillo á la cara, se lleva la mano derecha á la mejilla y rompe á cantar.)

Música

¡Pajaritos vendo yo!...
En la rama los cogí,
y uno se murió,
y otro lo vendí,
y otro se escapó,
y otro me comí,
y otro lo siguió ..
Los demás pa quien los quiera están aquí...
¡Pajaritos vendo yo!

M. ANG. — (Levantándose.) ¡Ole!

D. NUEZ — Te has portao.

M. ANG. — (Reparando en la jaula, que viene vacía.) Pero, oye, ¿y los pajaros, dónde están?

NIÑO — Ya no yevo ninguno. Eso era ar prinsipio. Ahora vivo der pregón.

(Las muchachas todas lo han oído y observado con gran curiosidad. Isabelita, Laura y alguna más, salen á la calle. Mercedes muestra preocupación é interés por la salida de Coral á su ventana.)

M. ANG. — Echale una copla á la reina mora, á vé si la vemos.

NIÑO — ¿Y eso no vale na?

D. NUEZ — (Dándole otra moneda.) Toma y canta.

NIÑO — Así se me vienen más cosas ar sentío.

Asómate á la ventana,
que tienes ojos de mora
y corasón de cristiana.

M. Ang. ¡Mu güeno!

(Momento de silencio. Todos miran hacia la ventana, esperando.)

D. Nuez No quié zalí.

Niño Ahora.

Reina de la morería,
asómate á la ventana
pa que yo tenga alegría.

D. Nuez ¿Pero ezas cozas las zacas tú de la cabeza, niño?

Niño ¿No lo está usté viendo?

M. Ang. ¡Cayarse!

D. Nuez ¿Qué?

(Asómase Coral á su reja y hace señas al Niño para que se acerque. Su aparición es objeto de todas las miradas. Mercedes desde su ventana intenta verla. El Niño recoge en el sombrero las monedas que le echa Coral y se deshace en flores y frases de agradecimiento, que ella oye complacida.)

Niño (Al verla.) ¡Ole! (Después de tomar la limosna.) Dios se lo pague á quien tiene er corasón mejó que la cara. Bendita sea la hora en que una persona tan rica e sentimientos se vino á este barrio de gente pobre. Quiera la Vigen que ca vez que saque usté la mano por esos yerros pa darme un ochavito, manque sea moruno, se le entre por er pecho una alegría. Y que er Señó le dé á usté más salú que simpatías le ha dao, señora.

D. Nuez (Lanzándose.) ¡Y que ze azome usté de cuando en cuando, hija!

(Oir esta frase Coral y cerrar violentamente la ventana y retirarse de ella, todo es uno. Carcajadas generales acogen el desaire hecho á don Nuez.)

M. Ang. Don Nuez ¡qué labia tienes!

Merc. ¡Se las yeva de caye!

Isab. ¡Con abrí la boca na más! (Vuélvese dentro con las otras.)

D. Nuez (Mosqueado.) ¿Ah, zí?

Niño (Con malicia.) ¿Quié usté que le cante otra copla?

D. Nuez Cántazela á tu padre, niño. (Quédase pensativo é inquieto.)

Niño Pos uno que se va. (Coge su jaula y echa á correr

hacia la izquierda. Mercedes lo detiene y le da una moneda para que cante.)

MERC. Tú.

NIÑO ¿Qué se ofrese? Tengo un pajarito amaestrao que hase to lo que se le manda. ¿Lo quiere arguna?

MERC. Toma, y echa otro pregón antes de irte.

NIÑO Grasias. Vaya por las caras bonitas. (Cantando.)

¡Pajaritos vendo yo!...
En la rama los cogí,
y uno se murió,
y otro lo vendí,
y otro se escapó,
y otro me comí,
y otro lo siguió...
Los demás pa quien los quiera están aquí...
¡Pajaritos vendo yo!

VOZ (Dentro.) ¡Niño!

NIÑO ¡Voy! (Vase corriendo por la izquierda. Cesa la música.)

M. ANG. (Viendo preocupado á don Nuez.) ¿Qué es eso, don Nuez? No te achiques.

D. NUEZ ¿Achicarme yo? ¡Paece que nos conocemos de ayé por la mañana! ¡Zi yo na más escupo y jago un abujero en las lozas! Zi á mí una vez en una juerga me zentó malamente un cangrejo y dije: «A vé: otro cangrejo.» Y me zentó malamente también. ¡Y otro cangrejo! Y lo mismo... ¡Jasta que vino un arrastrao cangrejo que me zentó bien! ¡Cazuarmente me parió mi madre de afarto, que no ze ablanda más que argunas veces... y ezo con la mucha caló!

M. ANG. Pos déjate de quimeras y no seas loco. Aqueya que cose, es la tuya.

D. NUEZ Pué zé que tenga usté razón; pero er dezaire de esta otra me ha cegao. Me voy ar río.

M. ANG. ¿A tirarte?

D. NUEZ A vé zi con el í y vení del agua ze me ocurre argo güeno. Con Dios. (Encaminándose como un cohete hacia la izquierda.)

M. ANG. Adiós.

MERC. (Al paso de don Nuez.) ¡Ejem! ¡ejem!

D. NUEZ (Parándose en seco.) Zi no fuea usté quien es, y yo quien zoy... y zi no hubiera niñas delante... ya le diría yo á usté cómo ze le quitaba eza tos.

MERC. Y yo á usté, si en lugá de tos fuera hipo.

D. NUEZ (Tragándose dos ó tres groserías.) No quieo discutí. (Se va, entre las carcajadas de todo el taller.)

ESCENA VII

MERCEDES, las OFICIALAS y MIGUEL ANGEL

M. ANG. ¡Es er fantasmón de más grasia que ha nasío de madre! (A Mercedes.) Tú, chiquiya; no dejes de mirá pa er rincón, que le ví á dá una güerta á mi armuerso.

MERC. Miste que nosotras también nos vamos.

M. ANG. No; zi sargo al istante. (Entrase en su casa.)

MERC. Con que, niñas: á casa, que tocan á armorsá. Dejá la costura. (Todas la obedecen como por resorte, y se van una tras otra hacia el interior, en busca de sus mantones y á arreglarse para salir.) A tí te acompañaré yo, Lauriya; pa que luego no diga tu madre que te dejo hablá con er novio.

LAURA ¿Y eso es pecao? (Se va como las otras. Mercedes ordena un poco las cosas del taller.)

ESCENA VIII

MERCEDES y COTUFA

(Pasa éste de izquierda á derecha, con el mismo contoneo de antes y mirando descaradamente á Mercedes, la cual rompe á reir.)

COT. (Acercándose á la reja.) ¿Pero soy tan feo que hago grasia? ¿Me yaman Cotufa con rasón? (Mercedes no responde.) ¿No oye usté, niña? ¿Usté no considera que si lo feo diera que reí, verla á usté y echarse á yorá tenía que sé to uno?

MERC. (Sin mirarlo.) ¿Y quién le ha contao á usté que yo me río de su persona?

COT. Yo que lo he visto. Y pué usté reirse mientras no pase otro más feo; que ya hay pa un rato.

MERC. ¿Sí, eh? No se eche usté por tierra.

COT. Como yo me reiría de to er mundo si usté quisiea pegarme un botón que se me ha caío.

MERC. ¿De la americana?

COT. No: der chaleco.

MERC. Ahora es moda yevá un botón desabrochao.

COT. ¿Y no mirarlo á la cara á uno, es moda también?

MERC. Cuando se tiene la novia enfrente, sí, señó.

COT. Está bien, niña.

MERC. ¿Se le ofrese á usté arguna cosa más?

COT. Pedirle á usté permiso pa seguí hablando.

MERC. ¿A pesá de la novia?

COT. A pesá de la novia.

MERC. Miste no se arrepienta...

COT. Eso es cuenta mía.

MERC. Pos hable usté ya, hasta que se le caiga la campaniya y pase un gato y se la coma.

COT. ¿Y si er que viene es *Don Higo*, y no es un gato?

MERC. ¿Quién es *Don Higo*?

COT. ¡*Don Higo* ó *Don Castaña*, como le yamen!

MERC. ¡Ah, vamos! ¿Usté lo dise por *Don Nuez*?

COT. ¡Por ese!

MERC. ¿Le tiene usté mieo?

COT. ¡Naturá!... Me han dicho que gasta un sementerio pa er solo...

MERC. Sí, señó: aquí vivimos tos con su lisensia.

COT. ¿Usté sabe si presume de botas?

MERC. ¿Pa qué?

COT. Pa pisarlo en cuanto me lo encuentre.

MERC. Se va usté á buscá su perdisión.

COT. Es que me da mucho coraje que un tipo así mande en un tesoro de este presio.

MERC. Lo uno, que no manda; y lo otro, que eso á usté le debía traé sin cuidao.

COT. O no.

MERC. ¿No tiene usté ahí á su reina mora, hijo mío?

COT. Ahí la tengo, sí: pero la pué destroná una reina cristiana.

MERC. (Riéndose, aunque con íntima satisfacción.) ¡Ja, ja, ja!

COT. Si hase farta, lo juro.

MERC. Y yo me lo creo to to to to to to to to to...

COT. ¿To to to?

MERC. To to to.

COT. ¿To to to?

MERC. Oiga usté, qué paresemos pájaros.

COT. (Riéndose también.) ¡Camará! Hase usté reí ar maniquí de una sastrería. Asérquese usté más, morena.

MERC. Si viera usté lo bien que oigo...

COT. Es que le quiero yo desí una cosa mu bajito...

MERC. ¿Mu bajito?

COT. Mu bajito, sí. (Obedece ella y siguen su palique en voz baja, entre francas risas.)

ESCENA IX

DICHOS y MIGUEL ANGEL

M. ANG. (Sale de su casa «poniendo en música» el almuerzo que tiene, y dispuesto á llevarse sus chirimbolos del rincón.) Huevos con tomate, huevos con tomate... (Al ver á Cotufa en la ventana de Mercedes, se santigua lleno de admiración, recoge algunas de sus cosas y vuelve á su casa con ellas haciéndose cruces sin cesar.) ¡Ave María Purísima!... ¡Er de la surtana con Mersedes!... ¡Ave María Purísima!.. Huevos con tomate, huevos con tomate... (Entra en su casa.)

COT. Lo dicho, dicho. Y no hablemos más, reina mía.

MERC. Sí, porque ¿pa qué? Yo creo que usté se alimenta de embustes fritos...

COT. ¡Ajajá! Usté me ha conosío en un istante. ¡Si es usté más viva que er só! Lo que paese mentira es que yo, que engañé hasta á mi madre—porque me esperaba en Agosto y

vine en Setiembre—no le haya dicho á usté más que verdades como puños.

MERC. Hay pa tocá la música.

COT. Ar tiempo.

MERC. Ar tiempo.

COT. Quee usté con Dios.

MERC. Vaya usté con é.

COT. Y siga usté tan guapa.

MERC. Y usté tan feo.

COT. Y usté con tanto ange.

MERC. Y usté con tanta simpatía.

COT. Salú, morena. (Se aparta de la reja.)

MERC. Salú. (Para sí.) (De serca no parese tan raro. Y argo vardré yo, cuando pueo desbancá á la reina mora.) (Vase al interior.)

ESCENA X

COTUFA, CORAL y MIGUEL ANGEL. Al final DON NUEZ

COT. Cotufa, eres el amo der cotarro. Y la mosita está como pa tirarla á la basura. ¡Asco de verla da! (Mirando á un lado y otro.) Ahora no pasa nadie... (Acércase á la ventana de Coral, y llama en ella con los nudillos.) Corá... Corá .. ¿Estas ahí? (Aplica el oído á la ventana.) ¿Estás ahí, Coraliyo?... «¿Ole?» «¿Ole?» ¿Quién dise «ole?» ¡Coraliyo!... ¡Corá! ¿Pero quién canasto dise «ole»? ¡Anda! ¡Paezco tonto! ¡Si es la cotorral... (Llamando de nuevo.) ¡Corá! ¿Sales ó no sales? Ahí me paese que viene.

CORAL. (Asomándose.) ¡Antonio!

COT. Seco estoy de yamarte.

CORAL ¿Lo has visto?

COT. Sí.

CORAL. ¿Le diste aqueyo?

COT. Sí.

CORAL ¿Cómo está?

COT. Carcula tú: contando los minutos.

CORAL. ¡Tres días le fartan! ¡Mientras más serca se tiene la libertá, más largas son las horas!

COT. Y en aqueya carse, que paese hecha pa fieras y no pa hombres. ¿Tú vas á dí mañana?

CORAL ¡Ya lo creo!

COT. Oye una cosa.

CORAL ¿Qué?

COT. Que yo saco raja de este fregao.

CORAL ¿Sí?

COT. Sí. Como paso aquí por tu novio, y lo yevamos to con tanto misterio, y tú paeses una mujé del otro mundo, tengo un carté en er barrio que la que más y la que menos sueña con desbancarte.

CORAL Arguna diablura harás tú.

COT. Recursos de los feos pa igualarnos con los bonitos. (Hablan bajo.)

M. ANG. (Saliendo de su casa otra vez con la misma canción á recoger otros pocos de chismes.) Huevos con tomate, huevos con tomate... (Mira hacia la reja de Mercedes y se sorprende de verla sola. Luego, al volver hacia su rincón, ve á Cotufa en la de Coral y se queda perplejo. Recoge sus trastos y torna á su casa santiguándose. Mientras tanto, finge Cotufa una grave riña con Coral. Don Nuez aparece por la izquierda y observa la escena sobrecogido y receloso.)

COT. ¡Y que no güerva á susedé! ¿Lo oyes?

CORAL Pero Antonio... por Dios...

COT. ¡Ni respirá siquiera! ¡Adentro! ¡Y por lo que toca á ese valiente... la faca me está bailando ya en la sintura! ¡Adentro he dicho! (Retírase Coral.)

M. ANG. (Metiéndose asustado en su casa.) ¡Ave María Purísima!... Huevos con tomate, huevos con tomate...

COT. (¡Na; que soy el amo! ¡Que mando aquí que la gente ande á gatas, y á gatas hasta er juez!)

(Don Nuez, que va pasito á paso hacia el rincón de Miguel Angel, se cruza con Cotufa, el cual lo desafía con la mirada.)

ESCENA XI

COTUFA, DON NUEZ, MERCEDES, LAURA, ISABELITA, las otras COSTURERAS y MIGUEL ANGEL

(Por la puerta de casa de Mercedes principian á salir todas las muchachas, y unas se van hacia el foro y otras hacia la izquierda. Entre estas últimas está Mercedes, que sale con Laura. Cotufa las piropea entusiasmado, en medio de las risas de ellas. Don Nuez, al ver el cuadro, se muerde los puños de coraje y de envidia. Miguel Angel que sale nuevamente de su casa, se le une en el rincón y quiere apaciguarlo, temeroso de una pendencia. Algunas de las muchachas se detienen comentando la escena y riéndose.)

COT. ¡Ole los pies chiquirritines! ¡Piñones con sapatos!

D. NUEZ (¡Mardito zea er quezo!)

COT. ¡Así: á pasito corto: como las palomas!—¡Viva lo rubio ar só, que parese oro!—¡Morenita y chica: güena pimienta pa mi oya!—¡Niña, que van a prendé los ojos negros: tenga usté cuidao! (Al ver á Mercedes.) —¡Vaya, salió la luna! ¡Que se quiten de enmedio las estreyas!

D. NUEZ (¡Mardito zea er quezo!)

COT. (Arrojando la capa á sus pies y descubriéndose.) Arma mía, pise usté esta capa, pa recortá los peasitos...

MERC. Ya está. Cuidao con refriarse.

COT. ¿Y después de esto, qué me importa morirme?

MERC. ¿Usté no dise na, don Nuez?

LAURA Se le ha hinchao la nuez y no puede.

MERC. Paese que yeva er postre á medio tragá. (Se va con las otras riéndose.)

D. NUEZ (¡Zosténgame usté mejón, zeñó Miguel Ange!)

M. ANG. (Carma, don Nuez: esas son las mujeres.)

(Cotufa se emboza y le da en las narices á don Nuez, que se le ha acercado por detrás.)

D. NUEZ ¡Hombre! ¡hombre! ¿Ze ha creío usté que toa la caye es zuya?

COT. (Despreciándolo.) Así me espanto yo las moscas. (Se encamina contoncándose pasadizo arriba.)
D. NUEZ ¿Qué?
M. ANG. (Conteniéndolo.) ¡Quieto aquí!
D. NUEZ (Rabioso.) ¡Va á zubí la zangre.. ziete metros bajo er nivé der má!

CUADRO SEGUNDO

Sala de visitas en la cárcel, con gran puerta al foro, que da á un pasillo. Frente á ella una cancelá cuadrangular de gruesos barrotes de hierro pintados de oscuro, la cual conduce al interior de la cárcel. Pendiente del techo entre la puerta y la cancela, un farol. A la izquierda del actor una puerta pequeña. A la derecha de la del foro un banco.

ESCENA XII

ESTEBAN y DOS PRESOS más

(Cantan dentro á diversas distancias. La única voz que se oye cerca es la de Esteban. Una de las otras como si viniese de un calabozo muy lejano.—Detrás de la cancela asoma de cuando en cuando un guarda de la cárcel.)

Música

EST. A las rejas de la carse,
ven, estreya, ven, lusero,
á darles gusto á mis ojos,
descanso á mi pensamiento.

—

Chiquiya,
de la vengansa de un hombre
defendí á tu personiya.
Te quiero;
por causa de tu cariño
no me importa verme preso.

—

UNO — Me piyaron los guardias
porque soy tonto
y me gusta lo ajeno
más que lo propio.

—

OTRO — En er calaboso oscuro
donde por mi mar me veo,
la tristesa de mi arma
va esbaratando mi cuerpo.

—

UNO — Mi papá fué cuatrero,
mi mamá sajorí,
y mi hermana una cosa
que no quiero desí.

ESCENA XIII

CORAL y un EMPLEADO; depués ESTEBAN y otro EMPLEADO

EMP. — (Saliendo por la izquierda con Coral.) Pase usté. Aquí vendrá er preso.

CORAL — Ah, sí. En er mismo sitio que la otra vez.

EMP. — ¿Usté estuvo también er mes pasao, no es verdá?

CORAL — Cabalito. Me hise de otro volante pa er dirertó...

EMP. — Siéntese usté mientras lo yaman.

CORAL — Cuando ér yegue.

VOZ — (Dentro, hacia la izquierda, á modo de pregón.) ¡Ese... Esteban Romero y Martínez!... ¡Que lo buscan!

EMP. — Ya le farta muy poco pa cumplí.

CORAL — Muy poco le farta ar pobresito.

EMP. — Er dirertó lo considera bastante. Como sabe que está preso por una cosa de hombres, y no por malhechó...

CORAL — Verdá que sí. Yo tuve la curpa.

EMP. — Ya me lo ha contao muchas veses. Nos hemos hecho amigos. Pero dise que usté le paga en güena monea, y que tan presa está como é.

CORAL Tan presa estoy; bien dise. Y así debe sé. ¿No lo prendieron por herí á un hombre que me ofendía? Pos iguá pena pa los dos. ¿Separaos? Separaos. ¿Solo é? Sola yo. ¿Er no tiene con quien hablá? Yo tampoco quiero hablá con nadie. Y me fuí de mi barrio y me metí en la «casa der duende» pa que ni me vieran ni me hablaran; pa pensá en é de noche y de día; pa viví pa ér solo...

(Esteban, acompañado de otro Empleado, aparece oportunamente tras la cancela. El guarda le franquea la salida y llega á la sala en el momento de decir Coral la última palabra. El Empleado que lo acompaña se retira al ver allí á su compañero. Este se aparta discretamente hacia la puerta y desaparece por el pasillo, dejándolos solos. Los amantes se abrazan con alegria.)

EST. ¡Coraliyo!

CORAL ¡Esteban!

ESCENA XIV

CORAL y ESTEBAN

EST. ¡Ay, gitana!
Pasó la pena tirana,
pasó la suerte mardita:
¡ven aquí!
Dios bendiga esta mañana,
Dios te trajo á mi verita:
¡ya te ví!

—

CORAL ¡Ay, gitano!
Pasó er castigo tirano,
pasó la suerte mardita:
¡ven aquí!
Dios me trajo de su mano,
Dios me puso á tu verita:
¡ya te ví!

—

¡Pobresito mío!
¡Preso por mi causa! ¡qué pena me da!

EST. ¡Pobresita mía!
Tiene los ojitos malos de yorá.

—

Copita de plata
quisiera tené
pa cogé las lagrimitas
de tus ojos ar caé;
pa cogé las lagrimitas de tus ojos
y bebérmelas después.

—

CORAL Cajita de oro
quisiera tené,
pa guardá los pensamientos
que á tí solo consagré;
pa guardá los secretitos de mi arma
y entregártelos después.

—

EST. Tu persona y tu cariño me acompañan
aunque no te tenga elante...
CORAL Por er día y por la noche siento besos
que tú debes de mandarme.

—

EST. Ya mu prontito serán tus brasos
la carse mía,
y tus ojitos los carseleros
que me vigilen de noche y día.

—

CORAL Ansias tengo ya
de que pierdas, chiquiyo, á mi vera
toa tu libertá.

ESCENA XV

DICHOS y el EMPLEADO; después el OTRO

EMP. (Saliendo de nuevo.) Vamos, güeno está ya.
EST. ¡Qué va á está güeno!
CORAL ¡Si no yevamos ni dos minutos!...

VOZ (Dentro, como antes.) ¡Ese... José Castiyo y Garsía!... ¡Con la ropa!

CORAL ¿Qué es eso, Esteban?

EST. Uno que se va antes que yo, arma mía.

CORAL Vaya con Dios.

EST. Poco nos quea á nosotros, no te apures.

EMP. Ea, echá la yave. (Llamando.) ¡Manué!

EST. Adiós, Coraliyo.

CORAL Adiós, Esteban.

EST. Hasta pasao mañana, que cambiaré esta compañía por la tuya.

CORAL Hasta pasao mañana, que dejarás estas paredes marditas.

EST. Adiós.

CORAL Adiós.

EMP. (Al Compañero, que aparece en la puerta.) Arriba este hombre. (Comenzando á registrar á Esteban.) ¿No tendrás na?...

EST. Mucha alegría en to er cuerpo: regístreme usté de arriba abajo, que no tengo otra cosa.

EMP. Pos andando.

EST. Vamos, aunque sea á un calaboso. Poco quea. (A ella.) Adiós.

CORAL Adiós. (Lo sigue.)

(El guarda abre la cancela y deja pasar á Esteban y al Empleado que lo acompaña. Coral queda de la parte de fuera viéndolo irse.)

EMP. (Yéndose por la izquierda, mientras tanto.) Ese es de los que salen y no güerven. De siento, uno.

EST. (Estrechando las manos de Coral por entre los hierros y despidiéndose una vez más.) Adiós, Coraliyo.

CORAL Adiós, Esteban.

EST. Adiós.

CORAL Adiós.

EST. (Dentro ya.) Adiós.

CORAL Adiós.

(Oyese á Esteban cantar dentro, alejándose. Coral, pegada á la cancela, á medida que él canta, repite con emoción, como un eco apagado, los primeros versos de la copla.)

Copita de plata...
quisiera tené...
Ya no lo oigo.

(Se aleja de la cancela llorando. De pronto se detiene al escuchar una voz que canta lejos:)

Qué fartita más grande
tienen tus ojos,
que en lugá de mirarme
miran á otro.

(Vacila unos instantes, como no queriendo apartarse de allí, y por último se va reprimiendo las lágrimas.)

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero. Es de noche y hay luna. La lamparilla del retablo está encendida

ESCENA XVI

DON NUEZ y MIGUEL ANGEL; al final ESTEBAN

(Miguel Angel sale por la izquierda en dirección á su casa, de capa «prehistórica» y sombrero «de artista» puesto sobre el gorro. Don Nuez, también de capa, baja por el pasadizo adelante como pasaría Mañara bajo el arco que lleva su nombre. Frente al retablo se encuentran y se saludan.)

D. NUEZ ¡Zeñó Miguel Ange!

M. ANG. ¡Don Nuez! ¿Qué es de tu vía, que hase dos días que no vienes po aquí? ¿Has levantao er campo?

D. NUEZ ¿Er campo? (Con presunción.) Hay momentos en que zi no ze ríe uno... no zabe qué jacerze. ¿Me deja usté rierme de usté?

M. ANG. ¿Por qué no? Con *rierme* yo de tí luego, estamos pagaos.

D. NUEZ A ca puerco le yega zu Zan Martín, zeñó Miguel Ange.

M. ANG. ¿Y quién es aquí er San Martín?

D. NUEZ Er Zan Martín, no zé; pero er puerco zoy yo.

M. ANG. ¿Tú?

D NUEZ Fuera parte lo ofenzivo der refrán.

M. ANG. Don Nuez, que me armidonen si te entiendo.

D. NUEZ ¿Usté quié zabé antes de acostarze cuatro cozas güenas?

M. ANG. Sí, hombre, sí; no te pongas pesao.

D. NUEZ Pos embóceze usté primero; porque ze va usté á queá con la boca abierta, y le pué entrá aire.

M. ANG. (Obedeciéndolo.) ¿Has pintao argún palito más en la paré e tu arcoba?

D. NUEZ ¡Que ze quema usté, zeñó Miguel Ange! ¿Con quién creerá usté que he estao yo armorzando esta mañana?

M. ANG. ¿Con la cabesa der Rey don Pedro?

D. NUEZ No; chungueo no. (Solemnemente.) Con Cotufa.

M. ANG. ¿Con Cotufa? ¿Te has hecho amigo de Cotufa?

D. NUEZ Cotufa ze ha jecho amigo mío; que varía la custión. Ze ha venío á las güenas, ¿usté me comprende? Paece que la otra noche, ya de recogía, pazó por mi caye... y me vió ar barcón afilando un pá de navajas.

M. ANG. ¿De afeitá?

D. NUEZ ¡Der Zantolio!

M. ANG. ¿Y qué?

D. NUEZ Pa mí que el hombre ze ha arrugao de mieo, ha echao zus cuentas... y me ha buscao y me ha dicho poco más ó menos lo que va usté á oí: «Don Nuez, usté y yo tenemos que zé amigos.» Contestación mía: (Escupe.) Ziga usté. «Usté ze jace porvo por la reina mora...» Contestación mía: (Escupiendo de nuevo.) Ziga usté. «Y yo estoy chiflao por Mercedes, que á usté lo mira con güenoz ojos. Pos ¿á qué vamos á reñí, conociéndolo? Déjeme usté á mí libre la reja der tayé, que yo le juro que hoy mismito peleo con mi novia, y tiene usté á zu dispozición la ventana y la caye pa dí á darle múzica.» ¿Qué tá?

M. ANG. Me dejas frío. ¿Tú que le contestaste?

D. NUEZ ¿Yo? Yo le dije: «Miste, amigo Cotufa: apuntao tengo con lapi en un papé que iba á matarlo á usté er domingo... Porque to lo que pienzo jacé con las de Caín, lo apunto en

un papé pa darle carárte de escritura.» Y ze echó á reí de nerviozo que estaba. «Pero ya que usté ze viene ar güen terreno, como jacen loz hombres, ahí va eza mano amiga... y gracias por to.» Y delante *zuya* zaqué der borziyo er papé, y lo jice peazos. ¿Qué tá?

M. ANG. Contestasión mía: (Escupe.) Me paese á mí que ese Cotufa es un chuflón mu grande.

D. NUEZ ¿Chuflón, eh? Tan chuflón, que ya ha reñío con eya, y que zabe que esta misma noche vengo yo aquí con cuatro guitarras y cuatro amigos á cantarle á esta mujé jasta er día.

M. ANG. Güeno, pos embósate tú ahora.

D. NUEZ ¿Pa qué?

M. ANG. Pa que no cojas frío tampoco, oyéndome á mí.

D. NUEZ Yo lo oigo to á cara descubierta.

M. ANG. Pos ten presente que á Cotufa lo han desbancao, y que hoy han visto entrá á un hombre en esta casa.

D. NUEZ (Vacilando.) Zería er mismo Cotufa.

M. ANG. No. Ar revés. Me han dicho que era un mosito mu bien plantao.

D. NUEZ (Más muerto que vivo.) ¿Zí, verdá? No... no me cabe ezo en er pizo arto... ¿Quién le ha venío á usté con el infundio?

M. ANG. Doña Juana la Loca.

D. NUEZ (Riéndose, pero con la espina clavada) ¡Vamoz, hombre! ¿Y va usté á jacerle cazo á una zeñora que está más loca que un cencerro? ¿A una vieja que ze paza la noches por las cayes der barrio, buscando el arma en pena de zu marío? ¿A una mujé...?

(En este momento, Esteban, que ha salido por la izquierda, se encamina á casa de Coral, de capa también y sombrero ancho, pasa por entre los dos, que se separan sorprendidos, llega á la puerta de la reina mora y da dos fuertes aldabonazos, repetidos medrosamente por el eco. Poco después se abre la puerta, y Esteban, cerrándola tras sí, penetra en la casa. Don Nuez y Miguel Angel observan la escena estupefactos.)

ESCENA XVII

DON NUEZ y MIGUEL ANGEL, luego COTUFA. Al final ESTEBAN, dentro

M. ANG. (Después de mirar largo rato á Don Nuez que está amarillo como la cera.) ¿Eh? ¿Qué dises ahora? ¿Qué te paese la vieja loca?

D. NUEZ Lo que digo es que nunca me ha zucedío una coza tan grande. Miste: ze me ha quedo er tragaero, como zi en vé de nuez tuviea una esponja: zeco, zeco.

M. ANG. (Con zumba.) ¿Y qué piensas hasé: borrá er palito de tu cuarto?

D. NUEZ Chungueo no, ¿eh? que la coza es pa acordarze de unos pocos e zantos de los que usté charola.

M. ANG. Don Nuez, á mi no me gusta calentá á los hombres ni comprometerlos; pero aquí lo que hay es que Cotufa ha echao el hombro fuera pa que tú le saques las castañas.

D. NUEZ (Balbuciente.) ¡Mar... mardito zea er quezo! ¿Las... las castañas?... ¿Tiene usté ahí un papé?

M. ANG. ¿Pa qué lo quieres?

D. NUEZ Pa... pa apuntá otra vé que mato á Cotufa er domingo.

M. ANG. No te acalores.

D. NUEZ ¡Es que tos loz hombres tienen en zu vía un momento *ácido*, y er mío ez este! ¡Ayá veremos lo que vale don Nuez!

M. ANG. Ahí viene Cotufa.

D. NUEZ (Dando un salto.) ¿En dónde?

M. ANG. Míralo.

(En efecto, aparece Cotufa por el pasadizo, con su aire habitual de perdonavidas. Don Nuez lo ve venir muerto de zozobra, que en vano trata de disimular.)

D. NUEZ Me alegraré que ze haya confezao.

COT. Güenas noches, don Nuez y la compaña.

M. ANG. Güenas noches.

COT. ¿Qué es eso, don Nuez; está usté malo? ¿Paese que tiene usté mar semblante?

D. Nuez ¿Zí, eh?

Cot. ¿No será una mijiya e calentura?

D. Nuez Cuando ze traga la quina que estoy yo tragando, ze cortan toas las calenturas, compadre.

Cot. Hombre, esa salía... ¿Pasa argo?

D. Nuez Paza que del hijo e mi madre, ¡mardito zea er quezo! no ze chunguea ningún guazón.

Cot. ¿Cómo?

D. Nuez ¡En eza caza acaba de entrá un hombre!

Cot. (Haciéndose de nuevas.) ¿En qué casa?

D. Nuez ¡En eza!

Cot. ¿En la de Corá? Don Nuez, ¿no será usté er que esté de chunga?

D. Nuez No, zeñó.

M. Ang. Yo lo he visto también, si hase farta.

Cot. ¿También usté lo ha visto?

M. Ang. Sí, señó.

Cot. ¿Y ha entrao solo?

M. Ang. Sí, señó.

Cot. Pos va á salí entre cuatro. (Silencio solemne. Se atusa los tufos con calma, se muerde un puño, se afirma la capa sobre los hombros, mete mano á ver si trae navaja, lo cual estremece á don Nuez, y añade luego:) Don Nuez, yo le dije á usté que er campo era suyo, y en eso estaba; pero desde er punto y hora en que se ha descubierto esta traisión, que me han hecho á mí, yo le pío á usté que no se mezcle en el asunto hasta que yo lo arregle con mi faca.

D. Nuez Hombre...

Cot. Está dicho. (Se encamina resuelto á la puerta de Coral, y da dos aldabonazos muy fuertes, que hacen temblar á don Nuez y al viejo Pausa: todos esperan. En vista de que nadie responde, repite los aldabonazos.)

Est. (Dentro) ¿Quién yama?

Cot. ¡Quien argo quiere de quien contesta!

Est. ¡Ayá va!

D. Nuez (Bajo á Miguel Angel, sin saber ya donde meterse.) ¿Qué le paece á usté que jagamos nozotros?

M. Ang. Vé los toros desde la barrera.

ESCENA XVIII

DICHOS y ESTEBAN

EST. (Saliendo de la casa, con la capa terciada y el sombrero echado hacia atrás.) (A sabé lo que habrá inventao este Cotufa.) ¿Qué se ofrese?

COT. (Guiñándole.) Hablá unas palabritas con usté, moso crúo.

EST. Pos avive usté, que hase relente. Sobre que estoy ahí con una mujé mu bonita, y usté es er primer premio e feos.

COT. Perdone usté, Consersión de Muriyo ..

EST. Vaya, despache usté ó me voy.

COT. (Escupiendo por el colmillo á cada pregunta.) ¿Se pué sabé qué hasía usté en esa casa?

EST. No se pué sabé.

COT. ¿Se pué sabé con qué permiso entra usté en eya?

EST. No se pué sabé.

COT. ¿Se pué sabé...?

EST. ¿Se pué sabé quién es usté pa preguntá tanto?

COT. El amo de esa niña.

EST. Esa niña no tiene más amo que yo.

COT. ¿Usté?... (Va á avanzársele y Miguel Angel lo sujeta.)

EST. ¡Carma, hombre, carma!...

COT. ¡Quieto to er mundo! ¡A vé si nadie se me aserca!—¿De manera que usté la quiere?

EST. Y la pienso queré toa mi vía.

COT. Totá: diez minutos.

EST. ¿Va usté á matarme?

COT. Si usté no dispone otra cosa.

EST. ¿Y va á sé así, mirándome, como los basiliscos?

COT. ¡Va á sé!... (Vuelve á avanzarle y Miguel Angel á contenerlo.)

EST. Va á sé entre tres, por las señas.

D. NUÑZ (A Miguel Angel.) (No le respondo por no complicá la custión.)

COT. Voy á sé yo na más, ¿usté lo oye? Si tiene usté reaños, véngase usté conmigo á dá una güerta.

EST. Aprisa, que la niña me aguarda. Usté guía.

COT. (Deteniéndose al arrancar.) Antes de irnos: noblesa obliga: yo yevo este arfileriyo e corbata. (Saca una navaja y la abre.)

EST. (Haciendo lo mismo.) Y yo yevo esta horquiya invisible.

COT. Pos andando.

EST. Andando.

COT. (Despidiéndose de Miguel Angel.) Agüelo...

M. ANG (Afligido.) ¿No lo podíamos arreglá de otra manera?

COT. No, señó. (A don Nuez.) Amigo, si lo mato yo, hasta mañana si Dios quiere; pero si me toca á mí la china negra, dos cositas le pío á usté: que le diga á mi Mersedes de mi arma que siquiera un mes yeve en señá de luto un pañoliyo negro, y que usté se encargue de ese hombre. Ya que Corá no sea pa mí, que sea pa usté; pero pa ese, nunca.

EST. Tanta carma, ¿no será otra cosa?

COT. ¿Qué? ¡Eche usté pa alante!

EST. ¿Pa dónde tiro?

COT. ¡Pa las murayas, que por ayí no pasa ni er viento! (Se van por el foro, hacia la izquierda, como almas que lleva el diablo.)

ESCENA XIX

DON NUEZ y MIGUEL ANGEL. El SERENO, dentro

D. NUEZ (Lívido y tembloroso.) ¡Com... compadre! ¡Va... vaya un encarguito que me ha dejao!

M. ANG. (Por el estilo.) Oye... oye... á mí no me hasen grasia estas cosas...

D. NUEZ Ni á mí... ni á mí tampoco...

M. ANG. Vamos á quitarnos de en medio... A la cama, á la cama...

D. NUEZ Yo, antes de acostarme, les tengo que avizá á los de las guitarras... pa que no vengan.

M. ANG. Pos yo voy por mi sena á la esquina... y al istante me ensierro. No quiero líos con la justisia...

D. NUEZ Zí... porque... porque ezos dos ze echan las tripas fuera...

M. ANG. Las navajiyas no son de juguete...

SER. (Dentro, cerca, y con voz estentórea.) ¡Aaaaave María Purísima!... ¡Las onse han dado... y sereno!

(Don Nuez y Miguel Angel saltan de susto.)

D. NUEZ ¿Qué ez ezo, hombre?

M ANG. Que está uno nerviosiyo...

D. NUEZ Tonto... zi ez er zereno...

M. ANG. No; si ya lo sé...

D. NUEZ Usté tiene zu mijiya e mieo... Lo acompañaré por la cena...

M. ANG. Vamos...

D. NUEZ Vamos...

(Sin darse cuenta de lo que hacen se encaminan del brazo hacia la izquierda. Miguel Angel advierte luego la equivocación.)

M. ANG. Si no es por aquí...

D. NUEZ Ay, es verdá ..

(Vuelven hacia el foro. Don Nuez, por el camino, intenta silbar y se le va el viento.)

M. ANG. ¿Qué te pasa, hombre?

D. NUEZ Que quieo zirbá un tanguiyo... y no me zale...

SER. (Volviendo á cantar un poco más lejos, antes de que Miguel Angel y don Nuez desaparezcan por la derecha del foro.) ¡Aaaave María Purísima!... ¡Las onse han dado... y sereno!

(Miguel Angel y don Nuez se asustan nuevamente.)

ESCENA XX

COTUFA y ESTEBAN

(Sale el primero por la izquierda, en acecho de los otros dos. Cuando los ve desaparecer llama con una seña á Esteban.)

EST. ¿Se fueron ya?

COT. Ayí van los dos, que no pegan un ojo en toa la noche.

EST. ¡Pero miá que te gustan estas tramoyas!

COT. ¡Más que er comé! ¿A tí no te hasen grasia?

Y ya verás la que le preparo á don Nuez pa cuando se vayan ustedes.

EST. Pos anda ahora, pa dentro, que Coraliyo se quedó riéndose imaginando lo que tramarías.

COT. ¡Y que no conviene que nos vean *vivos* á los dos!

EST. (Llegando con Cotufa á la casa, y llamando.) Corá... Cora... (Abrese la puerta.)

COT. Entra, que viene gente. (Los dos se meten en la casa.)

ESCENA XXI

DOÑA JUANA y MIGUEL ANGEL. El SERENO, dentro

(Por la izquierda sale doña Juana la Loca. Llega frente al retablo, se santigua y principia á rezar.)

SER. (Mucho más lejos que antes.) ¡Aaaaave María Purísima!... ¡Las onse han dado... y sereno! (Por el foro baja Miguel Angel con su cenita envuelta en un papel. Abre con llave la puerta de su casa, y antes de entrar se detiene á hablar con la vieja.)

M. ANG. ¡Doña Juana!

D.ª JUA. ¡Señó Miguel Ange!

M. ANG. (Con misterio.) Me alegro de encontrarla á usté. Déjese usté esta noche de pedí por el arma de su mario, y váyase á su casa.

D.ª JUA. Pues ¿qué susede?

M. ANG. Que pué que tengamos jaleo. A estas horas deben de habé matao ahí detrás...

D.ª JUA. ¿A quién?

M. ANG. A Cotufa, er de la reina mora.

D.ª JUA. ¡En el nombre del Padre! ¡Pobresito mío!

M. ANG. A casa, á casa... Yo no quieo líos con la justisia. Güenas noches. (Entrase en la suya.)

D.ª JUA. Quede usté con Dios, señó Miguel Ange.

ESCENA XXII

DOÑA JUANA y DON NUEZ

D.ª JUA. (Volviendo ante el retablo) ¡Ay, válgame el Patriarca San José!.. Voy á resarle un Padre nuestro.
(Oyesé á poco maullar á un gato como si lo hubieran pisado.)

D. NUEZ (Por el foro.) ¡Chavó, qué zusto me ha dao un gato!... (Viendo á doña Juana.) ¿Quién anda ahí?

D.ª JUA. ¿Quién es?

D. NUEZ ¡Pos zi es la vieja! Zeñora, recójaze usté ya, que es tarde.

D.ª JUA. Hijo mío, estaba resando por un difunto.

D. NUEZ Zí; por zu espozo.

D.ª JUA. No; por Cotufa.

D. NUEZ (Aterrado.) ¿Por Cotufa?

D.ª JUA. Sí, hijo mío, sí. Lo han matao ahí detrás de la esquina.

D. NUEZ ¿Que lo han matao?

D.ª JUA. Yo me voy á casa á ensenderle una vela.. ¡Jesús, Jesús, Jesús!... (Vase por la izquierda.)

ESCENA XXIII

DON NUEZ y COTUFA

D. NUEZ (Temblando como la hoja en el árbol.) ¡Chavó... no zemos naide!... Paece que tiran á dá, don Nuez... ¡Probeciyo Cotufa!... Y me dejó un encargo que lo ví á traspazá... Carma... carma... Don Nuez... no te atorruyes... (Se apaga la lamparilla del retablo.) Hombre, qué gracia... También le podían echá más aceite á eze farolito... ¡Probeciyo Cotufa!... ¡No ze me cae de la imaginación!... Pero, güeno... á buscá á los múzicos, que la noche no está pa zerenatas... Zolo que antes te tienes que carmá un poquiyo, no te vean arterao y te tomen por er mataó.. Zoziégate, Don Nuez... Encá-

játe una mijiya las farciones... (Procurando serenarse está, cuando Cotufa sale de casa de Coral y al reconocerlo se acerca á él y le echa un brazo por encima. La impresión que recibe es superior á una descarga eléctrica.)

COT. Hola, amigo.

D. NUEZ ¡Eeeeeeeh!...

COT. ¿Qué es eso? ¿Nos hemos asustao?

D. NUEZ ¡Eeeeeeeh!... ¡eeeeeeh!...

COT. ¿Es que viene argún coche?

D. NUEZ Pe... pero diga usté: ¿er muerto ha zío el otro?

COT. No, señó, que no ha habío ningún muerto.. Digo, como no se muera usté der mieo que tiene.

D. NUEZ No... no es mieo... es zorpreza... ¿Qué es lo que ha pazao entonces?

COT. Lo de siempre, en cuanto dan con uno que se juega er peyejo. Se achicó mi hombre. Corriendo debe está toavía. Ese ya no es estorbo. No güerve á aportá po er barrio... seguro.

D. NUEZ ¡Gracias á Dios que me dan esta noche una güena noticia! Pero, diga usté: ¿cómo estaba dentro e la caza?

COT. Porque es primo de eya. Es un patoso que se ha empeñao en que la muchacha lo ha de queré. Y eya no lo traga ni con asuca.

D. NUEZ ¡Caray, qué me alegro!

COT. A mí no hasía más que desirme que se lo espantara por favó.

D. NUEZ ¡Caray, què me alegro! ¿De manera que zegún ezo la caye es nuestra?

COT. De ventana á ventana. Ayí manda usté y aquí yo.

D. NUEZ Y los dos juntos en to er barrio. Choca ahí. ¿Vamos á tutearnos?

COT. Ya está. Óyeme una cosa.

D. NUEZ ¿Qué coza?

COT. Que no vas malamente con Coraliyo: lo he podío yo entrevé.

D. NUEZ ¿Zí, verdá? ¿Le gusto? ¡Pos no va á zé palo!

COT. ¿Como?

D NUEZ Con lapi, en la paré e mi arcoba. Y vamos

á vé: ¿te paece á tí que es güena ocazión esta noche pa vení yo con ezos amigos á cantarle cuatro finuras?

COT. ¿Qué mejó noche que esta, después de to lo que ha ocurrío? Sobre que mañana pué está yoviendo.

D. NUEZ No me digas más: por eyos voy. ¿Tú no me haz oído á mí cantá?

COT. Nunca.

D. NUEZ ¡Pos me vas á comprá una jaula! ¿Te esperas aquí?

COT. Pelando la pava con Mersedes. Yo no pierdo un minuto.

D. NUEZ Hombre, zí. Te arvierto que es castiza. En cuanto ze le esvanezca mi imagen, te quedrá, te quedrá.

COT. Veremos.

D. NUEZ Er tiempo ha e decirlo. Güervo en zeguía. (Vase por la izquierda.)

COT. Hasta ahora.—¡Qué tío más grasioso! ¡Hay pa ponerle un marco y corgarlo en la sala!

ESCENA XXIV

COTUFA y MERCEDES

(Se acerca á la ventana de Mercedes y toca las palmas.)

COT. A vé si sale la paloma. Cotufiya, mucha labia... y te yevas este tesoro. Te ha empesao á queré por er gusto de desbancá á la otra; hase farta que te siga queriendo por tuno, cuando sepa que no desbanca á nadie. (Toca las palmas otra vez, y sale Mercedes á la reja, envuelta en un mantón.)

MERC. ¿Tiene usté mucha prisa?

COT. Por verla á usté, ¿quien no la tiene, reina?

MERC. La reina no soy yo: es la otra.

COT. Aquí ya no hay más reina que usté.

MERC. Vamos poquito á poco... ¿Ha reñío usté con esa mujé pa siempre?

COT. Vamos á hablá en plata: ni he reñío ni reñiré en la vía, que es lo más güeno.

MERC. Ay, ¿sí? ¿Entonses con qué cara viene usté á mi reja?

COT. Con esta, porque no tengo otra. Palabra de honó. Miste, Mersedes: yo no he sío, ni soy, ni seré amante de Corá, por mar nombre la reina mora.

MERC. ¿Qué está usté disiendo?

COT. El amante de eya, er novio, si le parese á usté mejó, estaba preso y ha cumplío: y ahora mismo le está disiendo á la oreja to lo que la quiere.

MERC. Entonses, ¿qué es usté de la reina mora?

COT. Agárrese usté bien á los yerros, pa no caerse.

MERC. Ya está. ¿Qué es usté?

COT. Hermano.

MERC. ¿Hermano? ¡Ande usté y que lo sursan!

COT. Hermano, hermano. Hijos los dos, aunque paezca mentira, de la misma madre y der mismo padre. ¡Ganas de fastidiarlo á uno!

MERC. ¿Y á cuá sale usté de eyos, con esa cara tan barata?

COT. A ninguno, porque los dos eran mu guapos.

MERC. ¿Dió usté er sarto atrás?

COT. No, señora; dí er sarto á un lao, y salí á un tío carná, que se ganaba la vía de cloroformo: lo enseñaban pa quitá er sentío.

MERC. (Riéndose.) Es usté un tipo e grasia, hombre.

COT. ¿Tengo grasia pa usté?

MERC. Arguna.

COT ¿Y en qué he de conoserlo yo?

MERC. En una seña que le ví á hasé á usté con el ojo izquierdo.

COT. ¿Querrá desí que usté me quiere?

MERC. ¡Pobresito de usté, si no sabe entenderla!

COT. ¡Bendita sea esa boca y ese salero! ¡Me gusta usté más que un merengue!

MERC. Baje usté la voz...

COT. ¡Déjeme usté que chiye, criatura! ¡Pos si na más de vislumbrá que usté me hase caso me ha entrao una cosa por to er cuerpo!... (Enseñándole una muñeca.) Miste.

MERC. ¿Qué?

COT. Er veyo de punta. (Mercedes suelta la carcajada.) ¡Y que no sabe usté reirse, corasón! ¡Me sue-

na su risa como si me echaran pesetas por dentro! ¡Ay, qué suerte la mía! ¡Ya no envidio á nadie! ¡Ni á aqueyos dos que salen ahora! (Señalando á Coral y á Esteban que, efectivamente, salen de su casa.) ¡Eh! ¡Pareja felí! (Llamándolos.) ¡Vení pa acá, que aquí hay otra pareja que no se cambia por ustedes!
(Música en la orquesta)

ESCENA XXV

DICHOS, CORAL y ESTEBAN

EST. (Acercándose con Coral á la ventana de Mercedes.) No seas escandaloso en tu vía, Antoñiyo.
CORAL Güenas noches.
MERC. Güenas noches.
COT. Aquí tiene usté á la reina mora.
MERC. Mucho gusto de conoserla.
CORAL Ni reina, ni mora, ni na de esas leyendas que han fraguao. Reino na más que en er corasón de este hombre, y con eso me basta
EST. Y á mí.
CORAL Si me ocurté á los ojos de to er mundo, fué porque los suyos no podían verme, ni los míos verlo siempre á mi lao. Con é me condené, con é estuve presa... y con é me veo libre ahora.
MERC. Siga usté con é toa la vía, que eso es cariño.
CORAL Pos si le gusta á usté la muestra cómprese usté un vestío, que á tiempo está.
COT. (A Mercedes.) Ya lo oyes. ¡Como ves, los hermanitos no perdemos er tiempo!
MERC. ¡Tú lo pués desí con más rasón que nadie, granuja!
COT. ¡Ole!
EST. Vaya, á esta pareja hay que dejarla.
MERC. Y á ustedes también.
COT. ¿Vais pa casa e tu padre?
EST. Ayá me la yevo. Se acabó la reina mora en er barrio.
CORAL Mañana, más embustes, más misterios toavía... Que si me ven... que si no me ven..

que si me yevaron las brujas... Pero cuando á usté le pregunten si sabe argo de mi persona, pué usté contestá: La reina mora está en su reino... No ha sío más que una seviyana que ha sabio queré á un hombre.

MERC. Pos á quererse tocan.

CORAL Pos por mí, que repiquen.

EST. Salú.

COT. Salú.

(Coral y Esteban, arrullándose, se encaminan muy despacio por el pasadizo adelante, y así se alejan por el foro. Mercedes y Cotufa se arrullan en la reja para no ser menos.)

EST. Por aquí.

CORAL Por donde tú quieras voy yo. Ahora sí que estás preso.

EST. Más que nunca. Paese que soñamos, Coraliyo.

CORAL Verdá que sí.

MERC. ¿Me querrás siempre como ahora?

COT. Permita Dios que si te miento me güerva más feo de lo que soy.

MERC. Mía que copla se me viene ar sentío:

Por capricho me quisiste
y yo por capricho á tí:
¡bendiga Dios los caprichos
que nos juntaron aquí!

COT. ¡Ole!

ESCENA ÚLTIMA

MERCEDES, COTUFA, DON NUEZ y cuatro guitarristas

(Sale Don Nuez por la izquierda, envuelto á lo estudiante en su capa, y con una guitarra en la mano. Le siguen cuatro amigos tan feos como él y de la misma guisa, uno detrás de otro.)

D NUEZ (Al pasar ante la reja de Mercedes) ¡Que aproveche, amigo! (Llegando á la de Coral.) Aquí es, zeñores. Jacé cerco. Y ya zabeis quien va á escucharnos; conque afilá laz uñas. (Apoya un pie en el poyete que está bajo la reja, y toca con todos.)

COT. (Bajo á Mercedes, riéndose.) ¡Qué bien va á queá er trovadó!

MERC. (A Cotufa, lo mismo.) Le va á costá mudarse der barrio.

D NUEZ (Cantando desentonadamente, de pura emoción.)

Mora de la morería,
zi me yegas á queré,
me compro un jaique moruno
y una *espindarga* después.

Cayarze. (Callan todos. Silencio absoluto. Pega la oreja á la ventana y se alboroza.) ¡Bendita zea la mare que la parió!

UNO ¿Qué es eso?

D. NUEZ ¡Na más zino que me ha dicho: «¡ole! ¡ole!»

COT. (A Mercedes.) ¡La cotorra! (Sueltan los dos la risa y tienen para un rato.)

D NUEZ (Loco de satisfacción.) ¡Rierze, rierze! (A los suyos.) Aquí vamos á está tocando y cantando jasta que zarga er zó. ¡A una! (Rompen todos á tocar otra vez, y él vuelve á cantar con mayor desentono todavía, mientras cae el telón.)

Azómate á tus cristales,
zurtana der mundo entero,
que quiero vé cómo juyen
laz estreyitas der cielo.

FIN

Madrid, Setiembre, 1903

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito. juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El molete, entremés con música
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
¡A zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.

ZARAGATAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ZARAGATAS

SAINETE EN DOS CUADROS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO LARA el 31 de Diciembre de 1903

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 Y 13

Teléfono número 551

1904

A los artistas del Teatro Lara

quienes con el talento y la gracia en ellos proverbiales, han enaltecido una vez más el buen nombre de aquel teatro y han contribuido brillantemente al feliz éxito de este sainete.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA TRAPITOS	Srta. Domus.
SEÑÁ CASILDA	Sra. Valverde.
SARA LA ANDALUZA	Rodríguez.
JEROMA	Srta. Alba.
CONSUELO	Rodríguez.
ESTRELLA	Sra. Beltrán.
CHINITA	Ruiz.
MELENDEZ	Sr. Rubio
CONTRERAS	Santiago.
SEÑOR LIBORIO	Simó-Raso.
EL JUEZ	Calle.
PIZARRO, guardia	Sepúlveda.
IBÁÑEZ, ídem	Pacheco.
EPIFANIO	Zorrilla.
EL MORENO	Santiago.
UN ALGUACIL	Barbaycoa.
AFRODISIO	Calvo.
EL FISCAL	Cantalapiedra
EL SECRETARIO	Mani.
ACUÑA, guardia	Segura.
GASCÓN, ídem	Alemán.
UN ESCRIBIENTE	Gallar.

Vecinos, curiosos y chiquillos

ZARAGATAS

CUADRO PRIMERO

Calle, en un barrio viejo de Madrid.—Es de noche, y en el mes de Junio. Un farol encendido hacia la derecha del actor.

ESCENA PRIMERA

PIZARRO é IBÁÑEZ, luego CHINITA

(Ibáñez y Pizarro, vestidos con traje de rayadillo, aparecen á la izquierda del actor, de pie, tambaleándose de sueño. Ibáñez es sordo cuando sopla viento del sur; Pizarro es muy bruto, sople el viento que sople. Tiene un bigote descomunal.

Al levantarse el telón óyense voces de altereado hacia la izquierda, en donde se supone que hay una taberna poco pacífica.)

PIZ. (Gritándole á Ibáñez, después de dos miradas de disgusto hacia la taberna.) ¿Oyes, tú?.. Me paece á mí que... ¿Qué te paece á tí de la tabernita?... ¿A que tenemos zaragata esta noche?... ¿No te enteras?

IBÁÑEZ ¿Eh?

PIZ. (Gritándole al oído.) ¿No oyes, en la taberna?.. ¡Estás como un cacharro!

IBÁÑEZ En cuanto sopla el sur... ¡Miá que es fenómeno! (Callan y casi duermen. Por un milagro de equilibrio se tienen de pie.)

CHIN. (Dentro, lejos, pregonando.) *¡Heraldoooo!...* (Poco después, más cerca.) *¡Heraldoooo!...* (Saliendo por la izquierda del actor, con una mano de ejemplares del «Heraldo», y gritándole á Ibáñez en el mismo oído.) *¡Heraldoooo!*

(Pizarro, contrariado, se estremece. Ibáñez, como si no fuera con él. Chinita da media vuelta y canturreando coplas populares se pone á doblar las hojas en el suelo, á la luz del farol.)

PIZ. Verás tú éste... (Se despereza con toda libertad, lo mismo que si no estuviera en la calle.) Paece que acabo de dormir la siesta... (Al compañero, á gritos como de costumbre.) ¡Tú! ¡Voy á ver si me da la Remedios un vaso de agua! ¿Vienes?

IBÁÑEZ ¿Eh?

PIZ. (Expresándole por señas que va á beber.) ¡Que voy á...!

IBÁÑEZ Ya estoy, hombre, ya estoy...

PIZ. (Yéndose por la derecha despacio.) ¡Esta noche no oye tres en un burro!

(Chinita, apenas se ve solo con Ibáñez, y ya con los periódicos bajo el brazo, se acerca á él y le da un cigarrillo, que el guardia acepta.)

CHIN. ¿Quié usté que fumemos?

IBÁÑEZ (Sin enterarse, pero cogiendo el cigarrillo.) ¿No será de puntas?... (Chinita niega con la mano.) Entonces, gracias.

CHIN. (En su voz natural, y acompañando sus palabras de la acción de beber.) ¿A qué ha ido ese ladrón? ¿A tomar una copa de gorra?

IBÁÑEZ (Con aplomo.) Sí.

CHIN. (Haciendo ademán de encenderse una cerilla en el muslo.) ¿Tié usté vergüenza?

IBÁÑEZ (Palpándose.) No: no me queda ninguna.

CHIN. En eso estaba yo. (Saca una caja de fósforos y encienden ambos los pitillos.)

IBÁÑEZ Gracias, Chinita. ¿Este es de á real? (Chinita asiente con la cabeza.) ¿Dónde has escarbao?... (Chinita silba.)

CHIN. (Haciendo que saca el reloj.) Oye: ¿cuántas veces te la ha dao tu señora?

(Sale por la derecha Pizarro y se detiene oyendo á Chinita, que está de espaldas.)

IBÁÑEZ ¿Qué?

CHIN. (Repitiendo la acción.) ¿Que cuántas veces te la ha pegao tu mujer?

IBÁÑEZ (Viendo la hora en su reloj y contestándole tranquilamente.) Nueve y media.

CHIN. ¿Nueve y media, eh? (Riéndose.) ¡Rediez! ¿en qué consistirá la media?

PIZ. (Pegándole un puntapié) ¡En esto, granuja!

CHIN. ¡Ay!

PIZ. Te voy á escarmentar, Chinita... Me estás buscando y vas á encontrarme. (Al compañero, chillándole mucho.) ¿Tú sabes lo que te ha preguntao?

IBÁÑEZ Sí, hombre, sí; y le he dicho que nueve y media.

PIZ. (Reflexivo.) La verdaz es que si no fuera por el traje que llevo... debía de reirme. (Empujando al otro hacia la izquierda.) ¡Echa pa alante, hombre, echa pa alante!

CHIN. (Pregonando á la derecha, hacia dentro.) *¡Heraldooo!*

PIZ. (A Chinita) ¡Y tú ándate con ojo; miá que el día menos pensao te decapito! (Se va detrás de Ibáñez á darle una vuelta á la manzana.)

CHIN. ¡Jesús qué miedo! ¿Sabe usté que voy á soñar esta noche con la campana e Huesca?

ESCENA II

CHINITA y LA TRAPITOS

(El es un golfillo desarrapado y roto, y ella una golfilla piturerita y cuidadosa, en lo que cabe, dada su miseria natural.)

TRAP. (Dentro, hacia la derecha, gritando) ¡Vamos, hombre! ¿Quié usté tocarse las orejas? ¡A ver si lo señalo!

CHIN. ¿Es la Trapitos?

TRAP. (Saliendo también con unos cuantos periódicos bajo el brazo) Hola, tú.

CHIN. ¿Qué es eso, chica?

TRAP Que va una á tener que salir á la calle como las joyerías: con enrejao en el escaparate.

CHIN. ¿Te ha tocao alguno?

TRAP. Melecio, el del kiosco; que tié unas manos que paecen palomas mensajeras... Ya, ya saben dónde van.

CHIN. ¡A ese le masco yo la nuez! como dicen los chulos.

TRAP. ¡Menos!

CHIN. (En ademán de ir á mascársela.) ¿Menos?

TRAP. Quieto aquí; no te tires; que pués caer de boca y lastimarte.

CHIN. ¿Vienes contenta?

TRAP. ¡Tú verás! ¡Llevo un día con más suerte que la lista grande!

CHIN. ¿Has vendío muchas hojas?

TRAP. Eso no; toavía no me he estrenao.

CHIN. Pos júntate conmigo, chica. (Se sientan en el suelo, despreciando completamente la venta de periódicos.)

TRAP. ¿Ves tú? Si tiés que convencerte: el papel no da pa comer. Pon que cuando hay crimen vendas cuarenta hojas. ¿Y qué? Una miseria. Se te ocurre una noche tomar una zarza, y no la pués tomar.

CHIN. Yo, como to lo que gano me lo gasto en ropa...

TRAP. ¡Adiós, figurín! ¡Y se te ven las carnes debajo el pantalon!

CHIN ¡Chica, tú no sabes; si esto es la mar de inglés!

TRAP. Pos no me caso contigo mientrás no tengas ropa blanca.

CHIN. Sigues inorando, Trapitos; la que se esije es ropa negra.—Y hoy, ¿no me trais tabaco?

TRAP. Creía que no ibas á acordarte.

CHIN. No; ¡pa qué! A cualquier hora hago yo la digestión sin un puro.

TRAP. Pos, señor, que te veo en *La Peña*.

CHIN. Bueno, ¿qué me trais?

TRAP. Entérate bien. (Mostrándole un cigarro puro de ínfima clase, de esos que parece que tienen viruelas.) Miá qué majo. Te fumas na más que hasta aquí; hasta este lunar rubio. Y lo otro pa tu padre; que luego dice que no nos acordamos de él.

CHIN. ¡Vamos, calla! ¿De manera que con las angi-

nias que padece mi padre le voy yo á dar pa que se empeore? Tú me has tomao por otro, chica.

TRAP. ¡Pero qué golfo te ha hecho Dios! ¿Vas á fumarlo ahora?

CHIN. ¡Preguntas unas cosas, Trapitos!... Fumármelo ahora es como tirarlo a la calle. Me lo guardo pa la primera probalidá de digestión

TRAP. ¿Y tú, no me trais na?

CHIN. ¿Yo? Lo de toas las naches. Tómalo. (En ademán de darle un beso.)

TRAP. (Rechazándole y poniéndose luego en pie.) ¡Vamos, quita! Tiés que hacer méritos primero. Pa mí que ayunas hoy.

CHIN. (Levantándose también.) ¡Rediez! ¡qué orgullo!

TRAP. Como que voy pa arriba. Y si tú no te aplicas, te dejo.

CHIN. ¡Dejaban!

TRAP. Verás qué día de suerte, Chinita; que con tanto hablar no te lo he contao. (Enseñándole dos pesetas.) Mira: pa que te embobes.

CHIN. ¿Eso qué es?

TRAP. Propinas de la lotería. Y en una media llevo un duro.

CHIN. ¡A verlo!

TRAP. ¡Como no compres rayos X!...

CHIN. ¿Quién te lo ha dao?

TRAP. Un señorito que va al Retiro toas las tardes, montao á caballo, con botines y un diente de oro, y que está prendao de una señora pintá de rubio que yo sé que es casá.

CHIN. Bueno, ¿y qué?

TRAP. Pos que yo me planto á la entrá de los coches pa filar el de ella; y llega después el señorito y le hago señas de to lo que hay. ¿Tú estás? Que la señora va sola en su coche: me pongo en jarras; que la señora va con el marido: me cruzo e brazos.

CHIN. ¡Andá! ¿Y qué ha pasao esta tarde?

TRAP. Ahí tiés: lo inesperao: que ni iba sola, ni con el marido; sino con otro caballero nuevo pa mí.

CHIN. ¿Y tú qué hiciste al verlo?

TRAP. Al verlo, na; pero al llegar el otro... ¡pos me puse las manos en la cabeza! Y miá si lo cogió, que sin concencia de lo que hacía, me tiró un duro, y escapó á correr á galope pa la Castellana; de una forma, chico, que empezó á relinchar el caballo del Espartero. No te digo más.

CHIN Es mucho Madriz éste. Aquí hay líos hasta en los solares. ¡Y que me alegro de que me lo hayas contao!

TRAP. ¿Por qué? ¿Pa que te convide?

CHIN. ¡Ele!

TRAP. ¿Te agradan los pasteles de crema?

CHIN. De casa e Lhardy, sí.

TRAP. Pos anda, ven pa acá, que ahí más abajo los remedan. (Lo coge del brazo.)

CHIN ¡Cuidao si eres amable! Tenemos que casarnos pronto, tú: yo así no vivo mucho tiempo.

TRAP. ¿Y tú con qué cuentas pa la casa?

CHIN. Contigo; y ya tengo lo principal.

TRAP. Si digo pa ponerla.

CHIN. Pa ponerla la pones tú, que de lo demás yo me encargo...

TRAP. ¡Pero qué chulo eres y qué sinvergüenza! Ni sé cómo te quiero, Chinita ..

CHIN. ¿No, verdá?... ¡Pos por eso mismo!

TRAP. No te arrimes así, que van á cogernos los guardias... (Se van por la derecha, muy juntitos y amartelados. Meléndez, que viene en dirección contraria, se cruza con ellos y se indigna. El tal Meléndez es un cacharrero que tiene la desgracia inmensa de ser tuerto y cojo, á pesar de lo cual todo lo ve y no se está quieto un momento.)

ESCENA III

MELÉNDEZ, PIZARRO é IBÁÑEZ

MEL. ¡Estas ecenas!... ¡estas ecenas no se ven en ningún país europizao!... (Corriendo hacia la izquierda, poseído de extraño vértigo.) ¡Guardias! ¡Guardias! (Volviendo la cara hacia la derecha)

¡Digo! ¿Le paece á usté qué beso se han dao los niños? ¡Guardias!

PIZ. (Saliendo por la izquierda con Ibáñez.) ¿Qué ocurre?

MEL. ¿Quié usté decirme si está aquello ni medio bien? ¡Eso no pasa en ningún país europizao!

PIZ. ¡Mecachis en los golfos! (Al compañero, siempre en voz muy alta.) ¿Tú no ves?

MEL. ¡Un escándalo! Que los irracionales no respeten la vía pública, porque no razocinian, anda con Dios; pero que dos personas se besen... y en un Madriz... ¡Vamos, hombre; si le digo á usté que España empieza en los Pirineos!

PIZ. (Gritándole por equivocación á Meléndez.) ¡Tié usté razón!

MEL. ¿Y á mí por qué me grita ustez?

PIZ. La costumbre de hablar con el compañero, que es un poco tardo. Usté desimule. Y ya se me ha acabao el aguante con esa pareja... y esta noche las pagan juntas.

MEL. (Animado por la sed de justicia.) ¡Sí, hombre, sí! ¡A la Delega, primero, y después al Juzgao, por atos inmorales en la vía pública!

PIZ. (Volviendo á gritarle.) ¡Pero que ni más ni menos! (A Ibáñez.) ¡Anda, tú; anda!

IBÁÑEZ (Yéndose por la derecha tras Pizarro.) No nos dejan ni reposar una cerveza tranquilos.

MEL. ¡No faltaba más, hombre! ¡Paece que estamos en Costatinopla! (Se va gozoso y satisfecho en pos de los guardias.)

ESCENA IV

SEÑÁ CASILDA y CONSUELO

(Salen por la derecha, de mantón. Son dos hermanas de diferente edad y presencia. Señá Casilda es fea de nacimiento.)

CONS. Aquella, aquella es la taberna

CAS. ¡Qué ajeno estará él de que le voy á aguar el vino esta noche! ¿Te paece que entremos ó que los esperemos en la esquina?

CONS. ¡Entra ya y arráncale el moño á esa tía lagarta!

CAS. ¿El moño na más? ¡El moño es poco! ¿No ves tú que es postizo? Pero de vacío no me vengo: descuida. ¡Lo que es de mí no se burla ninguna fea!

CONS. ¡También los hombres! ¿Por dónde le habrá entrao á Epifanio?

CAS. Calla, mujer; á ese sí que no lo perdono. Pero lo dejo pa en llegando á casa. ¡El tío pendón!... ¿Qué más quiere de mí, que me estoy mirando en sus ojos á toas horas y adivinándole los caprichos como en la luna e miel? ¿Qué más quiere, si to se me figura poco pa dárselo; si no tiene un antojo que no logre? Que cuchillos pa el pantalón de pana: cuchillos pa el pantalón de pana; que jamón rancio pa el puchero: jamón pa el puchero; que reló de arena pa los huevos pasaos por agua: reló de arena. Y así en to, y así desde que nos casemos... pa que luego me dé este pago.

CONS. ¿Vas á llorar ahora?

CAS. No pueo remediarlo: se me va el pensamiento á las cosas dulces del matrimonio.. y el alma se me anega, hermana.

CONS. Eres tonta, mujer. Casá podía estar yo y encontrar á mi marido con otra; que lo menos que hacía era arrancarle la piel y ponerla á los pies de mi cama con dos perritos en las puntas.

CAS. Mira, me has dao una idea.

CONS. ¡Pues anda ya pa dentro!

CAS. Ven tú conmigo pa los quites.

CONS ¡Y poquito que me gusta á mí tomar la justicia por mi mano!

CAS. ¡Va á ver esa tía perra quién es señá Casilda *la Magnolia*! (Se marchan por la izquierda.)

ESCENA V

MELÉNDEZ y AFRODISIO

MEL. (Por la derecha, recreándose en su obra.) Servidos van... Lo menos que les sale son unos días de arresto y el pago del juicio. ¡Sí, hombre, sí! A ver si aprenden, que están naciendo todavía. Hay que europizarse. (Se encamina hacia la izquierda y se detiene á hablar con Afrodisio, que sale y se topa con él. Este Afrodisio es un joroba do que vende décimos de la lotería. Viste de americana y gorra.)

AFROD. ¡Adió-, tú!

MEL. ¡Hola, jorobeta!

AFROD. ¿Qué es de tu vida?

MEL. Lo de siempre: de *romaneo*. Ahora acabo de denunciar á dos golfillos que estaban abusando de las tinieblas.

AFROD. ¡Rediez cómo anda el tiempo!

MEL. ¿Por qué lo dices?

AFROD. Porque este anochecio, en un aguaducho de la Plazuela, ha habido también ecenas lamentables

MEL. ¿Pa la moral?

AFROD. Pa la moral y pa un ojo de Sara la andaluza, que se lo ha puesto así el Moreno.

MEL. ¡Anda con Dios! ¡Si estaba yo presente!

AFROD. Pos no te vide. Estos calores revuelven la sangre.

MEL. Y que no hay cultura, ni decencia, ni vivimos en Europa: convéncete. Adiós, Afrodisio.

AFROD. Adiós, Atenedoro. (Aquél se va por la izquierda y éste por la derecha, pregonando sus décimos con una voz que parece prestada.) ¡El catorce mil... setecientos diez y siete!... ¡De dó duros!...

MEL. (Dando media vuelta al oirlo y yéndose después.) ¡Buena inmoralidaz está la lotería! Esta, y la húngara.

ESCENA VI

PIZARRO é IBÁÑEZ; SEÑÁ CASILDA y CONSUELO; JEROMA y EPIFANIO

Vecinos, curiosos y chiquillos.

(Poco después de irse Meléndez se supone que en la taberna se ha armado la gorda. Oyense ruidos confusos de botellas y vasos rotos, chillidos de mujeres, voces de hombres, bofetadas, palos, etc., etc. Un zipizape en toda regla.

De derecha á izquierda pasan corriendo Pizarro é Ibáñez, seguidos de un par de curiosos.)

PIZ. ¡Nos ha tocao una noche buena antes de Pascua!

IBÁÑEZ ¡Maldita sea la!...

(El zipizape sube de punto al llegar los guardias, y así se mantiene unos instantes. Luego, sin dejar los gritos ni las protestas, todos los personajes pasan de izquierda á derecha más ó menos lisiados.)

JER. (Sujeta por Ibáñez, desgreñada y rota, y con la nariz ensangrentada, increpando furiosamente á la señá Casilda, que viene detrás.) ¡Ya nos veremos las caras usté y yo solas, so tía cobarde! ¡so tía mansa! ¡so tía fea!

IBÁÑEZ ¡Menos hablar y más andar!

CAS. (Sujeta por Pizarro, con una trenza de la otra en la mano, y también descompuesta.) ¡A la cárcel va usté á ir, por indecente, por ladrona, por mala! ¡A la cárcel!

PIZ. ¡A la Delegación ahora! ¡Y á ver si callamos!

EPIF. (Disputando con Consuelo, que lo sostiene, borracho, y con el hongo hecho trizas.) ¡Tú tienes la culpa! ¡tú solita! ¡tú, porque la calientas la cabeza! ¡tú tienes la culpa!

CONS. ¡La tienes tú que eres un mal hombre! ¡Anda pa alante, golfo! ¡Si fueras mi marido te ataba con una cadena como á un perro... y pa na del mundo te soltaba! ¡Anda pa alante!...

(Hablan y chillan todos á un tiempo, mientras cruzan rápidamente la escena. Los vecinos, curiosos y chiquillos que los siguen, no dejan tampoco de alborotar con discusiones y silbidos. Cae el telón.)

CUADRO SEGUNDO

Sala de juicios en un juzgado de Madrid. Al foro la puerta de entrada. A la izquierda del actor un balcón. A la derecha, de frente á él, una plataforma donde está la mesa del tribunal. Ante ella una barra de hierro sostenida por dos columnillas, que sirve para separarla del público. Sobre la mesa tinteros, plumas, libros diversos y papeles de oficio. Tras ella tres sillones y un dosel de terciopelo rojo nada flamante, en cuyo centro aparece colgado un retrato del rey en oleografía.

Es por la mañana y en el mes de Junio.

ESCENA VII

EL JUEZ, el FISCAL, el SECRETARIO, un ALGUACIL, SARA la ANDALUZA, el MORENO, ACUÑA y GASCÓN, y un ESCRIBIENTE; luego ESTRELLA, después MELÉNDEZ

(Los tres primeros sentados en sus respectivos sillones. El Juez en el de enmedio y el Fiscal á su derecha. El Alguacil de pie junto á la puerta del foro, de frente al público, con varios pliegos escritos en la mano. Los guardias también de frente al público, al otro lado de la puerta. Sara y el Moreno á la izquierda, de frente al tribunal. Sara es una aguadora guapa y compuesta. Va de mantón de espuma negro, segura de que sólo con su presencia tuerce la vara de la justicia. El Moreno es un maletilla de ínfima clase y mala catadura. Ella lleva un ojo sembrado de cardenales y él la cara toda llena de arañazos.)

JUEZ (A Acuña.) ¿De manera que usted no vió nada?

ACUÑA No, señor Juez; á mí me rifirió un cochero del punto que está allí á orilla, que aquí el joven y aquí la joven se habían agarrao como gatos... (Sara y el Moreno manifiestan indigna

ción y miran al guardia con odio.) Pero yo nada presencié, porque dió el casual de que llegué un poco tarde. Es cuanto puedo manifestar á usía.

(Viene el Escribiente con varios pliegos para que el Juez los firme. Este lo hace maquinalmente, sin interrumpir el juicio. Cuando termina, el Escribiente se marcha llevándoselos.)

JUEZ (A Gascón.) ¿Y usted?

GAS. Pues... mismamente... vamos... lo que ha dicho mi compañero: que un cochero del punto que está allí á orilla nos rifirió que aquí el joven y aquí la joven se habían agarrao como gatos... (Nueva mirada de los dos.) Pero yo tampoco lo presencié, porque dió también el casual de que llegué tarde.

JUEZ (A Sara) Usted, señora: adelántese un poco. (Sara obedece y se coloca ante la barra. Lo mismo hacen en lo sucesivo todos los personajes que prestan declaración) ¿Qué pasó? (De cuando en cuando en éste y en los otros juicios, cambia impresiones con el Fiscal.)

SARA (Con voz un tanto lacrimosa y entrecortada por la emoción que el acto le produce.) Señó Jué... ha de saber usía... que aunque una viste de pañolón y de percá... una es desente.. y una nunca se ha visto en un juzgao...

JUEZ No se apure usted ni se corte, señora. Cuente sin miedo la verdad.

SARA No... si no me corto... sino que la impresión... Aunque pobre.. una tiene costumbre de tratá con personas desentes... Y ahí está don Pedro Luna er diputao, que lo pué desí... Si ahora se ve una en un puesto de agua... ha sío por su mala cabesa... Y ahí está don José Corrales er consejá, que me sacó de pila en Seviya.

JUEZ Bien, bien, eso no nos importa. Al caso.

SARA Pos verá usté, señó Jué: con permiso de usía, empieso por desirle á usté que no es verdá na de lo que le han manifestado á usía. La declarasión de los dos *guindiyas* es farsa.

JUEZ Señora, trate usted con respeto á los agentes de la autoridad.

SARA En mi tierra les disen *guindiyas*.

JUEZ Pues aquí son guardias. Adelante.

SARA A mí se me ha puesto una cosa, y cuando á mí se me pone una cosa me sargo con eya—y ahí está mi madre que por yevarme la contraria me ve como me ve;—á mí se me ha puesto que to este lío me lo ha buscao Isabé *la de los Relojes*, que quiso que yo la tomara de encargada de mi aguaducho, y yo no la tomé porque es mu chulona y toas las noches íbamos á tené ayí ar *Mediasuela*, y ya sabe usía cómo las gasta er *Mediasuela*, y yo soy mu desente, y no me da la gana de aguantá siertas cosas, y ahí está don Manué Martinez...

JUEZ Che, che, che... Ni yo sé cómo las gasta el *Mediasuela*, ni aquí vienen á cuento sus muchas relaciones de usted. De manera que abrevie la declaración.

SARA Usía me dispense. Ha de saber usté, señó Jué, que este joven es amigo mío.

JUEZ ¿Amigo *íntimo?*

SARA Según el arcanse que usía le dé á la palabra.

JUEZ Todo el que tiene.

SARA Pos sí: es amigo íntimo. Y susedió que la otra tarde lo convidé á sidra *achampanada*, que le gusta con delirio al hombre, cosa que no es ningún pecao; y ar tiempo de descorchá la boteya Estreya mi criada, se conose que por la fuersa de los gases, sartó er tapón, me dió en un ojo y me lo puso de la forma que usté lo vé; que parese er cónclave.

FISCAL ¿De manera que esos cardenales los causó el taponazo?

SARA Cabalito.

JUEZ ¡Pues se puede tirar la puerta de Alcalá con la sidra de usted!

(Se rien todos con cierto disimulo, menos el Alguacil, el cual, después de soltar una carcajada escandalosa, se tapa la cara con los pliegos que tiene en la mano y continúa riéndose.)

SARA Todo mi género es de primera, señó Jué. Si

usía gusta de ir á probarlo, tome usté una tarjeta...

JUEZ — No, no, no, no... Muchas gracias. (Al Moreno) A ver, usted. ¿Qué pasó?—Retírese un poco, señora.

MOR — (Adelantándose y poniéndose las manos en las caderas en cuanto empieza á hablar.) Pos pasó, señó Jué...

JUEZ — Baje usted las manos, que no va usted á retratarse.

(Nuevas risas del Alguacil, á quien caen muy en gracia los chistes del Juez.)

MOR. — Dispense usté.

SARA — Usía, hombre.

MOR. — Dispense usía. Pos pasó, señó Jué, lo que ha contao aquí... (Vuelve naturalmente á ponerse en jarras.) Sartó er tapón de la boteya...

JUEZ — Abajo las manos, he dicho.

MOR. — Ay, es verdá. Usía disimule.

SARA — Va á sé menesté que lo atemos.

JUEZ — Usted se calla ahora. (Al Moreno.) ¿Conque el tapón, eh?...

MOR. — Sí, señó.

JUEZ — Y los arañazos que tiene usted en la cara ¿son de los alambres ó de la fuerza de la sidra?

MOR. — No, señó: me los he hecho afeitándome, señó Jué.

JUEZ — ¡Qué barbaridad! ¡Por lo visto se afeita usted arrimando la cara á un ventilador!

SARA — ¡Ay, qué gorpe!

(El Alguacil está á punto de morir de risa. Se le escapa un gallo y el Moreno vuelve la cara.)

FISCAL — Debe usted cambiar de sistema. Retírese.

JUEZ — ¿Hay testigos para este juicio?

ALG. — Sí, señor; hay dos.

JUEZ — Que entre uno.

ALG. — (Desde la puerta.) ¡Usted, señora! Pase. (Sale Estrella, que es criada de Sara. Tiene la voz muy ronca.)

EST. — Güenos días.

JUEZ — Póngase aquí delante. ¿Cómo se llama usted?

EST. — Estreya Molina; servidora.

JUEZ — ¿Qué es usted?

EST. — (Señalando á Sara.) Criada de aquí.

JUEZ ¿Jura usted decir la verdad?

EST. Yo no miento nunca.

FISCAL Mal anda esa garganta. ¿Es del aguardiente?

EST. ¡Ojalá! Es de nasimiento.

JUEZ ¿Qué pasó en el aguaducho la otra tarde?

EST. Pos verá vuesensia: me mandó la señora descorchá una boteya de sidra... y á la cuenta er tapón traía mucho ímpetu...

JUEZ Y le dió en el ojo: ya estamos. Y en vista de ello el señor fué á afeitarse á una carpintería. Puede usted retirarse. El otro testigo. (Estrella se coloca al lado de Sara y del Moreno.)

ALG. (Como antes.) ¡A ver! ¡El otro testigo! Pase usted.
(Sale Meléndez en actitud hostil.)

MEL. Buenos días.

SARA (Bajo á los suyos.) Este tío tuerto se podía habé quedao en su casa.

JUEZ Buenos días. ¿Cómo se llama usted?

MEL. Atenedoro Meléndez.

JUEZ ¿Qué es usted?

MEL. Cacharrero. Proveedor de la real casa.

FISCAL Sí, hombre; si ha estado antes en otro juicio.

MEL. Servidor.

JUEZ ¿Jura usted decir la verdad?

MEL. Lo juro ante Dios y por la Costitución vigente.

JUEZ Me parece muy bien. ¿Qué vió usted en el puesto?

MEL. ¡Poca cosa! En el momento de pasar yo, que por un casual pasaba por allí, el señor, verdaderamente ocecao, le metía un puño por semejante sitio á la señora.

SARA ¡Eso no es verdá!

JUEZ Señora, calle usted.

MEL. La señora, en justa defensa, pa no ser menos que él, fué y se afiló las uñas en la cara del ciudadano repetidas veces. Y á to esto, venga uno y otro soltar palabras que no están en el dicionario. Un espetáculo, señor Juez, pa pensar que paece mentira que seamos los decendientes del Ciz. Es la pura.

SARA ¿Pero to eso lo habrá usté visto en un sinematógrafo?

MEL. ¡En su puesto de ustez!

SARA ¿Con qué ojos?

MEL. ¡Con éstos! (Rectificando.) ¡Con éste!

JUEZ ¡A callar! ¿Estaban embriagados?

MEL. No, señor; pero puedo asegurar á usía que el individuo no es manco bebiendo, y que la señora tampoco lo escupe.

JUEZ Está bien. Retírese. (Meléndez se va junto á los otros.)

FISCAL (Leyendo la sentencia muy deprisa y borrosamente, de modo que lo que se oye con claridad no es más que la multa que impone) «El Fiscal considera que Sara Gutiérrez y Antonio López han incurrido en la falta comprendida en el artículo número 604 del Código penal, y solicita que se le impongan veinticinco pesetas de multa á cada uno y el pago de las costas por mitad.»

(Los interesados se quedan fríos.)

JUEZ Pueden ustedes retirarse.

SARA Señó Jué, yo le juro á usía...

JUEZ No jure usted, señora. Y más cuidado con la sidra otra vez.

(Van desfilando uno por uno y echándole al tuerto su correspondiente maldición.)

EST. (¡Veintisinco pesetas por barba!... ¡Pos hay que vendé el aguaducho! ¡Mardito sea su pare!)

MOR. (Si como es un hombre fuera un toro, se había caio.)

SARA (Encarándosele.) ¡Permita Dios que se vea usté junto á un miyón... por el ojo tuerto!

MEL. ¡A mí con esas!... (Volviendo atrás mientras se van los guardias con los otros.) Si yo le contara á usía, señor Juez...

JUEZ No, no me cuente usted nada.

MEL. Perdone usía. (Vase.)

ESCENA VIII

El JUEZ, el FISCAL, el SECRETARIO y el ALGUACIL; luego la TRAPITOS y CHINITA, PIZARRO é IBÁÑEZ

JUEZ ¡Es delicioso este cacharrero!

FISCAL Raro es el día que no se presenta de testigo.

SEC. Le tiene, le tiene afición á la cosa.

JUEZ Y la maldición de la aguadora me ha hecho mucha gracia.

FISCAL Como que es saladísima esa mujer. Yo la conozco mucho. Es la que estuvo dos ó tres años con aquel perdis de Barrera.

JUEZ ¿Quedan muchos juicios?

SEC. Dos nada más.

JUEZ Pues á ellos, que estoy deseando irme. ¡Vaya un día! Y de pago no hay más que tres ó cuatro.

SEC. Y gracias.

FISCAL A la aguadora hay que rebajarle la multa, ¿eh?

JUEZ (Al Alguacil.) Anda; llama á otro.

ALG. (Desde la puerta, gritando.) ¡Dos mil setecientos cuarenta y cinco!... ¡Tres mil novecientos dos!

(Salen Ibáñez y Pizarro poniéndose los guantes. Detrás vienen la Trapitos y Chinita, cohibida ella y resuelto y arrogante él. Los guardias saludan respetuosamente. Se colocan lo mismo que los anteriores.)

SEC. (Leyendo muy aprisa en un pliego, como quien cumple un requisito que considera inútil.) «A las veintidós y cuarto del diez y siete del actual, los guardias números dos mil setecientos cuarenta y cinco y tres mil novecientos dos, presentan en esta Delegación á los que dicen llamarse Carmen Zaragoza y Antonio Ramírez, conocidos entre los de su oficio por «La Trapitos» y «Chinita», y detenidos por cometer actos inmorales en la vía pública. Lo que pongo en conocimiento, etc.»

JUEZ (A Pizarro.) Vamos á ver: ¿qué pasó?

CHIN. Pos pasó...

JUEZ ¡Chssss!

CHIN. ¡Es que pa sentenciar hay que oir á las dos partes!

JUEZ ¿Qué es eso? ¡A ver si callas ó escapas mal! (Al Guardia.) ¿Qué pasó?

PIZ. (Gritando mucho.) Ha de saber usía, señor Juez, que es un escándalo...

JUEZ No grite usted de esa manera.

PIZ. La costumbre de hablar con éste. Usía desimule. Es un escándalo lo que ocurre con esta *golferancia*. Si uno fuera á llevarlos á la Delegación siempre que dan motivos, estaría en el trayezto á todas horas.

JUEZ ¿Pues qué hacen?

PIZ. (Volviendo á los gritos, sin sentir.) ¡Que se burlan de la autoridaz!

JUEZ Schssss...

PIZ. Usía desimule. La otra noche, el tal arrapiezo, porque lo arrojé de un portal donde estaba dormido, principió á *pitorrearse* de mí... con perdón de usía...

CHIN. Yo no le dije á usté más sino que me prestara el bigote pa echar la cabeza.

(El tribunal disimula la risa que le causa lo que Chinita dice. El Alguacil da rienda suelta á su hilaridad.)

PIZ. ¿Ve usía? Pos la mosquita muerta no para de sacarnos coplas ofensivas, llamándole á éste tío melón, y á mí tío feo...

JUEZ ¿Y cuando ustedes los cogieron qué hacían?

PIZ. (Comenzando á chillidos y corrigiéndose inmediatamente.) ¡Hablando en plata, señor Juez!... Hablando en plata, señor Juez, se estaban dando besos en la calle á toa satisfación.

CHIN. ¡Como que somos hermanos!

FISCAL ¡Hombre! ¡Dos hermanos con distinto apellido!

CHIN. ¡Toma! ¡Eso no es culpa nuestra!

JUEZ (A Ibáñez.) Usted.

PIZ. (Dándole con el codo.) Tú.

IBÁÑEZ Pos... lo que ha manifestado el compañero.

JUEZ Está bien. Adelántate, niña. (Ella obedece temblorosa.) Si confiesas la verdad puedes escapar con pellejo; si no la confiesas allá veremos lo que te sucede. ¿Qué pasó?

TRAP. (Conmovida y lloriqueando.) Pos pasó... señor Juez... pasó... pasó que...

CHIN. ¡No llores! ¡Los golfos no lloran!

JUEZ A ver si callas, ó vas á la cárcel tú solo. (A la Trapitos.) Sigue.

TRAP. Ha de saber usté... usía... vuecencia... por que yo voy á decirle la verdá... que Chinita y yo no somos hermanos... (Chinita golpea el suelo con un pie) ¡No, no somos hermanos!... Somos novios... pa lo que su excelencia guste mandar...

CHIN. ¡Pos me has dejao al descubierto!

JUEZ ¡Schssss!

TRAP. Y la noche que nos cogieron los *guindas*...

JUEZ Los guardias.

TRAP. Nosotros les llamamos *guindas*.

JUEZ Pues se llaman guardias.

TRAP Bueno, pos la noche que nos pillaron juntos... como somos novios con buen fin... y éste no se propasa porque es mu caballero... lo que hubo fué que me estaba diciendo un secreto pa el día e mañana...

PIZ. ¿Por la boca, eh? ¿Tú oyes los secretos por la boca?

TRAP. ¡Su compañero de usté no los oye por ningún lao! (La inmovilidad de Ibañez demuestra que tiene razón.) Y tocante á que yo le haya cantao coplas al señor, llamándole tío feo... no me recuerdo bien... pero me paece á mí que en último caso tampoco se trata de la Maja e Goya.

(El Alguacil suelta la carcajada.)

JUEZ ¿Qué es eso? ¡Pues, hombre, me gusta!

(El Alguacil se pone serio de repente.)

TRAP. Esa es la verdá, señor Juez... Yo, aunque golfa, soy mu decentita... y mantengo á mi madre... y á mi padre... y casi al padre de éste... y á éste... (Volviendo á los pucheros.) y to podrán decir de la Trapitos menos que ha manchao el nombre que lleva.

CHIN. ¡Y dale con el llanto!

TRAP. ¡Si se me sale sin querer!

CHIN. ¡Pos no me agrada!

TRAP ¡Pos pídele relaciones á Isabel la Católica que es de bronce!

JUEZ (Dejando de hablarle al Fiscal, con quien cambiaba impresiones en son de broma.) Pero, ¿qué os habéis figurado? Orden, orden. Apártate, niña. (A Chinita.) Dí tú lo que pasó.

CHIN. (Muy resuelto.) Yo, señor Juez, declaro lo mismo que aquí mi prometida; solo que agrego que así que nos echaron mano los guardias los convidé á una copa de aguardiente y ellos acetaron.

PIZ ¡No es verdaz!

CHIN. Sí es verdá, y de eso es la manchita que lleva usté ahí.

PIZ. (Mirándose á la izquierda del pecho involuntariamente.) ¿En dónde?

CHIN. Al otro lao. (Pizarro se vuelve á mirar.) ¿Ve usía, señor Juez? Cuando mira es por algo. (Se retira junto á la Trapitos.)

PIZ. Señor Juez...

JUEZ No me diga usted nada, hombre. (Al Alguacil, que se va en seguida y vuelve á poco.) Si hay testigos para este juicio que se marchen.

FISCAL Bien está con la parejita. ¿Qué se os ocurriría á vosotros si ahora os impusiera á cada uno veinticinco pesetas de multa?

TRAP A mí, dejar á este en prenda...

CHIN. Y á mí que fueran á casa á embargar.

FISCAL Bueno, pues por esta vez me contento con la reprensión; pero si volvéis por aquí, sobre la multa tendréis cárcel para unos días.

JUEZ Ya lo habéis oido. Id con Dios.

CHIN. Muchas gracias, señor Juez.

TRAP Muchísmas gracias.

CHIN. (Encaminándose con la Trapitos hacia la puerta) (¡Se chincharon los *guindas* y el tuerto de la pata *fólica*!)

TRAP (Volviéndose y señalando al Fiscal) ¡Bendita sea la madre que parió al señorito ese!

JUEZ (Tocando la campanilla.) Fuera, fuera.

CHIN. (Antes de irse, á la Trapitos.) (Verás ahora tú.) (Se adelanta al tribunal con un puro que saca del bolsillo) Señor Juez, fúmese usté este puro á la salú de mi futura esposa.

JUEZ ¡Vamos, vete ya!

CHIN. Que no es soborno, señor Juez, que es un osequio.

TRAP. ¿Pero quién eres tú pa alternar con estos señores?

JUEZ (Volviendo á tocar la campanilla.) ¡Fuera! ¡fuera!

CHIN. Mujer, si es voluntá...

TRAP. ¡Pero no seas torpe: eso se da por debajo e la mesa!... (Se van los dos. El tribunal suelta la risa. Los guardias los siguen y se detienen en la puerta. El Alguacil se acerca á la mesa riéndose.)

JUEZ Hombre, Juanito; repríme te un poco otra vez... ¡Sueltas el trapo á cada momento!

ALG. (Riéndose.) ¡Si es que me hizo la gracia de Dios que la chica le llamara al guardia Maja de Goya; porque como da en el guardia más feo del distrito!... (El Juez le hace señas, y él vuelve la cara y se le corta la respiracion al ver á Pizarro, que espera con el otro.)

PIZ. Hombre, pos usté tampoco tiene na de particular...

ALG. Ah, pero... ¿les queda á ustedes algún juicio más?...

PIZ. (Amostazado.) ¡Sí, señor! (¡Miá el saltamontes este!...)

JUEZ Pónganse donde estaban, y llama tú á la gente que sea (Los guardias ocupan el mismo sitio que en el juicio anterior.)

ESCENA IX

DICHOS, menos la TRAPITOS y CHINITA. SEÑÁ CASILDA, CONSUELO, JEROMA y EPIFANIO; después el ESCRIBIENTE y SEÑOR LIBORIO

ALG. (Desde la puerta.) Pueden pasar ustedes.
(Salen señá Casilda, Consuelo, Jeroma y Epifanio, y se ponen en fila de frente al tribunal. Epifanio trae un bastón que parece una pierna.)

JUEZ (Al Alguacil.) El garrote.

ALG. Ah. (Lo toma de manos de Epifanio y lo coloca en el rincón de la izquierda.) El garrote.

EPIF. ¡Una fusta!

ALG. (¡Pesa más que yo!)

SEC. (Leyendo, como antes.) «A las veintidós y media del diecisiete del actual, los guardias núme-

ros dos mil setecientos cuarenta y cinco y tres mil novecientos dos, presentan en esta Delegación á los que dicen llamarse Jeroma Balaguer, Casilda Romero y Epifanio de Gaula, detenidos por haber promovido un fuerte escándalo, etc., etc. Lo que pongo en conocimiento, etc.»

EPIF ¿Quié usté leerlo otra vez, que no me he enterao?

SEC. Ni hace falta. Es el parte de la Delegación.

JUEZ Sobra una de ustedes.

CONS (Adelantándose.) Yo, señor Juez.

JUEZ ¿Viene usted de testigo?

CONS No, señor Juez. Sino que soy hermana de esta señora, y quisiera presenciar el juicio. Porque ha de saber el señor Juez que padece de ataques piléticos, y aunque no le dan más que en viendo que ella vea acidentada á otra persona, por un si es caso.

JUEZ Perfectamente. Puede usted quedarse; pero póngase más atrás. (A los Guardias.) ¿Qué pasó?

IBÁÑEZ (Creyendo que ha declarado el otro.) Pos lo que ha manifestado el compañero.

JUEZ ¡Hombre, si el compañero no ha dicho nada todavía!

(El Alguacil suelta el trapo sin poder contenerse.)

PIZ. (A gritos.) En cuanto sopla viento sur es un un poco tardo, señor Juez.

JUEZ Sí; pero yo no lo soy.

PIZ Usía desimule. Lo que pasó no lo vimos nosotros. Lleguemos á la taberna cuando había concluído la *coalición*.

JUEZ Está bién. (A la señá Casilda.) Vamos á ver, señora. ¿Qué pasó?

CAS. (Santiguándose primero.) Pasó... (Rompe á llorar con amargura.)

EPIF. ¡Ea! ¡Se dirritió la mantequilla!

JUEZ Usted se calla hasta que yo le pregunte.— Tranquilícese usted, señora, y hable sin cuidado

CAS. (Entre sollozos.) Sabrá usía... señor Juez... que yo.. por mi desgracia... soy la esposa de este pendón de viejo...

EPIF. Se prohibe insultar.

JUEZ No se prohibe. Siga usted.

CAS. ¿Insultando?

JUEZ Contando lo ocurrido.

(Epifanio mira su garrote y se escupe en la diestra con las de Caín.)

CAS. Pos decía, señor Juez, que este estafermo tuvo relaciones antes de casarse conmigo, que va pa dos años, con aquí esta careta. (Señala á Jeroma.)

EPIF. No fué más que *flir*.

JUEZ ¡Que se calle usted, hombre!

CAS. Y ahora resulta que con el venir de los nardos... paece ser que ha florecío la pasión, y la otra noche me dieron el soplo y fuí á la taberna donde estaban, y cuando los ví juntos bebiendo limón helao por la misma pajita, me fuí pa ellos y me cegué. . (Rompiendo á llorar de nuevo enternecida.) ¡Porque yo, señor Juez, soy una buena esposa!... ¡y si no soy una buena madre, bastante que lo siento!

JUEZ ¿No tiene usted hijos?

CAS. Hasta ahora, no, señor. Pero este Agosto me pienso de ir á los baños de mar, á ver si me valen.

JUEZ Bueno. Retírese. (Señá Casilda se santigua otra vez y se va á la fila.—A la otra.) Usted, señora. ¿Qué pasó?

JER. Pos pasó, señor Juez, que estaba yo preparándole la cena á mi señor padre, lo cual que no tenía ajos y salí por ellos á la esquina. Pero como nadie me corría y llevaba sez, hice estación en la taberna, pa refrescar Me senté en un rincón, porque no me gusta de eshibirme, cuando llegó el señor, que es amigo antiguo... y á la cuenta me vió el hombre según estaba sola... y sin que yo lo reparara se me acercó por detrás y me hizo en la oreja: «Tararí, tararí.» Una guasita.

EPIF. Que se pué dar inclusive hasta en la aristocracia.

JUEZ ¡A ver si calla usted!

JER. Principiemos á hablar, me convidó á limón helao, lo cual que aceté, porque creo que eso no hace daño á nadie... y estando en ello, la

señora. Una furia no es na pa como iba. A este le llamó toas las veces que quiso.. — no pueo decirle á usía lo que le llamó;— éste, naturalmente, la contestó que á él...— —no pueo decirle á usía lo que la contestó; —y á mi, señor Juez, me mandó á un sitio... que debe de estar muy concurrido... pero que yo tampoco le pueo decir á usía. Total: que nos agarremos del moño, y pata.

(Llega el Escribiente con una carta rosada, que le entrega al Juez. Mientras éste la abre y la lee todo nervioso y regocijado, el Fiscal atiende al juicio. Después, el Juez, con sus continuas consultas al reloj manifiesta de manera evidente que le urge acabar y marcharse,)

FISCAL ¿Las dos se agarraron ustedes al mismo tiempo?

JER. Las dos.

FISCAL. Puede usted retirarse. (A Epifanio.) ¿Usted qué tiene que decir?

EPIF. (Aludiendo á Jeroma.) Que estoy con aquí; que paece talmente que la señora es un *cilindro* mío.

CAS. ¡Como que vienen ya de acuerdo, señor Juez!

JER. ¡Hija, no pase usté cuidao, que no se queda usté sin esposo!

JUEZ ¡Silencio!

EPIF. Lo que yo siento es que no llegaran á tiempo de verlo to los *chineles*.

JUEZ ¿Cómo los *chineles*?

EPIF. En Valladoliz, que es mi patria, á los *guindas* les dicen *chineles*.

JUEZ ¡Pues aquí son guardias!

EPIF. No he querido faltar á la señora pareja.

JUEZ Retírese. (Bajo al Fiscal, mostrándole lleno de gozo la carta rosada.) Mira.

FISCAL ¿Es de esa?

JUEZ Sí. Me está esperando abajo en un coche.

FISCAL Enhorabuena, chico.

JUEZ Vamos á darle á esto un volapié. (Al Alguacil.) A ver, un testigo. Prontito ¿eh? que tengo prisa.

ALG. (Llamando.) Pase usted.

(Pasa el señor Liborio, que viene de tiros largos, vamos al decir, reposado y sereno, dispuesto á que se haga jus-

ticia. Lo más á propósito para el Juez, que está deseando irse. Trae un bastón de naipes.)

LIB. Buenos días.

ALG. (Lo mismo que á Epifanio.) El bastón.

LIB. Cuidao, que es de cartas, y se araña na más de mirarlo.

JUEZ ¿Cómo se llama usted?

LIB. Liborio del Campo y Sánchez.

JUEZ ¿Qué es usted?

LIB. Republicano.

JUEZ ¡Profesión, hombre!

LIB. (Después de vacilar) Esporman.

JUEZ ¿Qué quiere decir eso?

LIB. Que vivo de mis rentas, ¿sabe usía? Porque yo, aunque tuve en tiempos almacen de curtidos...

JUEZ No nos interesa. ¿Jura usted decir la verdad?

LIB. Lo juro *in excelsis Deo*.

FISCAL Muy bien.

JUEZ ¿Qué pasó?

LIB. Pos pasó... (Deteniéndose, para declarar ordenadamente.) Bueno, vamos por partes. Prólogo.

JUEZ No, no, déjese usted de prólogos. ¿Qué pasó?

LIB. Es que tengo que advertirle á usía, señor Juez, que yo no presencié el espetáculo de la taberna.

JUEZ Ah, ¿no?

LIB. No, señor. Pero vengo á algo de más entidaz, como es, si usía me lo permite, el defender á la señora Casilda, esposa legítima del señor Epifanio, y el declarar que el señor Epifanio y la señora Jeroma sostienen relaciones ilegales.

EPIF. ¡Le advierto al señor Juez que el señor Liborio me tiene hincha!

CAS. ¡No es cierto, señor Juez!

JUEZ Usted se calla.

JER. ¡Diga usía que sí le tiene hincha, desde una custión por dos gallos ingleses!

EPIF. ¡Ele! ¡Porque yo le maté una jaca!

LIB. ¡Embustero!

JUEZ (Tocando la campanilla furioso.) ¡Orden! (Al señor Liborio.) Siga usted, y procure ser menos difuso; que tengo que marcharme.

LIB Es temperamento, señor Juez. Permítame usía un poco de historia. A principios de este verano, el señor fué y se compró un jipi...

JUEZ ¡Me importa un rábano todo eso!

LIB. Está la anédota ligada al asunto, señor Juez Se compró un jipi desproporcionado, y yo que lo ví, y que soy un hombre de ciertas caídas y que se trai lo suyo, fuí y le dije: «Gachó, te has comprao un jipi que vaya usté con Dios; se te ponen mesas debajo, y se puen servir gaseosas.» Un equívoco.

JUEZ ¡Qué pesadez! ¡Eso no viene á nada!

LIB. Sí, señor. Y usía me perdone. Viene á fundamentar lo de la hincha, que como puede ver usía es *viceversa*.

JUEZ Perfectamente. Quedamos enterados. Retírese usted.

LIB. Advierto á usía que aún no he salido del prólogo.

JUEZ De todas maneras: nos basta.

LIB. A la disposición de usía. (Se aparta hacia atrás.)

JUEZ Otro testigo á escape.

ALG. (Llamando.) Pase usted.

(Sale Contreras, viejecillo inquieto y tembloroso, sordo como un melón y de voz chillona Se dirige como disparado hacia la otra gente.)

ESCENA X

DICHOS, menos el ESCRIBIENTE. CONTRERAS

JUEZ (Al verlo.) Acérquese.

CONT ¿Eh? ¿eh?

JUEZ ¡Que se acerque!

CONT ¿Eh? ¿eh?

(El Alguacil lo lleva ante la barra.)

JUEZ ¿Cómo se llama usted?

CONT ¿Eh?

JUEZ ¿Que cómo se llama usted? ¿Es usted sordo?

CONT ¿Eh? ¿eh?

ALG. Lo mismo que una tapia.

CONT. (Encarándose de pronto con Ibáñez, creyendo que le habla, y llevándose la mano á la oreja.) ¿Eh?

IBÁÑEZ (Encarándose con él en la misma forma.) ¿Eh?

CONT. ¿Eh?

IBÁÑEZ ¿Eh?

JUEZ (Al Alguacil.) Hazle tú las preguntas al oído.

ALG. (Chillándole.) ¿Como se llama usted?

CONT. Aniceto Contreras.

JUEZ Profesión.

ALG. ¿Qué es usted?

CONT. Taquígrafo. (El tribunal suelta la carcajada.) ¡Profesor de taquigrafía; sí, señor!

ALG. ¿Jura usted decir la verdad?

CONT. ¡A ver!

ALG. ¿Qué pasó?

CONT. ¿En dónde?

ALG. ¡En la taberna!

CONT. ¿En qué taberna?

FISCAL ¡Estamos aviados!

ALG. ¿Qué es lo que vió usted de la cuestión?

CONT. Nada: no ví nada. Yo llegué cuando se había caído el albañil.

JUEZ Pero ¿qué dice este hombre? ¿Para qué juicio se le ha citado?

ALG. ¿Para qué juicio se le ha citado?

CONT. Para uno de ayer; pero no he podido venir hasta hoy.

FISCAL ¡Acabáramos! ¡Que se vaya, hombre!

ALG. ¡Vaya usted con Dios!

CONT. ¿Es que me han condenado? (Todos le hacen que no con la mano y con la cabeza, deseando que se largue) ¡Señor Juez, justicia para este pobre viejo!

ALG. ¡Si no lo han condenado á usted!

CONT. ¿Vuelvo mañana?

(Las mismas señas, acompañadas de voces.)

JUEZ ¡No!

FISCAL ¡No!

SEC. ¡No!

CONT. Ea, pues... buenos días... (Va á meterse por el balcón.)

ALG. (Deteniéndolo) ¿A dónde va usted? ¡Ese es el balcón!

CONT. ¿Eh? ¿eh?

ALG. ¡Que ese es el balcón! ¡Que aquí está la puerta!
CONT. ¡Ah! ¡ah!... ¡Buenos días! (Vase.)
FISCAL ¡Valiente taquígrafo!
EPIF. ¡De esa manera anda el Congreso!
JUEZ ¿Hay más testigos?
ALG. Uno queda.
JUEZ ¡Pues que entre ya, y acabaremos de una vez!
ALG. (Llamando.) Pase.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, menos CONTRERAS. MELÉNDEZ

MEL. (Presentándose.) Servidor.
FISCAL ¡Ah! Este es de confianza.
JUEZ ¿Usted vió el escándalo de la taberna?
MEL. Sí, señor.
JUEZ ¿Cómo fué?
MEL. Indizno de un país europizao.
JUEZ Ni una palabra más.
FISCAL (Leyendo, como siempre.) «El Fiscal considera que Jeroma Balaguer, Casilda Romero y Epifanio de Gaula han incurrido en la falta comprendida en el artículo 598, número tercero del Código penal, y solicita que se le impongan veinticinco pesetas de multa á cada uno, reprensión y el pago de costas.»
EPIF. ¿Quié usté hacer el favor de repetir, que no lo he cogío?
FISCAL Ahora se lo dirán ahí fuera.
JER. (Dando repentinamente un grito y cayendo desplomada sobre Epifanio.) ¡Ah! (Pataleta en regla.)
JUEZ ¡Adiós mi dinero!
FISCAL ¡Era lo único que nos faltaba!
CAS. (Principiando á hacer visajes nerviosos.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!...
(Confusión. Unos acuden á sujetar á Jeroma y otros van de aquí para allá sin saber qué hacerse. El Juez se dispone á abandonar el campo.)
EPIF. ¡Jeroma! ¡mujer!
LIB. ¡Un vaso de agua!

ALG. (Desde la puerta.) ¡A ver! ¡Un vaso de agua!
PIZ. Iré yo por ella.
CONS. Vámonos, Casilda; no la mires.
CAS. (Incesantemente y sin poder apartar la vista de Jeroma.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!.. ¡ay!...
MEL. Esto no sucede en ninguna parte...
CONS. Vámonos, antes que te dé...
CAS. (Lanzando otro grito y cayendo sobre el Alguacil.) ¡Ah! (Su hermana la sujeta.)
FISCAL ¡Atiza!
EPIF. ¡La otra!
JUEZ ¡Hasta mañana! (Vase pasando por entre los dos grupos formados.)
LIB. Pero, hombre, ¿han ido por el agua á Neptuno?
JER. (A Epifanio.) ¿Le ha dao ya el ataque?
EPIF. Sí.
JER. ¿Qué te dije? (A los demás.) Vaya, buenos días. ¡Que se alivie esa flor de estufa! (Se va riéndose.)
LIB. ¿Le paece á usté? ¡Ha fingío el ataque pa que le dé á esta otra!
CONS. ¡La tía indecente!... Hermana, hermana...
LIB. Señá Casilda...
EPIF. ¡Y yo rifao!
PIZ. ¡Aquí está el agua!
MEL. ¡Esto no pasa más que en una nación decadente! (Al público, mientras dura la algarabía.)

Y aquí terminan los juicios,
y aquí termina el sainete:
si te agrada ó no te agrada
dínoslo correztamente.

FIN

Madrid, Setiembre, 1903.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.

LA ZAGALA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA ZAGALA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 17 de Enero de 1904

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1910

Al insigne autor de Dulce y sabrosa,

Don Jacinto Octavio Picón,

sus fervientes admiradores y devotísimos amigos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ENCARNA	María Guerrero.
ROMANA	María Cancio.
CARMITA	Josefina Blanco.
AMPARO	Margarita Colorado.
PEPA RUIZ	Concepción Aranaz.
LEONOR	Amalia Sánchez
DOÑA JUSTA	Matilde Bueno.
DOÑA RUFINA	Encarnación Bofill.
CURRITA	Amparo Álvarez.
DON BALTASAR DE QUIÑONES	Fernando Díaz de Mendoza.
POLANCO	Francisco Palanca.
VENTURA	Manuel Díaz.
ANDRESILLO	Mariano Díaz de Mendoza.
EL PADRE MIGUELITO	Felipe Carsí.
RAFAEL	Felipe Agudín.
DON JULIO	Manuel Soriano.

Todos á excepción de Carmita, Don Baltasar, Polanco y Rafael, hablan con acento andaluz.

ACTO PRIMERO

Sala baja, rectangular, en casa de don Baltasar de Quiñones, rico propietario de Olivares, ciudad andaluza Muros muy gruesos; paredes blancas. Estera de junco. Una gran puerta á la derecha del actor, que conduce al patio. Una de cristales al foro, que da al jardín, con sendas ventanas á los lados. Pocos muebles, pero añejos y ricos. Algún cuadro al óleo, de asunto religioso. Es de noche y en el mes de Mayo. La sala está en una media luz agradable. Por la puerta del patio penetra claridad más viva. Un trozo del jardín lo alumbra la luna.

—

DON BALTASAR viene del jardín. Este don Baltasar es un caballero de cierto empaque altivo y ceremonioso, mitad natural, mitad debido á una idea de superior cultura. Espíritu sencillo y blando, con visos de carácter de acero. Compone madrigales y se perece por la poesía bucólica. Habla con natural afectación, exagerando y recortando un poco la dicción castellana Su frente es noble; su cabello gris, peinado con raya y abundante; el bigote muy largo y fino; las cejas negras y pobladas. Usa traje de lanilla amplio y rico, camisa floja y chalina al aire.

Don Baltasar. Asomándose á la puerta del patio. ¡Qué charla! ¡Qué bullicio!... Déjase caer con cierto abatimiento en una butaca y suelta un suspiro profundo. ¡Ay!...

Sale PEPA RUIZ por la puerta del patio. Es una señorita bien

acomodada, llena de salud y exuberante de colores, que se defiende de los cuarenta con heroísmo. Andaluza redicha y neta, ni por equivocación deja de rematar perfectamente los finales en ado y en ido, y sus análogos.

Pepa Ruiz. ¡Jesús, que demonio de muchachas! No me dejan un momento, don Bartasá.

Don Baltasar. ¿Ellas á usted ó usted á ellas?

Pepa Ruiz. De todo hay. Ya sabe usté mi genio, vesino.

Don Baltasar. ¿Y qué se hace ahora?

Pepa Ruiz. Sentensiando prendas estamos. Me ha tocado «tres veses sí y tres veses no».

Don Baltasar. Decir tres veces que sí debe de ser muy agradable.

Pepa Ruiz. ¡Ya lo creo!

Don Baltasar. Pero usted preferiría decirlo una sola.

Pepa Ruiz. Fuera der juego, sí, señó. Suspirando. ¡Ay!...

Don Baltasar. ¿Adónde va ese, Pepa?

Currita. Dentro, en voz alta. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. Cáyese usté ahora. Alto también. ¡Sí!

Risas dentro, un poco lejos, que se repiten con escándalo á cada contestación de Pepa

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. ¡No!

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. Ay, ¿qué habrán preguntado? Mirando á don Baltasar y envolviendo la respuesta en un suspiro. ¡Sí! ¡Cómo se ríen las pícaras!

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. Repitiendo la mirada. ¡Que sí! ¡que sí!

Currita. ¿Sí ó no? ¡Ya no tienes más remedio que desir que no!

Pepa Ruiz. Eso es ponerle á una la soga ar cueyo. Con cierta resistencia. ¡No!

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. ¡No! ¡Qué tormento! ¡Sabe Dios á lo que habré yo dicho que no! Porque esas son atroses.

Don Baltasar se ríe, haciendo coro á los del patio.

Por la puerta de este llega POLANCO, y se encara con Pepa Ruiz.

Polanco. Que si le gustan á usted los militares, que sí; que si le gustan á usted los abogados, que sí; que si le gustan á usted los toreros, que sí; que si le gustan á usted los curas, que sí; que si le gustan á usted los monaguillos...

Pepa Ruiz. ¡Ande usté y que lo prendan! ¡Jesús, qué hombre más chocante! Vase de estampía.

Don Baltasar y Polanco sueltan la risa.

Polanco es un amigote reciente de don Baltasar, con ínfulas de camarada de la niñez. Es de los que toman á pecho el papel de amigo. Viste con desaliño y va de zapatillas y gorra á todas partes, con temible familiaridad. No usa corbata y le acompaña un perro casi siempre. Es montañés, fabricante de harinas y un poco aficionado á las buenas letras. Poco.

Don Baltasar. ¿Sabes, Perico, que te encuentro en vena esta noche?

Polanco. ¿Y cómo no, con las mujeres que hay en el patio y las miradas amorosas que veo por todas partes? Esa endiablada Pepa Ruiz es de las que tuestan castañas con los ojos.

Don Baltasar. Riéndose sin querer. ¡Ja, ja! ¡Peregrina hipérbole!

Polanco. Te aseguro que si como tiene blasones y talegas, y se baña á diario y se perfuma y se emperejila, fuese una fregoncilla de poco fuste, á estas horas estaba ya apuntada en mi libro verde.

Don Baltasar. ¡Pero qué bellaco y harto de ajos eres en tus gustos! Ni sé siquiera cómo somos amigos.

Polanco. Pues es bien claro, Baltasar; porque allá en lo hondo, en lo hondo, somos completamente iguales.

Don Baltasar. Muy en lo hondo tiene que ser, Perico.

Polanco. ¿Cómo es eso? ¿Es que por ventura te ofende parecerte á mí?

Don Baltasar. Ni con cien leguas, hombre.

Polanco. Eres un ingrato conmigo. Te obstinas en negarme delicadeza de sentimientos...

Don Baltasar. ¿Quieres callar?

Polanco. Porque he venido de la tierruca montañesa á tu suelo andaluz por la carretera adelante, con el hatillo al hombro... y soy un poco Adán, y fabrico harinas... y me agradan las cocineras.

Don Baltasar. Te suplico que no desbarres. Considera que mi situación esta noche no es la más propia para discusiones pueriles.

Polanco. Hombre, cualquiera que te oiga... ¡Tu situación! ¡Casar á una hija y casarla á gusto no ha sido jamás una desgracia! ¿Qué te duele? ¿Que el chico es de Madrid y se la lleva de tu lado? ¡Pues mejor para ella, que no te aguantará más chifladuras! Déjate de gemir y vente al patio.

Don Baltasar. Ahora voy.

Polanco. Mira que se te echa de menos; que acaso caes en falta... Al ir hacia la puerta, deteniéndose. ¿Ves? Ya tienes aquí á dos señoras, seguramente á despedirse.

Don Baltasar. ¿Sí? ¿Quiénes son ellas? Viéndolas. Ah, vamos.

Vase al patio Polanco, dejando pasar antes á DOÑA JUSTA y DOÑA RUFINA, que llegan con AMPARO.

Doña Justa y doña Rufina son dos viejecitas que chochean. Por su traza y pelaje se adivina qne hace años acabaron de enterrar á su generación. Amparo es una mujercita agraciada y gentil, resuelta y viva, en la que se advierte esa entereza de carácter propia de toda persona acostumbrada á mandar y á hacer sus gustos.

Amparo. Papá, que se marchan estas señoras.

Don Baltasar. ¡Ah! Doña Justa... Doña Rufina... Ustedes perdonen que las haya desatendido.. Me dolía tanto la cabeza...

Doña Justa. Pero, simple, ¿qué nos vas á decir á nosotras?

Doña Rufina. Los cumplidos guárdalos para las de Márquez, que se sienten de todo.

Doña Justa. ¿Conque te abandona esta pícara?

Amparo. Acariciando á don Baltasar. Es que no tengo más remedio que irme. Me trataba tan mal, tan mal, que si sigo á su lado me mata.

Doña Rufina. ¿Te parece la tunantona? Córtale la lengua.

Don Baltasar. No puedo: se me cae la baba de oirla.

Doña Justa. Siempre has sido un padrazo.

Llega RAFAEL de repente

Rafael. Pero, hombre, ¿y mi novia?

Amparo. Aquí estoy: no chilles.

Rafael. ¡Mujer, es que no nos dejan hablar dos palabras seguidas!

Doña Rufina. Haberse quitado de en medio de cuando en cuando. Su palique robadillo... y al patio otra vez.

Don Baltasar. Esta noche no puede ser eso... Es la última .. Se debe á sus amigas: que aguarde el amor.

Doña Justa. Y que es una noche inolvidable: ya lo verás, Amparo, ya lo verás... ¡Ah! ¡la víspera de la boda!... Se ve amanecer; bien me acuerdo.

Don Baltasar. Usted puede decirlo, doña Justa. A Rafael. Esta señora se ha casado tres veces.

Rafael. ¿Según eso ha pasado usted por tres vísperas?

Doña Justa. Sí; pero la que no se olvida es esta de hoy.

Rafael. Celebro hallarme en la mejor.

Doña Justa. El segundo matrimonio es cosa tan distinta... A Amparo. Ya verás, ya verás...

Rafael. ¡Señora!

Todos se ríen.

Don Baltasar. ¿En el segundo no se ve amanecer?

Doña Justa. No, hijo mío.

Doña Rufina. Y en el tercero hace falta un despertador con toda la cuerda.

Rafael. ¿Usted también se ha casado tres veces?

Doña Rufina. No, señor: cuatro.

Nuevas risas.

Doña Justa. En fin, Baltasar, muchas felicidades... dormir á gusto... y hasta mañana si Dios quiere.

Don Baltasar. Gracias; mil gracias.

Rafael. Adiós, señoras.

Doña Rufina. Hasta mañana.

Don Baltasar. Hasta mañana.

Se van las viejas por el jardín con Amparo, que vuelve á poco.

Rafael. Mientras se retiran, bajo á don Baltasar. Oiga usted. ¿y estas viejas, cuándo se mueren?

Don Baltasar. Calla, que van á oirte. Te advierto que yo siempre las he conocido con la misma edad. Y mi padre creía á pies juntillas que eran las Santas Justa y Rufina de Triana: las dos alfareras.

Rafael se ríe.

Sale por la puerta del patio el PADRE MIGUELITO limpiándose la mano derecha con el pañuelo.

P. Miguelito. Pero, hombre, ¿por qué se pintarán los labios algunas devotas?—¿Qué es eso, Baltasar? ¿En dónde te metes?

Don Baltasar. Vago por aquí y por allá... Habeis de dispensarme todos.

Llega AMPARO.

Rafael. Lo que es yo me voy á molestar en serio. ¿Qué cara es esa, porque mañana me llevo á su hija? ¿Es que usted cree que no va á ser dichosa á mi lado? ¡Que lo diga ella!

Don Baltasar. Ni ella lo puede creer, ni yo tampoco. Pero...

Rafael. Viva usted en calma, don Baltasar. Será feliz. Si usted quiere, hasta le leeré á Virgilio en los ratos

perdidos. La traducción de usted, por supuesto; del latín Dios me libre. ¿Qué más puede hacer un hombre por su suegro?

Ríen todos.

Don Baltasar. Burlaos, burlaos de mí... Ya tendreis hijos...

Amparo. Mira, vente al patio, porque mi padre también dice unas cosas...

Rafael. No, pues eso último que ha dicho no puede ser más razonable.

Amparo. ¡Otro que tal baila! Vente, vente.

Don Baltasar. No te vayas tú, Miguelito; quédate y echaremos un párrafo.

P. Miguelito. ¡Si no deseo otra cosa!

Se van riéndose y arrullándose Amparo y Rafael. Don Baltasar y el Cura pasean y luego se sientan.

Es el Padre Miguelito un vejete alegre, calmoso y pacienzudo. Tiene ochenta años y se propone vivir otros ochenta. Viste de paisano.

Don Baltasar. Me rejuvenece verte aquí; me rejuvenece... y me apena.

P. Miguelito. Es natural; eso es muy natural.

Don Baltasar. Cuando se unen en la memoria dos fechas muy distantes, el espacio que las separa está lleno de tantas cosas... ¡de tantas lágrimas casi siempre!

P. Miguelito. Bueno; pues te prevengo que yo no he venido á Olivares á verte hacer pucheros.

Don Baltasar. Me esforzaré por darte gusto, ya que tú por dármelo dejas tu rincón malagueño y vienes á casar á mi hija.

P. Miguelito. Alto, alto. Las cosas en su punto, Baltasar. Yo no he venido aquí por complacerte, ni mucho menos; sino por darte en la cabeza, que es todo lo contrario. Cuando te casé con la pobre Aurora, te dije: «Así como te caso á ti, casaré á tus hijos.» Y tú te reíste á cuenta de mis ilusiones... Bueno, pues ahora me toca á

mí reir de tu incredulidad. Si te pica, ráscate. Más te digo: ¡casaré á tus nietos también! ¡Nada, que lá he tomado con la familia!

Don Baltasar. Padre Miguelito, tú no sabes lo que ocurre en el que fué apacible hogar de don Baltasar de Quiñones.

P. Miguelito. ¿Qué ocurre? Desgracia no conozco más que la muerte de tu pobre Aurora.

Don Baltasar. ¿Te acuerdas de Carmita, mi hija menor?

P. Miguelito. ¿No he de acordarme? Y la he visto una sola vez; pero aquella cara no se olvida... En Suiza la tienes con tu primo Joaquín, ¿no es esto?

Don Baltasar. Cabal. Ya va para tres años.

P. Miguelito. ¿Y no mejora de salud?

Don Baltasar. Sí; ya está buena, á Dios gracias. Su mal era más bien del espíritu que del cuerpo. Es tan delicadita, tan sensible... Así como Amparo es fuerte, serena, equilibrada, mi Carmita—no sé como te diga—es tierna, mimosilla, doliente, soñadora... Sutil como el aire, viva como el fuego... Aire y fuego juntos; incendio fácil y perenne, como le dije yo en mis versos mejores. La quité de aquí, no sé si lo sabes, porque se prendó como una heroína de novela, á pesar de sus quince años, de un mocito rico del pueblo, de figura pérfidamente simpática, pero menguado de corazón y torpe de costumbres. No tiene el diablo por dónde desecharlo. Uno de estos retoños podridos de la nueva edad —no extrañes la pasión con que le acuso; me ha hecho brecha en el alma,—uno de estos señoritos viciosos que no saben salir de las bodegas ni de los lupanares.

P. Miguelito. Todo eso es nuevo para mí. Ciertamente que no hemos tenido ocasión de hablar... Sigue, sigue.

Don Baltasar. Mes y pico estuvo en relaciones con mi hija, bien contra todo mi torrente. Y la hazaña que

determinó la ruptura, fué digna del mancebo: una noche, cuando la niña lo esperaba en la ventana, pasó ante ella borracho perdido y con dos mujerzuelas del brazo.

P. Miguelito. ¡En el nombre del Padre!...

Don Baltasar. ¿Cabe agravio más grosero al pudor de una niña?

P. Miguelito. Calla, calla por Dios.

Don Baltasar. Imagínate lo que pasó en esta casa. Para Carmita no había consuelo: sólo llorar fué su ocupación durante muchos días Su salud, siempre delicada, se quebrantó de suerte que llegó á poner en peligro su vida. Hubo que alejarla de aquí. El cambio de lugar y de costumbres haría menos difícil el olvido y le sería muy provechoso.

P. Miguelito. ¿Y en Suiza está?

Don Baltasar. Sí: con sus tíos.

P. Miguelito. ¿Curada por completo?

Don Baltasar. Curada, sí; pero cada vez más sensible; estimulando constantemente nuestra inquietud. Por eso no ha venido á la boda.

P. Miguelito. Entonces, ¿no la piensas traer?

Don Baltasar. ¡Traerla... traerla!

P. Miguelito. ¿Qué?

Don Baltasar. Eso es lo que me quita el sueño. A los dos meses de salir Carmita de aquí, salió para siempre, para no volver más, la compañera de mi vida. ¿Cómo se le decía entonces á la niña: «tu madre ha muerto»? Imposible: imposible.

P. Miguelito. Es natural: en su estado... Se comprende; sí.

Don Baltasar. Se le ocultó la terrible verdad... Se esperó el momento menos peligroso de revelársela... La salud de Carmita sufría alternativas dolorosas, crueles... ¿Quién era el insensato...? Ni Amparo ni yo nos atrevíamos nunca. Y pasó el tiempo, y cuando malita, porque lo estaba, y cuando no, por temor de que volviera

á estarlo, hemos vivido en constante ficción. Y es el hecho espantoso que á la hora presente cree Carmita que su madre vive.

P. Miguelito. ¡Válgame el Señor! ¡Qué desgracia! Justificadas están tus melancolías.

Don Baltasar. Ya ves. Se casa la una... y se me va; y si quiero traerme á la otra, he de hacerla pasar por un dolor tan grande.

P. Miguelito. Bien, bien; pero de todas suertes, es caso de conciencia que lo sepa ya. Pasa ANDRESILLO rápidamente, del jardín al patio. Ni sé como habeis podido engañarla... Y cuenta que en mi familia ha habido un caso semejante. Mis padres no supieron nunca que mi hermano José murió en la primera guerra del Norte.

Don Baltasar. Aquí lo hemos ido amañando con los medios que nuestra misma zozobra nos inspiraba... Además, por coincidencia claramente explicable, las letras de Aurora y Amparo—como la de la propia Carmita—son idénticas.

P. Miguelito. Ya, vamos, ya. Pues, hijo, sí que te compadezco con toda mi alma.

Salen AMPARO y ANDRESILLO por la puerta del patio.

Amparo. Que entre aquí. La despacharé en un momento.

Andresillo. Es mu bien *fachá*, señorita.

Amparo. ¿Viene sola?

Andresillo. Viene con uno, que si no es su padre le farta poco, porque tiene toa la pinta de eya.

Amparo. Pues diles que pasen.

Andresillo. Ahora mismo. Se va por el jardín.

Don Baltasar. ¿Quién es?

Amparo. Esa muchacha que nos ha recomendado Engracia Molina.

Don Baltasar. ¿A qué viene?

Amparo. A ver si la ajusto. Como yo me llèvo á María Pepa...

Don Baltasar. Es verdad; si me lo habías dicho... ¿Se ha ido ya la gente?

Amparo. Casi toda. No quedan más que Polanco y Pepa Ruiz.

Don Baltasar. ¿Y Rafael?

Amparo. También se ha ido.

Don Baltasar. ¡Sin decirme adiós!

Amparo. Te vió tan mustio, que no ha querido afectarte con la despedida.

P. Miguelito. Pues aquí hay otro que se va; pero es á su cuarto, en busca de la cama.

Amparo. ¿Tan pronto, Padre Miguelito?

P. Miguelito. Tan pronto, hija mía. Quiero dormir bien, no haga mañana un disparate contigo y con tu novio.

Amparo. Si es por eso, á acostarse ahora mismo.

P. Miguelito. Aunque mayor disparate que el que van ustedes á hacer...

Amparo. ¡Muy bonito, en un padre de almas! ¿Así habla usted del matrimonio?

P. Miguelito. Bueno, pero es en confianza y de paisano. Tú calcula; llevo cincuenta años con la oreja pegada á la rejilla... ¡conque si sabré yo á qué atenerme! Adiós, nena.

Amparo. Que usted descanse, Padre.

P. Miguelito. A don Baltasar. Adiós, poeta melancólico. Duerme y olvida. ¡Buena temporadita de campo te hace falta! Un cencerro al cuello... y á triscar por los montes.

Don Baltasar. Poco menos necesito, no creas ¡Oh! ¡El campo! ¡el campo!... ¡Mi gran consejero! ¡mi delicia!

P. Miguelito. Deteniendo á don Baltasar. Quieto aquí: no me hagas el cumplido. Sé perfectamente á mi cuarto. Buenas noches.

Don Baltasar. Buenas noches.

Amparo. ¿Vas á irte al patio?

Don Baltasar. Ahora menos que antes. Esa Pepa Ruiz me divierte á ratos nada más.

Amparo. ¡Cuidado si eres extremoso!

Don Baltasar. Y por lo que toca á Polanco, te juro que me va siendo imposible aguantarlo en paciencia. Y mira que es leal y noblote y buen amigo si los hay; pero lo conozco de ayer, y me trata como si hubiéramos nacido juntos. Sin contar con la molestia del perro, que ha de colar en todas partes.

Amparo. Un pique tuve ayer con él, porque lo eché de mala manera de la sala.

Don Baltasar. ¿A Polanco?

Amparo. Al perro.

Don Baltasar. ¡Qué abominación! El día menos pensado le pego un tiro.

Amparo. ¿Al perro?

Don Baltasar. A Polanco. Y otro al perro después.

Vuelve ANDRESILLO por el jardín, seguido de ENCARNA y de VENTURA.

Andresillo. Pasen ustedes.

Ventura. ¿Dan ustedes zu permizo?

Don Baltasar. Adelante.

Encarna. Güenas noches.

Amparo. Buenas noches.

Ventura. Me alegro de verlos á ustedes güenos.

Don Baltasar. Gracias, amigo.

Llega PEPA RUIZ por la puerta del patio. Ventura y Encarna se arrinconan. Andresillo contempla á esta fijamente con codiciosa admiracion.

Pepa. Hija, ya están por mí.

Amparo. Mujer, perdóname.

Pepa. Vamos, caya. Hasta mañana, que vendré á vestirte.

Amparo. ¡Quita allá!

Pepa. Ah, ni que sueñes otra cosa. Te viste yo. A

las ocho me tienes aquí. Y como te encuentre vestida, te desnudo y vuervo á vestirte.

Don Baltasar. ¿Es empeño?

Pepa. Empeño y costumbre; las dos cosas. Todas las amigas mias que se han casado, han yevado la camisa de novia puesta por mí. Y disen que tengo buena sombra.

Don Baltasar. Y yo, ¿puedo vestirme á la hora que me venga en gana?

Pepa. Sí, señó; no sea usté tunante. Adiós, don Bartasá.

Don Baltasar Adiós, Pepa.

Pepa. Adiós, Ampariyo: estás monísima. ¡Qué suerte tienen argunos hombres! Hasta mañana.

Amparo. Hasta mañana.

Pepa. Quietesita.

Vase por la puerta del patio. Amparo la despide con la mano desde la misma puerta.

Amparo. A Andresillo, que continúa mirando á Encarna. ¿Y á ti qué se te ha perdido aquí?

Andresillo. A mí na, señorita.

Amparo. Entonces, ¿por qué no te has ido á la cochera?

Andresillo. Porque en la cochera no se me ha perdío na tampoco.

Don Baltasar. Bueno, pues vete ahora y no repliques.

Andresillo. Al irse, á Encarna, sin poder contenerse. ¡Dios la conserve á usté tan güena, hija mía!

Don Baltasar. ¡Qué descarado es!

Amparo. Tú tienes la culpa. Le pasas carros y carretas...

Encarna es una muchachota hermosa y saludable. Da impresión de fuerza y de frescura, y trae consigo cierto aroma campestre. Viste un trajecillo de percal, de tonos vivos, muchas veces lavado. La falda es muy corta. Le cubre los hombros un mantoncillo negro que con

frecuencia se le desliza por la espalda. Su emoción ante los señores es grande, pero no le impide observarlo todo. Llena de vergüenza, apenas mira á la persona que le habla. Se expresa con ese cadencioso y suave ceceo que caracteriza á los lugareños andaluces. Ventura, su padre, es un tipo de campesino marrullero, interesado y socarrón. Habla con el propio ceceo que su hija. Sus ropas son viejas y pobres. Viene de chaquetón, faja negra y sombrero de ala ancha, negro también y deformado.

Don Baltasar. Acérquense ustedes.

Amparo. Sentándose. ¿Vienen ahora de casa de la señorita Engracia?

Ventura. De ayá venimos. Nos mandaron yamá pa decirnos que no dejáramos de ví esta noche...

Amparo. Sí; porque mañana iba á ser peor. Conque vamos á ver si nos entendemos. La señorita me ha dado los mejores informes de usted.

Don Baltasar pasea, atento al diálogo.

Encarna. La zeñorita es mu güena conmigo. Una zervidora hará lo que zepa... y aprenderá lo que le enzeñen.

Ventura. A ezo está; porque pa ezo es probe y empieza á viví ahora.

Amparo. ¿Es usted su padre?

Ventura. Por muchoz años, zeñorita. Zi no fuea mirando que lo zoy, yo le diría á usté más e cuatro cozas e la muchacha. Pero de boca e un padre paece que no puean zalí más que alabanzas de zu hija.

Amparo. ¿Ella ha servido alguna vez?

Encarna. Zerví, zerví... he zervío; pero zerví, zerví, zerví en una caza... que una diga zerví... no he zervío.

Ventura. Pa que usté lo comprenda mejón, zeñorita, porque esta no ze zabe explicá: lo que toca zerví, ha zervío; pero zerví, zerví, zerví, de veras zerví... que digamos zerví... no ha zervío.

Amparo. Desde luego aquí, en Olivares, no ha estado en ninguna casa, ¿verdad?

Ventura. En Olivares, no; no ha estao en ninguna caza.

Encarna. Nozotros hemos pazao diez años cabales, —mi pupá, mi mumá, una zervidora y mi hermaniyo Esteban,—ahí guardando la *Güerta e las Palomas,* más ayá de *Fuente Zalobre.*

Ventura. Er zeñorito conocerá eza finca.

Don Baltasar. En efecto; sí la conozo. ¿Es todavía de don Juan de Zuleta?

Ventura. No, zeñó: lo ha zío hasta jace poco, y eza es nuestra esgracia.

Encarna. Don Juan no iba nunca por ayí, ni ze le importaba na de aqueyo. Como es tan raro... Azín es que nozotros, mejón que los guardas, éramos loz amos de to. Vivíamos en la gloria, zeñorito. Bien comíos, bien lavaos, bien dormíos, zin ninguna farta, y en medio de aqueyos campos tan alegres, ya podía er rey de Francia habernos dicho que zi cambiábamos con é.

Ventura. Ayí ze ha criao esta: azín está, que da orguyo mirarla.

Encarna. Ruborosa ¡Pupá!... Pero don Juan le ha vendío la finca á unos inglezes de Jeré...

Ventura. Porque aquí va rezurtando ya que zon inglezes jasta los cigarrones...

Encarna. Y jace coza e dos zemanas ze perzonaron ayí dos tíos que no cabían á entrá por eza puerta...

Ventura. Con unas botas que parecían cajones e jigos...

Amparo. ¿También ingleses?

Ventura. También. Pero nos dijeron en españó que estábamos ayí de zobra. A la cuenta eran dos de los compraores.

Encarna. Yorando me pazé yo to er día, zeñorita... Como ayí me he criao... Zi me zacan de entre mi gente, no lo ziento más.

Ventura. Conque azín es que hubo que liá er petate,

y rabo entre piernas, venirnos tos cuatro pa er pueblo á ganarnos la vía.

Encarna. Y adiós la *Güerta e las Palomas.*

Ventura. Y va usté á vé qué cuadro más esconzolao: mi mujé, bardá; lo único que pué mové es la lengua, y naturarmente, ze espacha á zu gusto... y to ze le güerve mandarme á mí que jaga argo.

Encarna. Mi hermaniyo Esteban, que zi gana un jorná de dos reales, zerá to lo e Dios.

Ventura. Porque er campo está ca día más malo, zeñorita...

Encarna. Mi pupá, que ya es viejo pa mové los brazos...

Ventura. Harto jaré con ganá otro peazo e telera que yevá á la boca...

Encarna. De mo y manera, zeñorita, quo yo que no zoy malina y que me veo de pronto con toas estas nezezidaes alreó, he cogío y me he dicho pa mí: Encarniya, á procurá un zalario... y una boca menos en tu caza.

Amparo. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

Encarna. Encarniya.

Ventura. En er pueblo le dicen Encarna; pero ze yama Encarnación.

Amparo. ¿Y qué edad tiene usted?

Encarna. Vacilando. ¿Qué edá tengo, pupá?

Ventura. Lo mismo. Tu madre lo zabe.

Amparo. Pues aquí, si usted cumple, estará más contenta que en la *Huerta de las Palomas.* El salario ya lo sabe usted por la señorita. Viene usted para el cuerpo de la casa, pero de seguro que el trabajo no la matará. Mucha limpieza es lo que quiero.

Ventura. A güena parte va usté á dí. Es más limpia que er chorro e una fuente. Ze lava más que un gato. Le zaca briyo á un rayo'er zó.

Oyese á POLANCO silbar dentro. A poco, después de la pregunta

de don Baltasar, sale por la puerta del jardín silba que silba, con un collar con cadenilla en la mano.

Don Baltasar. ¿Quién anda por ahí?

Polanco. *¡Veneno! ¡Veneno!*

Amparo. ¡Si es Polanco!

Polanco. ¿No habeis visto á *Veneno?*

Don Baltasar. No hemos tenido esa ventura.

Polanco. Loco me trae. Le he dado la vuelta á la casa buscándolo, y no parece. *¡Veneno! ¡Veneno!*

Amparo. No; por aquí no ha pasado; no se canse usted. Habla bajo con Encarnación y Ventura.

Polanco. ¿A que se ha ido á la panadería? ¡Seguro! ¡Sí; porque tiene allí la novia! Reparando de pronto en Encarna y mirándola con sorpresa y descaro ¿Hola? Buenas noches.

Encarna. Güenas noches.

Ventura. Güenas noches tenga usté.

Polanco. Bajo á don Baltasar. Chico, ¡qué morena! ¿Es esta la que viene á sustituir á Mariquilla?

Don Baltasar. Contestandole á regañadientes. No sé... Quizás...

Polanco. ¿Qué te detiene? Tómala, tómala; que salimos ganando en el cambio.—*¡Veneno! ¡Veneno!* ¿En dónde se habrá metido ese bribón? *¡Veneno!* Vase por la puerta del patio sin dejar de silbar.

Don Baltasar. Y en fin, ¿se ha convenido usted con mi hija?

Encarna. ¿Cómo dice usté?

Don Baltasar. Que si al cabo se resuelve usted á servirnos.

Encarna. Yo zí. ¿Verdá, pupá?

Ventura. Zi eres gustoza de eyo...

Encarna. ¿Dónde vi á está mejón?

Don Baltasar. Mucho me place esa confianza, y desde luego le aseguro que si cumple usted con su obligación, no tendrá por qué arrepentirse de ella.

Amparo. Entonces...

Don Baltasar. Aguarda un poco, hijita. Ahora quiero yo hacerle algunas advertencias, de que no te has curado tú, por entender sin duda que son de mi exclusivo fuero. Encarna y Ventura lo oyen con la boca abierta. En casa de don Baltasar de Quiñones nunca ha habido criados, en la baja acepción que da á esta palabra la mala crianza social. Mis criados son mis amigos. Por lo mismo que de mis mayores heredé blasones que no ostento, por estimar que la nobleza de las personas no está en s escudo, sino en sus acciones, trato á los que en mi servicio se emplean con aquella delicadeza y aquella bondad que únicamente pueden endulzar á los humildes el haber pobremente nacido. El bienestar de que yo disfruto, es por igual de todos cuantos me rodean; y mis escasas luces, mis discretas lecturas, son también para todos, puesto que procuro alumbrar su espíritu con mis enseñanzas. Todos mis criados aprenden, bajo mi inmediata dirección, por lo menos á leer y á escribir. Es costumbre que heredé de mis padres. Algunas burlas de los maliciosos é ignorantes me cuesta el practicarla, y en el Casino de este inculto pueblo, donde no se sabe hablar más que del ganado lanar y de cerda, se hace chacota de mí y se parodian mis lecciones: lo sé, y me importa un ardite. ¿No se ha de sembrar porque haya gorriones en el mundo? He dicho cuanto tenía que decir. Se echa las manos á la espalda y vuelve á sus paseos.

Ventura. Después de un momento de vacilación. Güeno, pos... ¿A ti qué te paece, Encarniya?

Encarna. Que me queo aquí... ¿qué va á parecerme?

Ventura. ¿Tú te has jecho cargo bien de to lo que ha jablao er zeñorito?

Encarna. Zí, zeñó.

Ventura. Ziempre has zío tú la más lista e la caza.

Encarna. Conque zi usté, zeñorita, no tiene na que

mandarle á una zerviora, mi pupá y yo nos vamos con zu licencia, y usté dirá desde cuando tengo que ví.

Amparo. Desde mañana. Venga usted mañana. A su padre. ¿No te parece?

Don Baltasar. Tú lo dispones á tu conveniencia.

Encarna. Mañana, ¿verdá?

Amparo. Sí; mañana.

Encarna. Ea, pupá, pos vámonos.

Ventura. Antes quieo yo decirle también dos palabras ar zeñorito.

Don Baltasar. ¿A mí?

Ventura. Zi usté me lo conziente.

Don Baltasar. ¡Ya lo creo!

Ventura. Mi niña, jasta ahora, en güena hora lo diga, ¿zabe usté? nunca ha cerdeao, que yo zepa...

Don Baltasar. ¿A qué llama usted cerdear?

Ventura. Tocante á novios, zeñorito...

Don Baltasar. Ah, vamos.

Ventura. Y aunque eya es fié, y formá, y de ley, ziempre es güeno que haiga quien la vegile... ¿usté me entiende? De mo, zeñó don Bartazá, que zi uste güele tanto azín de noviajo, tiene usté mi permizo pa eslomarla.

Don Baltasar. Ha debido usted comprender después de haberme oído, que no entra en mis principios deslomar á nadie. Ni siquiera á las bestias. Mucho menos á quien en lugar de lomos tiene espaldas.

Ventura. Pero zi le zale argún novio...

Don Baltasar. Si le sale algún novio, cosa demasiadamente natural, puesto que es bella y joven, y el amor no sabe andar ocioso entre la belleza y la juventud, así como me propongo cuidar de su inteligencia, cuidaré también de su moralidad.

Encarna. Zeñorito, zi yo no pienzo en novios; zi es que á mi pupá le gusta abochornarme...

Don Baltasar. Ni una palabra más sobre este asunto.

Ventura. Pos entonces, jasta mañana, zeñorito.

Don Baltasar. Id con Dios.

Encarna. Jasta mañana, zeñorita.

Amparo. Adiós. Hasta mañana.

Encarna. A su padre, en tono de riña, mientras se encaminan al foro. ¿Por qué dice usté ezas cosas, pupá? ¡Ni que fuera yo una cabra loca!... Se van por el jardín disputando.

Amparo. ¿Sabes que me gusta mucho esta mujer?

Don Baltasar. Sí que tiene muy buena gracia.

Sale POLANCO por la puerta del patio, con «Veneno», sujeto ya con la cadenilla. «Veneno» es un perro insignificante, pero algo cómico. Momentos antes de salir lo anuncia el ruido de un cascabelito que lleva en el collar.

Polanco. ¿Se queda? ¿Se queda?

Don Baltasar. ¿Cómo?

Amparo. ¿Qué?

Polanco. ¿Se queda?

Don Baltasar. Pero, ¿quién se queda?

Polanco. ¡La criada! ¿Estás tonto?

Amparo. Sí se queda, sí.

Polanco. Me alegro.

Don Baltasar. ¿Dónde estaba ese?

Polanco. En tu cama. Dormido como un ángel.

Don Baltasar. ¿Sí, eh?

Polanco. No te enfades, hombre. Como la tienes junto al balcón y allí corre fresco... Acariciando al animal. ¡Granuja!... Bueno, yo me voy. Adiós, nenita. ¡Ah! Ya sabía yo que tenía que deciros algo. Mañana en la ceremonia, me presento así. Yo no me visto.

Amparo. ¿Así, Polanco?

Don Baltasar. Mira, Perico; en serio te hablo ahora. No por consideración á ti ni á mí, sino por respeto á mi hija, á su novio, á la solemnidad del acto y á las personas que han de asistir á él, te ruego que mañana por excepción te laves, te cepilles un poco, te limpies el calzado y te pongas una corbata.

Amparo. No es mucho pedir.

Polanco. ¿Con que una corbata? Dolido. ¿Es decir que juzgais una amistad como la mía, por un cintajo?

Don Baltasar. No es eso, hombre...

Polanco. ¡Sí es eso, hombre!

Amparo. Váyase usted á la cama, Polanco. No la enredemos.

Polanco. Me voy, me voy: y con muy mal sabor de boca, por cierto.

Amparo. Ya se le pasará. Si Romana está en la puerta, dígale usted que cierre y que apague la luz.

Polanco. Hasta mañana, niña. Que pases buena noche. Anda, *Veneno.* Vase por la puerta del patio.

Don Baltasar. ¿Y no se despide de mí? ¡Es eminentemente ridículo!

Polanco. Asomándose á la puerta picadísimo y retirándose en el acto. Cuando se marcha una persona de una habitacion, se espera un poco más para hablar mal de ella. Buenas noches.

Don Baltasar. ¡El diablo que te lleve!

Amparo. ¡Virgen María, qué buen señor! Este nos da la boda mañana.

Llega ANDRESILLO por el jardin.

Andresillo. ¿Se ofrese arguna cosa, señorito?

Don Baltasar. Nada ya: puedes acostarte.

Amparo. Escucha: ¿llevaron á *Pinatares* el vino?

Andresillo. Sí, señorita: desde antes de anochesío está ayí. Esta noche en er cortijo no duerme naide. Hasta funsiones van á echá. Y mañana, me ha dicho el aperaó que ar paso der tren van á salí tos los hombres ar camino pa saludarla á usté con los sombreros.

Amparo. Bueno está eso: no es mala despedida.

Andresillo. ¿Manda usté argo más?

Amparo. Nada. Hasta mañana.

Andresillo. Hasta mañana.

Don Baltasar. Adiós.

Andresillo. ¿Suerto er chorro e la fuente?

Don Baltasar. No: que luego no me deja dormir.

Vase Andresillo. Extínguese la luz que entraba del patio.

Sale por la puerta de este ROMANA, criada vieja de la casa, dulzona y solícita, de corazón tierno y lágrimas fáciles; más respetada por la tradición que por sus servicios presentes. Tiene los cabellos blancos y viste de oscuro. Los brazos siempre al aire.

Romana. Güenas noches, don Bartasá. Güenas noches, niña.

Don Baltasar. Que descanses, Romana.

Amparo. ¿Y Leonor?

Romana. En la ventana con er novio.

Amparo. Pues dile que se meta dentro; que son las once ya.

Romana. ¿Te yamo mañana temprano?

Amparo. No hará falta: yo me despertaré.

Romana. Ea, pos güenas noches. Vase.

Amparo. Buenas noches. ¿Y tú, vas á acostarte?

Don Baltasar. No tan pronto. Quiero estar un rato contigo. Deseaba que todos se fueran...

Amparo. Yo también.

Don Baltasar. Es la última noche que pasamos juntos... la última que estás en tu casa. Ven acá. La sienta á su lado. Al despertar de la de mañana, otra gente, otro mundo, otra vida... En torno tuyo, otros muros que los de esta casa, que te han visto crecer entre ellos; frente á ti otros ojos, que te miren como quieran, nunca te mirarán como yo.

Amparo. Papá, si te vas á poner triste, lo dejamos.

Don Baltasar. ¿Pues cómo quieres que me ponga? Malo sería que yo estuviera alegre esta noche. Me dejas muy solo, nenita: muy solo.

Amparo. No te apures: ya vendré á verte: ya irás tú á Madrid. Además, Carmita...

Don Baltasar. Sí: Carmita es preciso que vuelva. No

es posible dilatar más tiempo... No es posible, no. Ni siquiera es humano.

Amparo. Si vieras... Su última carta me ha hecho llorar yo no sé las veces... Siempre que la leo. No te la he dado porque no padecieras tú. ¡La ilusión en que vive le hace decir unas cosas tan tristes al hablar de mi boda!

Don Baltasar. Cállate, por Dios... Menester es que esto concluya, cueste lo que cueste... ¡Pobre estrellita mía!... ¡Se asomó á la vida creyendo que estaba en el cielo, y se encontró con que estaba en la tierra!... Silencio. Yo he pensado—á ver qué te parece á ti—que así que pase esta tu primera temporada de mieles y de flores, si Rafael no tiene en ello reparo alguno, vengas conmigo, y juntos los dos vayamos por ella.

Amparo. Sí; es lo mejor. Rafael no tendrá inconveniente.

Don Baltasar. ¡Qué triste la vuelta de mi niña á esta casa!

Amparo. ¿Ves, papá, por lo que yo no quería que hablásemos solos?

Don Baltasar. Falta de ella quien la supo llenar con su alma en vida, y ahora la llena con su recuerdo.

Amparo. No llores...

Don Baltasar. ¿Para llorarlo todo tú?

Amparo. Dices bien. Siempre que hablamos de esto acabamos así.

Don Baltasar. A Dios gracias, hija.

Amparo. Bueno, pero ya esta noche no hay más lagrimitas.

Don Baltasar. ¿Lo quieres tú?

Amparo. Lo mando.

Don Baltasar. Entonces... Silencio. Se levanta. ¿Vas á acostarte ya?

Amparo. Sí. Y tú también.

Don Baltasar. Yo, no. Ahora me sería imposible con-

ciliar el sueño. Daré unos paseos por el jardín, á ver qué me dicen los árboles.

Amparo. ¿Qué te han de decir? ¡Que te acuestes!

Don Baltasar. Se guardarán muy bien, porque no les haré caso ninguno. Me hablarán de mis melancolías...

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Los árboles no dicen más que lo que uno quiere que le digan. Por eso los prefiero siempre á las personas.

Amparo. ¿Insistes en quedarte?

Don Baltasar. Como no te enoje mucho, me quedo.

Amparo. Haz tu gusto. Besándolo Hasta mañana, papaíto.

Don Baltasar. Hasta mañana, señora de Peñalver.

Amparo. Aún no lo soy. ¿Por qué cambias las cosas? Yo te he dicho lo que todas las noches: hasta mañana, papaíto.

Don Baltasar. Pues entonces hasta mañana, corazón. Amparo se retira por la puerta del patio, en la cual se detiene un momento para sonreirle cariñosamente á don Baltasar. Este se interna por el jardín diciendo los siguientes versos de Garcilaso:

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!
Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan...

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de don Baltasar. Al foro una puerta que da al patio, el cual es de gran amplitud, y una ventana grande sin reja. A la izquierda del actor una puerta más pequeña de cristales, que conduce á un patinillo limpio y alegre. A la derecha un torno que comunica con la cocina y por el cual se sirve la comida. Mesa en el centro. Un aparador en el foro. Mecedoras y sillas de vaqueta y un sillón frailuno de lo mismo. Inmediato al torno un aguamanil. Junto á la puerta del patinillo, en primer término, una pequeña anaquelería. Sobre su tabla superior papel y varias carpetas para escribir algunas plumas de ave y dos ó tres tinteros. Las tablas inferiores llenas de libros. Ante ellos algunos retratos en fotcgrafía. Suelo de losítas de colores. Zócalo alto de azulejos. Es de noche. Luces en el patio y en el comedor.

ENCARNA, ROMANA y ANDRESILLO esperan al señor. Estos dos últimos están sentados: Andresillo en una mecedora. Encarna muy emperejilada y limpia, con flores en el pelo, delantal blanco y un pañolillo de espuma sobre los hombros. Andresillo de «guayabera» de dril. Romana como en el primer acto.

Encarna. Ze tarda er zeñorito.

Romana. Es que ar pobre se le viene la casa ensima, y cuando sale de eya no quisiea gorvé.

Encarna. ¿Ande ha día esta tarde: á *Pinatares?*

Andresillo. A mí me mandó ensiyá er *Morito*, y tiró como pa la Verea.

Romana. Yeva un mes, desde la boda e la señorita Amparo, que no es conosío. ¡Más triste, más triste!... ¡con un semblante e desconsuelo!...

Encarna. Pos á mí no me paece tanto.

Romana. Pos está, está mu caío.

Andresillo. ¡Vaya si lo está! Como que tiene toa la cara der Señó amarrao á la colurna que hay en San José.

Encarna. Soltando la risa. ¡Qué reburlón eres!

Romana. Bonita condisión: divertirse de quien le da er pan que come.

Andresillo. ¡Señora, si me jase grasia!... ¿Eso qué tiene que vé con que yo esté mu contento á su vera?

Encarna. ¿Cuánto tiempo yevas tú en la caza, Andreziyo?

Andresillo. Cuatro años se han cumplío por San Juan.

Encarna. ¿Y usté, Romana, yeva mucho?

Romana. Mucho: cuasi la edá que tengo. Mi madre fué siempre lavandera de acá, y mi padre hasía tos los años la matansa... Conque aplica er cuento... Suspirando. ¡Ay, esta casa ha dao más güertas que una jaspa e molino! To está onde estaba; pero to ha cambiao. Ni siquiera las golondrinas vienen ya por Agosto á los alambres e la vela.

Encarna. Con curiosidad infantil, que va creciendo por momentos. ¿La zeñora era mu reguapa, verdá usté?

Romana. Mu reguapa, y mu recariñosa, y mu regüena, y to lo que se quiera desí; porque to es poco pa ponderarla. Yenaba la casa eya sola.

Andresillo. Como aqueya mujé no se amasan ya más mujeres. Tenía un aqué, una manera de manda, que la servía uno deseando gustarle. ¿Ves lo tieso que es er señorito, que paese que toa la vía lo están tayando?

Romana. ¿Quiés dejá ar señorito, hombre?

Andresillo. Pos ar revés. Y aluego, era un aire de santa er suyo, y un agrao en to, que alargaba la mano asín pa darte dos pesetas, y te creías tú que te daba dos mil reales. ¿Verdá, Romana?

Romana. Como esta es noche.

Encarna. Don Bartazá me han dicho á mí que era mu zeloso.

Romana. Más que un turco. Si yo contara las ersenas que he visto en este mismo comeó... Un día pensé que se liaba á tiros con toas nosotras.

Encarna. ¡Ay, Jezú, qué miedo! Y diga usté, Romana: la zeñorita que ze ha cazao, ¿ze paece á zu mamá?

Romana. No pué negá que es hija suya, ¿sabes tú? pero es más mandona, más tiesa; tiene más der genio e su padre. En cambio Carmita es toa una estampa á doña Aurora.

Encarna. ¿Cuá Carmita?

Romana. La más chica de las dos hermanas.

Encarna. Ah; la más chica.

Romana. Sí; la que está fuera.

Encarna. Ah; la que está fuera.

Andresillo. Esa me gusta á mí tanto como la madre. ¡Valiente niña más presiosa!... Aqueyo es un regalo.

Encarna. Cogiendo uno de los retratos. ¿Es esta, no?

Romana. Sí; pero ese retrato es mu antiguo. ¿Ves este de su madre? Cogiendo otro. Pos más se le parese aquí.

Encarna. ¿Zí, verdá?... ¡Ya lo creo que era guapa la zeñora! ¡Y qué coza más particulá tenía en la vista!

Romana. Dos años antes de morí se lo hiso la pobre.

Encarna. ¿Y ze peinaba azín? Deja los retratos en su sitio.

Romana. ¡Claro, mujé!

Encarna. Pos yo ziempre que me vi á retratá me pongo otro peinao.

Romana. ¿Y vas tú á compararte con el ama, peaso e borrica?

Encarna. En mi baú tengo yo un retrato--mañana ze lo vi á enzeñá á usté—que ez estarme viendo. Describe á lo vivo con candorosa vanidad la actitud que tomó para retratarse y cómo se vistió. Me puze azín, con una mano azín, y la otra aquí azín; la cara azín; dos zarciyos de mi madre que me caían azín; un mantón de mi prima con er fleco jasta aquí azín, y este deo zeparao azín, enzeñando una zortija e briyantes que me prestó mi zeñorito. Aquí azín: estoy aquí azín.

Andresillo. ¿Y la cara es la tuya ó te la prestaron también?

Encarna. Amenazándolo. ¡Verás tú zi te doy un guantazo!

Andresillo. Estate quieta, que les temo á tus manos, más que á enganchá las mulas.

Encarna. ¿Zí, eh? ¡Pos toma! Echa violentamente hacia atrás la mecedora en que está Andresillo, el cual se tira de ella para no caerse. Después corren persiguiéndose el uno al otro por todo el comedor. Ella no cesa de reir. ¡Pa que me lo digas de veras!

Andresillo. ¡No seas bruta, Encarniya! Ahora verás tú.

Encarna. ¡Como que me vas á cogé!

Romana. A vé si se lastiman ustedes.

Andresillo. ¡Es que esta cabra se cree que está toavía á campo abierto!

Encarna. ¡Como que me vas á cogé!

Romana. Juegos de manos, juegos de viyanos.

Andresillo. Ahora no te escapas, ladrona.

Encarna. ¡Ya jumates! ¡Como que me vas á cogé!

Romana. ¡Er señorito!

Andresillo. Verás tú luego.

Encarna. Por lo bajo.

Rabia, rabiña,
tengo una piña,

tiene piñones
y tú no los comes.

Quietud completa. Llega DON BALTASAR por la puerta del patinillo. Viene de dar un paseo á caballo. Trae amplio sombrero de fieltro, al que sólo le falta una pluma, fusta en la mano y espuelas de plata. Su continente es grave y melancólico.

Don Baltasar. Dios os guarde.

Romana. Sea usté bien venio, señó.

Encarna. Tenga usté güenas noches.

Andresillo. Güenas noches.

Don Baltasar, reposadamente, deja en una silla el sombrero y la fusta, se enjuaga los dedos y se sienta en su sillón frailuno. Estira las piernas y Andresillo le quita las espuelas sin decir palabra.

Romana. ¿Estaba Diego en la cochera?

Don Baltasar. ¿Pues quién, si no, me iba á abrir el postigo? ¿Había yo de saltar por las bardas? Silencio largo. Se acomoda para comer; los criados lo miran esperando órdenes. Mis fieles servidores, dadme de yantar.

Encarna. A Andresillo, bajo. ¿De qué ha pedío?

Andresillo. Lo mismo á Encarna. De comé: sólo que jabla en griego.

Don Baltasar. ¿Qué murmurais ahí? ¿No habeis oído lo que he dicho? Obedecedme.

Andresillo y Romana se van por la puerta del foro hacia la derecha. Encarna se sitúa junto al torno y da dos golpes en él con los nudillos.

Don Baltasar. Gritando de pronto, sin conciencia de lo que hace. ¡Amparo!

Encarna. ¡Zeñorito!

Don Baltasar. ¡Jesús!

Encarna. ¿Yamaba usté á la zeñorita?

Don Baltasar. Ya lo ves. Hace mucho tiempo que llamo... que llamo... dando al aire distintos nombres, y sólo el eco me contesta.

Encarna ¿Qué ze le va á jacé?

Don Baltasar. Bien dices. Callan.

Encarna. Volviendo á dar golpes en el torno. ¡Leonó! ¡Las zopas!

Abrese el torno que comunica con la cocina, y por él va recibiendo y devolviendo los platos Encarna, que sirve la comida á don Baltasar en el transcurso de esta escena.

Don Baltasar. Contrariado, pero con dulzura. ¡Mujer! ¿Cuántas veces he de corregírtelo para que no lo olvides?

Encarna. ¿Er qué, zeñorito?

Don Baltasar. Bien que se trata de un defecto general de tu pronunciación, sencillamente gracioso por otra parte; pero es el caso que en esa palabra me crispa los nervios. ¿Por qué no dices *sopas* y no *zopas?*

Encarna. Ay, es verdá; que me lo riñe usté tos los días.

Don Baltasar. No te lo riño; te lo afeo.

Encarna. ¿Cómo es? ¿cómo es?

Don Baltasar. Simplemente con *ese:* sopas.

Encarna. ¿Con *eze*, verdá?

Don Baltasar. ¡Con *ese!*

Encarna. De manera que ze debe decí: *zo...*

Don Baltasar. *¡So!*

Encarna. Haciendo un esfuerzo supremo. *So...*

Don Baltasar. ¡Justo!

Encarna. *So... pas.*

Don Baltasar. Así, así. Dilo ahora seguido.

Encarna. Con mucha decisión. Zopas.

Don Baltasar. ¡Vaya por Dios! Tráemelas ya, con ese ó con zeta, que aguardan en el torno.

Encarna. Zeñorito, es que me atorruyo; pero ya aprenderé.

Don Baltasar. ¡Aturrullo!

Encarna. Atorruyo; güeno.

Don Baltasar. Poco he de comer hoy. Me llevó el jamelgo hasta el *Molino de las Brujas*, más por su voluntad que por la mía, y quieras que no quieras, aquella

pobre gente me regaló con un trozo de queso fresco dè sus cabras, y un trago de vino de sus vides. Bien me supo el obsequio, esta es la verdad; pero me ha quitado el apetito.

Encarna. ¿Y cómo están los campos, zeñó?

Don Baltasar. Como tú, de lozanos y alegres.

Encarna. ¿Como yo?

Don Baltasar. Como tú, ¿qué te admira? Cien veces te he dicho que más pareces fruto de la tierra y del sol, que hija de los hombres.

Encarna. ¿Y ezo es malo?

Don Baltasar. Riendo á pesar suyo. No... Nada te diré yo que lo sea, zagala gentil. Escúchame: ¿echas mucho de menos tu vida libre de la *Huerta de las Palomas?*

Encarna. No, zeñó.

Don Baltasar. Con franqueza.

Encarna. No, zeñó, no, zeñó: que estoy mu á gusto en zu caza de usté.

Don Baltasar. Que me place. Se atusa el bigote.

Encarna. Claro que acordarme... me acuerdo. Y azín tiene que zé: aunque no zea más que por las veces que he dormío la ziesta entre aqueyos pinares, y que me he bañao er cuerpo en aquel arroyo. Y zi usté zupiera una coza...

Don Baltasar. ¿Qué cosa?

Encarna. Avergonzada Na...

Don Baltasar. ¿Qué cosa, mujer?

Encarna. Na, zeñorito... Toas las tardes ze lo quieo decí á usté... y toas las tardes me entra er mismo bochorno...

Don Baltasar. Sabes cuánto me enoja que me trateis como á señor de horca y cuchillo. De suerte, Encarna, que habla lo que quieras.

Encarna. Decidiéndose al fin. La noche que yo me ajusté acá, azín que zalimos á la caye, ze lo conté á mi padre: me estaba dando güertas en la cabeza... ¿Usté no

ze acuerda de haberze perdío en er campo ninguna vez?

Don Baltasar. Una no: muchas.

Encarna. ¿Ze acuerda usté de una mañana que iba usté buscando la *Hacienda e las Flores?*

Don Baltasar. *¿La Hacienda de las Flores?*

Encarna. Zí: más ayá del *Arminarejo*... Ahora hace cuatro años. Iba usté en una jaca negra.

Don Baltasar. Cabalmente. Y recuerdo que me perdí aquella mañana.

Encarna. Por ezo lo digo. ¿No ze acuerda usté de na más?

Don Baltasar. Aguarda... aguarda...

Encarna. ¿No iba usté abrazaíto e zé... y le pidió usté agua á una chiquiya?

Don Baltasar. Sí; justo...

Encarna. ¿Y no acierta usté quién era la chiquiya?

Don Baltasar. ¿Acaso tú?

Encarna. Yo mismita. ¿No ze acuerda usté de que tenía un zagalejo colorao, y de que usté me dijo luego que le parecía una graná?

Don Baltasar. Del requiebro no hago memoria, aunque está en mi naturaleza decirlos. Lo que sí recuerdo es que fuimos juntos en busca de la fuente...

Encarna. Que está mu escondía...

Don Baltasar. Y no había vasija para beber...

Encarna. Y yo corté una pita der camino y le jice á usté una copa en un istante...

Don Baltasar. Y bebimos los dos...

Encarna. Pero usté quizo que yo bebiera primero... Y azín que descanzó usté un poco, yo misma lo guié jasta er cazerío de la *Hacienda* pa que no gorviera á perderze.

Don Baltasar. Es verdad. Y por el camino te hablaba yo de algunas cosas que tú no entendías...

Encarna. Ezo iguá que ahora: lo mismo que ahora...

Zi por ezo he caío yo en que era usté... Porque usté está cambiao. Entonces yevaba usté er pelo de otra manera.

Don Baltasar. Para cambio el tuyo: ¡lo que has espigado, muchacha! ¡De tierno brote, á fruto sazonado y maduro!—¿Está esto soso, ó es mi boca?

Encarna. No zé: como no lo he probao...

Don Baltasar. Prueba á ver.

Encarna. ¿Que pruebe?

Don Baltasar. Sí, mujer; toma.

Encarna. Zeñorito...

Don Baltasar. Toma, simple. ¿Qué mal hay en ello?

Encarna. Obedeciéndolo con cierta vergüenza. Yo lo encuentro en zu punto; pero zi quiere usté la zá...

Don Baltasar. No, déjalo. Ya no la toma bien...—¡Vaya, vaya! ¿Con que somos amigos antiguos?

Encarna. Azín parece, zi, zeñó...

Don Baltasar. Todo lo bueno que viene á mí, del campo viene... Sus aires me orean, sus olores avivan mis sentidos... Mostrándole una yerbecilla que trae en el ojal de la solapa. A ver, tú, ¿qué es esto?

Encarna. ¿Ezo? Mejorana.

Don Baltasar. Mejorana es.

Encarna. ¡Qué oló más der campo!

Don Baltasar. Huele, si te gusta.

Encarna. No es menesté: desde aquí la güelo.

Don Baltasar. Acércate, mujer.

Encarna. Volviendo á obedecerlo, siempre ruborosa y cortada. Lo que usté quiera, zeñorito...

Don Baltasar. Pero no te pongas colorada. Dime: ¿y á ti, á qué te huelen los cabellos?

Encarna. A pretolio. Me junto pretolio pa zacarles lustre.

Don Baltasar. Pues haces mal en dos cosas: en darte eso, y en llamarlo como lo llamas. No se dice *pretolio*, sino *petróleo*.

Encarna. ¿Cómo?

Don Baltasar. Petróleo. Dilo á mi vez. Pe...

Encarna. Pe...

Don Baltasar. Tro...

Encarna. Tro...

Don Baltasar. Leo...

Encarna. Leo...

Don Baltasar. Pe-tró-le-o.

Encarna. Pe-tró-le-o.

Don Baltasar. A ver tú sola.

Encarna. Pretolio.

Don Baltasar. ¡Bueno va! Hoy no estás para lecciones de prosodia.

Encarna. ¿Y por qué me dice usté que no me junte ezo?

Don Baltasar. Porque el brillo que tus cabellos adquieran, será postizo y contrahecho; y nunca son más bellas las cosas que en su ser natural.

Encarna. Yo lo que zé es que ze me ponen más bonitos.

Don Baltasar. Lo dudo, zagala; pero puesto que así sea, observo que te desvela el emperejilarte y pulirte. ¿A quién le quieres gustar tanto?

Encarna. A mí na más.

Don Baltasar. ¿Nada más que á ti?

Encarna. Na más, na más...

Don Baltasar. Con oculta emoción. ¿No quedó por aquellos contornos de la *Huerta* ningún pastor enzamarrado que para pastora te soñase?

Encarna. Turbada. No, zeñó, zeñorito...

Don Baltasar. Pues ¿por qué te turbas?

Encarna. ¿Qué?

Don Baltasar. ¿Que por qué te turbas y te amohinas?

Encarna. Porque me da mucha vergüenza de usté...

Don Baltasar. ¿Vergüenza de mí?... Ya... ya lo veo...

Harto dice tu rubor que es verdad que la sientes... Y ahí tienes tú cómo lo natural es lo bello: mira tu rostro, transformado sin afeite alguno de rosa pálida en clavel encendido... Advirtiendo que el rubor de Encarna sube de punto. ¡Y de clavel en amapola!

Encarna. Y zi no ze caya usté vi á yorá...

Don Baltasar. ¡Muchacha!

Encarna. Me da mucho bochorno, zeñorito... no lo pueo remediá... Me da mucho bochorno...

Don Baltasar. ¡Pero no te vayas!

Encarna. Zi es que están yamando á la cancela...

Don Baltasar. Ah; bien...

Encarna. Me da mucho bochorno... me da mucho bochorno... Volviendo la cara desde la misma puerta. ¿Qué?

Don Baltasar. Nada, hija mía; nada. No he dicho nada...

Encarna. Me da mucho bochorno... Se va.

Don Baltasar quédase silencioso, suspira después, y últimamente recita, saboreándolos, los siguientes versos de Virgilio:

Don Baltasar.

Malo me Galatea petit, lasciva puella,
et fugit ad salices, et se cupit ante videri...
Me arroja una manzana Galatea,
y entre los sauces á esconderse huye
procurando primero que la vea...

Llegan PEPA RUIZ y DON JULIO. Vienen á pasar la velada. Don Julio es tío de Pepa. Un señor sin personalidad; de esos que se mueren un día y no lo nota nadie. Habla con cierto sonsonete monótono que no se puede resistir. Pepa viene con mantón de espuma en forma de chal. ENCARNA, durante esta escena, recoge los restos de la comida, quita el mantel y cubre con un tapete la mesa, ayudada por ANDRESILLO.

Pepa Ruiz. Pero ¿qué es esto? ¿Aún no ha termina do usté de comé? Vesino, usté va a perder el estómago...

Don Julio. Sí, es tardecillo, sí...

Don Baltasar. Es la hora de fumar un cigarro... Conque si usted quiere acompañarme, mi señor don Julio...

Don Julio. Sí; echaremos un cigarro, sí...

Pepa Ruiz. Vengo esta noche porque no me diga usté descastada; pero tengo que marcharme muy pronto. Lo que sí me traigo es er mundiyo, como siempre. Por supuesto, voy á dejarlo acá, porque en casa no pongo mano en las labores.

Don Baltasar. Haga usted lo que quiera y deje el mundillo donde le plazca: yo, de mis servidores y de mí, respondo; del perro de Polanco, no.

Pepa Ruiz. Riéndose. ¡Pero qué manía le tiene usté ar pobre *Veneno!* Se sienta á la mesa á hacer encaje de bolillos.

Don Baltasar se sienta á su lado en una mecedora. Don Julio, que también se sienta á la mesa, saca del bolsillo varias cartas cerradas, y se dispone á abrirlas.

Don Julio. Consultando su reloj. Sí, ya hace hora y media, sí...

Don Baltasar. ¿Eh?

Don Julio. No; que ya hace hora y media que he comido... No me sentará mal. Con permiso de usted voy á leer estas cartas.

Don Baltasar. Usted está en su casa, amigo don Julio...

Don Julio. Ahí tiene usted: en mi casa no me gusta leer la correspondencia.

Don Baltasar. Ya, ya lo veo.

Don Julio. ¡Manías! Entrégase á su tarea con gran ahinco. Por cierto que es miope y lee incrustando las narices en el papel.

Encarna. ¿Quiere usté argo, zeñó?

Don Baltasar. Nada: vete á comer, que es tarde.

Encarna. Güenas noches, doña Pepa.

Pepa Ruiz. Adiós, Encarniya.

Andresillo. Güenas noches. Se va con Encarna por la puerta del foro.

Pepa Ruiz. Le tengo que desí á esa muchacha que no me yame doña Pepa.

Don Baltasar. Pües ¿cómo ha de llamarla?

Pepa Ruiz. De cuarquier modo menos así. Ese nombre es de pupilera Y yo estaré ya *fondonsiya*, don Bartasá, pero no pa echarme á los perros.

Don Baltasar. Ciertamente que no, vecina.

Pepa Ruiz. ¿Le sirve á usté bien?

Don Baltasar. A pedir de boca, señora.

Pepa Ruiz. Si no se malea...

Don Baltasar. Creo que no.

Pepa Ruiz. No le dé usté muchas alas, por si acaso.

Don Baltasar. Es fundamentalmente buena: candorosa, sin tocar en la tontería; con un candor primitivo, selvático, infantil... Luego, tiene una condición para mí inestimable: la de ser limpia como la arena de la playa, y tan cuidadosa de la persona que no parece sino que está enamorada de su cuerpo. Además...

Pepa Ruiz. Cortando la conversación. ¿Y de Amparo, ha sabido usté?

Don Baltasar. De tarde en tarde... y por tarjetas. Y cuenta que si me escribiese cada vez que mi corazón y mi pensamiento la reclaman... ¡Me he quedado muy solo, Pepa; muy solo!

Pepa Ruiz. Suspirando. ¡Ay!... sí, señó. Mañana le pondré yo dos letras á esa pícara... Le diré que ha orvidado á su padre...

Don Baltasar. No... si yo la disculpo... Usted calcule: luna de miel... y cuarto creciente.

Pepa Ruiz. Sea er cuarto que sea: en la luna de mié todos los cuartos son buenos.

Don Baltasar. ¿Usted qué sabe?

Pepa Ruiz. Se me figura á mí. Y diga usté: ¿quién le corta á usté ahora las uñas de la mano derecha?

Don Baltasar. ¡He tenido que aprender yo solo! ¿Qué remedio?

Pepa Ruiz. ¡Cuántas fartas estará usté notando, vesino!... ¡Cuántas fartas!... Yo digo que una casa sin mujé es como una iglesia sin santos.

Don Baltasar. ¿Y una casa sin hombre?

Pepa Ruiz. ¡Oh! Eso es una cosa que no se puede resistí. Mirando el sombrero de don Baltasar. Un sombrero en la percha acompaña mucho.

Don Baltasar. Vamos á ver, Pepa: en confianza: ¿cuándo hace usted feliz á don Federico?

Pepa Ruiz. ¿Yo á don Federico? ¡Ave María! No me considere usté tan prosaica. Don Federico es un sepiyo de betún. Con los pelos que le salen por las orejas se puede hasé un pinsé.

Don Baltasar. ¡Ja, ja, ja!

Pepa Ruiz. Ríase usté, pero es la verdá pura.

Don Julio. Comentando abstraído una de las cartas. ¡Animal!

Don Baltasar. ¿Eh?

Don Julio. Este se ha empeñado en no sulfatar, y vamos á tener epidemia. ¡Lástima de viñas!

Don Baltasar. ¡Ah, vamos!

Pepa Ruiz. Además, vesino: Don Federico es un hombre sin corasón. Y á mí déme usté un hombre que, si á mano viene, se emborrache, y que juegue er dinero, y... ¡vaya! hasta que ande tras otras; pero que yegue un momento y tenga corasón. Yo estoy muy gorda, don Bartasá; pero soy muy tierna. Lo primero en este mundo es sentí.

Don Baltasar. ¡Bah, bah, bah! Hablemos claros, Pepa: usted le teme á don Federico porque es viudo... y la cencerrada sería inevitable.

Pepa Ruiz. Pierda usté cuidado. Con ese viudo no me dan senserrada á mí. Suspirando. Con otro... no sé.

Don Baltasar. Por si llega el caso, cuente usted desde luego con mi cencerro. Riéndose. ¡Asistiré á la ceremonia!

Pepa Ruiz. Parese mentira que gose usté con una cosa tan grosera, tan insiví, tan basta... tan de poblacho... ¡Jesús!

Don Baltasar. Mi espíritu, Pepa, es por demás flexible... Lo mismo admiro una costumbre como esa de las cencerradas, con su dejo popular y bravío, que me hechizo contemplando cómo esas manitas de nácar tejen encaje tan sutil.

Pepa Ruiz. ¿De verdá?

Don Baltasar. Me parecen dos mariposas que andan por la nieve, y van dejando tras de sí las delicadas huellas de sus patitas.

Pepa Ruiz. ¡Ay, pero qué cosas tan presiosas se le ocurren á usté!

Don Baltasar. Viendo cosas bonitas, no se pueden ocurrir cosas feas.

Pepa Ruiz. Haciendo que se turba. ¡Jesús, qué galante! ..

Don Julio. Tus cochinos con la viruela, niña.

Pepa Ruiz. ¡Ay, tito, déjame de cochinos ahora!

Don Julio. Por mí, ya ves; poco me da que se mueran todos.

Se oye en el patio el cascabel del perro de POLANCO. Don Baltasar lanza hacia la puerta una mirada que equivale á un aparte.

Don Baltasar. ¿Oye usted, Pepa?

Pepa Ruiz. ¿Er cascabelito de *Veneno?*

Don Baltasar. Ya tenemos ahí á Polanco. Miran los dos hacia la puerta, esperando verlo llegar. Hablan á media voz. Ese sí que es un partido que le conviene á usted. La fábrica de harinas sube como la espuma.

Pepa Ruiz. Y ér va siempre como si se hubiera revorcado por la fábrica. Parese que lo van á freí.

Don Baltasar. Pero, ¿qué hace ya que no entra?

Pepa Ruiz. ¿Habrá venido er perro solo?

Don Baltasar. ¡Ojalá!

Oyese en la cocina gran algazara. Pepa y don Baltasar miran hacia el torno.

Pepa Ruiz. ¡Jesús! ¿Qué pasa en la cosina?

Don Baltasar. Levantándose incomodado. ¡Por vida del...

Polanco. Abriendo el torno desde dentro y asomando la cabeza por él. Hola: ¿qué hay?

Pepa Ruiz. ¡Digo!

Don Baltasar. ¡Pero, hombre! ¿Qué haces ahí? Vente aquí con nosotros.

Polanco. ¡En seguida!

Don Baltasar. Deja á los criados comer tranquilos.

Polanco. Si han acabado ya. ¡Ahora les estoy contando cuentos verdes! ¡Je, je!

Pepa Ruiz. Con mucho susto. ¿Les está usté contando cuentos verdes?

Polanco. Sí, señora: todos los que usted me ha contado á mí.

Pepa Ruiz. ¡Ay, por Dios! ¡No sea uste animá! ¡Er demonio del hombre!

Polanco ríe á carcajadas.

Don Baltasar. Pero, ¿desde cuándo estás ahí?

Polanco. ¡Anda! Desde el principio de la comida, casi.

Pepa Ruiz. Nos ha engañado er perro entonses.

Don Baltasar. Bueno, pues vente, vente; que ya sabes cuánto me enoja ese linaje de confianzas.

Polanco. Haciendo burla de su amigo. ¡Oh! ¡oh! ¡qué atrocidad! ¡Cuánto te enoja! ¡oh! ¡oh! ¡Cuidado, Baltasar, que eres tonto!

Don Baltasar. Y cuidado, Perico, que eres indiscreto é impertinente.

Polanco. Mira, no quiero incomodarme. Adiós.

Don Baltasar. Pero escucha...

Polanco. No quiero incomodarme, hombre; no quiero incomodarme. Se retira del torno y lo cierra.

Pepa Ruiz, mientras tanto, ha dejado su labor, ha colocado el mundillo sobre un mueble y ha hecho levantar á don Julio dispuesta á marcharse.

Don Baltasar. ¡Pues, señor, está bien! Le aseguro á usted, Pepa... Pero, ¿qué es eso? ¿Ya se van ustedes?

Don Julio. Sí; ya nos vamos, sí.

Pepa Ruiz. Quiero yegarme á casa de mi prima. Hase días que anda un poco malucha...

Don Baltasar. Entonces nada arguyo... Oyense en la cocina nueva algazara y grandes risas. Don Baltasar se vuelta y aprieta los dientes y los puños mirando hacia allá. Digo, ¿eh?

Pepa Ruiz. Con Dios, vesino.

Don Baltasar. Adiós, amiga Pepa.

Don Julio. Quede usted con Dios, don Baltasar.

Don Baltasar. Adiós, mi buen don Julio.

Pepa Ruiz. Hasta mañanita. Deteniéndolo. No sarga usté... Con las de Caín. ¿Teme usté que me yeve argo de esta casa?

Don Baltasar. Llévese lo que quiera.

Pepa Ruiz. ¿Lo que quiera?... No me va usté á dejá. Pero le tomo la palabra.

Don Baltasar. Adiós; adiós... Pepa se va por la puerta del foro con su tío. Don Baltasar permanece en ella viéndolos irse, hasta que se supone que pasan la cancela. Hace entonces una extremada cortesía, é inmediatamente corre hacia el torno y pega en él la oreja rabioso de curiosidad y mortificado por el incipiente hormigueo de los celos. Este hombre... no sé con qué derecho... Nervioso y desasosegado. Yo no debo tolerar en mi casa... ¿De cuándo acá se ha visto?... ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... No oigo bien... Suenan otra vez en la cocina risotadas y gritos. ¿Le parece á usted el escándalo? Llamando con los nudillos en el torno y dando voces. ¡Perico! ¡Perico! Se redobla el barullo. ¡Perico! Sale al patio gritando. ¡Perico! ¿No oyes que te llamo? Vuelve al comedor. ¡Pues, hombre!... ¡Pues estaría precioso!... ¡Le digo á usted que estaría precioso!

Llega POLANCO por la puerta del foro, con mucha calma.

Polanco. ¿Qué tripa se te ha roto, Baltasar?

Don Baltasar. Tripa, ninguna.

Polanco. Entonces, ¿para qué me llamas con esas voces?

Don Baltasar. ¡Para preguntarte si has creído que estás en una casa decente ó en un burdel!

Polanco. ¡Baltasar!

Don Baltasar. ¡Calla! ¡Para preguntarte si allá en tu tierra es uso y costumbre prescindir de los señores de la casa y de sus amigos, y colarse en la cocina de rondón á animar la tertulia de los criados!

Polanco. ¡Baltasar!

Don Baltasar. ¡Calla! ¡Para decirte si crees tú que está bien que en mis propias barbas cortejes de amor á una doncella que vive bajo mi techo y vigilancia, con la confianza absoluta de sus padres!

Polanco. *¡Veneno!*

Don Baltasar. ¿A qué llamas al perro ahora?

Polanco. Porque me voy.

Don Baltasar. ¡Qué has de irte!

Polanco. ¡Vaya si me voy! *¡Veneno!* Pero no será sin que me oigas, como yo á ti.

Don Baltasar. Habla, que no me arredro.

Polanco. Baltasar, eres el más ingrato de los amigos. ¿De manera que un afecto como el que yo te guardo, firme, leal, noblote, sin repliegues, lo pagas tú con una escandalosa semejante? ¡Está bien, hombre, está bien! ¿Es decir que un amigo del alma tuyo, cuya vida está á tu disposición cuando te haga falta, no puede pellizcar á tu fregona?

Don Baltasar. ¡Claro que no! ¡Y mucho menos en mi casa!

Polanco. ¡Bonito modo de entender la amistad! *¡Veneno!*

Don Baltasar. ¡Y dale con *Veneno!*

Polanco. Te confieso que me he llevado chasco. Yo pensé que tú tendrías en más estima la delicadeza de mis sentimientos; el eco que en mi alma encuentra la

tuya; la consideración de que yo soy la única persona de la ciudad que escucha tus madrigales sin dormirse.

Don Baltasar. ¿Es que vas á añadir la burla al abuso?

Polanco. ¡Es que las verdades escuecen! *¡Veneno!* ¿En dónde está *Veneno?*

Don Baltasar. ¡Estará en mi cama, por variar!

Polanco. Ah, ¿también te molesta que el animalito se acueste en tu cama?

Don Baltasar. ¡Naturalmente!

Polanco. ¡Tú me dirás, entonces, para qué soy tu amigo!

Don Baltasar. ¡Para achicharrarme la sangre! ¡Nada más!

Polanco. Está bien, está bien... La ingratitud es la esposa natural del hombre... Me voy; no lo digo más. Me voy, me voy; es lo mejor. Y con muy mal sabor de boca.

Don Baltasar. Peor me lo dejas á mí.

Polanco. Adiós, Baltasar. No sé si volveré.

Don Baltasar. Adiós, Perico. Sé que vuelves.

Polanco. *¡Veneno!* Vase por la puerta del foro hacia la derecha, silbando. A poco se oye el cascabel del animalito.

Don Baltasar. Paseándose agitadísimo. Lo pongo á raya... lo pongo á raya... Soy tolerante, pero no quiero que se burlen de mí. Tocando con los nudillos en el torno. ¡Vamos! ¡A dar la lección! ¿Habeis oído? ¡Basta ya de retozo! Ahora tengo que estar doblemente enérgico, para borrar el mal efecto de las liviandades de ese majagranzas.

Sale ROMANA con LEONOR, por la puerta del foro.

Romana. Señorito.

Don Baltasar. Hola.

Romana. Esta...

Don Baltasar. ¿Qué?

Leonor. Na, señorito; que yo quisiera que usté me dispensase de dá la lesión.

Don Baltasar. ¿A qué santo?

Leonor. Sabe usté que desde esta tarde no estoy güena: pa mí que me va á dá calentura, señorito.

Don Baltasar. Como la otra noche, ¿verdad?

Leonor. Sí, señó.

Don Baltasar. Pues bien; pase por esta, pero procura en lo sucesivo que no coincida el recargo con la hora de pelar la pava.

Leonor. Señorito, si es que usté se figura.

Don Baltasar. Ni una palabra más.

Leonor. Ea, pos güenas noches.

Romana. Adiós.

Don Baltasar. Buenas noches... y *que te alivies.*

Leonor. Yéndose. Muchas grasias.

Romana. Toa la calentura de esa es er novio, ¿sabe usté?

Don Baltasar. Lo sé: ¿me supones tan lerdo como para no dar en el hito? Sálese al patinillo, en busca de más dilatado espacio para sus excitados nervios.

Romana. ¡Ay, Dios mío, cómo está esta noche!... Y lo ha puesto así ese sinvergonsón de Polanco. Se sienta á la mesa y se cruza de brazos, segura de que nada tiene que hacer. Llegan ANDRESILLO y ENCARNA por la puerta del foro, soñolientos, bostezando mucho y con poquísimas ganas de leer y escribir.

Andresillo. ¡Miste que un hombre que se ha yevao to er día bregando en la cuadra y en la cochera, tené que vení á estas horas á escribí de los moros y de los cristianos!

Encarna. Dímelo á mí, que me vi á queá cuajá en los palotes. No veo de zueño.

Andresillo. ¡Qué afán de que se istruya uno! Como dirigiéndose á don Baltasar. ¡Er día que sepa yo más que Salomón y se me esboquen los cabayos por la cuestesiya e Torreblanca, vas á echá güen pelo!

Romana. Cayarse ya y ponerse á escribí. Cuanto antes, mejó.

Encarna. No, zi á mí me gusta que me enzeñen; zino que esta noche me piya mu canzá. Dame mi carpeta, Andreziyo.

Andresillo. Cógela tú si quieres, que te vas gorviendo mu señorita.

Encarna. Y tú mu fino.

Ponen sobre la mesa sus carpetas, tinteros, varias plumas y las cartillas y los libros de la lección diaria. En seguida se sientan y se disponen á escribir.

Andresillo. ¿Por qué no empesaría er mundo er miércoles pasao?

Encarna. ¿Pa qué, hombre?

Andresillo. Pa que no hubiera Historia'España.

Encarna. Esta noche va á habé que pedirle que nos lea zus verzos. Azín ér ze emboba y nos deja dormí.

Romana. ¡Schssss! Cayarse, que viene.

Al sentir al señor, Andresillo empieza á escribir copiando de un libro y Encarna á hacer palotes con ayuda de todos los músculos de la cara.

Don Baltasar. ¿Se trabaja, eh? Eso me gusta.

Encarna. Mostrandole su plana á don Baltasar. Miste, zeñó.

Don Baltasar. ¿Cuáles son los de hoy?

Encarna. Ezos tres de la esquina y este medio.

Don Baltasar. Torcidillos salen todavía .. Tienes que domar ese pulso.

Encarna. A purzo no me gana usté.

Don Baltasar. Ni á pulso ni á nada; pero aquí no se trata de fuerza, sino de educación. Sigue. Encarna obedece. Don Baltasar la observa encantado. Luego bromea. Encarnilla, ¿has comido mal?

Encarna. Tan bien como tos los días, zeñorito.

Don Baltasar. ¿Entonces por qué te comes los palotes?

Encarna. Soltando la risa. ¡No ze divierta usté conmigo! Zi no me ayúo con la cara me zalen peó...

Don Baltasar. Peor es imposible. Dame acá, mujer, que te guíe yo la mano.

Encarna. Ande usté. Gulada en efecto por su maestro y señor, hace casi perfectamente varios palotes. ¡Huy, qué bien zalen!...

Don Baltasar. ¿Ves? Así... así... así...

Encarna. No me apriete usté mucho, que este ha zalío más gordo.

Don Baltasar. Suspendiendo la tarea un sí es no es acalorado. Continúa tú. La observa otra vez. ¿Vuelta á los mohines?

Encarna. ¡Zi no pueo remediarlo, zeñorito!

Don Baltasar. ¡Pues haz un esfuerzo! Cierra bien la boca y escribe.

Encarna. Vamos á vé zi zé... Hace cuatro ó cinco palotes sacando los morritos y se pone preciosa. Don Baltasar la contempla embobado. Ella lo mira de repente y él, con cierta vergüenza, cambia como por resorte de expresión y disimula hablando con Andresillo.

Don Baltasar. ¿Y tú, cómo llevas tu plana?

Andresillo. Místela.

Don Baltasar. ¡Amigo! ¡amigo! Adelantas por manera notable. ¡Pero fíjate más en la ortografía!

Andresillo. Es que tengo sueño esta noche.

Don Baltasar. No es disculpa esa. Boabdil no se escribe *Voavdil,* sino Boabdil.

Andresillo. En no apretando ar pronunsiá, ya está bien escrito.

Don Baltasar. Salidas donosas no le faltarán á tu ingenio.

Encarna. Entusiasmada. ¡Viva er lujo y quien lo trujo! ¡Vaya un palote!

Don Baltasar. Reparando en Romana, que duerme como un ángel. La pobre Romana se ha dormido...

Encarna. Como nos hemos puesto más tarde...

Don Baltasar. Sí; que yo he comido á las tantas... ¿Os parece bien que leamos un ratillo y lo dejemos para que descanseis?

Andresillo. A mí me paese superió.

Encarna. No dirá usté otra coza tan güena.

Don Baltasar. Pues anda, Andrés: en tu mismo libro de Historia: lee dos párrafos al azar.

Encarna. No, zeñorito; léanos usté zus verzos esta noche.

Andresillo. Sí, sí; los versos de usté nos gustan mucho más que la Historia.

Don Baltasar. Con íntima satisfacción. ¿Más que la Historia?

Encarna. Mucho más, zeñorito.

Don Baltasar. ¿No me lo decís por halagarme?

Encarna. ¡Por la zalú e mi madre que no!

Don Baltasar. Basta. Sea como quereis. Ningún poeta sabe negarse á decir sus versos. Coge de la anaquelería un tomo chiquitín encuadernado en pergamino, y de pie, cerca de la mesa, se pone á leer como si estuviera esculpiendo Me herís por el flaco: tengo acendrado amor á mis madrigales. Oid primero este, á la manera de Cetina.

Encarna. Perpleja. ¿De Cetina, verdá?

Mientras lee don Baltasar como queda dicho, Andresillo deja llegar el sueño á sus ojos y Encarna, con una de las plumas, se entretiene en hacerle á Romana cosquillas en la punta de la nariz. Romana, entre sueños, cree que se trata de una mosca y se la sacude á manotazos. Esto le produce á Encarna gran risa, que sofoca á duras penas para que no la advierta su señor.

Don Baltasar.

Palpitando de amor el níveo seno,
se miraba mi ninfa á su albedrío
en el cristal sereno
que alegre cruza el pradecillo ameno.
Y al ver las florecillas
que pintó Primavera en las orillas
la imagen bella que copiaba el río,
de tan raros encantos codiciosas

lloraban envidiosas,
vertiendo limpias perlas de rocío.
El Céfiro pasó cantando amores;
y al contemplar atento
el lastimero llanto de las flores,
rizando el agua con su leve aliento,
de la beldad divina
presto borró la imagen peregrina.

Encarna. Mu graciozo.

Don Baltasar. Pues oye este otro, que me ensalzó en extremo un gran poeta sevillano:

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa...

Encarna, viendo dormido á Andresillo, le mete por la boca, hasta la campanilla, la pluma de marras, haciéndolo despertar medio ahogado. La lectura, naturalmente, se interrumpe.

Andresillo. ¡Ah!

Don Baltasar. ¿Qué es eso?

Encarna. Riéndose. Na, zeñorito; que este...

Andresillo. ¡Diga usté que ha sío esta!...

Don Baltasar. Ni digo, ni dejo de decir. Si lo echais á chacota, cierro el libro.

Encarna. No, no...

Andresillo. No...

Encarna. Ziga usté, que atendemos. Se sienta en una mecedora.

Uno y otra se esfuerzan en vano por atender. A los pocos versos Andresillo vuelve á dormir y Encarna se contagia.

Don Baltasar.

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa,
y no encuentra mi pobre pensamiento

palabras que te digan lo que siento:
y en lucha el corazon y la cabeza,
crece al par que mi anhelo mi torpeza.
Mas ya, Filis divina,
que eres de ello la causa peregrina,
si curiosa siquiera
quieres saber mi cuita verdadera,
ó si á lástima al menos te provoca
este callado amor, este embeleso,
deja que bese tu purpúrea boca...
y aprende bien cuanto te diga el beso.

Mira al concurso, para ver el efecto causado, y al encontrar el sueño en lugar de la admiración, se queda de una pieza. No obstante, la herida de su amor propio se cicatriza pronto. La visión de Encarna dormida, con la hermosa cabeza hacia atrás, entreabierta la boca, palpitante el seno y los brazos caídos, lo transporta á otro mundo.

¿Eh?... ¡Pobre gente!... Rendidos por la labor del dia. **Fijándose en Encarna.** Mas ¿qué hermosura es esta que á mi vista se ofrece?... Salgo de un madrigal para entrar en otro... A fe que no valdrían lo que tú, zagala imponderable, aquella Amarilis de Títiro... aquella Aminta de Menalcas... ¡Jesús!... ¿Qué pasa por mí?... ¿Qué vergüenza es esta?... **Silencio.** Me enciendes... y me hielas á la vez... Mientras más lejos quisiera mirarme de ti... más cerca me veo... **Aproximándose á Encarna, atraído por la admiración y el amor.** ¡Qué dulce movimiento el de su seno virginal!... ¡Qué frescura la de su boca!... **Con voz trémula.** ¿Romana?... Duerme ha rato... ¿Andrés?... ¿Andresillo?... También duerme Andresillo... Y yo tiemblo... tiemblo ante esta idea... que llena mi ser... ¿Soy un malandrín ó un enamorado?... ¿Encarna?... ¿Encarna?... Nada... ni un eco...

La picó, sacó miel, fuése volando...

Acerca su rostro al de Encarna para darle un beso. En el estantillo resbala un retrato y cae al suelo con ruido. Don Baltasar se estremece todo, se aparta de Encarna y trata de inquirir con los ojos la causa de aquel. Mudo de espanto ve al fin en el suelo el retrato de la que fué su esposa, y exclama lleno de angustia y de vergüenza. ¡Ah!... ¡El retrato de Aurora!... ¡Jesús María! Pálido y tembloroso lo recoge del suelo y va á colocarlo donde estaba. Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la mañana. Han pasado dos meses.

DON BALTASAR está sentado en su sillón. ENCARNA, en una silla á su lado. Viste un traje entre su merced y señoría, corbata de gasa y delantal blanco de peto. A la cintura lleva una cadenilla ó una cinta de la cual pende un llavero con llaves diversas. En la mano tiene unas tijeras de uñas

Don Baltasar. Después de mirarse detenidamente las uñas de ambas manos y presentándole á Encarna la derecha. Redondéame un poquito esta del meñique, que encuentro menos roma que su compañera de la otra mano.

Encarna. Obedeciéndolo. ¡Jezús qué vista tiene usté! Es usté capá de verle las pestañas á un mosquito.—¿Azí?...

Don Baltasar. Remedándola. *Azí*... como tú dices. Tres meses poco más hace que te trato, y ya se me va pegando tu gracioso ceceo.

Encarna. A mí también ze me han pegao argunas cozas...

Don Baltasar. ¿Mías?

Encarna. De usté, zeñorito.

Don Baltasar. Suplicante. ¡Señorito, no! ¡Prefiero un don Baltasar como una casa!

Encarna. No ponga usté loz ojos azín, que me da tentación de riza.

Don Baltasar. ¡Picaruela!...

Encarna. Vamos á vé zi quea más que recortá. Ze cuida usté las manos como una monja.

Don Baltasar. Ahora, Filis, tu labor es perfecta.

Encarna. Encarna me yamo. A mí no me ponga usté ningún mar nombre.

Don Baltasar. No lo es ciertamente el de Filis. Y aún te reservo otro más dulce.

Encarna. ¿Cuá?

Don Baltasar. Otro: ya te lo diré.

Encarna. ¿Cuándo?

Don Baltasar. Cuando me autorice tu confianza; cuando dejes de ver en mí completamente al amo y señor, para ver tan sólo al amigo... al amigo galante, que no me atrevo á decir al galán.

Encarna. Pos atrévaze usté... Las cozas, por zu nombre. La vereíta no pué zé más derecha... Y me paece que ningún perro le ha ladrao á usté toavía.

Don Baltasar. ¿Y qué hay al final de la *vereíta?*

Encarna. Ezo... usté lo zabe mejón que yo. Ningún camino güeno yeva á ninguna parte mala.

Don Baltasar. Cogiéndole con pasión una mano. Dices bien, zagalilla mía.

Encarna. Retirándola. ¡Zuerte usté!

Don Baltasar. ¡Si no nos ve nadie!

Encarna. Por ezo.

Don Baltasar. Si este es el principio de la veredita...

Encarna. No, zeñó... que eze es er finá. Después de ezo ya to es cuesta abajo.

Don Baltasar. Pero, ¿quién te ha enseñado á ti tales cosas, muchacha?

Encarna. Eza cencia nace con una; no es como la lertura y la escritura que enzeña usté. Pa lo que está bien y lo que está má no jace farta maestro.

Don Baltasar. Admiro tu ingenio, tanto como deploro tu esquivez. ¿Por qué eres tan arisquilla conmigo?

Encarna. ¿Arisca yo?

Don Baltasar. Arisca, no; arisquilla. Y hasta ingrata, si me apuras mucho.

Encarna. Ezo lo dice usté porque quiere: zin razón pa decirlo. Usté ha estao malo días atrás, y creo yo que no me he portao como ninguna fiera dañina... No es que yo me alabe...

Don Baltasar. Dulce fué tu trato, en verdad. Tan dulce... que hubiera querido seguir enfermo eternamente.

Encarna. ¡Jezús, y qué ponderativo!

Don Baltasar. Trátame ahora como entonces, enfermera mía.

Encarna. ¿Pa qué? ¿Pa que la gente que es mu mala ze figure lo que no hay? ¿Pa que vengan cartas zin firma poniéndome como los trapos?

Don Baltasar. No hables de eso ahora, ni te preocupes de tales insultos. Mi caballerosidad y tu honradez nos escudan de todo. Responde á mi ruego.

Encarna. Zi ya está usté curao...

Don Baltasar De la fiebre, sí; pero me hallo más malito que nunca.

Encarna. ¿De qué?

Don Baltasar. Apasionado. De sed.

Encarna. Pos beba usté agua fresca.

Don Baltasar. ¿Ves si eres ingrata? No es agua lo que anhelan mis labios: es miel.

Encarna. La miel es mu ardiente.

Don Baltasar. La de tu boca, no.

Encarna. ¡Zeñorito!

Don Baltasar. ¿Así me llamas todavía?

Encarna. Pero zi dice usté unas cozas de pronto...

Don Baltasar. ¡Usted! ¡usted!... ¿Cuándo no te escucharán mis oídos esa palabra?

Encarna. En cuanto usté lo mande...

Don Baltasar ¿Cómo mandar? ¿Ves tú?... Aquí no hay más voluntad que tu capricho: aquí el siervo soy yo. ¡Ah! ¡bien claro me dicen tus razones que sólo te inspiro un respeto enojoso... un afecto frío... muy lejos de ser como este que mi sangre caldea!...

Encarna. ¿Usté qué zabe?

Don Baltasar Con viva emoción. ¿Has dicho «usted qué sabe?» ¡Ven acá!...

Encarna. ¡Quieto!

ROMANA asoma á la puerta del foro y hace gestos de indignación y disgusto al ver lo que ve. Después avanza un poco y se dirige á Encarna.

Romana. Joven...

Encarna. Encarnación me yamo.

Romana. ¿Y qué más da?... Er vinagre se ha concluío.

Encarna. ¿Er vinagre?

Romana. Er vinagre. En la cosina, por supuesto: en la despensa hay mucho.

Encarna. ¡Jezús, y qué fuertes van á zalí las cozas!

Romana. Pos, hija, yo no me lo bebo: no tengo ganas de ponerme amariya. Colorá ya me pongo argunas veses sin ganas.

Don Baltasar. ¿Qué?

Romana. Que colorá ya me pongo argunas veses, señorito.

Don Baltasar. Picado. Lo celebro: eso prueba salud.

Encarna. Güeno; vamos por er vinagre.

Romana. Vamos ayá.

Se levanta Encarna y se van las dos por la puerta del foro: Encarna buscando una llave entre todas; Romana silenciosa y triste.

Se oye hacia el patinillo el cascabel del perro de Polanco.

Don Baltasar. Esa mujer... amparada en sus canas... ¡Bueno va! Polanco por añadidura.

Llega POLANCO por la puerta del patinillo.

Polanco. Quieto ahí, *Veneno*. Baltasar, Dios te guarde.

Don Baltasar. Buenos días, Perico.

Polanco. ¿Estás solo?

Don Baltasar. Toda la mañana.

Polanco. Sentándose en la silla que ocupaba Encarna y levantándose en seguida. Pues aquí no había un muerto Esta silla echa bombas.

Don Baltasar. Desconcertado. ¡Ah... sí!... Como que ha estado ahí un buen rato... el hijo del aperador de *Pinatares*...

Polanco. Con retintín. ¿El hijo... del aperador... de *Pinatares?*

Don Baltasar. Sí, hombre, sí. ¿Lo dudas?

Polanco. Lo niego.

Don Baltasar. ¡Perico!

Polanco. No te alteres. Aguarda. Se encamina al foro y cierra la puerta.

Don Baltasar. ¿Qué haces?

Polanco. Ya lo ves. Encarándose con su amigo, revestido de gran seriedad. Baltasar...

Don Baltasar ¿Qué quieres?

Polanco. ¿Te encuentras enteramente bien de tus pasados males?

Don Baltasar. ¡Pero si aquello no fué nada!... ¿A qué viene ahora?...

Polanco. ¿No ha vuelto á dolerte la cabeza... ni el hígado...?

Don Baltasar. ¡No!

Polanco. ¿De manera que estás fuerte del todo?

Don Baltasar. Del todo.

Polanco. ¿Es decir, que se te puede dar un disgusto?

Don Baltasar. ¡Hombre! ¡Eso no!

Polanco. Pues yo vengo á dártelo.

Don Baltasar. Será si yo te dejo.

Polanco. Aunque no me dejes: es igual. Si la amis-

tad no sirve para dar los disgustos á tiempo, ¿para qué sirve entonces?

Don Baltasar. ¡Bah! Siempre han de ser tus cosas...

Polanco. Poco á poco. Cierra la puerta del patinillo, echándole antes al perro un terrón de azúcar que saca del bolsillo, y vuelve. Baltasar: *vox populi, vox Dei*: la voz del pueblo dice que estás en amoríos con una fregona de tu casa.

Don Baltasar. Blanco de cólera. ¿Qué?

Polanco. Lo dice el pueblo, y lo afirmo yo.

Don Baltasar. ¡Pues ni hay fregonas en mi casa, ni yo tengo amoríos con nadie, ni tu amistad, con todos sus fueros, te autoriza para ofenderme así!

Polanco. ¡Hola! El que se pica, ajos come.

Don Baltasar. ¡Los comerás tú, que debes de tenerlos por alimento natural desde que naciste!

Polanco. Mira, Baltasar, menos desplantes y vamos claros: esa mujer—y ya sabes tú qué mujer digo—te ha trastornado el seso, te ha puesto una venda en los ojos, te ha vuelto idiota... El pueblo entero censura tu conducta; tus amigos se burlan de ti; no hay señora que quiera pisar esta casa... La misma Pepa Ruiz, amiga de siempre, está retraída; y si vengo yo á todas horas es porque no lo puedo remediar... porque te me has metido en el alma, ¡jinojo!

Don Baltasar. ¿Y qué caso tengo de hacer yo de las calumnias de un pueblo hipócrita y ruin, que no se ocupa más que de la vida ajena, porque le asusta pensar en la propia?

Polanco. ¿Ves? ¿Ves cómo estás loco?

Don Baltasar. ¡Soy yo más caballero que todos esos que me ponen en la picota! ¡El que no quiera venir á mi casa, que no venga; y eso irá ganando mi casa!

Polanco. ¿Ves como has perdido el juicio?

Don Baltasar. ¿Pero eres tú, tú, el que se escandaliza so capa de moralidad?

Polanco. Yo: yo mismo.

Don Baltasar. ¿Tú, el Tenorio de cocinas y corrales, el salteador de fogones?

Polanco. Yo: yo mismo. ¿Crees que con esa acusación estoy aplastado? ¡Pues te equivocas! A mí me gustan las criadas hasta perecer...

Don Baltasar. ¡Y tanto!

Polanco. Pero yo...

Don Baltasar. Pero tú...

Polanco. ¿Me dejas que hable?

Don Baltasar. ¿Para qué, si no has de confesar el móvil que te hace hablar así? ¡Bajo esa máscara hipócrita de tu amistad, lo que hay en este caso es una intención bastarda y egoista!

Polanco. Enterneciéndose. No, Baltasar; eso de ninguna manera. Por ese aro se resiste á pasar tu fiel Perico. ¡La pasión te trastorna! ¡Los celos te ciegan! ¡Jinojo! Yo seré chinche, yo seré molesto, yo te llevaré la contraria muchas veces, yo vendré siempre hecho un Adán, yo no podré soportar á Horacio, tú odiarás al pobre *Veneno*... que está ahí fuera escuchándolo todo... pero otra cosa no... ¡otra cosa no, Baltasar! Tan leal es el perro como el amo, el amo como el perro... y nunca pensé que en tu obcecación llegaras al punto de dudar de una verdad como esta. Termina sollozando.

Don Baltasar. ¿Lacrimoso te pones después de haber querido meter el infierno en mi alma?

Polanco. Yo no he querido más que cumplir con un deber de amigo; hacerte ver que estás en el ridículo más lamentable... y á dos dedos de la mayor vergüenza.

Don Baltasar. ¿Vergüenza has dicho? ¡Cállate, ó no respondo de mi cólera!

Polanco. Debiera callarme, después del agravio que he recibido de ti; pero Polanco no se calla así como quiera. He dicho vergüenza y lo sostengo. Pues qué, ¿no lo es grande que una fregona vaya á suplantar...?

Don Baltasar. Asiéndolo violentamente. ¡Calla ó te ahogo!

Polanco. Logrando desasirse ¿Qué?

Don Baltasar. ¡Vete de mi casa ahora mismo!

Polanco. ¿Me echas?

Don Baltasar. ¡Te echo!

Polanco. Enterneciéndose otra vez. ¿Que me echas dices?

Don Baltasar. ¡Dicho está! ¡Vete!

Polanco. No lo repitas; ya me voy... Me voy herido en lo más hondo de mi corazón, pero tranquilo en mi conciencia... Llorando. Tú te arrepentirás de haberme arrojado de tu casa...

Don Baltasar. ¡De eso, nunca!

Polanco. Bien está... bien está... no eches leña al fuego... Embárcate con esa prójima en buen hora... que quizás algún día .. algún día... Vaya, no puedo hablar. Abre la puerta del patinillo, y como dirigiéndose al perro dice: *Veneno,* vámonos... que nos arrojan de esta casa... Se va, en efecto, acompañado de la música del cascabelito, que se pierde en la distancia para siempre.

Don Baltasar. Paseándose como fiera enjaulada, en todas direcciones. ¡Mentecato atrevido!... ¿Quién es él para...? ¡Ni él ni nadie!... ¿Me han de gobernar á su antojo?... ¡Gentecilla rutinaria y necia!... Sale ANDRESILLO por la puerta del foro, corriendo hacia la del patinillo, con un cencerro grande en la mano. Va riéndose y pasa sin ver al señor. Este lo detiene. ¿Adónde vas tú?

Andresillo. Usté dispense, señorito: no había reparao...

Don Baltasar. ¿Qué llevas ahí?

Andresillo. Riéndose. Místelo: un senserro.

Don Baltasar. ¿Un cencerro?

Andresillo. Vengo de enseñárselo á Leonó, que tiene dispuesto pa lo mismo un latón de petróleo. ¡Güena se la preparamos á la viuda!

Don Baltasar. ¿Cómo?

Andresillo. A la viuda de la tienda, que se casa luego y le vamos á amenisá la noche e novios. Suena el cencerro.

Don Baltasar. Estallando. ¿Sí, eh? ¡Pues yo prohibo terminantemente á toda la servidumbre de mi casa, so pena de quedar despedida *ipso facto*, que tome parte alguna en broma tan grosera y vituperable!

Andresillo. Desalentado y triste. Señorito... si va á dí to er pueblo.

Don Baltasar. Razón de más para que no vayais vosotros. El pueblo es inculto y soez.

Andresillo. Pos á la senserrá der tío Lucas nos dejó usté dí... y á usté le jiso mucha grasia.

Don Baltasar. Furioso. ¡Pues he cambiado radicalmente de criterio! ¡Y basta: que no tengo para qué discutir con mis lacayos!

Andresillo. Güeno está; pero ¿qué me jago yo con er senserro después de comprao?

Don Baltasar. ¡Te lo pones!

Andresillo. Entre dientes. ¡Mardito sea er demonio!...

Don Baltasar. ¡Y menos murmurar! Sigue tu camino.

Andresillo. Está bien, señó. Lo guardaré por si con er tiempo se tersia otra... Vase por la puerta del patinillo, resignado al parecer y sonando el cencerro intencionadamente.

Don Baltasar. ¿Qué ha dicho?

Sale ROMANA por la puerta del foro, cabizbaja y emocionada.

Romana ¿Da usté su lisensia, señorito?

Don Baltasar. Adelante, Romana. ¿Qué quieres?

Romana. Yo quería hablá con usté de una cosa...

Don Baltasar. Si no es ninguna impertinencia, puedes hablar; que no parece sino que todos se han propuesto hoy encenderme la cólera.

Romana. Pos verá usté, don Bartasá... Er caso es que usté va á desirme...

Don Baltasar. Sepamos primero lo que vas á decirme tú.

Romana. No se incomode usté conmigo, señó; que poco tiempo le quea de aguantá mis chocheses.

Don Baltasar. ¿Qué significa ese lenguaje?

Romana. Na... sino que como ya soy vieja... ¿sabe usté?... er trabajo me cansa... y no estoy pa er trajín de una casa tan grande como esta...

Don Baltasar. Atendiendo precisamente á eso mismo, te he relevado en ella de algunas funciones.

Romana. Ya lo sé... y le estoy muy agradesía... Pero es que también hago farta en mi casa... Más que acá... Mi hija Consuelo ha empesao á echá chiquiyos ar mundo... y se ve sola en su solo cabo pa bregá con tos... De mo y manera, señorito, que si usté me lo permite... yo he pensao de dirme con eya.

Don Baltasar. ¿Pero no pueden ser compatibles el auxilio que á tu hija le prestes y la permanencia en mi servicio?

Romana. No, señó, no, señó... Y que ya se me ha puesto en la cabesa dirme con mi Consuelo, y los viejos somos como los chiquiyos de caprichosos...

Don Baltasar. Por capricho, más bien que por razón, me inclino á pasarlo...

Romana Mírelo usté por er lao que quiera, señorito... Y dispénseme usté que sea tan clara... pero me voy... me voy...

Don Baltasar. Basta, pues. Es una determinación que lamento con toda mi alma; no sólo porque tus servicios me son necesarios...

Romana Mis servisios no valen pa na...

Don Baltasar. No me interrumpas. No sólo—decía—porque tus servicios me son necesarios, sino además porque tengo presente que casi casi has nacido aquí.

Romana. Con amargura, sin poder reprimir su protesta. Por eso mismo no pueo vé siertas cosas...

Don Baltasar. Colérico. ¿Qué?

Romana. Que usté comprende mejó que yo puea desírsela la rasón de mi despedía... y que vale más que eche un punto á mi boca. Conque vamos á cayarnos, señó, que sin hablá nos entendemos.

Don Baltasar. ¡Voto va! ¿Hase visto reticencia más procaz ni más intolerable osadía?

Romana. Llorando. Señorito, á usté lo han hechisao... á usté le han hecho mar de ojo...

Don Baltasar. ¡A mí me han hecho!... ¡á mí me han hecho!... ¡No te consiento que me juzgues! ¡Y ten en cuenta que sólo tus cabellos blancos y tu representación en mi casa, son capaces de contener mi enojo!

Sale LEONOR tambien por la puerta del foro.

Leonor. Señorito.

Don Baltasar. ¿Otra?

Leonor. Mirándolo asustada. La señorita Pepa Ruiz lo espera á usté en la sala.

Don Baltasar. ¿A mí?

Leonor. Eso me ha dicho.

Don Baltasar. ¡Pues á fe que no tengo los nervios para otra cosa! ¡Será menester toda mi prudencia y mi cortesía para no cometer con ella un desafuero, si viene á hablarme también de lo que ya presumo! Se encamina hacia el foro, y en la misma puerta se vuelve y se encara con Romana de nuevo. ¡Ah, tú, Romana! Puesto que en tu voluntad, ó en tu capricho, ó en tu chochez está el marcharte de mi casa, mucho me guardaré de retenerte en ella. ¡Abiertas están sus puertas para ti, como para cualquiera de mis servidores ó amigos que no respire entre sus muros á todo su talante y satisfacción! Vase de estampia.

Leonor. ¿Se va usté, Romana?

Romana. Ya lo ves, hija. Ioriqueando. Me he despedío, porque yo comprendo que estorbo; y me deja dí... porque ér se hase cargo también.

Leonor. Pos sí que lo siento. No vi yo á sabé manejarme sin usté á mi lao.

Romana. Ya te irás acostumbrando á la otra.

Leonor. Pero no yore usté, Romana...

Romana. ¿Y qué vi á hasé sino yorá? ¡Se me agorpan tantas cosas en la cabesa!...

Aparece ANDRESILLO por la puerta del patinillo, con cierta cómica precaución.

Andresillo. ¿Anda por ahí er loco?

Leonor. Escucha, Andresiyo: ¿sabes que Romana se va?

Andresillo. ¿Que se va usté, Romana?

Leonor. ¿No la ves yorando?

Andresillo. ¿A que va á habé que amarrá á ese hombre?

Romana. ¿Tú te crees que pueo resistí las cosas que estoy viendo en esta casa?

Andresillo. Esa arrastrá mujé tiene la curpa. Lo ha levantao de cascos... y está er tío que hase títeres en la plasa como eya se lo mande.

Leonor. ¡Quién se lo había e desí!... Porque Encarna no vale pa eso.

Romana. Y aunque varga, señó: ¿dejará de sé una de nosotras y no una iguá suya? ¿No es una mala vergüensa que un cabayero como este ande por ahí en lenguas de to er mundo? ¡Si levantara la cabesa la señora!... ¡Jesús, Dios mío!... Pos ¿y las niñas?... ¡Cuando las pobres niñas se enteren!... A Carmita le cuesta la vía.

Andresillo. ¿Ha reparao usté que ya no habla de eyas pa na?

Romana. Y que cuando se le habla muda de coló.

Andresillo. Como que ca vez que se acuerde de sus hijas le sale una cana.

Leonor. En mala hora entró esa mujé por las puertas.

Andresillo. ¿Ves tú lo que te he dicho muchas veses? Sacando á tres ó cuatro pa mí, á toas las mujeres debían quemarlas en parriyas.

Romana. Y á muchos hombres. Yo no la curpo á eya tanto como á é.

Andresillo. ¿Pero no habrá un amigo que le tire un poco de las riendas y lo sujete?

Romana. Suspirando. ¡Ay, esto no tiene compostura, Andresiyo! El amo es otro ya.

Andresillo. Cuéntemelo usté á mí, que le enseñé hase un rato er senserro pa la viuda, y por poco me pega un tiro.

Romana. Es otro, es otro...

Andresillo Lo que no sabe é, que vi á guardarlo pa cuando se case con *Doña Perejila.*

Leonor. ¿Pero se va á casá?

Andresillo ¡Toma! Por ahí acaban tos estos viejos encaprichaos.

Romana ¡Jesús! ¡Jesús! La Virgen Nuestra Señora lo ilumine.

Andresillo. Yo, en cuanto me cargue mucho de estera, me voy también. Así no aprendo más Historia 'España. Mirando hacia la puerta del foro. ¡Atisa!

Leonor. ¿Viene ahí?

Andresillo. Er señorito, no; su *suegro*: *¡Don Pedro er Crué!*

Leonor. Ay, pos yo me voy, que está er tío mu tonto.

Romana. Y yo también: que le dé conversasión su hija.

Andresillo. O su padre.

Preséntase VENTURA de tiros largos, como si dijéramos.

Ventura. Güenos días.

Andresillo. Güenos días. Desde la puerta del patinillo, yéndose al momento. ¿Quiere er señorito que enganche?

Ventura. Volviéndose hacia él. ¿Qué?

Leonor. Desde la del foro, lo mismo. Aunque la mona se vista de sea...

Ventura. Volviéndose hacia ella. ¿Qué? Zi ze vendiera la envidia, eza ze jacía miyonaria.

Romana. Pos si se vendiera la vergüensa, no ganaba usté ni dos cuartos. Escupiéndole y yéndose por el patinillo. ¡Psá!

Ventura. ¿Ah, zí? Escupiéndole también. Pos... ¡psá! Más vergüenza tiene mi niña y tengo yo, que tos ustedes juntos... Una coza es una coza y otra coza es otra coza... ¡Acá vamos por er camino reá!... ¿Qué ze habrán figurao?

Sale ENCARNA por la puerta del patio.

Encarna. Dios guarde á usté, padre.

Ventura. Er te bendiga, hija e mi arma. Ca día estás más jermozota y más güena.

Encarna. Er trato de acá...

Ventura. Ya ze conoce que no te matas trabajando.

Encarna. No me ocupo más que der jardín... y der cargo e la caza. Estoy mejón que quiero.

Ventura. Paeces una princeza. Jasta vergüenza me da de zé tu padre. Confidencialmente. Escúchame, Encarniya: ¿y el amo?

Encarna. Erretío está: entregaíto á mi capricho... Jago lo que me da la gana... Mi gusto es ley.

Ventura. ¡Ole! Por ahí, por ahí va la coza...

Encarna. ¡Miste que paece un cuento!... ¡Quién había e decirle á Encarniya, ayá en la *Güerta e las Palomas*, que iba á mandá y á zé la reina en un palacio como este!... Cuando lo pienzo azín de pronto me pongo colorá. ¿Y madre, qué dice?

Ventura. A madre ze le cae la baba. ¡Como eya ha tenío ziempre tantos muñecos con la aristocracia!... En fin, ¡está penzando en jazerce trajetas; conque ya ves tú!...

Encarna. ¡La pobre!... ¿Y Estebiya, qué dice?

Ventura. Que le tienes que mercá una capa este invierno.

Encarna. Un gabán es más zeñorito.

Ventura. Zí, pero pones á Estebiya con gabán y no yega vivo á la plaza.

Encarna. Ezo le paece á usté. To es que la vista ze acostumbre. ¿Zoy yo la mesma?

Ventura. ¿Qué vas á zé, zi ca vez que vengo te jayo con un trapo distinto? Eza corbata es mu precioza. Y este vestío mu principá.

Encarna. ¡Pos zi viera usté cómo voy por dentro de tiras bordás y de encaje!...

Ventura. ¿También por dentro te compones?

Encarna. Mejón que por fuera. Miz ojos valen más que los de la gente.

Ventura. Dices bien.

Encarna. ¡Y me echo una de ezencias que me güervo loca! Haciéndole oler, sucesivamente, lo que va nombrando. Ventura aspira los olores con embeleso. Miste la bluza... Miste er pañuelo... Miste er delantá... Miste er moño...

Ventura. ¡Jezú! ¡Jezú! ¡zi ze esmaya uno!... Amigo, ezo tiene er meterze en er zeñorío...

Encarna. Mostrándole á Ventura una sortija que tiene puesta. Ayé me regaló este aniyo.

Ventura. Admirado. ¡Arzá!

Encarna. Y antié, esta medaya e la Virgen. Sacándola del seno y enseñándosela.

Ventura. ¡Arzá!

Encarna. Y tras de antié una caja e jabones, que no jace más que tocá el agua la pastiya y levanta una espuma que yega ar techo.

Ventura. Sacudiendo y sonando los dedos, para expresar mas á lo vivo su admiración. ¡Arzá!

Encarna. ¡Padre, no zuene usté los deos azín, que ezo está mu basto!

Ventura. Zerá ahora; porque yo lo he jecho toa la vía.

Encarna. Pos á mí me ha dicho é que no los zonara.

Ventura. No hay más que jablá entonces.

Encarna. Es mu güeno conmigo... Zobre que lo tengo farcinao... prendaíto de mi perzona... ¡Ze me quea mirándome azín con la boca abierta!... To le gusta en mí, to le gusta: loz ojos, los dientes, el arranque'er pelo,

mi coló, mi manera de andá, mi manera de zentarme... esta coza que yo jago azín cuando me pongo azín... Llevándose una mano á la mejilla y apoyando el codo del mismo brazo en la otra. er jociquito zi me enfao... la riza zi me río... er mismo zapateo conque jablo... ¡To, to, to le gusta en mí; to me lo tienc ponderao! ¡Y hasta me zaca verzos, padre!

Ventu a. Eze jinca er pico.

Encarna. Padre, no lo trate usté azín.

Ventura. Pero es mesté que te mantengas ziempre der lao acá der río.

Encarna. Como que otra coza no estaría ecente.

Ventura. Déjalo que ze abraze; no le des ni un buchito de agua; ni ziquica que ze yeve la taya á los labios... y tú lo verás caé reondo lo mesmo que un zegaó en medio e la era.

Encarna. Es mu cabayero, no vaya usté á creerze otra coza.. No ze propaza en tanto azín. ¡Y zi viera usté qué palabras más finas tiene conmigo!...

Ventura. Pos que vaya buscando un cura, que están baratos.

Encarna. ¡Miste que yo cazarme con un zeñó!... ¡Miste que Encarniya por Olivares der brazo de eze hombre!... ¡Los refregones que vi yo á dá á más e cuatro zeñoritas der pan pringao!... Porque ha e zabé usté, padre, que me mermuran, que me zacan tiras e peyejo, que me ofenden... que cuazi me escupen...

Ventura. ¡Envidiozas!

Encarna. Cuando entro en miza los domingos me jacen cerco, como zi yo estuviera apestá... ¡Y voy más limpia que toaz eyas; y güelo más bien que toaz eyas; y zoy más ecente que toaz eyas... y como mejón que toaz eyas!...

Ventura. ¡Ezo que tú has dicho!

Encarna. Ar zalí de la iglezia el otro día ¡ze me pazaron unas ganas!... Trompezó conmigo la de don Je-

naro, la mayó, la bizca, y me jizo un mojín de desprecio que fué pa mí como una puñalá por la esparda. Me fartó er canto ' una pezeta pa decirle: «Oiga usté, cara ' arcuza, menos mojines y más vergüenza; que á mí ningún hombre me ha puesto un deo encima... y usté es zortera... y ze ha tenío que dí de viaje.»

Ventura. Sacudiendo los dedos otra vez. ¡Arzá!

Encarna. Contrariada. ¡Que no zacúa usté los deos, padre!

Ventura. ¡Mujé, tampoco ze pué uno afiná en un repente!

Encarna. Pos es precizo jacé un podé.

Ventura. Te prevengo que en ezo ando. Er mesmo *Diario* que viene acá le he dicho ar niño ' er ciego que me lo yeve toas las noches. Pa dirme dezasnando poco á poco... Y desde primeros e mes me lo yeva.

Encarna. Ezo está mu bien. Yo ya leo cuazi de corrío.

Ventura. ¡A mí me cuesta zuores e muerte!

Encarna. Ya ze irá usté jaciendo. ¿Ha visto usté los verzos que vienen en er de hoy?

Ventura. ¿Qué vi á vé yo, chiquiya? ¡Zi toavía voy en er primero que me yevaron! ¡Tiene aqueyo más le tras de lo que paece!

Oyese á DON BALTASAR gritar dentro.

Encarna. Caye usté.

Ventura. ¿Qué paza?

Encarna. Que está gritando y viene pa acá. Hoy ze han propuesto darle er día No ze pué zé tan güeno.

Ventura. Pos yo quería hablarle de lo de Estebiya... Porque ponte tú que cae zordao...

Encarna. No, padre; no le diga usté na. No ze figure que acá penzamos zaquearlo.

Ventura. ¿Pero vamos á dejá que Estebiya cargue con er chopo?

Encarna. Ayá veremos lo que ze jace. Váyaze usté primero que yegue. Por ahí... por ahí...

Ventura. Por ande tú quieras. Jasta mañana, Encarniya.

Encarna. Jasta mañana, padre.

Vase Ventura por la puerta del patinillo. Por la del patio llega DON BALTASAR dado á los demonios.

Don Baltasar. ¡Almas de cántaro!... ¡Canalla ruin!... ¿Cómo habeis de comprender en vuestra bajeza moral los altos sentimientos de Don Baltasar de Quiñones?

Encarna. ¿Qué es ezo?

Don Baltasar. Reparando en ella. ¡Ah, tú! ¡Encarna! ¡Bendito sea Dios que pone por fin ante mis ojos persona cuya vista les es agradable!

Encarna. Pero ¿qué ocurre?

Don Baltasar. ¡Ocurre lo natural, supuesto que Olivares es una madriguera de bellacos! ¡Como viven de la murmuración, se creen con derecho á husmear en mis acciones y á fallar sobre mi conducta!... ¡Y voto va que si imaginan que han de torcerla se engañan del todo! ¡Soy quien soy, y hago cuanto hago por mi libre albedrío! ¡Ante nadie me tengo que justificar, si no es ante mi propia conciencia!... Esa Pepa Ruiz ha venido á colmar mi indignación y á desbordar mi cólera... ¡No más! ¡no más! ¡Digo que no más!

Encarna. ¡Pepa Ruiz! ¡Envidioza!... Lástima es lo que da, no coraje... Quien espera y no arcanza, lástima na más es lo que merece.

Don Baltasar. Encantado de oirla. ¿Lástima has dicho, Encarna? Si no te quisiera ya, desde hora te querría por esa revelación de tu alma sencilla y generosa.

Encarna. ¿Pos qué voy á tenerle más que ezo? Eya venía aquí buscando argo que no ze yeva...

Don Baltasar. Con arrebato. ¿Qué? Dilo.

Encarna. Lo que voy á yevarme yo...

Don Baltasar. ¡Sí!

Encarna. Pero me lo yevo por gracia naturá, zin pedirlo, zin rogarlo, zin buscarlo de mala manera, zin

queré quitárzelo á nadie... Aquí me trajeron der campo... aquí cayó bien mi perzona... aquí mis cozas y mi hablá farcinaron á quien mandaba en esto... y aquí me jayo bien y de aquí no me voy porque bien me quieren... ¿En qué libro está escrito que zea pecao enamorarze de una pobre?

Don Baltasar. Con apasionado abandono y delicadeza. Por tus labios brota, zagala gentil, la inocente filosofía de las almas buenas... Tu boca es manantial de agua pura; panal de miel dulce y sabrosa...

Encarna. ¡Qué cozas tan zuaves me dice!...

Don Baltasar. ¡Me dice!... ¡me dice!... ¿Quién te las dice?

Encarna. Ruborosa. Me las dice... usté...

Don Baltasar. ¿Aún no se atreve tu confianza?

Encarna. ¡Zi es que me da mucho bochorno!...

Sale ROMANA por la puerta del patinillo, dispuesta para irse á la calle, con un envoltorio de ropa. Su presencia corta de improviso el diálogo de los amantes. Apenas puede hablar de emoción.

Romana. Señorito.

Don Baltasar. ¿Qué? Romana.

Romana. Me voy.

Don Baltasar. Adiós.

Encarna. Sorprendida. ¿Que ze va usté, Romana? ¿Por qué?

Don Baltasar. Por su gusto; por su voluntad caprichosa.

Romana. Ya lo oyes. A la noche mandaré á Juaniyo por mi baú y por la ropa que me quea.

Don Baltasar. Bien está. Por última vez te invito á permanecer en mi casa.

Romana. No pueo, señorito; no pueo. De aqueya, de la grande, de la antigua, no queaba aquí más que esta vieja... y esta vieja se va. La casa es otra... Con Dios, señorito... Se encamina con lentitud y reprimiendo el llanto hacia la puerta del patio. Al llegar á ella rompe involuntariamente á llo-

rar. Se detiene un momento, vuelve á despedirse con un ademán, porque no puede articular palabra, y vase entonces.

Silencio. Don Baltasar permanece inmóvil. Encarna la mira alejarse con angustia y al fin exclama, dirigiéndose á don Baltasar.

Encarna. ¡Yámala!

Don Baltasar. Sorprendido de lo que le dice y encantado de cómo se lo dice. ¿Qué?

Encarna. ¡Yámala!

Va don Baltasar hacia Romana entre perplejo y gozoso. Cae rápidamente el telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana y en el mes de Setiembre.

RAFAEL, sentado, fuma. A poco llega DON BALTASAR por el jardín.

Don Baltasar. ¿Rafael?

Rafael. Don Baltasar, muy buenos días.

Don Baltasar. ¿Has dormido bien? ¿Has descansado del ajetreo del viaje?

Rafael. A medias nada más. Los mosquitos de Olivares son muy cumplidos: ni uno solo ha dejado de saludarme durante la noche.

Don Baltasar. ¿Y Amparo?

Rafael. Esperándola estoy. Quiere que la acompañe á dar una vuelta por ahí.

Don Baltasar. Ya.

Rafael. ¿Carmita duerme?

Don Baltasar. Presumo que sí. Hace poco dormía. Entré á verla cuando me levanté, y salí de puntillas de su habitación para no turbarle el reposo.

Rafael. La verdad es, respetable suegro, que, sin ningún género de salvedades, el engaño en que han tenido ustedes á Carmita respecto de su madre ha sido

tan peligroso como inútil. Mil veces se lo he repetido á mi mujer.

Don Baltasar. No hemos de renovar en este punto una discusión sobre lo pasado. Lo hecho, hecho está. Hablemos, sí, de lo reciente; ya que anoche, vuestra imprevista llegada y el tropel de emociones que nos asaltó, fueron causa de que no dijéramos cosa con cosa.

Rafael. Mire usted; cabalmente quería yo que echáramos un párrafo sobre el particular. Más que para nada, para justificación de Amparo y mía.

Don Baltasar. Esa no la habeis menester ante vuestro padre.

Rafael. De todos modos... Yo sé que Amparo le escribió á usted dos cartas, con intervalo de ocho días ó diez, hablándole del proyectado viaje á Suiza de usted y ella, para recoger á Carmita. ¿Es verdad?

Don Baltasar. Grave. Sí.

Rafael. Usted no contestó á esas cartas.

Don Baltasar. No contesté. Mis nervios... preocupaciones diversas... ¡qué sé yo! El hecho es que no contesté.

Rafael. Pues en vista de que usted se hacía el sordo...

Don Baltasar. Yo no acostumbro hacerme el sordo nunca.

Rafael. Ni en mi ánimo está molestarle. Perdone usted las crudezas de estilo.—En vista de que daba usted la callada por respuesta, Amparo, por consejo mío y para ir preparando á Carmita, le puso dos letras diciéndole que su madre se hallaba en Madrid con nosotros, un poco quebrantada de salud.

Don Baltasar. ¿Es posible?

Rafael. ¡Algo habíamos de hacer! A esa primera carta siguieron dos ó tres más, llenas de peores noticias, y cuando menos lo esperábamos, se nos entró la niña por las puertas con el tío Joaquín.

Don Baltasar. ¡Tremenda sacudida para vosotros!

Rafael. Puede usted calcular. Ya Carmita, cuando llegó, sabía la desgracia terrible, y estaba al cabo de toda la triste ficción. El tío Joaquín, durante el viaje, consideró oportuno desengañarla.

Don Baltasar. ¡Pobrecita mía!

Rafael. Yo no quiero recordar el encuentro de las dos hermanas: sería muy doloroso para usted. Carmita se obstinó desesperadamente en salir para acá en seguida, y no hubo orma de reducirla á la idea contraria. Por la mañana llegaron á Madrid ella y el tío, y por la tarde salimos todos para Olivares. Yo puse á usted un telegrama previniéndoselo, pero, naturalmente, vino dos ó tres horas después que nosotros. Ahí tiene usted toda la verdad.

Don Baltasar. Reflexivo. No hay novela como esta de la vida... ¡Qué complicada es, y cuán amarga de continuo!... Porque se mezclan lágrimas y risas en sus pasajes, pero el final es siempre el dolor.

Rafael. Pues hay que sacar fuerzas de flaqueza, querido suegro. Es preciso comunicarle á Carmita la energía que le falta. La misma Amparo necesita también desimpresionarse.

Don Baltasar. ¿Amparo?

Rafael. Sí Mucho antes de la llegada de su hermana á Madrid, dió en andar preocupada y nerviosa... Ella se me disculpaba alegando como causa de ello el teje maneje de la correspondencia con la niña; pero á mí se me ha metido en la cabeza que la causa es otra.

Don Baltasar. ¿Y por qué había de tener reservas contigo?

Rafael. Mi mujer no me cuenta nada que en su concepto pueda disgustarme. Yo, en cambio, creo adivinar lo que á ella le disgusta. Y le aseguro á usted que Amparo ha tenido un soplo de algo desagradable, y que ese soplo ha partido de aquí.

Don Baltasar. ¿De esta casa?

Rafael. No: de este pueblo. Cuidado que no tengo realidad alguna en qué apoyarme; dato seguro que me lleve á pensar estas cosas... Todas son suposiciones mías. Aquí viene.

Don Baltasar. ¿Quién?

Rafael. Amparo.

Sale AMPARO por la puerta del patio. Viste de oscuro y viene con velito á la cabeza.

Amparo. Buenos días, papá.

Don Baltasar. Dios te bendiga, hija de mi alma. ¿Has dormido bien?

Amparo. No, señor; que estoy más rendida que antes de acostarme.

Don Baltasar. A veces, el excesivo cansancio... impide...

Amparo. El cansancio... y la loca de la casa. ¡Jesús, qué noche!

Rafael. Lo menos has pensado en mi fuga con una odalisca.

Amparo. Cállate, Rafael. ¿Te parece que estamos para chirigotas?

Rafael. ¿Es decir que ni una broma me consientes después que llevo dos horas esperándote? Le advierto á usted que de casada está más presumida que de soltera.

Amparo. Bueno, mejor.

Don Baltasar. Escucha, niña. ¿Y el tío Joaquín, no se ha levantado?

Amparo. ¡Quiá!

Rafael. ¡Si eso es un gusano de seda!

Amparo. ¿Tú qué sabes?

Rafael. Lo que me has dicho tú. Creo que se despierta á la una en punto: porque, eso sí, va como un reló. Se echa de la cama y se afeita; luego se da una ducha fría; después se pone á tirar al florete, y cuando á cosa de las tres se sienta á almorzar, no deja ni los huesos de las aceitunas.

Amparo. ¡Pero qué ganas de mortificarme tienes siempre!

Rafael. ¡Como que para eso me casé contigo!

Amparo. Ea, pues levántate y anda. ¡Pesado!

Don Baltasar. ¿Adónde vas, si no es indiscreción el que te lo pregunte?

Rafael. Yo no lo sé, pero me dejo llevar por ella.

Amparo. No es indiscreción... ¿qué ha de serlo? Mirando intencionadamente á su padre. Voy á ver á Romana.

Don Baltasar. Con mal disimulada zozobra. ¿A Romana?

Amparo. Sí: quiero ver si la convenzo de que vuelva acá. Carmita y yo lo deseamos.

Don Baltasar. Hice los imposibles por que no dejara esta casa... pero pretextando su mucha edad... y no sé qué deberes para con su hija...

Amparo. Ninguna de las dos razones me convence. Algo más habrá que ella no te ha dicho, y eso es lo que á mí me dirá de seguro. ¿Vamos, Rafael?

Rafael. Vamos.

Amparo. Hasta luego.

Don Baltasar. Hasta luego.

Amparo. Por aquí es más cerca.

Se encamina con Rafael hacia el jardín, y por él se van ambos. En la misma puerta se cruzan con ENCARNA que llega y se detiene para que pasen. Viste como en el acto anterior, pero sin joyas ni corbata. Amparo la mira con curiosidad y ella baja los ojos. Después Encarna por una ventana y don Baltasar por la otra acechan el momento en que se supone que Amparo y Rafael salen de la casa. Entonces se vuelven para hablar, á tiempo que viene CARMITA por la puerta del patio. Don Baltasar se adelanta á abrazarla y Encarna se retira turbadísima por la misma puerta.

Encarna. Escucha.

Don Baltasar. Calla.

Carmita es una figurilla delicada y poética, blanca como el nardo, de cabellos negros, ojos brillantes y frente soñadora. Su expresión es de dolor resignado: su hablar sereno y persuasivo. Viste de luto.

Don Baltasar. ¡Nena! ¡Nena mía! Carmita se le abraza llorando. ¿Qué es eso?... Vamos, no llores... Tranquilíza. te, corazón...

Carmita. ¡Amanecer en esta casa... y no verla á mi lado!...

Don Baltasar. Son leyes de la vida, que dicta la muerte, ante cuyo misterio deben callar nuestras protestas.

Carmita. ¡Buscarla y no encontrarla!... ¡llamarla y que no me conteste!... Con gritos de dolor. ¡Mamá!... ¡mamá!... ¡Qué pena tan grande!... El día que me habeis dicho que murió, soñé yo que había muerto. ¿Ves qué cosas?

Don Baltasar. No ahondes en tu herida... Ven acá .. siéntate aquí conmigo... ¡Tenemos que hablar tanto! Carmita se deja llevar por su padre y se sienta á su lado. Cálmate... serena tu espíritu, abriéndolo al soplo suave del dolor resignado. No llores.

Carmita. Dejaría de ser Carmita si no llorara.

Don Baltasar. Es cierto, alma mía. Parece que las primeras lágrimas que llenaron tus ojos se enamoraron de ellos, y en ellos se albergan desde entonces.

Carmita. Por todas partes se me figura que va á salir á darme la bienvenida; tan contenta, tan alegre de verme á su lado otra vez... No sabía dar un paso sin mí; ¿te acuerdas, papá?

Don Baltasar. Me acuerdo.

Carmita. Te encelabas tú de lo que me quería... Celos que acababan siempre en risas y en besos para mí.

Don Baltasar. Por Dios, no evoques...

Carmita. Ella no estará á mi lado, pero yo estoy al suyo; ella se fué de esta casa, pero ha de vivir aquí mientras vivamos todos; ¿verdad, papaíto?

Don Baltasar. Con angustia. Sí, hija mía, sí.

Carmita. Nuestro cariño mantendrá su recuerdo siempre á nuestro lado. Donde quiera que estemos nos-

otros, allí estará ella; nada nuevo entrará en nuestro corazón que borre su figura.

Don Baltasar. Dolorosamente. ¡Ay!...

Carmita. Lo que ella hacía, seguirá haciéndose como si viviera: la limosna á los pobres, la misa en el oratorio los domingos, la visita á Montemayor los días de santo... Lo que ella soñaba, lo realizaremos nosotros, para que lo vea y siga queriéndonos: la fuente del patio, la tapia de los jazmines en el jardín, el premio á los chiquillos en Nochebuena... ¿Qué tienes tú?

Don Baltasar. Tu dolor y el mío disputándose mi corazón.

Callan los dos unos momentos: don Baltasar porque acaso no puede decir todo lo que siente; Carmita por dar tregua á su dolor, no expresándolo con palabras.

Carmita. ¿Quién cuida del jardín ahora?

Don Baltasar. Turbado. ¿Ahora?

Carmita. Sí.

Don Baltasar. Esa muchacha... tú no la conocías...

Carmita. ¡Ah, ya sé!... La más compuesta... una que es muy huraña... Por lo menos á mí me huye.

Don Baltasar. ¿Que te huye, dices?

Carmita. Eso me ha parecido. El jardín lo tiene precioso. Lo he visto desde la ventana de mi cuarto. Está cuajadito de flores.

Don Baltasar. Sí...

Carmita. Todas han de ir á un mismo sitio... Todas... todas... Cuando vuelva Amparo iremos á llevárselas.

Don Baltasar. Lo que quieras... lo que tú quieras...

Carmita. El alma de ella está en toda la casa, guardándola y amparándola siempre... Le llevaremos á su cuerpo lo que de la casa le podemos llevar: flores... muchas flores.

Viene ENCARNA por la puerta del patio, algo desconcertada.

Encarna. Zeñó...

Don Baltasar. Con sobresalto. ¿Qué hay?

Encarna. Er zeñorito Polanco... que lo busca á usté, porque dice que tiene que hablarle... y que viene pa acá.

Don Baltasar. Sorprendido. ¿Polanco? ¿Es posible?

Encarna. Zí, zeñó... zí, zeñó...

Don Baltasar. ¡Pobrecillo! Sea bien venido, ¡qué demonio!

Carmita. Deteniendo á Encarna, que hace ademán de irse. No se vaya usted. A su padre. ¿Quién es Polanco, tú?

Don Baltasar. Apenas lo recordarás... Aquel montañés que puso la fábrica de harinas.

Carmita. ¿Y ese es ahora amigo tuyo?

Don Baltasar. Es un alma de Dios... No puedo dudar que me estima...

Carmita. A Encarna. Quiero que me acompañe usted al jardín. Acabo de decirle á mi padre que está primoroso. ¿Vamos á cortar las flores que haya?

Encarna. Lo que usté diga...

Carmita. No le dé á usted pena cortarlas... Son para llevárselas á mi madre. Venga usted, venga usted... Se va por el jardín. Encarna la sigue silenciosa.

Don Baltasar. Viéndolas alejarse. ¡Ay, Carmita, Carmita!... ¿Por qué tus palabras se me clavan en el corazón?... ¿Cuál es mi delito? ¿Cuál es?...

Aparece POLANCO en la puerta del patio y habla en tono un poco más grave que de costumbre.

Polanco. ¿Baltasar?

Don Baltasar. ¡Perico!

Polanco. Pruebas te tengo dadas de que mi amistad es oro de mil y un quilates; pero ninguna como esta. Me echaste de tu casa violentamente, y vuelvo, sin embargo; ¿sabes por qué? Porque sé que sufres. Mi amistad es mucho mayor que tu injusticia.

Don Baltasar. Pasa, pasa... Si pude dudar de tu amistad, fué por alucinación pasajera; si te ofendí, yo te ruego que me perdones. Que sufro, es cierto.

Polanco. ¡Pues ven aquí, y descansa sobre un pecho leal!

Don Baltasar. Abrazándolo. ¡De muy buena gana!

Polanco. ¿Ves? Ya me enternezco como un tonto. ¡Y me llamaste traidor y bellaco!

Don Baltasar. Olvida...

Polanco. ¡Ay, Baltasar, Baltasar! ¡cómo me he salido con ella!

Don Baltasar. Pero, escucha: ¿vienes á que yo desahogue mi sufrimiento, ó á darme tortura con tu testarudez?

Polanco. Vengo, como siempre, á ser tu amigo antes que á nada.

Don Baltasar. Pues no te olvides de ello.

Polanco. Supongo, Baltasar, que tu primera resolución al llegar tus hijas, será plantar en la calle á esa señora.

Don Baltasar. Respeto para esa señora es lo primero que te exijo.

Polanco. ¿Cómo? ¿Pero estamos ahí?

Don Baltasar. En respetar y hacer respetar estoy yo siempre.

Polanco. ¡Parece mentira! ¿Serás capaz de consentir que se codeen tus hijas con ella?

Don Baltasar. ¡No grites! De lo que seré capaz no lo sé, ni sé adónde voy, ni qué infierno es este que arde en mi alma.

Polanco ¿Pero es posible que en un corazón hidalgo como el tuyo haya echado raices una pasión de bajo vuelo?

Don Baltasar. ¡Alto allá! ¡Rechazo el torpe calificativo! Y ten en cuenta que ni el corazón elige pasiones, ni la pasión elige corazones tampoco.

Polanco. ¡Por amor de Dios, un poco de sentido común! ¡Un poco de razón, Baltasar!

Don Baltasar. ¿Y si ya la hubiera perdido? No es

cosa fácil imaginar, Polanco amigo, la batalla que en mi interior se riñe, destrozando mi ser... Pienso que en mi pasión por una mujer humilde no hay vergüenza alguna, y respiro á mis anchas tranquilo; pero pienso que mi Carmita ha venido á esta casa para hallar á su madre, soñando que vivía, y que no sólo no la encuentra, sino que puede ver en su sitio á otra mujer extraña para ella, sin remedio odiosa á sus ojos, y entonces mi razón se nubla, mi corazón se abre herido, desfallece mi cuerpo... y tiemblo, y lloro, y me asusto de mí.

Polanco. No entiendo, no entiendo... Creo que le das al caso proporciones que está muy lejos de alcanzar. Digo, ¡á menos que sea verdad la especiota que corre por Olivares!

Don Baltasar. ¿Corre una especie por Olivares referente al caso?

Polanco. Corre, corre. Hasta que da con uno como yo que la para en firme.

Don Baltasar. Pues ¿qué se miente?

Polanco. ¡Figúrate! Echando bendiciones. Nada menos sino que en secreto ya os habeis... Don Baltasar baja los ojos en silencio. Polanco se alarma. A ver, á ver... ¿Te has enterado, tú?

Don Baltasar. Sí.

Polanco. ¿Y qué dices?

Don Baltasar. Nada. Dejo á los demás que lo digan todo.

Polanco. Pero, oye, oye, oye; mírame á la cara.

Don Baltasar. Ya te miro.

Polanco. ¿Te ha pasado por la imaginación alguna vez tamaño disparate?

Don Baltasar. ¿Y por qué lo tachas de disparate, hombre ligero?

Polanco. ¡Ave María Purísima!... ¡Tú te has casado!

Don Baltasar. ¡Calla! ¡imprudente!

Polanco. ¡Ave María Purísima!... ¿De manera que es cierto?

Don Baltasar. Es cierto. ¿Podías esperar otra cosa de mi caballerosidad?

Polanco. De tu locura sí que no podía menos de esperarla.

Don Baltasar. ¡Ah, ya lo veo! Me juzgas por ti. Tu conducta hubiera sido muy distinta.

Polanco. ¡Pero muy distinta! ¡Adonde va á parar!

Don Baltasar. ¿Pues qué? ¿Crees que hay desdoro en ello? Jamás te supuse tan vulgar.

Polanco. Irónicamente. ¡Está bien!... ¡está bien!... ¡Bien!... ¡bien!... ¡Está bien!

Don Baltasar. Ya sé yo que está bien: huelga que tú me lo repitas. Podrán condenarme las circunstancias—me condenan sin duda, y ya me duele,—pero el hecho en abstracto, está bien. De ahí no me apea nadie.

Polanco. ¡Pues sigue en tu burra, hijo mío! Puesto en ella, aguantar los palos. Pero como amigo leal, como amigo de veras, lo lloraré con lágrimas de sangre; porque el hecho en concreto, y no sirve que le dé vueltas vuesa merced, es que don Baltasar de Quiñones y Díez de Miranda, con toda la gala y pompa que desde luego exigen su rango y su linaje, ha entrado en el gremio de los señores que se casan con la cocinera.

Don Baltasar. Palideciendo de rabia. ¡Perico! ¡O te retractas inmediatamente de cuanto acaba de salir por tu boca, ó estoy dispuesto á abofetearte!

Polanco. Hombre, hombre, no lo tomes así...

Don Baltasar. ¿Pues cómo lo he de tomar, mentecato? ¡Y quede esto aquí, y sabe de hoy más á quién debes en esta casa igual respeto que á mi persona! Vase por el patio.

Polanco. Viéndolo marcharse. Está loco. No me cabe duda: está loco Paseándose. Pero, hombre, ¿es posible?... Y todo por una mujer... No, si ya lo dijo el otro: «¿Quién es ella?»

Vuelven del jardín ENCARNA y CARMITA. Encarna trae muchas

rosas recogidas en el delantal y Carmita algunas en la mano. Las dejan sobre una mesa al llegar, y luego se ocupan en agruparlas cuidadosamente en ramos distintos.

Carmita. ¿Gritaba papá? Reparando en Polanco. ¡Ah! Buenos días.

Polanco. Buenos días. ¿Usted no se acordará de mí?

Carmita. ¿Es usted el señor Polanco?

Polanco. ¡El mismo! ¡Caramba! ¡qué feliz memoria!

Carmita. ¿Espera usted á mi padre?

Polanco. Al contrario; me espera él á mí. Voy allá; á seguir peleando.

Carmita. ¿Peleando?

Polanco. Sí. Nuestra amistad tiene por acicate las peloteras. ¡Je! Si no reñimos no somos amigos.

Carmita. Es particular.

Polanco. Usted suspiraría ya por volver á su casa.

Carmita. Con pena. Sí, señor, sí; pero de otro modo...

Polanco. De eso ya me hago cargo... Hay que conformarse... El claro oscuro de la vida es cruel... verdaderamente cruel... Despidiéndose. No quiero atormentarla... Si usted no tiene nada que mandarme...

Carmita. Nada, no, señor; agradezco tanto...

Polanco. Soy un amigo leal, señorita. Su papá de usted sabe cómo las gasto en ese terreno. A los pies de usted.

Carmita. Beso á usted la mano, señor.

Polanco. Buenos días. Vase por la puerta del patio.

Carmita. ¿Viene mucho por aquí este señor Polanco?

Encarna. Con voz temblorosa, sacudida por la emoción que ante Carmita siente. Cuazi no zale de la caza... Pero ahora yevaba más e dos zemanas zin vení.

Carmita. ¿Por qué?

Encarna. Porque riñó con er zeñorito.

Carmita. Sí; ya ha dicho que se pelean...

Encarna. Eza vez fué más zerio.

Carmita. ¿Que hubo, sabe usted? Encarna calla. ¿No lo sabe?

Encarna. No me acuerdo ya...

Carmita. ¿Vamos á hacer los ramos?

Encarna. Loz haré yo zola... pa que no ze espine usté las manos...

Carmita. Los haremos entre las dos.

Encarna. Como usté diga...

Callan unos momentos.

Carmita. Suspirando. ¡Ay! ¡qué tarea más triste!... ¿Le vive á usted su madre?

Encarna. Gracias á Dios.

Carmita. ¡Ojalá le viva á usted siempre! ¿Usted no vió á mi madre nunca?

Encarna. No...

Carmita. ¿Pues usteď no es del pueblo?

Encarna. Zí... pero ziempre he vivio en er campo...

Carmita. ¿Ni le han hablado á usted de ella los otros criados?

Encarna. Mucho... mucho...

Carmita. ¿Qué le pasa á usted?

Encarna Que la pena de usté me yega, zeñorita...

Carmita. Dios se lo pague. Con Romana hablaría usted mucho de mi madre, ¿verdad?

Encarna. ¿Con quién?

Carmita. Con Romana. ¿O es que no la ha conocido usted?

Encarna. A Romana, zí

Carmita. ¿Qué tiempo lleva usted acá?

Encarna. Más e cuatro mezes...

Carmita. ¿Y Romana se fué hace mucho?

Encarna. Coza de quince días...

Carmita. ¿Por qué motivo?

Encarna. Yo no zé... no zé...

Carmita. ¿Tampoco sabe usted eso?

Encarna. Tampoco.

Carmita. Mi hermana ha ido á verla, porque quere-

mos que vuelva á la casa. Usted considere: antes de que naciéramos nosotras, ya era vieja aquí. Aunque no sirva materialmente, acompaña mucho. ¿Verdad?

Encarna. Zí... zí...

Carmita. ¿Y usted está contenta?

Encarna. Mu contenta...

Carmita. Mi padre es bueno... Sabe tratar á los humildes... Silencio. Déme usted ese ramo.

Encarna. ¿Cuá?

Carmita. Ese. Y ese otro también... Me los voy á llevar á mi alcoba. Al tomar los ramos de manos de Encarna. ¿Pero está usted temblando, criatura?

Encarna. No...

Carmita. ¡Vaya si tiembla! ¿Por qué es eso?

Encarna. No zé...

Carmita. Extrañada. Déme, déme acá...

Encarna. ¿Le yevo á usté argunos?

Carmita. No; no hace falta. Puedo yo sola.

Se va por la puerta del patio con los ramos de flores cogidos con suma delicadeza, y sin dejar de mirar á Encarna. Esta, baja la vista, juega maquinalmente con las hojas que quedan sobre la mesa. Así permancee algún tiempo. Por su frente pasan ideas contrarias, nacidas de la confusión que reina en su espíritu. «¿Se irá de la casa?» «¿Se quedará en ella?» «¿Podrá resistir su corazón la presencia de aquella niña que constantemente la acusa?» Su abstracción es completa y profunda. DON BALTASAR viene al fin por el patio, receloso y sombrío. Llega junto á Encarna, sin que ella lo note. La llama entonces con voz sorda y turbada, y la moza vuelve de su abstracción, estremeciéndose de espanto.

Don Baltasar. ¿Encarna?

Encarna. ¡Ah!

Don Baltasar. Soy yo: no temas.

Encarna. Me azusté...

Don Baltasar. Sosiégate.

Encarna. Desde anoche me azusta jasta er zilencio...

Don Baltasar. ¿A ti?

Encarna. No ze me zale der penzamiento eza Car-

mita, que no para de mentá á zu madre... Como zi yo hubiera cometío argún delito en contra de eya...

Don Baltasar. Ni tú ni yo lo hemos cometido.

Encarna Pos argo malo habremos jecho cuando estamos de esta manera...

Don Baltasar. En quererse rectamente no hay mal ninguno.

Encarna. Pa mí lo hay... Castigo de Dios es lo que me paza... Yo he nacío pobre, pa trabajá como miz iguales, no pa lucí como las zeñoras... Me tentó er demonio, me cegó el orguyo, me gorví avaricioza y mala... y ahora voy á penarlo to.

Don Baltasar. Rechaza esas ideas supersticiosas... No niegues nuestra pasión, que es nuestra disculpa.

Encarna. Yo no niego na... pero con tus palabras durces debí jacé lo que con la parva en la era: al aire... al aire...

Don Baltasar. No, Encarna, no: tu zozobra y la mía nada tienen que ver con nuestro cariño.

Encarna. Er cazo es que nos azusta que ze zepa...

Don Baltasar. ¿Qué dices?

Encarna. ¿A que no yamas á Carmita pa decirle quién zoy?

Don Baltasar. Con súbito miedo. ¡Ah! ¡Muy pronto ha de saberse!... Amparo ha ido á ver á Romana.

Encarna. ¿Ves como estás amedrentao?

Don Baltasar. ¡Si esto es lo que me tiene fuera de mí! Con Amparo vendrá la verdad—terrible y dolorosa... ¿á qué negarlo?– y yo que saldría por esas calles diciéndole á la hipócrita gente: «esto hice», tiemblo de pensar en la tremenda conmoción de mi Carmita, que ya no quería vivir en el mundo más que para el santo recuerdo de su madre.

Encarna. ¡Jezús, qué espanto! ¡Yo me voy!

Don Baltasar. ¡Encarna!

Encarna. ¡Yo no tengo való pa vé ezo!... ¡Yo me voy de aquí!

Don Baltasar. ¿Adónde?

Encarna. ¡Qué zé yo! ¡Lo más lejos que puea! ¡A los campos tranquilos, jasta que me caiga de andá!

Don Baltasar. Cállate. No pienses locuras.

Encarna. No zon locuras... Es er mieo de jacé daño á nadie, que paece que me empuja pa fuera...

Don Baltasar. Yéndote, me matarías á mí... ¿Pero qué hablo yo también, insensato?... No te irás, no te irás... Estamos unidos ante Dios por la atracción de nuestras almas... No te irás, Encarna, no te irás... Yo te hice mi esposa para no mancharte... No te irás, no te irás...

Dominado por la pasión ha ido estrechando á Encarna más y más. Ella lo mira subyugada, con supersticioso terror. AMPARO, que momentos antes ha aparecido en el jardín, avanza hacia la sala atraída por lo que ve y se detiene en la misma puerta con dolorosa perplejidad, cubriéndose el rostro con las manos y dando un grito.

Amparo. ¡Jesús!

Sobrecogidos los amantes de terror y sorpresa, se separan violentamente. Don Baltasar mira á su hija con expresión en que se confunden la vergüenza, el dolor y el miedo. Encarna, avergonzada también y convulsa, vacila, tiembla, mira con espantados ojos, no sabe qué dirección tomar. De improviso, y más bien arrastrada por impulso secreto que por claro estímulo de su razón, escapa por la puerta del patio, no como quien se va, sino como quien huye.

Don Baltasar. Amparo... Hija mía...

Amparo. Con acento de recriminación. ¡Qué has hecho!

Don Baltasar. No me mires así... no me huyas... ¡Perdóname!

Amparo. ¡Qué has hecho!

on Baltasar. Ven acá... Necesito hablarte...

Amparo. No... ¿Para qué?

Don Baltasar. Para que me perdones.

Amparo. Déjame... No me digas nada... no quiero oirte... No quiero saber más de lo que ya sé.

Don Baltasar. Yo quiero que lo sepas. Lo que te diga yo, por doloroso que te sea, será honrado, será

sincero; lo que la gente te haya dicho ó te diga, será villano. Por eso quiero que me oigas á mí. No, no estoy loco; no estoy prostituído; conservo sano mi juicio, entero y puro mi ser moral. Eso quisiera el pueblo cuyo aliento plebeyo acaba de turbar tu alma: eso quisiera, sí: que don Baltasar de Quiñones hubiese dado fundamento vergonzoso á sus torpes hablillas.

Amparo. Vergonzoso ó no, fundamento has dado.

Don Baltasar. Amparo, nena mía; que te desconozco si me acusas así. Oye primero la verdad, y luego júzgame: pero oye primero la verdad. Encarna es mi esposa.

Amparo. Llena de turbación y angustia. ¿Tu esposa?... ¿Has dicho que es tu esposa?...

Don Baltasar. ¿Pues no has visto que la abrazaba?

Amparo. ¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío!

Don Baltasar. Si antes no pude darme cuenta de tu injusticia, ahora comprendo perfectamente tu estupor. Me dejaste llorando mi soledad y evocando en todo momento la sombra de la que fué tu madre, y al volver inopinadamente me hallas así... ¿Cómo salvar este abismo en tu alma?... Yo lo salvaré... Necesito llenarlo, para que descanse la mía; para que la tuya también descanse.

Amparo. Anhelante, desconcertada. Dime, dime, sí; háblame. por Dios, explícame cómo ha podido suceder esto, que no acierto á juzgar, pero que me aterra, que me aflige... Ahora nada me importa de lo que la gente murmure... Lo primero es que tú me cuentes... que tú...

Don Baltasar. Sosiégate, corazón... Sosiégate... y escúchame en calma.

Amparo. ¿No nos oirá Carmita?

Don Baltasar. No. Hace rato subió á su alcoba con unas flores... Estará rezando.

Amparo. ¿Ella nada sospecha?

Don Baltasar. Aún no.

Amparo. Ni después tampoco.

Don Baltasar. ¿Qué?

Amparo. Es una idea. Sigue tú...

Silencio.

Don Baltasar. ¿Te acuerdas, nena, de nuestra última conversación la noche de vísperas de tu boda?... ¡Qué soledad la mía! ¡qué abandono más triste aquel en que yo me quedaba!... ¿Te acuerdas? Tu hermanita, lejos de mí, por dolorosa necesidad; tú, alejándote también, por ley de la vida; tu madre más lejos aún... por ley de la muerte. ¡Qué solo me dejaron todos!... ¿Bastará mi soledad de tantas horas interminables á disculpar siquiera lo que he hecho?

Amparo. Sigue.

Don Baltasar. ¿Por que no basta, ó por que lo quieres oir todo?

Amparo. Sigue.

Don Baltasar. Con Encarna entró en este caserón para mí un soplo de alegría... Pronto advertí que mi soledad no era ya absoluta, irremediable... La condición humilde de esa mujer, su traza campesina, que para otro señor hubieran sido un valladar, fueron para mí un incentivo, trajeron á mi alma como un reverdecer de mis aficiones más puras; y la atractiva belleza de su persona, juntamente con la ingenua sencillez de su corazón, acabaron de cautivarme. ¿Qué dices?

Amparo. Nada te sé decir: estoy aturdida por el golpe. Se confunden en mi cabeza con tus razones las cosas que la gente habla, y me vuelvo loca.

Don Baltasar. Despréciala.

Amparo. No puedo. No puedo tampoco vencer la impresión que esto me produce... No sé, no sé... Lo que has hecho... sin duda lo has hecho bien: no te lo niego... no te lo discuto... ¡Pero déjame á mí sentirlo con toda mi alma!

Don Baltasar. ¡Oh, sí! ¡Muy insensato sería yo, y muy egoísta, y tal vez muy malo, si pretendiese regatearte esa pena!

Amparo. Pues óyeme ahora tú. Y confórmate, por Carmita, con lo que ya he resuelto.

Don Baltasar. ¿Qué?

Amparo. Sí: es mi idea: la idea que te dije... Es una determinación necesaria. Oye.

Don Baltasar. Dí.

Amparo. En la verja espera el coche que ha de llevarnos á Montemayor. Allí dejaremos las flores que ella habrá cortado del jardín... Luego, yo la convenceré de que estos primeros días no los debe pasar en la casa, donde cada rincón tiene un recuerdo y cada objeto es un estímulo á su pena... Nos iremos al campo... á cualquier parte... Después, á Madrid.

Don Baltasar. Comprendiendo. ¡Qué buena eres!... Mi dolor es el tuyo... ¡Carmita!... ¡Carmita!... Ella ha sido mi mayor tortura desde que llegásteis; ella mi espanto y mi zozobra... ¡Oh, sí... sí!... Hágase lo que tú has pensado, aunque á mí se me vaya tras de vosotras lo mejor de mi corazón.

Amparo. ¿Te conformas?

Don Baltasar. Me resigno... Con doloroso esfuerzo Pero, dime: ¿volvereis algún día?

Amparo. Calla, que viene.

Don Baltasar. ¿Quién?

Amparo. Carmita. Calla.

Don Baltasar. Descuida: callaré.

Llega CARMITA, con gabancillo y velo negros.

Amparo. Saliendo á su encuentro. ¿Te ha dicho Andresillo que te esperaba?

Carmita. Sí. Ya están las flores en el coche. ¿Viste á Romana?

Amparo. Sí. Ya te contaré.

Carmita. ¿Vamos?

Amparo. Vamos.

Carmita. A don Baltasar. ¿Tú no vienes?

Amparo. No.

Carmita. ¿Por qué?

Amparo. Está afectadísimo... Sufriría mucho...

Don Baltasar. Reprimiendo en vano los sollozos. ¡Mucho, sí!... ¡Mucho!

Carmita. ¿Lloras?

Don Baltasar. Lloro: ya lo ves.

Carmita. ¿Y te vas á quedar aquí solo?

Don Baltasar. Sí. Vosotras, á llevar las flores á Montemayor; yo, á llorar entre tanto.

Carmita. Adiós, papaíto.

Don Baltasar. Besándola con dolor contenido. Adiós, corazón.

Amparo. Adiós, papá.

Don Baltasar. Adiós, hija. Don Baltasar calla. Las dos hermanas se marchan lentamente por el jardín. Antes de desaparecer por completo, vuelven la vista hacia su padre. Este las mira alejarse con estupor. Alguna vez sacude sus músculos el impulso de correr tras ellas. Se van... se van... Se fueron... Y me dejan solo... solo... ¿Por qué es esto?... ¿Por qué es así la vida?... Silencio. Me dejan solo... solo... Llamando dolorosamente á Encarna. ¡Encarna! Volviendo á gritar. ¡Encarna! Silencio. Espera. ¡Encarna! Con súbito temor de que Encarna haya huido. ¡Ah!... ¡Encarna! Vase por la puerta del patio, desconcertado y loco. Óyesele cada vez mas lejos llamando á Encarna. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Silencio largo. Vuélvesele á oir por el jardín cada vez más cerca. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Llega á la sala de nuevo lleno de dolorosa angustia, buscando á Encarna sin cesar, inquieto y agitado, y como queriendo hallarla en todas partes. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto, 1903.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flanta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La casa de García

COMEDIA EN TRES ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA CASA DE GARCÍA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CASA DE GARCÍA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO ELDORADO de Barcelona, el 8 de Junio de 1904

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

REPARTO [1]

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	Sra.	Guerrero.
DANIELA	Srta.	Suárez.
FILITO		Asquerino.
DOÑA GOYA		Cancio.
GENARA	Sra.	Salvador.
CLARITA	Srta.	García.
LUISA		Villabona.
GARCÍA	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
CÉSAR		Codina.
MOMO		Díaz de Mendoza (M.)
ALFREDO		Vargas.
PICHARDO		Santiago.
DON MARCOS		Díaz.
UN MOZO DE CAFÉ		Cayuela.

(1) Este es el reparto de la primera representación en Madrid. El estreno, verificado en Barcelona, estuvo encomendado á los excelentes artistas señoras y señoritas Pino, Catalá, Bremón, Alverá, Asquerino, Toscano y Egido, y señores Balaguer, García Ortega, Tallaví, Manrique, Mora, Lliri y Marchante, pertenecientes entonces á la compañía del Teatro de la Comedia.

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, en casa de García, en Madrid. Una puerta al foro, y otra á la izquierda del actor. Chimenea encendida a la derecha, en primer término. Balcón en segundo. Muebles que fueron lujosos y elegantes. Es de noche. Luces.

ESCENA PRIMERA

PICHARDO y GENARA

(Pichardo, amigo más que íntimo de la casa, correvedile, secretario oficioso de García y de mucha gente, de curiosidad siempre despierta y viveza ratonil, está tumbado ante la chimenea en una butaca. La pereza lo invade. Sueña con la Gloria. La Gloria es una corista de Apolo.)

PICH. (Canturreando.)

Me gustan todas, me gustan todas,
me gustan todas en general...

Soy feliz. ¡Cuidado que está hermosa con el traje de girasol! .. Pero hombre, ¿por qué tendré yo tantísima suerte con las mujeres?

Me gustan todas, me gustan todas,
me gustan todas en general...

GEN. (Viene del comedor, por la puerta del foro. Es una hija de Madrid, de buen ver, y que, á juzgar por la autoridad con que reina en la casa, más que criada parece señora.) Señorito Pichardo.

PICH. ¿Qué hay? Ven acá. Tú también me gustas.

GEN. ¿Sí, eh? Pues usté á mí ni pa quitarme el hipo.

PICH. Igual empiezan todas y luego .. ¿Qué hay?

GEN. Dice don Pedro que por qué no se va usté al comedor.

PICH. Dile que porque no me da la gana.

GEN. Clarito, ¿verdá?

PICH. Y de paso dile también que tú me gustas más que la Remedios. Verás cómo se ríe.

GEN. ¡Que lo maten á usté, si pueden! (Se va por donde vino.)

PICH.. (Gritándole.) ¡Con pólvora de tus ojos, retrecheral (Volviendo al canturreo.)

C'étaient deux amants
lassés des amours banales...

¿Quién viene? ¡Carambo, la suegra! ¡Si lo sé me voy al comedor!

ESCENA II

PICHARDO y DOÑA GOYA

(Es doña Goya una vieja loca, de extraña catadura y poquísimo pelo. Su flaco es la extremada susceptibilidad. Su fuerte son las pullas. Usa en casa manteleta y mitones. Viene del comedor, sollozando y suspirando con honda pena, á tomar el café allí tranquila.)

D.ª GOYA ¡Ay!... ¡ay!...

PICH. ¿Qué es eso, doña Goya?

D.ª GOYA Se lo han propuesto... y acabarán conmigo... ¡Ay!... ¡Es mucha familia!... ¡mucha familia!... No me quieren, no me han querido nunca...

PICH. (Procurando apaciguarla y consolarla.) Vamos, señora, vamos...

D.ª GOYA ¡Que me den un puntapié!... ¡que me echen al arroyo!... ¡que me recoja la trapera!... ¡Infeliz de mí!... ¡Ay!... ¿Usted quiere café, Pichardo?

PICH. Muchas gracias. Tómelo usted, que le hará buen provecho.

D.ª GOYA ¡Sí; buen provecho!... (Bebe un sorbo y se quema.) ¿Ve usted? ¿ve usted si me odian? Me lo dan echando fuego para que me abrase.

PICH. No...

D.ª GOYA ¡Sí! Y con poca azúcar, sabiendo que me gusta como lamedor...

PICH. Señora mía... (Saca del bolsillo un terrón y se lo ofrece con cariño y solicitud.) Todo tiene remedio en este mundo.

D.ª GOYA No, Pichardo, no; eso de ningún modo. Usted lo lleva para su perra.

PICH. Mi perra y yo lo cedemos con muchísimo gusto.

D.ª GOYA Gracias, entonces. Se lo reservaré al *Empecinado*.

PICH ¿El loro?

D.ª GOYA Sí. ¡Pobrecito! Nadie se acuerda de él... Como es cosa mía... ¡Me tiran al degüello, Pichardo!

PICH. ¿Y las ratas blancas, qué tal están?

D.ª GOYA Monísimas; pero muertas de hambre... ¡Si aquí parece que nos tienen á todos de limosna!...

PICH. ¿Y los conejitos de Indias?

D.ª GOYA ¡Ah! ¡Da gloria verlos!... Tan vivos, tan graciosos... ¡Angeles del Señor! Veinticuatro más tengo ya. ¡Pero no comen! ¡no comen!...

PICH. ¡Carambo! ¡pues parece que sí!

D.ª GOYA Le digo á usted que á quien se le cuente que esto me ocurre á mí viviendo con una hija mía, no lo cree. (Bébese el café de dos tragos.)

PICH. Como ella para poco en la casa.

D.ª GOYA ¡Porque no puede resistir á ninguno!... ¡Esto no es casa: esto es un rancho de gitanos! ¿Usted quién cree que tiene menos vergüenza, el padre ó los hijos? ¡Pues anda, que las sobrinitas baturras que nos han caído á última hora!... ¡Vaya dos alhajas! Ni á misa

voy con ellas. ¡Mire usted la Daniela, con un novio albañil!...

PICH. ¡Arquitecto, señora!

D.ª GOYA ¡Albañil! ¡Se lo digo en su cara á ella! ¡Albañil! ¡Tiene un novio albañil!

PICH. No se sofoque usted...

D.ª GOYA ¡Si levantara la cabeza mi hermana, la marquesa del Astro Rey!... Por supuesto, ¿qué se podía esperar?... Ese García y toda su gente siempre fueron unos sablistas, unos aventureros... ¡Ay, qué paso más torpe dió mi pobre hija al casarse con él!... ¡Bien le predicó mi marido! Dios lo tenga en su gloria. ¡Si el pobrecito levantara la cabeza!...

PICH. ¡Qué tiro se pegaba!

D.ª GOYA ¿Eh?

PICH. Usted calcule: ver á su alrededor estas cosas...

D.ª GOYA Es que si lo ha dicho usted con segunda intención, es usted un indecente.

PICH. ¡Señora!

D.ª GOYA Adulador, cochino, que viene aquí nada más que á ver lo que saca... ¡Mal caballero! ¿Se creía usted que yo estaba loca, verdad?

PICH. Por Dios, doña Goya; no lo tome usted de esa manera...

D.ª GOYA No; si á mí me tiene usted sin cuidado... A mí lo que me importa es mi gente... ¡Qué gente, amigo mío! La Daniela con el albañil; y la María, la mosquita muerta, esa que parece que nunca ha roto un plato... acuérdese usted, acuérdese usted... esa nos dá un disgusto el mejor día... ¡Yo veo crecer la yerba! .. ¡La primera papilla no se digiere!... Y la madre de esas niñas se comió la olla antes de las doce. ¿Pero y mi café? ¿Quién se ha bebido mi café?

PICH. ¡Usted, señora!

D.ª GOYA ¿Yo? ¡Habrá sido usted!

PICH. Señora, no tengo esa costumbre...

D.ª GOYA Sí, sí; dime con quién andas... ¡En el nombre del padre!... ¡Dónde he venido yo á caer!... ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!... ¡Qué amigos tienes, Benito!... ¡Ya sé yo quién se ha llevado la rata pinta!

ESCENA III

DICHOS y DANIELA; luego MARÍA

DAN. (Viene también del comedor.) ¿Se va usted á su cuarto, tía Goya?

D.ª GOYA No; me voy al Real. ¿No me ves descotada?

DAN. ¿Quiere usted que la acompañe?

D.ª GOYA Gracias, pimpollo. Más vale estar sola... (Se va por el foro, hacia la derecha, cantando.)

Tan tarantán que los higos son verdes,
tan tarantán que ya madurarán...

DAN. ¡Jesús!

PICH. Me parece de un peligro indudable tener á esta señora suelta.

DAN. ¡Pobre! Está maniática.

PICH. ¡Está como un cencerro!

DAN. Debe tenérsele por lo menos piedad, y aquí la tratan de cualquier modo.

PICH. ¡Si es inaguantable, Daniela! Y cuidado que á mí me hace reir.

DAN. A mí no. Nada de lo que veo en esta casa me hace reir.

PICH. Es según se mire...

DAN. Mi tío lo espera á usted en el comedor.

PICH. ¡Qué empeño!

DAN. Se ha puesto malo.

PICH. ¿Malo?

DAN. El estómago: lo de siempre. Le han dado la comida los hijos.

PICH. ¡Carambo! Allá voy... Verá usted, verá usted... (Al ir á marcharse por el foro, saluda á María, que sale, y se detiene para dejarla pasar.) Pase usted, María. Buenas noches.

MARÍA Buenas noches, Pichardo.

ESCENA IV

DANIELA y MARÍA

(Daniela se ha sentado. María, pensativa y triste, se sienta lejos de ella después que cambian las primeras palabras. Daniela es fuerte, impetuosa, rebelde; María suave, reconcentrada, serena. Las dos visten de alivio de luto.)

DAN. ¿Vienes llorando, hermana?

MARIA Sí. No puedo ver aquello tranquila.

DAN. Yo estoy echando fuego. ¿Sigue el espectáculo?

MARÍA Sigue. Tío Pedro ha llorado también.

DAN. Y acabarán con él entre todos. (Silencio.) ¿María?

MARÍA Qué.

DAN. ¿Vámonos de esta casa?

MARÍA Mujer, por Dios: ¿vuelves á lo de siempre? ¡Qué locura!

DAN. Locura es aceptar más tiempo por familia á esta gente.

MARÍA Fué voluntad de nuestro padre; recuérdalo.

DAN. Nuestro padre conocía sólo al tío Pedro, que es más bueno que el pan.

MARÍA Por eso, cuando se vió venir la muerte, pensó en él y en su casa para nosotras.

DAN. ¿Crees que lo habría hecho si hubiera conocido esta casa?

MARÍA No lo sé.

DAN. Yo sí. Y aseguro que no.

MARÍA Mala ó buena, siquiera tenemos aquí una familia.

DAN. No le llames familia á esta gente, ni á esta casa hogar. Llámala posada, mesón, sitio para comer y dormir; porque no es otra cosa.

MARÍA Dices bien, no es más que eso... Ni puede ser más que eso tampoco. Ya ves tía Lorenza: menos aquí... está en todas partes.

DAN. ¡Así han salido los retoños!

MARÍA Así han salido, sí. Son fieras... Unos á otros se aborrecen, se ocultan las alegrías, se venden las cosas...

DAN. No tienen más que un sentimiento común: el desprecio á su padre.

MARÍA Y el odio á César.

DAN. También. ¡Qué raro es César!

MARÍA (Intencionadamente.) En el fondo... tal vez sea igual que sus hermanos. ¿No?

DAN. No.

MARÍA ¿Verdad que no?

DAN. César podrá ser caprichoso, huraño, quizás calavera... pero tiene otro fondo moral.

MARÍA Parece de otra raza. Yo disculpo que cuando está aquí, quiera estar siempre encerrado en su cuarto, sin hablar con nadie, sin ver á nadie. César no es feliz.

DAN. En casa. Por ahí fuera bien que se divierte y que luce.

MARÍA Quién sabe si buscará el ruido para aturdirse y olvidar.

DAN. Puede. Sea como quiera, hay gran distancia de él á los otros. Todavía Alfredo... anda con Dios; aunque de puro frívolo es malo. Pero Momo es un cínico repugnante. Y con Filito la emprendería á bofetadas.

MARÍA ¡Y quieres tú que nos vayamos de aquí! ¿No te da pena del tío Pedro?

DAN. Mucha. Eso me ha detenido siempre que he intentando escaparme, contigo ó sola.

MARÍA ¿Ves tú? Pobrecillo. Ha llegado á querernos de veras. Alguna vez pienso yo que nosotras hemos venido á esta casa para hacerle llevadera la vida.

DAN. Yo quisiera ser tan buena como tú.

MARÍA Y lo eres. ¿Verdad que es un crimen muy grande dejar á ese hombre solo con su mujer y con sus hijos?

DAN. Y con su suegra; que se te ha quedado en el tintero.

(Pasa César de derecha á izquierda por el pasillo del fondo. María lo ve y lo llama.)

MARÍA ¡César! (Advirtiendo que no la ha oído.) ¡César!

ESCENA V

DICHAS y CÉSAR

CÉS. (Asomándose á la puerta del foro. Viene de gabán, con el cuello en pie, y sombrero de copa. Es hombre de buen porte, un poco adusto de fisonomía, huraño, triste, receloso, descontento de sí, y al mismo tiempo altivo, soberbio, susceptible.) Hola, primitas. Buenas noches. No os había visto

MARÍA Lo raro es que te veamos á tí.

DAN. ¿De dónde vendrás tú á estas horas?

CÉS. Oye: ¿habéis acabado de cenar?

MARÍA Sí.

CÉS. ¿Están allá todos?

MARÍA Todos.

CÉS. Me alegro de saberlo; para no ir.

MARÍA Anoche no viniste, César.

CÉS. ¿Quién te lo ha dicho?

MARÍA Al menos hasta las cinco de la mañana, que me quedé dormida, no sentí el llavín de la puerta.

DAN. Entró por el balcón, mujer.

CÉS. Tuve que hacer toda la noche en el escritorio. Se acerca fin de año y hay una de cosas por delante...

DAN. Por eso te fuiste de frac.

CÉS. ¡Vaya! La que no cojas tú, primita...

MARÍA ¿Vas á cenar ahora?

CÉS. Sí, pero no de casa: del café.

DAN. Para todo hay gustos.

CÉS. Para todo. Hasta luego.

MARÍA Hasta luego.

DAN. Adiós.

(César se retira hacia la izquierda, por el pasillo. Las dos hermanas callan.)

MARÍA A su concha, á su celda... Es extraño ese hombre.

DAN. ¿Qué tienes tú?

MARÍA Nada; tristeza, aburrimiento... ganas de llorar... Lo que tiene toda persona que sueña una vida, y vive otra.

DAN. ¿Y aún te aferras en seguir aquí?
MARÍA ¿Es incomprensible, verdad? Pues ya ves...

ESCENA VI

DICHAS y FILITO

(Sale por la puerta del foro. Viene del comedor. Su figura es angelical y su carácter endemoniado.)

FIL. ¡Jesús, qué fatiga! Empieza y no sabe acabar.
MARÍA ¿Quién?
FIL. Mi padre. La ha emprendido con el ¡ay! ¡ay! ¡ay! del dolor de estómago, y lleva diez minutos imposibles. ¡Se pone más pesado!
DAN. ¡Mujer, si le duele!
FIL. ¡No le duele! Es gana de amargarnos la cena. Si le doliera según hace visajes se moría esta noche.
DAN. Me llegaré yo á ver, porque lo que es tú tienes un alma... (Vase hacia el comedor.)

ESCENA VII

MARÍA y FILITO; luego ALFREDO, después MOMO, GENARA y un MOZO de café

FIL. ¿Subirás conmigo al segundo, María?
MARÍA No. Siento pereza.
FIL. Yo subo por no estar en casa. ¡Digo! ¡y esta noche que le toca á papá el cilindro del dolor de estómago! Además, voy á reñir con Arturete.
MARÍA ¿Con tu novio?
FIL. Sí. Se ha pelado al rape y no me gusta.
MARÍA Ya le crecerá el pelo, mujer.
FIL. Mientras le crece tengo yo tiempo de casarme con otro. ¿Tú sabes cómo está? Luego, ha dado en el chiste de encenderse en la co

ronilla los fósforos de trueno, y me pone nerviosa.

MARÍA Lo creo. Escucha: ¿este jueves daréis reunión?

FIL. Como todos.

MARÍA ¿Pues no dice tu madre que va á Toledo?

FIL. ¡Que vaya! ¡Bastante falta hace mamá! ¡Y bonita es la gente para quitarle un día! Le echarían la culpa á la alfombra, que ya se clarea con tanto baile...

(Sale Alfredo, que viene también del comedor. Es un pollo engomado y vacío. Siempre que no habla está silbando.)

ALF. Chica, ¡qué tabarra! El ¡ay! ¡ay! ¡ay! del estómago de papá me ataca los nervios. Prefiero á Wagner. No sigo allí, porque me va á sentar mal la cena.

MARÍA A él se conoce que le ha hecho daño antes que á tí.

ALF. ¡Como que se pone á comer y no acaba! Parece un chico.

FIL. Y cuidado que yo se lo previne: «Papá, no tomes macarrones.» ¡Macarrones! «Papá, no tomes mayonesa.» ¡Mayonesa! Pero se goza en quejarse después.

ALF. Yo me alegro, ¿sabes? A ver si se corrige. Y en cuanto venga mamá, se lo espeto. Por oirlos. ¡Esta mañana tuvieron una pelotera más graciosa!...

FIL. ¿Vas al teatro?

ALF. No: estoy sin una perra. Iré un rato á la Cervecería. A aburrirme.

MARÍA Vete con Filito al segundo.

ALF. ¡Lagarto! ¡lagarto! Es una reunión que da sueño.

(Sale Momo, que viene también del comedor. Es un perfecto sinvergüenza, de aspecto simpático y trato zumbón é ingenioso.)

MOMO ¡Pues señor, cuando la toma papá con el ¡ay! ¡ay! ¡ay! del estómago, y suelta toda la petenera, se echa de menos el escotillón!

ALF. ¡No me hables! Hoy está desatado.

MOMO ¡Calla, hombre! ¡Se ha fundido una bombilla por no oirlo!

FIL. El que se pone también nervioso es el gato.
ALF. Ah, sí; *Petrarca.*
FIL. Le ha querido arañar. Animalito.
(Sale Genara por la puerta de la izquierda y se va por la del foro después de detenerse un momento.)
ALF. ¿Qué tal la murga, tú?
GEN. Se ha callao un poco. Se conoce que está escogiendo pieza pa seguir.
(Los tres hermanos sueltan la carcajada.)
ALF. ¡Qué golpes tiene ésta!
MOMO (A María.) Oye, primita, ¿por qué te saliste del comedor? ¿Por lo que dije de Daniela?
MARÍA Por lo que voy á salirme de aquí. Por no oiros.
MOMO ¿Hola? ¿Está la mar picada?
FIL. ¿Verdad, prima, que en la disputa de la lotería tengo yo razón?
ALF. Como yo en la de los botines. ¿Verdad?
MARÍA No pude hacerme cargo. Chillábais todos á la vez.
FIL. Verás tú...
MOMO ¿A qué vais á renovar la cuestión?
FIL. Yo quiero que se entere. Me pidió Momo el otro día dos duros y medio para comprar un décimo de cinco. Yo no tenía suelto y le dije: Cómpralo, que mañana te los daré. Y va y lo compra, y no me vuelve á pedir nada, y le tocan cincuenta duros. ¿No me corresponden á mí veinticinco?
MARÍA En ley de Dios, sí.
MOMO ¿Quién lo niega? Es indudable que te corresponden; pero es indudable también que yo no te los doy.
FIL. ¿Ves tú? Y si no te hubiera tocado un céntimo...
MOMO Te habría reclamado los cincuenta reales. Ese era mi plan.
ALF. ¿Pues y lo mío de los botines? Se los cambio por tres cuellos del 39, que le vienen chicos; se los entrego de buena fe... y ahora no hay modo de sacarle ni los botines ni los cuellos.
MOMO Pero que no hay modo. Y tú no me vas á matar. Sería un crimen. Y un crimen por

unos botines, ni tiene misterio, ni tiene nota pasional, ni hablarían de él los periódicos... No te conviene.

FIL. ¿Tú oyes? Pues siempre hace lo mismo. No le paga á nadie.

MOMO ¡A nadie!—en buena hora lo diga. Y esto me abre mucho horizonte en mis negocios.

MARÍA Y la cabeza también te la pueden abrir.

MOMO ¡Nunca! Al que debe y piensa pagar, tal vez. Pero ese es un ser despreciable. Al que debe y no piensa pagar, jamás le ocurre nada.

ALF. ¿Sí, eh? No opinabas ayer así, cuando me propusiste el cambio.

MOMO ¡Toma! Ni opinaré mañana como esta noche. La única manera de tener razón siempre, es pensar cada cinco minutos una cosa distinta.

FIL. Y siempre lo que te convenga á tí.

MOMO Choca.

FIL. Vete á paseo. No tienes vergüenza ninguna.

MOMO Ninguna.

MARÍA ¡Pero, hombre!

MOMO Ninguna, primita. ¿Para qué? Mira: de veinte personas que trato, diez y nueve no tienen vergüenza. ¿Y voy yo á dar una nota discordante? No en mis días. Prefiero ponerme al nivel general.

(Sale por el foro el Mozo de café con un servicio, y se va hacia la izquierda. Genara, que aparece tras él, lo detiene y le hace marcharse por el mismo pasillo hacia dentro. A poco vuelve á pasar el Mozo en sentido contrario, sin el servicio ya.)

MOZO Buenas noches.

MARÍA Buenas noches.

GEN. Pero ¿á dónde va usté? ¿No le he dicho que todo seguido?

MOZO Ah, ya... Ustedes perdonen, señoritos.

GEN. Por *áhi*, por *áhi*. .

MOZO Sí, sí; ya sé...

MOMO ¿Hola, hola? Parece que nuestro misterioso hermano don César, Blas el ermitaño como quien dice, va á ponerse como el chiquillo del esquilador.

ALF. Se trata bien el hombre. ¿De dónde saldrán esas misas?

MOMO ¡Y que tú no lo sabes! ¡Ni yo!

FIL. Ni yo, aunque soy una niña inocente.

MARÍA ¿De dónde? De su sueldo en la casa de banca, ¿no?

MOMO Primita, tú eres una azucena, y yo no debo manchar tu virginal blancura... ¿Qué sabes tú de ciertas damas elegantes y caprichosas... con palacios y trenes lujosos... espléndidos... magníficos?...

MARÍA No te entiendo, Momo.

MOMO Ni falta.

ALF. Esta tarde se ha hablado de todo eso en la Cervecería.

GAR. (Dentro, quejándose angustiosamente.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

MOMO ¡Adiós! ¡Sigue la serenata!

ALF. ¡Sálvese el que pueda! (Vase corriendo por la puerta de la izquierda.)

FIL. ¡Huyamos! (A María.) ¿Tú no subes por fin?

MARÍA No.

FIL. Pues yo voy por mi abrigo. (Vase tras Alfredo.)

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

MOMO Ya viene. ¡En seguida me pesca á mí! Dios te dé paciencia, muchacha. Oye, y no estés seria conmigo.

MARÍA No estoy seria, no.

MOMO Ni te enfades porque me guste más Daniela. Mi afecto hacia tí es puramente fraternal... El que le profeso á Daniela, sin dejar de serlo, lleva en sí una veta que no le va bien á la fraternidad. Adiós, feucha. (Vase también por la puerta de la izquierda.)

MARÍA Adiós.

ESCENA VIII

MARIA, GARCÍA y PICHARDO

GAR. (Saliendo por la puerta del foro, apoyado en Pichardo.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... Indudablemente yo voy á dar un estallido.

MARÍA ¿Pero no está usted mejor, tío Pedro?

GAR. Hola, sobrina. Sí, hija mía, sí. No me hagas caso.

MARÍA Como se queja usted...

GAR. (Con amargura.) Es un recurso. Empecé á quejarme en el comedor para que se fueran mis hijos.

MARÍA El recurso no puede ser más triste.

GAR. Pues ninguno me da mejor resultado. Creí que estaban aquí; por eso empecé á gimotear cuando venía.

MARÍA Apenas lo sintieron á usted salieron huyendo.

GAR. ¿Ves tú? Si no falla. ¡Ay, Señor, Señor; como no haya más vida que esta... me he lucido! Pero sí, sí habrá otra; para mi desquite.

MARÍA Dios nos manda creerlo.

GAR. Pues te aseguro que si hay otra vida, lo que es yo en la otra vida no me caso.

MARÍA ¡Jesús, tío Pedro! ¡Qué salida!

PICH. Ganas de hablar, le advierto á usted...

GAR. ¿Cómo ganas de hablar? ¡Claro! Tú me juzgas por tí. Como tienes una mujer que es un encanto, y un chico que se mira en tus ojos, volverías á casarte cien veces.

PICH. (Al oído de su amigo, con inflexión cómica.) ¡No lo creas!...

GAR. ¡Granuja!

MARÍA ¿No ha tenido usted más que un hijo, Pichardo?

PICH. Uno nada más. Mi señora ha tenido tres, pero no son míos: son de su primer matrimonio.

MARÍA ¡Ah! ¿De manera que es viuda?

GAR. Era, era viuda. Este, aún, aún...

PICH. ¿Qué quiere decir aún, aún?... ¡Esa benevolencia es ofensiva!

GAR. ¡Ja, ja, ja! Me encantas, tocayo. ¡Dichoso tú, que puedes hablar del matrimonio sin renegar de él!

MARÍA Pero tío, ¿todo el mundo ha de maldecirlo porque le haya salido á usted la criada respondona?

GAR. ¿La criada? ¡Si no fuera más que la criada, estaría yo en el cielo! Pero mi mujer, mi suegra, mis hijos... ¡todos me han salido respondones! ¿Qué falta habré yo cometido

para purgarla así? A mí no me acusa la conciencia. Yo soy buen padre, buen cristiano... Dice Dios: «Crece.» Y he crecido. «Multiplícate.» Y me he multiplicado. Lo que no dice Dios es qué hace uno cuando le sale mal la multiplicación.

MARÍA Le ayuda á usted á vivir el humor que tiene.

GAR. También me va faltando ya.

MARÍA ¡Ca! Genio y figura...

GAR. ¡Ah! La figura, precisamente, es lo que me ha perdido: porque fué la que cautivó á mi mujer. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Para cuándo son las jorobas, señor?

MARÍA Tía Lorenza dicen que era preciosa.

PICH. ¡Preciosa! Certifico.

GAR. Lo fué; no cabe duda. Yo estoy en que me la han cambiado una noche mientras dormía.

MARÍA Vaya, vaya; veo que se fué el dolor de estómago.

GAR. En cuanto se fué la familia.

MARÍA Pues hasta mañana, tío Pedro.

GAR. Adiós, hasta mañana.

MARÍA ¿Y Daniela?

GAR. En el comedor se quedó cociéndome un brebaje.

MARÍA Buenas noches, Pichardo.

PICH. A los pies de usted. (Vase María por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

GARCÍA y PICHARDO. FILITO, ALFREDO, MOMO y LUISA, que pasan

(Este señor García, como se ve, es un desdichado. Hombre de excesiva bondad y escaso carácter. Está todo «hacia abajo»: el bigote, los pocos pelos que le quedan, la mirada, los brazos... Todo. Tiene cincuenta años y representa muchos más. Viste muy decentemente. En casa usa batín.)

GAR. ¡Pobrecillas! Son dos santas conmigo.

PICH. Dos santas; es verdad. Ahí viene tu hija.

GAR. (Rompiendo á quejarse con amargura.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

FIL. (Saliendo por donde se fué, con un abrigo al brazo.) ¿Qué es eso? ¿No te alivias?

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

FIL. Yo me voy un rato al segundo. A las doce que suban por mí. (Se va por el foro, hacia la derecha.)

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... Tenga usted hijos para esto.

PICH. Calla, chico. Indigna el espectáculo. Se llega á dudar viniendo con frecuencia á tu casa, de lo más sagrado, de aquello que debe haber de más puro en nuestro corazón... de... de... ¿Te parece que nos vayamos á ver á esas?

GAR. (Mirándolo como á un iluminado.) ¿Dónde las tienes?

PICH. (Bajando instintivamente la voz.) En Apolo: en un anteproscenio.

GAR. (Vacilante.) Tocayo: eres un peligroso Mefistófeles...

PICH. (Riéndose.) No; yo no...

GAR. Oye, ¿y quién te ha regalado ese palco? Porque no te concibo en la taquilla comprándolo tú.

PICH. Haces bien. Me lo ha regalado Picavea. Se le ha muerto la suegra de repente, y no puede ir.

GAR. ¿La suegra? ¿Aquella señora que no se cortaba las uñas para que no cayeran rayos en la casa?

PICH. Justo: que apostábais tú y él cuál de las dos estaba más loca; si tu suegra ó la suya.

GAR. ¡Y ganaba siempre la mía!

PICH. Naturalmente.

(Oyese silbar á Alfredo, que se acerca.)

PICH. Alfredo.

GAR. (Volviendo á los quejidos lastimeros.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

(Sale Alfredo por la izquierda, de gabán y hongo, y se va por donde Filito, silba que silba y sin detenerse un momento.)

PICH. Adiós; buenas noches.

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

PICH. Calla, que ya se ha ido.

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

PICH. ¡Que ya se ha ido!

GAR. Pero viene ahí el otro. ¡Ay!... ¡ay!.. ¡ay!...

(En efecto, sale Momo detrás de Alfredo y se larga también. Va de capa y chistera.)

MOMO ¡Aliviarse, don Pedro!

PICH. Gracias.

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... Me adoran; ya lo ves.

PICH. Chico, la indignación me ofusca, me ciega, me...

GAR. Doblemos la hoja.

PICH. ¿Sabes que la Lolilla va con la falda de barros que tú le regalaste?

GAR. ¿Sí, eh?

PICH. ¡Brindada! No dirás que no. Esa mujer te quiere.

GAR. (Esquivando la tentación.) Mira, Mefistófeles de tres al cuarto, vete ya á tu palco de Apolo y déjame en paz.

PICH. Pero, tocayo...

GAR. Márchate, márchate; no estoy para fiestas. No es sólo que me duele el estómago—porque me duele, aunque me queje más de lo justo;—es que tengo sobre mí una tristeza que no me deja respirar... Además, ese palco es donativo de un hombre que ahora mismo esta velando á su suegra... La juerguecita nos iba á resultar macabra... Vete tú, vete tú...

PICH. Haré lo que quieras...

GAR. Sí, vete, vete. Y mira que estas aventurillas baratas, son lo único apetitoso que me queda en la vida... lo único que me divierte y me aleja de mí... ¡Ay!... ¡Salidillas al ideal que todos tenemos!... ¡Quién le habla de decir á la Lola que alguna vez iba á encarnar el ideal de este pobre hombre!

PICH. Vaya, chico; estás hecho un sauce llorón. Te dejo. (Cambiando de tono y de actitud.) ¿En dónde nos veremos mañana?

GAR. (Lo mismo.) En Bolsa. Espéreme usted á las tres.

PICH. Corriente.

GAR. ¿Le escribió usted á González Fresneda?

PICH. ¿Pues no recuerda usted que le leí la carta?

GAR. Es verdad. Mañana quiero que vaya usted á Fomento. Apúntelo por si á mí se me olvida.

PICH. ¿Se le ofrece á usted algo más?

GAR. Nada. Hasta mañana.

PICH. Hasta mañana. (Volviéndose, ya en la misma puerta del foro.) Oye, chico, ¿si supieras que cada vez me joroba más esta maña tuya de que nos hablemos de usted al tratar los negocios?

GAR. Ah, pues es muy sana, y no pienso abolirla. Y menos con un secretario tan sinvergüenza como tú. ¡A la calle!

PICH. Está bien, hombre, está bien. (Refiriéndose á Luisa, que sale por el foro y se va por la izquierda.) ¡Qué bonito tipo tiene esta chica!

GAR. Anda, hombre, anda. No sabes irte nunca.

PICH. ¡Je! Adiós. (Vase riendo.)

GAR. ¡Diablo de secretario!... La verdad es que burla burlando me alegra la vida. Más bien que mi secretario es mi escudero.

Llevan, porque se presuma
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás
y el de adelante con pluma.

PICH. (Volviendo a escape, con un periódico en la mano, que le da á García.) Toma: ahí tienes distracción. Lo echaban cuando yo salía. Adiós.

GAR. Adiós y gracias, hombre.

PICH. (Desde la puerta, como antes.) Oye: ¿quieres ver si debuta mañana la *Bella Lunares?* ¡Por más que tiempo tengo de mirarlo! Adiós.

GAR. Adiós.

ESCENA X

GARCÍA y DANIELA

(García ojea el periódico. A poco llega Daniela del comedor con una taza de manzanilla, que le ofrece.)

DAN. A ver si con esto se alivia usted.

GAR. Dios te lo pague, Daniela de mi alma. ¿Qué es, manzanilla?

DAN. Manzanilla.

GAR. Aunque fuera rejalgar me sabría á jarabe. Siéntate. ¿Tienes algo que hacer?

DAN. Darle á usted compañía.

GAR. Que me place—respondió el del Verde Gabán.

DAN. ¿Y mi hermana?

GAR. A su cuarto se retiró hace un ratillo. Es tan metida en sí, tan amiga de estar siempre sola... Por cierto que si tu pobre padre te viera cuidándome y acompañándome como lo haces, diría que le usurpabas á ella su puesto y condición.

DAN. ¿Por qué?

GAR. Como tu genio es más resuelto, más arrebatado y fogoso que el de María, tu padre pensaba de vosotras—recuerdo que me lo dijo la última vez que habló conmigo en Zaragoza, paseando por Zocodover — ¡ay, que esto es de Toledo!—paseando por el Coso;— tu padre pensaba, que si hubiérais vivido cuando la guerra de los franceses, María se hubiera dedicado á cuidar heridos y á rezar por los muertos, y tú te habrías puesto á tirar trabucazos en la muralla. ¿Eh? Que no está mal; que pinta al vivo vuestros dos caracteres.

DAN. Es cosa que decía papá con mucha frecuencia. En todo y para todo sacaba ejemplo de los sitios.

GAR. Es verdad. Aquella tarde llevaba un perro

y le llamaba Palafox. ¡Qué aragonés era más simpático! Pero bah, bah, bah... No hay por qué entristecerte.

DAN. Recordando á mi padre, ¿por qué no?

GAR. Con todo. ¿Quieres un sorbito de manzanilla?

DAN. No; gracias. Bébasela usted.

GAR. (Tose que tose, atragantado.) ¡Diantre!

DAN. ¿Qué es eso?

GAR. Nada, hija: se fué por mal camino. (Tose un poco más.) Ya pasó.

DAN. Vaya.

GAR. Celebro que la casualidad nos haya dejado solos naturalmente, porque hace días que quiero que hablemos, y no se ha presentado ocasión.

DAN. ¿Que hablemos? ¿De qué?

GAR. De un asuntillo bastante espinoso... que á mí me preocupa.

DAN. Ya.

GAR. No; y no vale arrugar el ceño, ni apretar los dientes, ni dar pataditas en el suelo.

DAN. De buena tierra soy yo para que me lleven la contraria.

GAR. Mira, mira, no es eso: si lo vas á tomar en baturro, no sigo. «¡Chufla! ¡chufla! ¡Como no te apartes tú!...» Por ahí no vamos á ninguna parte. Oyeme en calma, Danielita: ¿estás decidida á seguir en tus amores con ese mozo?

DAN. ¿Por qué no, tío? ¿Hay alguna razón que lo estorbe?

GAR. En la vida, hija mía, es imposible tirar y rajar por donde se le pone á uno entre ceja y ceja... Las diferencias de clase en los matrimonios son siempre funestísimas.

DAN. Bueno, ¿y qué? (Bromeando.) Eso vendría que ni de molde, si yo fuese una princesa encantada; si yo tuviese la sangre azul...

GAR. El color de la sangre no importa. Azul ó colorada, á los seis años de matrimonio ambos cónyuges la tienen frita, y el color es el mismo. Pero bromas á un lado, vamos á lo que importa. ¿Me negarás, nenita, que tu

novio es hijo de una lavandera del Manzanares?

DAN. ¿Qué he de negarlo yo, si él lo tiene á orgullo?

GAR. (Desconcertado.) ¿Lo tiene á orgullo?

DAN. Es natural.

GAR. No, sí; en eso sí le asiste la razón al muchacho... No ser nadie, querer hacerse un hombre, moverse en otro medio, trabajar... estudiar... Sí; en todo eso hay motivo de orgullo... ¿Cómo he de negar yo una cosa tan clara?

DAN. ¿Entonces?...

GAR. ¿Entonces qué?

DAN. ¡Ay, tío! Me da el corazón que no es usted quien habla conmigo; sino mi tía Lorenza.

GAR. ¿Cómo? ¿Supones?... No, hija, no; mi debilidad no llega á tanto... Cierto que tu tía pierde los estribos hablando del particular. «Que si la blusa y la levita; que si el advenedizo; que si el obrero...» Como ella tiene su puntillo de aristocracia...

DAN. (Indignada.) ¡Lo que pretende mi tía es que yo me case con Momo! Pero dígale usted, ya que es usted su embajador, que se fije primero en la diferencia que va del uno al otro. A mi novio lo quiero, y Momo me repugna: mi novio me quiere, y Momo me codicia. Y por lo que toca al linaje, dígale usted que mi novio no es un obrero, aunque lo haya sido; y que suponiendo que aún lo fuese, mejor le doy mi mano á un obrero que sepa levantar una casa, que á un señorito vicioso que ayude á destruir la que tiene.

GAR. ¡Cáspita, si te explicas! ¡A cualquier hora le digo yo á doña Lorenza todo eso!... Pero dejémonos de desplantes: discutamos con serenidad. ¿Tú estás segura de que ese muchacho te quiere?

DAN. Me quiere: con toda su alma.

GAR. Bien, eso pudiera ser... El, naturalmente... Pero en fin, yo no digo... Claro está que el cariño solo no basta... ¿Es bueno ese hombre?... ¿es honrado?...

DAN. Creo en él como en mí.
GAR. ¡Anda con Dios!
DAN. Es honrado; es bueno.
GAR. ¿Quién te lo ha dicho?
DAN. La Virgen del Pilar.
GAR. ¡Pues cualquiera le enmienda la plana! ¿Y tú lo quieres de verdad? ¿No será un capricho?...
DAN. Eso pregúnteselo usted á él.
GAR. Entonces, niña, entonces...
DAN. ¿Volvemos al entonces? ¿Entonces qué?
GAR. (Rindiéndose.) Nada; que tienes más razón que una santa; que es verdad lo que presumías; que estas son cosas de mi mujer; que yo pienso lo mismo que tú y que la Virgen del Pilar; que te casas cuando te dé la gana; que te escapas con tu novio si se te antoja; que yo te abro la puerta; que seréis muy felices; que el muchacho será un gran arquitecto... y que puede que yo le encargue una casa con un juego de habitaciones especial para no ver más á ninguno de mi familia.
DAN. ¡Ja, ja, ja! ¿Ni á César tampoco, tío Pedro?...
GAR. ¡Ah! ¡César!... Si no fuera por él le pegaba fuego á la casa con mi gente dentro. Me arrollan, me arrollan entre todos... El día menos pensado cometo un crimen, porque me convencen, me empujan, me arrastran á él...
DAN. Calle usted, que se acerca tía Goya.
GAR. ¡Vaya por Dios! Tan á gusto como estábamos los dos solitos.

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA GOYA

D.ª GOYA (Por la puerta del foro, con una palmatoria encendida.) Oye, Pedro.
GAR. ¿Qué quiere usted, señora mía?
D.ª GOYA Tu mujer acaba de mandar recado. No vie-

ne esta noche. Se queda velando á la de González, que está si las lía.

GAR. ¡Bien, hombre, bien! Cuando pitos flautas, cuanda flautas pitos...

D.ª GOYA No; si debes criticarla; si es una maldad velar á un enfermo... (Encamínase hacia la puerta de la izquierda.)

GAR. Pero ¿cuándo va á morirse alguien que no sea amigo de mi mujer? (A doña Goya, gritándole.) ¿Adónde va usted con esa vela?

D.ª GOYA ¿A tí qué te importa? ¡El demonio del viejo, que en todo ha de meter su cucharada! (Vase.)

DAN. Irá á ver á sus pájaros.

GAR. Acompáñala tú, mujer, no queme algo por ahí. ¡Esta manía de que la luz eléctrica es cosa del demonio!... ¡Ay, qué castigo!

DAN. Voy con ella. Buenas noches, tío Pedro.

GAR. Adiós, hija mia. Hasta mañana.
(Vase Daniela detrás de doña Goya.)

ESCENA XII

GARCÍA y GENARA

GAR. Está bien, señor. (Se acerca a la chimenea y de pie junto á ella se dispone á leer el periódico.) Vamos á ver qué pasa por el mundo. O qué dicen que pasa. ¿Dónde he echado los ojos? (Saca del bolsillo unos lentes y se los pone para leer. Genara sale á poco por el foro.)

GEN. Señor.

GAR ¿Eh? ¿Quién? Ah. ¿Qué hay?

GEN. Por teléfono preguntan si ha salido usté de casa esta noche.

GAR. Por teléfono, ¿verdad? Probablemente habré salido. ¿Quién lo pregunta, sabe usted?

GEN. El señor Guinea; desde el Círculo.

GAR. ¿Ah, sí? Contéstele usted, no que he salido, sino que estoy fuera.

GEN. ¿Que está usté fuera?

GAR. Sí. Y que no vuelvo hasta que él se haya muerto.

GEN. Ya, vamos. Descuide usté, que llevará lo suyo.

GAR. Allá usted.

GEN. (Al ir á marcharse, deteniéndose.) Pero esta es mucha luz para leer. Con la de la chimenea tiene usté de sobra. (Apaga la lámpara central y se va por donde salió.)

GAR. Gracias. Es verdad. Me conmueve el rasgo económico. (Mientras pasa la vista por el diario.) ¡Caray con Guinea!... Para un asuntillo que sale que valga dos cuartos, á cuánto majadero hay que aguantar. (Lee.)

ESCENA XIII

GARCÍA y CÉSAR. Al final DOÑA GOYA

CÉS. (Aparece en la puerta del foro en traje de casa, y se detiene contemplando á su padre. Su expresión es sombría.) Allí está... Solo; siempre solo... ¿Tendré valor para confesarle lo que he hecho?... Si él no me salvá, no me salva nadie. (Da unos pasos por el gabinete.)

GAR. ¿Quién anda ahí? ¿César?

CÉS. Sí: yo soy.

GAR. ¡Chico! ¡dichosos los ojos! ¡No hay quien te eche la vista encima!

CÉS. Psche...

GAR ¿Qué novedad es esta? ¡Tú en casa una noche! ¡Milagro! ¡milagro!

CÉS. No, no es milagro. Ya sabes tú que tengo rachas...

GAR. Es cierto, sí; pero llevabas una—la más larga de todas—en que para verte eran precisos memoriales... Por eso me sorprendo ahora.

CÉS. Todo se acaba; todo llega á aburrir...

GAR. ¿Qué me cuentas?

CÉS. Sí, papá. Me cansa ya la vida estúpida que vengo haciendo.

GAR. ¿Qué me cuentas?

CÉS. Lo que oyes.

GAR Fuí el primero en pronosticarte ese hastío.

CÉS... Ya lo sé.

GAR. Hay muchas cosas en la vida que parecen de oro, y es porque les da el sol. Se va el sol... y se acabó el encanto.

CÉS. Por eso son tan peligrosas.

GAR. Bien te dije que te metías en un mundo de ficción, de tramoya, en el que no podrías vivir tú mucho tiempo, tal como eres. Y te lo dije, porque no quería perderte á tí también. Al fin y al cabo—tú lo sabes—tengo en tí mis cinco sentidos. Eres el único en esta casa que me respeta, que me quiere...

CÉS. Eso sí.

GAR. Todos me debéis igual consideración, y sin embargo, sólo tú pareces mi hijo. Tú eres, además, el único en quien puedo mirarme con orgullo; el único á quien no le falta la naturaleza moral que yo quise que tuviérais todos. ¿No he de disculpar tus locuras, tus devaneos, hijos no más que de la sangre moza?... Pero ¿qué tienes? ¿Qué te ocurre?

CÉS. No me hables así.

GAR. ¿Por qué?

CÉS. Porque me haces daño.

GAR. ¿Te duele que reconozca en tí buenas cualidades?

CÉS. Si las tuviera, no.

GAR. ¿Y dudas que las tienes?

CÉS. Lo niego. Las tenía.

GAR. ¿Eh?

CÉS. Ahora soy el peor de todos.

GAR. ¿Qué estás diciendo, César?

CÉS. El propio Momo, que es un vividor desvergonzado, puede arrojarme de esta casa.

GAR. Vamos, tú deliras: tú no estás bueno de la cabeza.

CÉS. Porque estoy bueno de ella digo lo que digo.

GAR. Mira, César, no sé qué advierto de siniestro en tus medias palabras. Sácame de esta incertidumbre. ¿Qué te pasa? ¿Has hecho alguna tontería?... ¿Esa mujer?...

CÉS. No.

GAR. ¿Algún mal negocio?... ¿Alguna falta?... Dí.

CÉS. Me avergüenzo... Mi ánimo se resiste...

GAR. ¿En el escritorio no será? Tu jefe, ayer, se hizo conmigo lenguas de tí.

CÉS. Muy pronto cambiará de opinión.

GAR. ¿Qué?

CÉS. Sí. Muy pronto.

GAR. César, mírame: mírame, que no quiero creerte, que me asustas... Estás desencajado, febril... Las manos te arden...

CÉS. ¡Me arden!... ¡me arden!... ¿Por qué no me ardieron la primera vez que las puse en lo que no era mío?

GAR. ¡César!... ¡César!...

CÉS. Ya ves lo que es tu César... Escúpeme.

GAR. ¡Jesús!... (Atribulado; lloroso.) Pero si no puedo creerlo... César, hijo mío, por la salvación de tu alma, cuéntamelo todo... quiero saberlo todo... Eso no puede ser. Tú me engañas.

CÉS. No... no te engaño, no. ¡Ojalá!

GAR. Pues dime.

CÉS. Aguarda.

D.ª GOYA (Pasando lentamente con su vela de la izquierda al foro, por cuya puerta se va, sin quitar ojo al padre y al hijo.) Junta de rabadanes... oveja muerta.

GAR. (Apenas desaparece la vieja.) Habla.

CÉS. Escucha.

(García espera con avidez las palabras de César, fijo en su cara, como si quisiese leerle en ella lo que ha de decir. César, con angustiosa mímica, expresa que no sabe cómo empezar.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de García. Una puerta al foro y otra á la izquierda del actor. Chimenea encendida, á la derecha. Mesa en el centro de la escena, con tapete. Aparador á la derecha de la puerta del foro. En primer término, á la derecha, sofá. Ante la chimenea, butacas. En torno de la mesa, sillas. Cuadros. Colgada sobre la mesa, una lámpara. Pendiente de ella, timbre eléctrico. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MOMO, DANIELA y GENARA

(Momo, tumbado en el sofá en traje de casa, fuma y lee un libro. Dentro, hacia la derecha, en la sala, algo lejos, óyese á una muchacha cantar una guajira al piano. Cuando termina, estalla un aplauso, que no se sabe si es de admiración ó de cortesía.)

MOMO (Burlándose.) ¡Oh! ¡encantadora! ¡admirable!... Y parece un grillo la niña. Bien me ha cogido el carro este jueves. (Sale Daniela por la puerta del foro, y se detiene un instante mirando hacia la sala. Luego, segura de que nadie la sigue ni la ve, corre hacia la puerta de la izquierda y se va sin fijarse en Momo. Este, que al sentir pasos ha hecho un movimiento para incorporarse y huir, al ver que es su prima, se está quieto.) ¿Hola? ¿Una escapadita al balcón?... ¡Inocente paloma! Pues que se ande con cuidado el noble hijo del pueblo,

porque, como yo pueda, le doy una broma de salón. De esas que se agradecen toda la vida. (Lee. Sale Genara por la puerta de la izquierda, mirando para dentro. Momo, al reparar en ella, le dice sonriéndose:) Se figura que no la ve nadie.

GEN. (Sorprendida.) ¿Eh? Hola, Momo. ¿Qué te parece la mocita?

MOMO De la buena cepa.

GEN. Pa mi que esta se te escapa de entre las manos.

MOMO Menos lo sentirás tú que yo, ¿no es verdad?

GEN. Calla, granuja.

MOMO ¿Viene alguien?

GEN. Sí.

MOMO Pues, señor, no quiero enfermar del corazón. Me largo á mi alcoba, aunque me hiele. (Vase huyendo por la puerta de la izquierda.)

GEN. ¡Y que voy yo á dejar que tú la toques al pelo de la ropa! ¡Sería un pueblo! (Se pone á hacer que hace algo para ver quién llega.)

ESCENA II

PICHARDO y DON MARCOS

(Salen por la puerta del foro. Don Marcos trae cogido del brazo á Pichardo, y no lo suelta ni á tres tirones. Viene contándole el argumento de un drama suyo.)

D. MAR. ...Hay una escena fuerte entre el padre y los hijos, y así acaba el acto primero. ¿Qué tal?

PICH. ¿Me permite usted que beba un poco de agua?

D. MAR. (Sin soltarlo.) Acto segundo. La misma decoración del acto primero.

PICH. ¿Me permite usted que beba un poco de agua?

D. MAR. Sí, señor: yo también beberé. ¿Sabe usted que se me secan las fauces?

PICH. ¡Lo creo!

(Beben los dos. Pichardo amenaza con el puño al otro, mientras bebe. Genara se va por la puerta del foro hacia la izquierda.)

D. MAR. Acto segundo.
PICH. Vamos á la sala.
D. MAR. Aquí estamos bien.
PICH. Sí, pero sería una desatención. Sobre que aquello está animadísimo.
D. MAR. Cuéntemelo usted á mí. Yo no vengo á esta casa, ni voy á ninguna, más que á observar tipos y costumbres...
PICH. ¿Ah, sí?
D. MAR. Es la misión del autor dramático. (Cogiéndolo por el brazo otra vez, y tirando de él para la sala.) Volvamos á lo nuestro. Acto segundo. (Pichardo sopla sofocado.) ¿Cómo dirá usted que empiezo yo el acto segundo? Verá usted, verá usted si hay malicia, si hay ojo... Verá usted, verá usted... (Se van por la puerta del foro, hacia la derecha Queda la escena sola unos momentos. Después, sale García por la misma puerta, pero viene del otro lado de la casa. Viste de levita. Pasea abstraído.)

ESCENA III

GARCÍA, luego PICHARDO

GAR. Sí, sí... Hablaré con sus hermanos... Es lo mejor... No tengo fe ninguna, pero... Por mí, que no quede. ¿Y quién sabe, quién sabe?... ¿Han de ser tan malos? (Silencio. Continúa paseándose. Pichardo asoma por la puerta del foro. Viendo que su amigo gesticula y monologuea, quédase en la puerta observándolo. Allá en la sala suena un vals tocado al piano: la reunión baila que se las pela.) Sí, sí... Después, cuando se vaya toda esa gente... ¿Qué pierdo yo con proponérselo?
PICH. ¡Tate! ¡tate!
GAR. (Sobrecogido) ¿Qué? Ah, ¿eres tú?
PICH. Niégamelo ahora.
GAR. ¿Qué?
PICH. Niégame que te pasa algo: niégame que estás hablando solo.
GAR. (Contemplándolo con burla.) ¡Pero mira que eres curioso, Perico!

PICH. ¿Curioso yo?

GAR. Hasta la locura. Ayer les decía yo á mis sobrinas, refiriéndome á tí, que el peor día de tu vida será el de tu entierro.

PICH. ¡Naturalmente!

GAR. No; pero no porque te hayas muerto.

PICH. Entonces, ¿por qué?

GAR. Porque no podrás ver quién va en los coches.

PICH. ¡Hombre! ¡hombre! ¡El chistecito!...

GAR. (Procurando disimular.) Lo que tengo, tocayo— y te lo digo para que no te inquietes,— es que no puedo soportar en calma estas reuniones semanales: este nuevo martirio que ha ideado mi mujer. Me he refugiado aquí huyendo de ese charlatán de don Marcos, que escribe un drama por semana y me cuenta á mí el jueves el argumento.

PICH. ¿A tí nada más? ¡A todo el que pasa por su lado! Oye, ¿y en dónde está Lorenza, que no la he visto?

GAR. Se marchó el martes en peregrinación á Toledo.

PICH. Pues ¿cómo no me he enterado yo?

GAR. Porque se te van las mejores. Habrá ido á pedir por la paz de la familia, y si mientras vuela la casa, al menos no le coge dentro.

ESCENA IV

DICHOS, FILITO y CLARITA

(Salen por la puerta del foro y vienen en busca de Pichardo.)

FIL. ¿Ves? Aquí está. ¿No te dije?

CLAR. Pero Pichardo, por Dios: ¿qué hace usted aquí como un tonto?

FIL. ¡Lo que se ha perdido usted!

PICH. (Desconsolado.) ¿Qué? ¿qué?

CLAR. ¡Lo que se ha perdido!

PICH. ¿Qué?

FIL. Ese chico, Fernando Olona, es un artista.

CLAR. A mí me atrae.

FIL. Y á mí. ¡Ha imitado el vapor del estanque de una manera!... ¡Oh!

CLAR. Hasta echaba humo. ¿Usted no lo ha visto nunca, don Pedro?

GAR. No; pero he visto el vapor del estanque; y si tanto se le parece...

CLAR. No tiene usted idea. Una maravilla. Yo me llevaba á casa á ese hombre, para verle hacer cosas.

PICH. ¿Y á mí no, Clarita? Yo también echo humo cuando se tercia.

(Risas.)

FIL. Este Pichardo á todo le pone mostaza. ¿Vámonos para allá?

PICH. Sí, sí, vámonos.

FIL. Ahora va á adivinar el pensamiento ¡Figúrese usted!

CLAR. Eso á mí me da miedo. Porque como el pensamiento no tiene valla...

PICH. Vamos, vamos allá. El brazo, Filito. Clarita, el brazo (A García.) ¿Tú? ¿qué tal? ¿Voy solo?

FIL. ¡Qué suerte tiene!...

CLAR La suerte es la nuestra, llevando á este galán prendido...

PICH. ¡Atiza! ¡Como ese pollo me adivine á mí el pensamiento... me echan de la tertulia!

(Risas generales. Se van por la puerta del foro, hacia la derecha, animadamente. Filito vuelve en seguida, y se encara con su padre sofocadísima.)

FIL. ¡Papá!

GAR. Hija.

FIL. ¿Tú crees que esto está bien? Me habéis dejado sola con Alfredo. María, se escabulle; Daniela, se escabulle; tú, no te asomas por allí... Es una grosería. Para esto, sería muchísimo mejor no recibir á nadie.

GAR. ¡Ay, sí, sería muchísimo mejor!

FIL. Anda, anda, anda y anda. ¡Estos jueves van á acabar conmigo! (Se va tras de los otros.)

ESCENA V

GARCÍA y DON MARCOS. Al final PICHARDO

GAR. ¡Señor, señor!... Para mí son jueves los siete días de la semana. ¡Ay!... Trabajo me está costando sostener la careta.

(Sigue paseando abstraído.—Sale don Marcos por la puerta del foro, con el argumento de la semana entre ceja y ceja, se va derecho al aparador, y se empina un vaso de agua. Al ir á marcharse, repara en García y cae sobre él como un aerolito.)

D. MAR. ¡Pero, hombre! ¿pero qué hace usted aquí?

GAR. ¡Hola!

D. MAR. ¿Qué hace usted aquí?

GAR. Nada... Me dió un mareíllo... La bulla, la gente...

D. MAR. ¿Estorbo? ¿Molesto?

GAR. Calle usted... Usted está en su casa, y en su casa usted no molesta nunca.

D. MAR. Gracias, querido. (Pegando la hebra) Pues... antes... cuando nos separó aquella señorita... ¿Quiere usted un cigarro?

GAR. Venga.

(Pasean y fuman. García aguanta resignado la nube)

D. MAR. Quedamos—¿lo recuerda usted?...

GAR. Sí; ¿habla usted de su obra, no?

D. MAR. ¡Claro!

GAR. Quedamos en la escena... Cuando el hijo va y le dice al padre que... y el padre va y le dice al hijo...

D. MAR. Aguarde usted un poco. No la enredemos. Ahí quedé con otro señor, que parece interesarse mucho. El señor Pichardo. A usted lo dejé en otra cosa. Ya recuerdo.

GAR. ¿Vámonos á la sala?

D. MAR. (Sin hacerle caso.) Verá usted qué problema más hondo.

GAR. ¿Nos iremos á la sala?

D. MAR. Pasa aquella escenita de los dos rivales, ¿comprende usted?... «Que tú, que yo, que

infame, que tal»... Frase cortada, efecto; el teatro es efecto... y el efecto es *taquilla*. Y en seguida encajo un pasaje cómico para no cansar.

GAR. ¡Mucho!

D. MAR ¿Eh? ¿Hay autor? ¿Hay vista?

GAR. ¡Hay! (Mitad suspiro, mitad afirmación.)

D. MAR. Pues verá usted qué recurso más ingenioso y más infalible. Como el duque anda tan abatido, tan triste, pensando nada más que en lo suyo, ¡zas! llega un señor de estos pesados, de estos que no se hacen cargo de las circunstancias, y la emprende á contarle al buen hombre una cosa larguísima, que no le importa nada absolutamente. ¿Qué le parece á usted?

GAR. ¡Muy humano!

D. MAR. ¿Verdad? ¡Eso pasa todos los días!

GAR. ¡Y todas las noches!

D. MAR. Pues hay majadero que me lo discute; que me dice que el duque no aguanta...

GAR. ¡Sí, hombre, sí lo aguanta! ¿Qué va á hacer el pobre señor?

D. MAR. Usted ve largo: usted va lejos. Final del acto: ¡zas! llega el padre; ¡zas! llega la madre; ¡zas! llega el hijo: se reunen los tres. ¿Se hace usted cargo de la escena?

GAR. Sí, señor: ¡zas! llega el padre; ¡zas! llega la madre... Completamente.

D. MAR. Bueno, pues agárrese usted. Bomba. El chico declara, confiesa. Lo que ha hecho para sostener aquel boato, aquel lujo, la vida aquella, es robar.

GAR. (Turbado momentáneamente.) ¿Qué?

D. MAR. Sacar dinero, descubriendo el resorte, de la caja de hierro de la herencia. (Observando la turbación de García.) ¡Qué efecto le ha hecho á usted, amigo! ¡Hasta ha perdido usted color! ¿Es bonito, verdad? ¿Impresiona, verdad?

GAR. Sí, sí, señor; no cabe duda. Impresiona...

D. MAR. (Metido en harina.) Telón rápido: entreacto cortísimo: acto tercero.

GAR. ¿Por qué no nos vamos á la sala?

D. MAR. Vamos donde usted quiera. Allí también podemos hablar.

GAR. Vamos, sí; no adviertan mi falta..
(Encamínanse hacia la puerta del foro.)

D. MAR. Acto tercero. La misma decoración del segundo. El despacho del duque, ¿eh?

GAR. Sí.

D. MAR Con las dos puertas laterales, ¿eh?

GAR. Sí, sí.

D. MAR. La mesa, las panoplias... el escudo en el fondo...

GAR. Sí, hombre, sí. La misma: ya estoy.

PICH. (Saliendo.) Perico, Perico, que te esperan allá.

GAR. Para allá vamos.

D. MAR. ¿Y quién cree usted que aparece en escena? ¿El padre? ¿La madre?

GAR. Es difícil... No sé...

D. MAR. ¡El señor pesado! Elemento cómico. Para ganarme al público, ¿entiende usted? ¿Hay chispa? ¿Hay ojo? ¿Hay picardía? ¿Hay madera? ¿Hay *hombre de teatro*? ¿Se mover los muñecos?...—Con permiso de usted voy á beber otro poquillo.

GAR. ¡Sí!
(Mientras bebe, se le escapa cautelosamente García. Pichardo celebra el lance.)

D. MAR. (Acaba de beber, y le echa mano á Pichardo sin verlo, como si fuera el otro.) ¡Bah! Acto tercero. Escena primera.

PICH. ¿Eh?

D. MAR. Atardece, y á la conclusión del acto es ya de noche.

PICH. ¿Cómo que atardece?

D. MAR. (Sorprendidísimo.) ¡Ah, que es usted! ¿Y el señor García?

PICH. En el pasillo lo aguarda á usted, lleno de impaciencia.

D. MAR. Voy, voy; no se pique. Está interesadísimo. Esta noche no duerme. Ya seguiré luego con usted. (Vase hacia la sala hablando solo, y dispuesto á no soltar á García hasta el fin de la obra. De la suya, naturalmente.) Atardece, ya digo...

PICH. ¡Carambo con el dramaturgo! ¡Qué nube! Por salvar yo á Perico, por poco se me cuelga á mí.

ESCENA VI

PICHARDO, DANIELA y GENARA

(Sale Daniela por la puerta de la izquierda, enjugándose el llanto. Pichardo la detiene.)

DAN. Esto es hecho.
PICH. ¿Danielita?
DAN. ¡Ah!
PICH. No se asuste usted, que soy yo.
DAN. No, si no me asusto. ¿Queda ahí gente?
PICH. Alguna; pero pronto se irá. ¿Qué le sucede á usted, Danielita?
DAN. Nada.
PICH. Me parece que está usted inquieta.
DAN. ¿Por qué?
PICH. Qué sé yo. Ese semblante... esos ojos... ¿Puedo hacer algo por usted?
DAN. Sí.
PICH. Usted dirá.
DAN. Dejarme sola.
PICH. Ah, vamos. ¡Je! Ya se ve que es usted de Aragón. (A Genara, que sale por la puerta del foro á tiempo que él se va, le indica por señas que Daniela quiere estar sola. Genara no lo entiende.)
GEN. ¿Cómo?
PICH. (En tono misterioso.) Que quiere estar sola.
GEN. Lo que no quiere es estar mal acompañada.
PICH. ¡Carambo! ¡carambo! Ya se ve que es usted de Madrid. (Vase rabiando de curiosidad.)
GEN. (Conteniendo á Daniela, que va á hablar.) Espere usté un poco. (Asómase á la puerta del foro, temerosa de que Pichardo ande por allí.) Se fué. (Hablan en voz baja, precipitadamente y con recelo de ser sorprendidas.)
DAN. ¿Viene usted de la calle?
GEN. Sí.
DAN. ¿Lo ha visto usted?
GEN. Sí.
DAN. ¿Está bien enterado?
GEN. ¡Anda!

DAN. ¿A las tres, verdad?

GEN. A las tres en punto. Me ha dicho que aunque caigan rayos.

DAN. No lo permita Dios.

GEN. La llave de la puerta de abajo, está en el cajoncillo del perchero.

DAN. Ya, ya lo sé. Separémonos.

GEN. Señorita, muchísima suerte. Y de gracias, un carro. Aunque bien sabe Dios que no me ha guiao ningún interés.

DAN. Gracias yo á usted, Genara.

GEN. Hasta que Dios quiera.

DAN. Hasta pronto.

(Vase Genara por la puerta del foro. A poco sale Momo por la de la izquierda.)

ESCENA VII

DANIELA y MOMO

MOMO ¿Danielilla?

DAN. (Volviéndose sorprendida.) ¿Quién? ¡Momo! (Con sorna.) ¿Pero no has salido de casa, ó saliste y has vuelto ya?

MOMO No: no he salido. Llevo malucho un par de días. Y hace mucho frío por ahí... ¿Verdad?

DAN. No sé.

MOMO ¿No sabes?

DAN. En casa se está bien.

MOMO Basta que tú lo digas. Pero mi cuarto no es ninguna estufa.

(Encamínase Daniela á la puerta del foro.)

MOMO (Estorbándole el paso.) ¿A dónde vas?

DAN. A la sala: déjame.

MOMO ¿Qué vas á hacer allí?

DAN. Me echarán de menos.

MOMO Yo también, si te vas.

DAN. Contigo tengo confianza. Déjame.

MOMO No.

DAN. Bueno. Paciencia.

MOMO ¿Necesitas mucha para permanecer á mi lado?

DAN. Alguna; y ya me queda poca.

MOMO ¿Te trato mal?

DAN. Me dices cosas que no me agradan.

MOMO ¡Extraña mujer! La enoja que la llame bonita, que es todo mi pecado.

DAN. Como no lo soy...

MOMO Eres más que bonita: eres preciosa.

DAN. Mejor para mi novio.

MOMO Y peor para mí: ya lo sé. (Contemplándola con codiciosa admiración.) ¡Qué ojazos!... ¡qué boca!... ¡qué busto!... ¡qué cintura!... De mejor gana que lo digo...

DAN. No te acerques, Momo.

MOMO ¿Estoy apestado, primita?

DAN. Lo están tus intenciones.

MOMO Te engañas.

DAN. (Tratando de irse otra vez. Momo se lo impide.) Déjame salir.

MOMO No quiero.

DAN. ¡Es mucho suplicio! Me marcharé á mi cuarto.

MOMO Y yo detrás.

DAN. Hasta la puerta, no lo dudo.

MOMO Me gustas por lo entera, por lo bravía.

DAN. Y tú á mí por lo...

MOMO Dilo. Por lo... ¿qué? Dilo.

DAN. Por lo...

MOMO ¿Por lo golfo?

DAN. Cabal.

MOMO No eres tú la primera mujer á quien le gusto por lo golfo.

DAN. A mí ni por eso, ni por nada. Fué gana de hablar.

MOMO También por la franqueza me gustas. Si tú y yo acabaremos por querernos mucho. ¿A qué te empeñas en alejar lo que ha de venir?

DAN. Ya ya.

MOMO No me desprecies; no me hieras. Ello está escrito, y como te resistas, conseguirás que un día se me encienda el humor, y baje á la calle, y le busque la cara á tu novio.

DAN. Se me olvidó: sólo me gustas por valiente. Lástima que algunas veces, como ahora, te

encierres en casa, porque en la calle te acecha un hombre que te quiere pegar.

MOMO ¿A mí?

DAN. A tí. El... Fulano... el que sea: el querido de una de esas mujeres con quien tratas, y á las que pretendes igualarme.

MOMO ¿Pero quién ha inventado?... ¿Ves si eres injusta conmigo? Pues cuanto más injusta eres, más te quiero, más te deseo, más me seduces, más me arrastras...

DAN. No te acerques, Momo.

MOMO No me atraigas tú.

DAN. Mira que huyo; que doy voces.

MOMO Comprendo el ser esclavo... el placer de los latigazos en la espalda... Ven acá. (Intentando cogerla.)

DAN. ¡Estate quieto!

MOMO ¡Pero qué tonta eres!... ¡Ven acá!

DAN. ¡Que grito, Momo!

MOMO (Asiéndola al fin por una mano.) Grita. Acudirá la gente. Perderás tú; yo no.

DAN. ¡Suéltame!

MOMO ¡Si al fin ha de ser! (La abraza.)

DAN. ¡Canalla! ¡Suéltame! (Lo despide violentamente.)

MOMO ¿Sabes que tienes buenos puños?

ESCENA VIII

DICHOS y MARÍA

MARÍA (Por la puerta del foro.) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Momo?

MOMO Nada. Tu hermanita, que por las señas siente lo trágico.

DAN. Y que no sabe tratar con rufianes.

MARÍA Momo...

MOMO Primita...

MARÍA Por ser ella quien es, y por estar en la casa de tus padres, debieras respetarla.

MOMO Pero oye, ¿de cuando acá son los abrazos faltas de respeto, y menos entre dos primos que se quieren bien?

MARÍA (Va á contestarle con indignación y violencia, y se reprime.) Vete. Déjanos.

MOMO ¿Qué ibas á decirme?

MARÍA No sé. Te quería insultar; pero en mi lenguaje no hay palabras para insultarte á tí. Vete, vete.

MOMO Ah, ¿tú también te pones por las nubes? Vaya, hay lances sin fortuna. Desde hoy os trataré con exquisita cortesía. Empezaré esta noche. (Haciéndoles una reverencia.) Señoritas... á los pies de ustedes. (Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda, cantando.)

ESCENA IX

DANIELA y MARÍA

DAN. Tú harás lo que quieras, pero mi resolución está formada.

MARÍA ¿Y cuál es?

DAN. La de irme de aquí; la de escaparme, para que nadie me detenga.

MARÍA No lo harás.

DAN. Lo haré. Todo me arroja de esta casa; pero el asedio de Momo bastaría. ¿Me seguirás tú?

MARÍA ¿Y adónde vas?

DAN. A donde sea; á no estar aquí. ¿Me seguirás?

MARÍA No.

DAN. ¿Por qué?

MARÍA No sé explicártelo.

DAN. Pues contigo ó sin tí, yo me voy.

MARÍA Yo me quedo.

DAN. Pronto irás á buscarme.

MARÍA Tal vez.

DAN. Estoy segura.

MARÍA Calla, que alguien viene.

DAN. Pues adiós.

MARÍA Si es tío Pedro.

DAN. Quien sea. No quiero ver á nadie. (Se va por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X

MARÍA, GARCÍA y FILITO; luego MOMO

MARÍA (Viendo irse á Daniela.) Al fin y al cabo tú tienes un cariño, una esperanza; pero yo... César... César...

GAR. (Por la puerta del foro.) ¡Loado sea Dios! ¡Ya se fueron! ¡Qué noche más larga!

FIL. (Por la puerta del foro también.) Papá, Alfredo dice que está muerto de sueño, y que se acuesta, y que se acuesta, y que se acuesta.

GAR. Pero, señor, estos hijos míos.. ¿No sabe que os tengo que hablar?... Cosa que yo les pida... ¡Es mucha desgracia! (Vase.)

MOMO (Por la puerta de la izquierda.) Chica, ¿qué tripa se le ha roto á don Pedro?

FIL. Qué se yo: le tiemblo cuando se pone misterioso.

MOMO A mí me encargó antes con el mayor sigilo que viniese aquí cuando todos se fueran... ¿Y el gran don César no asistirá al conciliábulo?

FIL. Como sea para sacar tajada...

GAR. (Volviendo.) ¿Momo? Ah, que estás aquí. Ahora vendrá Alfredo. (A María.) Hijita, tú has de dispensarme; pero ya que por casualidad los pillo en casa á todos, quiero charlar á mis solas con esta gente.

MARÍA Sí, tío, sí. Mañana hablaremos usted y yo.

GAR. ¿Nosotros?

MARÍA Sí.

GAR. ¿De qué?

MARÍA De una cosa.

GAR. Bien está. Hasta mañana.

MARÍA Hasta mañana. Adiós, Filito.

FIL. Adiós.

MARÍA Buenas noches, Momo. (Se va por la puerta de la izquierda. Momo le hace una extremada cortesía, sin palabras.)

ESCENA XI

GARCÍA, FILITO, MOMO y ALFREDO

MOMO ¿Por lo visto tenemos sesión secreta?

GAR. Secreta y grave.

FIL. ¡Nos hemos caído!

ALF (Por la puerta del foro, bostezando.) Papá, como te descuelgues con una tontería vas á oirme.

FIL. Oye, tú; no bosteces así, que contagias.

GAR. Sentaos si queréis. (Cierra las dos puertas. Los hijos se colocan con la mayor comodidad posible.)

ALF. ¿Pero va á ser esto muy largo?

GAR. Hay para un rato, Alfredo de mi vida.

MOMO ¿Telegrafiamos á mamá?

GAR. Déjate de burlas ahora. (Contrariado y triste) Yo os aseguro que, si hubiese podido resolver por mí mismo el asunto de que quiero hablaros, nada os diría, ya que tanto os molesta. Cuando os llamo aquí, es porque no tengo más remedio. Perdonadme.

ALF. ¿A que vas á salir con una simpleza?

GAR. Siendo tu padre, no sería extraño que saliese.

MOMO Eso está bien. Chóquela usted, don Pedro.

GAR. Seriedad. Os pido seriedad y atención.

ALF (Luchando en vano con el sueño.) Pero a César, ¿por qué razón se le deja dormir?

GAR. César á estas horas no duerme. César está bajo el peso de una enorme desgracia, de la cual vamos nosotros á tratar aquí.

MOMO ¿Hola? ¿Anda don César en el ajo?

FIL ¡Espantárame yo! Pues desde ahora te advierto que si hay que pagarle alguna trampa, yo de lo mío no doy ni una perra.

GAR. Silencio, Filito.

MOMO Empiezo á escamarme *asaz*.

GAR. (Triste y solemnemente.) Vuestro hermano César ha cometido una gran locura.

MOMO Rumores.

GAR. Locura que no puede hallar disculpa ni en

sus pocos años, ni en sus arrebatos de joven, ni en nada. Yo soy su padre, y no lo absuelvo. Pero hay que salvarlo.

FIL. Pues ¿qué gansada ha hecho?

GAR. Es algo muy grave, con cuyo descubrimiento padecería la honra de vuestro hermano, que es al mismo tiempo la vuestra y la mía. Oidme, que ya veis que el caso no puede ser más serio, ni de más doloroso interés. (Alfredo ronca.)

FIL. Y si no, que se lo pregunten á ese.

GAR. (Sublevándose.) ¡Alfredo!

ALF. Papá.

GAR. ¿Tan grande es tu cansancio que no puedes atenderme cinco minutos? ¡Levántate y sacude el sueño!

ALF. A ver si acabas.

GAR. (Con amargura.) Si casi no he debido empezar. César, por necesidades de la vida en que sabéis que anda, por no sufrir humillaciones ante la mujer de quien en mal hora se enamoró, por deudas del juego, por cien causas distintas, ha venido durante varios meses disponiendo de algunas cantidades de la caja confiada á él.

MOMO ¡Bueno!

ALF. ¡Arrea manco!

FIL. ¡Qué bruto!

GAR. Callad. Esas cantidades no ha podido restituirlas á la caja; ascienden á una suma considerable, y ahora, con motivo del recuento y balance de fin de año, se ha de notar la falta si no se remedia, y César estará perdido. Fijaos bien: perdido. Este es el caso. Meditad sobre él. Entre todos, con voluntad y con cariño, no dudo que podremos acudir á su reparación, salvando así á César de la deshonra, que, si bien lo miráis, es salvar nuestro crédito, nuestra casa: porque á mí, ¿qué me quedará para sostenerla si pierdo mi buen nombre?

MOMO Pues, señor, vivir para ver. Declaro que mi escama ha podido sugerírmelo todo, menos eso. Conozco hombres imbéciles en el mun-

do, pero como mi señor hermano don César no he visto otro.

ALF. ¿Verdad que no?

FIL. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad, y qué barbaridad!

MOMO De modo que haciendo del corrido y del calavera, entra en relaciones con una señora casada—relaciones autorizadas por el marido; hasta aquí vamos bien;—con una señora que vive á lo grande porque puede, que da reuniones y escándalos todos los martes, y que tiene más caprichos que joyas; y mi caballeroso hermano, no sólo no se aprovecha de la viña—como hubiera hecho yo—sino que se pierde y se busca la ruina por causa de ella. ¡Qué listo es! ¡Qué listo!

ALF. ¡Mira que hace falta discurrir con las botas!

FIL. Merecía que le dejáramos ir á presidio.

GAR. Pero, por Dios, por Dios... ¿Vosotros suponéis que César hubiera podido aceptar?...

MOMO ¿Cómo si lo suponemos? ¡Es lo que cree todo Madrid!

ALF. Anoche se habló de eso en la Cervecería.

MOMO Señor, las señas son mortales: una dama muy rica y un galán sin dos cuartos, y que viste, y que luce, y que juega, y que se abona á los teatros, y que va al tiro de pichón, y que veranea.. ¡A ver qué va á pensar la gente!

ALF. Tiene este razón.

GAR. La gente puede pensar lo que se le antoje, pero vosotros estáis obligados á pensar de otro modo. Conocéis bien á César...

MOMO (Burlandose.) ¡Oooooh!

GAR. Conocéis su orgullo, su intransigencia altiva en ciertas cuestiones...

MOMO ¡Oooooh!

ALF. ¡Oooooh!

GAR. Pero ¿qué significa esto? ¿Es que tomáis á broma el conflicto? Si no por él, considerad-lo en serio por mí. ¿No veis mi tortura?.. Yo he sido el primero en acusar á César; en condenarlo; pero esto no quita para que piense que lo tenemos que salvar.

FIL. No sé cómo. ¡Ni que estuviéramos nosotros nadando en la abundancia!

MOMO (A Alfredo.) ¡Adiós, Urquijo!

GAR. Disponéis de lo suficiente...

MOMO A ver: explícate.

GAR. ¿Hay más que vender vuestra casa?

LOS TRES (Como si los pinchasen.) ¿Quéeee?

FIL. ¿Vender nuestra casa?

GAR. Sí, hija mía: la honra de todos, ¿no vale quizás ese sacrificio? Comprendedlo. Os lo propongo yo: yo, que fuí quien á costa de mil trabajos consiguió verla edificada para vosotros cinco.

ALF ¿Cómo cinco?

GAR. Cinco: los cuatro que vivís... y la pobrecita que murió.

ALF. Ah, es verdad.

MOMO ¡Qué animal es este!

GAR. Aunque yo os la dí, nada mando en ella: sólo por acuerdo de vosotros puede venderse. Yo os pido que lo hagáis, y espero que lo haréis sin pensarlo, por natural impulso de vuestro corazón.

(Silencio largo. Unos á otros se miran consultándose. Alfredo se rasca la cabeza.)

FIL. ¿Tú qué dices, Momo?

MOMO Lo que piensas tú: ¡que es una triste gracia!

ALF. Pero así como suena.

MOMO El juego de don César está más claro que la luz: se da vida de príncipe, gasta y triunfa, seguro de que tiene las espaldas cubiertas con nuestra casita. Son habas contadas.

GAR. ¡Momo, por Dios!

MOMO ¡Papá, por la Virgen!

FIL. Tú podrás dorarla, pero lo que lleva la píldora dentro es lo que ha dicho Momo.

ALF. ¿Si creerá ese que aquí nos chupamos el dedo?

MOMO Convengamos en que es de un desahogo encantador. Y luego hay que verlo: entra en la casa perdonándonos á todos la vida: huye de nosotros, miserables gusanos, gentecilla desprovista de sentido moral...

GAR. (Suplicante.) No es eso... olvidemos ahora...

ALF. Sí, sí, olvidemos: todavía me acuerdo yo de lo que discutió mis seis mil reales, cuando caí soldado. ¡A la fuerza quería verme con el chopo!

MOMO Porque tú eres un ser inferior.

FIL. ¿Y yo, también lo soy? Pues ahora bien que ha tenido barro á mano, y no ha sido para comprarle á su hermana ni un par de guantes.

GAR. Estoy horrorizado de oiros: sois crueles, sois malos...

MOMO ¡El ángel de Dios es el otro!

FIL. ¡Aquí, ya se sabe: en diciendo César...!

ALF. ¡Siendo cosa de César...!

MOMO ¡Don César tiene bula!...

GAR. ¡Basta ya!

MOMO ¿Eh?

GAR. ¡Basta ya! Esto se acabó. Momo, vete á tu alcoba.

MOMO Ya lo creo que me voy. Después de todo... la cosa no vale la pena de trasnochar. Salud. (Vase por la puerta de la izquierda.)

GAR. Adiós. Filito, Alfredo, retiraos vosotros también.

FIL. (A Alfredo.) ¡Mira que la pretensión de papá!...

ALF. Chica, yo tengo un sueño que no veo. Me han partido con variarme las horas de oficina.

FIL. Compadéceme á mí, que todavía antes de acostarme tengo que hacer examen de conciencia.

ALF. Hasta mañana, papá.

GAR. Hasta mañana, Alfredo.

FIL. Papá, buenas noches.

GAR. Buenas noches, hija. A dormir tranquilos... si podéis. (Alfredo y Filito se van por la puerta del foro, cada uno hacia un lado.)

ESCENA XII

GARCÍA y MARÍA

GAR. (Después de una pausa, con amargura.) ¡Y dicen que esta casa es cristiana, porque mi mujer ha pegado una estampita de Jesús detrás de la puerta!

MARÍA (Saliendo por la puerta de la izquierda.) ¿Tío Pedro?

GAR. María. ¿Estabas ahí?

MARÍA (Tímidamente.) Confieso mi delito: ahí estaba. Pero he llegado ahora.

GAR. Ya.

MARÍA Oí gran tremolina desde mi cuarto, y aunque eso aquí no puede chocar, como las mujeres somos tan curiosas, me acerqué...

GAR. Pero ¿te has enterado?...

MARÍA De nada; no... Al llegar lo he visto á usted ya solo. ¿Qué ha sido?

GAR. Lo de siempre, hija de mi alma; que quiero sembrar en mi casa un poco de cariño, y cada vez encuentro la tierra más seca y más dura. Vente aquí.

MARÍA (Obedeciéndolo y sentándose cariñosamente al lado suyo.) De muy buena gana. Haré yo lo que no hacen nunca los otros: acompañarlo, quererlo, vivir con usted... ¿Qué importa que esos coman y duerman bajo el mismo techo, si viven á miles de leguas de distancia?

GAR. A miles de leguas, dices bien.

MARÍA ¡Qué triste es estar tan lejos de quien se está tan cerca!

GAR. No te cases nunca, María.

MARÍA No se alarme usted. Es difícil. Soy tan pava, tan sosa... Además, no soy rica. Luego, hay muchachas que hablan mirando, que con los ojos dicen lo que les interesa... Yo no sé; no puedo... No sé más que callar.

GAR. ¿Callar? Pero ¿es que estás enamorada?

MARÍA No...

GAR. ¡Sí!

MARÍA Lo afirma usted de una manera...

GAR. Hija mía, lo niegas tú de un modo...

MARÍA Diciendo que no...

GAR. Ay, ay, ay... Te voy á encerrar en una habitación y te voy á poner á pan y agua.

MARÍA Dejemos eso, tío.

GAR. ¿Quién es él? ¿quién es él? Ahora soy yo el curioso.

MARÍA Quien usted quiera. Puesto á ello, elíjamelo usted á su gusto.

GAR. Bien está. Debo respetar tu reserva. Y dime, dime: ¿de qué me querías hablar? (María calla.) ¿No me advertiste que tenías que hablarme de una cosa?

MARÍA Sí.

GAR. Vamos á ver: ¿qué es ello?

MARÍA ¿Usted sabe qué le ocurre á César?

GAR. ¿A César? ¿A mi hijo?

MARÍA Sí.

GAR. Pero ¿le ocurre algo? No sé... ¿Por qué me lo preguntas?

MARÍA Verá usted. Ayer tarde pasaba yo por su cuarto á tiempo que de él salia un mozo de café. La curiosidad me hizo mirar instintivamente hacia dentro, y pude ver á César. Estaba en una actitud que me dió miedo.

GAR. ¿Sí?

MARÍA Miedo y lástima. Sentado ante su mesa, ¿sabe usted? con la cabeza entre las manos, pálido... y los ojos muy fijos... Al pasar yo, me parece que me vió y que dijo: María. Pero no estoy segura de ello. Escuché unos momentos á ver si me llamaba otra vez y no me llamó. ¿Qué le ocurre, tío Pedro? Usted lo sabe.

GAR. No, no... De verdad te digo que nada sé. No te alarmes... no agrandes las cosas con tu imaginación. Cada hombre és un mundo... Vaya usted á saber si algún devaneo... alguna aventura de muchacho...

MARÍA Ya.

GAR. César se ha metido en una vida que no es para él.

MARÍA ¿Y por qué no sacarlo de ella? (García hace un gesto.) ¿Tan atado está?

GAR. Puede que no esté atado más que por un cabello; pero si es de mujer...

MARÍA (Súbitamente.) ¿De mujer?

GAR. Sí.

MARÍA ¿Quiere á alguna?

GAR. La quiso. Y aún creo yo que la quiere.

MARÍA ¿Por qué?

GAR. Porque cuando se llega á la pasión, querer es una cuesta abajo, y olvidar es una cuesta arriba.

MARÍA Según eso, ¿él trata de olvidarla?

GAR. Sí.

MARÍA Sin duda por que ella no merece...

GAR. No merece, no...

MARÍA ¿Y quién es ella?

GAR. Una de tantas. Me repugna hablar contigo de esto. Es una historia que vale más que ignores. Pertenece á lo que llaman crónica escandalosa. La víctima ha sido mi hijo César.

MARÍA (Emocionada) Bueno, sí... tiene usted razón. Calle usted. (Se levanta.)

GAR. ¿Te vas ya?

MARÍA Sí; es tarde. Debe usted recogerse, descansar... Yo también. Es muy tarde, muy tarde... Hasta mañana, tío Pedro.

GAR. (Oyéndola y mirándola sorprendido.) Adiós, mujer. (María va hacia la puerta de la izquierda. Al llegar á ella, García, que no ha dejado de contemplarla, la llama. Ella contesta sin volver la cabeza.) María.

MARÍA ¿Qué?

GAR. Mírame. (María permanece quieta.) Mírame.

MARÍA ¿Para qué?

GAR. (Acercándosele.) ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

MARÍA No lloro.

GAR. (Comprendiendo de pronto.) ¿Acaso tú...?

MARÍA Sí.

GAR. ¿Es él?

MARÍA El. (Se va, llorando silenciosamente.)

ESCENA XIII

GARCÍA y LUISA

GAR. (Atónito, confuso.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Y en qué momentos!... ¡en qué momentos!...

LUISA (Por la puerta del foro.) Señor.

GAR. Pero ¿cómo no he advertido hasta ahora...?

LUISA Señor.

GAR. ¿Qué quieres?

LUISA Que son ya las tantas de la noche. Usté dirá si puedo acostarme.

GAR. Ah, sí: ¡ya lo creo! ¡Es verdad; que te dije que te esperaras! Acuéstate, sí. No; si vamos á perder todos la cabeza. ¡Jesús, Jesús, Jesús!... (Vase por la puerta del foro, haciéndose cruces.)

LUISA A este pobre señor me lo vuelven loco. Si no llego á asomarme, estoy de plantón hasta la madrugada. (Apaga la luz del comedor y vase por el foro, dejando la puerta cerrada. El escaso fuego de la chimenea brilla en la oscuridad. Queda la escena sola unos momentos.)

ESCENA XIV

DOÑA GOYA

(Sale sigilosamente por la puerta del foro, con su palmatoria encendida. Habla en voz baja y llena de misterio.)

D.ª GOYA Creí que no se iban nunca... ¿Qué habrán traído?... ¿Qué tramarán entre todos contra esta pobre vieja?... Ladrones... criminales... A ver qué ha quedado esta noche... (Deja la luz, abre el aparador y hurta de él codiciosamente y se echa en la falda recogida lo que va nombrando.) ¡Ah!... ¡gran festín! ¡Queso! ¡queso! ¡tenemos queso!... Pobrecitas ratas... Estas galletas... y estas uvas... Nada más, nada más... no lo noten... (Cierra el aparador, coge su luz, y se va tan

sigilosamente como vino.) ¿Qué os creíais, pillos? ¿que nos íbais á matar de hambre?... (Queda otra vez la escena sola durante unos momentos.)

ESCENA XV

DANIELA y CÉSAR

(Por la puerta de la izquierda sale Daniela, que huye, caminando cautelosamente hacia la del foro. Viste gabán negro y toquilla negra también á la cabeza.)

DAN. Es mejor que no me despida de ella... Me retendría, como siempre... ¡No! ¡no! Ya vendrá conmigo... ¡Maldita casa!...

(Aparece César en la puerta del foro. Daniela, temerosa de ser sorprendida, ahoga un grito y se echa hacia atrás. César viene sombrío, silencioso, abstraído. Se detiene en la misma puerta un instante. Después, orientado por el resplandor de la chimenea, avanza hasta ella despacio. Déjase al fin caer con gran abatimiento en el sofá. Llora. Daniela lo observa inmóvil.)

CÉS. Huir, huir... No hay otro remedio que huir.

(Daniela, con los ojos llenos de espanto y fijos en César, gana al fin la puerta y escapa. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho en casa de García. Una puerta á la derecha del actor y otra á la izquierda. Chimenea á la derecha. Al foro, dos balcones. Entre ellos, la mesa. Sillería de cuero. Una butaca. Teléfono. Es á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

GARCÍA y DOÑA GOYA, después PICHARDO

(García, sentado á la mesa, revuelve papeles y trabaja. A poco sale doña Goya por la puerta de la derecha, buscando un almirez que hay sobre la chimenea.)

D.ª GOYA ¿En dónde me lo habrán escondido?... Envidiosos... tunantes...

GAR. ¿Eh? ¡Ah!

D.ª GOYA ¿Le parece á usted si es picardía el sitio en que han ido á ponerlo? Siempre habrá sido la señorita del pan pringado. (A García.) O puede que hayas sido tú; tú, que me estás oyendo, y haces como que no me oyes.

GAR. Señora, ¿quiere usted dejarme en paz?

D.ª GOYA Lo que tú pensarías: quito de en medio el almirez, viene la primavera, no puede tocarlo... y un día de tormenta se le mueren todos los gusanos de seda.

GAR. (Dejando sus papeles.) ¡Bueno! Usted dirá cuándo puedo seguir.

D.ª GOYA Más valía que te dedicaras á meter en la cárcel á tu sobrinita, la que se escapó con el albañil. Y eso que era una santa... Anda, búscame las cosquillas otra vez. (Cantando.)

Espartero á Bilbao
tres veces atacó...

GAR. ¡Yo voy á parar en el *Año Cristiano*!

PICH. (Viene de la calle, por la puerta de la derecha, ajeno al roción que le aguarda.) Salud.

D.ª GOYA (Al verlo.) El otro... ¿Trae usted algún recadito misterioso de las chulillas, no es verdad? Tan pirandón y tan marrano es usted como ese viejo verde.

PICH. ¡Doña Goya!

D.ª GOYA ¡Doña Cuerno! Así, así; no tengo pelos en la lengua. Y como vuelvas á esconderme el almirez...

PICH. ¿Yo el almirez?

D.ª GOYA Tú, sí, no te vale disimularlo. Y tú has sido también quien me ha quitado un capullo color de oro. Y quien se come el maiz de *Fernando VII.* ¡Ea, ya la solté! ¿Te hace falta otra banderilla? Pues escucha: en la antigüedad, á los de tu oficio, los echaban á galeras ó les daban azotes. ¡Jopo! (Se va por la puerta de la derecha con su almirez, dejando atónito á Pichardo.)

PICH. Me ha dicho con todas sus letras que soy un al... al... Al tiempo. Esta vieja nos da un disgusto el día menos pensado. Le planta las verdades al lucero del alba.

GAR. ¿Las verdades?

PICH. Bueno, á su manera... Lo que ella cree...

GAR. Te aseguro que ya no sé si mandarla á una casa de locos, ó si irme yo. (Pausa.) ¿Entregó usted esos documentos?

PICH. Esta mañana.

GAR. ¿Y qué le ha dicho á usted esa señora?

PICH. Que haga usted por verla esta noche.

GAR. Esta noche va á serme imposible. Escríbale usted cuatro letras diciéndole que la veré mañana.

PICH. Perfectamente. ¿Manda usted algo más?

GAR. Nada más.

PICH. Pues oye una noticia que va á alegrarte. A la portuguesita le ha salido un argentino con la mar de pesos.

GAR. Mira, ó te callas, ó te tiro por el balcón. ¡Pues á fe que está el horno para rosquillas! (Oyense dentro, hacia la izquierda, voces de altercado entre Alfredo y Genara.) ¿Eh?... ¿Qué es eso?... ¿Quién grita? ¿Qué pasa ahí? (Levantándose.) ¿A que me voy á trabajar á la Puerta del Sol para estar más tranquilo? (El altercado arrecia. Las voces se aproximan.)

PICH. Es Genara, que tiene unos repentes...

GAR. ¡Qué alboroto! (Llamando.) ¡Genara! ¡Genara!

GEN. (Dentro.) ¡Y ahora mismo lo echo todo á rodar!

GAR. ¡Genara!

GEN. ¡Lo que es de esta prójima no se ríe ningún sietemesino! (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

GARCÍA, PICHARDO y GENARA

GAR. ¿Me quiere usted decir qué escándalo es ese?

GEN. Don Pedro, esto me pasa á mí por buena, por considerá; por salir á mi madre, que no podía ver lástimas; por tener un corazón que no coge por la Puerta e Toledo. Pero comprenda usté que to se acaba, y antes que perder yo lo que he ganao con tanto trabajo, me oyen á mí hasta las piedras de la calle.

(Pichardo, apenas ve el rumbo que toma la conversación, quiere hacerse invisible.)

GAR. Bueno, bueno; tranquilícese usted y dígame: ¿qué es ello?

GEN. Ello es que á estas horas no está señalao su hijo de usté el menor, porque hoy es lunes, y yo me corto las uñas los lunes pa que no me duelan las muelas.

GAR. Che, che, che... poquito á poco.

GEN. ¿Cómo poquito á poco? Dé usté gracias á Dios, que toavía paece que respeto, y por estar hablando con usté escojo las palabras. ¿Usté sabe la partida serrana que me ha jugao el niño? ¡Vamos, hombre! De na me ha servío tratarlo como si fuera mismamente un hijo natural. «Genara, que no tengo pa tabaco.» Tome usté, señorito. «Genara, que me hacen falta cuellos rusos.» Tome usté, señorito. «Genara...»

GAR. Pero ¿mi hijo le ha pedido á usted...?

GEN. ¡Sí, señor!

GAR. ¡En el nombre del padre! (Llamando.) ¡Alfredo!

GEN. Aguarde usté, que aún no he hecho más que principiar. Lo bueno es lo que falta. Dos mil reales me debe, y ahora me sale con que él no hace memoria. ¡Y me niega la firma de los recibos!

GAR. (Paseándose agitado) ¡Jesús, Jesús!

GEN. Así es que yo, viendo que he visto que se porta de esa manera, he cogío el mantón de ocho puntas y me he plantao en el ministerio.

GAR. ¿En el ministerio?

GEN. Sí, señor: con los elétricos no hay distancias.

GAR. ¿Y para qué?

GEN. ¡Toma! ¡Pa retenerle la paga, ni más ni menos!

GAR. ¡Bien! ¡bien! ¡Admirable espectáculo! ¿De quién habrá aprendido ese mozo á pedirle dinero á la criada?

GEN. ¡A ver! ¡De toa la familia!

GAR. ¿De toda la familia?

GEN. Y de algunos amigos, que se quieren hacer los espetros.

GAR. ¿Cómo?

PICH. (Afrontando la situación) Si lo dice usted por mí, yo no le he pedido más que cuatro duros, á pagar un mes no y otro no, digo y otro sí, y me parece que hasta ahora voy cumpliendo.

GEN. Pero ¿quién se ha metido con usté, señor?

PICH. ¡Por si acaso!

GAR. ¿De manera que no es sólo Alfredito...?

GEN. ¿Qué ha de ser? La señora también me debe lo suyo. Y el señorito Momo. Y yo me hubiera callao toa la vida, pero el comportamiento del señorito Alfredo me ha ocecao. Porque usté comprenderá que yo no soy el Banco Hipotecario ni la Equitativa.

GAR. No, si ha hecho usted muy bien en decírmelo. Ahora me toca á mí. ¿Está ahí mi mujer?

GEN. No, señor; ha salido.

GAR. ¡Milagro!

GEN. Creo que ha ido á buscar casa.

GAR. ¿A buscar casa ella? ¡Si la buscara yo!

PICH. Pero ¿os vais á mudar otra vez?

GAR. ¡Por lo visto! ¡Ay, ay, ay! ¡En ocho meses tres mudanzas! Pichardo, amigo leal, coge un revólver y pégame un tiro en la cabeza. ¿Y el señorito Alfredo, está?

GEN. Ese sí.

GAR. Pues venga usted conmigo. Venga usted, venga usted... (Vase resueltamente por la puerta de la izquierda.)

GEN. Pocas veces he visto al señor tan sofocao.

PICH. ¡Razón tiene!

GEN. ¿Y yo no, verdá? ¡Nos ha fastidiao el don Pichardo este! (Vase tras García.)

ESCENA III

PICHARDO y MARÍA

PICH. (Descargando su cólera contra Genara.) Embustera, chulona, sacacuartos; que con lo que sisas aquí vas á hacer un hotel en la Castellana... Si yo dijese más de cuatro cositas que he visto... (Mirando hacia la puerta de la derecha.) ¡Ah! María. (Llamándola.) ¡María! ¡María! Haga usted el favor. Lo que va á alegrarse...

MARÍA (Saliendo.) ¿Qué hay, Pichardo?

PICH. ¿A dónde iba usted tan abatida, tan silenciosa?...

MARÍA Huyendo de todos.

PICH. ¿Huyendo?

MARÍA Sí. Unicamente con el tío Pedro puedo hablar. Desde que se escapó Daniela estoy condenada á sufrir los comentarios más soeces... Esa tía Goya... esa Filito...

PICH. ¡Mire usted Filito!... Las mujeres no perdonan nunca lo que otras hacen y ellas harían si se atrevieran. Yo entiendo un poco de esto. (Bajando la voz.) Ahora vengo de allá.

MARÍA ¿De dónde?

PICH. Espere usted. (Mira receloso á ambas puertas.) Le temo á la vieja más que á un automóvil. De allá: de ver á Daniela.

MARÍA ¿La ha visto usted?

PICH. La he visto. No se me cocía á mí el pan hasta saber, por investigaciones propias, dónde estaba depositada, qué camino había llevado el asunto, etc., etc. Crea usted que nada tienen que reprocharle sus dichosos primitos. Lo que ha hecho Daniela, está bien hecho.

MARÍA Con todo, no lo ha debido hacer.

PICH. ¡Justo! No lo ha debido hacer, pero está bien hecho. Le advierto á usted que los parientes del novio en cuya casa está, son gente honrada, humilde, deliciosa. Los tiene encantados la chica.

MARÍA ¿Y cómo está mi hermana?

PICH. Palidilla y con ojeras, que dice la copla. Se la ve que sufre. Su eterna cantinela es llevársela á usted en cuanto se case. A mí ya me han invitado á la boda.

MARÍA ¿Irá usted?

PICH. ¡Antes falta el cura! Mi mujer dice que ando siempre metido en lo que no me importa—y tiene razón, generalmente; porque mi mujer es una mujer que generalmente tiene razón;—pero, ¡si viera usted qué de satisfacciones trae consigo el meterse en vidas ajenas!

MARÍA Según sean las vidas. Las hay tales, que dará miedo conocerlas por dentro.

PICH. Y por fuera. No, si yo estoy conforme; pero

no puedo remediarlo. Me entra un hormiguillo... un desasosiego... ¡Si viera usted!... Y á propósito: usted que es tan observadora y tan lista, María: ¿qué ocurre en esta casa?

MARÍA (Disimulando.) ¿En esta casa? No sé que ocurra nada nuevo. ¿Por qué?

PICH. Mi tocayo hace unos días que es otro: ni café, ni tertulia, ni bromas, ni... Es otro, es otro. Habla solo por los rincones... se le van palabras incoherentes... Es otro.

MARÍA Mire usted no lo haga todo su hormiguillo...

PICH. ¡Ca! Aquí pasa algo; y algo de eso que no pasa todos los días. Tengo un olfato de podenco. Debe de ser cosa de Momo, que quería establecer una casa de juego combinada con una freiduría á la andaluza. ¿No?

MARÍA Es posible...

PICH. Y si no es de Momo es de Alfredo, que anda á ver si logra casarse con una señorita con mancha... pero que tiene un dineral. ¿No?

MARÍA También eso es posible...

PICH. Y si no es de Alfredo es de César, y si no es de Filito, y si no es de la vieja... ¡y si no es del diablo que me lleve! ¡Vaya! Estoy desesperado, María. ¡O me entero yo de lo que pasa aquí, ó dejo de llamarme Pichardo!

MARÍA Pero, hombre, ¡qué afán! ¿Y si no es nada?

PICH. Si no es nada... si no es nada, me llevo el chasco mayor de este mundo.

ESCENA IV

DICHOS y CÉSAR

(Llega César por la puerta de la derecha. Trae al brazo el gabán y el sombrero en la mano.)

CÉSAR Hola.

PICH. A la orden, don César.

CÉSAR ¿Y mi padre?

PICH. Aquí estaba conmigo. Pero no sé qué asun-

to doméstico... ¿Cuándo no es Páscua? ¿Quiere usted que le avise?

CÉS. No. Ya vendrá.

PICH. ¿A que va á ser cosa de usted?

CÉS. ¿Cómo?

PICH. Nada... nada... no sé lo que me digo... Estaba en otra parte. Voy á llamar á su papá.

CÉS. Pero si no me corre prisa, señor Pichardo.

PICH. De todos modos; tengo yo muchísimo gusto... (Se va corriendo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

MARÍA y CÉSAR

MARÍA ¿Vienes de la calle?

CÉS. No: voy á ella. ¿Por qué? ¿Quieres algo?

MARÍA No; nada: saberlo.

(Pausa.)

CÉS. ¿Qué hacías aquí charlando con ese botarate? En tu genio, es raro.

MARÍA Huía de los demás. Al menos Pichardo, el infeliz, me trata con afecto, me considera...

CÉS. ¿Y los otros no?

MARÍA Los otros no.

CÉS. Más vale: eso ganas tú.

(Nueva pausa.)

MARÍA César.

CÉS. ¿Qué?

MARÍA Yo necesito hablar contigo.

CÉS. ¿De qué?

MARÍA De lo que te sucede.

CÉS. ¿De lo que me sucede?... Si á mí no me sucede nada, criatura...

MARÍA Sí.

CÉS. ¿Tú qué sabes?

MARÍA Todo. No sufras por ello contrariedad. Más corazón pongo yo en tus tristezas, que esos que se llaman tus hermanos.

CÉS. Pero ¿quién te ha dicho?...

MARÍA Tu padre.

CÉS. ¿Mi padre?

MARÍA Sí. Hace días que lo observo á él, que te ob-

servo á tí, y que comprendo la tribulación de los dos. Cuando esta mañana salió de tu cuarto, de hablar contigo, yo estaba acechando su salida... Lo ví afligido, trémulo, sin voluntad, sin fuerzas... nos vinimos aquí los dos, y aquí mismo, llorando como un niño, me confesó toda la verdad.

CÉS. ¡Qué vergüenza, María! ¿Por qué me has dicho que lo sabes? ¿Por qué no has callado?

MARÍA Porque me dolía tu soledad entre tu gente; porque quería llevar á tu alma palabras de consuelo...

CÉS. Eres muy buena y muy generosa, pero yo te aseguro que no he sentido en el rostro toda la vergüenza de mi culpa, hasta ahora que tú me dices que la conoces. Déjame solo: te lo suplico. No me mires siquiera.

MARÍA Ahora me iré, sí: cuando venga tu padre. ¿Vas á aceptar la solución que él te ha propuesto?

CÉS. ¿Tú sabes lo que me ha propuesto?

MARÍA No.

CÉS. Si lo supieras no me habrías hecho esa pregunta. Mi padre es tan bueno que no acierta á llegar al mal sino por el camino del bien. (Pausa.) María.

MARÍA ¿Qué quieres?

CÉS. A pesar de mi gran vergüenza, á pesar de que no puedo resistir tus ojos, voy sintiendo que entra en mi alma el consuelo de tu compasión... Ven acá: yo quiero preguntarte una cosa.

MARÍA Habla, César, habla: mi corazón está sediento de oirte.

CÉS. ¿Verdad que no abandonarás nunca á mi padre; que vivirás siempre con él y aliviarás sus penas con tu cariño? ¿Verdad que sí?

MARÍA Siempre, César. Pero, dime, ¿es que tú?.. ¿Qué piensas hacer tú?...

CÉS. María, á tí ya puedo confiártelo: mi único recurso es huir.

MARÍA (Conmovida.) ¿Qué dices?

CÉS. Huir: no hay otro. Huir es salvarme. Mi li-

bertad vale todavía más que mi culpa. Huir es escapar á la venganza, al ultraje, al escarnio de la misma gente que me ha hecho caer. Tendré otro nombre, conoceré otro mundo... donde puede que alguien me quiera.

MARÍA ¿Y aquí nadie te quiere, ingrato?

CÉS. Es verdad. Me quiere mi padre, me consuelas tú... No estoy tan solo como me hace pensar mi amargura.

MARÍA No estás tan solo, no.

CÉS. ¡Qué desesperación cuando no me encuentre! ¡Qué dolor el suyo!

MARÍA ¿El suyo nada más?

CÉS. Nada más: los otros... los otros de mi casa, de mi familia, lejos de sentirlo celebrarán no volverme á ver.

MARÍA (Conteniendo el llanto.) No volverte á ver...

CÉS. Por eso te pido que no abandones á mi padre. (Se miran.) ¡Pero qué egoísta soy! Por no llevar este remordimiento, pretendo esclavizarte á tí.

MARÍA No es esclavitud, César.

CÉS. ¿No ha de serlo? Ahora, bien está; puedo admitir que no lo sea: pero rodará el tiempo, vendrá un hombre digno de tí, te dirá que te quiere por buena, por hermosa, tratará de llevarte consigo... y entonces... entonces... (María rompe á llorar, cubriéndose el rostro con las manos. César, sorprendido y turbado, se aparta mirándola.) ¿Qué? ¿Lloras?... María...

MARÍA Déjame.

CÉS. ¿Qué? (Comprendiendo.) ¡Ah!... ¡Necio de mí que hasta ahora no he sabido verlo! María; María...

MARÍA Déjame, César. Ahora soy yo quien te pide á tí que me dejes.

CÉS. ¿Por qué ha querido Dios que yo sepa esto en tan tremenda crisis de mi vida?

MARÍA Perdóname, César; perdóname si lo que yo pensaba ahogar en mi silencio, ha salido á mis ojos y sube ahora á mis labios. Mi sentimiento ha sido más fuerte que yo. Perdóname.

CÉS. María, te juro que esta revelación me desconcierta, me aturde, me llena de dolor... Yo no he sentido nunca impresión más honda, mayor tristeza, pena más grande de mí mismo. Podía creer en tu piedad, en tu lástima... pero jamás en otra cosa. ¿Cómo no me desprecias? ¿Cómo no me rechazas?

MARÍA ¿Por qué?

CÉS. Por lo que hice... por lo que soy.

MARÍA Si no hubiera perdón en el mundo, yo lo inventaría para tí.

CÉS. Por Dios, María...

MARÍA Silencio.

CÉS. ¿Quién?

MARÍA Debe de ser tu padre.

CÉS. Mi padre, sí... Silencio, silencio...

(Procuran serenarse los dos. Después de una breve pausa, dice María:)

MARÍA No es tu padre: es Pichardo.

ESCENA VI

DICHOS y PICHARDO

PICH. (Saliendo por donde se fué.) Ahora viene el papá.

CÉS. ¿Cómo?

PICH. Que ahora viene el papá.

CÉS. Ah, vamos.

PICH. ¡Dios mío, la que hay armada en el comedor! ¿Usted ha llorado, Mariquita?

MARÍA ¿Yo?

PICH. Serán mis ojos. (Se queda mirando á César y hace un gesto.)

MARÍA Bueno, César, puesto que tienes que hablar con tu padre... hasta luego.

CÉS. Hasta luego, María.

MARÍA ¿Te veremos esta noche ó te meterás en tu celda, como de costumbre?

CÉS. No, no; pasaré la noche con vosotros.

MARÍA ¿De veras?

CÉS. De veras.

(Vase María por la puerta de la derecha. Pichardo repite el mismo gesto que hizo antes.)

ESCENA VII

CÉSAR y PICHARDO; luego GARCÍA

PICH. Qué interesante, ¿eh?... y qué cariñosa, ¿eh?... y qué... ¿eh?

CÉS. ¿Eh?

(Pausa. Pasean en opuesta dirección.)

PICH. Parece que ha templado el tiempo...

CÉS. Sí...

PICH. Como le he visto á usted con el gabán...

CÉS. Sí...

(Nueva pausa.)

PICH. (Tarareando una polca.) ¿De dónde es esto?... ¿De dónde es esto, hombre?

CÉS. Será la única cosa que usted no sepa en este mundo.

PICH. No, señor, no. Desgraciadamente no es la única.

GAR. (Sale por la puerta de la izquierda sin ver á Pichardo, y la cierra tras sí.) ¡Ay, César, gracias á Dios que estoy contigo!... ¡Qué casa! ¡qué familia!... Esto rinde. Pero, en fin, vamos á lo nuestro. Cerraré esa puerta también, no se cuele Pichardo.

PICH. (Atónito.) ¿Eh?

GAR. (Sorprendido.) ¡Ah! ¿estabas ahí?

PICH. ¡Claro! Perico, á un lado bromas, tienes que convencerte de que cuatro ojos ven más que dos. Y un deber de amistad me ordena á mí tomar cartas en este asunto. (Va á la puerta y la cierra.) Dices muy bien en lo que dices: tu casa es un infierno. ¿Echo la llave?

GAR. La voy á echar yo.

PICH. No te molestes, bobo.

GAR. No; si digo que la voy á echar yo cuando tú te vayas. Que va á ser ahora mismo.

PICH. ¿De manera que huelgo?

GAR. En absoluto. Mi hijo y yo tenemos que hablar, y no veo la necesidad de que tú te enteres. Cien veces te lo he dicho: tú eres el alma y la vida de todo aquello superficial,

agradable, ligero... En cuanto asoma algo de interés, te esfumas, te borras... No existes.

PICH. ¿Con que no existo, eh? Ya me llamarás. Hasta luego. ¿Eh?

GAR. Nada.

PICH. ¡Ah! (Vase muy digno por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

GARCÍA y CÉSAR. FILITO

CÉS. Es de lo más entrometido y fastidioso...

GAR. (Cerrando con llave la puerta por donde Pichardo se ha ido.) Sólo yo lo puedo aguantar.—Con que, vamos á cuentas, hijo.

CÉS. Vamos á cuentas. Dime.

GAR. ¿Terminaste con esa mujer?

CÉS. Del todo.

GAR. ¿No me engañas?

CÉS. Con nadie más que contigo hablo la verdad.

GAR. ¿Duele la amputación?

CÉS. Duele: pero ya pasará. Duele por ella... y por lo neciamente que he empleado algunos años de mi vida. ¡Quién había de decirme que el final de esta aventura iba á ser mi deshonra!

GAR. Cualquiera que conociese el principio. Sírvate de lección, y adelante. Sólo el dolor enseña.

FIL. (Llamando á la puerta de la derecha con los nudillos.) ¿Hay alguien aquí?

GAR. Sí; yo. ¿Qué se te ofrece?

FIL. Abre.

GAR. No puedo ahora. Déjame.

FIL. Si es que tengo que hablar con Polín, que está en la calle esperando que salga.

GAR. Pues que aguarde Polín.

FIL. ¡Claro! ¡Como tú no sufres el plantón á pie firme!

GAR. Así crecerá.

FIL. ¡Ay! ¡Esto de que no pueda una hacer en su casa lo que le dé la gana!... (Retírase.)

GAR. Es verdaderamente lamentable, hija mía.

CÉS. ¿Qué Polín es ese, papá?

GAR. ¡Qué sé yo! Será el novio de hoy.

CÉS ¿Pero no lo conoces tú?

GAR. ¿Crees tú que es fácil conocer á todos los novios de tu hermana? (Suspira.) Volvamos á lo nuestro.

CÉS. Oye una pregunta que quiero hacerte, y que siempre se me va de la cabeza: ¿sabe mamá esto mío?

GAR. Sí. Como á tus hermanos, la llamé á capítulo un momento, y se lo dije. Era mi deber.

CÉS. ¿Y qué se le ocurrió?

GAR. No sé; no recuerdo. Ello fué cosa de encender velas... No me pareció muy seguro, ¿sabes? Por eso resolví no hacer caso de nadie, y salvarte yo solo.

CÉS. ¡Qué tristeza!

(Pausa breve.)

GAR. ¿Has pensado en lo que te propuse esta mañana?

CÉS. Sí. Y cuanto más lo pienso más firme estoy en no aceptarlo.

GAR. ¿Por qué?

CÉS. Lo que tú quieres es salvar mi nombre manchando tu conciencia.

GAR. Pero ¿no te he dicho que no hay peligro alguno? Se trata del capital de una señora que lo ha puesto en mis manos para que se lo administre y especule con él. Ya sabes mi buen nombre y mi crédito... Ni en sueños puede sospechar. Y si me ayuda la fortuna, á la vuelta de dos ó tres años habré repuesto yo con creces la cantidad que ahora nos hace falta.

CÉS. Es que no quiero que hagas por mí lo que sin mi culpa jamás te habría pasado por el pensamiento.

GAR. Considera que para mí es una alegría muy grande este sacrificio... Ya que carezco de todas las del mundo, ¿por qué no me das esta?

CÉS. Porque las alegrías, si no tienen el fondo muy claro, son tristezas pronto. Compréndelo tú. ¿Para qué insistes?

GAR. César, hijo mío; no eches por tierra mi solución... Es la única. Acéptala con los ojos cerrados y déjame á mí. Tú empiezas, y yo estoy acabando. Casi deseo acabar del todo. Tu vida puede enderezarse aún: la mía camina torcida á su triste final.

CÉS. Nunca, nunca. Tu abnegación pretende llevarme á una indignidad mucho mayor que la que he cometido.

GAR. Eso no.

CÉS. Eso sí. Caiga sobre mí solo el peso de mi culpa: yo lo sacudiré. Su expiación me hará hombre, si merezco serlo; y si no lo merezco, ¿para qué te voy á arrastrar conmigo?

GAR. Por Dios, César: reflexiona que yo lo miro desde arriba; desde lo alto de mis años y de mi vida amarga y estéril. Déjame acabarla con un capítulo romántico, que harto prosaica y triste ha sido toda ella. Aunque no me llamen más el pobre García, el bueno de García, no te importe: el bueno de García, el pobre García quiere sacrificarse esta vez por el único de sus hijos que, andando el tiempo, puede ser capaz de decirle: «Descansa, que harto trabajaste.»

CÉS. Calla, calla.

GAR. ¿No ves claro que hay un fondo de egoismo en lo que deseo?

CÉS. ¡Egoismo en tí!... Te suplico que no me hables más; que me dejes...

GAR. Te dejo, sí... Para que vuelvas á pensar en ello. Mira que la solución de tu conflicto es mi vida. Adiós. Piénsalo, piénsalo... por tí, por mí... por... Si yo te dijera...

CÉS. ¿Qué?

GAR. Nada, nada: no quiero confundirte más... Hasta luego, César.

CÉS. Hasta luego. (Se abrazan en silencio, y César se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

GARCÍA; luego, sucesivamente, FILITO, PICHARDO, MOMO y ALFREDO

GAR. (Sombrío, reflexivo.) ¡Lo pierdo también!... ¡Esto acaba mi vida!... ¿Qué importa? Para lo que vale... para lo que sirve... (Déjase caer con gran abatimiento en la butaca.)

(Sale Filito por la puerta de la derecha con un abrigo puesto y corre á asomarse á un balcón, cerrando tras sí las vidrieras. García, durante esta escena, los mira á todos con honda amargura.)

FIL. ¡Gracias á Dios que abrieron! No se cansan ustedes de hablar tonterías. ¡Pobre Polín! Estará tiritando.

(Llega Pichardo por la puerta de la derecha y al observar la actitud de García se le acerca y le habla en tono confidencial.)

PICH. ¿Qué es eso, Perico? ¿Qué ha sucedido entre vosotros? (García lo mira.) Acabo de ver a á tu hijo, descompuesto, lloroso. Yo necesito una explicación. Yo soy aquí algo más que el amigo superficial y entretenido que toma café y puro de sobremesa.

GAR. Pero ¿tú qué es lo que pretendes?

PICH. ¡Enterarme!

GAR. ¿De qué?

PICH. ¡Hombre, de algo! ¡Si estoy á ciegas! ¡si no sé por donde van los tiros! .. ¿Y he de ver con indiferencia que llega esta crisis, y se me desdeña, y se me excluye, y se me da con la puerta de la ingratitud en las narices de la amistad?

GAR. (Harto ya del sermón.) Mira, tocayo, acaso tengas razón sobrada; pero yo te ruego que te calles.

PICH. ¿Cómo?

GAR. Que te calles.

PICH. ¿Te molesto, quizás?

GAR. Sin duda.

PICH. ¿Por el timbre duro de mi voz ó por las ideas?

GAR. Por todo ello junto.

PICH. Dispénsame. No está en mi natural importunar á nadie. Con tu permiso voy á escribir aquí esa carta. (Al ir á sentarse á la mesa repara en Filito, y corre á observarla desde el otro balcón.) ¡Oiga! ¿Qué hace Filito? Parece que está cazando moscas. ¡Anda! ¡si es que habla con el novio! Pues este es nuevo. ¡Qué chico es! ¡Y qué metido en su gabán está el hombre! (Se sienta á escribir.)

(Sale Momo por la puerta de la izquierda, canturreando. Se encamina al aparato del teléfono y toca el timbre para pedir comunicación.)

MOMO Hola, Pichardo insigne. Hola, don Pedro. ¿Escribimos alguna cartita de amores?

PICH. ¡Qué más quisiera el gato!... Eso se queda para ustedes los pollos...

(Suena el timbre del teléfono.)

MOMO ¿Central? ¿Central? Catorce ochenta y nueve.

PICH. ¡Ah! ¡Catorce ochenta y nueve! ¡Buen peine está usted!

MOMO ¿Y eso?

PICH. ¿No es una cochera de lujo?

MOMO No, señor.

PICH. ¡Carambo! ¡pues me he trascordado! Entonces es la fábrica del gas.

MOMO Hombre, ¿á usted qué le importa?

(Vuelve á sonar el timbre.)

PICH. No... nada... pero yo apostaría...

MOMO Calle usted ahora; haga el favor.

PICH. (Apuntándolo para verlo luego) Catorce ochenta y nueve.

MOMO (Hablando por el aparato.) ¿Con quién hablo? ¿Quién está ahí?

PICH. Esa pregunta la han debido hacer en la otra parte.

MOMO ¿Se quiere usted callar?—Sí; soy yo; Momo. —¿Una copa de Blázquez? Venga, venga.—Sí; de eso quería tratar contigo.—Bueno.—Sí.—Sí.—Corriente. ¡Ja, ja, ja!

PICH. (Contagiado de pura curiosidad.) ¡Ja, ja, ja!

(Momo lo mira y él disimula escribiendo.)

MOMO Pero ¿estais ahí todos?—¿De manera que ha habido empalme?—¿Y esas, también están

ahí?—Que se ponga Matilde al aparato.—Sí.—Sí.—Descuida.

PICH. Me carga oir hablar por teléfono, porque... porque como no se oye más que á uno...

MOMO ¡Hola! ¡buena pieza!—Regular.—Ya sé que anoche hubo de todo.—Sí.—¡Ya lo creo! Espérate y verás...

PICH. ¡Je! Ahora comprendo algo.

MOMO Como quieras.—En Fornos á las dos.—¡Ja, ja, ja!

PICH. (Como antes.) ¡Ja, ja, ja!

MOMO Adiós, fiera. Escúchame un secreto.—¿Que no? Tú te lo pierdes.

PICH. Se la ha oído reir.

MOMO Hasta luego. (Deja el aparato.)

PICH. Toque usted el timbre, para indicar que ha concluído.

MOMO Es verdad. (Lo hace.) Está usted en todo.

PICH. En todo.

MOMO Lo sabe usted todo.

PICH. Todo.

MOMO El día que sepa usted cuándo debe marcharse de un sitio para no estorbar, tendremos un hombre completo.

PICH. ¡Je!

MOMO Deme usted un cigarro.

PICH. Acabo de fumarme el último.

MOMO Sí. Como siempre. Hasta después, don Pedro. Amigo Pichardo: voy á cenar esta noche con una chata, que si la viera usted, se le ponían de á cuarta los dientes postizos.

PICH. ¡Je! Los postizos... (Vase Momo por la puerta de la derecha, canturreando, como llegó. Pichardo se levanta y se dirige al aparato del teléfono. A mitad de camino lo estremece un golpe que da García con el puño cerrado en un brazo de la butaca.) ¿Eh?

GAR. ¡He sentido ganas de ahogarlo!

PICH. ¿Cómo?

GAR. No hablaba contigo.

PICH. Creí... (Buscando en el libro de teléfonos el número de marras.) Catorce ochenta y nueve... ¡Ah!... Es que me lo estaba figurando. ¡Qué punto! ¿Pero cómo no sabía yo que han puesto teléfono?

(Sale Alfredo por la puerta de la izquierda y se encierra con él.)

ALF. Diga usted, Pichardo.

PICH. ¿Qué hay, Alfredito?

ALF. ¿Qué fué lo que le dijo á usted el sastre?

PICH. ¿El sastre? Pues me dijo que por ser cosa mía, tendría usted el frac á las siete y media.

ALF. (Consultando el reloj.) ¿A las siete y media, verdad?

PICH. ¿Y á dónde se va tan de tiros largos?

ALF. Al Español.

PICH. ¿Qué obra dan esta noche?

ALF. No sé: me es lo mismo. Yo en la sala no estoy más que los entreactos. En cuanto empieza la representación me salgo al vestíbulo. (A García.) ¿Qué miras?

GAR. Nada.

ALF Ah, vamos. (Se marcha por donde salió, silbando.) (Retírase Filito del balcón y lo cierra de golpe demostrando gran indignación.)

FIL. ¡Se acabó lo que se daba, hijo mío! (Levanta un visillo, y con extraordinaria vehemencia hace señales negativas.)

PICH. ¿Qué es eso? ¿Estamos de monos?

FIL. (Apartándose del balcón y soltando la carcajada.) ¡Pobrecillo Polín! ¡Lo hago sudar tinta!

PICH Pero ¿qué ha sido?

FIL. Nada; ganas de divertirme yo. Asómese usted. Mire usted cómo se pasea; mire usted cómo se tira del sitio del bigote.

PICH. ¡Ja, ja, ja!

FIL. Dentro de cinco minutos tengo aquí una carta chorreando almibar. (Se va riéndose por la puerta de la derecha.)

PICH. Cosas de muchachas... Vaya, no molesto más... Ya me voy. Ah, la carta. (Coge de la mesa la que ha escrito.) ¿De quién es esta caja de fósforos? ¿Es la mía? No. (Se la guarda.) ¡Bueno! (Acercándose á García.) Pues... Perico, yo me voy á cenar. Volveré á la noche.

GAR. Muchas gracias.

PICH. Sin gracias. Ya sabes que en las penas como en las alegrías, soy siempre tuyo.

GAR. Ya lo sé. Te repito las gracias.

PICH. Sin gracias, hombre. Es un deber... un gusto... Tú estás preocupado... Pero, en fin... Buenas tardes... ¿Eh? Ah, no... nada... Buenas tardes. (Se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA X

GARCÍA; después MARÍA

GAR. ¡Jesús!... ¡Jesús!.. No acabo nunca de descubrir horrores en mi casa... Me ven crucificado, rendido, muerto de dolor, y parece que se complacen en arrojarme al rostro su indiferencia criminal, su bárbaro egoísmo... ¿Y esta es mi casa? ¿Y mis hijos son esos?... ¡Jesús, Dios mío!... (Pausa.)

MARÍA (Dentro, con angustia.) ¡Tío Pedro!

GAR. ¿Quién?

MARÍA (Saliendo por la puerta de la izquierda, desencajada, llena de estupor y de pena. En la mano trae una carta.) ¡Tío Pedro!

GAR. ¿Qué tienes?

MARÍA César...

GAR. ¿Qué?

MARÍA ¡César ha huído!

GAR. ¿Qué dices? ¡No es verdad!

MARÍA Sí es verdad, sí... Llamé á su cuarto... no me respondía... temí... entré... En su mesa estaba esta carta...

GAR. ¿Esa carta?... Pero no, no es posible... ¡César! ¡hijo mio! ¡César! (Vase atribulado por la puerta de la izquierda.)

MARÍA Que no es posible dice... Sí, sí es posible, tío Pedro... ¡Lo que no es posible es vivir sin verlo siquiera!... Aquí se despide de mí... la carta es para mí... para mí... ¿Por qué se va si yo lo quiero? ¿Por qué lo dejan ir los suyos? ¿Por qué manda el odio en la tierra, pudiendo mandar el amor?
(Sale García por la puerta de la derecha.)

GAR. No está, no está... Sus hermanos no saben.. se encogen de hombros... A ver esa carta, esa carta... ¿Qué dice esa carta?

MARÍA (Leyendo entre lágrimas.) «María, perdóname... No tengo valor para decirle adiós á mi padre, ni para decírtelo á tí... He estado ciego, ciego... he sido un loco... ¡Cuántas cosas comprendo ahora!... Olvídame... Merezco tu lástima, tu indiferencia ó tu desprecio: tu cariño no. Olvídame... Me asusta que tu vida me pertenezca .. Déjame solo rodar por el mundo como ruedan las hojas... Acaso algún día volveré... Te juro que pensaba perderme en la vida huyendo de mí mismo, y que ahora va entrando en mi alma el anhelo de volver aquí... Tal vez las sacudidas de este gran dolor que de aquí me arroja, revuelvan mi ser y me purifiquen... Entonces volveré... Cuando puedas mirarme tú sin que yo me avergüence... cuando pueda decirle á mi padre: «Pobre viejo, que quisiste hacer una casa y se te volvió un nido de víboras, descansa, que bien lo mereces»... Adiós, María. No dejes á mi padre. Adiós, otra vez... No veo lo que escribo... Olvídame... olvídame... Adiós..»

GAR. (Llorando con desesperación.) ¡Un nido de víboras, es cierto: un nido de víboras!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, FILITO, MOMO y ALFREDO

FIL. (Por la puerta de la derecha.) Ahí está mamá.

GAR. ¿Eh?

FIL. Viene contentísima.

GAR. ¿Qué dices?

FIL. Ha encontrado casa: tenemos casa.

GAR. (Rugiendo de dolor.) ¡No: no tenemos casa: dile que no tenemos casa! ¡Tenemos un sitio donde vivir juntos, para vivir separados, para odiarnos más, para despreciarnos más, para ver día por día y hora por hora toda la lepra moral que llevamos dentro!

FIL. (Asombrada.) Papá...

MARÍA Tío Pedro, por Dios...

GAR. ¡No tenemos casa! ¡La casa de García, de este desventurado García, se hundió, cayó en ruinas para siempre!

(Sale Momo á los gritos por la puerta de la izquierda. A poco sale Alfredo.)

MOMO ¿Qué es eso?

GAR. ¡Huyó el que quedaba, le dejásteis ir, le empujásteis vosotros mismos á la deshonra, á la desesperación, quizás á la muerte!... ¿Os sorprende verme como no me habéis visto nunca, verdad? ¡Es que estoy ciego de dolor y de rabia! ¡Quitaos de delante de mí! ¡Marchaos á donde yo no os vea más, lejos, muy lejos... y dejadme á mi solo! ¡solo!...

MARÍA Solo no, tío Pedro.

GAR. Es verdad, hija mía; que me quedas tú. El que se fué lleva en su tristeza infinita la ilusión de que alguna vez yo descanse; la ilusión de tu cariño puro... Esperémosle juntos, María: pero solos, ¡solos! ¡Sin esos!

(Abraza á María, alejándola del grupo que forman los tres hermanos, los cuales comentan entre sí la que se figuran locura de su padre.)

FIN

Madrid, Marzo, 1904.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flanta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

LA CONTRATA

APROPÓSITO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

LA CONTRATA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CONTRATA

APROPÓSITO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 19 de Julio de 1904

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

—

1904

A Lola Membrives

Usted quería bailar su *«cake walk» en un escenario de Madrid, ¿no es verdad?*

Nosotros tuvimos la suerte de verla á usted bailar ese «cake walk»—cosa digna de verse, por cierto—y de adivinar sus deseos de usted. De ahí La Contrata.

No vale un comino, pero ha cumplido su misión en este bajo mundo.

Por ello nos congratulamos nosotros, que siempre tenemos una satisfacción en poner nuestro escaso ingenio al servicio de quien, como usted, es á la par que una mujer bonita, una artista de mérito.

De usted admiradores y amigos,

S. y J. Alvarez Quintero.

Madrid, Julio 1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MICHIGANEZ.....	Sr. Carreras.
DON MANUEL.....	Ramiro.
LA BELLA MALAGUEÑA.....	Srta. Membrives.
EL FEO SEVILLANO.....	Sr. Carrión.

LA CONTRATA

Escenario de un teatro. Decoración de jardín, á todo fondo. En primer término, á la izquierda del actor, la mesa de servicio del escenario y un par de sillas.—Es de día.

—

(Aparece DON MANUEL sentado ante la mesa, haciendo cuentas en unas cuartillas y tomando café.)

D. MAN. Nada, no hay forma. El galán doce, la dama quince, el barba diez... Y añada usted el segundo galán, y la dama de carácter, y la característica, y la dama joven... ¡Imposible! ¿A dónde iríamos á parar? Renuncio á dramas y comedias... (Pausa.) Lo malo es que en el género de zarzuelitas hay cada renglón... Las tiples son una ruina. Digo, la de ayer: veinticinco duros diarios, un beneficio libre, un cuarto para ella, otro para su mamá, galletas para el perro... ¡El delirio! Vaya, vaya... ¿Quién me habrá metido á mí á empresario? Ni entiendo estos asuntos, ni sé qué género traer, ni qué le agrada más al público... ni dónde está la salida de este pícaro callejón. ¿A que todavía traspaso el negocio? Porque, cuidado que además de dinero hay que gastar paciencia. ¡Santo Dios! ¡qué nube de autores, de cómicos, de padres, de madres, de tías, de pintores, de

empleados, de revendedores, de acomodadores, de diablos encendidos!... ¡Hoy me traen loco!... ¡He tenido que dar orden al portero del escenario para que no pase ni una mosca! (Pausa. Vuelve á hacer cuentas.) (Sale Michigánez por la derecha, con un traje de varias temporadas, y después de hacer un ademán con el que indica á alguien que espere, se llega junto á don Manuel andando como un gato, de puro cauteloso y sin ruido.)

MICH. (Ya eres mío.) (Sentándose frente á don Manuel.) Se puede.

D. MAN. (Con sorpresa.) ¿Eh? ¿Quién? Pero, hombre, ¿cómo no lo he sentido á usted llegar?

MICH. Porque traigo llantas de goma.

D. MAN. ¿Ah, sí? Pues debía usted ponerse un cascabel. Ni sé para qué pregunta usted si se puede, y se cuela así de rondón.

MICH. *Pardon, mon cher ami*, que decimos nosotros los franceses. Yo no he preguntado si se puede, porque hubiera sido una vulgaridad; he dicho *se puede*, y en prueba de ello, aquí me tiene usted.

D. MAN. También es frescura.

MICH. No, señor, no es frescura; es númen.

D. MAN. Bien, usted me explicará lo que desea, porque yo no tengo ganas de perder el tiempo.

MICH. Paso, paso. *Chi va piano, va lontano, signore*, que decimos nosotros los italianos. (Dándole una tarjeta.) Mi tarjeta.

D. MAN. (Leyéndola.) Arturo J. J. Michigánez, agente de *The great attraction*. ¿Y qué es esto?

MICH. (Rectificándole la pronunciación.) *The great attraction*. (1) Es el título de una agencia teatral. Quiere decir *La gran atracción*. ¿Usted no sabe inglés?

D. MAN. No, señor. ¿Y usted?

MICH Tampoco. Ni falta que me hace, ¿sabe usted? Porque todos los *ingleses* me hablan en un castellano más claro que el agua. Lo que sí soy un poco cosmopolita, *mio caro*. He corri-

(1) Michigánez lo pronuncia así, poco más ó menos: *Di gret atrakchon*. De alguna manera ha de justificar que no sabe inglés.

do mucho. Es cosa aneja á mi profesión el andar de aquí para allá, de la Ceca á la Meca, de zocos en colodros, que decimos nosotros los castizos.

D. MAN. Perfectamente. ¿Y quién recontra le ha mandado á usted venir?—que decimos nosotros los de Zaragoza.

MICH. La Providencia, que vela por los desgraciados.

D. MAN. ¡Oiga usted! ¡eso ya es pasarse un poquito!

MICH. No se enoje, señor. Me refiero á *mangue*. Aquí el desgraciado soy yo. Pero lo voy á ser muy poco tiempo, puesto que vengo á salvarle á usted la temporada de su teatro, y este será el mejor reclamo para mi agencia. Muy bien.

D. MAN. Se lo dice usted todo.

MICH. Pues esto se lo digo á usted. (Coge una cuartilla del velador.) Lo que estoy leyendo aquí es una locura.

D. MAN. ¿Eh?

MICH. ¿Qué galán es este, á quien contrata usted con diez duros?

D. MAN. No sé, no sé todavía... No hay nada hecho. Pero le prevengo á usted que es Carranque.

MICH. ¡Hombre! ¡por el amor de Dios! ¿Y va usted á emplear diez duros en Carranque? No vale la pena. ¡Si es de la calle de Sevilla de Pinto! Por cinco duros... ¡por cuatro!—*les affaires sont les affaires et les amis sont les amis*—por cuatro duros le proporciono yo á usted un galán que se afeita á diario y que grita más que Carranque.

D. MAN. ¿Quién?

MICH. Ruibarbo. Un chico nuevo: puede que le conozca usted... Es uno alto, que pasa mucho por la Puerta del Sol... Pero, ¡adónde va á parar lo que grita!

D. MAN. Por las señas, usted se figura que la misión de los galanes es sólo gritar.

MICH. ¿Ah, no? Entonces, ya *capisco* lo que usted quiere. Escuela moderna, naturalidad, sencillez... Lo tengo, lo tengo.

D. MAN. No es eso, hombre.

MICH Sí es eso. *Voilà.* Mi galán se apellida Cornejo, y viene por los garbanzos de mucha gente. Dice con una naturalidad asombrosa. Si no se oyera al apuntador, se dudaría que estaba representando. Días pasados, en un teatro de Murcia—yo me hallaba presente—interpretando el galán de *Las cuatro dichas*, hizo con una verdad tan grande la escena del café, que le dieron un aplauso cerrado. ¿Recuerda usted la escena?

D. MAN. No.

MICH. Pues es esto, ni más ni menos. El galán les refiere á varios camaradas una aventura amorosa, mientras toma un vaso de café. Y este Cornejo lo hace de la manera siguiente: Bebe un sorbo de café .. (Bebiendo del de don Manuel.) y dice dos palabras: «Porque ustedes comprenderán, mis queridos amigos...» Y bebe otro sorbo de café... «...que si esa señorita del entresuelo...» Y bebe otro sorbo... «...en lugar de quererme á mí quisiera á Fernando...» Y otro sorbo. Le juro á usted que una cosa admirable. Yo no he visto en mi vida beberse un vaso de café con mayor naturalidad.

D. MAN. ¡Yo acabo de verlo! ¡Y se me antoja un abuso de confianza, señor mío!

MICH. *¡Dimoni, Dimoni!* que decimos nosotros los catalanes. Usted dispense. Me distraje... El fuego de la agencia. Pero hay café. (Sirviéndole otro vaso.) En mi oficina con un servicio tomamos ocho.

D. MAN. Bueno, bueno, bueno... Se acabó la conversación. Nada de lo que me ofrece usted me sirve.

MICH. *¿Et pourquoi?*

D. MAN. Sencillamente, porque no he de traer á mi teatro artistas de dramas y comedias.

MICH. ¡Que me place, señor! Y por ello le felicito de antemano. Y me felicito con usted *al alimón.* Como que mi agencia en el género de zarzuela grande tiene su verdadero *clou.* Usted tuerce el gesto; usted no quiere zarzuela grande. La tengo chica.

D. MAN. ¡Pues señor! ¡Paciencia! No hay modo de librarse de usted.

MICH. No hay modo. Y usted me dará las gracias al postre. Va usted á contratarme á la Revuelta.

D. MAN. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

MICH. Mi olfato. Entérese. La Revuelta es una verdadera alhaja. Carita malicio-a, ¿eh? cuerpecillo juguetón, ¿eh? ojillos traviesos... *¡Charmante!* Doscientas noches consecutivas ha llenado el teatro Albisu, de la Habana, cantando nada más que este juguetillo: (Canta como para pegarle un tiro.)

Mañana... mañana...
me van á prendé mañana...
Me van á prendé mañana,
me van á prendé mañana,
por culpa de tu cariño
me van á prendé mañana...

Me van á prender esta noche, porque yo no sé cantar como la Revuelta, pero canto para que usted se haga cargo de la cosa, del género.

D. MAN. Sí, señor, sí. Y ya estoy al cabo de la calle. No es eso lo que necesito ni con cien leguas.

MICH. Es que me lo estaba figurando. Lo que necesita usted es una mujer guapa.

D. MAN. ¡No!

MICH. ¿No necesita usted una mujer guapa? ¡Caramba, qué suerte! ¿La prefiere usted fea? Porque también tengo una mujer fea, bastante fea. Y propia, por desgracia; pero con un *cuore* de artista... ¡oh!

D. MAN. Vaya, señor, hemos concluído.

MICH. *¡Mon Dieu!*

D. MAN. ¡Ni fea, ni guapa! ¡No quiero nada! ¡No necesito nada! ¡Lo que quiero es que me deje usted en paz!

MICH. *¡La mare e Dios!* como decimos nosotros los andaluces. ¿Usted supone que el agente de *The great attraction*—ya le he dicho á usted que no sé inglés—se va sin labrar la felici-

dad de un empresario nuevo? Nunca, nunca. *¡Jamais!* Y ya he acabado de adivinar cuáles son sus sueños. Usted suspira por una tiple de estas vistosas, elegantes, que salen nada más que para los de los palcos proscenios, que tienen el cuarto lleno de chicos de la *crème*... Ya, ya veo claro... Ramos de flores, coches de los casinos, pecheras blancas... «Cómo va, Teresita?» «¡Encantadora!» «¡Admirable!» Tengo, tengo una.

D. MAN. ¡Espantárame yo!

MICH. Una señora de una vez. Se viste como los propios ángeles, y cada noche se va á cenar con un abonado. ¿Qué más le puede usted pedir á una tiple?

D. MAN. Yo, nada.

MICH. Y si la prefiere usted menos revoltosilla, puedo ofrecerle otra que se va á cenar una noche sí y otra no.

D. MAN. ¡Qué pesadez de hombre! ¿Cómo le voy á decir á usted que me deje tranquilo? ¡Si quizás acabe por no hacer zarzuelas grandes ni chicas en mi teatro!

MICH. ¿Pues qué va usted á hacer entonces, género ínfimo?

D. MAN. ¡Qué sé yo, hombre, qué se yo! ¡Juegos de manos, si hace falta!

MICH. ¿Juegos de manos? ¿Ha dicho usted juegos de manos? *¡Siamo felici! ¡The great attraction* dispone del mejor prestidigitador conocido! Mr. Chambon. Mire usted. (Deja su sombrero sobre el velador, copa arriba, y en él va echando uno tras otro hasta cinco duros que se saca sucesivamente de varias partes, como los prestidigitadores.) Un duro. Otro duro. Otro duro. Otro duro. Otro duro.

D. MAN. Pero, señor mío, ¿y poseyendo esa habilidad y tanto dinero, para qué marea usted al prójimo?

MICH. Perdone usted: este dinero no es mío. Estos cinco duros los tenía usted en el bolsillo del chaleco.

D. MAN. (Echándose mano.) ¡Corcho! ¡Es verdad!

MICH. (Devolviéndoselos.) Tome, tome. Y le advierto á

usted que esto es de afición nada más. Consecuencia de un par de lecciones que me ha dado Mr. Chambon. ¿Afinará el mocito?

D. MAN. ¡En mi vida me he visto en otra! ¡Es usted notable!

MICH. *Thank you.* (1)

D. MAN. ¡Y acabemos ya de una vez, que estoy sudando sangre! ¿Qué es lo que no tiene usted en su agencia?

MICH Tengo de todo.

D. MAN. ¡No puede ser! ¡Algo faltará, por muy completa que se halle!

MICH. Sí, señor; el reconocer las deficiencias de lo propio es una garantía de imparcialidad. No tengo ahora, ni en algún tiempo he de tener, números de baile. Y es lástima, porque el baile es una alegre manifestación de la belleza.

D. MAN. ¿Ve usted, hombre, ve usted? ¡Pues eso cabalmente es lo que yo necesito! ¡Números de baile! (Despidiéndolo) Y puesto que usted no puede ofrecérmelos...

MICH. Caballero, es usted un rompecabezas del *A B C*, de puro inocente.

D. MAN. ¿Cómo?

MICH. (Llamando, hacia la derecha.) Ps, ps, ps... vayan ustedes acercándose.

D. MAN. ¿Qué es eso?

MICH. Un recurso de verdadero agente. Calma. Aquí entra mi personalidad yanqui. Seriedad y pocas palabras. Va usted á ver bailar ahora mismo el *cake walk* á una parejita que ha venido conmigo, dispuesta para ello. Que no le gusta á usted: paciencia. Que le gusta á usted: la contrata. *Voilà tout.*

D. MAN. Muy bien. Empieza usted á ser razonable. Pero yo, que creo que el empresario no debe tener más gusto que el del público, someto á su fallo la resolución de la contrata. Si al público le satisface esa pareja, trato hecho; y si no le satisface, usted no habla ni una palabra más.

---

(1) Pronúnciese: *Zanquiú.*

MICH. *Neanche una parola.*

D. MAN. Y se va usted á la calle inmediatamente.

MICH. *Très bien.*

D. MAN. Y no le vuelvo á ver el pelo en mi vida.

MICH. *All right.* (1) (A la pareja.) Adelante, señores. (Salen, vestidos para bailar el «cake-walk», la Bella malagueña y el Feo sevillano. Michigáñez los presenta con solemnidad.) El señor empresario. Los artistas. (Se saludan ceremoniosamente.) El respetable público. (Señalando á él, se inclinan los cuatro.) De todos ustedes depende esta contrata, que es mi ventura, y el crédito de *The great attraction*. Usted, señor empresario, ponga en mi obsequio toda su buena voluntad; ustedes, jóvenes, toda la gracia, toda la soltura, toda la gallardía, todo el fuego de que sean capaces; y tú, amigo y dueño, pon la benevolencia de que á cada paso das pruebas indudables. No sea cosa que tenga yo que exclamar cuando el baile concluya: *¡Anda Dios! ¡Nos la han dao suave!*—como decimos nosotros los que hemos nacido en la travesía de la Ballesta.—Señor empresario: allí, usted y yo. (Al director de orquesta.) Maestro: música. Jóvenes: á bailar. (Se va por la izquierda con don Manuel. Terminado el baile, vuelve á salir y dice, dirigiéndose al público:)

Señoras y señores: *io me ne vado...*

¿Han sido los artistas de vuestro agrado?

FIN

Madrid, Julio 1904.

(1) Pronúnciese: *Ol rait.*

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Este apropósito devenga los mismos derechos de propiedad que un entremés, es decir, la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

El número de baile que le sirve de complemento, ó cualesquiera otros que pudieran servirle, son cosa aparte, y pertenecen á lo que se llama *pequeño derecho.*

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El mal de amores

SAINETE

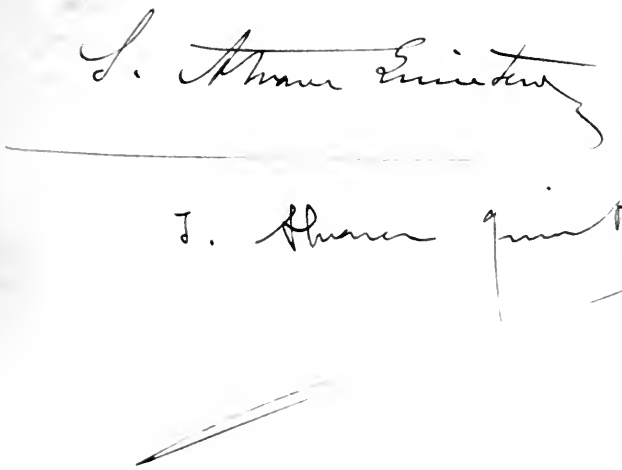
CON MÚSICA DEL MAESTRO

JOSÉ SERRANO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

EL MAL DE AMORES



Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MAL DE AMORES

SAINETE

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 28 de Enero de 1905

MADRID

R. Velasco, impreso, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

—

1905

JB

A los Artistas del Teatro de Apolo

que con tanto interés, acierto y cariño han representado este sainete, y que han pasado con nosotros, en el breve término de veinticuatro horas, y como por arte de magia, del disgusto de un fracaso completo á la alegría de un éxito verdaderamente satisfactorio.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAROLA	Srta. Pino.
MARIQUILLA	Membrives
LA AMAPOLA	Mesa.
RAFAEL	Sr. Reforzo.
DON LOPE	Carreras.
EL SEÑOR CRISTÓBAL	Mesejo.
ANTOÑILLO	Fernández.
DON RAMÓN	Carrión.
FELIPE	Manzano.
UN CAMPESINO	Picó.
OTRO	Valverde.
UN GUARDIA CIVIL	Sánchez.
OTRO	Máiquez.
EL MAYORAL	Soriano
UN SOLDADO	Alvarez
UN ESTUDIANTE	Rodríguez.
UN PASAJERO	Ramiro.
UN FRAILE	
UN CHIQUILLO	Srta. Espinosa.
ROVIRA	Sr. Ruesga.

EL MAL DE AMORES

Interior del ventorrillo del señor Cristóbal en el campo andaluz. Al foro, en el centro, la puerta de entrada, y á la izquierda, una ventana sin reja. A la derecha del actor una puerta que conduce á los aposentos del ventorrillo. A la izquierda otra más pequeña que da al corral. Ante la ventana del foro y paralelo á la pared de la izquierda, un mostradorcillo hecho de tablas viejas y desiguales. Hacia la derecha una mesa pobre. Dos ó tres sillas bastas. En el rincón de la izquierda, varias tablas á modo de anaqueles, y sobre ellas y sobre el mostrador jarros de vino, botellas, vasos, copas, un barrilillo, un par de embudos, etc., etc. Apoyados en la pared en el mismo rincón varios instrumentos de labranza. En el de la derecha una tinaja, un cantarillo y una escoba. Colgado cerca del techo, en la pared del foro, un cuadro de batalla pequeñito, sin marco, que representa un suceso trágico acaecido en el ventorrillo. Sobre la puerta y la ventana un letrero manuscrito que dice: «Oi no se fia aqi manana si.» En el exterior del ventorrillo un emparrado que le presta sombra. Por la ventana penetra una rama de la parra, que adorna la pared. A la derecha de la puerta, en el exterior, un poyete, y á la izquierda una encañizada dentro de la cual hay flores. Las paredes blancas, con zócalo azul. El poyete del exterior, y aun la tinaja, del color del zócalo. Suelo de ladrillos. Por la puerta y por la ventana se ve la campiña llena de sol.

ESCENA PRIMERA

MARIQUILLA y dos CAMPESINOS

(Mariquilla de pie, sobre un cajón pequeño, lava ropa menuda en un lebrillo que ha puesto adrede encima de la mesa. Es hija del señor Cristóbal. Viste ropilla pobre de colores muy vivos. En los ojos se le puede encender un cigarro.)

MAR. (Cantando.)

Mi novio dice dice
que va á Zeviya,
y yo le digo digo:
quiero unas ligas.
Porque mi novio
otra coza no tiene,
pero es rumbozo.

(Llegan dos Campesinos, que van de paso. Uno de ellos trae al hombro una azada.)

CAM. 1.º A la paz e Dios.

MAR. Güenos días.

CAM. 2.º Güenos días.

CAM. 1.º ¿Quié usté darnos un vazito e vino, precioza?

MAR. Zí, zeñó. (Secándose las manos en el delantal, va al mostrador y de un jarro llena dos vasos.) Vaya.

CAM. 1.º (Bebiendo.) Jasta verte, Cristo mío.

CAM. 2.º (Después de beber.) Está fresco.

CAM. 1.º (Pagando.) Tome usté.

CAM. 2.º Diga usté, niña: ¿vamos bien po aquí pa Arenales?

MAR. Zí, zeñó.

CAM. 1.º ¿Y nos quea mucho camino que andá?

MAR. Yendo apriza, azí como dos leguas. Yendo espacito, cerca e tres.

CAM. 2.º Muchas gracias.

MAR. Con Dios.

CAM. 1.º Que haiga zalú, morena.

(Se van hacia la izquierda los dos.)

ESCENA II

MARIQUILLA y el SEÑOR CRISTÓBAL; luego DON LOPE

(El señor Cristóbal sale en mangas de camisa, por la puerta de la derecha, desperezándose. Mariquilla sigue su faena.)

SEÑOR C. ¿Quién era, tú?

MAR. Gente der campo.

SEÑOR C. ¿Han bebío?

MAR. Zí. (El señor Cristóbal se pone á hacer un cigarro con todo lujo de detalles. Pausa. Mariquilla torna á cantar.)

Porque mi novio
otra coza no tiene,
pero es rumbozo.

SEÑOR C. Tarda la diligensia.

MAR. Zí que tarda. ¿Le habrá zucedío arguna coza?

SEÑOR C. Pué que se le haiga salío una ruea.

MAR. La de ayé.

SEÑOR C. O la de antes de ayé.

MAR. Antes de ayé lo que ze le zalió fué la lanza.

SEÑOR C. Eso fué tras de antié.

MAR. No, padre; tras de antié ze le cayó la portezuela. (Cantando de nuevo.)

Ven esta noche,
que mi madre ze duerme
dando las doce.

(Aparece don Lope en la puerta del ventorrillo. Viene de la derecha, y viste de cazador, con todos los arreos propios del noble ejercicio. Es un señor chapado á la antigua, que está en su Octubre, si no en su Noviembre, y se figura que está en su Abril. Lleva bigote lastimosamente pintado y con las guías punzantes como leznas. El poco cabello que le queda se lo peina con raya hasta el cogote.)

D. LOPE Salud á la buena gente.

SEÑOR C. Felises, cabayero.

MAR. Güenos días. (Fijándose en don Lope.) (¡Jozú!)

D. LOPE Dígame, amigo: ¿la diligencia de Alcazarejo, ha pasado ya?

SEÑOR C. No señó: aguardándola estamos.
D. LOPE Pues, con permiso, voy á aguardarla yo también. (Deja en un rincón todos sus arreos.)
MAR. ¿Estorbo aquí?
D. LOPE (Galante.) ¿Usted estorbar? Ni ahí, ni en sitio alguno en que yo me halle.
MAR. (¡Ay, er viejo!)
SEÑOR C. ¿Y qué va usté á tomá?
D. LOPE ¿Es obligativo tomar algo?
SEÑOR C. Obligativo, no; pero es lo desente.
D. LOPE (Enojado.) ¡De ningún ventero admite lecciones don Lope de Zúñiga! Tráigame un vaso de buen vino. (Se sienta.)
SEÑOR C. Sí, señó. (Va por él y se lo sirve á don Lope. Este, mientras tanto, contempla con curiosidad á la muchacha.)
D. LOPE (Es de un parecido que me hiela la sangre. Los ojos, la boca... Igual, igual.) (Al señor Cristóbal, después de beber.) Gracias, ventero.
SEÑOR C. Pa servirle, señó.
D. LOPE ¿Es usted el amo del ventorrillo?
SEÑOR C. Pa servirle.
D. LOPE ¿Y esta clavellina colorada es hija de usted?
SEÑOR C. Sí, señó.
MAR. Pa zervirle. (Coge tres ó cuatro prendas lavadas y se va cantando por la puerta del corralillo como para tenderlas al sol.)

Ven esta noche,
que mi madre ze duerme
dando las doce.

D. LOPE (El aire... el andar... Todo, todo.) (Se levanta y se acerca á hablar con el ventero, que está tras el mostradorcillo.) Linda es la moza.
SEÑOR C. Se la pué mirá sin perdé er tiempo. Tiene á quien salí.
D. LOPE ¿A su madre?
SEÑOR C. A su madre sale en la cara y en er cuerpo. En las pestañas sale á mí.
D. LOPE ¿Y amores, tiene?
SEÑOR C. Usté carcule... Con diesisiete años, comiendo de los diesiocho... Ahí anda tonteando con un cabreriyo der cortijo vesino...
D. LOPE ¡Buena suerte la del cabrerillo! ¡Tirano amor! Lo mismo enreda en el campo que

en la ciudad. (Contoneándose.) Yo sé un poco de eso.

SEÑOR C. ¿Ah, sí?

D. LOPE Usted, al verme con estos arreos, creerá que voy ó vengo de caza.

SEÑOR C. Claro.

D. LOPE Pues no hay tal.

SEÑOR C. ¿Va usté á retratarse?

D. LOPE Siempre que sea en unos ojos, no diré que no.

SEÑOR C. ¿Hola?

D. LOPE Sí. La caza es el pretexto, ¿sabe usted? Justamente vengo de pasar unos días en el *Caserío de las Palmas*, á un cuarto de legua de aquí.

SEÑOR C. A la vera der molino, ¿no?

D. LOPE A la vera del molino: cabal.

SEÑOR C. ¿Conose usté á la molinera?

D. LOPE ¡Me la sé de memoria!

SEÑOR C. ¡Vaya una mujé guapa!

D. LOPE De lo más hermoso de estos lugares, cuando no de toda la Andalucía.

SEÑOR C. ¡Y miste que se conserva fresca después de habé tenío siete chiquiyos!

D. LOPE Ahora ha vuelto á casarse.

SEÑOR C. Sí; pero los chavales son tos siete der primer mario.

D. LOPE (Sonriendo maliciosamente.) Seis nada más.

SEÑOR C. No, señó; tos siete. Si no hay más que verlos: son iguales ar padre.

D. LOPE Seis nada más. Uno de ellos... no se le parece.

SEÑOR C. Ah, vamos, vamos... (Se rien los dos.)

D. LOPE ¿Ha comprendido usted?

SEÑOR C. Sí, señó. ¿Quié usté otro vaso e vino?

D. LOPE ¡Venga! ¡Qué diantre!

(Sale Mariquilla y vuelve á su faena. El ventero sirve á don Lope nuevamente.)

MAR. Padre, ¿ha oído usté?

SEÑOR C. ¿Qué, hija?

MAR. Me ha querío parecé que zuenan ya los cascabeles de la diligencia.

SEÑOR C. Yo no he sentío na. (Asómase á la puerta del ventorrillo y desaparece mirando hacia la izquierda.)

D. LOPE (Viéndose solo con la muchacha.) (Que me place. No perdamos momento.) (Acercándose misteriosamente á ella.) Niña.

MAR. Zeñó.

D. LOPE ¿Usted tiene idea de haber visto mi cara en alguna parte?

MAR. Zí, zeñó.

D. LOPE (Con vivo interés.) ¿Dónde?

MAR. En un cuadro que hay en la iglezia der pueblo y que figura er purgatorio. Una de laz ánimas ez igualita á usté.

D. LOPE (Mosqueado.) No es ocasión de burlas, doncella. Contésteme con seriedad. ¿Su madre de usted estuvo alguna vez en Calasparra?

MAR. ¿Y qué ez ezo?

D. LOPE Un pueblo de Murcia.

MAR. No, zeñó. Mi madre no ze movió nunca del Arahá.

D. LOPE Ah, bueno, bueno. Gracias, joven. (Respiro. La puedo cortejar impunemente. No es hija mía.)

SEÑOR C. (Volviendo á salir por el foro.) Se te figuró á tí que sonaba; porque er coche no viene.

D. LOPE Huélgome de ello, amigo. La espera me está siendo muy agradable.

SEÑOR C. Sin embargo, ya no pué tardá. Güeno será que quites eso de en medio, Mariquiya. Por si yega gente.

MAR. Zí, padre; ahora mismo. (Coge el lebrillo y la ropa y se va por la puerta del corral.)

D. LOPE (Curioseando por el ventorrillo.) «Hoy no se fía aquí, *manana* sí.» ¡Ja, ja! Hombre, ¿y ese cuadro? ¿Qué representa?

SEÑOR C. Ese cuadro tiene su por qué. Retrata una ersena que pasó en este mismo sitio en que estamos. Yo la vide; y á un pintó que cayó por ahí serca, y que hasía retratos á dos cuartos, le mandé que me la pintara. Ese de la faca es er *Tuerto e Molares*, que malhirió á *Seis Deos*, que es aqué, por que no le quiso dá parte en un negosio. (Acción de robar.)

D. LOPE No está mal, no está mal... Algo exageradillo el chorro de sangre.

SEÑOR C. Señó, si es la faja, que era colorá.

D. Lope. Ah, vamos.

(Vuelve Mariquilla.)

Señor C. En este ventorriyo han salío á relusí muchas navajas de muchos guapos.

D. Lope. ¿Y es cierto que le llaman *Ventorrillo del Pozo*, porque hay aquí uno cuya agua cura el mal de amores?

Mar. Zí, zeñó. En er mismo corraliyo nuestro.

D. Lope. ¡Ja, ja! ¿Y cómo obra el agua ese milagro?

Mar. De toas maneras, zegún la claze e má. Er que quiere orvío, bebe orvío; er que quiere costancia, bebe costancia; er que pena por zelos, bebe zeguriá... ¿No zabe usté la historia der pozo?

D. Lope. No la sé.

Mar. Pos dicen que á una princeza mu bonita que había en estos contornos, dicen que ze le fué el amante á la guerra; y dicen que eya, que no podía viví zin é, dicen que venía toas las noches á yorá en este pozo, que estaba zeco; y dicen que de tanto como yoró, dicen que er pozo tuvo agua; y dicen que una noche pazó un ermitaño mu viejo, y dicen que le dijo azí: «Ya has yorao bastante, princeza: to er que beba el agua de este pozo, formá con lágrimas de mujé, ze curará der mar de amores. Vete á tu palacio, que ayí en tu cámara te espera tranquilo tu galán.» Y dicen que dezapareció zin que eya lo viera, y dicen que to pazó como lo dijo. Ezo dicen.

D. Lope. ¡Bah! Consejas populares. El mal de amores, niña, si no se cura con amor, no se cura. Se lo dice á usted quien lo sabe. Pero, á pesar de ello, ¿quiere usted guiarme á ese pozo?

Señor C. Ahí en er corraliyo está: no tiene pérdida.

D. Lope. (Asomándose á la puerta.) ¿Es aquel?

Mar. Aquer mismito.

D. Lope. La superstición es contagiosa. Voy á meditar, mirándome en el agua, y quién sabe si á tomar un sorbo de ella. (Mariquilla suelta la risa al verlo ir. Don Lope se vuelve.) ¿De qué se ríe la mocita?

SEÑOR C. De mí, que le hago mucha grasia.
D. LOPE. Ya. (Vase al corralillo. Hija y padre rompen á reir.)
SEÑOR C. ¿Tú has visto qué tipo?
MAR. ¿Ze ha fijao usté cómo ze peina por detrás? Paece la espina de un lenguao.
SEÑOR C. ¡Y se saca la raya desde la rabaíya!

ESCENA III

MARIQUILLA, el SEÑOR CRISTÓBAL, LA AMAPOLA y dos GUARDIAS CIVILES

(Llegan por el foro estos últimos. La Amapola es una gitanilla de pocos años á quien traen los Guardias civiles maniatada)

Música

GUAR. 1.° (A la Amapola.) Ponte ahí á ese lao.
SEÑOR C. Hola, güena gente.
GUAR. 2.° Dios guarde á usté, señó Cristóba.
SEÑOR C. ¿Qué ha hecho esa palomiya?
GUAR. 1.° Herí malamente á su novio.
SEÑOR C. Temprano empiesa. Tomá un vaso e vino.
GUAR. 1.° Se estima; que ya prinsipia er só á templarse.
(El señor Cristóbal escancia y los Guardias beben.)
GUAR. 2.° (A la Amapola.) ¿Quiés agua?
AMAP. No.
GUAR. 2.° Tú te lo pierdes.
(Mariquilla contempla llena de curiosidad é interés á la Amapola, que á su vez la mira con recelo y vergüenza.)
SEÑOR C. (Entregándoles á los Guardias un papel doblado.) Esto dejó er cabo ayer noche.
GUAR. 1.° No será ningún biyete e Banco. (Mientras lee.) ¿No lo dije? Güeno está, hombre, güeno está. ¿Se ve desde aquí er *Serriyo e las liebres?*
SEÑOR C. Desde aquí se ve. Vení conmigo. (Vase hacia la derecha con los Guardias civiles.)
AMAP. (Apenas se queda sola con Mariquilla.—Cantando.)

Dame un buche d'agua:
vengo abrazaíta,
y de las manos de ezos maloz hombres
yo no la quería.

MAR. (Cogiendo el cantarillo que hay junto á la tinaja.)
Tómala der pozo
que cura los males de amó,
y pué que te alivie
las penitas de tu corazón.
(Dándole de beber.)
Bebe, bebe,
que está en er cantariyo
como la nieve.

—

AMAP. La Vigen te lo pague,
niña precioza,
que tienes una cara
como una roza.

MAR. Dime: ¿qué es lo que haz hecho?
¿Por qué te yevan
tan chiquita en er mundo,
zolita y preza?

AMAP. Preza y zolita
ze ve por zu mar zino
la gitanita.

—

Migueliyo er de la *Jara*,
gitanito como yo,
prendaíto de mi cara
de amores me requirió.
Yo escuché zus palabritas
durcezitas como mié,
y como eran durcezitas
lo que quizo le entregué.

—

Er tiempo pazó:
Migueliyo con Pastora
la *Cachifa*, me engañó.
Lo zupe y cegué:
á Estebita mi hermaniyo
la faquita le quité.

De noche zalí:
caminito de la caza
de Pastora lo cogí.
Me acerqué,
lo paré,
le escupí,
lo inzurté,
lo jerí...
¡ze me fué!
¡Malhaya mi zino arrastrao
que no lo maté!

—

MAR ¡Pobrecita la gitanita
enfermita der mar de amores:
bebe tú del agua fresquita,
melecina de ezos dolores!
(Dándole de beber como antes.)
Bebe, bebe,
que está en er cantariyo
como la nieve.
(Llegan los Guardias civiles con el señor Cristóbal.)

GUAR. 1.º (A la Amapola) Vámonos.

GUAR. 2.º Salú y muchas grasias.

GUAR. 1.º Con Dios, niña.

MAR. Con Dios. Y no tratá malamente á eza pobre.

AMAP. La Vigen te bendiga, hermoza. Cuidaíto á quien miras con ezos ojos. (Vase por el foro hacia la izquierda, delante de los Guardias. Mariquilla se asoma á la puerta á verlos ir.)

SEÑOR C. Que haiga salú.

AMAP. (Cantando, dentro.)
¡Dios te pague el agua fresquita,
melecina de mis dolores!...

MAR. ¡Pobrecita la gitanita,
enfermita der mar de amores!
(Cesa la música.)

ESCENA IV

MARIQUILLA y el SEÑOR CRISTÓBAL; luego DON LOPE; después, sucesivamente, EL MAYORAL, UN ESTUDIANTE y UN SOLDADO, CAROLA y UN PASAJERO

(Principia á sonar hacia la izquierda el cascabeleo de la diligencia que se acerca al ventorro, y que se supone que luego para junto á él.)

MAR. Tanta gente mala como habrá zuerta por er mundo, y miste á quién van á echarle mano... Zi hubiea justicia...

SEÑOR C. Caya.

MAR. Qué.

SEÑOR C. Ahora sí que suena la diligensia.

MAR. Es verdá.

SEÑOR C. Avísale á don Lapi.

MAR. (Desde la puerta del corral, gritando.) ¡Don Lapi! ¡Don Lapi!

SEÑOR C. ¡Muchacha!

D. LOPE (Saliendo.) Don Lope; me llamo don Lope. ¿Ocurre algo?

SEÑOR C. Que er coche ya está ahí.

D. LOPE ¡Válgame Dios, y cuán pronto pasa la dicha! (Mariquilla se va á la puerta.) ¿Qué le debo, ventero?

SEÑOR C. Lo que sea voluntá.

D. LOPE (Pagándole liberalmente.) Tome usted.

SEÑOR C. Se estima, señorito.

(La diligencia para. Don Lope recoge sus chirimbolos y se dispone para marchar, todo ello muy reposadamente. El señor Cristóbal sirve á los que llegan.)

MAR. No viene cuazi nadie. Como los que vengan no hayan comío mojama, poca bebía vamos á vendé.

MAY. (Saliendo de prisa.) Dame un vaso de agua pa una monja.

SEÑOR C. ¿Eso es to lo que se te ofrese?

MAY. A la güerta será argo más.

SEÑOR C. Pero ¿yendo tan de vasío, cómo habéis tardao tanto tiempo?

MAY. Porque se nos cayó er pescante. (Vase con el agua.)

SOLD. (Saliendo con el Estudiante.) A vé un vaso e vino.

EST. A mí una copita de anís.

SOLD. Pero ¿ha reparao usté, paisano, qué rear mosa yevo á la vera mía?

EST ¿Que si he reparao? Si no le quito ojo. ¿Y en la ventera, se ha fijao usté?

SOLD. También pué salí en las cajas e mistos.

MAR. ¡Ay, zeñó; vaya una mujé guapa que ze baja der coche!

SOLD. (Asomándose á la ventana.) ¿Viene pa acá? ¡Paisano, pa acá viene!

MAR. Azómeze usté, padre: miste qué encanto.

SEÑOR C. Lo que es mesté que haga gasto por siete feas.

D. LOPE (Ya dispuesto á partir.) Salud... y hasta que el azar vuelva á traerme por el *Ventorrillo del Pozo.*

SEÑOR C Vaya usté con Dios.

(Don Lope va á marcharse á tiempo que llega Carola. Sorprendido por su hermosura se detiene y la deja pasar, quitándose el sombrero. Carola viste traje claro de percal y mantón negro de espuma. Todos la contemplan con admiración é interés, singularmente Mariquilla.)

CAR. (Desde la puerta.) Güenos días.

MAR. Güenos días.

CAR. ¿Es este er *Ventorriyo der Pcso?*

SEÑOR C. Este es.

CAR. (Después de mirar á todos lados como buscando á alguien.) Con permiso. (Entra en el ventorrillo y se sienta junto á la mesa pensativa y triste. Pausa.)

D. LOPE (¡En mi vida he visto mas acabada belleza de mujer!) (Adelántase hacia la derecha y desde allí la mira intencionadamente largo rato, como quien echa la semilla de una nueva aventura amorosa.)

SOLD. (Hablando de Carola con el Estudiante.) Eya se subió entre Pajarete y Los Molinos, toa temblando, blanca como er papé. Luego—usté la ha visto—no ha parao de suspirá ni de yevarse er pañuelo á los ojos.

EST Algo daría yo por sé el que tiene la culpa de to eso.

PAS. (Saliendo, con unas alforjillas al hombro.) Salú, Cristóba.

SEÑOR C. Hola, Juan.

PAS. Dame media caña.

SEÑOR C. ¿Vas pa er pueblo?

PAS. Pa ayá voy.

SEÑOR C. ¿Cómo está tu gente?

PAS. Tan güena.

D. LOPE (Aunque su traza es popular, bajo ese mantón adivino á la gran señora. Aventura tenemos.)

SEÑOR C. ¿Y la perra, parió por fin?

PAS. Eso iba á desirte. Parió.

SEÑOR C. Pos un cachorriyo es pa mí.

PAS. Descuida: en eso estoy.

SEÑOR C. ¿Cuántos ha tenio?

PAS. Siete.

SEÑOR C. ¿Siete?

PAS. Sí.

SEÑOR C. ¿Cómo son?

PAS. Como er padre. Igualitos ar padre tos siete.

D. LOPE (Rondando á Carola hállase á tiempo de oir esta frase cerca del Pasajero y toma el rábano por las hojas.) Seis nada más.

PAS. ¡Tos siete, señó! ¿Usté los ha visto?

D. LOPE Seis nada más.

PAS. ¡Me deja usté parao!

D. LOPE ¿Tendré que decir que uno es mío?...

PAS. ¿Eh?

SEÑOR C. ¡Pero señó, si estamos hablando de una perra de aquí mi compadre!

(Sueltan la risa todos á excepción de Carola, que permanece quieta y abstraída.)

D. LOPE (Amoscadísimo.) ¡No es tan donoso el chiste que merezca esas carcajadas! (Llevándose al señor Cristóbal aparte.) Oiga usted, ventero. Cuanto gasto hiciere aquella mujer, de mi bolsillo corre.

SEÑOR C. Está bien. Mariquiya.

MAR. Padre.

SEÑOR C. Pregúntale á esa señora si va á tomá argo.

MAR. (A Carola.) ¿Usté va á tomá argo?

CAR. Ahora, no.

MAR. (Al señor Cristóbal.) Dice que ahora, no.

SEÑOR C. (A don Lope.) Dise que ahora, no.
D. LOPE Dice que ahora, no. (Entendido.) (Da un paseo por delante de ella, mirándola con descaro galante.)
MAY. (Volviendo á salir muy aprisa y devolviéndole al señor Cristóbal el vaso que antes se llevó, con una moneda dentro.) Ahí tienes. (Crujiendo el látigo.) ¡Ea, vámonos; que es tarde! (Se marcha él. Sucesivamente se marchan también el Pasajero, el Estudiante y el Soldado que habrán pagado ya.)
PAS. Adiós, Cristóba.
SEÑOR C. Adiós, Juan.
PAS. Adiós, Mariquiya.
MAR. Vaya usté con Dios. Y memorias á Roza.
EST. (Pasando al irse por junto á Carola.) Si mi catedrático tuviera la cara de usté... entonses sí que sentiría yo las calabasas que me ha dao.
D. LOPE (Picado.) ¡Bah! ¡Tosco ingenio el del estudiante!
SOLD. (Lo mismo.) ¿Me vende usté un retrato suyo pa un escapulario, por si voy á la guerra?
D. LOPE ¡Bah! ¡Piropo de cuartel!
SOLD. (Volviéndose.) ¿Cómo ha dicho usté, amigo?
D. LOPE ¡Piropo de cuartel!
SOLD. ¿Sí, verdá? Pos el úrtimo mono der cuarté se da en las botas mejó betún que usté en er bigote. (Risas generales.)
D. LOPE (Queriendo comérselo.) ¿Qué?
SEÑOR C. (Mediando.) Na. Quietos: carma. No comprometerme. Usté, militá; ya se está largando.
SOLD. ¡Pos hombre! ¡pos estaría grasioso!...
SEÑOR C. Usté, señó; repare que son cosas de gente joven...
D. LOPE Por los buenos oficios de usted llega á su pueblo con cabeza.
MAY. (Gritando dentro.) ¡Que me voy!
MAR. (A Carola.) Zeñora, ¿está usté oyendo? Er coche ze va.
CAR. Güeno; que se vaya.
MAR. Pero usté...
CAR. Yo me queo.
(Sorpresa en el Ventero y en su hija; jactancia en don Lope. Pausa.)
MAR. Miste que esto es un descampao.
CAR. Ya, ya lo sé. No importa.

(Se miran padre é hija, sin comprender. Carola da un suspiro y se enjuga los ojos.)

SEÑOR C. ¿Y usté también se quea, don Lapi?

D. LOPE Don Lope.

SEÑOR C. ¿Usté también se quea?

D. LOPE ¡Claro, hombre, claro!

SEÑOR C. (Bajo, aparte.) Perc, escuche usté: ¿hay ya inteligensia?...

D. LOPE (Lo mismo.) ¡La habrá! Esto... ya está en casa.

SEÑOR C. (A Mariquilla.) Me da er corasón que vamos á tené un güen día. Dile ar mayorá que arree cuando quiera.

MAR. (Yéndose por la puerta del foro, hacia la izquierda.) ¡Paco! ¡Paco! ¡No aguarde usté más!

(Vuelve á oirse el cascabeleo de la diligencia, que arranca y se aleja. Con el sonido de los cascabeles mézclase el de una copla que va cantando el Mayoral. Don Lope, solemnemente, hace señas al señor Cristóbal para que se retire. Este se va por la puerta del corralillo.)

ESCENA V

CAROLA y DON LOPE; luego el SEÑOR CRISTÓBAL

(Don Lope suelta de nuevo todos sus chirimbolos, y se dirige á Carola sombrero en mano, no sin tropezar de pura emoción.)

D. LOPE Señora. (Carola está como una estatua y sigue lo mismo.) Señora. (Silencio.) Aunque la embellece á usted la tristeza, yo me holgara de ver su sonrisa ¿Eh? (Carola continúa inmóvil.) ¿No quiere usted alzar hasta mí sus ojos celestiales? ¿Eh? ¿Le molesta á usted el humo? No estoy fumando, pero, en fin, para no fumar. ¿Cómo? ¿Mereceré á lo menos saber sus cuitas? ¿La persigue algún malhechor? ¿algún amante despechado? Si es así, aquí estoy yo para defenderla. Antes que enamorado, soy caballero ¿Eh? (Pausa.) ¿Eh? (La he conocido perfectamente: es de las que no contestan. Aventura tenemos.) (Apártase de Carola y llama

al señor Cristóbal por señas también. Este sale en seguida.)

SEÑOR C. ¿Qué hay?

D. LOPE Hay lo suficiente. Sírvame usted un bocadillo allá fuera; en aquella mesa que está cabe los álamos. Cualquier cosa; un huevo frito con jamón... Cualquier cosa. (Misteriosamente, y refiriéndose á Carola.) Quiero que me eche de menos.

SEÑOR C. ¡Ah!

D. LOPE (Vase hacia el foro sin dejar de mirarla, y en la misma puerta lanza un suspiro.) ¡Ay!... (Carola maquinalmente vuelve el rostro, y al ver á don Lope hace un gesto de desagrado, que él interpreta favorablemente.) (Esto... ya está en casa.) (Aléjase hacia la derecha.)

ESCENA VI

CAROLA, el SEÑOR CRISTÓBAL y MARIQUILLA

MAR. (Por el foro.) ¿Ande va don Lapi tan zoplac?

SEÑOR C. Déjalo que vaya ande quiera. Cáyate tú.

CAR. (Levantándose inquieta.) Diga usté, ventero; y usté, joven: ¿ha venío arguien preguntando por mí?

SEÑOR C. ¿Por usté?

CAR. Güeno; por una mujé como yo.

SEÑOR C. No; nadie ha venío. ¿Verdá, tú?

MAR. Nadie.

CAR. (¡Se me hasen siglos los momentos! ¿Por qué no yega ya? ¿Por qué no yega? ¡No hago más que pensá locuras!...)

(El señor Cristóbal y Mariquilla se interrogan con los ojos. El hace señas á su hija de que se calle y se aparte de Carola, y se va por la puerta de la derecha mirando á esta última.)

ESCENA VII

MARIQUILLA, CAROLA y ANTOÑILLO

(Mariquilla se pone á hacer algo tras el mostrador. Antoñillo canta dentro, lejos, y va acercándose. Mariquilla le responde. Carola vuelve á su abstracción.)

Música

ANT. A la zombra de mi amó...
MAR. (Con júbilo infantil.) ¡Mi novio!
ANT. A la zombra de mi amó...
MAR. Toavía no le contesto: á la tercera.
ANT. A la zombra de mi amó...
MAR. Es como viví me agrada...
ANT. Por ezo busco zu zombra..
MAR. Hasta en la noche cerrada...
LOS DOS A la zombra de mi amó...
(Con la última nota, apareee Antoñillo tras la ventana, y ambos se contemplan sonriéndose. Viene de sombrero ancho, chaqueta al hombro, faja y zahones, todo ello muy traído y llevado. Al hombro, una porra de su estatura.—Algunas esquilillas del ganado que conduce se oyen hacia la izquierda.)
MAR. (A modo de saludo.) Antoñiyo...
ANT. (Lo mismo.) Mari ¡uiya..
MAR. ¿Vas á darle de bebé ar ganao?
ANT. Vi á darle de bebé ar ganao.
MAR. Ea, pos adiós.
ANT. Ea, pos adiós.
MAR. ¿Azí que yegue tu hermaniyo, vendrás?
ANT. Vendré, azí que yegue mi hermaniyo. (Retírase gritándole al ganado.) ¡Jiiiiiira!... ¡Jiiiiiira!...

—

CAR. (Desahogando sus sentimientos.)
¡Que venga ya,
que sin tenerlo á mi vera
no pueo ni respirá!

¡Que venga ya,
que mi cariño lo espera
y es mu penoso esperá!

—

Maripositas del aire,
floresiyas de los campos,
si lo veis por er camino
desirle que avive er paso;
que lo quiero,
que lo aguardo,
que castigue
su cabayo...
que sin verlo me parese que es mentira
que he de verlo aquí á mi lao.

—

MAR. Er mar de amores
la tiene azí:
me da tristeza
de zu zentí.

—

CAR. ¡Que venga ya,
que er corasón no sosiega
hasta sentirlo yegá!

MAR. ¡Que venga ya,
que zu penita me yega
y voy á echarme á yorá!

—

(Óyense las esquilillas del ganado que conduce Antoñillo, el cual á poco se asoma á la ventana otra vez.)

MAR. Ya güerve Antoñiyo... (Al verlo) Antoñiyo...
ANT. Mariquiya...
MAR. ¿Ha bebío ya er ganao?
ANT. Ya ha bebío er ganao.
MAR. Ea, pos adiós.
ANT. Ea, pos adiós.
MAR. ¿Azí que yegue tu hermaniyo, vendrás?
ANT. Vendré azí que yegue mi hermaniyo. (Retírase de nuevo, gritándole al ganado también.) ¡Jiiiiira!... ¡jiiiiira!...

MAR. Ahora yo, ahora yo... (Canta)
Del arroyo en er cristá...
Otra vez.
Del arroyo en er cristá...
Ahora.
Del arroyo en er cristá...

ANT. (Mientras se aleja.)
Ayí ze mira mi amante...

MAR. Yo voy á pedirle ar viento...

ANT. Que nunca borre zu imagen...

LOS DOS Del arroyo en er cristá...
(Cesa la música)

ESCENA VIII

MARIQUILLA, CAROLA y el SEÑOR CRISTÓBAL

SEÑOR C. (Sale por la derecha. En la mano trae un cubierto pobre y un panecillo. Al brazo un mantelillo viejo.) No hay que darle güertas: se cambia de genio con los años.

MAR. ¿Por qué lo dice usté, padre?

SEÑOR C. Porque á tu edá, eso que hases tú con Antoñivo lo hasía conmigo una chiclanera, y nos reíamos los dos como criaturas; y ahora, ¡me dan unas ganas de cogé una vara y liarme á palos contigo y con tu novio!

MAR. Padre, to lo malo que hagamos zea ezo.

SEÑOR C. Es que si hisieras otra cosa, entonses sí que cogía la vara. (Va á irse por el foro, y se detiene en la puerta mirando hacia la izquierda.)

MAR. ¡Ja, ja, ja!

SEÑOR C. ¡Camará, qué prisa traen aqueyos!

MAR. ¿Quiénes?

SEÑOR C. Dos hombres que vienen á cabayo á campo traviesa.

CAR. (Levantándose alarmada.) ¿Dos hombres?

MAR. (Mirando por la ventana.) Zí.

SEÑOR C. Místelos.

CAR. (Asomándose también á la ventana cautelosamente y llena de temor.) ¡Jesús!

MAR. ¿Qué?

CAR. ¡Ay, Virgen mía!

SEÑOR C. ¿Qué susede?

CAR. Ventero; niña: por lo que más quieran ustedes en er mundo, esconderme en arguna parte. Esos hombres vienen por mí; me persiguen.

MAR. ¿La perziguen?

CAR. Desirles que no saben de mi persona; que no he pasao en la diligensia; que no me han visto.

MAR. ¿Pero no estaba usté esperando ..?

CAR. ¡A esos, no! ¡Pronto! ¡Por Dios, pronto!

SEÑOR C. No se apure usté. Métase usté ahí, y esté usté tranquila. (Señala á la puerta de la derecha.)

CAR. ¿Aquí, verdá?

SEÑOR C. Ahí, ahí.

CAR. (Yéndose.) ¡Dios se lo pague!

SEÑOR C. (A su hija.) Y tú y yo á hasé como que hasemos argo. (Deja sobre el mostrador lo que llevaba para don Lope.)

ESCENA IX

MARIQUILLA, el SEÑOR CRISTÓBAL, DON RAMÓN y FELIPE

(El Ventero echa vino de unos jarros en otros. Mariquilla barre, atisbando mientras por la puerta.)

SEÑOR C. ¿Vienen?

MAR. Zí.

SEÑOR C. ¿Son dos?

MAR. Dos.

SEÑOR C. ¿Qué hasen?

MAR. Bajarze de los cabayos y atarlos. Ya yegan. (Cantando.)

Barre, chiquiya,
que barriendo te veo
las pantorriyas...

(Aparecen por el foro don Ramón y Felipe, tío y sobrino, labradores. Hablan con turbación y ansiedad.)

D. RAM. Buenos días.

FEL. Buenas tardes.

SEÑOR C. Felises.
D. RAM. Oiga usté, amigo: la diligensia de Arcasarejo...
SEÑOR C. ¿Qué?
FEL. La diligensia de Arcasarejo...
SEÑOR C. ¿Qué?
D. RAM. ¿Ha pasao ya?
FEL. ¿Ha pasao ya?
MAR. ¡Digo!
D. RAM. ¿Ha pasao ya?
MAR. Hará media hora.
D. RAM. ¿Hará media hora?
FEL. ¿Hará media hora?
D. RAM. Pos vámonos.
FEL. Vámonos.
D. RAM. Espera. ¿Han visto ustedes si iba una mujé...?
FEL. Es verdá. ¿Iba una mujé...?
D. RAM. Morena, guapa...
FEL Ojos grandes...
D. RAM. Buen cuerpo...
FEL. De mantón...
D. RAM. Un luná...
SEÑOR C. Yo no he reparao. Er coche yevaba hoy poca gente. ¿Tú has visto argo, hija?
MAR. Yo no. Yo no me azomé...
D. RAM. Pos vámonos.
FEL. Vámonos.
MAR No he visto más que ar mayorá, que entró por agua pa una monja.
D. RAM. ¿Pa una monja?
FEL. ¿Pa una monja?
MAR. Pa una monja, zí.
FEL. Se habrá disfrasao?
D. RAM. ¿Qué hasemos?
FEL. ¿Qué hasemos? ¿Seguí?
D. RAM. Seguí.
FEL. Seguí.
D. RAM Vámonos.
FEL Vámonos.
D. RAM. Sí, porque...
FEL Sí, porque...
D. RAM Vámonos.
FEL. Vámonos. (Se van de estampía.)

SEÑOR C. (Asomándose á la ventana.) ¡Vayan ustés con Dios!... ¡Y no hay de qué darlas!
MAR. Padre, ¿qué zerá esto?
SEÑOR C. Pa nosotros, na malo. Déjate tú queré.
MAR. ¿La yamo ya?
SEÑOR C. Yámala.

ESCENA X

MARIQUILLA, el SEÑOR CRISTÓBAL y CAROLA. Al final RAFAEL

MAR. (Desde la puerta de la derecha) Zeñora, zarga usté; que ya van pitando.
CAR. ¡Ay, Jesús, qué susto he tenío!
SEÑOR C. Se ha queao usté como la paré.
MAR. Y está usté helaíta. Y titiritando.
CAR. Deme usté una poca de agua.
SEÑOR C. Ahora mismo.
MAR. Deje usté, padre: le daré yo de esta, que cura er mar de amores.
SEÑOR C. Pero, hija, ¿tú qué sabes por lo que esta señora sufre?
CAR. No viene malamente, no.
(Mariquilla llena un vaso del cantarillo y se lo ofrece á Carola, que bebe.)
SEÑOR C. Eso es aparte. Yo lo desía porque mi niña quié que to er mundo beba el agua. Antié se empeñó en que la tomara un canónigo.
MAR. ¿Ze le ofrece á usté arguna coza más?
CAR. Muchas grasias.
SEÑOR C. Usté pía por su boca. Una mujé con esos ojos, manda en mi ventorriyo.
MAR. Una mujé con eza pena, manda en mi perzona.
CAR. (Conmovida.) Grasias: muchas grasias. (Se sienta.)
SEÑOR C. (A su hija.) Estate aquí ar cuidao, pero no la importunes. Yo ví á yevarle de comé á Don Lapi. (Coge lo que dejó sobre el mostrador y se va por el foro. Pausa.)
MAR. (Me da lástima verla tan cayá... Y luego, ¡tengo yo unas ganas de enterarme de lo que le zucede!...)

CAR. (Suspirando.) ¡Ay!...

MAR. (Acercándosele.) Ezahogue usté zu pecho tribulao. Yore usté, zeñora; que ezo alivia.

CAR. Ganas no me fartan.

MAR. Pos yore usté. En la cara ze le ve que pena mucho.

CAR. Peno.

MAR. ¿De mar de amores?

CAR. Sí.

MAR. ¿Desdenes?

CAR. No.

MAR. ¿Celos?

CAR. Tampoco.

MAR. ¿Auzencia?

CAR. Ahora, sí: ausensia. Aquí estoy esperando á quien bien me quiere.

MAR. ¡Ah!...

SEÑOR C. (Saliendo por el foro y yéndose por la derecha.) Pa comé se quita los dientes. Yo no he visto una cosa más asurda. ¡Si fuea ar revés!...

MAR. ¿Corque esperando á quien bien la quiere?... ¿Y vendrá?

CAR. Vendrá. Pero ya debía está aquí. No sosiego hasta verlo. (Se levanta y se asoma á la puerta.)

MAR. ¿Usté es de por aquí alreó?

CAR. De un pueblo de aquí serca soy.

MAR. ¿Y zu novio es der mismo pueblo?

CAR. No. (Pausa.) Yo vivía en mi casa tranquila con mi gente: mi padre, mi madre y tres hermanas. Pa viví no nos fartaba; pero na más. De mo que fortuna no tengo. Y sin embargo, á mí me pretendían tos los hombres, porque disen que no soy fea. Uno de eyos, ese que ha estao aquí á buscarme, sobrino der que venía con é, se prendó de mí; de tar manera, que aunque es adinerao, no pensó más que en casarse conmigo, sin que se le importara na de mi pobresa. Su familia no púo quitárselo der pensamiento, y consintió; la mía, como somos pobres, me yenó la cabesa de reflersiones y de consejos... «Que si te quiere mucho, que si es mu rico, que si es un santo, que si te hará felí...» Tanto dieron, que lo armití por novio.

MAR. ¿Zí, verdá?

CAR. Pero sin gustarme, sin alegría, sin quererlo de amó...

MAR. Zin quererlo de amó.

SEÑOR C. (Vuelve á salir por la derecha y á irse por el foro. Lleva un plato para Don Lope y coge un jarrillo de vino.) Lo que es este jamón, como no se ponga siquiea un cormiyo, no lo parte. ¡Que no se haga ilusiones!

MAR. (A Carola, cuando se va su padre) Ziga usté con zu historia.

CAR. Figúrese usté. A los seis meses de noviajo, cuando ya quería é arreglá los papeles pa que nos casáramos, cayó en er pueblo de temporá el otro: er que me tiene aquí. Le gusté y me gustó. Nos quisimos. . como yo no había sabío queré ar primero. Y entonses vino er no comé, y er no dormí, y er soñá dispierta... y er no podé pensá más que en su persona. Sin haberlo conosío, quisá me hubiera yegao á casá con el otro, porque á eso me empujaban; después de conoserlo, era imposible. O suya, ó de ninguno. Ocurtándonos de la gente, á espardas de tos los de mi casa, prinsipiamos á pensá locuras pa sacá adelante nuestro cariño; y ar cabo de darle muchas güertas, no vimos más salía sino que yo me escapara en la diligensia que pasa por mi pueblo al amanesé, y que ér viniera desde er suyo á buscarme aquí. Y aquí estoy aguardándolo.

MAR. ¿Y qué hace ya eze hombre que no viene?

CAR. No sé, no sé... Verdaderamente no sé...

SEÑOR C. (Volviendo.) Ahora me píe paliyos. ¡Los querrá pa er sielo e la boca! (A Mariquilla.) Me voy adentro á rematá mi jaula. Avísame si hay noveá. (Se va por la puerta de la derecha.)

MAR. ¿Le habrá pazao argo en er camino?

CAR. Ese es mi temó; pero no quiero ni pensarlo.

MAR. ¿Zu pueblo está mu lejos de aquí?

CAR. A cuatro leguas. Nos hemos dao sita en este sitio porque está entre los dos.

MAR. Aguarde usté un poco.

CAR. ¿Qué pasa?

MAR. Que han yamao á la puerta der corraliyo. ¡Pué que sea!

CAR. ¡Abra usté corriendo!

MAR. Zí; pero quéeze usté aquí, por zi acazo no...

CAR. Güeno; aquí estoy.

MAR. ¡Ay, zeñó! ¡lo que á mí me gusta meterme en loz amores! (Vase corriendo por la puerta del corralillo. Carola quédase observando curiosa y recatadamente.—Pausa.)

CAR. (Con desencanto.) ¡No es é!... ¡Dios mío, no sé qué pensá!... Ví á gorverme loca.. ¿Me habrá engañao? No; eso sí que no... Me quiere mucho. Viene, aunque sea arrastrando.

RAF. (Apareciendo oportunamente en la puerta del ventorrillo.) ¡Verdá que sí!

CAR. (Corriendo á su encuentro.) ¡Rafaé!

ESCENA XI

CAROLA y RAFAEL

(Rafael viste de «guayabera,» pantalón de montar y sombrero ancho. Trae espuelas. En la mano lleva una varita.)

Música

RAF. Aquí me tienes, Carola;
aquí me tienes, morena;
si penabas de está sola,
abre la jaula á tu pena.
Déjala dí,
que es la pena un pajarito
quejumbroso y tristesito,
que no quiero yo pa tí.

—

CAR. No sabes la angustia mía
sola en este descampao;
pero es mayó mi alegría
ar mirarte ya á mi lao.

—

Yo junto á tí,
soy la reina de un castiyo
chiquetiyo,
que en el aire de un suspiro levantaste tú pa mí.

RAF. Tú junto á mí
eres reina de un castiyo
chiquetiyo,
que en el aire de un suspiro hise, niña, yo pa tí.

—

CAR. Suspiros de tu arma...
RAF. Suspiros de tu pecho...
CAR. Besitos que se quejan y que salen
en busca de otros besos.

—

RAF. En el aire de un suspiro
le hise er nío á mi morena,
y no hay viento huracanao
capaz de tirarlo á tierra.

—

CAR. Los simientos der cariño
le pusimos á la pá:
por eso mientras queramos
no lo tira un vendavá.

—

LOS DOS Una nochesita clara
nuestro cariño nasió,
y disiéndonos amores
nos dió en la carita er só.

RAF. ¡Bien haya la noche aqueya!
CAR. ¡Bien haya la luna clara!
RAF. ¡Bien haya mi güena estreya!

—

LOS DOS Yo junto á tí,
no le temo en esta vía,
prenda mía,
ni á la muerte, que no es muerte, sino vía,
[estando así.

(Se abrazan.)

RAF. ¡Morena!
CAR ¡Moreno!
RAF. ¿Me quieres?
CAR. ¡Te quiero!

(Cesa la música.)

CAR. ¡Ay, Rafaé! ¡Mentira me parese que estás conmigo!

RAF. ¡Si me paese á mí que lo estoy! ¡Si esto es un sueño! ¿Me esperas hase mucho?

CAR. Hase un güen rato ya. Lo que yo he pasao hasta verte entrá, no es pa dicho. Pero cuéntame tú...

RAF. ¿Que te cuente? Verás. Lo primero es que estoy aquí porque en er sielo hay un santirulito que me apadrina. ¡Josús! Se pué escribí un pliego de estampas con las cosas que me han pasao. Y tú lo menos figurándote que yo te engañaba ¡Que yo te engañaba! ¡Miá que engañarte yo! ¡Andando he venío!

CAR. ¿Andando?

RAF. ¿Te explicas tú de otra manera que te haya hecho esperá? ¡Benditos sean tus ojos, y tu cara, y tu cuerpo, y tu ange, y tu...! (A Mariquilla, que vuelve á tiempo por la puerta del corralillo.) Niña, deme usté un vaso e vino, que me ahogo.

ESCENA XII

DICHOS y MARIQUILLA; luego ANTOÑILLO

MAR. ¿Digo, eh? Estaba aquí ya, y yo mientras me he yegao corriendo hasta las chumberas pa vé zi venía. (A Carola.) Ya zabe usté que tiene usté un novio mu zimpático.

CAR. ¿Verdá que lo es?

RAF. Grasias, pimpoyo. Yo no había querío desí que es usté mu presiosa, porque está esta delante. Pero, güeno, sarta á la vista. (A Carola.) No te enfades, tú.

CAR. No me enfao. Anda, cuéntame, cuéntame...

RAF. Déjame que beba. (Tomando el vaso que le sirve Mariquilla.)

CAR. Te arvierto que aquí peligramos.

RAF. ¿Quién lo ha dicho?

CAR. Yo. Ha venío á buscarme mi novio.

RAF ¡Me alegro!

CAR. No, no te alegres. Venía con su tío; se fueron á arcansá la diligensia; y como la arcansen, le dirá er mayorá que yo me he queao en este ventorro, y güerven y nos cogen. (Mariquilla, desde la ventana, hace señas á Antoñillo para que se acerque.)

RAF. Se me importa un parmito to eso; pero en fin, pa que tú no te asustes, lo vamos á arreglá de una manera. Niña, ¿usté tiene novio?

CAR. ¿Qué piensas hasé?

RAF. Tú cáyate. ¿Usté tiene novio?

MAR. Zí, zeñó. Místelo. (Señalando á Antoñillo, que llega á tiempo por el foro.)

RAF. ¡Compadre, qué casualiá! Güena persona. También nos sirve. Ven acá. (Antoñillo huye recelosamente.) Ven acá, hombre, que no me como á nadie.

MAR. (Viendo á Antoñillo rehacio.) Acércate, Antoñiyo.

RAF. Vamos á vé: ¿qué eres tú capaz de hasé por tu niña?

ANT. ¡Ay, qué gracia!

RAF. Contesta.

ANT. ¡Ay, qué gracia! ¡To lo que eya me mande!

MAR. En ezo no miente. Le pío ahora mismo que vaya ar cortijo, ze meta en er pajá, y con una pajita ze esté dando en un ojo hasta que ze le ponga azí de hinchao, y lo hace.

ANT. ¡Y lo hago! ¿Quié usté verlo? (Tomando el camino.)

RAF. No es menesté tanto. Pero voy á pedirles á ustés un favó por lo bien que se quieren.

MAR. Diga usté.

ANT. Mande usté.

RAF. Usté, niña, se va á poné á mirá la gente que viene por er lao de la carretera; y tú, muchacho, por aquí por er caminiyo. ¡Un perro que asome las orejas, ya están ustés aquí á avisarme!

MAR. Zí, zeñó.
ANT. Zí, zeñó.
MAR. No paze usté cuidao.
CAR. Dios se lo pagará.
RAF. Y yo, primero.
MAR. Anda, Antoñiyo.
ANT. Amos.
MAR. (Ya en la puerta del foro.) Como no estés listo, verás.
ANT. ¡Zí; que tú eres más lista que yo! ¡Acuérdate de ayé!...
MAR. ¡Pos acuérdate tú de antes de ayé!... (Se van riéndose, ella hacia la derecha y él hacia la izquierda.)

ESCENA XIII

CAROLA y RAFAEL; luego MARIQUILLA; después un FRAILE

RAF. ¡Vaya una pareja! Y por lo visto, tos los días tienen que acordarse de argo.—Güeno, pos verás...
CAR. Sí; dime. (Se sientan los dos.)
RAF. Sargo de mi casa en er *Mulato*, comiéndome er mundo, y no hago más que verme en la caye, ¡pun! un tuerto. ¡Miá qué prinsipio! Había pa gorverse á casa y no salí en tres meses. Pero como me estabas tú esperando... Yego por fin á la carretera, ya con la pírdora en er cuerpo de que argo malo iba á ocurrirme, y ar cruzá er Puentesiyo, no sé lo que le pasa ar pobre *Mulato*—pué que viera argún cabayo tuerto también— que empiesa á pegá botes y á sortá relinchos, no obedese á na, se espanta como yo no lo he visto nunca, da un resbalón y los dos venimos á tierra.
CAR. ¡Ay, várgame Dios! ¿Te hisiste daño?
RAF. No. Un poquiyo desoyao er braso. Na. Er *Mulato* sí. Lo levanto, lo acarisio, y veo que está herío en una pata. Imposible seguí con é. Y á to esto en medio er campo y aguardándome tú.
CAR. ¿Y qué hisiste?

RAF. Por las riendas y pasito á paso me lo yevé á un caserío que había serca. Me ofresieron un burro pa seguí; pero había que vé er burro. ¡Pa quitarle las moscas hasían farta dos ó tres días! ¡Un cataclismo! Totá: que agarro un papé, le pongo dos letras á mi primiyo Curro pidiéndole una bestia, y con un sagaliyo que me dijeron que era de confiansa se las mando ar pueblo, y yo tomo er camino pa acá to lo más aprisa posible pa que tú no te impasientaras mucho. Y aquí nos tenemos que está hasta que mande la bestia mi primiyo. Y na más. Y eso es to. ¿Tú qué dises?

CAR. ¡Ay, Virgen del Amparo! ¡qué desgrasia!

MAR. (Llegando á escape.) ¡Zeñó!

RAF. (Levantándose.) ¿Qué?

CAR. (Lo mismo.) ¿Qué pasa?

RAF ¿Viene arguna persona?

MAR. No zeñó: viene un fraile.

CAR. ¿Un fraile?

RAF. Ese pué estorbarnos.

CAR. Sobre to si es de mi pueblo y me conose.

RAF. Aunque no sea de tu pueblo. Un fraile siempre es un estorbo. Aquí no entra.

MAR. ¿Y qué vamos á hacé?

CAR. ¿Qué vamos á hasé?

MAR. ¡Ya está ahí!

RAF. ¡Gorverse de espardas!

CAR. ¿Cómo?

RAF. ¡De espardas á la puerta las dos! (Obedecen ellas, y él se coloca entre ambas, de espaldas á la puerta también. Suelta el sombrero y empieza á gritar muy enfadado, como si fuese el dueño del ventorrillo. A las primeras palabras se presenta el Fraile por el foro, y en la misma puerta se detiene oyendo á Rafael. Inútil es advertir que es un fraile gordo.) ¡Estamos aviaos, hombre, estamos aviaos! ¿Es desí que aquí no hay cabesa pa na? ¿que lo mismo da gastá er dinero que no gastarlo? ¡Dos mujeres como dos castiyos ar cuidao der mardesío ventorro, y si ahora mismo yega un pasajero, no hay ni un cacho e pan, ni una hilacha e carne, ni una miaja e queso,

ni una lata e sardinas, ni siquiera un plato e asitunas aliñás!... ¡Miste qué bonito!... Y en cambio, diez pasos más arriba, en la venta e Periquiyo Terrones, hay un queso e cabra que da gusto, hay jamón serrano, hay embuchao de Estremaura, hay güena leche, hay güevos frescos, matan un poyo en cuanto se pie... ¡Vamos, hombre! (El Fraile no oye más. Da media vuelta, y se marcha relamiéndose hacia la izquierda.) ¡Le entran á uno ganas de empesá á fartarle al respeto á tos los santos del armanaque! (Vuelve la cara, y al ver que el Fraile ha desaparecido rompe á reir. Las otras pronto le secundan.) ¿No dije yo que ese no entraba?

CAR. Se fué.

MAR. Ze fué.

RAF ¡Claro que se fué!

MAR. Ezo ha estao mu graciozo. Ze fué en cuanto escuchó lo de los zantos.

RAF ¡Ca! Se fué antes.

CAR. ¡Pero qué cosas se te ocurren! Y teniendo esa grasia, ¿no te ví yo á queré?

RAF. ¡Bendita sea tu boca! ¡Si esto no es na, lusero! ¡Quisiea yo que pasase aquí ahora mismo una cosa mu grande, pa que vieras á quién tienes ar lao! ¡Quisiea yo que se juntara er sielo con la tierra! ¡Quisiea yo...!

ESCENA XIV

CAROLA, MARIQUILLA, RAFAEL y ANTOÑILLO

(Este último llega por el foro atolondrado y jadeante.)

MAR. ¡Antoñiyo!

RAF. ¿Qué ocurre?

ANT. ¡Doz hombres que vienen pa acá á to galope!

CAR. ¿Lo ves? ¡Ya están ahí! ¡Eyos son!

MAR. ¿Los de antes?

RAF. ¡Güeno, pos que vengan! ¡Si no se avienen á rasones le abro un agujero á ca uno!

CAR. ¡No, por Dios; eso no, Rafaé! ¡Eso es lo que no quiero! ¡Discurre argo!

RAF. ¿Que discurra argo? Métete ahí. (Señalando la puerta de la derecha.)

CAR. ¿Pa qué? ¿Tú no ves que entrarán á registrá er ventorro?

RAF. Yo sé lo que me digo. Métete ahí.

CAR. ¡No te comprometas!

RAF. Métete ahí y no sargas hasta que te avise.

CAR. (Obedeciéndolo.) ¡Jesús, Jesús, Jesús!

RAF. Escúchenme ustedes.

MAR. (Con emoción é interés grandes.) ¿Qué?

ANT. (Lo mismo.) ¿Qué?

RAF. No hay que perdé minuto. Yo me voy á tirá en er suelo, como si me hubiean dao una puñalá en la barriga. (Mariquilla y Antoñillo se estremecen.) Ustés no tienen que hasé más que yorá mucho, y chiyá mucho, y desí que se ha perdío er ventorro, y que va huyendo er mataó, y que va á veni la justisia, y que pobresito de mí... ¿Estamos?

MAR. Zí, zeñó.

ANT. Zí, zeñó.

RAF. Y cuando esos hombres pregunten, contestá sólo que me han matao de un navajaso. ¿Estamos?

MAR. Zí.

ANT. Zí.

RAF. ¡Pos á eyo! (Ante la sorpresa y el azoramiento de Mariquilla y de su novio, tumba dos ó tres sillas á puntapiés, rompe un par de cacharros y echa su faca abierta en el suelo.)

ANT. Pero, ¿qué hace usté?

MAR. ¿Qué hace usté?

RAF. ¡Hija mía, una puñalá no se da resando er rosario!

ANT. ¡Que yegan! ¡que yegan!

RAF. ¡Pos á eyo! ¡A yorá y á chiyá! (Se tiende prontamente en el suelo ante la puerta de la derecha y se tapa la cara, en actitud de mal herido. Mariquilla, más lista que Antoñillo, representa á la perfección su papel; Antoñillo, al pronto, sólo acierta á reir con algo de susto; pero al ver llegar á don Ramón y Felipe aturrullados y descompuestos, se asusta de verdad y empieza á soltar ayes lastimeros, siendo más que actor espectador de aquella farsa.)

ESCENA XV

MARIQUILLA, RAFAEL, ANTOÑILLO, DON RAMÓN y FELIPE; luego DON LOPE

MAR. ¡Ay, várgame Dios, qué desgracia más grande! ¡Ay, pobrecito, un hombre tan cabá y tan güeno! ¡Ay, que esta es la perdición de este ventorriyo! ¡Ay, Virgen mía de mi arma, no quieo penzá que venga la justicia! ¡Ay, que vamos á dí tos á la cárce! ¡que nozotros zomos inocentes! ¡que no tenemos la curpa de na! ¡Ay, vaya por Dios, vaya por Dios, vaya por Dios!...

(Don Ramón y Felipe, que asoman por el foro en seguida, se desconciertan ante las voces de Mariquilla y los ayes del otro aún más de lo que vienen, é interrogan á ambos al mismo tiempo que ella dice lo anterior.)

D. RAM. Oigan ustedes.

FEL Oiga usté, niña.

D. RAM. Oiga usté, amigo.

FEL. Pero ¿qué pasa aquí?

D. RAM. ¿Qué pasa?

FEL. ¿Cómo?

D. RAM. ¿Cómo?

FEL. ¿Cómo?

D. RAM. ¿Qué quién desí esos gritos?

FEL. ¿Qué quié desí ese yanto?

MAR. (Terminada la algarabía de las voces de todos á la vez.) ¡Ay, Virgen mía de los Dolores, ven en nuestro aurzilio!

D. RAM. Pero ¿se pué por fin sabé qué jinojo susede?

MAR. ¿Le paece á usté poco, zeñó? ¡Que han matao á eze pobrecito de una puñalá!

D. RAM. (Dando un respingo.) ¿Que han matao á ese hombre?

FEL (Lo mismo.) ¿Está muerto ese hombre?

ANT. ¡Muerto está como antes de nacé!

MAR. ¡A la horca vamos á dí tos los prezentes!

D. RAM. ¡Corcho!

FEL. ¿Qué hasemos?
D. RAM. ¿Qué hasemos?
FEL. ¿Quién se mete en este berengená?
D. RAM. ¡Buena locura!
FEL. Vámonos.
D. RAM. Vámonos.

(Don Lope, que momentos antes ha aparecido por el foro y ha creído hacerse cargo de la situación, mete mano á su escopeta, y cerrándoles el paso les grita á los que pretenden huir.)

D. LOPE ¡Alto! ¡De aquí no sale nadie hasta que se esclarezca la verdad!
D. RAM. ¿Cómo?
FEL ¿Qué?
D. LOPE ¡De aquí no sale nadie!
D. RAM. Pero, oiga usté, cabayero...
FEL. Pero, oiga usté...
MAR. ¡Zi no han zío estos zeñores!
D. RAM ¡Si nosotros no hemos hecho más que yegá!
D. LOPE ¡Pues por algo quieren huir! ¡No sale nadie, digo!
FEL. ¿Que no?
D. RAM. ¿Que no?

(Cada uno coge á Don Lope por un brazo y lo quitan violentamente de la puerta, escapando en seguida. Mariquilla y Antoñillo sostienen á don Lope, que intenta correr tras ellos.)

ESCENA XVI

MARIQUILLA, ANTOÑILLO, DON LOPE y RAFAEL

D. LOPE ¡Ah, miserables! ¡ah, villanos! ¡No se me escaparán!
MAR. Pero entéreze usté, don Lapi...
ANT. Oiga usté, zeñó...
D. LOPE ¡Suéltenme ustedes!
MAR. ¡Escúchenoz usté primero!
D. LOPE ¡No tengo nada que escuchar! ¡Aquí hay un cadáver y dos criminales que huyen! ¡Ustedes son sus encubridores! ¡A todos los denunciaré á la justicia! ¡Conozco mi deber!

(Acercándose á Rafael decidido.) ¿Quién es el muerto?

RAF. (Incorporándose.) Servidó.

D. LOPE (Dando un salto que no es para descrito.) ¿Eh? (Mariquilla y Antoñillo sueltan la risa.) ¿Eh?

RAF (Levantándose.) ¿Está usté güeno, amigo?

D. LOPE Pero ¿qué bellaquería es esta?

RAF. Ya se enterará usté. (A los muchachos.) Dame tú un abraso. Y tú otro. Lo han hecho ustés á la perfersión. Yo, muerto y to, estaba muerto e risa. (A don Lope.) Traiga usté la escopeta.

D. LOPE ¿Qué?

RAF. Usté verá. (Sale á la puerta y suelta un tiro hacia la izquierda.)

MAR. ¡Ay!

ANT. ¡Jozú!

D. LOPE ¿Qué hace ese insensato?

MAR. ¿Pa qué ha pegao usté er tiro?

RAF. ¡Pa aumentarles er mieo! ¡Ya no paran hasta su casa! ¡Vaya una mañanita que han pasao!

D. LOPE ¿Luego todo ha sido una chanzoneta?

RAF. ¡Ni más ni menos!

ANT. Zi yo ze lo iba á explicá... (Pónese á hablar aparte con Mariquilla.)

RAF Hágase usté cargo: ahí dentro, hay escondía una mujé presiosa.

D. LOPE Preciosa.

RAF. ¿La conose usté?

D. LOPE Un poco. ¿Y usted?

RAF. ¡Yo no: yo no la he visto nunca! ¿Y de cuándo y de qué se conosen ustedes, amigo?

D. LOPE De... de... Vamos, de... (En voz baja, recatándose de Mariquilla.) Tenemos un hijo.

RAF. (Cogiéndolo por las solapas y sacudiéndolo jovialmente.) ¡Caramba, hombre, caramba!

D. LOPE Menos zamarrear.

RAF ¿Con que un hijo, eh? Pero ¿cómo no me habrá dicho na mi novia?

D. LOPE (Viendo el nublado encima.) ¿Quién es su novia?

RAF. Esa; esa mujé tan bonita que está ahí dentro.

D. LOPE ¿Eh?

RAF. ¡Y no le rompo á usté las narises, porque bastante tiene con tené ochenta y sinco años! (Entrase por la puerta de la derecha, riendo.) ¡Carola!

ESCENA XVII

MARIQUILLA, ANTOÑILLO, DON LOPE y un CHIQUILLO

D. LOPE (Pues, señor, *coléme.* No será castellano, pero *coléme.*) (Tratando de disimular.) Amohinóse el mancebo. Ha debido comprender que era una burla.

CHIQ (Por el foro.) Güenos días.

MAR. Güenos días.

CHIQ ¿Es este er *Ventorriyo er Poso?*

MAR. Este es.

D. LOPE (Descubriendo súbitamente en el recién llegado un rasgo fisonómico que lo hace temblar, y observándolo detenidamente.) (¡Oiga!)

MAR. ¿Qué quiés tú?

CHIQ Yo vengo buscando á don Rafaé.

MAR. ¿A don Rafaé?

CHIQ Sí. De parte e su primo.

MAR. Aguárdate; que ze lo ví á decí.

CHIQ. Dígale usté que le traigo la jaca.

MAR. Güeno. (Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA XVIII

DICHOS menos MARIQUILLA

D. LOPE (Deteniendo al Chiquillo.) Nene.

CHIQ ¿Es á mí?

D. LOPE A tí. Acércate.

CHIQ. ¿Qué quié usté?

D. LOPE ¿Tú recuerdas haberme visto en tu vida?

CHIQ. No lo permita Dios.

D. LOPE ¡Calla! ¿Y tú sabes si tu madre estuvo alguna vez en Jabalquinto?

CHIQ No, señó. ¿Y la de usté?

D. LOPE Tampoco. (Dándole una peseta.) Toma y retírate.
CHIQ Muchas grasias.
D. LOPE (¡Esta conciencia, que no puede dormir!...)
CHIQ. (Yo no sé qué es más raro: si que me den á mí una peseta, ó er tío que me ha dao la peseta.) Ahí fuera estoy ar cuidao e la jaca. (Se va por el foro.)

ESCENA XIX

DON LOPE y ANTOÑILLO; después el SEÑOR CRISTÓBAL

D. LOPE ¿De la jaca ha dicho? ¿De qué jaca?
ANT. Una que ha traío, zeguramente pa ezos novios.
D. LOPE ¡Ah!... ¡Ya, vamos, ya!
ANT. ¿Paece que ze ha queao usté frío?
D. LOPE ¿Yo?... ¿Qué me importa á mí aquella mujer? Todo ello ha sido disimulo (Bajando la voz.) La que á mí me interesa algo, y aun algos, es la hija del ventero. Me ha citado para esta noche.
ANT. (Enarbolando la porra.) ¡Mardita zea zu estampa e usté!
D. LOPE ¿Otra?
ANT. ¡Va usté á vé, por hablá lo que es mentira!
D. LOPE (Apresiándose á la defensa.) ¿Qué?
SEÑOR C. (Saliendo á tiempo y separándolos.) ¡Antoñiyo! ¿Qué hases?
ANT. ¿Usté zabe lo que me ha dicho eze espantajo?
D. LOPE (Colérico.) ¿Espantajo?
SEÑOR C. ¡Te haiga dicho lo que te haiga dicho, en mi ventorro no se trata así á la gente! ¡Con que ya estás tomando la puerta!
ANT. (Afligido.) ¡Pero, zeñó Cristóba, zi me ha fartao!
SEÑOR C. ¡Fuera, fuera de aquí! ¡Y se acabó er noviajo con mi hija!
D. LOPE *(Coléme.)*
ANT. ¡Pero, zeñó Cristóba!...
SEÑOR C. ¡Largo, te digo!

ANT. ¡Pero, zeñó Cristóba!... ¡Ziempre había yo e zalí trasquilao! (Yéndose por el foro hacia la izquierda, llorando.) ¡Zi usté zupiea lo que me ha dicho, tampoco le haría mucha gracia!

D. LOPE El agravio que me ha inferido el mozo, no merece tan duro castigo.

ESCENA XX

DON LOPE, el SEÑOR CRISTÓBAL y ROVIRA

(Por el foro sale Rovira, que es un viejo que no puede con los calzones, criado de Don Lope. Habla entre gangoso y temblón)

D. LOPE (Sorprendido al verlo.) ¡Rovira!

ROV. (Descubriéndose.) Señorito.

D. LOPE ¿Qué novedad es esta? ¿Cómo tú por aquí de pronto?

ROV. Porque ar pasá la diligensia de Arcasarejo por er pueblo, no sé qué *pajolero* ha dicho que usté se había queao en este ventorriyo con una mujé mu bonita...

D. LOPE ¡Harto de ajos el charlatán! (Llevándose aparte á Rovira.) ¿Y se ha enterado mi señora?

ROV. Naturarmente. Y hecha una furia, me mandó enganchá los seis potros ar cochesiyo y me dijo que me lo yevara á usté vivo ó muerto. Mejó muerto que vivo.

D. LOPE (¡Maldición! ¡Otra semana metido en la despensa!) Rovira, vamos. Recoge mis trebejos.

ROV. (Obedeciéndolo.) Ayá voy, señorito. Pasiensia.

D. LOPE (Pagándole al señor Cristóbal.) Ventero, tome.

SEÑOR C. Grasias.

D. LOPE Y hasta que la fortuna guíe mis pasos nuevamente hacia el *Ventorrillo del Pozo*.

SEÑOR C. Pero, ¿qué? ¿Ocurre noveá?

D. LOPE Lo de siempre.

SEÑOR C. ¿Otra aventuriya?

D. LOPE Sí, señor; otra. Y esta sí que está en casa. Vamos, Rovira.

ROV. Vamos.

SEÑOR C. Vayan ustés con Dios.

D. LOPE (Marchándose con su criado.) ¡Amarga ha sido para mí el agua que cura el mal de amores!

ESCENA XXI

EL SEÑOR CRISTÓBAL, CAROLA, MARIQUILLA y RAFAEL

(Salen los tres últimos por la derecha.)

Música

RAF. Conque ventero, salú, y ya sabe usté ande tiene un amigo.

SEÑOR C. Y usté ande deja otro.

RAF. Dispense usté si en argo le he perjudicao.

SEÑOR C. Señó, si me ha pagao usté como si hubiea quemao la finca.

MAR. ¡Y á mí me ha dao una pezeta, padre! ¡Y otra pa Artoñiyo! ¡Ya tenemos pa cazarnos! (Márchase por el foro, hacia la izquierda, llamando á Antoñillo alegremente.) ¡Antoñiyo!... ¡Antoñiyo!

CAR. Con Dios, ventero. Me voy más contenta que entré. Nunca orviaré to lo que he pasao en er *Ventorriyo der Poso.*

RAF. Ea, pos á viví. A la jaca los dos y á tirá por la carretera alante camino e mi pueblo; que no vamos á refrená er galope hasta divisá er campanario. En cuanto er sacristán nos vea, prinsipia á repicá, porque yo se lo he dicho; y en cuanto yeguemos, cojo ar cura, que estará jugando á la brisca con er boticario, le doy dos copas y nos casa esta misma tarde. ¡Andando!

CAR. ¡Andando! ¡Qué güena ha sío pa mí el agua que cura er mar de amores!

RAF. (Al tiempo de irse.) ¡Niño! ¡La jaca!

SEÑOR C. (Despidiéndolos.) ¡Dí con Dios... y que Dios vaya con ustedes!

ESCENA ULTIMA

El SEÑOR CRISTÓBAL, MARIQUILLA y ANTOÑILLO

(Mariquilla vuelve por el foro llorando.)

SEÑOR C. ¿Qué es eso? ¿Tú qué tienes?

MAR. ¿Qué quié usté que tenga? ¡Que ha despedío usté á Antoñiyo por curpa e don Lapi!

SEÑOR C. ¡Ah, vamos!

MAR. Ahí está: usté ze encoge de hombros... ¡Como no le duele!. .

ANT. (Cantando dentro, entre sollozos.)
A la... zombra... de mi... amó...

MAR. (Contestándole, también sollozando.)
Es como... viví .. me agrada...

ANT. Por ezo... busco... zu zombra...

MAR. Hasta... en la... noche... cerrada...

LOS DOS (Llorando á lágrima viva.)
A la... zombra... de mi... amó...

SEÑOR C. Vamos, mujé, no quieo verte yorá en un día que he hecho un negosio reondo, como hoy. Dile á Antoñiyo que pué vení; que está perdonao.

MAR (Saltando de gozo.) ¿De veras, padre?

SEÑOR C. De veras.

MAR. (Asomándose á la puerta y gritando.) ¡Antoñiyo!... ¡Antoñiyo!...

ANT. (Dentro, lejos.) ¿Quéeeee?

MAR. ¡Que pués vení ya! ¡Que padre te perdona!

ANT. ¡Ayá voy! (Va acercándose cantando á toda voz y con gran alegría. Mariquilla le responde lo mismo desde la puerta.)
Del arroyo en er cristá...

MAR. Ayí ze mira mi amante...

ANT. Yo voy á pedirle ar viento...

MAR. Que nunca borre zu imagen...

LOS DOS Del arroyo en er cristá...

(En este momento llega Antoñillo á la puerta, y se estrechan las manos.)

ANT. ¡Mariquiya!...

MAR. ¡Antoñiyo!...
SEÑOR C. Antoñiyo, estás perdonao.
ANT. Muchas gracias, zeñó Cristóba. ¡Mariquiya!...
MAR. ¡Antoñiyo'...
(Cogidos de la mano, mirándose y riéndose, llegan al primer término, y dirigiéndose al público cantan.)
Con el agua del amó...
ANT. Ze curan los corazones...
MAR. Que ze venga ar ventorriyo..
ANT. Quien tuviere mar de amores...
LOS DOS Con el agua del amó...

FIN

Madrid, Noviembre, 1904

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La penz, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2. edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El nuevo servidor

HUMORADA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1903

EL NUEVO SERVIDOR

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL NUEVO SERVIDOR

HUMORADA

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Escrita exprofeso para DOÑA BALBINA VALVERDE y estrenada en el Teatro Lara el 23 de Febrero de 1905

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MÁRGARA.....	Sra. Valverde.
INÉS.....	Beltrán.
PITITO.....	Sr. Barraycoa
EL FUMISTA.....	Zorrilla.
UN CHICO.....	Niña Girón.

EL NUEVO SERVIDOR

Gabinete elegante en casa de Fitito, en Madrid. Una puerta al foro y otra á la derecha del actor. Chimenea á la izquierda. Teléfono. Es de día.

ESCENA PRIMERA

INÉS y el FUMISTA

(El Fumista, agachado ante la chimenea, da gritos por el hueco de ella llamando á un compañero. Inés, criada de la casa, fea como un diablo, está al cuidado con cara de muy mal humor.)

FUM. ¡Juan! ¡Juan! ¡Mecachis!... ¡Juaaaan! (Levantándose, después de un momento.) Na, que se ha empeñao en arreglar primero la del comedor. (A Inés.) ¡Le digo á usté que hay que tener una pacencia!... (Vase por el foro.)

INÉS Lo que es á mí, poco se me da que arda la casa.

ESCENA II

INÉS y PITITO

INÉS ¡Vamos, hombre!... ¡Miste que despedirme por...! ¡Es la primera vez que me sucede!

PIT. (Sale por el foro, hecho un veneno.) Hola. ¿Qué haces tú aquí?

INÉS ¿Yo?

PIT. Sí. Toma. (Le da el sombrero y el bastón.) ¿Y mi mujer?

INÉS Allá dentro.

PIT. ¿Allá dentro, verdad? (Pasea furioso.)

INÉS Sí, señor.

PIT. Más vale. (Parándose en firme.) ¿Y se puede saber cuándo van á arreglar esta chimenea?

INÉS Ya están ahí los fumistas.

PIT. ¿Y el teléfono?

INÉS Ese está listo ya.

PIT. ¿Hay novedad alguna?

INÉS Sí, señor: una

PIT. ¿Cuál?

INÉS Que me ha despedido la señora.

PIT. ¿Por qué? (Inés calla.) ¿Por qué te ha despedido?

INÉS Por celos.

PIT. ¿Por celos?

INÉS Así dice: que le gusto á usté demasiao. (Pitito la mira, cierra los puños y sigue sus paseos.) Señorito, así dice ella: yo no invento na.

PIT. (¡Esa mujer está loca! ¡loca! ¡Y va á volver loco á su marido! ¡Y lo malo es que su marido soy yo!)

INÉS Yo, ¿entiende usté? aunque me lastimó la especie, cerré mis labios y na le respondí. Porque como está en ese estao..

PIT. Ah, ¿también tú lo sabes?

INÉS Anoche me lo refirió.

PIT. ¡Pues, señor, bien! ¡Se ha creído mi señora que un hijo probable se debe anunciar como unas pastillas! ¡Ya no queda una rata á quien no le haya contado la novedad! ¡Voy por ahí corrido! ¡Todo el mundo me da la enhorabuena! Los amigos, las amigas, el cacharrero de enfrente, la criada de abajo, la portera, el cartero, el de los sifones... ¡Señor! ¡No parece sino que hemos hecho una cosa que no ha hecho nadie! ¡Y si luego en lugar de un niño viene un orejón, mire usted qué vergüenza! Lo que es yo salgo un mes á la calle con barba postiza.

INÉS Ahí llega la señora.

PIT. ¿Sí, eh? Pues vete tú. No tengamos encima escena de celos. (Vase Inés por la derecha.) ¡Ay, Dios mío, como enviude... no me caso otra vez; pero si me caso, te juro que no vuelvo á hacerlo por el vil metal!

ESCENA III

PITITO y MÁRGARA; luego INÉS

(Esta señora puede ser la abuela del pobre Pitito y sin embargo es su mujer. Queda explicado el mal humor de Pitito. Se siente á sus años madre por vez primera, y está de almibarada y empalagosa realmente insufrible. Viste de bata. Sale por la puerta de la derecha, y con las manos le tapa los ojos á Pitito, en son de cariñosa broma.)

MÁRG. (Como si jugara á la gallina ciega.) Hiiiii ..
PIT. (Correspondiéndole de mala gana.) ¿Quién es?
MÁRG. Hiiiiii...
PIT. ¿Es el fumista?
MÁRG. (Con disgusto mimoso.) ¡Pitito!
PIT. ¿Qué quieres, corazón?
MÁRG. ¿En el estado en que estoy me das esas bromas?
PIT. Ya sabes tú que son inocentes, rica.
MÁRG. Ya, ya lo sé. Pitito.
PIT. ¿Qué?
MÁRG. Me quiero sentar.
PIT. Pues siéntate
MÁRG. Tráeme la silla tú.
PIT. Sí, hija.
MÁRG. Esa, no. Ni esa. Una butaca; mejor una butaca Pero esa no. La otra: la del muelle roto.
PIT. Si por lo mismo te llevaba esta...
MÁRG. Yo quiero la del muelle roto. Respeta mis caprichos
PIT. ¡Ya lo creo! ¡La del muelle roto! ¡La que pida mi niña! (¡Mira tú no fuera el muelle un petardo!) (Le acerca una butaca y Márgara se sienta con gran cuidado.)
MÁRG. Temo el sentarme. El médico me ha dicho que evite los movimientos violentos... Y es-

toy tan asustada... ¡Tengo un miedo, Pitito!..
Claro; como es la primera vez...

PIT. (¡Y la última! ¡Porque esto es un fenómeno!)

MÁRG. Pitito.

PIT. ¿Qué?

MÁRG. Abanícame.

PIT. Dame el abanico.

MÁRG. No tengo.

PIT. Ni yo.

MÁRG. Pues sóplame.

PIT. ¡Mujer!

MÁRG. Pitito, no me contraríes. Sóplame. (Pitito obedece.) ¡Qué bueno eres, Pitito! No me soples más. Toca el timbre ¡Basta, que me crispa los nervios!

PIT. (Como cuerdas de guitarra los tengo yo.)

INÉS (Por el foro.) ¿Llamaban los señores?

MÁRG. Inés.

INÉS Servidora.

MÁRG. No te enojes por lo que antes te he dicho. Fué una ofuscación. Te quedarás en casa, ¿sabes? (Ruborosa.) Pitito, no me mires así delante de gente.

PIT. Je. (Saca un cigarrillo y lo enciende. De nervioso que está le cuesta cuatro fósforos.)

MÁRG. Inés, escucha. Acércate un poco más. ¡Huy qué peste á cocina! Mira, vé á mi tocador, y tráeme mi canastilla de labores. Y dile á Remigia que le ponga algodón á la mano del almirez; que me molesta mucho cuando machaca.

INÉS Está bien, señora. (Vase por donde vino.)

MÁRG. Pitito.

PIT. ¿Qué?

MÁRG. No fumes. (Pitito tira el cigarrillo.) Hombre, por Dios, que se quema la alfombra...

PIT. Tontina, si está apagado ya. (Lo recoge y lo echa en la chimenea.)

MÁRG. Pitito.

PIT. ¿Qué?

MARG. ¿Me has comprado las castañas?

PIT. Hijita, he recorrido todo Madrid. ¡No hay castañas en ninguna parte!

MÁRG. Pitito, yo quiero castañas.

PIT. Dicen que aún no es tiempo.
MÁRG. Pitito, yo quiero castañas.
PIT. ¡Bueno! ¡Te las traeré pilongas!
MÁRG. Pitito, no te enfades.
PIT. ¿Yo qué he de enfadarme, chiquilla?
MÁRG. Pitito.
PIT. ¿Qué?
MÁRG. Enfádate.
PIT. ¿Qué?
MÁRG. Que me gusta hacer las paces luego.
PIT. Je. (Fingiendo enfado.) ¡Brrrrr!...
MÁRG. (Riéndose mimosamente.) ¡Ay, qué gracioso es mi Pitito! ¡No me hagas reir, que me agito mucho! Ven acá. Hablemos de lo nuestro. (Pitito se sienta á sus pies.) ¿Tú qué quisieras tener?
PIT. ¿Yo? (¡Un billete para el sudexprés de esta tarde!)
MÁRG. Porque yo quisiera un mellizo.
PIT. ¡Hija mía, un mellizo no puede tenerse! ¡O se tienen dos ó no se tiene ninguno!
MÁRG. Ay, dos no, dos no: me da mucho miedo, Pitito...
PIT. ¡Más miedo me da á mí! Además, yo no quiero hacerme ilusiones todavía...
MÁRG. No me lo digas, Pitito; no me quites las que yo tengo. Considera que ha sido el ideal de toda mi existencia. ¡Si viviera mi primer marido, qué contento estaría!
PIT. (Pues ¿y yo?)
(Sale Inés con la canastilla de labores de Márgara y una carta para Pitito.)
INÉS Señorito, esta carta. Esperan la contestación.
PIT. Trae. (Se levanta.)
INÉS Señora, tome usté.
MÁRG. Gracias.
PIT. (Leyendo.) Es de don Carlos.
MARG. Ah.
PIT. Dice que si no voy al Español esta noche que le envíe mi butaca.
MÁRG. Envíasela, porque no vas.
PIT. ¿Que no voy?
MÁRG. No quiero que me dejes sola, Pitito. ¿Quién me va á dar el caldo?... ¿Quién me va á dar la yema? ..

PIT. ¡Conformes!

MÁRG. Además, ya me han empezado los mareos... las arcadas... No quiero quedarme sola, Pitito.

PIT. (Después de mirar á Márgara con una maldición en cada ojo.) ¿Quién ha traído esta carta, Inés?

INÉS Un chiquitín. Paece de un casino.

PIT. Sí; será del Círculo. Que pase.

INÉS (Está Pitito, que se le arrima una cerilla y arde como yesca) (Vase por el foro.)

ESCENA IV

MÁRGARA, PITITO y el CHICO

MÁRG. ¿Sabe don Carlos que tendrá pronto un nuevo servidor?

PIT. ¿Qué ha de saber don Carlos? ¿Tú te crees que yo lo voy publicando á los cuatro vientos como tú?

MÁRG. Pitito...

CHICO (Por el foro.) Buenos días.

PIT. Oye.

CHICO Mande usted.

PIT. ¿Está don Carlos en el Círculo?

CHICO Sí, señor: me dijo que no se marchaba hasta que yo llegase.

PIT. Pues aguárdate un poco. (Encamínase hacia la puerta de la derecha. Márgara, jugando, le tira un ovillo de estambre. Pitito se vuelve incomodado.) ¿Qué es esto?

MÁRG. He sido yo, Pitito... Tíramelo tú ahora...

PIT. Mujer, no es ocasión. . (Lo tira de mala manera y se va echando lumbre.)

MÁRG. ¡Vaya por Dios!... ¡Qué bruscotes son los hombres algunas veces!... (Al Chico.) ¿Cómo te llamas tú?

CHICO Juan Martínez, para servir á usted.

MÁRG. ¿Y qué? ¿estás muy contento en el Círculo?

CHICO Sí, señora. Casi todos los señores me tratan muy bien. Su hijo de usted, en particular, me da muchas propinas.

MÁRG. (Herida en su amor propio de madre futura.) ¿Mi hijo? Yo no tengo hijos... todavía.

CHICO Creí que el señorito era hijo de usted.

MÁRG. El señorito es mi esposo.

CHICO (¡Arrea!)

MÁRG. Tú, como eres una criatura, no te fijas... Bien que aún no se advierte... Y con esta bata... Pero ya ves tú: á mí van á traerme un niño de París ..

PIT. (Que sale por donde se fué con una carta, y se hace cargo de la situación en seguida.) ¡Márgara!

MÁRG. ¡Pitito!

PIT. ¿Le estás contando también á este...?

MÁRG. Perdóname, Pitito...

PIT. ¿Hasta á los niños de diez años, mujer? ¡Ya raya en manía!

CHICO Señorito, que sea enhorabuena.

PIT. Gracias.

MÁRG. Mira cómo ha comprendido el tunante...

CHICO Ya, ya me he hecho cargo de la novedad... ¿Quiere usted que lo diga en el Círculo?

PIT. ¡No! (¡Me van á echar de la Directiva!) (Dándole una propina y la carta con que salió.) Toma, y llévale esta carta á don Carlos.

CHICO Muchas gracias.

MÁRG. Adiós.

(Vase el Chico por el foro.)

ESCENA V

MÁRGARA y PITITO

PIT. (Encarándose airado con su mujer.) Mira, Márgara.

MÁRG. Ay, no me asustes: nunca te he visto esa expresión de hiena.

PIT. Mira: estás en ridículo; me pones en ridículo, y esto va á acabar mal.

MÁRG. ¡Pitito! ¿Te molesta que hable del fruto que llevo en las entrañas?

PIT. ¡Me molesta, sí! ¡Con que tengamos la fiesta en paz, y echa un punto á tu boca!

MÁRG. Bueno, Pitito, bueno; pero no me dejes...

PIT. Mujer, si voy á...

MÁRG. ¿A qué?
PIT. A.. á... ¡á ponerme el batín! (Se va por la puerta de la derecha.)
MÁRG No tardes, cielo.

ESCENA VI

MÁRGARA y el FUMISTA; luego PITITO

MÁRG. Pobre Pitito. ¡Qué contento está! No se cambia por nadie. (Sacando de la canastilla un gorrito y principiando á coserle una cinta.) ¡Ay!... Estos placeres de la maternidad son los más puros... Yo no le pido á Dios más que una cosa: que cuando entre en quintas el hijo de mi alma, no haya servicio obligatorio...
FUM. (Por el foro, cantando.)
¿Qué motivos te he dao yo..?
Buenos días.
MÁRG. Buenos días.
FUM. (Agachándose otra vez ante la chimenea.)
¿Qué motivos te he dao yo...?
MÁRG. Fumista.
FUM. Señora.
MÁRG. No cante.
FUM. Señora, usté perdone. Cuando está uno trabajando se le va la burra. (Gritando por el hueco de la chimenea.) ¡Juan!
MÁRG (Asustada.) ¡Ay!
FUM ¡Juaaaaan!
MÁRG. ¡Ay! Fumista.
FUM. Señora.
MÁRG. Por Dios, no grite así.
FUM. No tengo más remedio, señora. ¡Juaaan! ¡Echa la cuerda, hombre!
VOZ (Dentro, desde arriba.) ¿Qué dices?
FUM ¡Que eches la cuerda!
MÁRG. Pero ¿quién ha hablado, fumista?
FUM El compañero que está en el tejao
MÁRG. ¡Ay, por Dios, no se caiga ese hombre!
FUM. Si se cae, eso vamos ganando tos. ¡Más harto me tiene!... ¡Juaaan! ¡Rediós, que eches la cuerda!

MÁRG. Yo en mi estado no puedo con estas voces... ¡Pitito!... ¡Pitito!...

FUM. Está en la cocina

MÁRG. ¿Quién?

FUM. El gato. ¿No llama usté al gato?

MÁRG. ¿Qué está usted diciendo? Mire, fumista, retírese y no dé más voces.

FUM ¿Hay enfermos quizás?

MÁRG. Como si los hubiese. Cuando una señora se encuentra en cierto estado...

FUM. Ah, vamos. ¿Tiene usté así á la señorita?

MÁRG. Aquí no hay más señorita que yo.

FUM ¿La criada entonces?

MÁRG. No, señor: soy yo, yo misma ¿sabe usted? yo misma soy quien está... Ya usted me comprende. (El Fumista sin poderse contener suelta la risa y mete la cabeza en la chimenea para disimular. La agitación del cuerpo, sin embargo, demuestra que se ríe con ganas.) Por eso le suplicaba á usted que no diera voces... porque cuando una está así... cualquier susto... cualquier impresión fuerte...

(Pitito en esto vuelve de batín; y ante lo groteseo de la escena se va por el foro echando venablos.)

PIT (¿Se lo está contando al fumista? ¡Vamos á salir en el *Gedeón!*)

FUM. (Volviendo á sus gritos.) Pero, hombre, ¿no me oyes? ¡Mira; mejor será que lo dejemos pa luego! ¡Bájate á almorzar! Sí, porque en esta casa va á ocurrir algo gordo. (Levantándose.) Señora, buenos días. Me alegraré que el trance sea feliz.

MÁRG. Y que usted lo vea.

FUM. Yo, ¿pa qué? (Vase por el foro cantando.)

¿Qué motivos te he dao yo...?

ESCENA VII

MÁRGARA y PITITO. Al final INÉS

MÁRG. Pitito se enfada, pero yo siento unos deseos de comunicarle mi novedad á todo el mundo... Los hombres no pueden ponerse en

estos casos... (Suena repetidamente el timbre del teléfono.) ¡Ay! ¿Quién será ahora? Todo me sobresalta, Dios mío... ¡Jesús, qué timbre! Y puede que sea alguna persona que desee noticias... (Se acerca al aparato y se dispone á hablar.) ¿Quién es? ¿Quién llama?..—Ah, la prueba. Oiga, Central.—Central. Tenga la bondad de hacer la prueba más temprano. —¿Cómo?—Más temprano, sí.—Ya me hago cargo... Si yo me encontrara en mi estado normal, nada diría... pero así como estoy...—No, no es reuma, Central; no sea usted bromista... (Sale Pitito, que la ve y la oye lleno de indignación.) Es otra cosa... de que los hombres se ven libres... ¿Ha entendido usted, Central?...—Gracias, gracias...

PIT. (Estallando.) ¡Jinojo! ¿También á la Central de Teléfonos? ¡Márgara!

MÁRG. Pitito, que me has asustado.

PIT. (Paseando furioso.) ¡Mejor: á ver si revientas!

MÁRG. ¡Pitito!

PIT. ¡Se acabó Pitito!

MÁRG. ¡Pitito!

PIT. (Llamando.) ¡Inés! ¡Estoy hasta los pelos! ¡Llevo tres meses de matrimonio, y he perdido seis kilos! ¡Inés!

MÁRG. ¡Pitito! Reflexiona que mi vida ya no me pertenece; que este disgusto puede tener fatales consecuencias...

PIT. (A Inés, que aparece por el foro y que se va por la derecha en seguida.) ¡Mi bastón y mi sombrero ahora mismo!

MÁRG. ¿A dónde vas, Pitito?

PIT. ¡Al Vesubio!

MÁRG. (Suplicante.) No te pongas así: ¡por lo que llevo en las entrañas, Pitito!

PIT. ¡No es mío!

MÁRG. Pues ¿de quién es, entonces?

PIT. ¡Tuyo nada más!

MÁRG. ¡Mal padre! ¡mal caballero! ¡mal Pitito! ¡Ay! ¡ay! ¡Se va á malograr un ciudadano!

PIT. ¡No caerá esa breva!

MÁRG. ¡Ay!

PIT. ¡Es usted una vieja ridícula!

MÁRG. ¡Ay!

PIT. ¡Yo me casé con usted por el dinero! ¡Yo no podía sospechar que saliera usted por los cerros de Úbeda! ¡Prefiero mis cinco mil reales en Gobernación! Trae acá. (Coge bruscamente de manos de Inés, que ha vuelto á salir por la derecha, el bastón y el sombrero, se encasqueta este último sin reparar que se halla en batín, y se va por el foro bufando. Es de esperar que lo detenga una pareja.) ¡Brrrrrr!...

ESCENA ÚLTIMA

MÁRGARA é INÉS

MÁRG. (Cayendo en su butaca como herida del rayo, después de algunos visajes y contorsiones.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

INÉS ¡Señora!

MÁRG. ¡Ay!

INÉS ¡Señora! (Chillando.) ¡Señorito!

MARG. (Apretando los dientes.) ¡Hiiiiiii! ¡Hiiiiiii!

INÉS ¡Pos era lo que á mí me faltaba! ¡Señorito! Échele usté un galgo. Se irá á almorzar con cualquier pindonga.

MÁRG. (Volviendo en sí.) ¿Eh?

INÉS Na, señora; no he dicho na.

MÁRG. ¿Has visto qué hombre? ¿Has visto qué monstruo? No te cases nunca, Inesita.

INÉS Pierda usté cuidao. Y tranquilícese usté, que eso pasará.

MÁRG. Así lo creo yo. Sobre que mi deber es estar tranquila: no por mí, sino por quien tú sabes... (Suspirando y dirigiéndose luego al público.) ¡Ay!...

Sueño con una tarjeta
rosa, paja, lila ó gris,
en la que á todos ustedes
pienso decirles así:
Agapito Pérez López
y Margarita Ruiz,
les anuncian con orgullo

que desde el florido Abril
pueden contar con un nuevo
servidor, que es un jazmín.
Y en un ángulo, las señas:
Gato, 1, entresuelo bis.

FIN

Madrid, Enero, 1905.

Advertencia importante.—Las Empresas que pongan en escena esta humorada, pagarán por derechos de propiedad la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música (2.ª edición)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2. edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Mañana de sol

PASO DE COMEDIA

LIBRERI
FRANCIS PE
63. JAC

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

MAÑANA DE SOL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MAÑANA DE SOL

PASO DE COMEDIA

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO LARA el 23 de Febrero de 1905

LIBRERÍA
DE
FRANCISCO PÉREZ

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 581

1905

A Doña Balbina Valverde

insigne actriz

en testimonio de admiración y simpatía,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA LAURA.....	Sra. Valverde.
PETRA.....	Srta. Martí.
DON GONZALO.....	Sr. Rubio.
JUANITO.....	Cantalapiedra.

MAÑANA DE SOL

Lugar apartado de un paseo público, en Madrid. Un banco á la izquierda del actor. Es una mañana de otoño templada y alegre.

ESCENA PRIMERA

DOÑA LAURA y PETRA

(Salen por la derecha. Doña Laura es una viejecita setentona, muy pulcra, de cabellos muy blancos y manos muy finas y bien cuidadas. Aunque está en la edad de chochear, no chochea. Se apoya de una mano en una sombrilla, y de la otra en el brazo de Petra, su criada.)

D.ª LAU. Ya llegamos... Gracias á Dios. Temí que me hubieran quitado el sitio. Hace una mañanita tan templada...

PETRA Pica el sol.

D.ª LAU. A tí, que tienes veinte años. (Siéntase en el banco.) ¡Ay!... Hoy me he cansado más que otros días. (Pausa. Observando á Petra, que parece impaciente.) Vete, si quieres, á charlar con tu guarda.

PETRA Señora, el guarda no es mío; es del jardín.

D.ª LAU. Es más tuyo que del jardín. Anda en su busca, pero no te alejes.

PETRA Está allí esperándome.

D.ª LAU. Diez minutos de conversación, y aquí en seguida.

PETRA Bueno, señora.

D.ª LAU. (Deteniéndola.) Pero escucha.

PETRA ¿Qué quiere usted?

D.ª LAU. ¡Que te llevas las miguitas de pan!

PETRA Es verdad; ni sé dónde tengo la cabeza.

D.ª LAU. En la escarapela del guarda.

PETRA Tome usted. (Le da un cartucho de papel pequeñito, y se va por la izquierda.)

D.ª LAU. Anda con Dios. (Mirando hacia los árboles de la derecha.) Ya están llegando los tunantes. ¡Cómo me han cogido la hora!... (Se levanta, va hacia la derecha y arroja adentro, en tres puñaditos, las migas de pan.) Estas, para los más atrevidos... Estas, para los mas glotones.. Y éstas, para los más granujas, que son los más chicos... Je... (Vuelve á su baneo y desde él observa complacida el festín de los pájaros.) Pero, hombre, que siempre has de bajar tú el primero... Porque eres el mismo: te conozco. Cabeza gorda, boqueras grandes... Igual á mi administrador. Ya baja otro. Y otro. Ahora dos juntos. Ahora tres. Ese chico va á llegar hasta aquí. Bien; muy bien: aquél coge su miga y se va á una rama á comérsela. Es un filósofo. Pero ¡qué nube! ¿De dónde salen tantos? Se conoce que ha corrido la voz... Je, je... Gorrión habrá que venga desde la Guindalera. Je, je... Vaya, no pelearse, que hay para todos. Mañana traigo más.

ESCENA II

DOÑA LAURA, DON GONZALO y JUANITO

(Salen éstos por la izquierda del foro. Don Gonzalo es un viejo contemporáneo de Doña Laura, un poco cascarrabias. Al andar arrastra los pies. Viene de mal temple, del brazo de Juanito, su criado.)

D. GON. Vagos, más que vagos... Más valía que estuvieran diciendo misa...

JUA. Aquí se puede usted sentar: no hay más que una señora.

(Doña Laura vuelve la cabeza y escucha el diálogo.)

D. GON. No me da la gana, Juanito. Yo quiero un banco solo.

JUA. ¡Si no lo hay!

D. GON. ¡Es que aquél es mío!

JUA. Pero si se han sentado tres curas...

D. GON. ¡Pues que se levanten!... ¿Se levantan, Juanito?

JUA. ¡Qué se han de levantar! Allí están de charla.

D. GON. Como si los hubieran pegado al banco. No; si cuando los curas cogen un sitio... ¡cualquiera los echa! Ven por aquí, Juanito, ven por aquí. (Se encamina hacia la derecha resueltamente. Juanito lo sigue.)

D.ª LAU. (Indignada.) ¡Hombre de Dios!

D. GON (Volviéndose.) ¿Es á mí?

D.ª LAU. Sí, señor; á usted.

D. GON. ¿Qué pasa?

D.ª LAU. ¡Que me ha espantado usted los gorriones, que estaban comiendo miguitas de pan!

D. GON. ¿Y yo qué tengo que ver con los gorriones?

D.ª LAU. ¡Tengo yo!

D. GON. ¡El paseo es público!

D.ª LAU. Entonces no se queje usted de que le quiten el asiento los curas.

D. GON. Señora, no estamos presentados. No sé por qué se toma usted la libertad de dirigirme la palabra. Sígueme, Juanito. (Se van los dos por la derecha.)

D.ª LAU. ¡El demonio del viejo! No hay como llegar á cierta edad para ponerse impertinente. (Pausa.) Me alegro; le han quitado aquel banco también. ¡Anda! para que me espante los pajaritos. Está furioso... Sí, sí; busca, busca. Como no te sientes en el sombrero... ¡Pobrecillo! Se limpia el sudor... Ya viene, ya viene... Con los pies levanta más polvo que un coche.

D. GON. (Saliendo por donde se fué y encaminándose á la izquierda.) ¿Se habrán ido los curas, Juanito?

JUA. No sueñe usted con eso, señor. Allí siguen.

D. GON. ¡Por vida...! (Mirando á todas partes perplejo.) Este Ayuntamiento, que no pone más bancos para estas manañas de sol... Nada, que me tengo que conformar con el de la vieja. (Refunfuñando, siéntase al otro extremo que doña Laura, y la mira con indignación.) Buenos días.

D.ª LAU. ¡Hola! ¿Usted por aquí?
D. GON. Insisto en que no estamos presentados.
D.ª LAU. Como me saluda usted, le contesto.
D. GON. A los buenos días se contesta con los buenos días, que es lo que ha debido usted hacer.
D.ª LAU. También usted ha debido pedirme permiso para sentarse en este banco, que es mío.
D. GON. Aquí no hay bancos de nadie.
D.ª LAU. Pues usted decía que el de los curas era suyo.
D. GON. Bueno, bueno, bueno... se concluyó. (Entre dientes.) Vieja chocha... Podía estar haciendo calceta...
D.ª LAU. No gruña usted, porque no me voy.
D. GON. (Sacudiéndose las botas con el pañuelo.) Si regaran un poco más, tampoco perderíamos nada.
D.ª LAU. Ocurrencia es: limpiarse las botas con el pañuelo de la nariz.
D. GON. ¿Eh?
D.ª LAU. ¿Se sonará usted con un cepillo?
D. GON. ¿Eh? Pero señora, ¿con qué derecho...?
D.ª LAU. Con el de vecindad.
D. GON. (Cortando por lo sano.) Mira, Juanito, dame el libro; que no tengo ganas de oir más tonteras.
D.ª LAU. Es usted muy amable.
D. GON. Si no fuera usted tan entrometida...
D.ª LAU. Tengo el defecto de decir todo lo que pienso.
D. GON. Y el de hablar más de lo que conviene. Dame el libro, Juanito.
JUA. Vaya, señor. (Saca del bolsillo un libro y se lo entrega. Paseando luego por el foro, se aleja hacia la derecha y desaparece.)

ESCENA III

DOÑA LAURA y DON GONZALO

(Este último, mirando á doña Laura siempre con rabia, se pone unas gafas prehistóricas, saca una gran lente, y con el auxilio de toda esa cristalería se dispone á leer)

D.ª LAU. Creí que iba usted á sacar ahora un telescopio.

D. Gon. ¡Oiga usted!
D.ª Lau. Debe usted de tener muy buena vista.
D. Gon. Como cuatro veces mejor que usted.
D.ª Lau. Ya, ya se conoce.
D. Gon. Algunas liebres y algunas perdices lo pudieran atestiguar.
D.ª Lau ¿Es usted cazador?
D. Gon. Lo he sido... Y aún... aún...
D.ª Lau. ¿Ah, sí?
D. Gon. Sí, señora. Todos los domingos, ¿sabe usted? cojo mi escopeta y mi perro, ¿sabe usted? y me voy á una finca de mi propiedad, cerca de Aravaca.. A matar el tiempo, ¿sabe usted?
D.ª Lau. Sí; como no mate usted el tiempo.. ¡lo que es otra cosa!
D. Gon. ¿Conque no? Ya le enseñaría yo á usted una cabeza de jabalí que tengo en mi despacho.
D.ª Lau. ¡Toma! y yo á usted una piel de tigre que tengo en mi sala. ¡Vaya un argumento!
D. Gon. Bien está, señora. Déjeme usted leer. No estoy por darle á usted más palique.
D.ª Lau. Pues con callar, hace usted su gusto.
D. Gon. Antes voy á tomar un polvito. (Saca una caja de rapé.) De esto sí le doy. ¿Quiere usted?
D.ª Lau. Según. ¿Es fino?
D. Gon. No lo hay mejor. Le agradará.
D.ª Lau. A mí me descarga mucho la cabeza.
D. Gon. Y á mí.
D.ª Lau. ¿Usted estornuda?
D. Gon. Sí, señora: tres veces.
D.ª Lau. Hombre, y yo otras tres: ¡qué casualidad! (Después de tomar cada uno su polvito, aguardan los estornudos haciendo visajes, y estornudan alternativamente.)
D.ª Lau. ¡Ah... chis!
D. Gon. ¡Ah .. chis!
D.ª Lau. ¡Ah.. chis!
D. Gon. ¡Ah... chis!
D.ª Lau. ¡Ah.. chis!
D. Gon. ¡Ah... chis!
D.ª Lau. ¡Jesús!
D. Gon. Gracias. Buen provechito.
D.ª Lau. Igualmente. (Nos ha reconciliado el rapé.)

D. Gon. Ahora me va usted á dispensar que lea en voz alta.

D.ª Lau. Lea usted como guste: no me incomoda.

D. Gon. (Leyendo.)

Todo en amor es triste;
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

De Campoamor; es de Campoamor.

D.ª Lau. ¡Ah!

D. Gon. (Leyendo.)

Las niñas de las madres que amé tanto,
me besan ya como se besa á un santo.

Estas son humoradas.

D.ª Lau. Humoradas, sí.

D. Gon. Prefiero las doloras.

D.ª Lau. Y yo.

D. Gon. También hay algunas en este tomo. (Busca las doloras y lee.) Escuche usted ésta:

Pasan veinte años: vuelve él...

D.ª Lau. No sé qué me da verlo á usted leer con tantos cristales...

D. Gon. ¿Pero es que usted, por ventura, lee sin gafas?

D.ª Lau. ¡Claro!

D. Gon. ¿A su edad? .. Me permito dudarlo.

D.ª Lau. Deme usted el libro. (Lo toma de mano de don Gonzalo, y lee:)

Pasan veinte años: vuelve él,
y al verse, exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(—¡Dios mío! ¿y ésta es aquélla?...)

(Le devuelve el libro.)

D. Gon. En efecto: tiene usted una vista envidiable.

D.ª Lau (¡Como que me sé los versos de memoria!)

D. Gon. Yo soy muy aficionado á los buenos versos... Mucho. Y hasta los compuse en mi mocedad.

D.ª Lau. ¿Buenos?

D. Gon. De todo había. Fuí amigo de Espronceda, de Zorrilla, de Becquer... A Zorrilla lo conocí en América.

D.ª Lau. ¿Ha estado usted en América?

D. Gon. Varias veces. La primera vez fuí de seis años.

D.ª Lau. ¿Lo llevaría á usted Colón en una carabela?

D. Gon. (Riéndose.) No tanto, no tanto... Viejo soy, pero no conocí á los Reyes Católicos...

D.ª Lau. Je, je...

D. Gon. También fuí gran amigo de éste: de Campoamor. En Valencia nos conocimos... Yo soy valenciano.

D.ª Lau. ¿Sí?

D. Gon. Allí me crié; allí pasé mi primera juventud... ¿Conoce usted aquéllo?

D.ª Lau. Sí, señor Cercana á Valencia, á dos ó tres leguas de camino, había una finca que si aún existe se acordará de mí. Pasé en ella algunas temporadas. De esto hace muchos años; muchos. Estaba próxima al mar, oculta entre naranjos y limoneros... Le decían... ¿cómo le decían?... *Maricela.*

D. Gon. *¿Maricela?*

D.ª Lau. *Maricela.* ¿Le suena á usted el nombre?

D. Gon. ¡Ya lo creo! Como que si yo no estoy trascordado—con los años se va la cabeza,—allí vivió la mujer más preciosa que nunca he visto. ¡Y ya he visto algunas en mi vida!... Deje usted, deje usted... Su nombre era Laura. El apellido no lo recuerdo... (Haciendo memoria.) Laura... Laura... ¡Laura Llorente!

D.ª Lau. Laura Llorente...

D. Gon. ¿Qué? (Se miran con atracción misteriosa.)

D.ª Lau. Nada... Me está usted recordando á mi mejor amiga.

D. Gon. ¡Es casualidad!

D.ª Lau Sí que es peregrina casualidad. La *Niña de Plata.*

D. Gon. La *Niña de Plata*... Así le decían los huertanos y los pescadores. ¿Querrá usted creer que la veo ahora mismo, como si la tuviera presente, en aquella ventana de las campanillas azules?... ¿Se acuerda usted de aquella ventana?...

D.ª Lau. Me acuerdo. Era la de su cuarto. Me acuerdo

D. Gon. En ella se pasaba horas enteras.. En mis tiempos, digo.

D.ª Lau. (Suspirando.) Y en los míos también.

D. Gon. Era ideal, ideal... Blanca como la nieve... Los cabellos muy negros... Los ojos muy

negros y muy dulces.. De su frente parecía que brotaba luz... Su cuerpo era fino, esbelto, de curvas muy suaves...

¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!

Era un sueño, era un sueño...

D.ª LAU. (¡Si supieras que la tienes al lado, ya verías lo que los sueños valen!) Yo la quise de veras, muy de veras. Fué muy desgraciada. Tuvo unos amores muy tristes.

D. GON. Muy tristes. (Se miran de nuevo.)

D.ª LAU. ¿Usted lo sabe?

D. GON. Sí.

D.ª LAU. (¡Qué cosas hace Dios! Este hombre es aquél.)

D GON. Precisamente el enamorado galán, si es que nos referimos los dos al mismo caso...

D.ª LAU. ¿Al del duelo?

D. GON. Justo: al del duelo. El enamorado galán era... era un pariente mío, un muchacho de toda mi predilección.

D.ª LAU. Ya, vamos, ya. Un pariente... A mí me con tó ella en una de sus últimas cartas, la historia de aquellos amores, verdaderamente románticos.

D. GON. Platónicos. No se hablaron nunca.

D.ª LAU. El, su pariente de usted, pasaba todas las mañanas á caballo por la veredilla de los rosales, y arrojaba á la ventana un ramo de flores, que ella cogía

D. GON. Y luego, á la tarde, volvía á pasar el gallardo jinete, y recogía un ramo de flores que ella le echaba. ¿No es esto?

D.ª LAU. Eso es. A ella querían casarla con un comerciante... un cualquiera, sin más títulos que el de enamorado.

D. GON. Y una noche que mi pariente rondaba la finca para oirla cantar, se presentó de improviso aquel hombre.

D.ª LAU. Y le provocó.

D. GON. Y se enzarzaron.

D.ª LAU. Y hubo desafío.

D. GON. Al amanecer: en la playa. Y allí se quedó malamente herido el provocador. Mi pa-

riente tuvo que esconderse primero, y luego que huir.

D.ª LAU. Conoce usted al dedillo la historia.

D. GON. Y usted también.

D.ª LAU. Ya le he dicho á usted que ella me la contó.

D GON. Y mi pariente á mí... (Esta mujer es Laura... ¡Qué cosas hace Dios!)

D.ª LAU. (No sospecha quién soy: ¿para qué decírselo? Que conserve aquella ilusión...)

D. GON. (No presume que habla con el galán... ¿Qué ha de presumirlo?... Callaré.) (Pausa.)

D.ª LAU. ¿Y fué usted, acaso, quien le aconsejó á su pariente que no volviera á pensar en Laura? (¡Anda con esa!)

D. GON. ¿Yo? ¡Pero si mi pariente no la olvidó un segundo!

D.ª LAU. Pues ¿cómo se explica su conducta?

D. GON. ¿Usted sabe?.. Mire usted, señora: el muchacho se refugió primero en mi casa—temeroso de las consecuencias del duelo con aquel hombre, muy querido allá;—luego se trasladó á Sevilla; después vino á Madrid... Le escribió á Laura ¡qué sé yo el número de cartas!—algunas en verso, me consta...—Pero sin duda las debieron de interceptar los padres de ella, porque Laura no contestó... Gonzalo, entonces, desesperado, desengañado, se incorporó al ejército de Africa, y allí, en una trinchera, encontró la muerte, abrazado á la bandera española y repitiendo el nombre de su amor: Laura... Laura... Laura...

D.ª LAU. (¡Qué embustero!)

D. GON. (No me he podido matar de un modo más gallardo)

D.ª LAU. ¿Sentiría usted á par del alma esa desgracia?

D. GON. Igual que si se tratase de mi persona. En cambio, la ingrata, quién sabe si estaría á los dos meses cazando mariposas en su jardín, indiferente á todo...

D.ª LAU. Ah, no, señor; no, señor...

D. GON. Pues es condición de mujeres...

D.ª LAU. Pues aunque sea condición de mujeres, la *Niña de Plata* no era así. Mi amiga esperó

noticias un día, y otro, y otro... y un mes, y un año... y la carta no llegaba nunca. Una tarde, á la puesta del sol, con el primer lucero de la noche, se la vió salir resuelta camino de la playa... de aquella playa donde el predilecto de su corazón se jugó la vida. Escribió su nombre en la arena—el nombre de él,—y se sentó luego en una roca, fija la mirada en el horizonte... Las olas murmuraban su monólogo eterno... é iban poco á poco cubriendo la roca en que estaba la niña.. ¿Quiere usted saber más?... Acabó de subir la marea... y la arrastró consigo...

D. Gon. ¡Jesús!

D.ª Lau. Cuentan los pescadores de la playa, que en mucho tiempo no pudieron borrar las olas aquel nombre escrito en la arena. (¡A mí no me ganas tú á finales poéticos!)

D. Gon. (¡Miente más que yo!) (Pausa.)

D.ª Lau. ¡Pobre Laura!

D. Gon. ¡Pobre Gonzalo!

D.ª Lau. (¡Yo no le digo que á los dos años me casé con un fabricante de cervezas!)

D. Gon. (¡Yo no le digo que á los tres meses me largué á París con una bailarina!)

D.ª Lau. Pero ¿ha visto usted cómo nos ha unido la casualidad, y cómo una aventura añeja ha hecho que hablemos lo mismo que si fuéramos amigos antiguos?

D. Gon. Y eso que empezamos riñendo.

D.ª Lau. Porque usted me espantó los gorriones.

D. Gon. Venía muy mal templado.

D.ª Lau Ya, ya lo ví. ¿Va usted á volver mañana?

D. Gon. Si hace sol, desde luego. Y no sólo no espantaré los gorriones, sino que también les traeré miguitas...

D.ª Lau. Muchas gracias, señor... Son buena gente; se lo merecen todo. Por cierto que no sé dónde anda mi chica... (Se levanta.) ¿Qué hora será ya?

D. Gon. (Levantándose.) Cerca de las doce. También ese bribón de Juanito... (Va hacia la derecha.)

D.ª Lau. (Desde la izquierda del foro, mirando hacia dentro.) Allí la diviso con su guarda... (Hace señas con la mano para que se acerque.)

D. Gon. (Contemplando, mientras, á la señora.) (No... no me descubro... Estoy hecho un mamarracho tan grande... Que recuerde siempre al mozo que pasaba al galope y le echaba las flores a la ventana de las campanillas azules ..)

D.ª Lau ¡Qué trabajo le ha costado despedirse! Ya viene.

D. Gon. Juanito, en cambio... ¿Dónde estará Juanito? Se habrá engolfado con alguna niñera. (Mirando hacia la derecha primero, y haciendo señas como doña Laura después.) Diablo de muchacho...

D.ª Lau. (Contemplando al viejo.) (No.. no me descubro... Estoy hecha una estantigua... Vale más que recuerde siempre á la niña de los ojos negros, que le arrojaba las flores cuando él pasaba por la veredilla de los rosales...)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, PETRA y JUANITO

(El uno sale por la derecha y la otra por la izquierda. Petra trae un manojo de violetas.)

D.ª Lau. Vamos, mujer; creí que no llegabas nunca.

D. Gon. Pero, Juanito, ¡por Dios! que son las tantas. .

Petra Estas violetas me ha dado mi novio para usted.

D.ª Lau. Mira qué fino. . Las agradezco mucho... (Al cogerlas se le caen dos ó tres al suelo.) Son muy hermosas...

D. Gon. (Despidiéndose.) Pues, señora mía, yo he tenido un honor muy grande... un placer inmenso...

D.ª Lau. (Lo mismo.) Y yo una verdadera satisfacción. .

D. Gon. ¿Hasta mañana?

D.ª Lau. Hasta mañana.

D. Gon. Si hace sol...

D.ª Lau. Si hace sol... ¿Irá usted á su banco?

D. Gon. No, señora; que vendré á éste.

D.ª Lau. Este banco es muy de usted. (Se ríen.)

D. Gon. Y repito que traeré miga para los gorriones .. (Vuelven á reirse.)

D.ª Lau. Hasta mañana.

D. GON. Hasta mañana.

(Doña Laura se encamina con Petra hacia la derecha. Don Gonzalo, antes de irse con Juanito hacia la izquierda, tembloroso y con gran esfuerzo se agacha á coger las violetas caídas. Doña Laura vuelve naturalmente el rostro y lo ve.)

JUA. ¿Qué hace usted, señor?

D. GON. Espera, hombre, espera...

D.ª LAU. (No me cabe duda: es él...)

D. GON. (Estoy en lo firme: es ella...)

(Después de hacerse un nuevo saludo de despedida.)

D.ª LAU. (¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)

D. GON. (¡Dios mío! ¿y ésta es aquélla?...)

(Se van, apoyado cada uno en el brazo de su servidor y volviendo la cara sonrientes, como si él pasara por la veredilla de los rosales y ella estuviera en la ventana de las campanillas azules.)

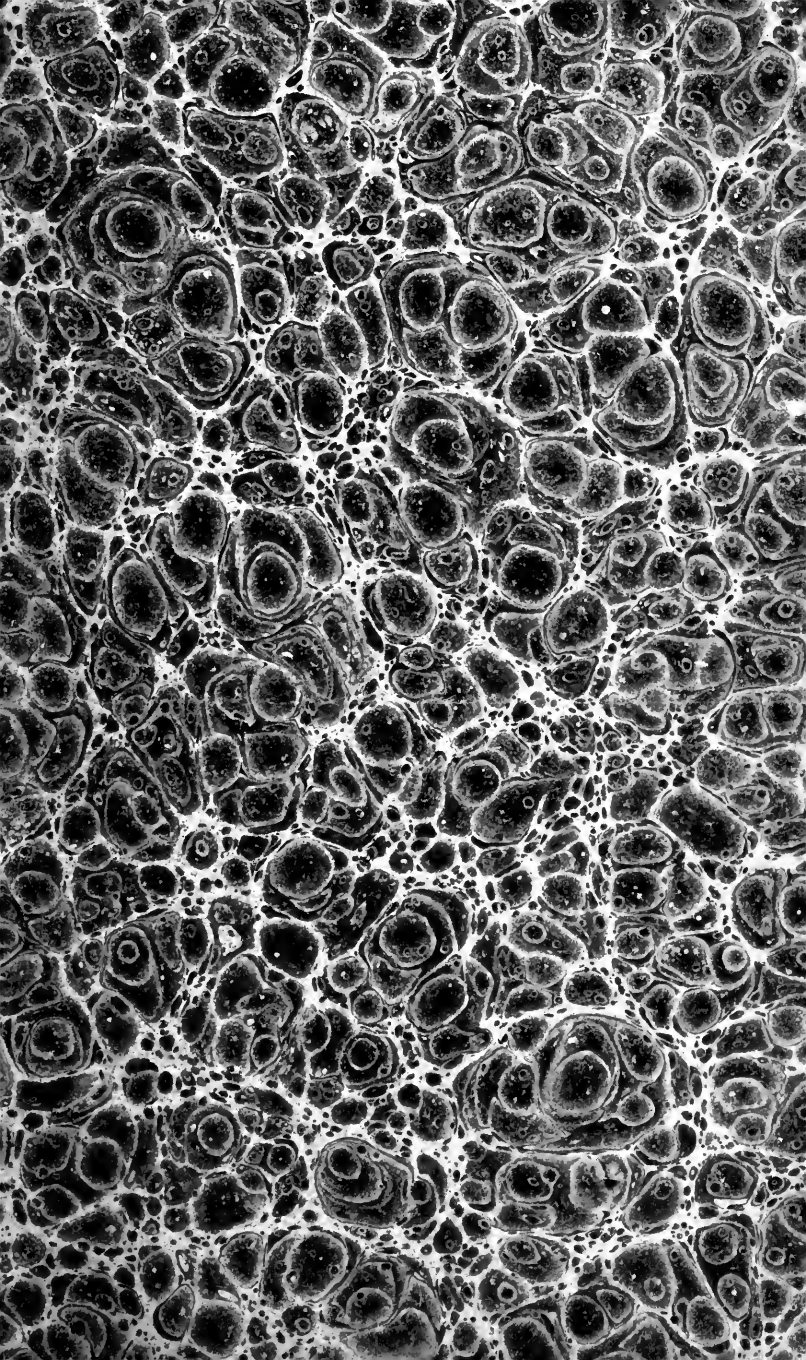
FIN

Madrid, Febrero. 1905

Advertencia importante.—Las empresas que pongan en escena esta obra, pagarán por derechos de propiedad la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.



University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocke
LOWE-MARTIN CO. LIMI

458827
Álvarez Quintero, Serafín and Álvarez Quintero, Joaquín
[Teatro] (1899-1911) Vol.2.
LS
A4738
1899
DATE.